

ARCHIVO
DE
PREHISTORIA LEVANTINA

HOMENAJE A D. DOMINGO FLETCHER
TOMO I

SERVICIO DE INVESTIGACIÓN PREHISTORICA
DE LA EXCMA. DIPVTACION PROVINCIAL DE VALENCIA

VOL XVII

VALENCIA MCMLXXXVII

ARCHIVO DE PREHISTORIA LEVANTINA
XVII

A R C H I V O

DE

PREHISTORIA LEVANTINA

HOMENAJE A D. DOMINGO FLETCHER VALLS

T O M O I

SERVICIO DE INVESTIGACION PREHISTORICA
DE LA EXCELENTISIMA DIPUTACION
PROVINCIAL DE VALENCIA



VOL. XVII

VALENCIA, MCMLXXXVII



I.S.B.N.—84-505-5318-0
I.S.S.N.—0210-3230
DEPOSITO LEGAL.—V. 658-1987

EDITORIAL F. DOMENECH, S. A.—Gremis, 12. 46014 Valencia
IMPRESO EN ESPAÑA



EXCMO. SR. D. DOMINGO FLETCHER VALLS

INTRODUCCION

El día 13 de junio de 1984 la Excelentísima Diputación de Valencia ofreció un homenaje a Domingo Fletcher Valls que, durante treinta y dos años, estuvo al frente del Servicio de Investigación Prehistórica, con motivo de hacerle entrega del nombramiento de Director Honorario del mismo. El acto de homenaje se celebró en el Ateneo Mercantil de Valencia, patrocinado por la Corporación Provincial y presidido por el Excmo. Señor Don Antonio Asunción Hernández. En él, entre otras intervenciones más o menos protocolarias, pronunció una conferencia sobre el «Estado actual de los Estudios Ibéricos», el Excmo. Señor Don Antonio Tovar Llorente, de la Real Academia Española.

Entre los asistentes al acto se repartió un folleto («Homenaje a Domingo Fletcher Valls - 13 de junio de 1984 - Valencia, 1984»), en el que, además del texto de la conferencia del Dr. Tovar, se publicó una breve nota bibliográfica del homenajeado y una completa bibliografía.

Con posterioridad a dicho acto, la Dirección del Servicio de Investigación Prehistórica pensó que, para que tal acontecimiento no quedara reducido a un efímero acto, se editarían unos volúmenes de la revista de este Centro ARCHIVO DE PREHISTORIA LEVANTINA, dedicados a Domingo Fletcher Valls, el primero de los cuales es el que ahora presentamos.

En él, además de la conferencia del Excmo. Señor Don Antonio Tovar Llorente y de la biografía y bibliografía de Domingo Fletcher Valls, que formaban parte del folleto mencionado y que por el carácter del mismo tuvo una limitada difusión, se publican una serie de estudios de diversos investigadores que han estado siempre en contacto con el Servicio de Investigación Prehistórica.

Como se puede ver no colabora en este volumen ningún investigador residente en tierras valencianas, ya que es proyecto de esta Dirección dedicar otro volumen en homenaje a Domingo Fletcher Valls en el que sólo participen estudiosos de la Comunidad Valenciana.

E. P. B.

ENRIQUE PLA BALLESTER

DOMINGO FLETCHER VALLS

Es para mí una satisfacción trazar la semblanza de quien ha sido durante más de treinta años el titular del puesto que, en la actualidad y por causas meramente cronológicas, ocupo, y que, aunque administrativamente fuera un superior, en realidad ha sido siempre un amigo, un compañero de trabajo con el que he compartido las alegrías y los temores, más las primeras que los segundos, que durante el transcurso de tantos años ha deparado la consolidación primero y la expansión después del Servicio de Investigación Prehistórica. La compenetración de ambos en el interés y el esfuerzo por el desarrollo científico del Servicio ha sido absoluta, por lo que pudimos mantener el que se ha venido llamando *espíritu del Servicio*, heredado de Don Isidro Ballester Tormo y cuyas características principales han sido la plena y absoluta dedicación a sus tareas, la modestia personal, la independencia científica, la escueta publicidad respecto a los yacimientos y lugares de interés arqueológico, la más estricta vigilancia de las excavaciones y la absoluta negativa a ser objeto de elogios y alabanzas públicas.

Efectivamente, Domingo Fletcher Valls ha sido y, afortunadamente sigue siéndolo, refractario a todo protagonismo, incluso en aquellos hechos en los que jugó un papel decisivo, y en los que, favoreciendo al Servicio, se mantuvo en un segundo plano. A pesar, podríamos decir, de sus esfuerzos, ha llegado a alcanzar, internacionalmente y en el mundo científico, un justo y merecido reconocimiento.

Nació Domingo Fletcher Valls en la ciudad de Valencia, el 19 de agosto de 1912, en el seno de una modesta familia de la que él fue el único varón.

Sus estudios de Bachillerato los cursó en nuestro entrañable Instituto Luis Vives, de donde pasó a estudiar la carrera de Filosofía y Letras en nuestra Universidad, licenciándose en 1934 con Premio Extraordinario.

Fueron sus años universitarios decisivos para el futuro de Domingo Fletcher, por la feliz circunstancia de haber coincidido en la Universidad con los profesores Don Luis Gonzalbo París, catedrático de Arqueología, Epigrafía y Numismática y Don Luis Pericot García que, por uno de esos absurdos tan frecuentes en la provisión de cátedras, siendo ya un prehistoriador conocido, ocupaba la Cátedra de Historia Moderna y Contemporánea de España, pero que explicó un curso libre de Prehistoria, al que tuvo acceso Domingo Fletcher. La colaboración del Dr. Pericot García con Don Isidro Ballester Tormo, que por entonces acababa de fundar el Servicio de Investigación Prehistórica, fue la causa de que sus alumnos más aficionados a la Arqueología y Prehistoria, entre los que se contaba Domingo Fletcher, frecuentaran este organismo y colaboraran en sus investigaciones y excavaciones. Por ello, Domingo Fletcher fue nombrado en 1931 agregado del Servicio y en 1932, colaborador, puestos totalmente gratuitos y en los que desarrolló una brillante labor de estudio y prospección. Este contacto con el Servicio ya no dejaría de mantenerse hasta nuestros días.

Durante el curso 1934-1935, realizó en la Universidad Central los cursos de Doctorado, siendo esta primera estancia en Madrid también fructífera, pues tuvo ocasión de entrar en contacto con el gran maestro de la Prehistoria, el Dr. Hugo Obermaier y con el especialista en arqueología pre-romana Don Antonio García y Bellido. En el curso de 1935-1936, estuvo de profesor ayudante de las cátedras de Prehistoria y Arqueología de la Universidad Central. Y fue durante estos años cuando publicó sus primeros estudios: «Art Rupestre. Al voltant de les troballes de Castelló» en la revista que entonces se publicaba en Valencia *República de les Lletres* (1935), «Nuevas aportaciones gráficas para el conocimiento de la Etnografía ibérica», en *Investigación y Progreso* (Madrid, 1936) en el que daba las primeras noticias sobre el Tossal de Sant Miquel de Lliria en una revista científica a nivel nacional, y «El poblado ibérico de San Miguel de Liria», en el periódico *ABC*, del día 30 de enero de 1936.

También durante el curso de 1935-1936 fue profesor de Arquitectura y Escultura en los cursos para extranjeros organizados por la Universidad Central.

Desde el año 1936 hasta después de 1939 su permanencia en filas fue una interrupción en su vida universitaria y científica. No obstante,

las pocas veces que pudo gozar de permisos fueron suficientes para que no perdiera el contacto con el Servicio de Investigación Prehistórica y con los demás centros culturales, actuando, cuando las circunstancias lo permitieron, de secretario de la Sección Histórico-Artística de l'Institut d'Estudis Valencians, organismo que, a pesar de su efímera vida, realizó durante los tres años que duró la guerra civil una importante y meritoria labor. Fue bajo el patrocinio de este Institut, que había acogido en su seno al Servicio de Investigación Prehistórica que pudo publicar su folleto «Breus notes sobre el poblat ibèric de St. Miquel de Lliria», que constituyó el número 2 de una serie de publicaciones de dicho Servicio que bajo el epígrafe de *Serie de Treballs Solts* se iniciara en 1937 y que, transformándose en la *Serie de Treballs Varios*, todavía se continúa publicando.

Terminada la guerra civil volvió Domingo Fletcher a la Universidad Central, colaborando con el profesor Don Julio Martínez Santa-Olalla, de cuya cátedra de Historia Primitiva del Hombre fue profesor ayudante durante el curso de 1940-1941.

Su fecunda labor y preparación científica en la Universidad Central hubo de interrumpirse en 1941 por el fallecimiento de su padre y la necesidad que tuvo de dedicarse a tareas no científicas durante algunos años, pues no hemos de olvidar que, como se dijo al principio, era el único hijo varón de la familia. Entonces dio clases en varios centros privados de enseñanza de Valencia y, hasta 1950, trabajó en una empresa comercial totalmente ajena a sus aficiones, pero en la que desarrolló una actividad tan idónea como correspondía a su carácter.

A pesar de estos inconvenientes, Domingo Fletcher no dejó nunca de estar en contacto con la arqueología. Su relación con el Seminario de Historia Primitiva del Hombre de la Universidad Central, le había conectado con la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, dependiente de la Dirección General de Bellas Artes, la que durante los años 1941 a 1944 le designó para la dirección de varias campañas de excavaciones, entre las que debemos destacar como muestra, además, del amplio espectro de sus conocimientos, las que realizara en los niveles de la Edad del Bronce de la Cueva de la Pileta, en Benaoján (Málaga); las del poblado ibérico del Cabezo del Tío Pío, en Archena (Murcia), y las de la necrópolis visigótica de Castiltierra (Segovia). El Servicio de Investigación Prehistórica, con el que seguía manteniendo un estrecho contacto, le encargó, en 1941, la excavación del yacimiento romano de El Secano, de Monforte del Cid (Alacant), donde en 1936 ya había efectuado una prospección y, en 1946, la del poblado ibérico de la Cueva y Torre del Mal Paso, en Castellnovo (Castelló).

Al ser creada en Valencia el día 26 de marzo de 1945 la Sección de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, adscribiéndola al Servicio de Investigación Prehistórica, Domingo Fletcher fue nombrado secretario de la Sección, cargo que ocupó hasta 1953. Igualmente durante estos años y a partir del curso 1945-1946 fue profesor de clases prácticas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia. Y en 1948 fue nombrado director de número del Centro de Cultura Valenciana, distinción que se hizo firme al leer el día 3 de mayo del año siguiente su discurso de ingreso.

A la muerte de Don Isidro Ballester Tormo, director del Servicio de Investigación Prehistórica, el día 13 de agosto de 1950, la Excm. Diputación Provincial de Valencia nombró, para sustituirle, a Domingo Fletcher Valls, que tomó posesión del cargo el día 1 de septiembre siguiente, iniciándose entonces la etapa más brillante de su vida y de la del Servicio, y lo que significó que, al poco tiempo, fuera uno de los investigadores en esta ciencia de mayor prestigio de toda la Península.

Domingo Fletcher se encontró frente a una situación poco favorable en aquellos momentos. El Servicio de Investigación Prehistórica era ya un organismo científico consolidado administrativamente, de amplio prestigio entre los investigadores nacionales y extranjeros, pero con muchas carencias debidas, principalmente, a la escasez de personal y con un problema de primerísima importancia: la prácticamente inexistencia del Museo de Prehistoria.

El detentar en tal momento la representación de la Prehistoria valenciana, junto a su prestigio científico, fue la causa de que ese mismo año de 1950 se le nombrara delegado provincial de Excavaciones Arqueológicas por la Dirección General de Bellas Artes, cargo que desempeñó, como en él es habitual, con toda dedicación y autoridad, intentando, con los escasos medios de que disponía, controlar todas las excavaciones, prospecciones y rebuscas que se realizaban en el territorio de su jurisdicción. En 1951 se le designó vocal permanente de la Comisión Organizadora de los Congresos Arqueológicos Nacionales.

Durante estos primeros años de la Dirección de Domingo Fletcher se encauzó casi toda la actividad del Servicio a la ampliación de las relaciones científicas y bibliográficas con organismos e instituciones dedicados a la Prehistoria y a la Arqueología, tanto nacionales como extranjeros, y al incremento o iniciación, en su caso, de los ficheros y archivos que facilitarían la labor investigadora. Fue por estos años también cuando se empezaron a tener ayudas personales —gratuitas,

naturalmente—, de postgraduados universitarios dedicados a nuestras materias.

Las tareas de excavaciones y publicaciones fueron reemprendidas rápidamente e incrementadas dentro de lo que las disponibilidades económicas del Servicio lo permitieron, debiendo destacar que el espíritu de austeridad de Domingo Fletcher, heredado sin duda de su antecesor Don Isidro Ballester Tormo hizo que fueran espléndidos los resultados.

A pesar de su tendencia a no tomar parte en cursos y reuniones, más o menos científicos, que se celebraban, y se siguen celebrando, bajo el patrocinio de organismos nacionales y extranjeros, exceptuando los de imprescindible asistencia como los Congresos Nacionales de Arqueología, las reuniones del Consejo Superior de Investigaciones Científicas, etc., en julio de 1951, e invitado por el profesor Nino Lamboglia, director del Istituto Internazionale di Studi Liguri, con el que siempre le unió una gran amistad, tomó parte en los Cursos Internacionales de Estudios Ligures, pronunciando el día 25 de dicho mes, en el Museo Bicknell, de Bordighera (Italia), una conferencia sobre «Los problemas del origen y cronología de la cerámica ibérica».

El Consejo Superior de Investigaciones Científicas nombró a Domingo Fletcher, en 1953, jefe de la Sección de Prehistoria en Valencia. La Dirección de Bellas Artes le designó, en 1954, apoderado del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, con jurisdicción regional, puesto al frente del cual consiguió logros muy destacables. Y en concepto de tal, la misma Dirección General le nombró, en 1955, director técnico de las obras de restauración del Teatro Romano de Sagunto, consiguiendo en los años que estuvo al frente de ellas que se efectuaran grandes progresos y se encauzara el plan de trabajos para el futuro.

A principios del mes de septiembre de 1955, la Excma. Diputación de Valencia hizo entrega al Servicio de Investigación Prehistórica de unos nuevos locales en el Palau de la Batllia, edificio situado en la plaza de Manises y enfrente con el Palau de la Generalitat, para que instalara en ellos todas sus dependencias. El día 16 de dicho mes se inició el traslado de todas las que quedaban en el Palau de la Generalitat — despachos, biblioteca, laboratorios, almacenes y sala de la Cultura Ibérica del Museo— a los nuevos locales, a los que, también, una vez terminado el traslado de éstas, se llevaron las vitrinas del Museo que había en el Palau del Temple.

Y en estos locales y durante veintiocho años, Domingo Fletcher Valls, trabajó, estudió e investigó intensamente, no sólo dedicado a la organización y funcionamiento del Servicio, que a pesar de las insufi-

ciencias materiales, alcanzó bajo su dirección un elevado nivel en el campo de la investigación que le situó entre los primeros de España, sino también a la edición de los estudios sobre Prehistoria, propios y ajenos, que incrementaron de forma espectacular las publicaciones del Servicio.

Este período de casi treinta años, que podemos considerar de plena madurez, colocó a Domingo Fletcher en un lugar preeminente en los estudios ibéricos y, en especial, en los relativos a la epigrafía, en cuyo campo es actualmente una de las primeras figuras mundiales. Aunque sus investigaciones en estos temas se iniciaron muy pronto, fue a raíz de la preparación de la recopilación de letreros ibéricos para ser publicados en el libro «Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia» aparecido en 1953, cuando Domingo Fletcher encaminó sus principales y más fructuosas investigaciones hacia este campo. La cantidad de estudios que a él ha dedicado puede verse en la bibliografía que a continuación se da. De la calidad no soy yo el más indicado para hablar, pero los elogios y opiniones de ilustres especialistas en la materia, así lo han puesto de manifiesto. Pero no fue sólo entre los temas de epigrafía entre los que destaca Domingo Fletcher: sus estudios sobre arqueología y etnografía de los iberos han sido fundamentales en el progreso del conocimiento de estos antepasados nuestros. Desde sus primeros escarceos con la arqueología valenciana, fue el yacimiento del Tossal de Sant Miquel de Lliria objeto de sus preocupaciones, las que han perdurado hasta nuestros días. La publicación en 1960 de su monografía «Problemas de la Cultura Ibérica» fue fundamental en los estudios del iberismo: Podemos afirmar sin ninguna clase de reservas que fue el punto de partida de las generaciones actuales que se dedican a esta específica fase de la historia valenciana antigua. Y, después de casi un cuarto de siglo de haber sido publicada, exceptuando algunos aspectos muy particulares, sigue gozando de vigencia. Y simultaneando con sus estudios sobre epigrafía, ha seguido preocupándose de los demás aspectos del iberismo, como lo prueban sus publicaciones sobre la «Cueva y Torre del Mal Paso», en Castellново; los dos volúmenes sobre «La Bastida de les Alcuses», de Moixent (1965 y 1969); el extraordinario estudio de la necrópolis de «La Solivella», de Alcalá de Xivert (1965); el del poblado de «El Solaig», de Betxí, y, entre otros, el de la necrópolis de «L'Orleyl», de Vall d'Uxó.

Pero sus estudios e investigaciones no se han limitado a temas de nuestra Cultura Ibérica. El espectro de sus conocimientos ha abarcado, con autoridad, todo el campo de la Prehistoria valenciana, desde el Paleolítico y Mesolítico hasta tiempos ya Protohistóricos y de Histo-

ria de la Antigüedad: desde unas «Notas sobre el Paleolítico superior» publicada en 1941 y unas equilibradas síntesis sobre el Paleolítico y Mesolítico valencianos aparecidas dos en 1956 y una en 1958, hasta el estudio de la cripta visigótica de «El Romaní» de Sollana, pasando por temas neolíticos (véase Bibliografía inserta después, en 1956 y 1963), eneolíticos (sus estudios sobre «La Ladera del Castillo», de Chiva, en 1957, y sobre «La Ereta del Pedregal», de Navarrés, en 1961), de la Edad del Bronce («Castillarejo de los Moros», de Andilla, en 1950; «La Muntanyeta de Cabrera», del Vedat de Torrent, en 1956, y «La Ereta del Castellar», de Villafranca, en 1968) y de época romana (1955, 1956, 1958, 1959, 1964 y 1966, entre otros muchos), debiendo destacarse aquí los publicados sobre la famosa e incógnita Tyrís y la Valentia romana (1953, 1954 y 1962).

La labor divulgadora de Domingo Fletcher ha sido muy amplia, con multitud de artículos en los medios de comunicación valencianos y en revistas y publicaciones locales, por lo que sólo mencionaremos su pequeño libro «Nociones de Prehistoria» que ha tenido en sus dos ediciones (1952 y 1977) una amplia difusión y que ha sido guía de aficionados y arqueólogos; la primera edición, aparecida en una época en la que eran escasos los manuales de Prehistoria, llegó hasta a ser recomendada en algunas universidades españolas.

La labor editorial del Servicio, bajo la dirección de Domingo Fletcher, se incrementó de forma notable. De la Serie «Archivo de Prehistoria Levantina» se publicaron catorce tomos y de la «Serie de Trabajos Varios», sesenta y dos. Además, se editaron nuevos libros o folletos de diverso tipo y, anualmente, las memorias de actividades. En todas estas series, además de ser preparadas y corregidas personalmente por Domingo Fletcher, él mismo publicó un buen número de trabajos y monografías, del más alto interés.

Su obligada permanencia en el despacho de la Dirección, con toda su carga burocrática, redujo en gran manera su actividad prospectora y excavadora, de manera que para efectuar muchas de las prospecciones que llevó a cabo, aprovechaba los días de fiesta, en los que el Servicio y su Museo estaban cerrados. Su labor de excavaciones se concretó a las de la «Cova Negra», de Xàtiva (1950 y 1953), de la «Cova de les Rates Penades», de Rótova (1951), de la necrópolis romana de «Les Foies», de Manuel (1951), del «Tossal del Sant Miquel», de Llíria (1951 y 1953), de la cripta visigótica de «El Romaní», de Sollana (1952), el salvamento, en colaboración con el Excmo. Ayuntamiento de Valencia, de un mosaico romano en la calle del Reloj Viejo (1952), la excavación de una covacha eneolítica en la «Ladera del Castillo», de Chiva (1953), la de la necrópolis ibérica de

«La Solivella», de Alcalá de Xivert (1961), y a los trabajos en «El Fossaret», de la Catedral de Valencia (1963). He dejado aparte sus estudios sobre los acueductos romanos de Riba-roja, porque su realización retrata perfectamente una faceta de su carácter. Aprovechando los fines de semana y los períodos de vacaciones, en los que se trasladaba a la casa que posee en dicha población, en lugar de dedicarse al descanso, empleó su tiempo libre en recorrer un buen número de kilómetros, durante dos o tres años a partir de 1952, fotografiando, sacando croquis de plantas y perfiles y estudiando los restos de tales conducciones de agua. Y fue una labor providencial, pues gracias a sus estudios podemos tener una idea bastante completa de ellos, ya que en la actualidad algunos acueductos han desaparecido y apenas quedan restos de los demás, a pesar de los esfuerzos realizados por Domingo Fletcher ante las autoridades locales y provinciales.

Su labor, por muy callada que intentara que fuera, sobrepasó los límites del Servicio y trascendió a organismos no específicamente arqueológicos y provinciales. Por la labor efectuada en defensa del Patrimonio Histórico-Artístico, fue nombrado, en 1959, vocal del Comité Ejecutivo de los Congresos Nacionales de Arqueología y delegado de los mismos en tierras valencianas; en 1960, jefe del Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional en las Jefaturas de Servicios de Protección Civil; en 1967, y por el Excmo. Ayuntamiento de Valencia, cronista oficial de la ciudad; en 1971, vocal de la Comisión Nacional de Defensa del Arte Rupestre; en 1974, vocal del Patronato del Museo de Bellas Artes de Valencia, y en 1979, vocal de la Junta Superior de Excavaciones y Exploraciones. Todos estos puestos, algunos de ellos ubicados en Madrid, fueron servidos lealmente por Domingo Fletcher Valls que, sin abandonar sus obligaciones en el Servicio de Investigación Prehistórica, acudió regularmente a las reuniones a las que se le convocaban, lo que es una muestra más de su capacidad de trabajo.

La organización del Servicio fue uno de los objetivos primordiales de Domingo Fletcher. La Biblioteca, que contaba alrededor de 2.000 volúmenes cuando se hizo cargo de la Dirección, alcanzaba un número superior a los 23.000 cuando, el 18 de agosto de 1982, se jubiló. Los departamentos de trabajo fueron debidamente atendidos, creándose unos ficheros de yacimientos arqueológicos valencianos, otros de artículos y estudios sobre arqueología que han servido para la confección de los «Repertorios de Bibliografía Arqueológica Valenciana», otros de fotograbados que han resultado muy útiles para la reutilización de gráficos en las publicaciones y otro, de material fotográfico, conteniendo las indicaciones necesarias para poder utilizar los más de

13.000 negativos que posee el Servicio. Sin contar los que contenían la relación de los fondos arqueológicos, guardados en los almacenes, y que permitieron en todo momento y con rapidez, poder consultar cualquier objeto que hubiera en ellos.

Todos estos medios de trabajo hicieron que el Servicio fuera el lugar al que acudieran los estudiantes de nuestra Universidad para la realización de sus trabajos de curso, de sus Tesis de Licenciatura y de sus Tesis de Doctorado, para la ampliación de sus estudios, a todos los cuales aconsejaba Domingo Fletcher, les aclaraba conceptos y les ayudaba plena y totalmente. Podemos decir, sin exagerar, que las actuales generaciones de prehistoriadores y arqueólogos, algunos de cuyos componentes ocupan puestos docentes de la Facultad de Geografía e Historia o se hallan al frente de organismos de investigación, han pasado por el Servicio y han recibido sus consejos y aclaraciones, por lo que puedo afirmar la existencia de una escuela de Arqueología y Prehistoria valenciana en la que el Servicio de Investigación Prehistórica ha jugado un primordial papel, debido principalmente a los conocimientos y personalidad de Domingo Fletcher.

Sus merecimientos le hicieron acreedor a que algunas sociedades e instituciones científicas le acogieran en su seno. Así, en 1949 fue nombrado correspondiente de la Associação dos Arqueólogos Portugueses de Lisboa; en 1950, correspondiente de la Société Préhistorique de l'Ariège de Tarascon-sur-Ariège; en 1954, correspondiente del Deutschen Archäologischen Instituts de Berlín; en 1959, correspondiente de la Hispanic Society of America de New York, sociedad que en 1974 lo elevó a la categoría de miembro de la misma, y, en 1967, académico correspondiente de la Real Academia de la Historia. Con posterioridad a su jubilación, la Excma. Diputación Provincial de Valencia le nombró director honorario del Servicio en solemne acto celebrado el día 13 de junio de 1984, y la Universidad de Valencia le investió Doctor Honoris Causa el día 29 de noviembre de 1985.

Y por las mismas razones, obtuvo el Premio «Martorell», Nacional de Arqueología concedido por el Excmo. Ayuntamiento de Barcelona en 1957 por su estudio sobre el poblado ibérico de La Bastida de les Alcuses, y en ese mismo año el Premio «Conde de Lumiares», patrocinado por la Comisión Provincial de Monumentos de Alicante por su Bibliografía Arqueológica de tal provincia; años después se le otorgaba el «Cerdá Reig» del Consejo Superior de Investigaciones Científicas y de la Institución «Alfonso el Magnánimo» de la Excma. Diputación Provincial de Valencia, por su labor investigadora.

También ha sido designado Coloso del País Valenciano (año 1977), Palleter d'Honor (en 1981) y Llama Rotarya (1985).

Aunque jubilado el día 19 de agosto de 1982, no ha interrumpido su colaboración con el Servicio ni, mucho menos, la continuación de su labor investigadora. Todos, o casi todos los días posteriores a su jubilación, y por ventura para los que hemos tenido que recoger la antorcha de sus manos, Domingo Fletcher Valls viene a la Biblioteca, donde consulta datos para sus futuros trabajos y se mantiene al día de las novedades que en la bibliografía arqueológica van surgiendo.

Puede estar seguro Domingo que los que todavía permanecemos en el Servicio procuraremos mantenerlo siguiendo las directrices que marcó y, dentro de nuestras posibilidades, continuaremos intentando que siga siendo el centro valenciano de investigación que él, durante tantos años, deseara.

BIBLIOGRAFIA DE DOMINGO FLETCHER VALLS

Por MARIA VICTORIA GOBERNA VALENCIA

1935

Art Rupestre. Al voltant de les troballes de Castelló. *República de les Lletres*, núm. 4, València, 1935. págs. 13-14.

1936

Nuevas aportaciones gráficas para el conocimiento de la Etnografía ibérica. *Investigación y Progreso*, X, núm. 3, págs. 65-69. Madrid.

El poblado ibérico de San Miguel. *El Sol*. Madrid, 30 de enero de 1936.

1937

Breus notes sobre el poblat ibèric de Sant Miquel de Lliria. València, Servei d'Investigació Prehistòrica (Serie de Treballs Solts, núm. 2).

Recensión. A. Berthelot, Festus Avienus. *Ora Maritima. Emerita*, IV, Segundo, págs. 7-13.

1939

Notas sobre el Paleolítico superior. *Ampurias*, I, págs. 101-107.

1940

El poblado ibérico de Rochina. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XV, págs. 120-140.

El poblado ibérico de la Monravana (Liria). *Archivo Español de Arqueología*, núm. 41, págs. 131-132.

Recensión. A. García y Bellido, Los hallazgos griegos en España. *Saitabi*, 2, págs. 17-18.

Recensión. O. Menghin, Weltgeschichte der Steinzeit. *Saitabi*, 2, págs. 101-107.

1941

Notas sobre el Paleolítico superior. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de*

Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis), XVI, 1/2, pág. 80-89.

El poblado ibérico de San Miguel de Liria. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XVI, cuadernos 1/2, págs. 172-178.

Recensión. M. Stekelis, Les Monuments Mégalithiques de Palestine. *Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XVI, 1/2, págs. 210-213.

Recensión. A. Berthelot, Festus Avienus. Ora Maritima. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XVI, 1/2, págs. 225-226.

Recensión. N. Casteret, Zehn Jahre unter der Erde. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XVI, 3/4, págs. 487-489.

Recensión. S. Gallus y T. Hervath, Un peuple cavalier prescythique en Hongrie. *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria (Atlantis)*, XVI, 3/4, págs. 501-503.

1943

Recensión. M. Alcobé, El hombre primitivo en Mallorca. *Saitabi*, 7/8, pág. 79.

Recensión. G. Montandon, L'Ethnie française. *Saitabi*, 7/8, págs. 85-86.

Sobre la cronología de la cerámica ibérica. *Archivo Español de Arqueología*, XVI, pág. 109.

1944

Los hallazgos de Ampurias y Carmona en relación con la cronología de la cerámica ibérica. *Archivo Español de Arqueología*, núm. 55, págs. 135-150.

1946

La construcción megalítica de Monforte del Cid. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 165-190.

Restos arqueológicos valencianos de la colección de Don Juan Vilanova y Piera en el Museo Arqueológico Nacional. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 343-348.

Los santuarios célticos del mediodía de la Galia. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 339-343.

Recensión. O. Menghin, Weltgeschichte der Steinzeit. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 386-401.

Recensión. J. Martínez Santa-Olalla, Esquema paleontológico de la Península Hispánica. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 412-415.

Recensión. A. García y Bellido, La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintroducidas en España en 1941. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 415-417.

Recensión. Ph. Helena, Les origines de Narbonne. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 418-421.

Recensión. Figueras Pacheco, Acra Leuca, la ciudad de Amilcar. Lafuente Vidal, Alicante en la antigüedad. Figueras Pacheco, La necrópolis ibero-púnica de Alicante. Lafuente Vidal, Excavaciones en la Albufereta de Alicante (antigua Lucentum). Figueras Pacheco, Las piras funerales de la Albufereta de Alicante. G. Vidal, Lucentum es Alicante. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 421-424.

Recensión. Figueras Pacheco, Datos para la cronología de la cerámica ibérica. Ramos Folqués, Nuevas excavaciones en la Alcudia de Elche. García y Bellido, Algunos problemas de Arte y cronología ibéricos. Ramos Folqués, Hallazgos cerámicos de Elche y algunas consideraciones sobre el origen de ciertos temas. Cabré, El tesoro de orfebrería de Santiago de la Espada (Jaén). Lafuente Vidal, Algunos datos concretos

de la provincia de Alicante sobre el problema cronológico de la cerámica ibérica. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 425-431.

Recensión. Gómez Moreno, *Las lenguas hispánicas, La escritura ibérica y Disgresiones ibéricas: escritura, lengua*. *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, págs. 444-445.

1947

Exploraciones arqueológicas en la comarca de Casinos. *Comunicaciones del Servicio de Investigación Prehistórica al I Congreso Arqueológico del Levante Español*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 10, págs. 65-87).

Un posible sacrificio fundacional en la ciudad ibérica de Archena. *Cuadernos de Historia Primitiva*, II, núm. 1, págs. 40-45.

(En colaboración con Julián San Valero Aparisi.) *Primera campaña de excavaciones en el Cabezo del Tío Pío (Archena)*. Madrid, Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, núm. 13.

1949

El arte protohistórico valenciano y sus orígenes. Discurso de recepción como director de número del Centro de Cultura Valenciana, leído el 3 de mayo de 1949.

Defensa del Iberismo. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, 2.ª época, año X, núm. 24, págs. 168-187.

Algunas fuentes clásicas atribuibles a los iberos del S.E. de Francia. *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español* (Elche, 1948), págs. 216-222.

El vino como factor económico y cultural en la Europa antigua. *La Semana Vitivinícola*, IV, núm. 149, Valencia, págs. 27-30.

1950

Unos interesantes fragmentos cerámicos del poblado ibérico de San Miguel de Liria. *Archivo Español de Arqueología*, XXIII, núm. 81, págs. 435-437.

Recensión. M. Sanchis Guarner, *Introducción a la Historia lingüística de Valencia*. *Ampurias*, XII, págs. 281-287.

1951

¿Existieron los íberos? *Crónica del VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español* (Alcoy, 1950), págs. 119-127.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana. I*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 13).

La actividad arqueológica del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia. *Zephyrus*, II, cuaderno I, págs. 48-50.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el presente año 1950. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial de Valencia.

1952

Nociones de Prehistoria. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica. Actividades arqueológicas del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excm. Diputación de Valencia en 1951. *Almanaque «Las Provincias»*, págs. 199-208.

La más antigua marca de vinos valenciana. Valencia, *La Semana Vitivinícola*, núms. 335-336, pág. 13.

Una interesante construcción alicantina. *II Congreso Nacional de Arqueología* (Madrid, 1951), págs. 171-180.

Las excavaciones del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excma. Diputación Provincial de Valencia. *Archivo Español de Arqueología*, XXV, núm. 86, págs. 174-178.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1951. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Arqueología de la comarca de Sollana (Valencia). II. La cámara sepulcral. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, año XIII, núm. 30, págs. 270-280.

Valencia la Vella. Ribarroja, *Pregó de Festa*.

Algunas consideraciones sobre los valencianos prerromanos. *Revista Valenciana de Filología*, II, fasc. 2-4.

Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado. *Saitabi*, año XI, tomo IX, núms. 39-42, págs. 1-10.

1953

Rótova (Valencia). Covacha de Barranc Blanc. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, págs. 10-12, noticia I.

Rótova (Valencia). Cova de les Rates Penaes. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, págs. 13-16, noticia II.

Játiva (Valencia). Campaña de excavaciones en Cova Negra. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, págs. 17-18, noticia III.

Gandía (Valencia). La Falconera. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, pág. 180, noticia 44.

La Tyris ibérica y la Valentia romana. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXIX, págs. 191-300.

El Neolítico valenciano y la cerámica de la Sarsa. Bocairente, *Fiestas de Moros y Cristianos*, pág. 17.

Avances y problemas de la Prehistoria valenciana en los últimos veinticinco años. Discurso de apertura del curso 1952-1953 del Centro de Cultura Valenciana. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, año XIV, núm. 31, págs. 8-36.

Inscripciones ibéricas del Museo de Prehistoria de Valencia. Valencia, Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana. (Estudios Ibéricos, II.)

Una nueva forma en la cerámica ibérica de San Miguel de Liria. *Zephyrus*, IV, págs. 187-191.

También a los valencianos de hace dos mil años les gustaba divertirse. Ribarroja, *Pregó de Festa*.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1952. Valencia, Tirada aparte de la Memoria oficial de la Secretaría de la Diputación correspondiente a dicho año.

Gandía (Valencia). Molló de la Creu. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, pág. 180, noticia núm. 45.

Algunas observaciones sobre la identificación de los barros saguntinos. *Archivo Español de Arqueología*, XXVI, págs. 386-389.

(En colaboración con Miguel Fusté Ara.) La covacha sepulcral del Vedat de Torrent. *Archivo de Prehistoria Levantina*, IV, págs. 159-166.

1954

Els valencians pre-romans. Valencia, Publicacions dels cursos de llengua i literatura de Lo Rat Penat.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueoló-*

gica Valenciana, II. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 14).

La cueva y el poblado de la Torre de Mal Paso (Castell-novo, Castellón). *Archivo de Prehistoria Levantina*, V, págs. 187-223.

La Edad del Hierro en el Levante español. Madrid, IV. Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *El Museo del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia*. Madrid, IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas.

Cómo se divertían nuestros antepasados hace 2000 años. *Levante*, Valencia, 19 de febrero.

Edeta y la Edetania. *Levante*, Valencia, 19 de marzo.

La Dama de Elche no es Isabel la Católica. *Levante*, Valencia, 24 de diciembre.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1953. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de la Secretaría de la Diputación correspondiente a dicho año.

(En colaboración con Isidro Ballester Tormo, Enrique Pla Ballester, Francisco Jordá Cerdá y José Alcácer Grau.) *Corpus Vasorum Hispanorum. Cerámica del Cerro de San Miguel (Liria)*. Madrid, Instituto Rodrigo Caro de Arqueología del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

Recensión. M. Almagro Basch, Las necrópolis de Ampurias, I. Introducción y necrópolis griegas. *Ampurias*, XV-XVI, págs. 409-414.

1955

Actividades arqueológicas del S.I.P. de Valencia durante 1953. *Archivo Español de Arqueología*, XXVIII, págs. 160-166.

Obras de restauración en el Teatro Romano de Sagunto. *Archivo Español de Arqueología*, XXVIII, págs. 345-349.

Bocairente (Valencia). La Cova de la Sarsa. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 177-178. Noticia núm. 546.

Dos Aguas (Valencia). Covacha del Cinto de la Ventana. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, pág. 179, noticia núm. 548.

Fuente la Higuera (Valencia). Santo Domingo Mola de Morro (título equivocado, quiere decir Mola de Torró). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 200-201, noticia núm. 628.

San Miguel de Liria (Valencia). *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 200-201, noticia núm. 634.

Manuel (Valencia). Les Foyes. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 216-218, noticia núm. 690.

Valencia. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, pág. 231, noticia núm. 731.

Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXI, págs. 316-354.

1955

Actividades arqueológicas del S.I.P. de Valencia durante 1953. *Archivo Español de Arqueología*, XXVIII, págs. 160-166.

Obras de restauración en el Teatro Romano de Sagunto. *Archivo Español de Arqueología*, XXVIII, págs. 345-349.

Bocairente (Valencia). La Cova de la Sarsa. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 177-178, noticia núm. 546.

Dos Aguas (Valencia). Las pinturas rupestres de Dos Aguas. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, pág. 178, noticia núm. 547.

Dos Aguas (Valencia). Covacha del Cinto de la Ventana. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, pág. 179, noticia núm. 548.

Fuente la Higuera (Valencia). Santo Domingo Mola de Morro (título equivocado, quiere decir Mola de Torró). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 198-199, noticia núm. 628.

San Miguel de Liria (Valencia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 200-201, noticia núm. 634.

Manuel (Valencia). Les Foyes. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, págs. 216-218, noticia núm. 690.

Valencia. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, II, 1953, pág. 231, noticia núm. 731.

Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXI, págs. 316-354.

1956

Avance a una arqueología romana de la provincia de Castellón. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XXXII, págs. 135-164 y 183-187.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1954. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Diputación correspondiente a dicho año.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *El poblado de la Edad del Bronce de la Montanyeta de Cabrera (Vedat de Torrente)*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 18).

Cullera (Valencia). Covacha de la Ribera. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 254, noticia núm. 289.

Chiva (Valencia). Ladera del Castillo. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 254, noticia núm. 830.

Gandía (Valencia). Cova de les Maravelles. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 255, noticia núm. 833.

Moncada (Valencia). Barranc de Carraixet. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, págs. 259-260, noticia núm. 849.

Olocau (Valencia). Penya Roja. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 260, noticia núm. 851. (Por error tipográfico se inserta en este trabajo la descripción de la campaña de excavaciones realizada en Cova Negra de Xàtiva.)

Rótova (Valencia). Covacha del Barranc Blanc. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, págs. 262-263, noticias núms. 859 y 860.

Albalat dels Tarongers (Valencia). Les Raboses. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 252, noticia núm. 821.

Cullera (Valencia). Punta de l'Illa. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 288, noticia núm. 970.

Fuente de la Higuera (Valencia). Mola Torró. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 289, noticia núm. 973.

Játiva (Valencia). Cova Negra. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 289, noticia 974. (Por error tipográfico se atribuye a Cova Negra la descripción de las excavaciones de San Miguel de Liria.)

Olocau (Valencia). La Cargadora. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, págs. 309-310, noticia núm. 1.064.

Lallana (Valencia). (Error por Sollana.) *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 323, noticia núm. 1128.

Navarrés (Valencia). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, III-IV, 1954-55, pág. 331, noticia 1.164.

Estatuilla de bronce procedente del término de Cullera (Valencia). Oviedo, *Libro Homenaje al Conde de la Vega del Sella*, pág. 251-253.

Problèmes et progrès du Paléolithique et du Mésolithique de la Région de Valencia (Espagne). *Quartär*, 7/8, págs. 66-90.

Sobre el origen y cronología de los vasos ibéricos de borde dentado. *Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Actas de la IV Sesión (Madrid, 1954), págs. 739-741.

Sobre los límites cronológicos de la cerámica pintada de San Miguel de Liria. *Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*. Actas de la IV Sesión (Madrid, 1954), págs. 743-746.

La doble faceta del Neolítico hispano-mauritano en la Región Valenciana. *Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas*, Actas de la IV Sesión (Madrid, 1954), págs. 415-417.

Estado actual del estudio del Paleolítico y Mesolítico valencianos. *Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos*, LXII, págs. 814-876.

1957

La covacha sepulcral de la ladera del Castillo (Chiva). *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI, págs. 13-25.

Toneles cerámicos ibéricos. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VI, págs. 113-147.

¿Qué fueron los «Barros saguntinos»? *Arse*, núm. 1, págs. 5 y 16. Sagunto.

La Cova Negra de Játiva. Nota informativa con motivo del V Congreso Internacional de INQUA. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica.

1958

Acueductos romanos en término de Ribarroja del Turia (Valencia). *Actas del Primer Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 1956), págs. 316-320.

(En colaboración con José Alcácer Grau.) El Castillarejo de los Moros. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VII, págs. 39-110.

El Paleolítico y Mesolítico valencianos. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, XXVI, núm. 41, págs. 25-37.

(En colaboración con Francisco Figueras Pacheco.) *Bibliografía arqueológica de la provincia de Alicante*. Alicante, Comisión Provincial de Monumentos.

1959

Las obras de restauración en el Teatro Romano de Sagunto. *Arse*, núm. 4, págs. 6-16. Sagunto.

La colección de bronce ibéricos de Don Juan Pablo Pérez Caballero. *Archivo de Prehistoria Levantina*, VIII, págs. 179-196.

1960

Vasos de boca cuadrada en la Península Ibérica. Bonn, *Festschrift für Lothar Zotz*, págs. 145-150.

Salir de la ciudad con uno o dos vestidos. *Sagunto*, año I, núm. 6, pág. 7. Sagunto.

Problemas de la cultura ibérica. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 22).

(En colaboración con Enrique Pla Ballester y M.ª Carmen Sentandreu Gimeno.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, III*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 21).

Algunas consideraciones sobre el origen de la palabra Falla. *Carcasa Fallera*, núm. 9, págs. 9-10. Valencia.

Algunas consideraciones sobre el origen de la paraula Falla. Gandía. *Libro oficial de la Junta Fallera*.

Estado actual del conocimiento de la Cultura Ibérica. *I Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica* (Pamplona, 1959), págs. 195-220.

1961

Una colección arqueológica de excepcional interés, donada al Museo de Prehistoria de Valencia. *Valencia Atracción*, año XXXVI, núm. 317, pág. 2. Valencia.

La Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, págs. 79-96.

El Museo de Prehistoria de la Excm. Diputación de Valencia. *Ecós de España*, 1 de enero. Oporto.

Un vaso de boca cuadrada en la provincia de Valencia. *Crónica del VI Congreso Nacional de Arqueología* (Oviedo, 1959), págs. 82-85.

(En colaboración con José Alcácer Grau.) El horno romano de Olocau. *Archivo de Prehistoria Levantina*, IX, págs. 115-140.

1962

Valencia en los textos de la antigüedad clásica. *Levante*, 29 de abril. Valencia.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1957. Valencia, *Memoria de la gestión realizada por la Excm. Diputación de Valencia durante el año 1957, formulada por el secretario general de dicha corporación*, págs. 279-328.

Barig (Valencia). Cova de L'Edra. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 259.

Játiva (Valencia). Bellús. Cova de la Pechina. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 259.

Andilla (Valencia). Covacha de Llatas. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, págs. 260-261.

Algunas consideraciones sobre el nombre Tyris. *Saitabi*, XII, págs. 53-59.

Algunas consideraciones sobre el nombre Tyris. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 1, págs. 53-59.

Gandía (Valencia). Racó Tancat. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 261.

Rótova (Valencia). Barranc Blanc. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 262.

Gandía (Valencia). Les Maravelles. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 263.

Barig (Valencia). Les Mallaetes. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, V, 1956-1961, pág. 272.

Toneles cerámicos neolíticos. *Crónica del VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1960), págs. 148-151.

La necrópolis ibérica de La Solivella (Alcalá de Xivert, Castellón de la Plana). *Crónica del VII Congreso Nacional de Arqueología* (Barcelona, 1960), págs. 261-264.

El problema de la Tyris ibérica y la Valentia romana. En *Dos Mil Cien Años de Valencia*, págs. 43-58. Valencia, Publicaciones del Ateneo Mercantil de Valencia.

Servicio de Investigación Prehistórica. *Generalitat*, núm. 1, págs. 86-90. Valencia.

Paralelismo de dos hechos heroicos de Sagunto. *Fiestas Patronales*. Sagunto.

1963

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1958. Tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Excm. Diputación de Valencia, correspondiente a dicho año.

Treinta y cinco años de actividades arqueológicas de la Diputación Provincial de Valencia. *Generalitat*, núm. 2, pág. 134. Valencia.

Nuevos datos sobre las relaciones neolíticas entre las costas españolas y el Mediterráneo oriental. México, *Homenaje a Pedro Bosch Gimpera*, págs. 167-172.

Breve historia de las obras de restauración del Teatro romano de Sagunto. *Generalitat*, núm. 3, págs. 51-57. Valencia.

La Bastida de Les Alcuses. Mogente, *Feria y fiestas en honor del Santísimo Cristo del Monte Calvario y las Sagradas Reliquias*.

Consideraciones sobre la fundación de Valencia. *Archivo de Prehistoria Levantina*, X, págs. 193-206.

El Apolo de Pinedo. *Generalitat*, núms. 4-5, págs. 71-72. Valencia.

(En colaboración con Hermanfrid Schubart y José Oliver y de Cárdenas.) *Excavaciones en las fortificaciones del Montgó cerca de Denia (Alicante)*. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 13.

Servicio de Investigación Prehistórica. *Generalitat*, 2, Valencia, pág. 99.

1964

Los hornos cerámicos romanos y su tipología en España. *Actas del Segundo Congreso Español de Estudios Clásicos* (Madrid, 1961), págs. 669-672.

Acueductos romanos en término de Ribarroja del Turia (Valencia). *I Congreso Nacional de Comunidades de Regantes*, págs. 93-102. Valencia.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) Bibliografía arqueológica de Lucentum. *Lucentum Latinorum*. Alicante, Comisión de Cultura del Excmo. Ayuntamiento.

Actividades de la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Valencia en el primer semestre del año 1962. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI, 1962, págs. 379-381.

Memoria de las actividades de la Delegación Provincial de Excavaciones Arqueológicas de Valencia en colaboración con el Servicio de Investigación Prehistórica de la Excm. Diputación Provincial durante el año 1962. *Noticiario Arqueológico Hispánico*, VI, 1962, págs. 381-385.

El Museo de Prehistoria. *Boletín de Información Municipal*, núm. 44 (2.ª etapa, núm. 25), págs. 40-49. Valencia.

Tipología de los hornos cerámicos romanos de España. *Arse*, núm. 7, págs. 6-9. Sagunto.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1959. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación correspondiente a dicho año.

Las urnas de orejetas perforadas. *Crónica del VIII Congreso Nacional de Arqueología* (Sevilla-Málaga, 1963), págs. 305-319.

Actividades del Servicio de Investigación Prehistórica en 1963. *Generalitat*, núm. 7, págs. 43-47. Valencia.

1965

(En colaboración con Enrique Pla Ballester y Enrique Llobregat Conesa.) *La Ereta del Pedregal (Navarrés-Valencia)*. Excavaciones Arqueológicas en España, núm. 42.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester y José Alcácer Grau.) *La Bastida de les Alcuses, I*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 24).

La necrópolis de la Solivella (Alcalá de Chivert). Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 32).

El primer restaurador del Teatro Romano de Sagunto. *Sagunto*, V-VI, núms. 49-50, págs. 14-15. Sagunto.

Servicio de Investigación Prehistórica. *Generalitat*, núm. 9-11, págs. 108-114. Valencia.

Sobre la Valentia Lusitana. *El Miliario Extravagante*, núm. 9, págs. 198-199. París.

Algo más sobre la Valentia Lusitana. *El Miliario Extravagante*, núm. 10, págs. 240-241. París.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester y Santiago Bru Vidal.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, IV*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 31).

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1960. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación correspondiente a dicho año.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1961. Valencia, tirada aparte de la Memoria de la Secretaría de la Diputación Provincial.

(En colaboración con Vicente Castell Mahiques y Santiago Bru y Vidal.) Informe sobre la primera etapa de prospecciones realizadas en el Fossaret de la S.I. Catedral de Valencia. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, VII, 3, págs. 236-243.

1966

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) Excavaciones en la Ereta del Pedregal (Navarrés, Valencia). 8.ª Campaña de Excavaciones. *Noticiero Arqueológico Hispánico*, VIII-IX, 1964-65, págs. 76-80.

De nuevo sobre la Valentia lusitana. *El Miliario Extravagante*, núm. 11, págs. 273-274.

Sobre la Valentia lusitana (I). *Extremadura*, Cáceres, 6 de enero.

Sobre la Valentia lusitana. *Extremadura*, Cáceres, 28 de enero.

Breve reseña de los yacimientos arqueológicos de la comarca de Sierra Martés. *Centro excursionista de Valencia. XX Aniversario. VIII Campeonato Regional de Montaña*. Valencia.

Esquema general de las bases económicas del pueblo íbero. *Banco de Vizcaya. Revista Financiera. Número extraordinario dedicado a Valencia*, págs. 203-208. Bilbao.

Tipología de los hornos cerámicos romanos de España. *Archivo Español de Arqueología*, XXXVIII, págs. 170-174.

Nuevos vasos campaniformes de la provincia de Valencia. *Crónica del IX Congreso Nacional de Arqueología* (Valladolid, 1965), págs. 106-108.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1962. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1963. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1964. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación.

1967

(En colaboración con Norberto Mesado Oliver.) *El poblado ibérico de El Solaig (Bechí, Castellón)*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 33).

Los Iberos. *SALTUV. Información*, año IV, núm. 35, págs. 34-36. Valencia.

El Teatro Romano de Sagunto. *Boletín de Información Municipal*, segunda etapa, núm. 36, págs. 26-43. Valencia.

El plomo escrito de El Solaig (Bechí, Castellón). *Arse*, núm. 9, págs. 4-7. Sagunto.

Orleyl III, plomo ibérico escrito procedente de Vall d'Uxó. *Archivo Español de Arqueología*, vol. 40, págs. 51-59.

Un bronce escrito del poblado ibérico de San Antonio (Bechí, Castellón). *Zephyrus*, XVIII, págs. 79-83.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1965. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación.

Algunas curiosidades toponímicas valencianas. *Anales del Centro de Cultura Valenciana*, núm. 50, págs. 245-254.

1968

Un bronce escrito del poblado de San Antonio (Bechí, Castellón). *Arse*, núm. 10, págs. 6-10. Sagunto.

Zur Besiedlungsdichte und Siedlungsform der Iberer. *Madriider Mitteilungen*, 8, 1967, págs. 172-175.

Algo más sobre la Bastida de les Alcuses. *Mogente. Fiestas en Honor del Santísimo Cristo del Calvario y de las Santas Reliquias*.

(En colaboración con Norberto Mesado Oliver.) Nuevas inscripciones ibéricas de la provincia de Castellón de la Plana. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, XLIV, págs. 137-165.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1966. Valencia, tirada aparte de la Memoria de Secretaría de la Diputación.

Esquema general sobre la economía del pueblo ibero. Comunicaciones a la I Reunión de Historia de la Economía Antigua de la Península Ibérica. *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 5, págs. 43-53.

(En colaboración con Jean Arnal y Henri Prades.) *La Ereta del Castellar (Villafranca del Cid, Castellón)*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 35).

Cuarenta años de actividades arqueológicas de la Excma. Diputación de Valencia. *Revista de Gerona*, XIV, núm. 12, págs. 28-32.

1969

(En colaboración con Enrique Pla Ballester y José Alcácer Grau.) *La Bastida de les Alcuses (Mogente, Valencia), II*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 25).

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, V*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 37).

(En colaboración con José Aparicio Pérez.) Bastón de mando procedente de Cullera (Valencia, España). *Quartär*, 20, págs. 189-193.

(En colaboración con José Aparicio Pérez.) Noticia de las excavaciones efectuadas en la Cueva del Volcán del Faro (Cullera, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XII, págs. 7-18.

Cala VII, nueva inscripción ibérica de Benidorm. *Archivo español de Arqueología*, vol. 42, núms. 119-120, págs. 37-39.

Un plomo escrito de Vall d'Uxó (Orleyl III), Castellón de la Plana. *Crónica del X Congreso Nacional de Arqueología* (Mahón, 1967), págs. 338-340.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1967. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial.

(En colaboración con Norberto Mesado Oliver.) Prospecciones en el poblado ibérico de El Solaig (Bechí, Castellón de la Plana). *Noticiario Arqueológico Hispánico*, X/ XI y XII, págs. 131-140.

Una grata sorpresa: el Museo de Ciencias Naturales El Carmen, de Onda. *Onda en Fiestas*, núm. 5. Onda.

In memoriam. Ernesto Jiménez Navarro (28/12/1911-3/9/1968). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XII, págs. 295-297.

1970

Neue iberische Inschriften aus der Provinz Castellón de la Plana. *Die Sprache. Zeitschrift für Sprachwissenschaft*, XVI, págs. 149-170. Wien.

Actividades arqueológicas de la Excm. Diputación Provincial de Valencia. *Actas de la III Asamblea de Instituciones de Cultura de las Diputaciones Provinciales* (Barcelona, 1968), págs. 322-327.

Memoria de las actividades de los Institutos de la Sección de Letras de la Institución Alfonso el Magnánimo de la Diputación Provincial de Valencia. *Actas de la III Asamblea de Instituciones de Cultura de las Diputaciones Provinciales* (Barcelona, 1968), págs. 477-485.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1968. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial.

(En colaboración con José Aparicio Pérez.) Exploraciones arqueológicas en el Barranco del Lobo, Chella (Valencia). *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1969), págs. 265-270.

(En colaboración con José Aparicio Pérez.) Cueva paleolítica de El Volcán del Faro (Cullera, Valencia). *XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1969), págs. 175-183.

1971

La cerámica ibérica valenciana. *Ferriario*, XXXIII, núm. 35. Valencia.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1969. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial.

Cullera, centro arqueológico de primer orden. *Fiestas de la Virgen del Castillo*. Cullera.

Bastetanos. *Gran Enciclopedia Rialp*, vol. 3, pág. 784. Madrid.

1972

Nuevas inscripciones ibéricas de la Región Valenciana. *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, págs. 103-126.

Algunas consideraciones sobre el estado actual de los estudios de Prehistoria en la Región Valenciana. *Crónica de la VIII Asamblea de Cronistas del Reino de Valencia*.

Una lápida ibérica de procedencia desconocida. *Arse*, XIV, núm. 12, págs. 46-49. Sagunto.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) La necrópolis ibérica del Corral de Saus. *Moxente. Fiestas 1972. Programa oficial*.

La labor del Servicio y su Museo en el pasado año 1970. Valencia, tirada aparte de la memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Edetanos. *Gran Enciclopedia Rialp*, vol. 8, pág. 291. Madrid.

1973

(En colaboración con Vicente Pascual Pérez.) Cuatro inscripciones ibéricas del Museo de Alcoy. *XII Congreso Nacional de Arqueología* (Jaén, 1971), págs. 469-476.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1971. Valencia, tirada aparte de la memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Prólogo al libro *Castellón de Rugat (Estudio Histórico-Geográfico)*, de Enrique Pastor Alberola. Valencia, Excma. Diputación Provincial de Valencia y Ayuntamiento de Castellón de Rugat.

Edad Antigua. *Historia de mi tierra*. Valencia.

1974

Orley I y II. Plomos ibéricos escritos. *Homenaje a Don Pío Beltrán. Anejos de Archivo Español de Arqueología*, VII. Madrid, págs. 121-130.

Datos para una carta arqueológica de Tabernes de Valldigna. *Revista «D. Y. A.» del Centro Excursionista de Tabernes de Valldigna*.

Valencia Monumental: El Museo de Prehistoria. *Bienvenido. Revista de Información Turística de la Región Valenciana*, núm. 19.

(En colaboración con Vicente Giner Sospedra.) Tres lápidas ibéricas de Canet lo Roig (Castellón). *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, L, págs. 138-156.

Cova Negra de Játiva. *Játiva en Agosto*. Játiva.

El Museo de Prehistoria de la Diputación de Valencia. *Posada y Camino*, núm. 30, pág. 101. Madrid.

Cuatro figurillas ibéricas de bronce del Museo de Prehistoria de Valencia. *Zephyrus*, XXV, págs. 329-334.

Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia. Valencia, Publicaciones del Círculo de Bellas Artes.

¿Qué fueron los barros saguntinos? *Arse*, núm. 13, págs. 78-80. Sagunto.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) La escultura en piedra de «El Corral de Saus» (Mogente). *Bellas Artes* 74, núm. 36, págs. 38-39.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1972. Valencia, tirada aparte de la memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

1975

El Laboratorio de Arqueología y su proyección extrauniversitaria. *L Aniversario de la fundación del Laboratorio de Arqueología, 1924-1974. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 11, págs. 21-25.

El Guerrer de Moixent. *Mogente. Programa Oficial de Fiestas 1975*.

Tres lápidas funerarias ibéricas dels Viñets (Canet lo Roig, Castellón). *XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), págs. 659-664.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1973. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de la Excma. Diputación Provincial.

1976

La Bastida de les Alcuses y el guerrero de Mogente. *Archivo de Arte Valenciano*, XLVI, págs. 95-96.

Notas sobre «L'etimología del nom de Borriana», de J. M. Palomero. *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LII, págs. 260-262.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1974. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Cabanes. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, pág. 179. Princeton.

Illici. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, págs. 407-408. Princeton.

Jávea. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, pág. 425. Princeton.

Leiria. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, págs. 495-496. Princeton.

Lucentum. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, págs. 527-528. Princeton.

Saguntum. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, págs. 782-783. Princeton.

Valentia. *The Princeton Encyclopedie of Classical Sites*, págs. 952-953. Princeton.

Prólogo al libro *Estudio económico y social de la Edad del Bronce valenciano*, de José Aparicio Pérez. Valencia, Ayuntamiento de Valencia.

1977

La necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia). Nota informativa con motivo del cincuenta aniversario de la fundación del Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica.

Nociones de Prehistoria. 2.ª edición. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica.

Cuenca de estilo campaniforme de procedencia desconocida. *Crónica del XIV Congreso Nacional de Arqueología* (Vitoria, 1975), págs. 277-278.

Dos toritos ibéricos de bronce, procedentes de Torre de la Sal (Cabanes). *Penya-golosa*, 13. Castellón.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Cincuenta años de actividades del Servicio de Investigación Prehistórica (1927-1977)*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 57).

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia). *Revista de la Universidad Complutense*, XXVI, núm. 190. Homenaje a García y Bellido, III, págs. 55-62.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1975. Valencia, tirada aparte de la Memoria Oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1976. Valencia, tirada aparte de la Memoria Oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Museo del Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia, Diputación Provincial.

Exposición de cuevas y cavernas de Bocairente. (Prólogo del catálogo de la exposición, realizada en el Ayuntamiento de Valencia en mayo de 1977.)

1978

Grafito ibérico del poblado de La Balaguera (Pobla de Tornesa, Castellón). *Festa d'Elig, 1978*. Homenaje a Pedro Ibarra Ruiz, págs. 7-9. Elche.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1977. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Cinco inscripciones ibéricas de Los Villares (Caudete de las Fuentes, Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XV, págs. 191-208.

El mosaico de los «Trabajos de Hércules». *Lliria en Festes (Fira de Sant Miquel, 1978)*. Liria.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester, Milagros Gil-Mascarell y Carmen Aranegui Gascó.) La iberización en el País Valenciano. Simposi Internacional «Els orígens del Món Ibèric», Barcelona-Empúries, 1977. *Ampurias*, 38-40, págs. 75-92.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, VII*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 58).

1979

De nuevo sobre el signo ibérico Y. *Varia I* (Serie Arqueológica del Departamento de Historia Antigua de Valencia, núm. 6), págs. 191-204.

La Cova del Parpalló (Gandía, Valencia). Nota informativa con motivo del cincuentenario del inicio de sus excavaciones (1929-1979). Valencia, Diputación Provincial.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1978. Valencia, tirada aparte de la Memoria Oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Villares VI. Nuevo plomo ibérico escrito. *Varia I*, págs. 191-204.

1980

Iberia e Hispania. *Investigación y Ciencia*, núm. 47, págs. 122-124. Barcelona.

Los iberos. Lengua y alfabeto. *Nuestra Historia*, tomo I, págs. 273-279. Valencia, Mas-Ivars Editores.

Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia). Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 66).

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1979. Valencia, tirada aparte de la Memoria Oficial de Secretaría de la Excma. Diputación Provincial.

Prólogo a *El Museo de Prehistoria*, por Manuel Sánchez Navarrete. Fomento del Turismo de Valencia.

1981

(En colaboración con Vicente Meseguer Folch.) Inscripción ibérica de San Mateo (Castellón de la Plana). *Boletín de la Sociedad Castellonense de Cultura*, LVII, págs. 203-209.

Villares VII. Plomo escrito de Caudete de las Fuentes (Valencia). *Archivo de Prehistoria Levantina*, XVI, págs. 463-474.

(En colaboración con Abilio Lázaro Mengod, Norberto Mesado Oliver y Carmen Aranegui Gascó.) *Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl (Vall d'Uxó, Castellón)*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 70).

Seis trabajos de investigación del S.I.P. *Generalitat*, II época, núm. 17, pág. 25. Valencia.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1980. Valencia, tirada aparte de la Memoria Oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial.

1982

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, VIII*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 74).

Acueductos romanos en término de Ribarroja del Turia (Valencia). *Pallantia. Butlletí Municipal*, any V, núms. 41-42-43, 1981, págs. 10-12.

El plomo ibérico de Mogente (Valencia). Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 76).

El poblado ibérico de la Bastida de les Alcuses (Moixent). *La Bastida de les Alcuses*. 50.º Aniversari declaració monument Històric-Artístic Nacional (1931-1981). Moixent, Museu Històric-Artístic i Excm. Ajuntament de Moixent, págs. 1-5.

(En colaboración con Consuelo Mata Parreño.) Aportación al conocimiento de los ponderales ibéricos. *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 16, 1981, págs. 165-175.

Servicio de Investigación Prehistórica de la Excm. Diputación Provincial de Valencia. *Butlletí d'Informació Municipal de València*, núm. 48, pág. 19. Valencia.

La labor del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia y su Museo en el pasado año 1981. Valencia, tirada aparte de la Memoria oficial de Secretaría de la Excm. Diputación Provincial.

Nuevos plomos ibéricos valencianos. *Arse*, núm. 17, págs. 252-260. Sagunto.

1983

Els Ibers. València, Institució Alfons el Magnànim de la Excm. Diputació Provincial de València.

(En colaboración con Antonio Martínez Pérez.) Inscripción ibérica del Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete). *Homenaje al Dr. Martín Almagro Basch*, vol. III, págs. 75-88. Madrid.

(En colaboración con Enrique Pla Ballester.) *Repertorio de Bibliografía Arqueológica Valenciana, IX*. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 78).

Inscripción ibérica en Sagunto (Valencia). *Arse*, núm. 18, págs. 346-349. Sagunto.

1984

Recensión. Vicente Llull, La Cultura de El Argar. *Investigación y Ciencia*, núm. 90, págs. 123-124. Barcelona.

Sagunto 28. Inscripción ibérica sobre piedra procedente de Sagunto. *Arse*, núm. 19, págs. 296-403. Sagunto.

Un plomo ibérico de la comarca de Enguera (Valencia). *Arse*, núm. 19, págs. 404-414. Sagunto.

Dos pequeños textos ibéricos procedentes de Sagunto. *Arse*, núm. 19, págs. 415-418. Sagunto.

El complejo arqueológico de San Miguel (Llíria). *Lauro*, I, págs. 15-24.

1985

Lengua y Epigrafía ibéricas. *Arqueología del País Valenciano, panorama y perspectivas*, Universidad de Alicante, págs. 281-305.

Ocho letreros ibéricos procedentes del Cerro de San Miguel (Llíria). *Saguntum, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, núm. 19, págs. 195-200.

Textos ibéricos del Museo de Prehistoria de Valencia. Valencia, Servicio de Investigación Prehistórica (Serie de Trabajos Varios, núm. 81).

1986

Els Ibers. 2.^a edició revisada. València, Institutió Alfons el Magnànim, Institutió Valenciana d'Estudis i Investigació.

Lengua y epigrafía ibéricas. *Pobladores de Elche*, II época, núm. 8. Elche. Págs. 17-29.

En prensa

Algunas notas sobre el plomo ibérico de El Castell (Palamós). Homenaje al Dr. Jordá. *Zephyrus*, 37.

San Miguel de Llíria. *Homenaje al Dr. San Valero*. Valencia.

Iunstir, palabra ibérica. *Homenaje al Dr. Maluquer*. Universidad de Barcelona.

Epigrafía y lengua ibéricas. *Homenaje al Dr. Ramos Folqués*. Elche.

Ibérico Egiar/Tegiar. *Arse*, 21. Sagunto.

ANTONIO TOVAR LLORENTE
(Madrid)

ESTADO ACTUAL DE LOS ESTUDIOS IBERICOS (*)

Querido y admirado Domingo Fletcher, señoras, señores:

Cuando el Servicio de Investigación Prehistórica en el que tanto has trabajado te reconoce como Director honorario, tengo el inmerecido honor de que, quizá como el más viejo de tus amigos y colegas, se me haya encargado de hablar hoy. Interpreto esta oportunidad que me da la celebración de tus méritos y trabajos, como el encargo de situar tu labor en su tiempo, es decir, de mostrar que todo trabajo científico se ha de ordenar en una verdadera sucesión, como nos enseñaron los griegos, que disponían la pléyade de sus filósofos en *diadochaí*, en sucesión de directores de escuelas, casi en dinastías.

Aprovecharé también la ocasión para examinar, desde mi punto de vista, el estado actual de los estudios ibéricos, y señalar algunas de las perspectivas que ofrecen, en especial en lo relativo a la epigrafía y len-

(*) Conferencia pronunciada por el Excmo. Señor Don Antonio Tovar Llorente, de la Real Academia Española, el día 13 de junio de 1984, en el salón de actos del Ateneo Mercantil de Valencia, con motivo del homenaje que se rindió a Domingo Fletcher Valls por la Exma. Diputación Provincial al nombrarle Director Honorario del Servicio de Investigación Prehistórica, y que fue publicado en un pequeño folleto que, con el título «Homenaje a Domingo Fletcher Valls (13 de junio de 1984)», se repartió entre los asistentes al acto.

Cuando, con posterioridad, la Dirección del Servicio de Investigación Prehistórica se propuso publicar un tomo en homenaje a Domingo Fletcher Valls, se pensó reeditar la conferencia del Dr. Tovar Llorente en una publicación que tuviera mayor difusión, para lo que en carta del día 4 de marzo de 1985 se le solicitó su autorización. El autor concedió su permiso mediante carta del día 12 siguiente, a la que adjuntaba una cuartilla con correcciones al texto publicado, correcciones que hemos incorporado ahora.

La lamentable desaparición del Dr. Don Antonio Tovar, fallecido el día 14 de diciembre de ese mismo año 1985, ha impedido que efectuara una revisión de las pruebas de imprenta, por lo que si existen en el texto algunos errores son sólo atribuibles a esta Dirección. ¡Descanse en paz el Maestro! E.P.B.

gua, y a la relación con la lengua vasca. Me atreveré a señalar que si, en la época de Fletcher, en nuestra época, nuestro avance ha sido más bien una llamada a la prudencia en el viejo tema de la equiparación de vasco e ibérico es posible que, sin abandonar nunca la cautela, se puedan revisar otra vez, en muchas partes de la Península, elementos más o menos de aspecto vasco, que, si no coincidentes del todo, están sin duda relacionados con el ibérico y pertenecen en común al remoto mundo de lo indígena, de lo preindoeuropeo.

Domingo Fletcher ocupa un lugar preeminente en los estudios ibéricos. Durante muchos años ha sido él quien, particularmente en las tres provincias valencianas, ha impulsado, ha favorecido, ha buscado, ha coordinado, ha sido generosísimo en la comunicación de hallazgos, ha publicado las inscripciones y, sobre todo las ha estudiado como nadie, transcribiéndolas y dibujándolas, examinándolas durante días y días, haciendo con cada una de las palabras ibéricas todas las comparaciones y referencias que pueden guiar en el oscurísimo campo de la interpretación.

Si repasamos, por ejemplo, una de sus últimas publicaciones, la de los plomos de Yátova (1), podemos ver cómo ha conseguido analizar estos difícilísimos textos epigráficos. Debajo de una escritura halla otra, y sus ojos y su habilidad de dibujante consiguen desdoblar la caótica apariencia del original, y llegar a darnos el calco separado de los dos textos del plomo, desglosando el más reciente del que estaba debajo, semiborrado, y a veces en caracteres pequeños.

El prestigio del Servicio y la diligencia de Domingo Fletcher son la causa de que en todo el antiguo reino de Valencia se haya acudido siempre a él con los hallazgos, que ya no se esconden, ni caen en manos de mercachifles para exportarlos, ni se pierden para la ciencia. Los plomos de Yátova, precisamente, fueron abandonados por unos excavadores clandestinos, que no reconocieron afortunadamente en aquel «paquete» formado con tierra alrededor el hallazgo importantísimo. Cultos ciudadanos del pueblo de Buñol se dieron cuenta del valor de aquello y lo depositaron en el Museo de Prehistoria de la Diputación. Por suerte, pero no por causalidad, pues nadie como Fletcher podía estudiar y publicar en pocos meses el difícilísimo material. En esa cultura difundida por todo el país, por la que los ciudadanos pueden darse cuenta del valor de algo en peligro de perderse, y saben adonde hay que llevar las inscripciones, se refleja la entusiasta labor de años

(1) D. FLETCHER VALLS: «Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 66, Valencia, 1980.

del Museo de la Diputación. En esa labor, que yo recuerdo iniciada antes de la guerra civil de 1936, Domingo Fletcher es un eslabón que ha servido medio siglo a la continuidad científica, y a su difusión en la cultura de la gente, también de la no profesional. El enriquecimiento de la epigrafía ibérica, el aumento, ininterrumpido y creciente, de inscripciones, no es una casualidad, y se debe al celo y al entusiasmo de Fletcher y al prestigio del Servicio de Investigación Prehistórica.

Cuando Fletcher comenzaba a trabajar en el Museo de Prehistoria, los estudios ibéricos vivían en Valencia una etapa brillante. Dirigía el Servicio su fundador, don Isidro Ballester Tormo, y enseñaba Prehistoria en la Universidad Don Luis Pericot García, maestro de tantos y tantos prehistoriadores valencianos. Por aquellos años, antes de la guerra civil, se comenzaron las excavaciones de Liria. La colección de los vasos de Liria, orgullo del Museo, comenzaba a formarse. A los primeros descubrimientos pertenece el sensacional letrero ibérico *gudua deisdea*. Ya saben ustedes la historia: Pericot presentó en la Universidad de Barcelona a una estudiante vasca la inscripción, sin acompañarla de la figura que la contiene en el fragmento cerámico; la estudiante pensó en las palabras vascas *gudu* «combate» y *deitu* «llamar», y entonces pareció por un momento comprobada la vieja tesis de la identidad vasco-ibérica. Un texto ibérico resultaba inteligible por el vasco. En vano Don Julio Urquijo, el patriarca de la erudición vasca, hacía notar unos años después (2) que en la frase era un poco raro que el artículo *-a* apareciera pospuesto, y en esta forma, a las dos palabras, y que, lo mismo que la morfología, la sintaxis no fuera muy vasca, aparte de que si *deitu* recuerda al latín *dictum*, *gudu* no está exento de la sospecha de ser un germanismo en vasco.

El significado de la frase ibérica les pareció a muchos vascólogos eminentes que podía ser con todo «llamada de guerra», como ilustrando la pintura. En tal sentido opinaron J. Caro Baroja, A. Irigaray y Severo Altube (3). En la pintura se ve una barca ocupada por guerreros, dos de ellos con sus escudos ibéricos convexos, enfrentada a la vez con otra barca, ocupada por un guerrero con su escudo y un perro que ladra, y que parece que la ha sorprendido por detrás, y con otro guerrero, que desde tierra firme responde tendiendo su arco a una flecha

(2) J. DE URQUIJO E IBARRA: «La famosa inscripción ibero-vasca de un vaso de Liria. *Gudua Deitzdea*. Error de lectura o error de fecha. Contestación a una crítica», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País*, I, 2.º, San Sebastián, 1945, págs. 125-143.

(3) J. CARO BAROJA: «Sobre el vocabulario de las inscripciones ibéricas», *Boletín de la Real Academia Española*, XXV, Madrid, 1946, págs. 196 y s. y 202.

A. IRIGARAY: En nota que publica Caro Baroja en la obra citada antes.

S. ALTUBE: En Homenaje a Don Julio de Urquijo, I, págs. 351 y ss.

que le disparan desde la primera barca. Los peces que se ven en el vaso debajo de las barcas, y el ave marina que vuela sobre ellos, nos hacen pensar en una escena de ataque por sorpresa en la Albufera.

Las excavaciones de Liria continuaron, gracias a la actividad del Servicio de la Diputación, y hoy la colección valenciana es sin duda la más rica que existe en epigrafía ibérica. Ya hemos dicho la parte que en ella tiene Domingo Fletcher.

El comienzo de las excavaciones de Liria nos ha llevado al tiempo en que el desciframiento de la escritura ibérica por Don Manuel Gómez-Moreno empezaba a ser aceptado. Desde 1922 ese desciframiento estaba publicado, y desde 1925, Gómez-Moreno, en un segundo artículo, la había explicado de modo más completo, a la vez que presentaba un mapa etnológico de la Península que se mantiene hoy, después de medio siglo ya cumplido, casi por entero. Pero los estudiosos somos rutinarios, y amantes de nuestras capillitas y colegas. Es muy difícil romper además con el prestigio de grandes figuras, y con el peso de la tradición. Ni sesudos sabios tudescos, ni eminentes arqueólogos de rivales grupos y escuelas, aceptaban las lecturas de Gómez-Moreno, y sólo algunos numismáticos, hacia 1929, empezaron a utilizarlas por la sencilla razón de que, ahora sí, las monedas se podían leer. Pericot y Ballester Tormo, y el joven Fletcher, como también Don Pío Beltrán, leían al modo de Gómez-Moreno los materiales que iban apareciendo, y el problema ibérico, con inscripciones que ya no eran el galimatías de las transcripciones de Hübner, se podía plantear de otro modo.

Así fue posible descubrir que la escritura ibérica había sido utilizada también por los celtíberos, y confirmar y precisar el mapa etnológico que Gómez-Moreno había trazado. A mí me tocó, como lingüista, sacar algún partido del descubrimiento. Recordemos, con mis intentos, algunos trabajos de Caro Baroja.

Julio Caro Baroja trató en ellos de lo que él llamó vasco-iberismo, es decir, de una equiparación o identificación del vasco con el ibérico, que, por una parte, tenía a su favor un gran prestigio científico, más por otra, también una tradición antiquísima, casi bíblica, pues arranca del pasaje del *Génesis* en que Tubal, hijo de Jafet, aparece como padre de los iberos, pasaje en el que a San Jerónimo, al comentarlo y traducir el comentario de Eusebio se le ocurrió añadir a *Iberi* la explicación de *qui et Hispani*. Todavía hoy en Tbilisi, la capital de Georgia, la Academia de Ciencias de aquella república soviética publica una revista que se llama *Anuario de lingüística ibero-caucásica*, en ella naturalmente se admite la relación con el vasco y con ese supuesto antepasado ibero. Lo mismo que en Georgia, la Iberia caucásica, arraigó la idea de Tubal

como antepasado en toda España, y muy particularmente entre los escritores vascos, desde Esteban de Garibay (1571). El origen latino del castellano y de las otras lenguas románicas estaban ya claro para Aldrete, por ejemplo, en su libro de 1606, pero el enigma de los orígenes del euskera invitó a mantener la descendencia tubálica a los vascos durante un par de siglos más. Y uno de los fundadores de la lingüística moderna, Guillermo de Humboldt, aprendió en su viaje a las provincias vascongadas en 1801 la identificación de vasco e ibérico, y las consiguientes relaciones con Georgia y con Italia (estas últimas, en verdad, eran resultado de las invenciones del falsario Annio de Viterbo, adulador de Fernando el Católico) y resumió, puso al día y divulgó toda la tradición vasca, aceptada también por Lorenzo Hervás, en su famosa *Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de Hispania por medio de la lengua vasca* (4).

El prestigio de Humboldt, y la continuidad, casi siempre admirable, de la ciencia alemana, aseguraron como indiscutible la vieja doctrina vasco-iberista, y cuando en 1893 el gran epigrafista E. Hübner publicaba los *Monumenta linguae Ibericae*, confundía todos los restos de lenguas antiguas de la Península en una sola lengua, con el erróneo genitivo de singular *linguae Ibericae*. Y tomando como base el *Corpus* de Hübner, el genial romanista y vascólogo Hugo Schuchardt publicaba en las actas de la Academia de Viena, en 1907, una monografía, «Die iberische Deklination» (5), en la que se ofrecía al final, de la mezcla de restos que ahora sabemos son ibéricos, celtibéricos, lusitanos, del Sudoeste, etc., un desmedrado cuadro que Gerhard Bähr, en su tesis doctoral de Göttingen (publicada póstuma en *Eusko-Jakintza*) (6) no pudo apoyar en ningún punto, como seguidor ya de las lecturas de Gómez-Moreno.

Tuvimos que hacer un esfuerzo muy grande para romper con esta fuerte tradición que paralizó largo tiempo los estudios ibéricos, y todavía, cuando no se es prudente con la comparación vasca, los pone en peligro de caer en el error y en el disparate. Iberistas españoles y extranjeros que creen que, sin conocimiento del euskera, basta abrir un diccionario para encontrar la clave de una palabra ibérica, no deben continuar trabajando sin estudiar una lengua que, afortunadamente, está descifrada pues que se habla como lengua viva. Ya con la base de

(4) L. HERVAS Y PANDURO: «Comprobación de las investigaciones sobre los primitivos habitantes de Hispania por medio de la lengua vasca», Madrid, 1821.

(5) H. SCHUCHARDT: «Die Iberische Deklination», Sitzungsberichte der Kais. Akademie der Wissenschaften in Wien, CLVII, 2, Viena, 1907.

(6) G. BÄHR: «Baskisch und Iberisch», *Eusko Jakintza*, II, 4-5, Biarritz, 1948.

las lecturas de Gómez-Moreno se pudo ver cuántas propuestas disparatadas había en materia de interpretación del ibérico, y que en Humboldt se presentaban como artículo de fe. Hubo que limitarse a comparar datos seguros y a lograr así un mínimo aceptable, abandonando precipitadas conclusiones de la comparación vasco-ibérica. A esta tarea se sumó enseguida, con su sabiduría lingüística y su admirable conocimiento del euskera, Luis Michelena que siguió la tradición crítica de Urquijo y reforzó la actitud reservada frente a la identificación tradicional.

En los últimos decenios se ha progresado mucho en el conocimientos de los restos lingüísticos de la antigua Hispania. El celtíbero y el lusitano se dibujan con perfiles bastante claros, en mucho mayor medida el primero que el segundo, pero nuestro conocimiento de la lengua ibérica no ha podido avanzar tanto. Y es que el celtibérico y el lusitano son lenguas indoeuropeas, y todo el instrumental del método comparativo está a disposición del que quiere trabajar sobre las inscripciones. Pero el ibérico pertenece sin duda al mundo preindoeuropeo, y no tenemos ni método seguro, ni referencias ordenadas para analizarlo. Después nos habremos de ocupar de las posibles conexiones del ibérico, que nos llevan a campos lingüísticos estudiados en mayor o menor medida, pero con historia más corta, sin los milenios de continuidad que nos enseñan tanto sobre las lenguas indoeuropeas.

La situación del desciframiento del ibérico se puede comparar a la del etrusco. El etrusco es conocido por millares de inscripciones, con una tan extensa como la de la momia de Zagreb con sus aproximadamente 1.270 palabras de texto seguido con fórmulas repetidas, pero podemos decir sin atenuantes que es una lengua no descifrada. Sólo en, por ejemplo, fórmulas sepulcrales que se repiten a menudo, se entiende algo con seguridad, pero cuanto más extenso es el texto, las dificultades son mayores. Aun en el caso de la bilingüe famosa de Pyrgi, donde un texto fenicio glosa como en compendio la más extensa en etrusco, las dificultades que quedan son todavía insuperables.

El problema es semejante en ibérico. La inundación de inscripciones extensas, como el conjunto de Yátova, con 165 palabras en tres plomos, con sus diez caras si separamos las superposiciones, o el de Pech-Maho, con sus más de 100, me deja, al menos a mí, abrumado y perplejo. El desciframiento puede intentarse en una breve estela donde se pueden esperar fórmulas, o acaso en los letreros que ilustran las pinturas de vasos, pero en un texto extenso, de cuya naturaleza no sabemos nada, y que además, con lo que parecen numerales, hacen pensar en que se trate de cuentas o inventarios, hay que tener paciencia.

Una lengua inclasificada, es decir, no incluida dentro de una familia, es por de pronto indescifrable, y sólo por el estudio de lo conocido (onomástica, especialmente nombres propios identificables, o también palabras extranjeras prestadas) se puede ir rompiendo algún sello impenetrable. Pero aun así, la experiencia del etrusco nos enseña que por esta vía no son muy accesibles la morfología y la sintaxis. Lo que sabemos sobre la estructura de una lengua una vez que podemos partir de que es indoeuropea, semítica, etc., no nos lo dan penosas deducciones que, con mucho trabajo, podemos intentar alrededor de ese punto de claridad que es una palabra identificada o casi. Pero las tinieblas nos envuelven cuando leemos las inscripciones que se custodian en el Museo de Prehistoria de Valencia. Las contemplamos llenos de admiración, pero la augusta esfinge esconde su secreto.

LOS IBEROS: LA CULTURA IBERICA

El nombre de iberos, Ἰβηρες (muy raro Ἰβηροῦ) en griego, *Iberī* en latín, parece enigmático. Sin duda hay que relacionarlo con el de gran río peninsular que da al Mediterráneo, el *Ebro*, *Ibērus* en latín. En castellano y en catalán, pervive con el acento del griego Ἰβηρ, en la primera sílaba, y lo mismo ocurre con el de *Fontibre* (de *Fonte Iberi*), del lugar donde nace el río. Es natural que tengamos el acento griego como en otra palabra popular, *Isidro* (frente a la forma culta *Isidoro*, Ἰσιδωρος, con su acento latino), pues lo mismo ocurre con otro nombre geográfico, el de *Adra* (Ἄδρηρα), provincia de Almería, y los topónimos perviven en la lengua hablada (7). Por eso yo me inclino, contra la idea general, a pensar que el nombre primitivo es el del río, y no el del pueblo que habitaba en las orillas de su curso bajo.

Pues el nombre del Ebro se explica por las palabras vascas *ibai* «río» e *ibar* «vega». Los griegos se encontraron con que los iberos llamaban al más caudaloso río de la vertiente mediterránea *ibar* «río», el río por excelencia.

Las dos formas *ibar* e *ibai* están sin duda entre sí en una relación que se explica por sufijos que en vasco (y parece que también en ibérico) (8), cambian. En este caso tenemos *i/r* (también intervienen en otros casos *s*, *n*, y otros fonemas) y podemos comparar *amai* «límite»/ *amar* «diez (fin, sin duda, de contar los dedos de las manos)», y para confirmarlo: *amaika* «once (algo así como un derivado adjetival de

(7) Cfr. para estas palabras R. MENENDEZ PIDAL: «Manual de gramática histórica española», 6, 4.

(8) Cfr. *ildun/r*, A. TOVAR: «Léxico de las inscripciones ibéricas», Estudios dedicados a Menéndez Pidal, II, Madrid, 1951, págs. 273-323, especialmente la pág. 310.

“diez”, “el que sigue a diez”); también se puede recordar *-kor/-koi*, doble forma del sufijo vasco que significa «propenso a».

Los griegos jonios que exploraron las costas mediterráneas de España oyeron *Ibar* en boca de los indígenas, y siguiendo la evolución de su dialecto, que lo mismo, se supone, que del siglo VII al VI, de *Māda* hicieron $\mu\acute{\eta}\delta\omicron\upsilon\lambda$, lo convirtieron en Ἰβηρ

Que llamaran Ἰβηρες a los indígenas del país del Ἰβηρ pudo ser debido a que los indígenas llevaran en su lengua un étnico derivado del nombre del río. Muy posiblemente no, pero de todas maneras en griego se creó una formación radical, sin añadir nada al tema Ἰβηρ . Paralelos a Ἰβηρες serían nombres de pueblos extranjeros que hallamos en griego: $\kappa\alpha\acute{\rho}\epsilon\varsigma$, $\kappa\acute{\iota}\lambda\iota\kappa\epsilon\varsigma$. La identidad de la forma no decide gramaticalmente si lo primitivo es la acepción de un río o la de un pueblo, pero si se acepta la etimología vasca del nombre del río (ciertamente hipotética, mientras no la encontráramos confirmada en fuentes ibéricas) la semántica parece asegurar que el nombre fue primitivamente el del río.

Los iberos ocupaban en la época de los viajes de los jonios la fachada mediterránea de la Península, por lo que ésta fue llamada Iberia. Los conocimientos que fueron alcanzando los griegos, entre los siglos VI y V, de la Península, les mostraron la presencia de celtas en el Sudoeste, al Norte del Algarve, y que allí comenzaba una extensa $\kappa\epsilon\lambda\tau\iota\kappa\acute{\eta}$, que según Heródoto se extendía por todo el Occidente de Europa, hasta las fuentes del Danubio. En los autores griegos más antiguos se denomina *Celtica* la mitad nordoccidental de la Península, como opuesta a la mitad mediterránea ibérica, pero ya Polibio designó como *Iberia* a toda la Península, y esa es la palabra griega para lo que los romanos, con palabra aprendida de los cartagineses, llamaron *Hispania*.

El territorio en que aparecen los iberos históricos, los que conocieron griegos y romanos, es muy extenso. La comparación de ciertas formas lingüísticas que se repiten en los textos ibéricos, nos ha permitido demostrar la homogeneidad lingüística de un territorio que se documenta muy bien. Las monedas de Urce, hacia Almería, muestran en su leyenda ibérica *Urcescen* la misma terminación que las de Sagunto y las de los ilergetes, ausetanos, layetanos, indigetes (*Unticescen*), y la ciudad de Narbona (*Neroncen*). En monedas de Ilíberis (Granada) hallamos la misma palabra *cestin* que en una inscripción de Liria. Monedas de *Obulco* (Porcuna, Jaén) nos dan *duidui* como Liria, *iltir* como Cástulo, Alcoy, Liria, Cabanes, Barcelona, Ullastret, los indigetes, Lérida y Cogul; monedas de esta misma ceca ofrecen *iscer*, que aparece en Cástulo, Alcoy, Liria, los indigetes (y *escer* también en

Liria), y nos dan también *adin*, como Liria, Sinarcas, Sagunto, Tarragona, Azaila, y como leemos en varios nombres de la *turma Salluitana* (donde también hay *-aden*), en una inscripción romana de Sofuentes, al Norte de Egea, y en Ensérune.

La epigrafía pues, nos permite afirmar que desde Porcuna, Granada y Almería se hablaba la misma lengua por toda la costa mediterránea, hasta Ampurias, Narbona y Ensérune, y por el interior hasta el país de los ilergetes por Lérida y Zaragoza, y de los vascones, en Alagón y Sofuentes. El estudio de estas palabras o elementos de composición permite, aunque no sepamos en general el significado, sostener que la misma lengua se hablaba en todo este territorio, como presentamos ya hace tiempo en mapas (9). Esta unidad de la lengua ibérica la admiten J. Maluquer de Motes y Antonio Arribas (10), que exagera un poco quizá al llevar los límites hasta el Ródano y hasta las columnas de Hércules. Por su parte L. Pericot (11), insiste resueltamente en la unidad de todo el territorio en que la lengua aparece con tan innegables coincidencias.

Un problema difícil es el de si hubo también iberos en la Bética al Oeste de Porcuna. Es bien sabido que un río de Huelva, el que ahora se llama Tinto, se llamaba *Hiberus* en Avieno e Ἰβηρ en Estrabón (13). Un testimonio antiguo, que se refiere (hacia 400 a. C.) a los viajes de Hércules y utiliza varias fuentes, que coinciden con Avieno y Heródoto, el de Herodoro de Heraclea (14), llama iberos a todos los pueblos de la zona del estrecho de Gibraltar y mucho más al Este, es decir, el territorio de Tartessos en su más amplio sentido, y considera como tribus de una misma raza a los cinetes, gletes, tartesios, elbisinos, mastienos y celcianos, con una corrupción al fin de este texto en la que parece se menciona el Ródano (15). ¿Se llamaron realmente iberos los pobladores de todo el Sur de la Península? ¿Son miembros de la

(9) A. TOVAR: «Extensión de la lengua ibérica en Andalucía», *Zephyrus*, VII, Salamanca, 1956, págs. 81-83.

A. TOVAR: «The Ancient Language of Spain and Portugal», New York, 1961, págs. 50 y ss.

(10) J. MALUQUER DE MOTES NICOLAU: Prólogo a la obra que se cita a continuación, pág. 20.

A. ARRIBAS PALAU: «Los Iberos», Barcelona, 1965, pág. 27.

(11) L. PERICOT GARCIA: «La cerámica ibérica», *Fotografías de Toni Vidal*, Barcelona, 1979 (1984), pág. 11.

(12) AVIENO, Ora 248. Cfr. A. SCHULTEN: «Iberische Landeskunde», I, Strassbourg, 1955, págs. 336 y s.

(13) ESTRABON, III, 5, 9, pág. 175.

(14) J. JACOBY: «Die Fragmente der griech. Historiker», I, págs. 215 y s. y 502 y s.

(15) A. SCHULTEN: «Fontes Hispaniae Antiquae», II, Barcelona, 1925, págs. 37 y 38.

misma comunidad étnica que hallamos en la Andalucía oriental y en toda la costa del Este? ¿O iberos en este punto no significa otra cosa que hispanos? Con los datos lingüísticos, no es fácil dar una respuesta. Pero habremos aún de volver sobre este punto.

El precoz desarrollo de la cultura tartesia, la presión de los invasores celtas en toda Andalucía, particularmente sobre la occidental, así como sobre el Alentejo, y la colonización fenicia y púnica, no nos permiten ver si la base étnica de la Andalucía occidental era semejante a la que se nos manifiesta en el mundo ibérico propiamente tal, en los límites que la lengua nos señala. El *Hiberus* de Avieno, "ΙΒΗΡΟ de Estrabón, podría ser un indicio de que sí, de que en aquella región un poco marginal se mantuvo conciencia de que eran iberos. Pero cuando contemplamos el tesoro del Carambolo, o los relieves de Osuna, o se estudian las cerámicas de Andalucía occidental, nos encontramos con otras tradiciones que la ibérica propiamente tal.

Es cierto que todavía hace pocos años, al final de su vida, podía investigador tan competente como Pericot (16), aseverar que «no existe definición satisfactoria y una cronología evidente» sobre los iberos, pero el número grande de inscripciones, cuya lectura es clara, permite, aun sin considerar descifrada la lengua, conocer la identidad de ella en toda la provincia epigráfica.

Basándonos también en la arqueología de ese territorio, especialmente en la típica cerámica, que coincide con el que la epigrafía nos asegura como ibérico, podemos intentar una explicación cronológica del desarrollo de esta cultura, dejando ahora el problema, mucho más difícil, de sus orígenes. Como dice Maluquer (17), refiriéndose a como plantean los arqueólogos estas cuestiones, «la cuestión de *origen* ha sido substituida por la de *formación* de tal o cual pueblo o cultura».

La presencia epigráfica y arqueológica de los iberos permite partir de la idea de P. Bosch Gimpera (presentada por Pericot) (18) de que los iberos son una etnia que existe en la Edad del Hierro, y cuya cultura tomó rasgos característicos, determinados en buena parte por influencias coloniales púnicas y griegas, en el siglo VI.

La cultura ibérica, dentro de la unidad que la lingüística descubre, muestra diferencias regionales, que resultan sin duda de que las formas culturales ibéricas toman sus rasgos definitivos en la región del

(16) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 8.

(17) MALUQUER DE MOTES: Op. cit. en la nota 10, pág. 9.

(18) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 11.

alto Guadalquivir, y se extienden, seguramente favorecidas para su expansión por una preexistente comunidad étnica y lingüística, de Sudeste a Noroeste. Pericot (19) insiste en «la importancia del substrato ibérico en el Este y Sur de España en unas fechas relativamente elevadas para el desarrollo de la primera etapa de lo ibérico».

Es en la región entre la Sierra Morena y la Sierra Nevada, alrededor del alto Guadalquivir, donde se dan las condiciones para la formación de una cultura, en un territorio relativamente protegido contra las invasiones indoeuropeas y la presión de las colonizaciones. Allí, sobre la larga tradición cultural de la región de Almería, vienen a confluir influencias tartesias.

Una muestra innegable de estas influencias tartesias es la escritura ibérica, cuya forma más antigua es la llamada tartesia o bástulo-turdetana, es decir, la del Algarve y todo el Sur de la Península, que seguimos pensando se formó hacia el año 700 a. C. en el Sudoeste, territorio en que competían influencias griegas con fenicias. El elemento silábico no puede ser del tipo que se llama secundario, es decir, formado sobre la base de letras alfabéticas, a menos que esto se pudiera demostrar. La hipótesis de que el elemento silábico de la escritura alfabética sea una herencia de los silabarios del II milenio es la más obvia para explicar su presencia en el I a. C. El argumento que expuse en 1943 (20) de que el silabismo se mantuviera obedeciendo a conveniencias fonológicas de la lengua para la que se inventó, sigue teniendo valor. Se trata de un arcaísmo en zona marginal, semejante al uso de silabarios de antiguo abolengo en Chipre hasta tiempos bastante tardíos. No se han hallado, que sepamos, huellas de un silabismo sistemático y completo en nuestra Península. Se puede pensar que un indígena dueño de las escrituras griega y fenicia, y quizá empapado del silabismo que I. J. Gelb considera inherente aún al alfabeto fenicio, o un colonizador compenetrado con la cultura indígena, forjó alrededor de la fecha que suponemos la escritura cuya alta antigüedad parece que se confirma cada vez más en excavaciones en Portugal.

En la cultura ibérica que toma sus rasgos característicos en la región del alto Guadalquivir podemos ver un juego de influencias que es, un siglo después de que se formara la escritura del Sudoeste, una combinación semejante de elementos distintos: la metalurgia de los exvotos ibéricos de Sierra Morena, que surge en el siglo VI, es de tradición indígena, pero la influencia griega es innegable. Más griega,

(19) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, págs. 236 y s.

(20) A. TOVAR: «Estudios sobre las primitivas lenguas hispánicas», Buenos Aires, 1949, págs. 17-20.

pero a la vez oriental, es la escultura en piedra que florece en los antiguos reinos de Murcia y Valencia. No olvidemos que es ese territorio donde los iberos, en casos que parece podemos considerar poco normales, adoptaron servilmente la escritura jónica para escribir los plomos de Alcoy y Mula.

Contribuyen con tradiciones formativas al ibérico la cultura tartesia, que sabemos extendió su influencia por todo el Sur de España, hasta incluir la Contestania, y supervivencias de la cultura del Argar, más remota en el tiempo, pero la última de las que sucesivamente tuvieron su centro en la región de Almería. La alta cultura tartesia explica, con modelos como los legendarios Gárgoris y Habis, o el más histórico Argantonio, la existencia de la monarquía en el Sur.

El estudio que hace Pericot de la cerámica ibérica explica la extensión de las formas características con que aparecen en la historia los iberos, y nos orienta sobre la cronología de la difusión de su cultura.

Los tipos más antiguos de la cerámica ibérica pintada son los de Galera, Toya y el Cigarralejo (21). Se fechan en el siglo VI. Vienen después los tipos de Verdolay, junto a Murcia, y los de Elche y Archena. Liria, donde el hallazgo de un fragmento ático de figuras negras fechable en 476 a. C. acredita un comienzo antiguo, continúa los tipos de Verdolay (22). Al siglo IV pertenece el comienzo de la cerámica ibérica del Bajo Aragón (23); al IV-III, Ensérune (24); las piezas cerámicas de Azaila corresponden al siglo III (25).

La extensión de los estilos cerámicos ibéricos a Celtiberia se fecha, según Pericot (26), en los siglos III y II.

Aquí tendríamos que resolver la duda que plantea el periplo de Avieno (27), al decir que el territorio de los iberos, en el que «están situados en gran extensión hasta las cimas del Pirineo», comienza precisamente en la costa, hacia el cabo de la Nao, frente a la isla de Ibiza.

Además es cierto que pocos versos antes, en el 462 s., el piloto marsellés dice, refiriéndose, parece, porque el texto es sumamente impreciso y difícil, a la misma región del cabo de la Nao: *hic terminus*

(21) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 241.

(22) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 243.

(23) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 245.

(24) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 274.

(25) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 250.

(26) PERICOT: Op. cit. en la nota 11, pág. 268.

(27) AVIENO, Ora. 472 y ss.

quondam stetit/Tartessiorum. Allí, o quizá un poco al Norte, más cerca del Júcar, «estuvo antaño el límite de los tartesios». Pero ese límite de los tartesios, que fue límite político, o de supremacía comercial, pertenecía ya al pasado en la fecha del periplo, hacia 520 a. C. No había ya allí límite político ninguno, y la epigrafía nos enseña que en el momento en que jonios, como nuestro marsellés, habían introducido su escritura en Alcoy y en Mula, lo que sería unos cuantos lustros después del periplo, les dieron escritura para escribir en la misma lengua que descubrimos de Urçi a Ensérune. Quizá el piloto marsellés encontró en la costa de Murcia y Alicante tantos elementos coloniales griegos y fenicios, que sólo al llegar al cabo de la Nao creyó encontrar verdaderos iberos. Pero la difusión de la lengua ibera la epigrafía nos la asegura también en el Sudeste, y en tiempo no muy posterior, dos siglos a lo más, a las observaciones de un piloto que hay que suponer vio menos del interior que de la costa.

Podemos, pues, defender la extensión de la cultura ibérica (lengua, escritura, cerámica, arte, etc.), con variantes regionales, pero con unidad que se extiende desde Urçi por la Bastetania, la Contestania, la Edetania, las tribus de la costa catalana (ilercaones, lacetanos, cosetanos, layetanos, indigetes) y la zona de Narbona y Ensérune, por la costa de Rosellón y el Languedoc. El amplio territorio de los ilergetes es también epigráficamente ibero.

Dos monumentos epigráficos son preciosos por presentarnos la zona subpirenaica un poco al Sur de donde se debía hablar el euskera: me refiero al famoso documento que es la *turma Salluitana* (28), y al importantísimo documento, encontrado hace pocos años, de la *tabula Contrebiensis* (29).

Los nombres que contiene la primera, de soldados a quienes el general Cn. Pompeyo Estrabón, el padre del Magno, concede ciudadanía romana por sus méritos en la guerra contra los socios itálicos en 89 a. C., nos da una lista de 49 nombres ibéricos, de ellos uno repetido y tres incompletos, que pertenecen a diez ciudades: desgraciadamente sólo son entre estas de identificación segura Zaragoza y Lérida, y de probable, Egea; *Succonsa*, la otra cuyo nombre se conocía de antes, se cita en Ptolomeo, y se puede suponer estaba entre Huesca y Lérida.

(28) CIL I², 709, VI, 37.045. Cfr. N. CRINITI: «L'epigrafe di Asculum di Gn. Pompeo Strabone», Milán, 1970.

(29) G. FATAS CABEZA: «Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza). II. Tabula Contrebiensis», Monografías Arqueológicas, XXIII, Zaragoza, 1980.

Las personas ibéricas de la segunda, que es un arbitraje que el senado de Contrebia Belaisca dio, confirmado por el *imperator* C. Valerio Flacco, en 87 a. C., en un pleito que tenían los de Alagón contra los de Salluia (Zaragoza) sobre terrenos por los que pasaban aguas para el riego, son, aparte de seis magistrados de Contrebia que llevan nombres celtibéricos como los escritos en letras ibéricas en el bronce de Botorrita, sólo dos: el de [...C] *assius* hijo de [...] *eihar*, *Salluiensis*, y el de *Turibas* hijo de *Teitabas*, *Allauonensis*. Estos tres nombres, pues el zaragozano hijo de *Jeihar* tiene *praenomen* y *nomen* romano, son ibéricos, pero nuevos, aunque sólo *Jeihar* con su *h* plantea problemas. Estos nombres nos aseguran de que en territorio que Ptolomeo nos da como vascón, tenemos nombres ibéricos: en Segia, en Alauon y también en una inscripción latina con el nombre (en su primer elemento quizá no ibérico) (30), de *Turciradin*, de Sofuentes, al Norte de Egea (31).

J. Corominas comentó (32) otra inscripción (33), procedente de la alta Ribagorza, dándola como en «vasco ribagorzano» del siglo I. Los dos nombres indígenas que en ella se leen (ambos en dativo): *Tannae-paeseri* y *Asterdumari*, son, el primero, ibérico en sus dos elementos: *Tanne-* (34), y cf. *Baesadine*, *Baesisceris*, etc. (35), si bien en Aquitania también tenemos *Dann-*, y éste sería un caso en que se descubre un fondo común ibero-aquitano; en cuanto al segundo nombre, más que ibérico, en el que no parece se encuentre nada semejante, podría ser del fondo vasco-pirenaico, como defiende Corominas, que alega la palabra vasca *azter* «indagación, examen», y otras parecidas, y el nombre personal *Aster* en diplomas gascones de los siglos IX y XI, y otros. La dificultad que hay en *-dum-* podría resolverse, a mi juicio, con la falta o rareza de *m* en ibérico, y explicar así una confusión gráfica del vasco *dun* «que tiene», palabra muy frecuente.

Desde el punto de vista del vasco notaremos aún que resulta sorprendente en esta inscripción la existencia en tiempos romanos, como supone Corominas, de un dativo de singular en *-eri -ari*, de la declinación basada en el artículo, es decir, determinada, que no se pensaría fuera tan antigua. Pero la verdad es que falta documentación en este punto.

(30) M.ª L. ALBERTOS FIRMAT: «La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarraconense y Bética», Salamanca, 1966, pág. 237.

(31) CIL II 2.976.

(32) J. COROMINAS: «Entre dos llenguatges», II, Barcelona, 1976, págs. 132-141.

(33) CIL II 5.840.

(34) ALBERTOS: Op. cit. en la nota 30, pág. 220.

(35) ALBERTOS: Op. cit. en la nota 30, pág. 47.

Es posible que en esta inscripción tuviéramos un testimonio de la relación entre el ibérico y el vasco, en territorio donde se podría esperar más bien vasco o aquitano (que podemos considerar idénticos entre sí). Quizá hasta allí llegaba, entre personas de posición social relativamente elevada, que hacían poner una lápida, la influencia del ibérico.

LA LENGUA IBERICA

Hacer algunas consideraciones sobre la lengua ibérica es muy difícil y muy expuesto a errar. Sin embargo no resistimos a la tentación de hacerlas porque, al menos, por ese peligroso camino, podemos acercarnos a la cuestión de los orígenes y relaciones de una lengua no descifrada.

La proposición siguiente: el ibero es una lengua no descifrada, nos permite enunciar a continuación esta otra: el ibero no es indoeuropeo. Una lengua de la que poseemos tantos documentos como los que se exhiben en el Museo de Valencia, y en otros más, no estaría indescifrada, una vez que se lee con seguridad, si fuera indoeuropea. Hasta lenguas que durante mucho tiempo no fueron reconocidas como indoeuropeas, cual el licio y el lidio, pudieron identificarse como herederas, aunque muy cambiadas de las antiguas lenguas indoeuropeas anatólicas. Pero la dificultad para reconocerlas como tales estaba en su escritura, con más puntos oscuros que la ibérica, y en que han tenido una larga evolución, una vez disuelta la antigua familia anatólica del hetita, en el Oeste de Asia Menor.

Es cierto que en la pátera de Tivissa (36) se ha señalado que se lee:

Boutintibas sani cifsto urcetices.

La tercera palabra podría ser en indoeuropeo un aoristo medio (del tipo del véneto *donasto* «dedit», *fagsto* «fecit») del verbo *k^wer-*, bien atestiguado en indio *karati* «él hace»; galés, *paraf* «hace, causa»; irlandés, *cruth* «figura»; galés, *pryd* «figura, tiempo». Así lo explicó L. Michelena y lo aceptó V. Pisani (37).

(36) M. GOMEZ MORENO: «Misceláneas», Madrid, 1949, pág. 293, núm. 36.

Cfr. ARRIBAS: Op. cit. en la nota 10, pág. 154.

G. NICOLINI: «Les ibères», París, 1973, págs. 51, 151 y ss.

(37) L. MICHELENA: «¿Un aoristo sigmático indoeuropeo en la pátera ibérica de Tivisa?», Emerita, XX, Madrid, 1952, págs. 153-160.

V. PISANI: En Archivio glottologico italiano, XXVIII, Torino, págs. 104 y s. y en Paideia, IX, Génova, pág. 13.

Pero en el millar largo de voces ibéricas que se han reunido (38), no se repite otro caso, ni en desinencias, tipos de flexión, ni, salvo en algún posible préstamo, en vocablos, se halla nada que se pueda comparar a lenguas indoeuropeas.

Descartada así la comparación, es decir, el origen indoeuropeo, no parece hasta ahora más tentadora, a juzgar por su fortuna, la que intenté con el beréber. En un trabajo de 1946 (39), propuse interpretar *eban* (*en*) de ciertas inscripciones ibéricas como el beréber y semítico *eban* «piedra» más un elemento pronominal *-en*, que se halla así pospuesto, no al poseedor, sino al poseído, en beréber, y que, pospuesto al poseedor yo considero que es el genitivo vasco que H. Gavel llamó determinativo, aplicado especialmente a personas y seres animados: en vasco se dice *Peruren harria* «piedra de Pedro», a diferencia de ibérico *Balceadin Isbedarticer ebanen* «B. hijo de Isbedar (en una forma adjetival) piedra-de-él». Con un elemento pronominal posesivo distinto tenemos en íbico *Msult bn-s* «Musulamia tumba-su» (40), y en beréber actual *tamaziYt en-s* «patria él-su (patria de él)» (41). Para hacer verdaderamente digna de tomar en cuenta mi hipótesis, recordaré que en la epigrafía hebraica de todos los tiempos *eban* significa «lápida», y el epigrafista J.G. Février (42), publicó una serie de inscripciones latinas de Libia en las que aparece, en cada una, la palabra *aban* escrita así, en caracteres latinos, en inscripciones romanas con nombres indígenas.

Pero la verdad es que si admitimos la posibilidad, señalada por alguien, de que *eban* «lápida» en ibero fuera un préstamo púnico, sólo nos quedaría el *-en* ibérico con paralelos en beréber. Recordaremos todavía que J. Pokorny, en un trabajo de 1950 (43), utilizó mi construcción beréber-ibero-vasca para explicar (pues en vasco *-en* además de para el genitivo sirve como pronombre relativo) los orígenes del relativo infijado en irlandés antiguo, en ejemplos como *inna aimsire mbíte-som isind fognam* «del tiempo en que (*n*, asimilada a la *b* que sigue) están en servicio», *sechi chruth do-n-d-rón* «de cualquier forma que (*n*)

(38) J. SILES RUIZ: «Léxico de inscripciones ibéricas», Madrid, 1985.

(39) Luego incluido en TOVAR, op. cit. en la nota 20.

(40) A. TOVAR: «Papeletas de epigrafía íbica», Boletín de Trabajos del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología, X, Valladolid, 1943-1944, pág. 36.

(41) TOVAR: Op. cit. en la nota 20, págs. 61 y ss. y 90 y ss.

TOVAR: Op. cit. en la nota 9, en segundo lugar, págs. 62 y ss.

(42) J. G. FEVRIER: En *Studi orientali in onore di G. Levi della Vida*, I, Roma, 1956, págs. 182 y ss.

(43) J. POKORNY: «Zum nichtindogermanischen Substrat im Inselkeltischen», *Die Sprache*, I, Wien, 1949, pág. 244.

yo lo (*d*) hiciera (1.^a persona singular del perfecto de *di-ro-gni*)». Este complicado juego de relaciones, que puede parecer poco creíble, adquiere sentido dentro de la idea de un sustrato camítico en el Occidente de Europa, hipótesis que mantuvo Pokorny de un modo que ahora no se estila, pero que puede tomarse en cuenta según indicaciones resultantes de la léxico-estadística y la tipología, a las que luego nos referiremos.

No han faltado, naturalmente, intentos de relacionar directamente el ibero con las lenguas semíticas. Me limitaré a citar dos trabajos que no me parecen convincentes. Primero el de Juan de Gorostiaga (44). Sin verdadero análisis, da por seguro que se trata del contrato que hace un dueño con dos constructores para la reparación de dos casas. No hace caso de la separación de palabras con puntos y así consigue aislar dos veces la palabra *bait* «casa» y una vez el plural *betin*; *adunin* lo traduce por *adun* «señor», pero en conjunto no ha explicado las palabras. En el segundo intento que reseñamos, su autor, J. M. Solà i Solé (45), parte de identificar, como su precursor, el ibero con el púnico, lo que, de ser cierto, aseguraría mejores resultados que los que él alcanza. De una inscripción de Liria saca lo siguiente: «bitiiba (sin explicar) de Banitewbar hijo de Balcewni». De la del Cerro de los Santos *Bástulaiacun*: *mš* «estatua» *z* «esta», un déictico *du*, la preposición *l* y el nombre propio fenicio *Yakun* «estatua esta aquí para Yakun». Nada le detiene: la inscripción de Ibiza, *Tirtanos Abulocum Letondunos ge. Beligios*, toda identificada: nombre, gentilidad, filiación y étnico en celtibérico, es traducida así: «Tirtan Osabul ha erigido (o dedicado) a su señor el sepulcro de Yws». Basta todo esto para probar que, al menos hasta ahora, el semítico no ha dado resultados.

Una comparación del ibérico que, si lo identificamos demasiado con el vasco, podría considerarse tradicional, es la que se supone con las lenguas caucásicas, especialmente con la más importante y la más antiguamente atestiguada, el georgiano. Como la investigación comparada del ibero (lengua no descifrada) con las lenguas caucásicas es todavía inexistente, no podemos hacer más que dar brevemente cuenta de los resultados de la comparación vasco-caucásica. En nuestro tiempo, después de H. Schuchardt y C. C. Uhlenbeck, han sido K.

(44) J. DE GOROSTIAGA: «Interpretación, traducción y análisis del plomo ibérico de Castellón», Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, IX, San Sebastián, 1953, págs. 105-109.

(45) J. M. SOLA SOLE: «Assaig d'interpretació d'algunes inscripcions ibèriques mitjançant el fenici i el punic», Oriens Antiquus, VII, Roma, 1968, págs. 223-244.

Bouda y R. Lafon los principales mantenedores, con trabajos principalmente en el campo del léxico, e intentos del segundo de estos autores en el de la morfología, de la relación entre el vasco y las lenguas caucásicas (46).

En 1961 hicimos un trabajo en el que colaboraron varios autores: además de los dos citados y Michelena, W. Vycichl y el inventor del método, M. Swadesh (47); en él se pueden ver hasta cierto punto confirmadas las semejanzas léxicas entre el vasco y el complejo mundo caucásico. Nos resultaba un 7'52 % de palabras comunes, en la lista de 100 de Swadesh, al vasco y al georgiano, representante en nuestro trabajo del grupo meridional, otro 7'52 común al vasco y al circasiano, representante del caucásico nordoccidental, y sólo un 5'37 % a vasco y avar, del grupo del Nordeste, y geográficamente más distante. Aun siendo escéptico sobre el método léxico-estadístico (yo no lo soy, por cierto) y admitiendo que, por debajo de 5 %, puede intervenir demasiado la pura causalidad, un 7'52 tiene cierta significación.

Michelena, uno de los principales colaboradores en aquel trabajo, no oculta, en el capítulo que escribió después para el volumen *Le langage*, su escepticismo ante la idea, que justificaba en cierto modo el título de su trabajo (48), de que dos islas lingüísticas como el vasco (aun añadiéndole el ibero) y el grupo caucásico de lenguas, más de veinte o veinticinco en las tres zonas en que se clasifican, podrían haber conservado elementos comunes de una amplísima área lingüística cuya unidad habrían roto poderosas familias de lenguas, como la indoeuropea. Realmente las distancias, aun suponiendo, para lo que cada vez se halla menos fundamento, que el Mediterráneo hubiera sido elemento de difusión e intercambio lingüístico, son demasiado grandes y los obstáculos, insuperables.

Sin embargo, la léxico-estadística no cierra del todo la puerta a las numerosas comparaciones léxicas reunidas por los citados autores, a los que se puede añadir, con sus prejuicios A. Trombetti.

El *non liquet* pronunciado por Michelena al final de su citado trabajo es una prudente advertencia, pero no es una prohibición de seguir examinando críticamente la posibilidad.

(46) Recordemos de K. BOUDA: «Baskisch-kaukasische Etymologien», Heidelberg, 1949; de R. LAFON: «Études Basques et Caucasiques», Salamanca, 1952, y de otros que cita MICHELENA en su colaboración en el trabajo de la nota siguiente.

(47) A. TOVAR, en colaboración con K. BOUDA, R. LAFON, L. MICHELENA, W. VYICHL y M. SWADESH: «El método léxico-estadístico y su aplicación a las relaciones del vascuence». Boletín de la Real Sociedad Vascongada de Amigos del País, XVII, San Sebastián, 1961, págs. 249-281.

(48) L. MICHELENA: «L'euskaro-caucasien», en «Le langage» dirigido por A. MARTINET, Encyclopédie de la Pléyade, París, 1968, págs. 1.414-1.437.

No hace muchos años (49) apliqué consideraciones tipológicas que, efectivamente, como las léxicas (estadísticas o no), no tienen más que un valor de indicio (50), al vasco comparado con el avar y el georgiano, y la verdad es que en la tipología de orden de palabras podemos afirmar que las dos lenguas caucásicas comparadas comparten con el vasco tres rasgos muy importantes del tipo III de Greenberg: S(ujeto) O(bjeto) V(erbo), pos(iciones), y orden G(enitivo) N(ombre); son distintas (aparte de que el georgiano, en contacto con la literatura griega desde al menos el siglo VI, es una lengua más bien SVO) en que el vasco coincide con lenguas occidentales, como beréber y galés, en los rasgos N A(djetivo) y N D(emostrativo). En la tipología cuantificada propuesta también por Greenberg, la verdad es que el vasco comparte la misma altura con el avar y con el georgiano en el índice de síntesis, en el de aglutinación (con índice aún mayor en georgiano) y en la que Greenberg llama «flexión pura». El índice bajo en vasco de composición es mínimo en georgiano y medio en avar, el muy bajo de derivación en vasco lo es aún más en las dos lenguas caucásicas estudiadas, el medio del vasco en número de prefijos es alto en avar y muy alto en georgiano, el alto de sufijos en vasco es muy alto en avar, y aún más en georgiano.

En cambio el vasco tiene en aislamiento un índice alto, como vemos que es una tendencia en las lenguas de Europa occidental y en el beréber, mientras que el georgiano tiene un índice medio y el avar, bajo; en la concordancia es bajísimo el índice del vasco, y en cambio es medio el del georgiano y alto el del avar: en los otros rasgos flexivos que la concordancia, también el vasco es bajísimo, mientras que el avar es alto y el georgiano, altísimo.

En resumen, y para probar la significación de la tipología cuantificada, sorprende en este experimento la semejanza tipológica de dos lenguas caucásicas vecinas, que coinciden en grado en tres índices, y sólo una vez se alejan una de otra en más de un grado de los cinco que establecimos (muy alto, alto, medio, bajo, muy bajo) para valorar los índices numéricos (51). Nótese también la proximidad de las dos lenguas caucásicas en siete de los diez índices, mientras que en los sintácticos, el vasco es muy distinto. No nos atrevemos a sacar consecuencias, pero sí a llamar la atención sobre la coherencia de los resultados.

(49) A. TOVAR, en *Euskera*, XXIV, Bilbao, 1979, págs. 13-33.

(50) G. DEETERS, citado por MICHELENA: Op. cit. nota 48, pág. 1.415.

(51) A. TOVAR: En «Euskalerraren nazioarteko jardunaldiak», Real Academia Vasca, Bilbao, 1981, págs. 139 y ss. especialmente las 152 y ss.

Sobre la relación del ibérico con el vasco habría de repetir cosas que he dicho ya. Sigo pensando como en 1954: «el vasco no es un descendiente del ibérico, aunque haya elementos comunes a una y otra lengua» (52). En esto coincidimos la mayoría de los estudiosos que leemos con el desciframiento de Gómez-Moreno las inscripciones. Las coincidencias que podemos señalar entre el vasco y el ibérico, tanto en léxico (donde pueden ser homofonías cuando el contexto ibérico no nos ayuda), como en la fonología, son, lo repetiremos (53), «profundas y reveladoras».

Me atrevería a decir que el vasco es el único camino, erizado de dificultades y rodeado de abismos, por el que podemos aspirar a entender algo más de las inscripciones ibéricas. A todo iberista le recomendaría, no que se comprara un diccionario vasco, sino que estudiara bien el euskera.

Y dejadme que termine otra vez lleno de dudas ante las tinieblas que nos rodean. La lengua ibérica es preindoeuropea, y me atrevería a decir que más preindoeuropea (más exótica) que el etrusco. Podría tener más elementos camíticos que mi olvidado *ebanen*, porque un sustrato camítico hispánico se puede suponer sobre la base del vasco, que muestra en nuestro trabajo léxico-estadístico casi un 10 % de coincidencias con dialectos beréberes de Marruecos. La explicación ibero-caucásica no se ha comenzado a investigar aún, pero buenos conocedores del georgiano tendrían la palabra.

La tipología permite suponer que el vasco tiene a la vez conexiones (de origen posiblemente) con Asia, pero también influencias camíticas que se pueden suponer en el extremo Occidente de Europa.

Y al terminar el examen de los elementos de comparación de que disponemos para los textos ibéricos, tengo que dar fin a esta exposición. Hubiera querido examinar nuevas cuestiones y puntos de vista, y hasta haber aportado propuestas nuevas de desciframiento, pero he intentado más bien presentar el problema en su conjunto. No tengo derecho a retener más vuestra atención.

Si comencé recordando el estado de los estudios ibéricos cuando Fletcher y sus coetáneos los heredamos de nuestros maestros, terminaré expresando nuestra esperanza y nuestro deseo de que nuestros compañeros y discípulos puedan, ahora que disponen de materiales más abundantes, como entonces no nos atrevíamos a soñar, avanzar en el conocimiento del enigma, que nosotros dejamos no resuelto, mientras tal vez sonrío la esfince ibérica.

(52) A. TOVAR: «El euskera y sus parientes», Biblioteca Vasca, II, Madrid, 1959, págs. 38 y s.

(53) TOVAR: Op. cit. en la nota anterior, pág. 55.

FRANCISCO JORDA CERDA

(Salamanca)

**SOBRE FIGURAS RUPESTRES PALEOLITICAS
DE POSIBLES CABALLOS DOMESTICADOS**

Hace algunos años, con la competente y eficaz ayuda de Magín Berenguer, revisamos las importantes series de pinturas y grabados rupestres de la cueva de El Pindal (Pimiango, Asturias), dados a conocer en una importante obra por H. Breuil y sus colaboradores españoles (1). Los resultados de aquella revisión fueron importantes, ya que logramos añadir al primitivo inventario de figuras otras catorce, entre animales e ideomorfos (2).

Ya por aquellos tiempos, me llamó la atención la figura de un protomo de caballo, realizada con grabado de trazo múltiple y al que faltaba el resto del cuerpo a causa del desprendimiento del fragmento de pared que lo contenía (fig. 1). Esta figura, en posición bien visible, ya que se halla situada en sitio destacado en el gran panel central junto con otros grabados de caballo, no es posible explicar porqué no fue incluida en el inventario de Breuil.

Este protomo de caballo mira hacia la derecha y sus cabeza y cuello se encuentran inclinados y como dirigidos hacia el suelo, el cual

(1) H. ALCALDE DEL RIO, H. BREUIL y L. SIERRA: «Les cavernes de la région cantabrique». Mónaco, 1911, págs. 53-81 y láms. XXXIV-XLVI.

(2) F. JORDA CERDA y M. BERENGUER ALONSO: «La cueva de El Pindal en Asturias. Nuevas aportaciones». Boletín del Instituto de Estudios Asturianos, 23, Oviedo, 1954, págs. 1-30, 5 láms. y un plano.

parece como si se hubiese intentado representar mediante una serie de pequeños trazos, de tal modo que el caballo parece como que está pastando, imagen realista que no dejaría de ser una novedad en el arte paleolítico. Pero de mayor interés son dos trazos que aparecen a la altura de la comisura de la boca del animal y que atraviesan desde el arranque del hocico hasta el inicio de la papada. Dichos trazos acaban, en el exterior del perfil, en cuatro pequeños trazos, de los que los dos más exteriores están ligeramente curvados, como las partes terminales de una lazada.

Al realizar la copia de tal figura y su inusual detalle, quedamos sorprendidos por su semejanza a una cuerda que atase el hocico, pero no nos atrevimos a pronunciarnos sobre el carácter del mismo y al describirlo en la relación de figuras de la cueva nos limitamos a considerarlo como «una especie de lazada» (3).



Fig. 1.—Cabeza de caballo con posible cabestro, de la cueva de El Pindal (Asturias).
(Según Jordá y Berenguer.)

(3) JORDA CERDA y BERENGUER ALONSO: Op. cit. en la nota anterior, pág. 15 y lám. III.

No es posible explicar las causas que motivaron que este protomo de caballo no fuese incluido entre las figuras de Pindal, ya que parece imposible que escapase a la perspicacia visual del gran maestro y creo que ha de ser considerado tal hecho como un olvido o traspapelado del calco. Digo estó, porque en otra de las cuevas recogida en la misma publicación, en la de Hornos de la Peña (San Felices de Buelna, Cantabria) (4) se encuentra el grabado de un caballo (fig. 2), de estilo torpe y abundante en detalles corporales, en el que en la parte superior del hocico, cerca de la comisura de la boca, aparece grabado un doble trazo, semejante al del caballo de la cueva asturiana, aunque en la parte superior la posible lazada ofrece solamente un pequeño trazo curvado y vuelto hacia el interior. Dichos trazos dieron pie a que el mismo Breuil comentara —haciendo referencia a la vieja polémica sobre la semidomesticación— que seguramente «*Piette eut pris pour courroie autour des nasseaux*» (5).

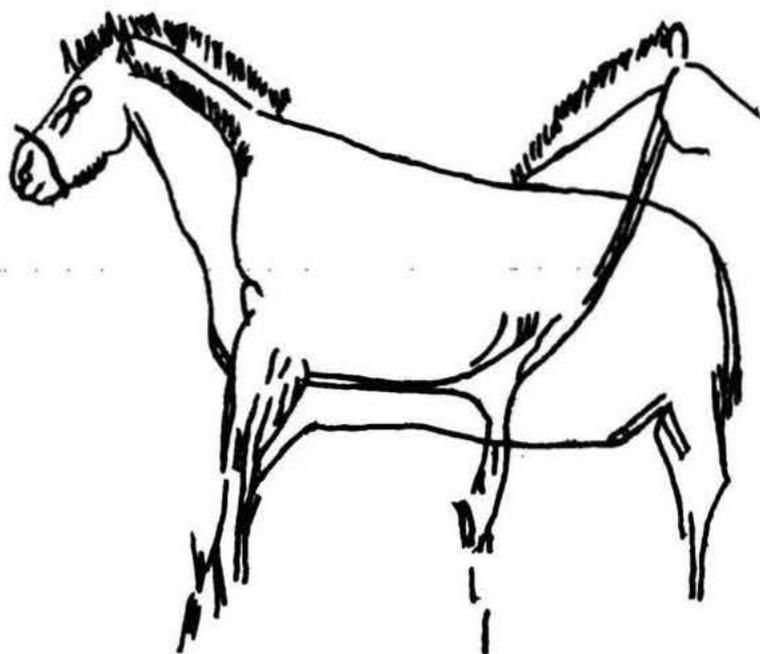


Fig. 2.—Conjunto de grabados de Hornos de la Peña (Cantabria), con un caballo con posible cabestro. (Según Breuil.)

(4) ALCALDE DEL RIO, BREUIL y SIERRA: Op. cit. en la nota 1, pág. 96.

(5) ALCALDE DEL RIO, BREUIL y SIERRA: Op. cit. en la nota 1, pág. 90.

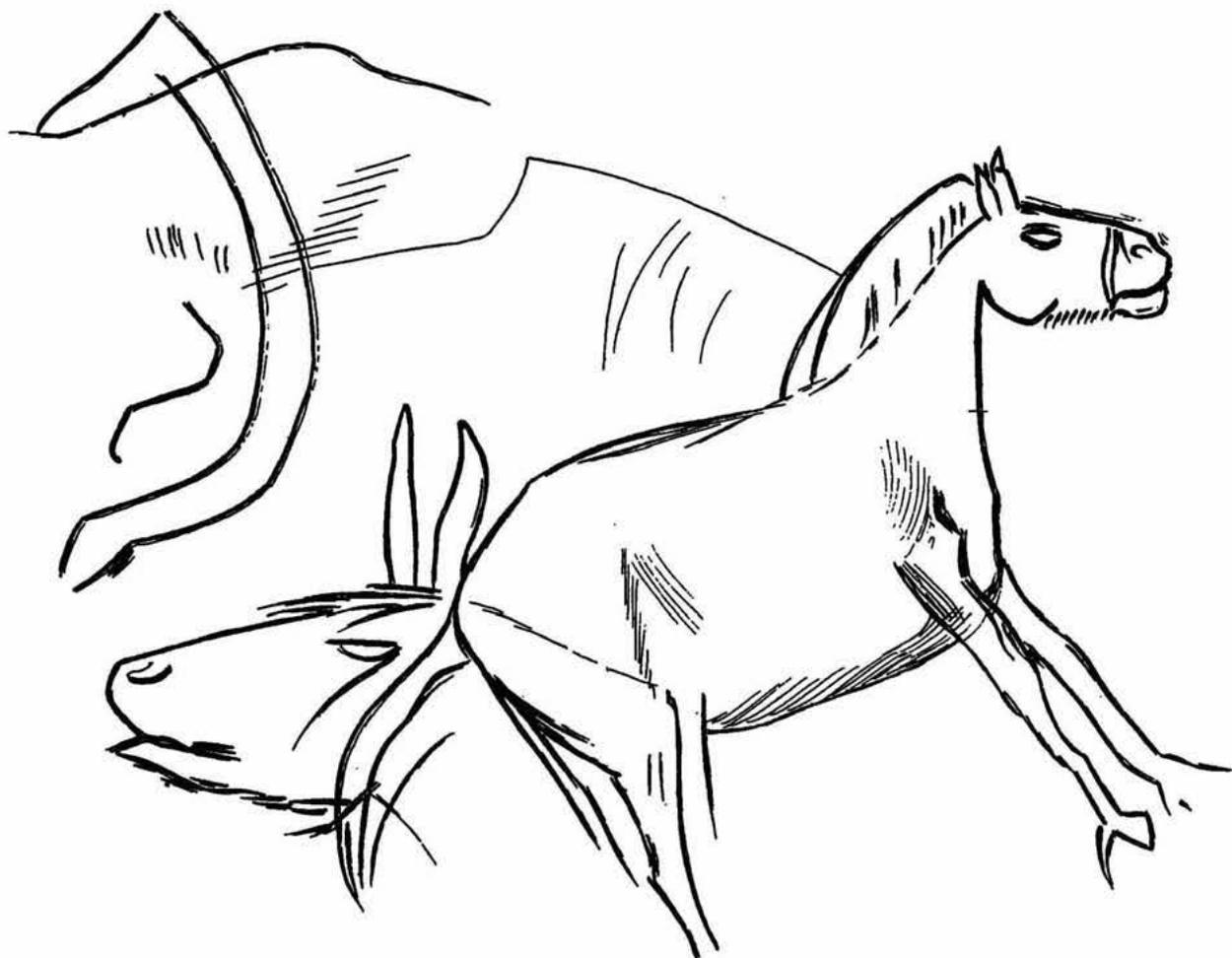


Fig. 3.—Caballos contrapuestos de Los Casares (Guadalajara), con línea de posible cabestro el de la izquierda. (Según Cabré.)

A estas dos interesantes figuras que parecen dotadas de lo que podríamos considerar como la parte inferior de un cabestro de caballo, hay que añadir otra representación rupestre con un detalle semejante también sobre el hocico. Se trata de una figura de caballo grabada con inmejorable estilo en la parte de la cabeza, siendo el resto del cuerpo de menor calidad en su ejecución, que se encuentra en la cueva de Los Casares (Riba de Saelices, Guadalajara) (6) (fig. 3). La cabeza, como decimos, presenta en la parte superior del hocico un gran trazo que lo atraviesa de parte a parte sobresaliendo un poco al exterior por la parte frontal y que parece en estrecha relación con los trazos dobles de los dos caballos anteriores, pero en éste el trazo es único, aunque la función parece la misma.

Todavía podemos añadir a estas figuras rupestres una interesante obra de arte mueble, en la que es posible descubrir restos del mismo tipo de posible cabestro. Se trata de un perfil recortado de caballo encontrado recientemente y todavía en estudio, por lo que sólo señalaremos en una cara la presencia de dos trazos grabados muy sucintamente y que formando una ligera curva van de una parte a otra por la zona superior del hocico, mientras que por la otra ofrece una línea de trazos pequeños, algo curvada, que parece señalar por dónde discurriría el posible cabestro en su parte inferior (figs. 4 y 5). Este ejemplar de perfil recortado con cabeza de caballo procede del importante yacimiento del Abrigo de la Viña (Manzaneda, Oviedo, Asturias), todavía en curso de excavación y procedente de su nivel Magdaleniense medio (7).

Los tres ejemplos citados de arte rupestre más los dos de arte mueble creo que son lo suficientemente expresivos como para señalar la existencia entre las gentes magdalenenses de un modo de sujetar los caballos enlazándolos por la boca mediante una especie de cuerda o cinta de cuero —como parecen señalar los dos trazos paralelos en los ejemplares rupestres y en uno de los perfiles recortados muebles, hecho que hay que interpretar como elemento o instrumento de tipo práctico, y no suponerle una finalidad mágico-religiosa, que es el cajón de sastre donde se acostumbra a recoger todo objeto o instrumento prehistórico que no sabemos definir o interpretar. Por mi parte, como ya he apuntado, pienso que nos encontramos ante representaciones estrechamente relacionadas con una probable domesticación

(6) J. CABRE AGUILO: «Las cuevas de Los Casares y de La Hoz». *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XXX, Madrid, 1934, págs. 25 y ss. y láms. V, 2 y XXIV, 3.

(7) J. FORTEA PEREZ: «Investigaciones en la cuenca media del Nalón, Asturias (España). Noticia y primeros resultados». *Zephyrus*, XXXII-XXXIII, Salamanca, 1981, págs. 5-16 y figs. 7 y 8.

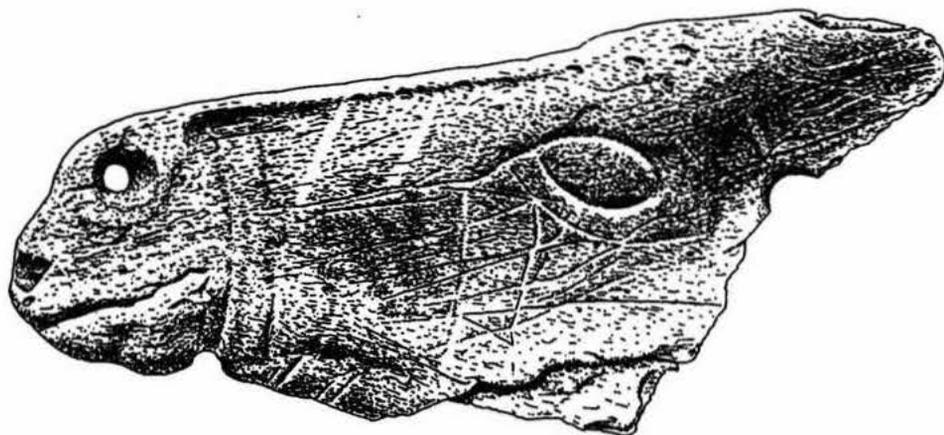


Fig. 4.—Anverso del perfil recortado de cabeza de caballo con posible cabestro de cinta o correa, de La Viña (Asturias). (Según Fortea.)

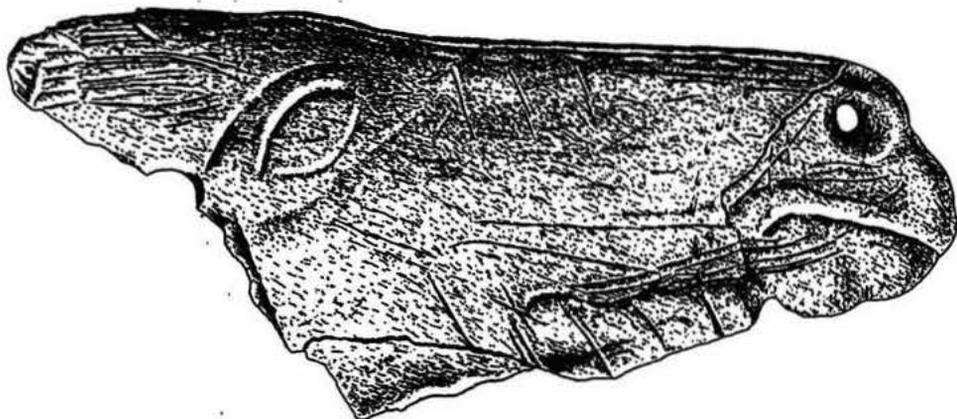


Fig. 5.—Reverso del perfil recortado de cabeza de caballo en la que se observa indicado con línea de punto un posible cabestro. Procedente de La Viña (Asturias). (Según Fortea.)

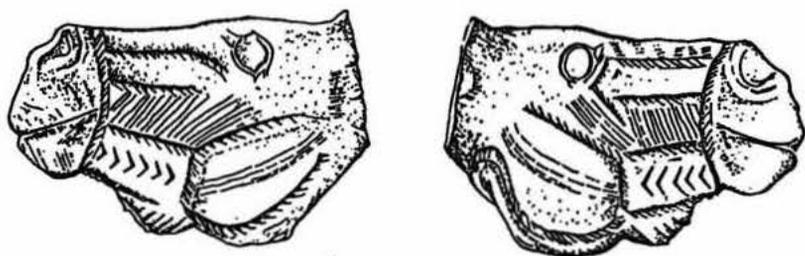


Fig. 6.—Perfil recortado de cabeza de caballo de St. Michel d'Arudy (Pyrénées Atlantiques) con los elementos de un posible cabestro. (Según E. Piette. 1906.)



Fig. 7.—Caballo grabado de la cueva de Marsoulas (Haute Garonne) con los elementos de un posible cabestro. (Según Plenier.)

del caballo. Obsérvese en relación con esto que decimos que la posible cinta de cabezo se observa solamente en representaciones de caballo, lo que estimo que es muy significativo, ya que apuntaría a que la domesticación del caballo pudo muy bien iniciarse dentro de los tiempos paleolíticos.

En este sentido se ha pronunciado recientemente Bahn (8), quien ha retomado el tema de la domesticación del caballo iniciado hace años por E. Piette (9), basándose en la original decoración de Saint Michel d'Arudy (Pyrénées Atlantiques, Francia) (fig. 6) del que comentaba la original decoración, en la que se aprecia la existencia de

(8) P. G. BAHN: «Les bâtons percés. Reveil d'une hypothèse abandonnée». *Préhistoire Ariégeoise* («Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège», XXXI), Tarascon-sur-Ariège, 1976, págs. 45-54.

(9) E. PIETTE: «Le chevêtre et la semi-domestication des animaux aux temps pléistocènes». *L'Anthropologie*, XVII, Paris, 1906, págs. 23-75.

una posible cuerda de trenzado enrollado, a la que parece hallarse unida una «pieza» rectangular, decorada con una serie de V, de la que surgen por el lado opuesto un haz de trazos discontinuos, que no se unen a ningún otro elemento en el extremo opuesto, por lo que resulta un tanto difícil asegurar su posible función. Tanto la «pieza» rectangular, como el haz de trazos forman parte de un elemento que se halla en contacto con la cuerda o cinta de cuero que circunda el hocico. Es posible que todo ello pueda ser interpretado como la representación de un instrumento —arnés o cabestro— mediante el cual fuese posible dirigir al caballo. Fue en este posible instrumento representado en el perfil recortado de Arudy en el que se basó Piette al formular su hipótesis sobre la semidomesticación animal, poniendo como ejemplo la del caballo.

Con ser la pieza mueble de Arudy de un gran valor para poder identificar los distintos elementos rupestres que hemos comentado como parte integrante del atalaje propio de un caballo domesticado o semidomesticado, todavía resulta más significativa y decisiva la representación de un arnés en un caballo grabado en la cueva de Marsoulas (Haute Garonne, Francia) (10) (fig. 7). Se trata de un animal del que se ha representado la cabeza, su línea dorsal y rabo, aunque bajo éste se observan dos trazos que podrían con dudas considerarse como representaciones de las patas posteriores. En la zona frontal de la cabeza aparece la parte superior del hocico con el doble trazo típico, que termina al exterior con largos trazos tras la lazada o nudo. De los puntos de unión del trazo doble con las comisuras surgen dos largos trazos múltiples, paralelos, que terminan algo más arriba que la frente y arranque de las crines. Estos dos trazos, a la altura de los ojos, aparecen unidos por un trazo horizontal, que parece prolongarse hacia la línea del cuello inferior con la que se confunde. La figura así formada tienen una gran semejanza con el tipo corriente de cabestro con el que se enjaezan los équidos actualmente. Este tipo de arnés se parece, según Des Ormeaux (11) a los arneses para renos de los samoyedos (fig. 8) y también guardan cierta semejanza con los utilizados para sus caballerías por los sardos. Estos últimos podrían atestiguar la posible utilización de los bastones perforados como formando parte del resto

(10) A. PLENIER: «L'art de la grotte de Marsoulas». Memorial I del Institut d'Archéologie Pré-historique, Toulouse, 1971.

L. PALES y M. TASSIN DE SAINT PEREUSE: «Un cheval pretexte. Retour du chevêtre». *Objets et Mondes*, tomo 6, fasc. 2, 1963, págs. 187-209.

(11) A.-L. DES ORMEAUX: «Note sur l'usage des batons de bois de rennes chez les populations primitives de l'Europe», *Revue d'Ethnologie*, 7, París, 1889, págs. 38-51.

del arnés o cabestro, como ya había supuesto Piette, aunque la verdadera identificación del bastón perforado paleolítico la llevó a cabo Pigorini (12) al establecer los posibles paralelos entre los bastones perforados y las piezas de madera con perforaciones de los cabestros utilizados en las caballerías de los sardos (fig. 9).



Fig. 8.—Cabeza de reno con arnés de tipo samoyedo. (Según A. L. des Ormeaux.)

En apoyo de estas identificaciones cita Bahn (13), los cabestros, que según Rudenko, usaban los antiguos escitas, cuya «psalia» parece haber sido un atalage animal utilizado por aquellos pueblos, la cual estaba formada por una especie de barra de freno, de hueso, muy decorada.

Los numerosos ejemplos que hemos ido analizando a través de estas notas y los paralelos aducidos permiten asegurar que durante los tiempos paleolíticos es probable que el caballo fuese utilizado por el hombre en funciones distintas de las puramente alimenticias, iniciándose la domesticación del mismo, proceso que dada, como siempre, la «opacidad» de los documentos que poseemos hasta el momento, no nos es posible reconstruir con cierta amplitud, aunque en el momento

(12) L. PIGORINI: «Hypothèse sur les bois de renne ou de cerf travaillés, dites bâtons de commandement». *Materiaux Histoire Primitive et Naturelle de l'Homme*, 12, 1887, págs. 53-55.

(13) BAHN: Op. cit. en la nota 8, pág. 51.

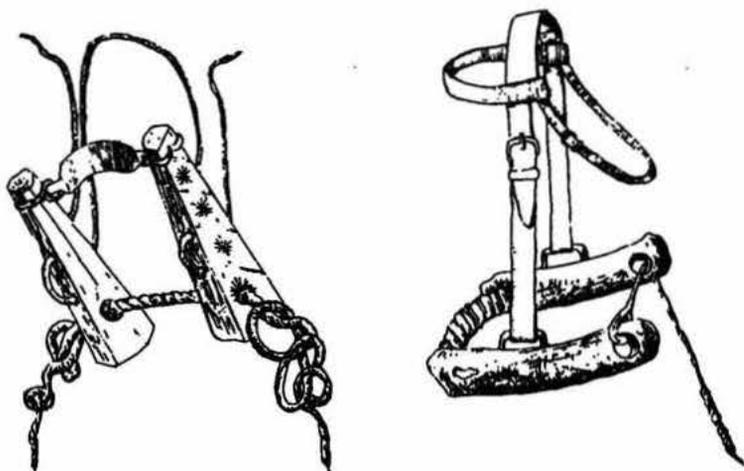


Fig. 9.—Tipos de cabestros antiguos de Cerdeña. (Según A. L. des Ormeaux.)

actual no es posible descartar la hipótesis de una domesticación del caballo dentro de los tiempos magdalenenses, más bien dentro de sus etapas medias.

Este proceso de domesticación lleva implícitos en sí el problema de la captura en vivo del animal (14) y el de su utilización como animal de carga o de monta y aunque pudo servir para ambas finalidades más bien nos inclinamos hacia la segunda, ya que no parece probable que los magdalenenses tuviesen muchas cosas que transportar, aunque la temporalidad de muchos de sus yacimientos hace suponer que también fuesen empleados como animales de carga.

(14) El problema de la domesticación del caballo durante los tiempos finales del Paleolítico Superior, reside en el modo, manera y condiciones en que pudo efectuarse, ya que había que capturar al animal en vivo, procurando que se tratase de potros pequeños, ya que la domesticación de los ejemplares viejos es muy difícil. La captura pudo hacerse mediante lazo, posibilidad que parece representada en un grabado mueble con un caballo sujeto el cuello con una posible cuerda de Urtiaga (J. M. BARANDIARAN: «El hombre prehistórico en el País Vasco», 1953, pág. 51 y fig. 20. También pudo llevarse a cabo acorralando a los caballos dentro de un lugar propicio, limitando mediante obstáculos que escapasen. Quizás fuese una trampa muy semejante a la de los llamados *chorcos*, estrechos callejones limitados por ramas a un lado y a otro que desembocan en una fosa tapada por ramaje, trampa en uso hasta hace poco en la región cantábrica (J. URÍA RIU: «La caza de la montería durante la Edad Media en Asturias, León y Galicia», Oviedo, 1957). Es tema éste sobre el que convendría insistir, aunque desgraciadamente no poseemos una información adecuada procedente de fuentes prehistóricas.

IGNACIO BARANDIARAN MAESTU

(Universidad del País Vasco)

**ALGUNOS TEMAS NO FIGURATIVOS DEL ARTE
MUEBLE PREHISTORICO**

(A propósito de las placas grabadas de La Cocina)

1. Presentación

La aportación ejemplar de la obra de Domingo Fletcher al conocimiento de la Prehistoria ibérica ha incidido varias veces en el comentario de la colección de placas grabadas de la cueva de La Cocina. Encontrando ese lote su justa valoración tanto en textos sintéticos de fondo (1) como en la espléndida presentación gráfica de los fondos del Museo de Prehistoria de Valencia (2).

En una clásica definición del arte o de lo artístico (tomada de un prestigioso diccionario enciclopédico extranjero) se supone que lo sea cualquier «aplicación de conocimientos razonados y de medios especiales (cualquier tipo de técnica) a la realización de una concepción». Tal definición amplia permite acoger las múltiples versiones de lo artístico en la Prehistoria: de expresión figurada o no o en la difícil linde conceptual entre lo artístico y lo artesano. Pero restan en el arte prehistórico (y en el «primitivo», en general) numerosos matices que perfilar entre esos ámbitos de conceptos demasiado próximos: su sen-

(1) D. FLETCHER VALLS: «Problèmes et progrès du Paléolithique et du Mésolithique de la Région de Valencia (Espagne)». *Quartär*, 7/8, Bonn, 1956, págs. 66-90.

(2) D. FLETCHER VALLS: «Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia». Publicaciones del Círculo de Bellas Artes, Valencia, 1974.

tido propio y su dependencia/derivación con respecto a las categorías vecinas. Así, por ejemplo:

- a) En el sentido —o sea, la significación, explicación o aprecio— del arte portátil (o mueble) frente al rupestre: ¿son manifestaciones «sinónimas» e indistintas, o complementarias, o alternativas, o independientes?
- b) Entre las diversas categorías de expresión (realista, estilizada, esquemática, abstracta,...) que frecuentemente, y con bastante incorrección, empleamos casi todos.
- c) Entre lo alusivo (es decir, de referencia en cuanto signo a entes físicos o de razón) y lo decorativo (puramente ilusorio, equilibrado u ornamental).
- d) O entre las escuelas, estilos, provincias o facies que se establecen agrupando afinidades más llamativas por evidentes.

Como contribución de amistad al homenaje ofrecido a Domingo Fletcher he querido tomar el propósito de la colección mobiliaria de La Cocina para suscitar alguna reflexión sobre temas convergentes en el arte mueble del final del Paleolítico Superior y de etapas prehistóricas más recientes en la península y zonas vecinas.

2. *Las placas grabadas de la cueva de La Cocina*

La cueva de La Cocina fue excavada por Luis Pericot entre 1942 y 1945, dentro de los planes de investigación del Servicio de Investigación Prehistórica valenciano, completándose su estudio en campañas muy recientes por Javier Fortea. Dos publicaciones básicas evalúan los estratos y efectivos arqueológicos hallados en las excavaciones de Luis Pericot: por su propio autor y por Javier Fortea (3) basando en la sucesión de capas de La Cocina la organización de los horizontes culturales del Epipaleolítico «geométrico» del Levante español en su evolución.

Las piezas aquí interesadas son losas-placas de dimensiones medianas a pequeñas, de contorno irregular aunque con cierta tendencia a lo ovalado o trapezoidal alargado. La colección que halló Pericot suma un total de 35 ejemplares: casi todos (salvo tres que están decorados por ambos lados) fueron grabados por una sola cara. En la figura

(3) L. PERICOT GARCIA: «La cueva de La Cocina (Dos Aguas). Nota preliminar». *Archivo de Prehistoria Levantina*, II, 1945, Valencia, 1946, págs. 39-70.

J. FORTEA PEREZ: «La cueva de La Cocina. Ensayo de cronología del Epipaleolítico (Facies Geométricas)». *Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, núm. 40, Valencia, 1971.

1.ª ofrezco una selección de esos ejemplares con versiones aproximadas que he calcado de fotografías publicadas por Fortea y por Fletcher (4). La temática de la colección consiste, en esencia, en decoraciones de trazos rectilíneos dispuestos en tramas, en estructura radial o en bandas complejas, a partir de la propia forma del soporte o de varios ejes de simetría suscitados por su módulo. Tales temas encajan en lo que genéricamente se ha denominado «esquemático» o «lineal geométrico».

Las placas de La Cocina se hallaron en la parte inferior (entre los 2'30 y los 2'70 metros de profundidad) del «nivel» II de la cueva. Pertenecen, pues, al «horizonte Cocina II» de la propuesta de Javier Fortea (5) del Epipaleolítico de facies geométrica, en una fase pre-cardial: su datación remontaría a finales del VI Milenio y cubriría el desarrollo de la primera mitad del V.

Su posición estratigráfica y en el ámbito levantino así como su propia temática no figurativa provocan una compleja discusión sobre su carácter independiente o derivado de hábitos artísticos anteriores y/o foráneos. Diversos argumentos muy matizados se han expuesto desde las varias posiciones que se han enfrentado con la dialéctica continuidad/originalidad que la colección de La Cocina sugiere.

La *provincia mediterránea* propuesta por P. Graziosi para el arte del Paleolítico Superior tendría una perduración en etapas prehistóricas posteriores con una caracterización predominante en tratamientos «esquemáticos» y «geométricos» (6).

Para Fortea (7), «Cocina II representa una original evolución *in situ*, plenamente ibérica, pero hecha desde las bases industriales sentadas en el horizonte precedente de Cocina I, cuya tipología habría que poner en relación con el mundo tardenoisiense y, más concretamente, castelnoviense... (o, en términos preferibles, tardenoide y castelnovoide)».

Al estructurar el amplio efectivo de las manifestaciones de arte del Levante peninsular en su contexto del Mediterráneo occidental, José Aparicio (8) ha anotado varias etapas o estilos tras el «arte parpalló-

(4) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota anterior.

FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 2.

(5) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota 3.

(6) P. GRAZIOSI: «L'art paléolithique de la Province méditerranéenne et ses influences dans les temps post-paléolithiques», en *Prehistoric Art of the Western Mediterranean and the Sahara*. New York, 1964, pág. 36.

(7) J. FORTEA PEREZ: «Algunas aportaciones a los problemas del Arte Levantino». *Zephyrus*, XXV, Salamanca, 1974, pág. 233.

(8) J. APARICIO PEREZ: «El Mesolítico en Valencia y en el Mediterráneo occidental». *Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica*, núm. 59, Valencia, 1979, págs. 199-262.

nes»: a) Incisiones rupestres fusiformes; b) arte rupestre levantino; c) arte esquemático; y d) arte lineal geométrico de Cocina. Este *arte lineal geométrico* de las placas de La Cocina engloba «motivos poco variados, pudiendo calificarse de monótonos... series de rayas paralelas, que se organizan en zonas, y éstas a su vez forman combinaciones con otras zonas de distinta orientación...». Para Aparicio «no es posible relacionarlo con el arte parietal contemporáneo, de concepción, técnica y estilo totalmente diferente...», aunque se reconoce que en el soporte y en la temática haya en La Cocina una cierta derivación del arte del Parpalló «surgiendo como forma evolutiva» de él.

Ann Sieveking (9) ha expuesto hace poco un alegato a favor del reconocimiento de una continuidad formal entre el arte Paleolítico y el del «Mesolítico» franco-cantábrico en un lote amplio de temas no figurativos o «esquemáticos». Haces de líneas múltiples, temas simétricos en paralelo, entrecruzados y bandas onduladas aparecen en todo el ámbito territorial citado apreciándoseles antecedentes en otras evidencias (tanto parietales como muebles) del Paleolítico Superior de la región. Más aún sugiere Sieveking —con varios ejemplos del arte del Levante (tanto del rupestre levantino como del mueble de La Cocina)— una similar comunidad temática en el seno de la «provincia mediterránea» y de ésta misma con la «franco-cantábrica».

3. Sobre la continuidad/evolución del arte prehistórico

Las opiniones aducidas se apoyan en argumentos extensos que pretenden demostrar una cierta derivación del arte postglaciar a partir del desarrollado en el Paleolítico Superior: así ha sido reiteradamente expuesto por Paolo Graziosi (10) en la *provincia mediterránea* y, sin mucha dificultad, puede extenderse a bastantes aspectos de otras áreas del arte prehistórico occidental.

Para Graziosi (11) en ese territorio circummediterráneo el arte del Paleolítico Superior aboca en el del Epipaleolítico, a partir de los esquemas, convenciones y temas propios del pleno Gravetiense regio-

(9) A. SIEVEKING: «Continuité des motifs schématiques, au Paléolithique et dans les périodes postérieures en Franco-Cantabrie». Altamira Symposium, Madrid, 1981, págs. 319-337.

(10) P. GRAZIOSI: «Ciotoli dipinti del Gard. Il disegno schematico paleo e postpaleolitico nella Provincia Mediterranea», en Festschrift für Lothar Zotz. Steinzeitfragen der Alten und Neuen Welt, Bonn, 1960, págs. 171-179.

GRAZIOSI: Op. cit. en la nota 6.

(11) P. GRAZIOSI: «L'arte preistorica in Italia». Sansoni editor, Firenze, 1973, págs. 67-69.

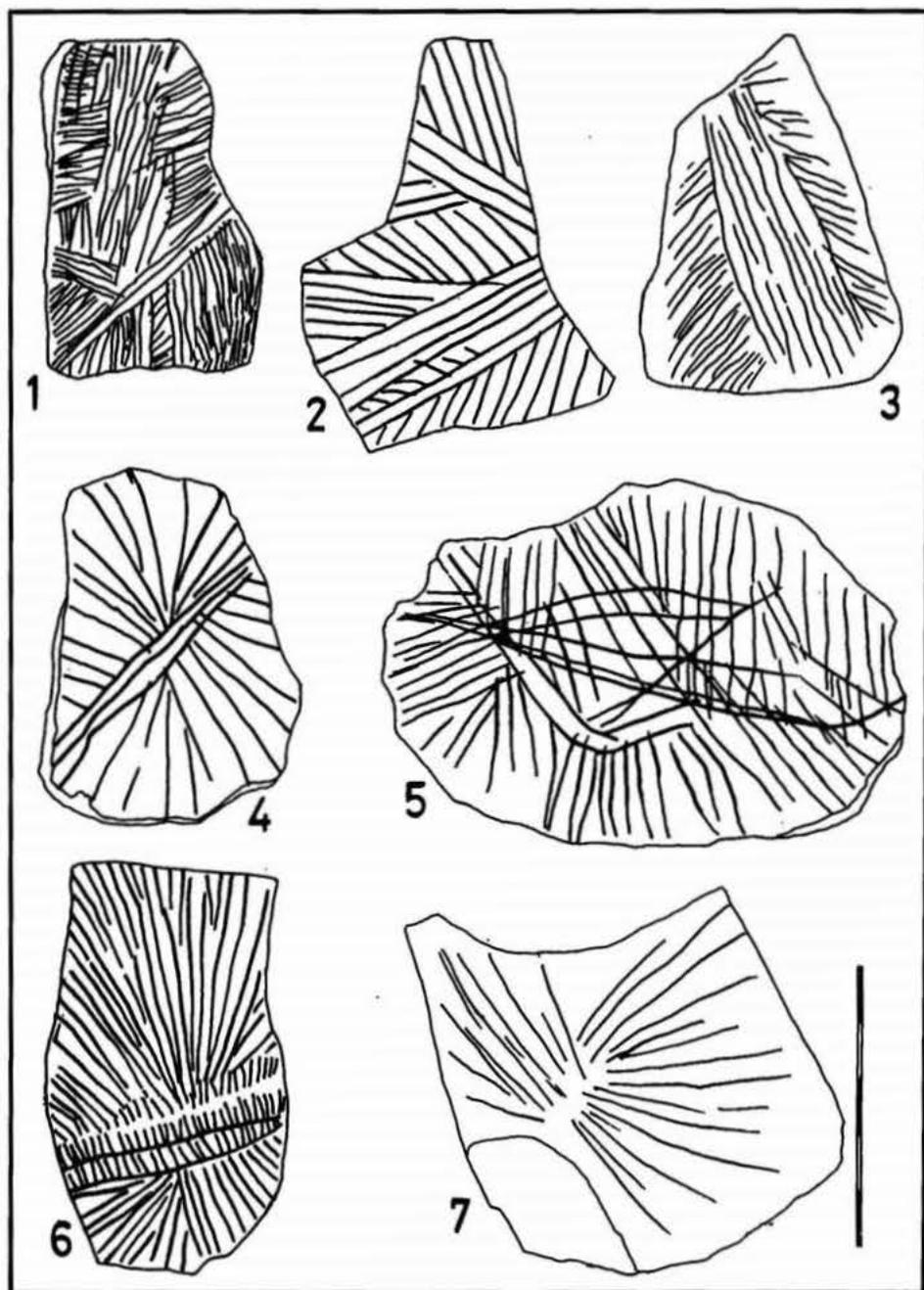


Fig. 1.—Selección de placas grabadas de la cueva de La Cocina. Las número 1 a 5 proceden del nivel II, la 6 del I (capa 6.^a), la 7 se halló fuera de estratigrafía. (Calcos aproximados a partir de fotografías de Domingo Fletcher y Javier Fortea.)

nal hasta el desarrollo del Neolítico. Este estilo característico ofrece —según ese autor— «la mescolanza con incisiones naturalistas de estilo ya mediterráneo, otras de carácter geométrico... llegando en un cierto momento a un desarrollo autónomo que se separa, en ciertos aspectos, de los prototipos franco-cantábricos para afirmarse en un estilo y visión suyos propios». Finalmente, «el esquematismo, el geometrismo y la abstracción, encontraron, según sitios y épocas, su terreno más fecundo en las civilizaciones agrícola-pastoriles, donde el gran naturalismo zoomorfo de las antiguas culturas de los pueblos cazadores no tenía ya posibilidades o necesidad de desarrollarse» (12).

Una importante presentación de estos problemas de relación-derivación en el arte del Levante español desde el «estilo Parpalló» por lo epipaleolítico («tardenoisiense/castelnoviense») a lo de época cardial ha sido razonada por Javier Fortea (13), señalando que la continuidad se trunca en la facies microlaminar (asegurándose —al contrario— en la geométrica hacia el estilo Cocina) y la quiebra que, inmediatamente después, supone el arte rupestre levantino. «El Epipaleolítico microlaminar, escribe Fortea (14), significa un vacío artístico absoluto. Hay que esperar al término del subsiguiente Epipaleolítico geométrico para volver a encontrar una afición artística algo antes que nuestro litoral mediterráneo empezara a neolitizarse. Aparecerá entonces, tanto mueble como parietal, un arte lineal geométrico, sobre el que se superpone el arte levantino, estilística, temática y conceptualmente distinto del que empezó a nacer en el Gravetiense final-Solutrense inferior.»

Los rasgos de continuidad —o contigüidad— entre los diversos estilos o «escuelas» del arte prehistórico se presentan en diversos aspectos: lo temático, lo técnico o la subordinación de la obra a la entidad de los soportes, entre otros.

El proceso de desarrollo del arte figurativo occidental empieza en el primer tercio del Paleolítico Superior y se prolonga —con diversas matizaciones— en etapas prehistóricas más recientes: así, aunque escasísimo, debe anotarse el lote de testimonios de arte figurativo que en estratos del Aziliense del Lot está encontrando en estos años últimos M. Lorblanchet.

(12) GRAZIOSI: Op. cit. en la nota anterior, pág. 173.

(13) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota 7, págs. 231-239.

(14) J. FORTEA PEREZ: «Arte paleolítico del Mediterráneo español». Trabajos de Prehistoria, 35, Madrid, 1978, pág. 149.

Otra cuestión paralela, y en parte distinta, es la del desarrollo de las manifestaciones no realistas: complementarias para unos, sustitutivas para otros y hasta independientes para algunos del arte figurado animalístico contemporáneo. Bien difícil es, por otro lado, determinar cuándo se originan estas manifestaciones artísticas del *Homo sapiens*: son frecuentes, desde el Musteriense, los trazos grabados sobre fragmentos óseos o líticos pero no es fácil reconocer ni demostrar en ellos aquel carácter artístico. Algunas formas naturales y determinadas actuaciones puramente «técnicas» suscitarían, en la opinión de ciertos prehistoriadores, actitudes expresivas y referencias simbólicas entre las gentes del Paleolítico Medio. Así elucubra —a mi modo de ver no demasiado convincente pues no resulta evidente la pretendida relación de causalidad—, M. Chollot-Varagnac: «los neandertalianos parecen poseer ya muchas técnicas iniciales concernientes a la decoración: las pinturas corporales, tatuajes, elementos de identificación entre tribus y protecciones mágicas precedieron a las pinturas parietales. El descarnamiento, marcando los huesos suscitará los primeros trazos geométricos intencionales... los objetos de curiosidad (como conchas o minerales de formas atractivas) constituirán el inicio del simbolismo y el punto de partida de la esquematización...» (15).

No se puede controlar de forma objetiva —y pese a argumentos de la Etnografía o de la Sociología del Arte— aquel pretendido proceso evolutivo en la Prehistoria desde lo natural y no intencionado hasta lo expresivo/simbólico. Como tampoco es fácil asegurar una relación concatenada entre algunos temas básicos —en tanto que «prototipos»— y las pretendidas versiones estereotipadas que se les derivarían —como «esquemas» o «estilizaciones»— tal como para varias series «evolutivas» concretas se ha expuesto en importantes ensayos de H. Breuil, de G.H. Luquet o de M. Chollot-Varagnac.

Más aún, con relativa frecuencia se ha intentado tender puentes de aproximación entre las dos grandes versiones del arte Paleolítico (lo mobiliario y lo rupestre) pensando que la semejanza relativa entre los temas concretos o entre las convenciones expresivas permitirían aplicar a lo parietal las dataciones (estratigráficas o absolutas) obtenidas de lo portátil. Así, por ejemplo, se ha escrito sobre el sugestivo tratamiento en trazo estriado (detectado de hace tiempo por E. Cartailhac y H. Breuil y analizado posteriormente por otros —F. Jordá y M. Almagro— o sobre algunos tipos concretos de signos (así algunos «tec-

(15) M. CHOLLOT-VARAGNAC: «Les origines du graphisme symbolique. Essai d'analyse des écritures primitives en Préhistoire». Edition Fondation Singer-Polignac, París, 1980, págs. 12-16.

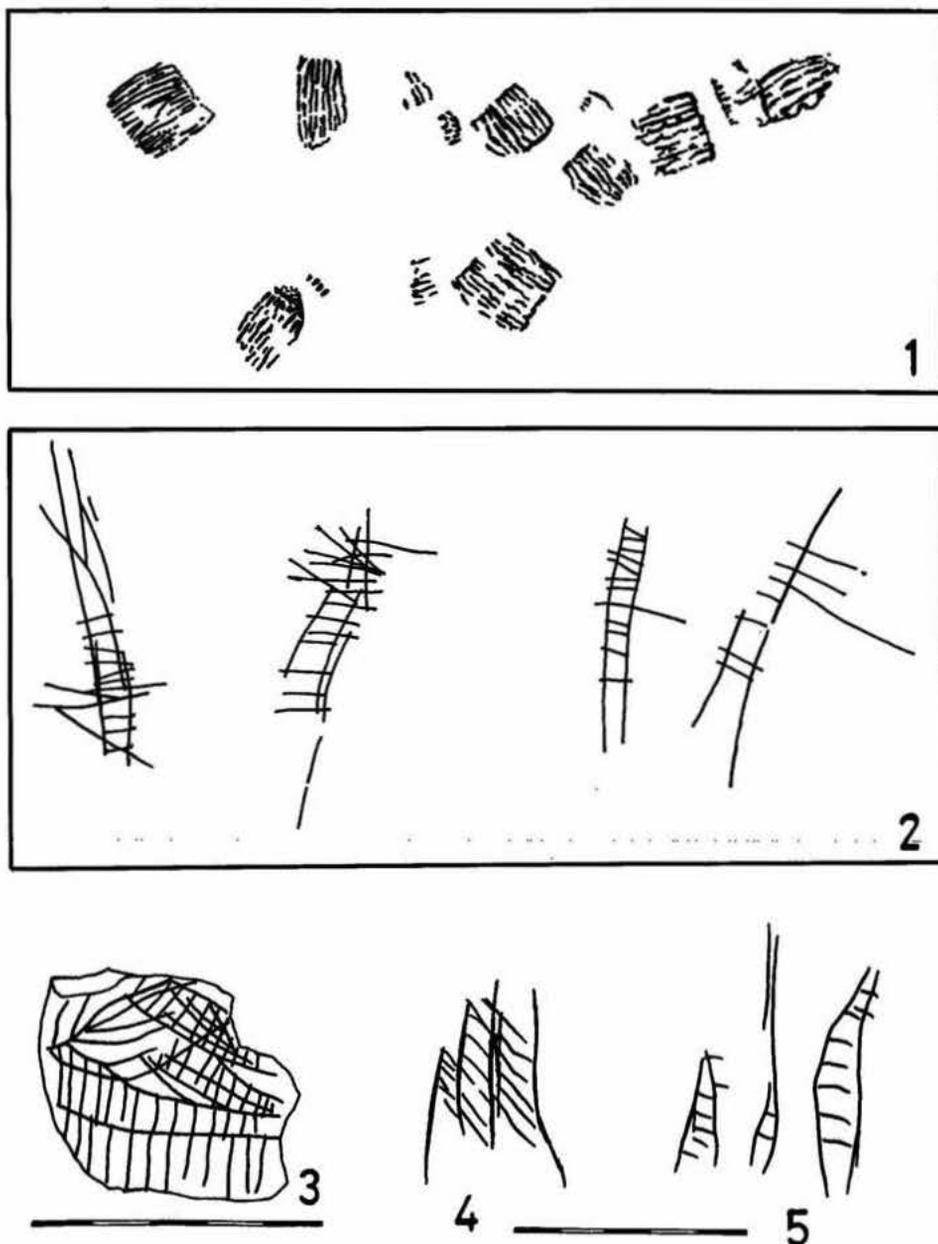


Fig. 2.—1: Signos «tectiformes» en el arte parietal de Las Herrerías (Asturias). 2: «Escaleriformes» grabados en la cueva de Escoural (Portugal). 3: Plaqueta de ocre del Magdaleniense Inferior de Altamira. 4: Signo sobre soporte óseo del Magdaleniense Final del Pendo (Cantabria). 5: Sobre asta del Magdaleniense Inferior de Altamira (Cantabria). Según versiones de F. Jordá y M. Mallo, M. Farinha dos Santos *et alii*, H. Alcalde del Río, e Ignacio Barandiarán.

tiformes»). Cuestiones que, en una perspectiva metodológica más general, han sido presentadas de modo sistemático en textos de H. Breuil, P. Graziosi, A. Laming-Emperaire, A. Leroi-Gourhan o P. Ucko-A. Rosenfeld entre otros y detalladas en casos particulares del arte paleolítico por F. Jordá, P. Utrilla, M.^a S. Corchón o I. Barandiarán. A Javier Fortea (16) se debe, en lo referido al arte postpaleolítico del Levante peninsular, el más metódico esfuerzo por establecer los mínimos de certeza estratigráfica —es decir, cronológica— de la pintura parietal levantina a partir de las evidencias mobiliarias de la región.

En la recopilación de M.^a del Pilar Casado de los signos del arte parietal del Paleolítico cantábrico, la mayoría aplastante es de las formas «cerradas» y complejas —los típicos «tectiformes» (casi el 40 % de contorno exterior rectangular o trapecial; un 25 % de triangular)— y de las «largas» —como «claviformes» (un 28 %)—: que casi nada tienen de parecido con lo inventariado en el arte mueble de la región. Sólo en zig-zags, en serie de V y en retículas (que suponen en aquel catálogo casi el 5 % del efectivo estudiado) y en contadísimos ejemplos de «tectiformes» cerrados alargados se aceptaría algunas semejanza con temas de arte portátil (17).

Existe una sólida teoría escrita sobre el aprovechamiento y subordinación de las manifestaciones del arte rupestre a las formas (disposición, dimensiones, textura, alteraciones...) de las paredes y techos de las cuevas. Del mismo modo, se perciben bastantes casos de relación inmediata entre la forma del soporte y la distribución y organización de los temas en el arte mobiliario del Paleolítico Superior (18). Cuestión que, sin demasiada dificultad, debe ser suscitada en el lote de placas de La Cocina, cuyos grabados se organizan a partir de los ejes de simetría de las losetas o/y de la forma de su contorno general.

3.1. *El arte «esquemático» del último tercio del Paleolítico Superior*

La lista de motivos «no realistas» propuesta por Chollot-Varagnac (19) organiza los que ella clasifica en la rica colección de los fondos del

(16) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota 7.

(17) M.^a P. CASADO LOPEZ: «Los signos en el arte Paleolítico de la Península Ibérica». Monografías Arqueológicas, XX, Zaragoza, 1977.

(18) I. BARANDIARAN MAESTU: «Utilización del espacio y proceso gráfico en el arte mueble paleolítico», en Scripta Praehistorica Francisco Jordá Oblata, Salamanca, 1984, págs. 126-140.

(19) CHOLLOT-VARAGNAC: Op. cit. en la nota 15, págs. 37 y ss.

Musée des Antiquités Nationales en veinticinco series: zigzags, aspás, crecientes, festones, muescas, tubérculos, elipses, husos, losanges, dameros losángicos, líneas sinuosas, curvilíneas, puntillados, círculos, nervaduras circulares, líneas radiales, arcadas, decoraciones en torno a una perforación, motivos complejos, líneas y entalladuras transversales, líneas longitudinales, nervaduras longitudinales decoradas, ranuras estriadas, líneas oblicuas incurvadas, y líneas oblicuas. Esta «tipología» —que tomamos como ejemplo de otras que se han suscitado para colecciones similares y están en su misma línea— es un adecuado paradigma de las limitaciones de cualquier intento de estructurar hoy las complejas evidencias de lo «decorativo» en la Prehistoria. Así, anotaríamos, entre otras:

- Lo reducido de la muestra empleada, puesto que pese a la entidad de los fondos del Musée des Antiquités Nationales ese efectivo no representa suficientemente la variedad real del «grafismo simbólico» de la época en el Sudoeste europeo.
- La atención especial concedida a los temas «organizados», es decir, a los de mayor complejidad y regularidad o a los inmediatamente suscitados por la forma del soporte y de sus accesorios (en simetría, disposición radial o periférica, etc.).
- La justificada tendencia a reducir aquellas «categorías gráficas» a los conceptos formales del mundo moderno: muchas veces se suelen estar descomponiendo temas que nos parecen «complejos» en los elementos que fácilmente identificamos a partir de nuestra formación en la geometría «clásica».
- La difícil aplicación de aquella u otra similar tipología a conjuntos distantes en espacio o tiempo. A quien pretendiera emplearla, sin más, para la clasificación, por ejemplo, del lote de La Cocina, se le debe recordar que el efectivo estudiado por M. Chollot-Varagnac (de cerca de 1.900 evidencias) es dominado ampliamente (un 96 % de los casos) por soportes de forma muy regular (de ellos, el 94'3 % son instrumentos óseos sofisticados —arpones, azagayas, bastones, colgantes, tubos, placas recortadas—) frente a sólo un 1'5 % de cantos de piedra de contorno simétrico y un 2'8 % de lajas y otros fragmentos líticos «amorfos».

Se debe subrayar, con respecto a ese arte mueble del tercio final del Paleolítico Superior, que la mayoría de los temas bien estructurados (en reiteración, en alternancia o en combinación) se dan en soportes óseos o/y de módulos simétricos, en tanto que otros en haces o en retículas parecen más propios de placas de hueso o de piedra (siendo dominantes, luego, en el arte postpaleolítico).

En la recopilación del arte mueble del Paleolítico cantábrico existen algunos temas de especial interés, o porque pueden ser comparados con otros del arte rupestre contemporáneo, o por constituir modelos estereotipados que, sin demasiada reticencia, prefiguran temas del arte mueble postpaleolítico (20). Aparte de «escaleriformes» (así en El Pendo, Altamira o Cueto de la Mina), de «chociformes» o de alguna cuadrícula compleja (Candamo, El Pendo), puedo retener ahora: una plaquita de ocre del Magdaleniense III de Altamira, en la figura 2.3 (21) y otra, de data aproximada, una especie de «paleta de ocre» del nivel *e* de Abauntz, fechada por C14 en los 13.850 ± 350 a. de C. (fig. 3.6) (22). Por otra parte se hallan algunos de aquellos «tectiformes» del arte parietal paleolítico peninsular aproximables a otros del mobiliario, como los que se reproducen en la figura 2.1, parietal de la cueva asturiana en Las Herrerías (23); en la 2.2, parietal de la portuguesa de Escoural (24); en la 2.5, sobre asta del Magdaleniense III de Altamira (25), y en la 2.4, sobre soporte óseo del Magdaleniense final de El Pendo (26).

El peculiar, y muy interesante, *estilo parpallense* parece prefigurar más inmediatamente algunos de los temas de la cueva de La Cocina. En el riquísimo repertorio del arte mobiliario con grabados sobre piedra del Parpalló, apreció Luis Pericot (27) una cierta evolución, o cambio, tanto en temática como en estilo desde lo anterior al Magdaleniense «antiguo» a lo producido en el desarrollo de esta cultura: especialmente «en la abundancia de motivos geométricos... con combinaciones de rayados, con temas curvilíneos que son nuevos, acaso coincidente con el desarrollo del grabado en hueso». De tales motivos lineales geométricos —en retículas o en tramas— he entresacado varias placas de comparación más sugestiva con las de La Cocina: del

(20) I. BARANDIARAN MAESTU: «Arte mueble del Paleolítico cantábrico». *Monografías Arqueológicas*, XIV, Zaragoza, 1973, págs. 285-295.

(21) H. ALCALDE DEL RIO: «Las pinturas y grabados de las cavernas prehistóricas de la Provincia de Santander». *Portugalia*, 2/2, Porto, 1906, págs. 1-42, fig. 10.

(22) P. UTRILLA MIRANDA: «El yacimiento de la cueva de Abauntz (Arraiz, Navarra)». *Trabajos de Arqueología Navarra*, 3, Pamplona, 1982, fig. 61.1.

(23) F. JORDA CERDA y M. MALLO VIESCA: «Las pinturas de la Cueva de las Herrerías (Llana, Asturias)». *Biblioteca Zephyrus*, II, Salamanca, 1972.

(24) M. FARINHA DOS SANTOS, M. VARELA GOMES y J. PINHO MONTEIRO: «Descobertas de arte rupestre na Gruta do Escoural (Evora, Portugal)». *Altamira Symposium*, Madrid, 1981, págs. 205-243, fig. 14.

(25) BARANDIARAN MAESTU: Op. cit. en la nota 20, fig. 56.

(26) BARANDIARAN MAESTU: Op. cit. en la nota 20.

(27) L. PERICOT GARCIA: «La Cueva del Parpalló (Gandía). Excavaciones del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excma. Diputación Provincial de Valencia». Madrid, 1943, págs. 136-137.

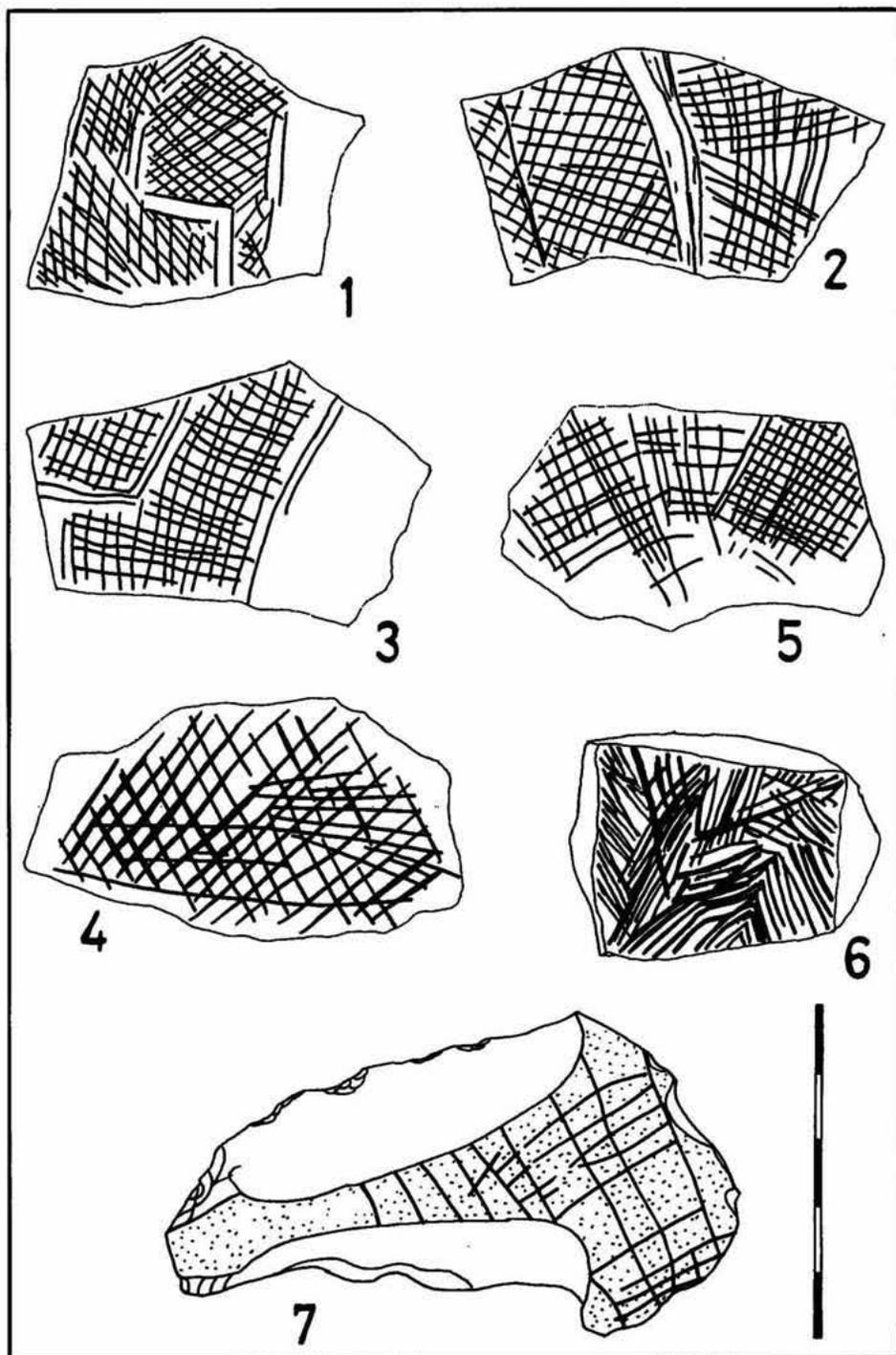


Fig. 3.—1, 2 y 3, placas del «Magdaleniense III» del Parpalló; 4 y 5, del «Magdaleniense IV» del Parpalló; 6, placa de ocre del Magdaleniense III ó IV de Abauntz (Navarra); 7, lasca del Epigravetiense del Riparo Tagliente (Italia). Según versiones de Luis Pericot, Pilar Utrilla y Piero Leonardi.

Magdalenense III en la figura 3, números 1, 2 y 3, y del Magdalenense IV en la figura 3, números 4 y 5 (28).

También en el arte sobre piedra del Africa septentrional y sahariana —a caballo entre el final del Paleolítico Superior y la primera parte del Holoceno— hay un buen lote de evidencias no figurativas. Al margen de los temas animales y de los llamados signos sexuales se corresponden, en la catalogación propuesta por Henriette Camps-Fabrer (29), con algunas de las «decoraciones geométricas elementales» (especialmente con las en «cuadrillajes o tramas», aparte los casos de «series en V, trazos ramificados en tridente, husos y puntillados»), y, en casos excepcionales, con «decoraciones geométricas complejas» y «signos enigmáticos».

3.2. *El «estilo» aziliense*

En la figura 3.7 se reproduce una placa silíceo del Epigravetiense del Riparo Tagliente, modelo suficiente de otros temas en retícula similares a ese contexto italiano (30).

La posibilidad de comparar esas piezas de La Cocina con otras de estaciones azilienses de la Dordoña y Pirineos —y hasta de otros ámbitos del Mediterráneo occidental en contextos del Würmiense o del primer tercio del Holoceno— fue advertida por Breuil (31). Del mismo modo, tanto Francisco Jordá, señalando ciertos paralelos entre plaquetas de La Cocina y algunos grabados azilienses (32), como Domingo Fletcher (33) sugieren un relativo carácter aziloide (aunque la cronología del depósito de procedencia sea en La Cocina más reciente que esa etapa) para el lote mobiliario de la cueva valenciana.

De modo reiterado —así por D. Peyrony (34)— se ha anotado que en el territorio de Pirineos/Dordoña proliferan en el Magdalenense terminal, junto a representaciones figuradas de minucioso realismo y

(28) PERICOT GARCIA: Op. cit. en la nota anterior, figs. 390, 404, 405, 479 y 480.

(29) H. CAMPS-FABRER: «Matière et art mobilier dans la Préhistoire nord-africaine et saharienne». Mémoires du Centre de Recherches Anthropologiques, Préhistoriques et Ethnographiques, V, Alger-París, 1956, págs. 218-238.

(30) P. LEONARDI: «Nuova serie di graffiti e segni vari paleolitici del Riparo Tagliente a Stallavena nei Monti Lessini Presso Verona (Italia)». Bollettino del Museo Civico di Storia naturale di Verona, VII, Verona, 1980, fig. 12 d.

(31) H. BREUIL: «Cailloux gravés aziliens». Quaternaria, II, Roma, 1955, págs. 39-43.

(32) F. JORDA CERDA: «Anotaciones a los problemas del Epigravetiense español». Speleon, VI, Oviedo, 1956, págs. 349-361.

(33) FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1.

(34) D. PEYRONY: «L'art azilien périgourdien, ses rapports avec l'art magdalénien final et l'art capsien». XI Congrès Préhistorique de France, París, 1935, págs. 413-418.

de mucho detalle (hasta el «manierismo» y la «blandura», en expresión de Hugo Obermaier), otras esquematizantes de carácter muy sencillo en las que parece prevenirse la forma «abstracta» del arte del Aziliense.

El Aziliense de Asturias y Cantabria ofrece un menguadísimo repertorio de arte mueble; cuya única colección —poco importante— de cantos pintados ha sido recogida por Fernández Tresguerres (35) en las excavaciones de la cueva asturiana de Los Azules I. El catálogo general de todo lo mobiliario aziliense del conjunto de la Cornisa Cantábrica se caracteriza como de «un esquematismo ya total» (36), suponiéndosele una a modo de liquidación del estilo propio precedente del Magdaleniense Final.

Los típicos cantos rodados azilienses del Pirineo francés están normalmente pintados pero ofrecen algunos, por excepción, temas grabados de organización simétrica que completan —o sustituyen en algún caso— aquellas pinturas. Tal como sucede en piezas grabadas procedentes del sitio epónimo del Mas d'Azil (figs. 4.3, 4 y 5) (37), y del abrigo Gay (ya en el departamento del Ain) (figs. 4.1 y 2) (38).

La «familia» de los cantos pintados azilienses del Pirineo (con las citadas evidencias «menores» de la región cantábrica y de zonas francesas más al Norte) tiene algunos representantes relativamente similares en Italia. A lo largo de un desarrollo cultural/cronológico desde el Romanelliense tardío a lo largo del Mesolítico regional hasta entrado el Neolítico: con ejemplares que podemos recordar de la Grotta delle Felci en Capri, de la dell'Orso en Siena, la delle Prazziche en Lecce, y,

(35) J. A. FERNANDEZ-TRESGUERRES VELASCO: «El Aziliense en las provincias de Asturias y Santander». Monografía núm. 2 del Centro de Investigaciones y Museo de Altamira, Santander, 1980.

J. A. FERNANDEZ-TRESGUERRES VELASCO: «Cantos pintados del Aziliense cantábrico». Altamira Symposium, Madrid, 1981, págs. 245-250.

(36) BARANDIARAN MAESTU: Op. cit. en la nota 20, pág. 319.

(37) C. COURAUD, A. ALTEIRAC y R. BEGOUEN: «Les galets aziliens dans les collections ariégeoises». Prehistoire Ariégeoise (Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège), XXXVIII, Tarascon-sur-Ariège, 1983, págs. 3-21 y figs. 39, 23 y 22.

(38) C. COURAUD y R. DESBROSSE: «Galets aziliens de l'abric Gay à Poncin (Ain)». L'Anthropologie, 85/86, París, 1982, págs. 582-594, figs. 2.5 y 5.2.

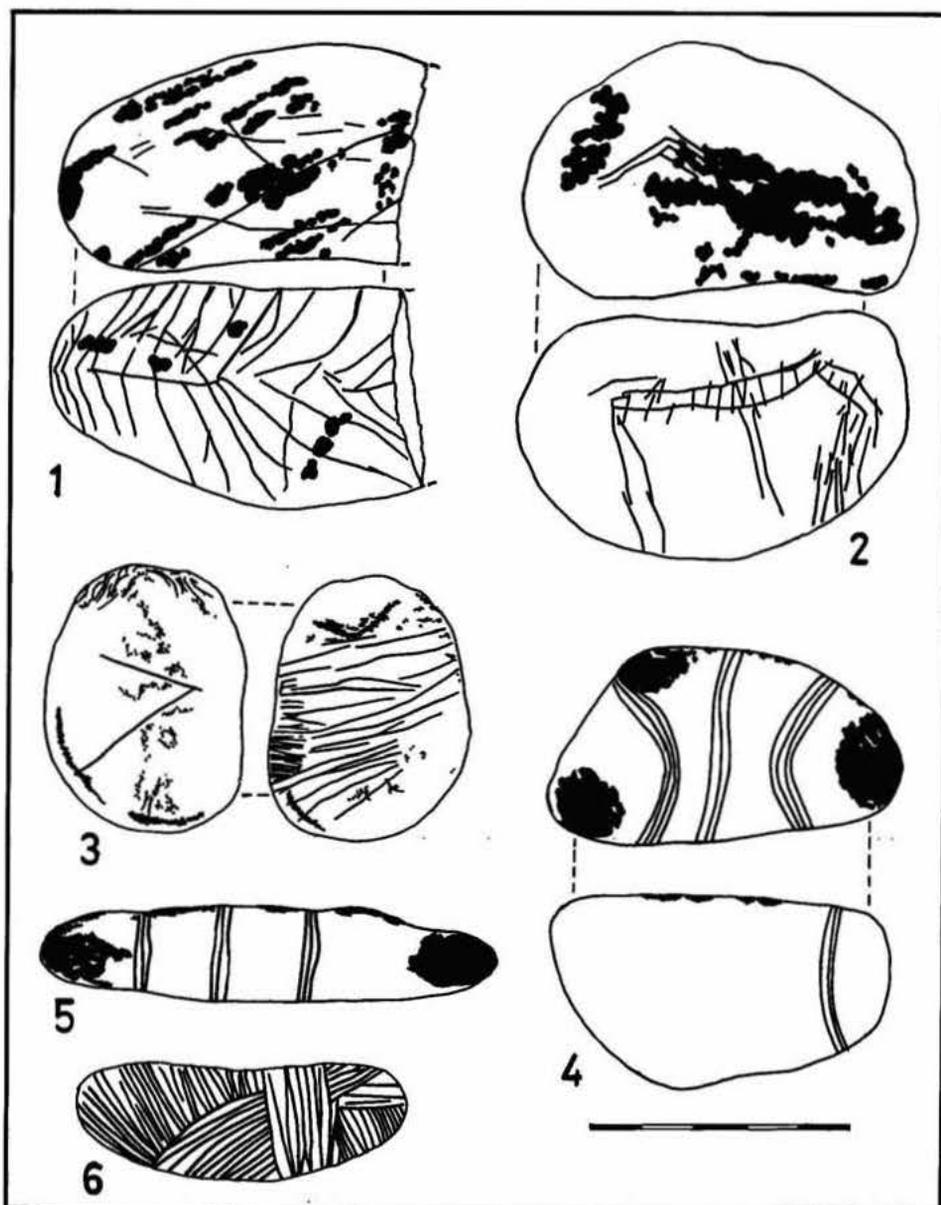


Fig. 4.—1 y 2, grabados azilienses del abrigo Gay (Ain); 3, 4 y 5, del Mas d'Azil; 6, de La Madeleine. Según versiones de C. Couraud y R. Desbrosse (los números 1 y 2), de C. Couraud, A. Alteirac y R. Begouen (los números 3, 4 y 5) y H. Breuil (el número 6).

sobre todo, la della Madona en Cosenza y la di Levanzo en Egadi (39). Algunos de esos temas «esquemáticos» se han definido como antropomórficos, siendo otros de disposición en bandas transversales o longitudinales bastante parecidos a los típicos azilienses del Pirineo.

En el ámbito particular de las piezas grabadas de la época, la presencia de líneas radiales o en entrecruzados sobre, normalmente, placas de piedra se atestigua en bastantes ejemplares, cuyo precedente se busca, sin reticencias, desde el Magdalenense avanzado. Esos «temas» tienden, por lo común: a) a cubrir totalmente la superficie disponible en la placa; b) disponerse simétricamente sobre el soporte, a partir de su centro y con respecto al contorno del mismo, y c) incluso a concretar la línea o eje de simetría que suscita el conjunto del tema. Son muchos los ejemplos que, al respecto, se pueden aducir: en los repertorios referidos al Magdalenense Final y al Aziliense por H. Breuil y por A. Roussot y J. Ferrie (40) se ofrecen casos de La Madeleine, Mas d'Azil, Raymondén-Chancelade, Gourdan, Abri Dufour, Villepin, Rochereil, cueva Richard des Eyzies, Abri Pagès, Arudy... Retenemos como más ilustrativos en el Aziliense franco-cantábrico algunos casos de La Madeleine, en la figura 4.6, de Berroberria en la figura 5.1 (placa arenisca), de Mas d'Azil en la figura 5.2 (sobre asta) y de Villhonneur en la figura 5.3 (en canto rodado) (41).

3.3 Otras evidencias de contextos epipaleolíticos y neolíticos del Mediterráneo occidental

En diversos otros territorios del complejo cultural epipaleolítico (mesolítico) y neolítico se hallan relativos paralelos al arte geométrico

(39) G. BUCHNER: «La stratigrafia dei livelli a ceramica ed i ciottoli dipinti schematici antropomorfi della Grotta delle Felci». *Bulletino di Paleontologia Italiana*, 64, Roma, 1955, págs. 107-135.

R. GRIFONI: «La Grotta dell'Orso di Sarteno». *Origini*, I, Roma, 1967, págs. 53-115.

E. BORZATTI VON LÖWENSTERN: «Oggetti romanelliani con testimonianze d'arte nella Grotta delle Prazziche (Novaglie, Lecce)». *Rivista di Scienze Preistoriche*, XX, Firenze, 1965, págs. 303-306.

L. CARDINI: «Dipinti Schematici della Grotta Romanelli e su ciottoli dei livelli mesolitici della Caverna delle Arene Candide e della Grotta della Madona a Praia a Mare». *Atti della XIV Reunione scientifica dell'Istituto Italiano di Preistoria e Protoistoria in Puglia*, 1970, Firenze, 1972, págs. 225-235.

P. GRAZIOSI: «Pietra graffita paleolitica e ciottoli dipinti della Grotta di Levanzo (Egadi) (Scavi, 1953)». *Rivista di Scienze Preistoriche*, IX, Firenze, 1954, págs. 79-88.

(40) BREUIL: Op. cit. en la nota 31.

A. ROUSSOT y J. FERRIER: «Le Roc de Mercamps (Gironde). Quelques nouvelles observations» *Bulletin de la Société Préhistorique Française*, 67, París, 1970, págs. 293-303.

(41) BREUIL: Op. cit. en la nota 31, fig. 2.1 y fig. 3.1.

BARANDIARAN: Op. cit. en la nota 20, lám. 57.

«esquemático» de La Cocina. Diversas explicaciones son aducidas para justificar la comunidad del fenómeno, valorándose de manera especial la contigüidad estratigráfica entre las evidencias.

En la secuencia de la tarraconense cueva del Filador ha visto Salvador Vilaseca «un proceso que podríamos suponer de *azilianización* sobre una técnica probablemente epigravetiense que se interrumpe en el nivel II, todavía sin cerámica» (42). Precisamente en este nivel II encontró una placa de pizarra grabada con rayas cruzadas y una especie de triángulos en un borde (43), en un estilo relativamente aproximable al de La Cocina: su estilo «lineal geométrico» está —para J. Aparicio (44)— «más próximo al arte del Parpalló que al de Cocina».

En el arte del Africa septentrional y sahariana son bastante frecuentes estos signos en trama. Del Capsiense superior de la región de Tebessa (45) proceden varias plaquetas grabadas con temas en trama o enrejado («cuadrillajes»), al estilo de los que perduran en el Neolítico del Marruecos sahariano. En la figura 6, 1, 2 y 3 se reproducen sendas placas grabadas del Capsiense superior norteafricano de El-Mekta, Wed Aufaren y Khanguel el-Muhaâd (46), cuya tradición continúa en el Magreb más reciente y hasta neolítico.

Del Neolítico Superior italiano —cultura Lagozziense— del palafito del sitio epónimo Lagozza di Benaste son cantos grabados con dibujos sencillos en trama (series de líneas cruzadas), normalmente sobre una sola cara (47). En las figuras 6.4 y 5 reproduzco de Paolo Graziosi dos de esos ejemplares (48):

En el covacho oscense de Huerto Raso, atribuido al Neolítico Pleno («medio avanzado») se halló la placa de arenisca con un «escale-riforme» que se representa en la figura 6.6 (49). Todavía en el Calcolí-

(42) S. VILASECA ANGUERA: «Reus y su entorno en la Prehistoria». Asociación de Estudios Reusenses, núms. 48 y 49, Reus, 1973, pág. 63.

(43) S. VILASECA ANGUERA: «Avance al estudio de la cueva del Filador, de Margalef (Tarragona)». Archivo Español de Arqueología, 77, Madrid, 1949, págs. 476-489.

S. VILASECA ANGUERA: «Cuatro días en la Cueva del Filador, Margalef», en La Préhistoire. Problèmes et tendances, París, 1968, págs. 476-489.

(44) APARICIO PEREZ: Op. cit. en la nota 8, pág. 241.

(45) CAMPS-FABRER: Op. cit. en la nota 29, págs. 221-223.

(46) CAMPS-FABRER: Op. cit. en la nota 29, figs. X.1, VII.1 y VII.4.

(47) O. CORNAGLIA CASTIGLIONE: «I ciottoli incisi della stazione palafitticola della Lagozza di Besnate. Contributi a la conoscenza delle culture preistoriche della Valle del Po (IV)». Bulletin di Paleontologia Italiana, nuova serie, X, vol. 65, Roma, 1956, págs. 143-156.

(48) GRAZIOSI: Op. cit. en la nota 11, fig. 2.

(49) I. BARANDIARAN MAESTU: «Materiales arqueológicos del covacho del Huerto Raso (Lecina, Huesca)». Zephyrus, XXVI-XXVII, Salamanca, 1976, fig. 9.

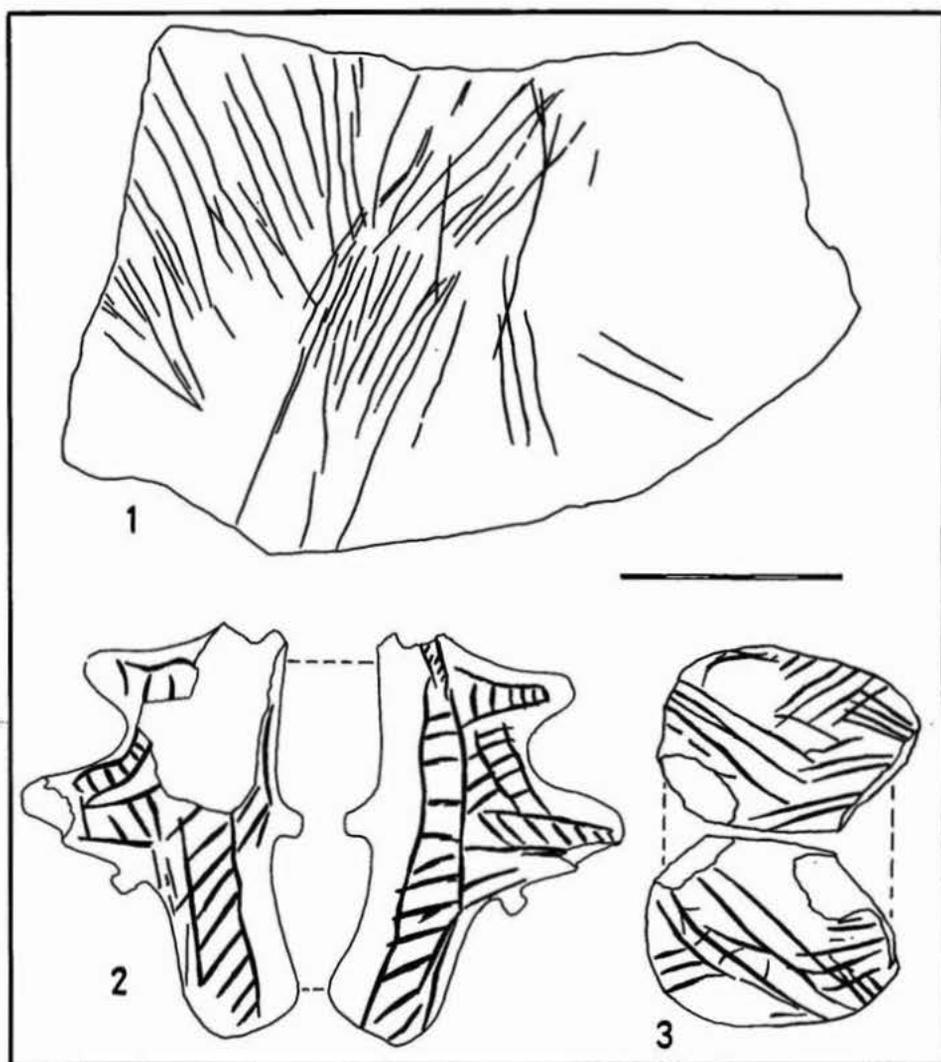


Fig. 5.—Grabados aziliense: 1, en placa de Berroberria (Navarra); 2, en asta de Mas d'Azil, y 3, en canto rodado de Vilhonneur (Charente). Según I. Barandiarán (el número 1) y H. Breuil (los números 2 y 3).

tico hay supervivencias de aquel mismo estilo geométrico rectilíneo, como se aprecia en la publicación de R. Guiraud (50).

4. Reflexión final

Del hilo de las notas sugeridas por el lote de placas grabadas de La Cocina se destacan algunas reflexiones críticas sobre la orientación actual de las investigaciones del arte prehistórico y sobre el significado mismo de sus manifestaciones.

El complejo panorama de la expresión plástica en los grupos prehistóricos del Viejo Continente y de las zonas próximas de Asia y Africa suele ser organizado, tradicionalmente, en apartados o capítulos suficientemente individualizados. Se sirve con ello a criterios que derivan, en buena parte, de estados de opinión muy generalizados entre quienes en las dos décadas iniciales de este siglo se enfrentaron con la identificación, la interpretación y la periodización de las primeras manifestaciones controlables del arte de la humanidad. Métodos y argumentos usuales en las escuelas de interpretación paleontológica de entonces (la evolucionista y, sobre todo, la histórico-cultural) caracterizan la literatura arqueológica habitual: la obra magistral y básica de Henri Breuil tanto como la de otros tratadistas (H. Obermaier, G.H. Luquet, R. Lantier, J. Cabré,...) surgen, se desarrollan y explican precisamente en aquel contexto. Derivando de ellos, como intentos concretos de adaptación (así M.^a O. Acanfora, Paolo Graziosi, Herbert Kühn), la mayor parte de los textos que hoy consideramos fundamentales.

Sin entrar en una valoración de actitudes epistemológicas es fácil hallar en muchas de las autoridades en arte prehistórico una doble tendencia:

- a) A parcelar la consideración de ese arte en compartimentos territoriales/zonales o cronológico/culturales. Así, los estilos y las provincias —a nivel más amplio— o las escuelas y las facies —en un enfoque más de detalle— aseguran el entramado básico de los textos que normalmente utilizamos.
- b) A organizar la complejidad de esas manifestaciones artísticas en lotes —temáticos, significativos o expresivos—, que aparecen como piezas sueltas y desarticuladas de la estructura de lo expresivo-conceptual. Expresiones ya tópicas —como «arte

(50) R. GUIRAUD: «Un galet gravé chalcolithique, découvert dans l'Hérault». Travaux de l'Institut d'Art Préhistorique de Toulouse, VI, Toulouse, 1961, págs. 97-101.

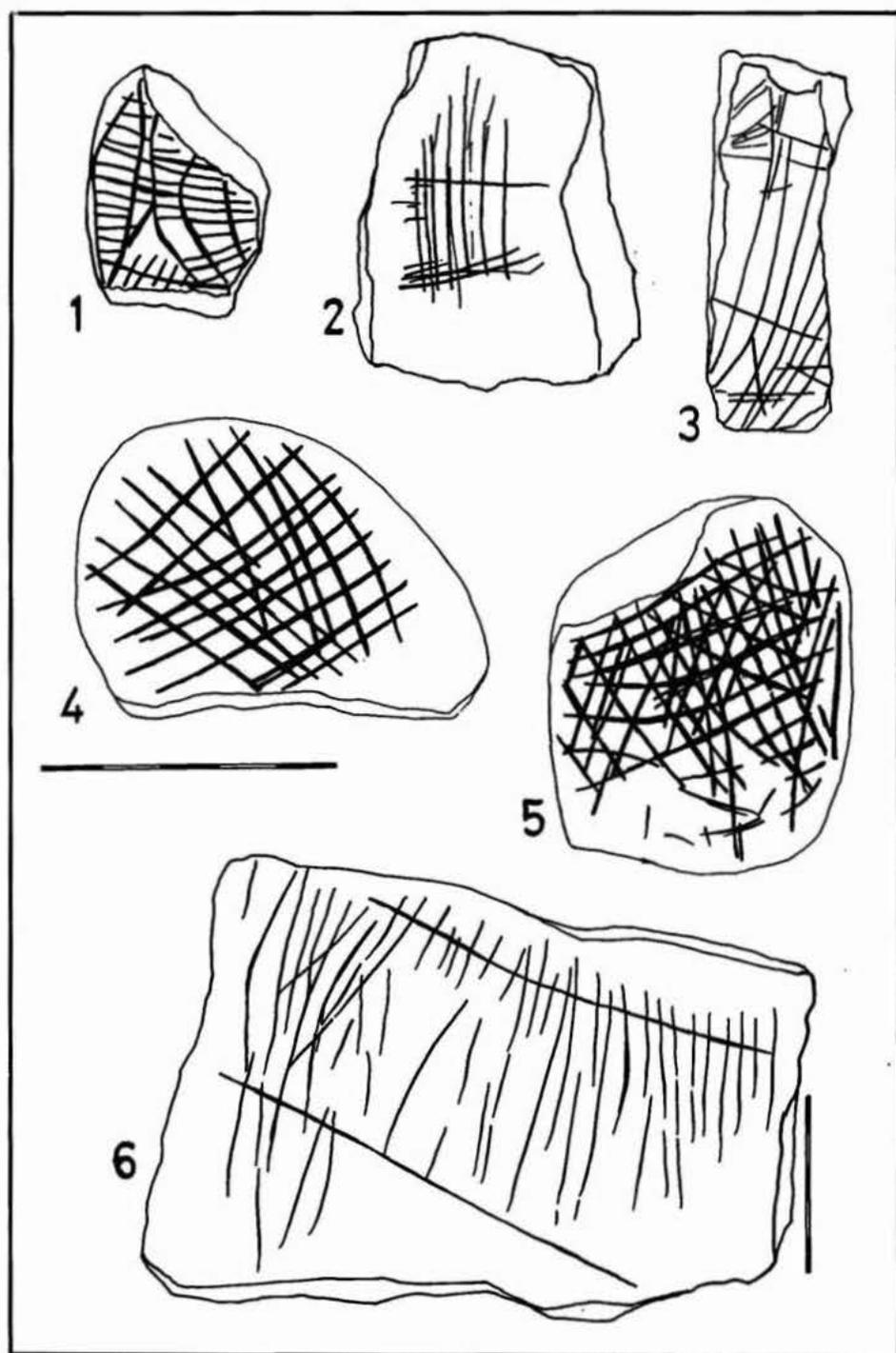


Fig. 6.—1, 2 y 3, grabados del Capsiense norteafricano: 1, El Mekta; 2, Wed Aufaren, y 3, Kanguel el-Muhaâd; 4 y 5, grabados del Lagozziense de Lagoza; y 6, placa del Neolítico de Huerto Raso (Huesca). Según H. Camps-Fabrer (los números 1 a 3), P. Graziosi (los números 4 y 5) e I. Barandiarán (el número 6).

megalítico», «esquemático», «signos», «provincia mediterránea», «arte naturalista»,...— consagran concepciones fragmentadoras del hecho artístico en su diacronía, soporte cultural o étnico, significado, etc.

Tal prurito taxonómico parcela excesivamente la entidad de la plástica en los grupos prehistóricos. Desconoce, muchas veces, las características de los procesos de génesis, difusión e intercambio de los temas, símbolos o técnicas; de tal forma que gana en claridad —o en efectividad didáctica— omitiendo inseguridades o superando el abigarrado panorama de los hechos que estudia.

En las últimas décadas algunas brillantes intuiciones y varias investigaciones positivas intentan superar aquellos «paradigmas» de interpretación. Los períodos o las culturas en Prehistoria empiezan a ser concebidos como horizontes, como situaciones o como procesos. Y se valoran cada vez más las conexiones entre las diversas maneras de expresión prehistórica, que se influyen y prolongan bien lejos de los ámbitos territoriales o cronológicos que se les suponen propios. Pueden coexistir «estilos» diferentes, en tanto que los contextos funcionales introducen elementos decisivos de variabilidad en el seno de «grupos» o «culturas» de apariencia uniforme. Más aún, se piensa que múltiples factores significativos, rituales y expresivos producen «códigos», o estereotipos (= «convenciones») de carácter casi universal y, en cierto sentido, anacrónico.

El caso aducido de las placas de La Cocina y de los paralelos recordados en el arte mueble no figurativo expresa, creo que con claridad:

- a) La ambigüedad (por genérica y falta de claridad en percepción o en definición) del concepto que engloba tan amplia tipología de «temas» no figurativos y de las variedades apreciables en su seno («cuadrillajes», «escaleriformes», «tectiformes», «tramas», «haces»,...).
- b) La gran extensión temporal y espacial —no sé si la pervivencia, en sentido estricto— de aquella temática de trazos lineales geométricos.
- c) Y su presencia en contextos culturales distintos, cuyas bandas de contacto físico o vías de difusión son difíciles de demostrar.

Vitoria, 10 de agosto de 1985

ANTONIO BELTRAN
(Zaragoza)

**LA FASE «PRE-LEVANTINA» EN EL ARTE
PREHISTORICO ESPAÑOL**

Recientes descubrimientos en el arte rupestre post-paleolítico en España permiten llegar a la conclusión de que en una etapa anterior a la del comienzo del llamado «arte levantino» existió una fase artística cuyas características no están suficientemente aclaradas, pero que se manifiesta con seguridad a través de datos objetivos que deben ser valorados. Este planteamiento es el que nos proponemos hacer en este breve estudio que queremos dedicar, como cordial y afectuoso homenaje, al amigo y compañero, director muchos y fructíferos años del Servicio de Investigación Prehistórica, de Valencia, Domingo Fletcher Valls. Parece el tema adecuado, porque la citada fase «pre-levantina» si no exclusiva de Valencia sí que resulta característica de una zona que engloba las sierras que, desde Bicorp y Cocentaina, van hasta el norte de la provincia de Murcia y de la zona aledaña de Albacete, configurando, hipotéticamente, una zona con peculiares notas en la evolución de los principios generales del «arte levantino».

Dentro del sistema tradicional de ordenación del arte prehistórico español se ha tenido, durante mucho tiempo, por inamovible, que las pinturas parietales del magdaleniense final agotaban un «ciclo» tras el que se abría un vacío que no volvía a llenarse de modo regular hasta la aparición, en España, de un arte entre el naturalismo y el impresionismo exclusivo de la zona de serranías interiores vecinas del litoral mediterráneo, que, a su vez, terminaba dejando paso al «arte esquemático» de la Edad del Bronce, en este caso sin solución de continui-

dad, con lo que se completaba una teórica secuencia artística que arrancaba del naturalismo paleolítico, seguía, tras un «hiatus», con el naturalismo impresionista mesoneolítico y acababa con el esquematismo del Eneolítico-bronze. Aún se añadía una primera etapa de «abstracción» a principios del Paleolítico Superior, se sugería (Breuil, Obermaier, Bosch Gimpera) una datación paleolítica para el más antiguo arte «levantino» y, dentro de las teorías evolucionistas histórico-culturales, se aceptaba que el arte «levantino» en un proceso de estilización y degeneración se transformaba en el arte esquemático cuya vigencia podía asegurarse hasta la intervención de las corrientes clásicas a través de las colonizaciones orientales.

Este esquema es falso, al menos en su planteamiento general. En primer lugar cada vez son más numerosos los hallazgos de arte epipaleolítico no «levantino» y más clara la evidencia de que no existe un arte «levantino» monolítico y único, tanto en sus principios como en sus finales, fuera de los territorios y emplazamientos habituales como el hallazgo de pinturas junto al mar (La Higuera de la Isla Plana de Cartagena, las Arañas del Carabás, de Santa Pola, la Joquera, de Borriol) e incluso rompiendo la constante de pinturas en covachos o abrigos exteriores para aparecer en cuevas relativamente profundas (cuevas de Las Conchas, el Humo y Las Palomas de la Peña Rubia de Cehégín, la citada de Santa Pola y Sant Esteve de Les Gralles, Lérida) y la posibilidad de evolución estilística en círculos cerrados y la adopción de distintas líneas de transformación en época más antigua de lo supuesto, como han mostrado con seguridad las cuevas italianas del sur de Italia, en Otranto, especialmente, Porto Badisco, cerrada en el Eneolítico y con fechas que alcanzan el IV milenio.

Volviendo al arte «levantino», en nuestra síntesis de 1968 exponíamos que su fase más antigua podía alcanzar fechas absolutas de hacia el 6.000, en las que una comunidad de cazadores de serranía, pintaría (y por excepción grabaría) en paredes al aire libre o escasamente protegidas, escenas con figuras de gran tamaño y extraños puntos de contacto con el arte paleolítico, estáticas o escasamente movidas, en tintas planas fuertemente perfiladas, con «perspectiva torcida» de cuernos, astas y pezuñas, con color rojo muy patinado y embebido en la roca y predilección por la representación de toros y con participación relativamente escasa de la figura humana; ésta muestra una tendencia clara a la estilización frente al naturalismo de los animales repitiendo un elemento conceptual que ya se produjo en el arte paleolítico. Respecto de los colores, el rojo claro y un rojo vinoso o carminado correspondían a las figuras más antiguas a las que

asimilábamos las figuras blancas de las mismas características de la Sierra de Albarracín.

En 1968 emitíamos la hipótesis de que hubiese una «fase» antigua o naturalista, de tradición auriñaco-perigordienne, contemporánea del Epipaleolítico (6000-3500) con apogeo antes del 5000. Coincide con la fase a) naturalista, de Ripoll y sus períodos 1 (toros de Albarracín, a los que habría que añadir el de la Araña y los de Minateda y del Cingle y el ciervo de Val del Charco) y 2 (ciervos de Calapatá). Es muy posible que en esta fase, como pasa en el arte paleolítico, hubiera que incluir signos geométricos y figuras de aire esquemático, como hemos visto en las superposiciones de la Sarga, la Araña y Cantos de la Visera, donde hallamos la superposición «ciervo-toro sobre ave». En 1982 nos confirmábamos en los principios generales expuestos, independientemente de la influencia que pueden tener en la cronología los discutidos descubrimientos de Verdelpino (Cuenca) con dataciones absolutas a partir del 6000 con cerámicas lisas y con fechas del 3200 al 2680 con cerámicas decoradas en los niveles superiores. Con todas las reservas hay que tener en cuenta la fecha del 5220 en el barranco de los Grajos de Cieza y las de la cerámica cardial del tipo de la Coveta de L'Or (ésto sin contar con los márgenes de corrección de la cronología que puede llevarla hasta el 5470) y la cierva grabada de este yacimiento de hacia el 4000. Corregíamos así una fase I de simples pinturas geométricas y lineares contemporáneas de las plaquetas de Cocina II que podría hacerse llegar hasta el 5000 o antes, quedando una fase antigua o naturalista epipaleolítica o mesolítica, datable entre el 6000 y el 3500 (1) a la que habría que añadir los hallazgos de Cocentaina y la larga muestra de ejemplos del arte aziliense o de su época.

El asombro que producía el que el arte Paleolítico se agotase con la cumbre alcanzada en el Magdaleniense final y fuese continuado sólo a través de las toscas pinturas de los cantos azilienses que, además, se presentaban como un fenómeno muy localizado en el Ariège y en el yacimiento epónimo, se producía ante un aparente vacío que sucesivos hallazgos aislados han ido llenando y que, relacionados entre sí, muestran una continuidad cultural muy digna de ser tenida en

(1) BELTRAN MARTINEZ: «Arte rupestre levantino», Monografías Arqueológicas, IV. Zaragoza, 1968.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Arte rupestre levantino (Adiciones 1968-1978)», Caesaraugusta, 47-48, págs. 5-48. Zaragoza, 1979.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Da cacciatori ad allevatori: L'arte rupestre del Levante spagnolo». Milano, 1980. Edición española de 1982 con breves adiciones y francesa de 1984 repitiendo la original italiana.

cuenta; así por ejemplo los cantos azilienses de Asturias o de Margalef, las plaquetas grabadas con temas geométricos de La Cocina, el canto del abrigo de Graves (fig. 1), de Léobard y las figuras en rojo claro que ya Breuil había datado en el aziliense en la cueva de Niaux (2). Además las plaquetas grabadas del abrigo Murat, de Rocamadour, con caballos (fig. 2), fechada en el aziliense antiguo por Lorblanchet y la de La Borie del Rey, del departamento de Lot et Garonne (fig. 3), encontrada en un estrato del Dryas III, sin restos de reno y, sin duda, post-magdalenense, que perpetúan un estilo paleolítico deben hacer reflexionar sobre la poca validez de la teoría del «hiatus» post-paleolítico (3). Estas circunstancias vuelven a plantear la importancia

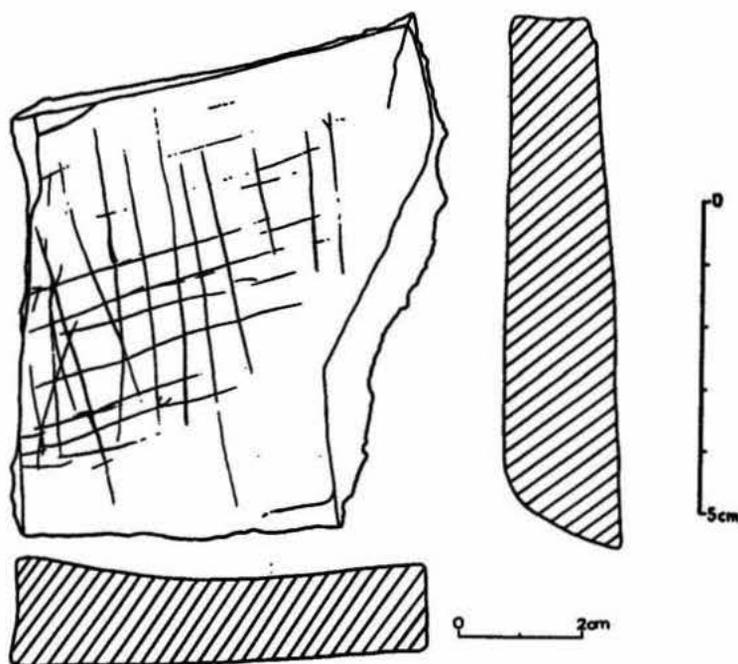


Fig. 1.—Léobard, abrigo de Graves. Canto grabado aziliense. (De la revista *Gallia*.)

(2) A. BELTRAN MARTINEZ, R. GALLI y R. ROBERT: «La Cueva de Niaux», *Monografías Arqueológicas*, XVI. Zaragoza, 1973.

H. BREUIL: «La Caverne de Niaux. Compléments inédites sur sa décoration». *Préhistoire-Spéléologie Ariégeoises (Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège)*, VII. Toulouse, 1953, págs. 11-35.

J. CLOTTES, en «*L'art des cavernes*». París, 1984, pág. 421.

(3) «*Gallia Préhistorique*», 26, Fasc. 2, París, 1982, «Information», de J. CLOTTES, pág. 487, excavaciones de M. Lorblanchet en el Abrí Murat de Rocamadour, con un nivel aziliense con plaquetas grabadas y guijarros con señales de ocre. Las excavaciones de Léobard, con guijarros uno con trazos geométricos grabados y otro con manchas de ocre, son obra de M. Garric. Finalmente, para la Borie del Rey, véase las excavaciones de L. Coulonges, de 1963, en «*Le Paléolithique de l'Agenais*». París, 1981: en la capa post-magdalenense sin reno de Dryas III.

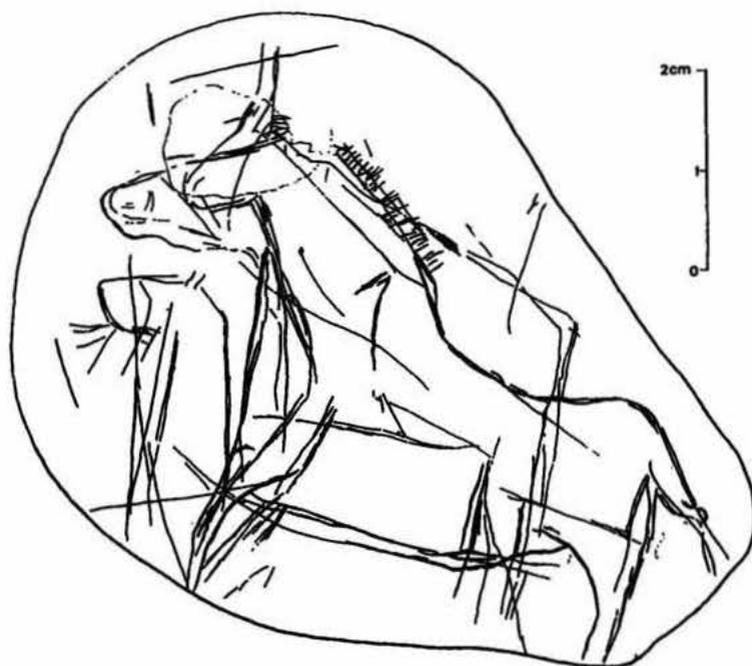


Fig. 2.—Rocamadour, abrigo Murat. Canto grabado procedente de un nivel aziliense. (Según Lorblanchet.)

de la plaqueta grabada de Sant Gregori de Falset y otorgan mucho valor a la noticia que dio Pericot y ha subrayado Fortea sobre figuras ni esquemáticas ni levantinas de la cueva de La Cocina.

Queda así una época intermedia entre el arte Paleolítico y el «levantino», naturalmente donde este último arte existe, aunque difícilmente se podrá encontrar en las manifestaciones que hasta ahora conocemos los orígenes formales del naturalismo «levantino», si bien puede asegurarse que las tendencias del arte naturalista paleolítico persisten en algunas de las formas epipaleolíticas, mientras que otras adoptan una clara tendencia geométrica y esquematizante. En el estado actual de nuestros conocimientos es imposible afirmar que la fusión de ambas origine el arte «levantino» en una comarca del sur de Valencia y el norte de Murcia aunque en ella se localicen concretamente estos nuevos descubrimientos. Otra cosa es plantearse qué ocurre con este «arte intermedio» fuera de la zona «levantina» donde podría extinguirse para no volver a reaparecer hasta el «esquematismo» de la Edad del Bronce.

El descubrimiento de la cueva de la Moleta de Cartagena, en la Sierra del Montsiá, venía a introducir una posibilidad de conjunción

entre el arte paleolítico y levantino, sin perjuicio de que, aun admitiendo que el bóvido y las figuras humanas correspondiesen a cada uno de los períodos, hubiesen sido pintados en el mismo momento y pudieran significar el punto de sutura de las dos tendencias. Cuando apareció este conjunto resultaba anómala la presencia de una pintura paleolítica en la desembocadura del Ebro, pero los continuos hallazgos fuera del núcleo cantábrico eliminan cualquier suspicacia y el recientemente descubierto grabado de la Taverna, en el Priorato mismo lo ratifica.

La aproximación geográfica en otros lugares o no existe más que de un modo relativo (Nerpío y el Niño, Casares-La Hoz y Albarracín) o, si se produce, no existe la menor relación, como entre la Fuente del Trucho y Arpán en el mismo barranco de Villacantal (Huesca). Nos referimos a que la distancia entre las cuevas paleolíticas de Guadalajara y los abrigos de Albarracín no sólo es muy grande, sino que además supone la travesía de una difícil comarca, lo mismo que en las más próximas entre sí de la provincia de Albacete, dado que la comarca de Nerpío, aun en nuestros días, es de difícil acceso en muchos meses del año. No conocemos aún los grabados paleolíticos de la Cova Fosca de La Vall d'Ebo, o cerca del conjunto de Cocentaina: aquéllos descubiertos en 1983, pero inéditos contienen cabras, ciervo, caballo y signos y una cabra (o quizá un caballo) pintado en rojo del estilo IV de Leroi-Gourhan. En la comarca están los más de 125 abrigos con arte teóricamente «esquemático» tanto en la Vall de Gallinera como en el Pla de Petracos con algunas figuras «levantinas».

Quizá la mayor contigüidad habría que buscarla entre las plaquetas pintadas y grabadas del Parpalló y las escasas de yacimientos próximos y los frisos levantinos de la comarca, acentuando que precisamente en una amplia zona del sur de la provincia de Valencia y el norte de Murcia es donde encontraremos, en mayor número, manifestaciones que hemos de suponer anteriores a los estilos clásicos «levantinos». A ello hay que añadir los datos de la Cocina, Cova de L'Or e incluso el canto del Filador de Margalef (4).

Por otra parte los signos, trazos y líneas y otros indefinidos se asimilaban a las figuras de arte mayor a que acompañaban, como es el caso del paleolítico y así lo hicimos notar en nuestro trabajo de *Caesaraugusta* (5) mientras que cuando se hallaban de modo autónomo se

(4) J. FORTEA PEREZ: «Arte paleolítico del Mediterráneo español», *Trabajos de Prehistoria*, 35. Madrid, 1978, págs. 99-149.

(5) A. BELTRAN MARTINEZ: «El problema de la cronología del arte rupestre esquemático español», *Caesaraugusta*, 39-40. Zaragoza, 1975-76, págs. 5-18.

incluían sistemáticamente en el «arte esquemático» e invariablemente en la Edad del Bronce, tanto más avanzada cuanto más progresaban los signos hacia esquemas complejos. Ya veremos que el descubrimiento de la cueva de Porto Badisco ha hecho cambiar todas estas ideas, al cerrarse en el Eneolítico y dar una importante data «ante quem» para muchos de los signos negro-castaños del interior.

La simplificación levantino-esquemático fue resuelta por Breuil en sus obras monumentales de modo muy simplista; ya no había incluido ni un solo abrigo levantino en su obra de conjunto sobre el arte paleolítico (6), a pesar de mantener aún la cronología paleolítica y en su obra sobre el arte esquemático incluyó figuras que nada tenían que ver con tal estilo, para las que, en muchos casos, convendría la mención de «levantinas» y que debieron ser catalogadas como «subnaturalistas» o «subesquemáticas» como hizo Bosch Gimpera.

Cuando estudiamos en 1973 la cueva de la Sarga caímos en la cuenta de que ciervos naturalistas, relativamente antiguos dentro del arte levantino, con el cuerpo perfilado y relleno con líneas sensiblemente paralelas, con técnica análoga a la que encontramos en muchos abrigos de la zona de Bicorp y en Alpera, que nos parece una simplificación de las más viejas tintas planas (Gasulla, Remigia, Val del Charco, Calapatá, Albarracín), quedan claramente superpuestos a trazos geométricos de diversas formas, color rojo muy patinado de matiz diferente, sin que, en lo que se conserva, formasen figuras concretas. Era evidente que estábamos ante una fase «esquemática» o «geométrica» anterior al naturalismo levantino sin poder avanzar fechas absolutas. No obstante, no nos atrevimos entonces a datar dentro de ese conjunto, anterior a lo levantino, la gran figura espiraliforme que no tenía pinturas levantinas sobre ella ni contiguas, pero sí extraños «antropomorfos» que respetando las ideas vigentes aceptamos que pudieran corresponder a una fase esquemática de la Edad del Bronce y que los descubrimientos de Cointains permiten asociar al conjunto «prelevantino» (7).

No obstante, hicimos una revisión sobre el terreno de diversos abrigos donde tales superposiciones pudieran observarse con facilidad y las comprobamos en Cantos de la Visera, con un toro muy antiguo, de tinta plana sobre la «zancuda» de aspecto esquemático, en la Araña, donde las astas de un ciervo cortan líneas en zigzag, paralelas, y

(6) H. BREUIL: «Quatre cents siècles d'Art Pariétal. Les cavernes ornées de l'Age du Renne» Montignac, 1952.

(7) A. BELTRAN MARTINEZ: «Las pinturas rupestres prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Penáguila) y El Calvari (Bocairente)», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 47. Valencia, 1974.

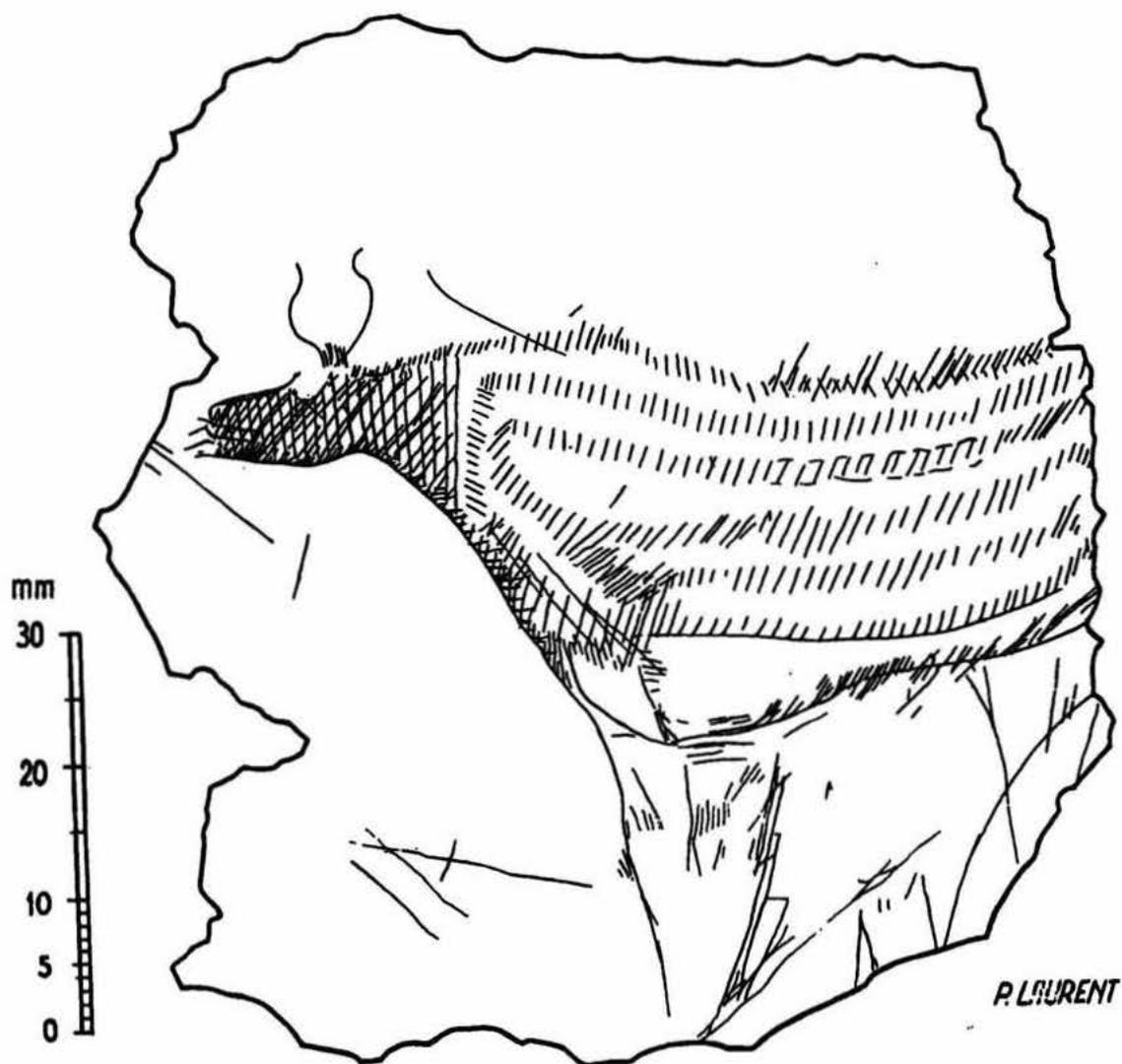


Fig. 3.—Plaqueta grabada postmagdaleniense, del abrigo La Borie del Rey. (Cortesía de J. Clottes.)

pensamos que podía haber muchos más ejemplos a investigar, sobre todo porque el hecho comprobado de repintados de figuras o de modificación de éstas (toros en ciervos de la Vieja de Alpera y de Cantos de la Visera, ciervos en toros del prado de las Olivanas de Tormón, ciervos en cabras del Prado de Azogue, en Aldeaquemada) o bien el toro blanco de Ceja de Piezarrodilla repintado en negro o los toros del Prado de las Olivanas inicialmente en rojo y vueltos a pintar en negro que no nos permiten establecer etapas claras por estilos y colores puesto que los repintados o imitaciones repiten servilmente el modelo que recubren.

Insistió sobre el tema, acertadamente, J. Fortea, subrayando nuestros planteamientos de La Sarga y La Araña (8) y precisando más nuestras referencias a Cantos de la Visera, partiendo de las observaciones de Cabré, según las cuales en la parte izquierda del abrigo la figura más antigua es un toro de color rojo amarillento que fue repintado en su tercera fase en un color rojo muy oscuro, aunque sin cubrirlo totalmente y transformándolo en ciervo con la adición de unas astas, lo mismo que habíamos observado en la cueva de la Vieja, en Alpera y, en proceso contrario, en los ciervos convertidos en toros del Prado de las Olivanas, en Tormón. Tres ciervos pequeños, retocados también en la citada tercera fase, serían originalmente de la primera y un reticulado existente entre las patas del toro convertido en ciervo y parcialmente bajo su vientre, incluso anterior a la fase rojo-amarillenta; uno de los ciervos pequeños se superpone también a la retícula y al gran toro, en la misma forma, a la zancuda o ave de trazado esquemático.

Supusimos que una fase plena del arte levantino conocería la conversión de los toros en ciervos o su repintado, entre el 3500 y 2000, contemporáneamente al Neolítico de las llanuras litorales o quizá después del 4000 (9). Fortea concluye que las pinturas más antiguas de La

(8) J. FORTEA PEREZ: «En torno a la cronología relativa del inicio del arte rupestre levantino (avance sobre las pinturas rupestres de La Cocina)», *L Aniversario de la Fundación del Laboratorio de Arqueología, 1924-1974, Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11. Valencia, 1975, pág. 196.

J. FORTEA PEREZ: «Algunas aportaciones a los problemas del arte levantino», *Zephyrus*, XXVI. Salamanca, 1974, págs. 225-227.

J. FORTEA PEREZ: «El arte parietal epipaleolítico del 6.º al 5.º milenio y su sustitución por el arte levantino», *Coloquio XIX del XI Congrès International des Sciences Préhistoriques et Protohistoriques*. Niza, 1976, pág. 121.

(9) A. BELTRAN MARTINEZ: «Algunos problemas que plantean las superposiciones de pinturas en el arte rupestre levantino», *Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología* (Mérida, 1969). Zaragoza, 1970, pág. 234.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Algunas cuestiones sobre las pinturas de las cuevas de la Araña (Bicorp, Valencia)», *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 10. Valencia, 1970, pág. 12.

Sarga, covacho II de la Araña y Cantos de la Visera serían «unos signos abstractos pertenecientes a un horizonte artístico que querríamos llamar arte lineal-geométrico...». La comparación con el arte epipaleolítico del complejo geométrico, según la terminología de Fortea, resulta evidente y así lo manifestamos ya en 1968, y lo explica él según la siguiente ordenación relativa: «Cocina II estaba integrada de abajo arriba por los niveles 10 al 6. Pero las plaquetas sólo aparecían en la capa 6, que estadísticamente representaba una vuelta a la ocupación intensiva de la cueva... sin ninguna solución de continuidad se pasaba de la capa 6 a la 5 que inauguraba el horizonte industrial de Cocina III. Lo más importante es que ahora aparecían tres fragmentos de cerámica cardial, que, por su posición estratigráfica, correspondían al inicio de Cocina III. Así pues, la cronología de las plaquetas es inmediatamente precardial.» La fecha del cardial de Coveta de l'Or (4670 ± 160 y 4315 ± 75 B.C.) podría autorizar, como Fortea afirma, una fecha del 5000 como «gozne entre los dos conceptos artísticos» (10).

Para terminar con los datos proporcionados por la cueva de la Cocina, hay que subrayar los aducidos por Pericot en relación con unas figuras naturalistas, pintadas en la pared sur, conjunto verdaderamente pobre según comprobó Fortea al calcarlo, del que escribe «pero lo que sí podemos afirmar taxativamente es que su arte no es ni levantino ni esquemático; lo forman unas pocas líneas paralelas, quebradas, en espiga y vagamente trapezoidales, de color rojo claro, una mancha del mismo color lamentablemente casi cubierta por la suciedad del estrato que la tapó... y un pequeño trazo triangular de color rojo oscuro amoratado», que serían cubiertas durante la época de la ocupación cerámica de la cueva, es decir, en el período Cocina II de Fortea (11).

(10) J. FORTEA PEREZ: «Los complejos microlaminares y geométricos del Epipaleolítico mediterráneo español», Memorias del Seminario de Prehistoria y Arqueología, 4. Salamanca, 1973.

(11) L. PERICOT GARCIA: «La cueva de La Cocina (Dos Aguas), nota preliminar», Archivo de Prehistoria Levantina, II, 1945, Valencia, 1946, págs. 54, 68 y 69. Dice: «Por último hemos de referirnos a los vestigios de figuras, al parecer de animal una de ellas, en rojo, pintadas en la pared Sur de la cueva. La pátina y el humo que han cubierto estos muros laterales impiden su exacta apreciación. La altura a que se encuentran las coloca al nivel del brazo de un supuesto artista, cuando el suelo de la cueva se encontraba en la segunda etapa de las tres que hemos señalado en el yacimiento.» La importancia de estos vestigios pictóricos no pudo pasar inadvertida a Pericot, quien, más adelante, decía: «En primer lugar sentemos la afirmación de que es imposible desligar las pinturas del abrigo llamado Cinto de la Ventana, de las gentes que habitaron la cueva. Aquel cinto, con sus escasas pinturas de los dos tipos, naturalista y esquemático, se encuentra en el extremo sin salida, por terminar en precipicio, del barranco en que a unos dos o trescientos metros se abre la cueva de La Cocina. Quienes pintaron aquellas figuras habitaron la cueva.»

Cuanto se ha dicho ha quedado corroborado por los hallazgos de la región de Cocentaina entre las sierras de Aitana, Mariola y Benicadell (Alicante), publicados en una mínima parte y sin el estudio de conjunto que seguramente servirá para establecer una hipótesis general, al menos en lo que se refiere a la comarca del sur de Valencia y el norte de Murcia, de transición del arte paleolítico (subrayando lo ya dicho sobre la pintura y grabados de la cueva Fosca de Vall de Ebo) y el «levantino», que aparece en diversos lugares de Pla de Petracos (Castell de Castells) con un ciervo de pequeño tamaño y Vall Gallinera, en donde, al parecer, hay una superposición de las figuras del estilo no levantino bajo otras levantinas. Lo que conocemos, especialmente en Pla de Petracos, corresponde a representaciones no estrictamente geométricas como las plaquetas o pinturas de la Cocina, sino a grandes formas humanas, que alcanzan hasta más de un metro de altura, con cabezas radiadas, cuerpos fantásticos y estilizaciones antropomórficas, aparte de trazos cuya significación ignoramos, todo ello en color rojo y con ausencia, al parecer, de figuras animales (12). Las opiniones de Mauro Hernández y el Centro de Estudios Contestanos que llevan estas figuras hasta el V milenio sitúan el conjunto en esta etapa post-magdalenense y pre-levantina que venimos postulando, aunque será necesario esperar a la publicación de los ciento veinticinco abrigos que se anuncia han sido descubiertos para establecer conclusiones definitivas: será conveniente no calificar estas pinturas de «esquemáticas» por lo menos sin definir lo que quiere decir este término, tal como hace Mauro Hernández al llamarlo «macro-esquemático». Por otra parte la

«¿Pero a cuál de las fases industriales de la cueva corresponden las pinturas del cinto? Acuciante enigma que no nos es dado resolver todavía. Por los indicios que poseemos (placa con vestigios de pinturas) diríamos que las pinturas naturalistas van desde nuestro nivel inferior al medio, y las esquemáticas podrían atribuirse al superior. Esto hallaría confirmación decisiva si se logra interpretar los vestigios de figuras rojas en la pared meridional de la cueva, que por su altura debieron pintarse cuando el suelo de la caverna se hallaba a 1'50-1'80 metros del nivel moderno, o sea, en el nivel II inicial o III final.»

(12) M. S. D. ASQUERINO FERNANDEZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Nueva estación con pinturas rupestres en Benirrama (Vall de Gallinera, Alicante)», Altamira Symposium, Madrid, 1980, págs. 427-448.

M. S. HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Arte esquemático en el País Valenciano. Recientes aportaciones», Zephyrus, XXXVI Salamanca, 1983, págs. 63-75.

M. S. HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Consideraciones sobre un nuevo tipo de arte rupestre prehistórico», Ars Praehistorica, I, Barcelona, 1982, págs. 179-197.

M. S. HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Vorbericht über die Erforschung der Felsbildkunst in der provinz Alicante», Madrider Mitteilungen, 24, 1983, Mainz, 1984, págs. 32-45.

atribución que Aparicio (13) hace de algunas de estas figuras a la etapa entre el 3000 y el 1500 por comparación de algunas de las figuras antropomórfas con los ídolos oculados necesitará de más detenido estudio cuando conozcamos la totalidad de los conjuntos.

Puede, no obstante, insistirse en que, junto al grupo de figuras claramente humanas, los motivos geométricos son meandros o serpenti-formes de desarrollo vertical, con bifurcaciones de dedos en los extremos o en pequeños círculos, además de otros signos menos claros (14).

Por otra parte los abrigos de la región de Bicorp han proporcionado varios ejemplos de zig-zags o temas lineales-geométricos combinados con las figuras «levantinas», aunque no siempre exista una superposición como la apreciada en la cueva de La Sarga; así en el abrigo de los Gineses los zig-zags bordean una figura femenina, mientras que la Balsa de Calicanto este mismo tipo de trazos simples están bajo figuras levantinas o junto a un ciervo semejante al de la Sarga (15) (fig. 4).

Los datos aportados parecían dibujar una «región» para este arte entre lo lineal-geométrico y lo «macro-esquemático», para usar términos de Fortea y Hernández, entre el sur de Valencia y el norte de Murcia, pero Vicente Baldellou me comunica el reciente descubrimiento, aún inédito, en el abrigo de Labarta (Huesca) en el que un ciervo naturalista en negro se superpone a signos geométricos de color rojo claro. No conocemos aún suficientemente el arte prehistórico de esta comarca que hace algunos años apenas presentaba algunos restos esquemáticos y que hoy cuenta con gran número de estaciones desde el Paleolítico a la Edad del Bronce y una evolución estilística que cada vez parece más clara y que no puede separarse del resto de la zona oriental de la Península respondiendo a los mismos estímulos culturales (16).

(13) J. APARICIO PEREZ: «El primer arte valenciano, nuevos hallazgos (1981)», Archivo de Arte Valenciano, LXII. Valencia, 1981, págs. 106 y 107.

(14) Los abrigos citados por Mauro Hernández y sus colaboradores del Centre d'Estudis Costentans son los del Barranc de Malafí, entre el Pla de Petracos, Racó de Sorellets y Tollos, Barranc de Beniali, Coves Rojes de Benimassot, Barranc de l'Infern de Fleix y Famorca. En «El País» (26-II-85), se anuncia la posible publicación de conjunto por la Diputación alicantina.

(15) J. APARICIO PEREZ: «Yacimientos e investigaciones arqueológicas en la comarca enguerina», Enguera, año XIX, núm. 19. Enguera, 1976.

J. APARICIO PEREZ: «Nuevas pinturas rupestres en la provincia de Valencia», Crónica del XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977). Zaragoza, 1979, págs. 339-408.

L. DAMS: «Les peintures rupestres du Levant espagnol». París, 1984, pág. 140 y ss.

(16) V. BALDELLOU: «El arte levantino del río Vero (Huesca)», Juan Cabré Aguiló (1882-1982), Encuentro de Homenaje. Zaragoza, 1984, págs. 133-139.

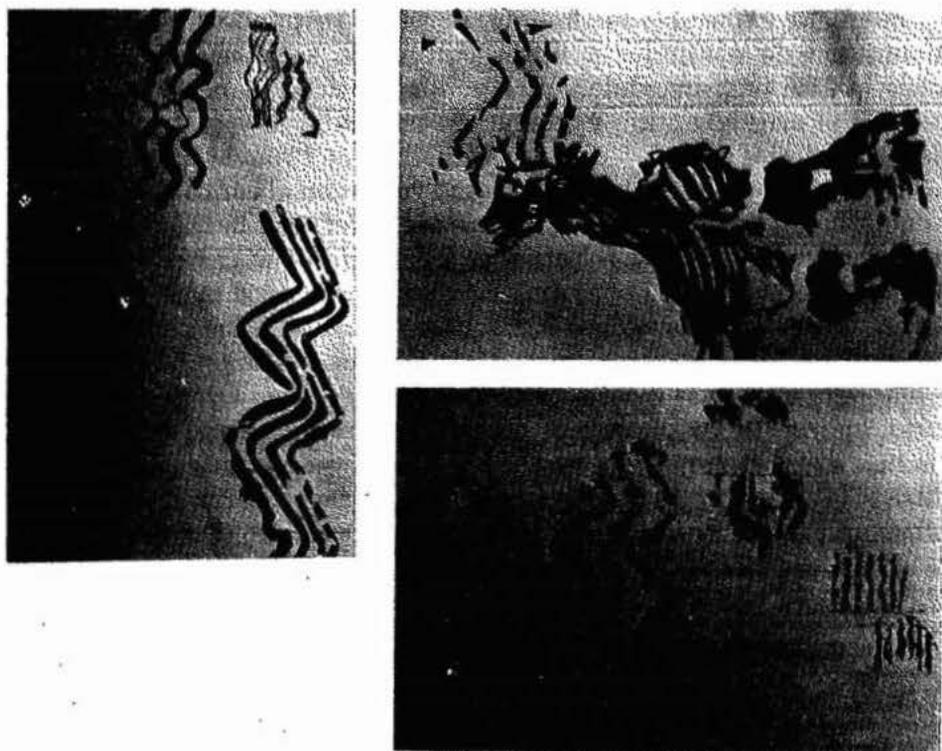


Fig. 4.—Balsa de Calicanto (Bicorp). Superposiciones de figuras levantinas sobre trazos lineales-geométricos. (Según Aparicio.)

Es muy difícil establecer conclusiones con suficiente validez científica para esta etapa intermedia entre el arte Paleolítico y el Levantino que, en cualquier caso, no tendrán más seguridad que la correspondiente a hipótesis de trabajo que ya enunciábamos hace casi veinte años y que van completándose, con no pocas alteraciones sobre lo que parecía inamovible, a través de los descubrimientos recientes y la revisión de lo conocido y admitido rutinariamente como inmutable. Dejando aparte el conjunto del río Vero, en Huesca, cuyo alejamiento del núcleo de Bicorp, Alcoy, Cocentaina, Yecla e incluso Alpera y Nerpio no puede explicarse fácilmente, pero que responde a una evidente comunidad de estímulos y bases culturales, sería necesario volver sobre la fase post-magdalenense, epipaleolítica y conectada con los inicios del arte levantino examinando las pinturas y grabados sobre plaqueta que se datan en estratos azilienses en Francia y sus posibles paralelos en Cataluña y Levante, como vemos en el canto pintado epipaleolítico de la cueva del Filador de Margalef, con barras rojas (17), los grabados y pinturas del Parpalló que no son ya un caso excepcional si se tiene en cuenta el conjunto de más de una decena de plaquetas procedentes de la cueva de la Roca, cerca de Gandía y el grabado de la cueva de la Taverna, también de Margalef, en el Montsant, aparte de la plaqueta de Les Mallaetes (18). Los grabados de l'Or y de San Gregorio, aparte de las plaquetas grabadas y los signos parietales de la Cocina, complementarían esta agrupación que podría mostrarnos entre el 6000 y el 5000 la constitución de una fase intermedia en la que habría que situar como antecedente el gran conjunto de Cocentaina y los signos geométricos de la comarca ya citada y que irían seguidos de

V. BALLDELLOU: «El arte esquemático y su relación con el levantino en la cuenca alta del Vero (Huesca)», Actas del Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático de la Península Ibérica (Salamanca, 1982), en *Zephyrus*, XXXVI. Salamanca, 1983, págs. 113-115.

V. BALLDELLOU, A. PAINAUD y M. J. CALVO: «Las pinturas esquemáticas de Quizans y Cueva Palomera (Alquizar, Huesca)». Actas del Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático de la Península Ibérica (Salamanca, 1982), en *Zephyrus*, XXXVI. Salamanca, 1983, págs. 117-122.

V. BALLDELLOU, A. PAINAUD y M. J. CALVO: «Las pinturas esquemáticas del Tozal de Mallata (Asque-Colungo, Huesca)». Actas del Coloquio Internacional sobre Arte Esquemático de la Península Ibérica (Salamanca, 1982), en *Zephyrus*, XXXVI. Salamanca, 1983, págs. 123-129.

V. BALLDELLOU, A. PAINAUD y M. J. CALVO: «Los abrigos pintados esquemáticos de Quizans, cueva Palomera y Tozal de Mallata», Bajo Aragón. Prehistoria, IV, Caspe-Zaragoza, 1982, págs. 27-60.

A. BELTRAN MARTINEZ y V. BALLDELLOU: «Avance al estudio de las cuevas pintadas del Barranco de Villacantal», Altamira Symposium. Madrid, 1981, págs. 131-140.

(17) (J.) (M.) F(ULLOLA) P(ERICOT) en «Arqueología en Catalunya, datos para una síntesis», Barcelona, 1983, pág. 30.

(18) J. APARICIO PEREZ, V. MESEGUER FOLCH y F. RUBIO GOMIS: «El primer arte valenciano, II. El arte rupestre levantino». Valencia, 1982.

J. APARICIO PEREZ y J. SAN VALERO APARISI: «El primer arte valenciano, I. El arte parpallónés». Valencia, 1983.

las grandes figuras rojo-amarillentas de Cantos de la Visera, que permitirían la comparación con los demás animales naturalistas, estáticos y en tintas planas del arte levantino.

Sin duda habrá que valorar los factores de evolución local y los hechos aparentemente anómalos, como el conjunto de la provincia de Huesca o la aparición de conjuntos como los de Cehégín y Mazarrón con notables coincidencias en las figuras humanas con Porto Badisco, que plantearán muchos problemas, también, en la fase final del arte levantino, subnaturalista o subesquemática y en la diferente situación de las zonas con arte levantino o sin él a la hora de establecer la aparición del «arte esquemático» del Eneolítico.

Addenda

Entre las fechas de redacción del presente artículo y la de corrección de pruebas se han producido algunas novedades importantes que no alteran en esencia lo ya expuesto, pero que comprueban o matizan las afirmaciones propuestas.

En primer lugar la ampliación geográfica del área de superposiciones de arte levantino sobre pinturas geométricas, lo que quitaría fuerza a la idea de que se tratase de un fenómeno esencialmente de la zona del sur de Valencia y norte de Murcia, sin descuidar la consideración especial que merece el conjunto peculiar de Cointains. Nos referimos al hallazgo en Los Chaparros de Albalate del Arzobispo (Teruel) (fig. 5) de dos arqueros cazando un jabalí cortando este conjunto signos esquemáticos en color rojo más claro, formados por líneas verticales paralelas, zig-zags y otras del mismo estilo (todo ello inédito); y creemos que lo mismo puede existir en La Valltorta, en la cueva del Civil y en la Cova Gran del Puntal (19).

Por otra parte, a las fechas indicadas hay que añadir las obtenidas por Francesc Gusi (20) en la Cova Fosca de la Valltorta, con dataciones epipaleolíticas entre el 7510 ± 160 y 6930 ± 200 y Carmen Olaria está preparando la publicación de otros resultados que son congruentes con los nombrados.

Algunos de los datos citados como inéditos comunicados por los autores han sido publicados ya (21).

(19) A. BELTRAN MARTINEZ: «Problemas del arte rupestre levantino en la provincia de Castellón», en prensa en los Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses.

(20) F. GUSI JENER: «Prehistoria del barranco de la Valltorta», en «La Valltorta», dirigida por R. VIÑAS VALLVERDU, Barcelona, 1982, pág. 70.

(21) V. BALDELLOU MARTINEZ, A. PAINAUD y M. J. CALVO: «Dos nuevos covachos con



Fig. 5.—Los Chaparros (Albalate del Arzobispo). Superposición de una caza de jabalí sobre temas geométricos «prelevantinos».

pinturas naturalistas en el Vero», en Estudios en honor de Dr. Antonio Beltrán, Zaragoza, 1986, pág. 123 (superposiciones de Labarta).

J. M. FULLOLA PERICOT y R. VIÑAS VALLVERDU: «El primer grabado parietal naturalista en cueva de Cataluña: La cova de la Taverna (Margalef del Montsià, Tarragona)», *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza, 1985, pág. 67.

M. MARTINEZ ANDRES: «Las pinturas rupestres de la cueva de la Higuera, Isla Plana, Cartagena», *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza, 1985, pág. 79.

Una puesta al día de las cuestiones generales en A. BELTRAN MARTINEZ: «Nuevos horizontes en la investigación del arte prehistórico. Cuestiones generales y estado de la cuestión», en *Caesaraugusta*, 61-62, Zaragoza, 1985, pág. 25.

F. J. FORTEA PEREZ y E. AURA TORTOSA
(Oviedo y Valencia)

**UNA ESCENA DE VAREO EN LA SARGA (ALCOY)
APORTACIONES A LOS PROBLEMAS DEL ARTE LEVANTINO**

Durante la campaña de excavaciones de agosto de 1975 en La Cocina (Dos Aguas, Valencia), llevamos a La Sarga (Alcoy, Alicante) al equipo de excavadores con el objeto de que conocieran su conjunto rupestre. Examinando los distintos paneles creímos reconocer una escena de recolección, de la que tomamos una primera serie fotográfica y un esbozo de calco. Comunicamos al Servicio de Investigación Prehistórica nuestra impresión y allí se nos mostraron los calcos realizados tiempo atrás por Vicente Pascual y la monografía que Antonio Beltrán (1), con la colaboración del anterior, acababa de publicar. En ésta, la interpretación era radicalmente distinta y el calco ofrecido difería en algunos detalles significativos de nuestro esbozo.

Por diferentes razones, las diversas visitas que realizamos a La Sarga para concluir el calco y mejorar la documentación fotográfica tuvieron que espaciarse mucho. Entretanto, Bernardo Martí (2) publicó el calco de Beltrán y Pascual con la supresión de una figura y la interpretación de escena de recolección, a la que había llegado de modo independiente. Emilio Aura, tras incorporarse al equipo de

(1) A. BELTRAN MARTINEZ: «Las pinturas rupestres prehistóricas de La Sarga (Alcoy), El Salt (Penáguila) y El Calvari (Bocairente)», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, número 47. Valencia, 1974. Con la colaboración de V. PASCUAL PEREZ.

(2) B. MARTI OLIVER: «El nacimiento de la agricultura en el País Valenciano. Del Neolítico a la Edad del Bronce». Universidad de Valencia. Secretariado de Publicaciones. Colección Cultural Universitaria Popular, 1. Valencia, 1983, pág. 56, fig. 16.

excavadores de La Cocina en 1981, tuvo conocimiento de la escena e hizo de ella una alusión con la misma interpretación de vareo en un artículo sobre otros aspectos de La Sarga (3), a la espera de su publicación detenida. A él se debe el calco definitivo que publicamos aquí con retoques de V. Rodríguez Otero. Las fotografías son de Gil Carles.

Tales diferencias de copia e interpretación motivan estas líneas.

1. DESCRIPCION E INTERPRETACION

1.1. La escena que nos ocupa se encuentra situada en el covacho I de La Sarga, sector «b», adyacente al sector «a», según la ordenación de Beltrán. Ha sido observada en diferentes épocas a lo largo de los últimos años, lo que nos ha permitido constatar la variabilidad en la calidad de visión de los motivos pintados según humedad, luminosidad, etc., pudiendo así interpretar manchas en ocasiones confusas y precisar contornos y detalles de las ya conocidas. Paralelamente, nos auxiliamos con nuestro material fotográfico, que no publicamos aquí, sustituyéndolo por el excelente trabajo de Gil Carles.

Conviene señalar que en el a 1 m. adyacente sector Ia se encuentra uno de los paneles clave para la dilucidación de la problemática cronológica del Arte Levantino, en razón de las superposiciones de figuras levantinas típicas sobre un arte distinto que Beltrán adjetivó de abstracto o esquemático, pero de alguna manera diferente del Arte Esquemático (4), nosotros Arte Lineal Geométrico (5) y Hernández y Centre d'Estudis Contestans como Arte Macroesquemático (6).

De derecha a izquierda encontramos los siguientes motivos en el covacho Ib (cf. fig. 1 y láms. I y II).

— Núm. 1. Restos de arquero

Muy mal conservado y de lectura difícil. Pueden diferenciarse el

(3) E. AURA TORTOSA: «Aportaciones al estudio de La Sarga (Alcoy, Alicante)», en *Lucentum*, II, Alicante, 1983, págs. 5-16.

(4) A. BELTRAN MARTINEZ: «Arte Rupestre Levantino», Seminario de Prehistoria y Protohistoria. Serie Monografías Arqueológicas, IV, Zaragoza, 1968.

A. BELTRAN MARTINEZ: «El problema de la cronología del Arte Rupestre Esquemático Español», en *Caesaraugusta*, 39-40, Zaragoza, 1975-76, págs. 5-18.

A. BELTRAN MARTINEZ: «De cazadores a pastores. El Arte Rupestre del Levante Español». Ediciones Encuentro, Colección Las Huellas del Hombre. Madrid, 1982.

(5) F. J. FORTEA PEREZ: «Algunas aportaciones a los problemas del Arte Levantino», en *Zephyrus*, XXV, Salamanca, 1974, págs. 225-257.

(6) M. S. HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Consideraciones sobre un nuevo tipo de arte rupestre prehistórico», en *Ars Praehistorica*, I, Sabadell, 1982, págs. 175-187.

M. S. HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: «Arte Esquemático en el País Valenciano. Recientes aportaciones», en *Zephyrus*, XXXVI, Salamanca, 1983, págs. 63-78.

tronco, las dos extremidades inferiores y un brazo que lleva un arco de una sola curva en posición vertical. Color rojo claro.

— Núm. 2. Restos de arquero

Camina hacia la izquierda dando la espalda a la figura anterior. Se diferencian un tórax triangular y los dos brazos, de los que el derecho está extendido y el izquierdo, flexionado, sujetando el arco y un manajo de flechas. Más abajo se ven dos manchas informes. Color rojo oscuro desvaído.

— Núm. 3. Arquero

De características formales, estilísticas y cromáticas idénticas al núm. 2 y con su misma lateralización. De la cabeza queda una mancha redondeada desigualmente conservada, pero un análisis atento en comparación con la cabeza del núm. 4, permite diferenciar dos partes: una inferior en forma de trapecio invertido que representaría la zona comprendida entre la mandíbula y los parietales, y otra superior en forma de sombrerillo o casquete esférico que rebasa lateralmente a la anterior. De ella sale un trazo que va a unirse a la rodilla izquierda de la figura núm. 4 y algo más a la izquierda una alineación de tres puntos.

Los brazos se conservan hasta la cintura y el izquierdo lleva arco y manajo de flechas, mal conservados, en la misma posición horizontal que el arquero núm. 2.

Importa señalar que el brazo derecho se asocia con un largo trazo lineal oblicuo que atraviesa a un viejo desconchado y a la figura núm. 5, bifurcándose al salir de ésta.

Debajo de la cintura se conservan restos de pintura que permiten suponer una flexión de piernas similar a la figura núm. 4.

— Núm. 4. Arquero

Igualmente lateralizado a la izquierda como los núms. 2 y 3, es la figura humana más completa y de mejor tratamiento anatómico, lleno de detalles, de todo el conjunto de La Sarga.

Su cabeza es similar a la del núm. 3: una silueta trapezoidal invertida cubierta por un sombrerillo de doble curva externa, de cuya depresión central nace un neto trazo vertical. El término boina, abusivo y fuera de lugar aquí, sería el que mejor describiría la apariencia formal de la silueta pintada. Pero sólo podemos decir que la cabeza del arquero estaba tocada con una cubrición amplia de la que salía un apéndice ¿pluma?, o, quizá, con el pelo recogido en vueltas sobre la cabeza y tocado con aquel apéndice.

8
6 5 4
7 7 3 2 1



FIG. 1
LA SARGA. COMUCHO L.B.

El brazo derecho acaba en una mano con sus cinco dedos cuidadosamente dibujados, cuya muñeca lleva un brazalete de sección circular. Detalle éste que había pasado inadvertido y que obliga a datar a la figura como *no anterior al Neolítico regional*.

La mano izquierda, cerrada y con indicación de los nudillos, sujeta a un arco de curva simple, tensado, y cinco flechas. No se aprecia bien cómo era su parte perforante, pero sí el emplumado basal que no está inserto en el extremo del fuste, sino unos centímetros antes. Los extremos lanceolados, menos detallistas que los de esta figura, que muestran las flechas clavadas en animales del Arte Levantino (por ejemplo el caballo en posición vertical de La Araña) prueban la antedicha identificación funcional.

El estilizado tronco ofrece dos detalles de interés. Uno, el apéndice triangular que sale de la parte inferior de la espalda, quizá una bolsa o recipiente que llevaría colgando de los hombros. Otro, el saliente inguinal que podría representar al falo o a su estuche. Algo similar ofrece la figura 18 del covacho III de La Sarga.

Sus piernas están flexionadas con la rodilla izquierda hincada en tierra. Las pantorrillas son muy gruesas, como corresponde a las figuras del más típico Arte Levantino. El pie derecho muestra al pulgar y a los dos o tres dedos siguientes separados y doblados hacia abajo, como queriendo afirmarse en el terreno que pisa. Los dedos del pie izquierdo aparecen doblados hacia atrás. Flexión de piernas y posición de dedos son las propias de quien tiene una rodilla en tierra y da la impresión de que el artista así lo quiso indicar.

Es difícil calificar la actitud de esta figura. Para Beltrán sería la de relajamiento subsiguiente al disparo. Sin embargo, el arco y las flechas están en reposo. En nuestra opinión, más parece una actitud contemplativa, máxime si esta figura estuviera en relación con las 5, 6 y 7.

Color rojo oscuro. En las zonas ocupadas por el pie derecho y desde la mitad de la pantorrilla hasta el pie izquierdo, el color va difuminándose hasta hacerse sensiblemente similar al de las figuras núms. 2 y 3. Así pues, las diferencias de tonalidad, apreciables en la fotografía adjunta, no responden a fases cromáticas distintas, sino a la variabilidad zonal en la conservación de los pigmentos.

Finalmente hay que señalar que por debajo del torso y zona del arco aparecen difusas manchas de color más claro, que representamos con una trama menos intensa. ¿Preparación de la roca, trazas de anteriores figuras o borrado de éstas previo al arquero?

— Núms. 5 y 6. Árboles

Son dos manchas oblongas cuyos contornos se han pintado mediante una línea perfilante de gruesos puntos seguidos y adyacentes. El perfil se siluetó posteriormente con las mismas puntuaciones dispuestas de modo menos organizado.

De la parte inferior de la mancha núm. 5 salen tres o cuatro trazos oblicuos y convergentes abajo. Tanto el primero por la derecha como el central se bifurcan en el tercio anterior a la mancha y el central la rebosa largamente.

Los mismos trazos oblicuos salen en número de cuatro de la mancha 6, sin llegar a converger a causa de un desconchado reciente.

— Núm. 7. Frutos

Debajo, y simétricamente al espacio comprendido por la proyección basal de las manchas, se encuentran aproximadamente 100 puntos repartidos con irregularidad intencional. Algunos de los infrapuestos al núm. 5 se pintan sobre un antiguo desconchado. Buena parte de los correspondientes al núm. 6 faltan por la razón antes aludida. Este desconchado es reciente no sólo por su distinta pátina, más clara que la del otro, sino también porque corta a alguna de las puntuaciones.

— Núm. 8. Manchas

En el ángulo superior izquierdo aparecen dos manchas de color rojo sin forma precisa.

1.2. Según A. Rey Pastor y C. Visedo (7), descubridores y autores de las primeras noticias sobre La Sarga, el conjunto de las figuras núms. 4, 5 y 6 representaban una escena de caza de dos jabalíes por un arquero (8). Para Beltrán cualquier interpretación sería muy atrevida, pero concluye en que no cabría hablar de representaciones de árboles y que a la izquierda del arquero núm. 4 de nuestra numeración existiría una mancha de color rojo, mal conservada, que podría ser lo que restara de un animal hacia el que se dirigiría su cazador (9). Recientemente, este autor ha hecho una escueta referencia a árboles (10).

Para nosotros, descripción, calco y fotografía ofrecen una obvia identificación visual que, sin tener que ir más allá de lo evidente, se refiere a dos árboles a cuyos pies se han representado frutos caídos.

(7) A. REY PASTOR: «Jijona (Alicante). Cuevas de La Sarga», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, I, 1952, Madrid, 1953, págs. 25-28.

(8) BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 1, págs. 8 y 20.

(9) BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 1, pág. 19.

(10) BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 4, en tercer lugar, pág. 28.

Aunque es esto lo más importante, no deja de tener interés el intento de identificar de qué árbol se trata. Hemos consultado a M. Dupré Ollivier y ésta es su autorizada opinión: «Resulta muy difícil y arriesgado dar cualquier determinación, ya que no se sabe hasta qué punto la representación puede estar idealizada o estilizada, pero parece claro que se trata de un árbol de cierto porte, con unos troncos limpios y rectos, poco gruesos, que produce frutos comestibles. Por consiguiente, habría que eliminar a los arbustos o árboles con ramajes en la parte inferior del tronco; pese a su presencia en los análisis polínicos y antracológicos, parecen pues descartados el avellano (*Corylus avellana*), así como el madroño (*Arbutus unedo*) y el majuelo (*Crataegus*).»

«La forma de las ramas y la copa excluirían también a las coníferas; si acaso, podría recordar al pino piñonero (*Pinus pinea*), pero los frutos se asemejarían muy poco a la realidad. El pino piñonero no aparece en los análisis antracológicos, a diferencia de los *Pinus halepensis*, *nigra ssp. salzmannii* y *sylvestris*. También se desecharían árboles mediterráneos como la carrasca (*Quercus rotundifolia*) o el olivo (*Olea europaea var sylvestris*) ya que éstos tienen aspecto más robusto y aquellos copas más amplias.»

M. Dupré se inclinaría por «una especie de la familia de las rosáceas, que están presentes en los análisis polínicos y antracológicos durante todo el Holoceno. Precisamente a partir de los finales del Dryas antiguo que asiste en la Europa mediterránea a un desarrollo de los *Prunus*, con *Prunus mahaleb*, *Prunus spinosa* y, sobre todo, *Prunus Amygdalus*.» (11).

«La Antracología señala dentro de la familia de las rosáceas al endrino (*Prunus spinosa*), pero se trata de un arbusto, por tanto de morfología poco relacionable con lo pintado en La Sarga; al cerecino (*Prunus mahaleb*), cuyos frutos, al igual que los del endrino, no se comen hoy en día, sino que se emplean fermentados para la fabricación de licores. El manzano se documenta en la francesa cueva de Sargel (Larzac), pero es muy poco frecuente. Tampoco parece muy

(11) E. BAZILE-ROBERT: «Flore et végétation du sud de la France pendant la dernière glaciation d'après l'analyse anthracologique». Université des Sciences et Techniques du Languedoc, Thèse. Montpellier, 1979.

E. BAZILE-ROBERT, J.-P. SUC y J.-L. VERNET: «Les flores méditerranéennes et l'histoire climatique depuis le Pliocène», en *Naturalia Monspeliensis*, Montpellier, 1980, págs. 33-40.

I. KRAUSS-MARGUET: «Contribution a l'histoire de la végétation postglaciaire des Grands Causses d'après l'analyse anthracologique du gisement préhistorique de La Poujade (Commune de Millau-Aveyron)». Université des Sciences et Techniques du Languedoc. Montpellier, 1980.

J. L. VERNET: «Étude sur l'histoire de la végétation du Sud-Est de la France au Quaternaire, d'après les charbons de bois principalement», en *Paléobiologie Continentale*, IV, Montpellier, 1973, págs. 1-90.

probable, aunque más que las rosáceas anteriores, la identificación con el sorbo (*Sorbus doméstica*) que aparece en la neolítica cueva del Frare (Matadepera, Barcelona). Con todas las reservas dimanantes de la inseguridad antes expuestas, la más plausible identificación de lo representado en La Sarga es la del almendro (*Prunus amygdalus*). La pintura aparece bastante estilizada y desproporcionada si se consideran las proporciones hombre, árbol, frutos, pero después de descartar a la mayoría de los géneros anteriores, parece la más adecuada, y, por otro lado, su ecología es la del paisaje de La Sarga. Los almendros están presentes, según la Antracología, desde el 12.500 B.P. en La Salpêtrière, en La Poujade desde el Preboreal y durante el Neolítico antiguo de la Cova Ampla de Montgó (Alicante) (12), entre otros yacimientos.»

Sea como fuere —sobre ello volveremos— y aunque la pictografía pudo leerse con precisión a este respecto, lo fundamental es la evidente representación de árboles y frutos caídos.

La escena del covacho Ib muestra a tres figuras humanas de estilo unitario cuya actitud y modo de llevar los arcos y flechas no es bélica ni cinegética. Las tres figuras miran a dos árboles cuyos frutos se desparraman por el implícito suelo. Con el brazo derecho de la figura núm. 3 se asocia un largo trazo lineal que atraviesa y sobrepasa el follaje de uno de los árboles. Parece ajustado deducir que la escena narra la recolección de frutos mediante el vareo.

Podría argüirse que si hay tal, quizá sobrarian los arcos y las flechas. Que las muy similares características de las tres figuras humanas formarían por sí mismas una composición y que posteriormente (por qué no anteriormente) se añadieron árboles, frutos y vara. Pero no hay que olvidar que árboles y frutos son el punto de referencia de la composición. Y si hay composición poco importa que ésta fuera *ex novo*, como color e incluso estilo indican, o el resultado de una integración significativa de elementos en alguna medida separados en el tiempo, que no podría ser mucho porque ninguno de los dos elementos escénicos se excluyen desde el punto de vista estilístico y cromático, o de sustrato cultural como luego veremos. Aquellas integraciones significativas son frecuentes en el Arte Levantino; baste recordar uno de sus casos de más contenido: la transformación de los cuernos de toros en

(12) E. BADAL GARCIA: «Contribución al estudio de la vegetación prehistórica del sur de Valencia y norte de Alicante a través del análisis antracológico». Memoria de Licenciatura. Facultad de Geografía e Historia. Valencia, 1984.

otros de ciervo. Pero al margen de nuestra opinión en el sentido de que se trata de una composición *ex novo*, lo que verdaderamente importa es el valor escénico y pictográfico.

2. PARALELOS Y SIGNIFICACION

Ciertamente las referencias al paisaje vegetal son escasas en el Arte Levantino. Se han citado árboles y arbustos en el covacho Ahumado o en el abrigo de Los Trepadores de El Mortero (Alacón, Teruel) y en el covacho de Doña Clotilde (Albarracín, Teruel).



Fig. 2.—Covacho Ahumado (El Mortero, Alacón, Teruel). La figura número 21 se encuentra en el centro del panel; las restantes en su parte izquierda (según Ortego y numeración de Almagro).

Las dos primeras estaciones no son paralelo válido para la escena de La Sarga, pero las recogemos aquí porque en ellas se han reconocido figuras humanas junto a árboles o vegetales, o bien trepando por árboles para recoger frutos.

Así, las figuras 4 y 5 (numeración de Almagro) del Covacho Ahumado con un hombre y un cuadrúpedo junto a un árbol o vegetal; también la figura 21 del mismo covacho, silueta humana inclinada hacia un árbol del que hace caer frutos (cf. fig. 2), y las 27 a 32 de Los Trepadores, en las que se han visto personajes que trepan por árboles con ayuda de escala, la 29, o sin ella (cf. fig. 3) (13).

Todos los autores que se han ocupado de estas estaciones han señalado el ambiente neolítico que suponen, con domesticación de animales y agricultura incipiente. La domesticación es evidente en la figura 26 de Los Trepadores (cf. fig. 3). Si lo que nos ha quedado de ella es fiel reflejo de lo que se pintó, porque se ha hecho la salvedad de que le falta la cabeza, lo que el calco de Ortego refleja es una oveja. Y a una oveja con más lana que pelo. La Arqueozoología sitúa a lo largo del Neolítico el inicio de un proceso que favoreció a la lana en detrimento del pelo. Más adelante, en el Calcolítico del Cerro de La Cabeza (Valencina de la Concepción, Sevilla) tenemos la presunción de la castración de los machos para favorecer a la lana (14), o los tensadores textiles calcolíticos de la cueva de Nerja (15). En cuanto a la agricultura, ésta se vería reforzada si interpretáramos a los trazos longitudinales de estas estaciones rupestres, sobre lo que incide el vértice de una sucesión continua y alineada de trazos en V, no como vagos árboles o arbustos, sino como alineaciones de plantas, que no tendrían por qué implicar un surco de arado. Y a las figuras humanas que se inclinan sobre ellos, no como trepadores de árboles, sino como individuos

(13) T. ORTEGO FRIAS: «Nuevas estaciones de arte rupestre aragonés. El Mortero y Cerro Felio, en el término de Alacón (Teruel)», en *Archivo Español de Arqueología*, XXI, Madrid, 1948, págs. 3-37.

M. ALMAGRO BASCH: «Las pinturas rupestres del Bajo Aragón», en «Prehistoria del Bajo Aragón», de M. ALMAGRO BASCH, A. BELTRAN MARTINEZ y E. RIPOLL PERELLO, Zaragoza, 1956, págs. 66-90.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Peintures rupestres du levant de el abrigo de los Recolectores dans le ravin de El Mortero (Alacón, Teruel, España)», en *Préhistoire, Spéléologie Ariégeoises, Bulletin de la Société Préhistorique de l'Ariège*, XVI-XVII, Tarascon-sur-Ariège, 1961-62, págs. 15-50.

(14) F.-H. HAIN: «Kupferzeitliche Tierknochenfunde aus Valencina de la Concepción. Sevilla», en *Studien über frühe Tierknochenfunde von der Iberischen Halbinsel*, núm. 8, München, 1982.

C. ALFARO GINER: «Tejido y cestería en la Península Ibérica». *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XXI, Madrid, 1984.

(15) F. J. GONZALEZ TABLAS: «Un tensador textil procedente de la cueva de Nerja (Málaga)», en *Zephyrus*, XXXIV-XXXV, Salamanca, 1982, págs. 149-152.

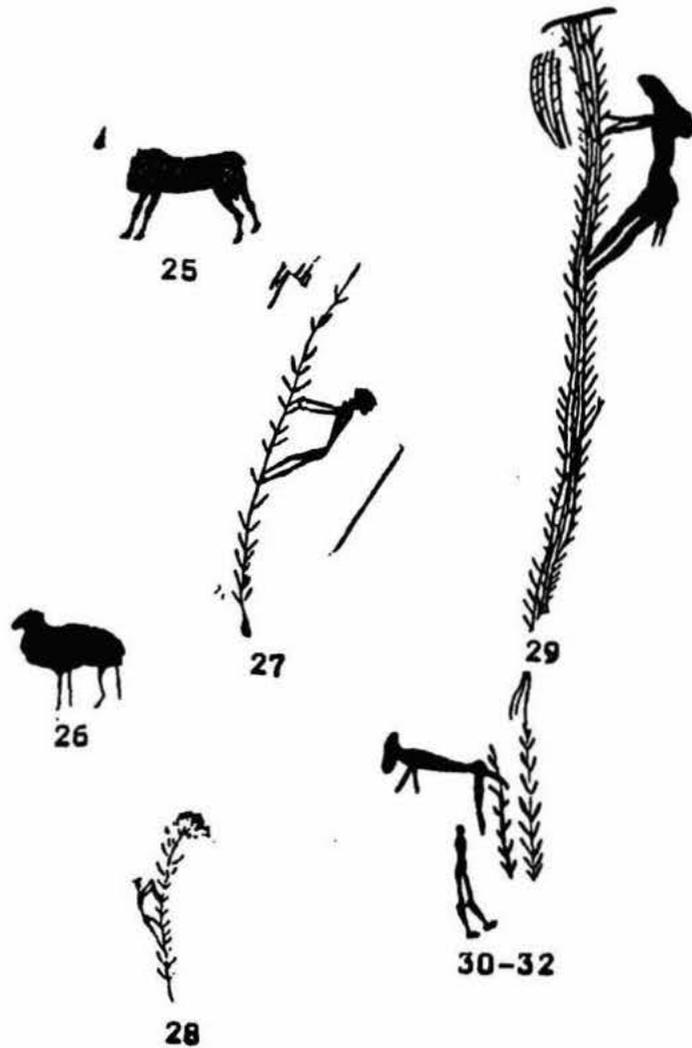


Fig. 3.—Abrigo de Los Trepadores (El Mortero, Alacón, Teruel). Figuras de la parte derecha del panel (según Ortego y numeración de Almagro).

que realizan algún tipo de actividad en plantas cultivadas. Hachas y azuelas pulimentadas aparecieron en El Mortero y si en el Arte Levantino se quería representar, aún idealizadamente, a un árbol, se sabía hacer, como hemos visto en La Sarga y seguidamente en Doña Clotilde.

Aquí, en el centro de su único panel pintado aparece un árbol, interpretado con dudas como un pino, debajo de cuya copa aparecen unos pequeños frutos ovalados. Importa señalar que el árbol es el eje

compositivo del panel y su punto de referencia. En torno a él se sitúa una variada serie de motivos, de los que nos interesan unos arqueros, precisamente en número de tres y lateralizados hacia la parte derecha del árbol. Dos de ellos, de pie, son bien visibles, teniendo que recurrir a la descripción y calco de Piñón para reconocer el tercero, arrodillado entre los pies de los dos anteriores (16). Del resto de las figuras destacaríamos a una pareja con personajes de distinto tamaño que, mirándose entre sí, dan la espalda a los tres arqueros anteriores y al árbol. A la izquierda de éste aparece otra pareja similar a la anterior y en la misma posición. Uno de sus personajes lleva de la mano a un diminuto cuadrúpedo, evidentemente un pequeño recental o un animal de compañía. Incidiendo más en este carácter de pequeña agricultura, encima vemos a un individuo llevando del ronzal a un cuadrúpedo. El resto de las figuras se imbrican entre los resquicios de la composición principal o se sitúan en sus aledaños, quizá queriendo asumir y ampliar el contenido pictográfico de las representaciones (fig. 4).

Hay mucho de agrícola y ritual en torno al arbolito de Doña Clotilde, e incluso los continentes se representan de manera axial. Pero lo que ahora nos interesa es señalar que, al igual que en La Sarga, volvemos a encontrar el tema árbol, frutos caídos, hombres con arcos.

¿Pueden paralelizarse ambos paneles teniendo en cuenta que la bibliografía los ha considerado como propios no sólo de estilos, sino de Artes distintos y, por ello, situables en cronologías diferentes? Hay que insistir: todo paralelo ha de serlo en forma, función y cronología, pudiendo ésta ser relativamente más flexible si hay difusión; porque si los otros dos términos son análogos pero la cronología es muy dispar o no explicable culturalmente por un lento proceso de difusión, entonces el problema atañe a la convergencia.

Nadie ha dudado que el covacho Ib de La Sarga corresponde al más típico Arte Levantino. Beltrán (17) lo sitúa en su fase II, plena, en la que desaparecen los toros, hay abundancia de ciervos y cabras y aparece la figura humana, escasamente naturalista. Podría datarse a partir del 4.000. Las dudas se han planteado con relación a Doña Clotilde. Para Ripoll (18) sería un ejemplo de la transición a la Pintura

(16) M. ALMAGRO BASCH: «Un nuevo grupo de pinturas rupestres en Albarracín. La cueva de Doña Clotilde (Teruel)», en Teruel, I, págs. 91-116.

F. PIÑÓN VARELA: «Las pinturas rupestres de Albarracín (Teruel)», Centro de Investigación y Museo de Altamira, Monografías, núm. 6. Santander, 1982.

(17) BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 1.

(18) E. RIPOLL PERELLO: «Para una cronología relativa del arte levantino español», en Prehistoric Art of the Western Mediterranean and Sahara, por L. PERICOT GARCIA y E. RIPOLL PERELLO, Barcelona, 1965, págs. 167-174.

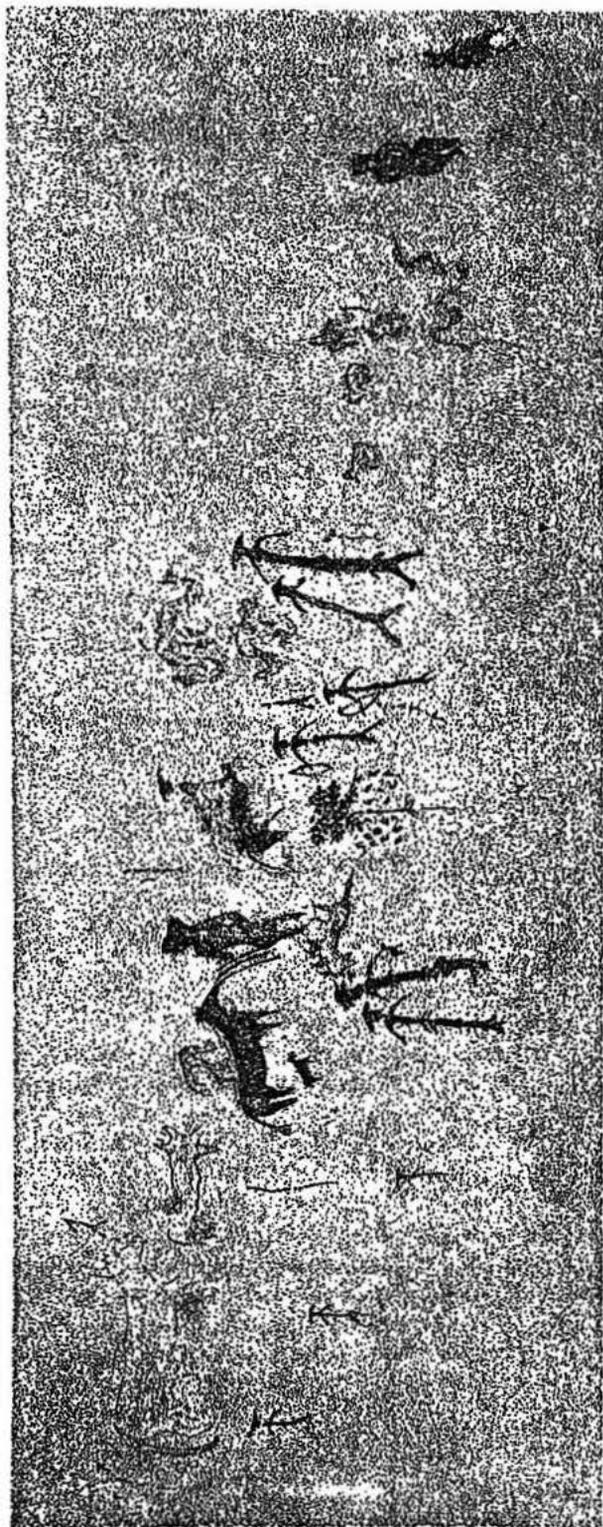


Fig. 4.—Cueva de Doña Clotilde (Albarracín, Teruel). Composición del panel (según Pinón).

Esquemática y para Beltrán (19) representaría, toda ella, un conjunto tardío, situable en la fase de vuelta al estatismo posterior al 2000 a. C.; en definitiva, un conjunto no encuadrable dentro del Arte Levantino. Piñón (20) no se decanta por una concreta situación cronológica sobre la base de argumentaciones estilísticas, pero indica que el estilo de Doña Clotilde se aleja en sentido estricto de la esquematización. También indica que las figuras más antiguas son el árbol, verdadero eje compositivo, los arqueros y las parejas adyacentes.

Parece que la impresión cronológica tardía para este covacho se ha basado en el carácter muy estilizado de las figuras humanas principales del centro y en el cortejo de ancoriformes, serpentiforme y otras figuras humanas. La cronología relativa cromática del conjunto de las figuraciones es ciertamente compleja. Piñón la ha abordado meticulosamente, sin negar las dos fases cromáticas generales que ya se indicaron en las primeras publicaciones: una rojo claro sobre la que se superponía otra rojo oscuro con motivos estilizados. Según nuestra opinión, de modo global y sin entrar en detalles, pertenecen a la primera fase una serie de puntos de aproximadamente un centímetro de diámetro no reflejados en el calco, que se perciben en el lateral izquierdo, casi todos los cuadrúpedos, los «ancoriformes», el serpentiforme y las figuras humanas del lateral derecho, que parecen presentar en sus cabezas un tocado corniforme sugerente del que también tenemos en alguna figura de La Sarga y otros yacimientos de los Artes Levantino y Esquemático. A su vez, los «ancoriformes» podrían recordar el tema de la diosa con los brazos abiertos y levantados hacia arriba, de amplio porvenir, que ya vemos en estatuillas neolíticas de la Europa mediterránea oriental y cuyo significado fue considerado por M. Gimbutas en el contexto de su Vieja Europa. A la posterior fase en rojo oscuro pertenecen el árbol, los arqueros y las restantes figuras humanas alargadas. Entre una y otra fase, y más ligados a la segunda, parece que se produjeron borrados y repintados en la parte central del panel, de los que podrían ser trasunto las subfases que articulan las figuras 7a a 7f de Piñón. Ciertamente, el estilo de estas representaciones humanas se aparta del tipo Alpera, o de los convencionalismos de las figuras cestosomáticas típicas del Arte Levantino, según la clasificación de Obermaier y Wernert. Pero no sería muy difícil encontrar

(19) A. BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 4, en primer lugar.

A. BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 13.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Acerca de la cronología de la Pintura Rupestre Levantina». Valcamonica Symposium, Capo di Ponte, 1970, págs. 57-67.

(20) PIÑON VARELA: Op. cit. en la nota 16.

paralelos en algunas de las igualmente típicas nematomorfas, o ver modos representativos iguales o no alejados en algunas escenas del Arte Levantino más característico. Igual resulta el tratamiento de la fig. 27 (numeración de Almagro) de Cogul, arquero cazando al animal 28, donde Breuil veía un bisonte y centraba uno de sus argumentos cronológicos en favor de una datación pleistocena para el Arte Levantino. Muy próximo parece el cuando menos pastor de La Cañada de Marco, con sus cortas piernas separadas, largo tronco lineal y brazos en asa; tampoco están demasiado alejados los arqueros del Cingle de La Mola Remigia, que levantan sus arcos en homenaje al jefe muerto o en señal de triunfo ante el enemigo asaeteado. Incluso la silueta que forman la cabeza y su trazo horizontal de cubrición en las figuras afrontadas al árbol de Doña Clotilde, no es contradictoria con la que vemos en los arqueros 3 y 4 del covacho Ib de La Sarga; pero ello no tiene mayor nivel de significación. Sí lo tendría un plano que aquí sólo queremos indicar. En el conjunto de Doña Clotilde hay figuras que podrían referirse a una temática de profundo y conocido contenido simbólico: árbol, «guardianes», «orantes/diosas» y serpiente, permitirían una aproximación promisoria al plano iconológico. Pero hemos de volver a nuestro argumento.

El problema está en el grado de validez que pueda tener la interpretación cronológica según el estilo; en articular las apreciaciones estilísticas dentro de una secuencia evolutivo-estilística con valor unívoco para toda el área cubierta por el Arte Levantino. Más adelante haremos algunas consideraciones a este respecto. Anticipándonos a ellas y desconfiando del estilo como riguroso marcador cronológico, lo que importa en las escenas del covacho Ib de La Sarga y de la parte central de Doña Clotilde es la temática. Incluso no sería inconveniente que entre ambas existiera un cierto distanciamiento cronológico si responden a un mismo estímulo general. En ambas estaciones encontramos el tema árboles, frutos caídos y arqueros, de modo más narrativo en La Sarga y simbólico en Doña Clotilde, pero por decirlo con la mayor prudencia, componiendo escenas no opuestas. Esa temática significa recolección, cuya práctica viene de muy lejos. Por referirnos a lo más cercano, citaríamos un artículo de D. Clarke (21), quien, tratando de las bases económicas de la Europa mesolítica, ha cuantificado y valorado la cantidad, calidad, estabilidad y variedad del alimento vegetal proporcionado por los bosques templados y medite-

(21) D. CLARKE: «Mesolithic Europe: The economic basis», en *Problems in economic and social Archaeology*, G. de SIEVEKING, I. H. LONGWORTH y K. E. WILSON, Duckworth, London, 1976, págs. 449-481.

rráneos, así como las diferentes estrategias recolectoras según los dos ambientes.

Que la recolección se traduzca en un tema pictórico de escenografía no opuesta en dos abrigos bastante alejados de una misma biogeografía y que, según ya vimos, la identificación de los árboles de La Sarga no excluya a las rosáceas, podría sugerir algo más que la simple recolección; esto es, quizá los gérmenes de lo que andando el tiempo sería la arboricultura, como explotación y cultivo de árboles considerados individualmente, frente a la silvicultura en tanto que aprovechamiento de árboles considerados como masa, más propia del bosque caducifolio. En este sentido, la escena de La Sarga plasmaría una de las faenas estacionales del calendario agrícola.

Gilman y Thornes (22) han hecho una escueta mención a la arboricultura: los abundantes huesos de aceituna encontrados en yacimientos como Zambujal, El Garcel y El Argar, así como la madera de olivo hallada en Los Millares, constituirían una pequeña prueba de la hipótesis de Gilman (23) referente a que la arboricultura fue practicada en la Península Ibérica en época prehistórica.

Dejándola implícita, el artículo de 1976 trata de las implicaciones socio económicas del policultivo mediterráneo cereal-olivo-vid, siguiendo la línea de C. Renfrew. La presencia de las oleáceas en estratos arqueológicos puede remontarse más atrás hasta el Neolítico: maderas de acebuche (*Olea europaea* var. *sylvestris*) aparecen en Cova de L'Or y semillas del mismo árbol se encuentran en las cuevas Ampla y de La Recambra; incluso se ha señalado un desarrollo del grupo *olea* durante el Neolítico pleno, bien a causa de un aumento de la temperatura y aridez, bien por la acción humana que, incidiendo sobre el bosque climatófilo precedente, favorecería la extensión de *olea* (24). La variabilidad diacrónica de determinandos macrorrestos vegetales sirve también a estos autores para establecer una secuencia paleoclimática, pero es arriesgado deducir una tal evolución con el solo concurso de ese material porque, habiendo sido introducido en el yacimiento por el hombre, representa una muestra culturalmente seleccionada (25).

(22) A. GILMAN GUILLEN y J. THORNES: «El uso del suelo en la prehistoria del sureste de España», Fundación Juan March, Serie Universitaria, 227, Madrid, 1985.

(23) A. GILMAN GUILLEN: «Bronze age dynamics in Southeast Spain», en *Dialectical Anthropology*, 1, 1976, págs. 307-319.

(24) J.-L. VERNET, E. BADAL GARCIA, E. GRAU ALMERO y T. ROS: «Charcoal analysis and the Western Mediterranean Prehistoric flora», B.A.R. International Series, núm. 229, Oxford, 1984, págs. 165-175.

(25) M. DUPRE OLLIVIER: «Contribución del análisis polínico al conocimiento del paleoambiente en España». Tesis Doctoral, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad. Valencia, 1985. En prensa.

Pero es precisamente esto lo que más nos interesa en el presente artículo. Existiría desde el Neolítico alguna relación con el acebuche (como con otros árboles y vegetales desde siempre): sus maderas serían introducidas selectivamente con otras porque, podemos suponer, con relación a las cualidades óptimas de la madera de encina y frente a la de pino y otras especies, queman bien, dan una brasa relativamente duradera y producen una moderada cantidad de ceniza. Pero que también se introdujeran los frutos deja abierta, más allá de la simple recolección, la presunción de un comienzo de arboricultura si se tienen en cuenta dos hechos: primero, el destino final que en términos culturales acabaría por tener aquella relación; segundo, que la agresiva actuación que frente al medio adoptaron desde el inicio los neolíticos cardiales favorecería la extensión natural de *olea* junto a otros taxones. Si la Cova de L'Or, uno de los yacimientos neolíticos más complejos y mejor estudiados (26), puede valorarse como significativo —y sería ocioso demostrarlo— su columna polínica difícilmente podría interpretarse prescindiendo de aquella agresiva orientación frente al medio (27).

Ya hemos visto las dificultades de identificación botánica para los árboles de La Sarga; el principal problema está en el grado de correlación que pueda establecerse entre una pauta de morfología botánica y una representación que vemos estilizada y suponemos idealizada. Si se prima al segundo criterio, *olea* no podría quedar tajantemente desechado.

El destino final de aquella relación es el olivo, que no aparece en el Próximo Oriente hasta el cuarto milenio a. C. Para el Egeo hay que esperar hasta el tercer milenio. Sin lugar a dudas, las consecuencias finales, con toda su significación social y económica, de tal domesticación no son transferibles a los tiempos neolíticos de la Península Ibérica.

Pero volviendo a la escena de La Sarga, la conclusión mínima que querríamos exponer en este apartado es el reconocimiento de un nuevo tema en la iconografía del Arte Levantino, referible a una incipiente arboricultura. Sentada la conclusión en estos términos genera-

(26) B. MARTI OLIVER: «Cova de L'Or (Beniarrés, Alicante)», I, Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 51, Valencia, 1977, con la colaboración de R. PARDO BALLESTER y J. M.ª SEGURA MARTI.

B. MARTI OLIVER, V. PASCUAL PEREZ, M.ª D. GALLART MARTI, P. LOPEZ GARCIA, M. PEREZ RIPOLL, J. D. ACUÑA HERNANDEZ y F. ROBLES CUENCA: «Cova de L'Or (Beniarrés-Alicante)», II, Serie de trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 65, Valencia, 1980.

(27) DUPRE OLLIVIER: Op. cit. en la nota 25.

les, el problema de la exacta identificación botánica, aunque no menor, puede soslayarse, porque tanto uno como otro de los árboles considerados habrían de tener un destacado papel en las economías mediterráneas postneolíticas.

3. CRONOLOGIA E INTEGRACION

3.1. Hace tiempo que Beltrán viene insistiendo en el hecho de que en algunas estaciones rupestres aparecen signos abstractos o «esquemáticos» infrapuestos a los motivos levantinos. La Sarga es uno de los casos. Sus signos se encuadrarían en la fase I del Arte Levantino en unión con los toros y ciervos naturalistas, fase que se dataría entre el 6000 y 3500 con apogeo antes del 5000. Las figuras levantinas pertenecerían a la fase II, a partir del 4000, según ya vimos (28).

Poco después, continuando con la línea abierta por este autor, quisimos contextualizar a aquellos signos de La Sarga, La Araña y Cantos de La Visera. Para nosotros podían paralelizarse con las pinturas de La Cocina, que estuvieron cubiertas por estratos cerámicos, y con las plaquetas grabadas del final de su horizonte II, constituyendo los testimonios parietales y muebles de lo que entonces denominamos Arte Lineal Geométrico. Si las figuras levantinas se superponían, dada la cronología relativa estratigráfico-cultural de las plaquetas, se deducía que el Arte Levantino no debería ser anterior como mucho a una fecha que situamos en torno al 5000 a. C. Pero de la deducción se sacaba una inferencia: la condición necesaria y suficiente de que si los pintores habían dejado al pie de los abrigos alguna industria, ésta necesariamente tendría que ser tardía, posterior al final del Epipaleolítico en sentido cronológico y cultural. Condición no exclusiva, porque siempre podrían encontrarse industrias muy antiguas, que estarían fuera de lugar en tanto que contexto del Arte Levantino, gracias a una ya antigua y por todos asumida argumentación. Creímos demostrar el carácter tardío de las industrias, encuadrables en dos componentes: uno adscribible a la tradición epipaleolítica geométrica en vías de neolitización; otro, no sin alguna confusión por nuestra parte a propósito de unas pocas piezas de la Cerrada de Eudoviges (29), que evidenciaba una posición mucho más firme en el proceso de neolitización. Importa señalar ahora lo que entonces se dijo: que aquel Arte Lineal Geométrico

(28) BELTRAN MARTINEZ: *Ops. cit.*, en las notas 1 y 4, en primer lugar.

(29) I. BARANDIARAN MAESTU: «Yacimiento musteriense del covacho de Eudoviges (Teruel)», en Tabona, 3, La Laguna, 1978, págs. 7-111.

trico tenía una posición cronológica inmediatamente anterior al cardial en La Cocina, pero que podía coexistir con éste en la secuencia general; también que se intentó fijar en término *post quem*, a partir del cual podría haber comenzado el Arte Levantino. Dentro de ese término, no había datos para precisar la concreta situación cronológica, pero hoy sí como ahora veremos (30).

Así las cosas, la labor de Mauro Hernández y del grupo de Estudios de Cointainna vendría a complejificar considerablemente el problema, pero, andando el tiempo, habría sentado una de las bases resolutorias.

En torno a las sierras de Aitana, Mariola y Benicadell (Alicante), habían aparecido una serie de abrigos con un arte nuevo, muy ritualizado, con figuras humanas esquematizadas, de cabeza anular, actitud orante con los dedos de las manos separados, extremidades inferiores dislocadas que suben sinuosamente por los lados del cuerpo acabando en dedos igualmente separados y motivos curvilíneos que terminan en cortos apéndices. En el panel 2 del abrigo IV del Barranco de Benialí parecía que unos trazos levantinos se superponían a aquellas figuraciones. Testimonio insuficiente, pero, como decían los autores, las figuras infrapuestas a las levantinas en el covacho Ia de La Sarga, precisamente aquellas que había señalado Beltrán e integrado nosotros en el Arte Lineal Geométrico, podían paralelizarse con las novedades alicantinas. Sin embargo, se decía, la presencia de figuras humanas y motivos curvilíneos en La Sarga y en los nuevos abrigos suponía un grupo artístico distinto al lineal-geométrico. Opinión que fue matizada poco después, cuando se decía que, de aceptarse la similitud, se encontrarían nuevas pruebas del Arte Lineal Geométrico, término que habría que modificar, proponiéndose el de Arte Macroesquemático (31).

Tras estos hallazgos y primeras interpretaciones se planteaban dos preguntas fundamentales. ¿Dónde había que encuadrar al Arte Macroesquemático; acaso en el Lineal Geométrico modificado? ¿Cómo se articulaba el horizonte artístico anterior a la eclosión del Arte Levantino, horizonte que se mostraba renovadamente complejo?

En cuanto a la primera pregunta, los paralelos sugeridos con el covacho Ia de La Sarga eran evidentes. Pero también con la figura humana núm. 1 y diversos motivos, curvilíneos, en particular los núms. 6 y 22 de los covachos II y III (32). De tal modo, La Sarga no sólo ten-

(30) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota 5.

(31) HERNANDEZ PEREZ y CENTRE D'ESTUDIS CONTESTANS: Ops. cits. en la nota 6.

(32) AURA TORTOSA: Op. cit. en la nota 3.

dría figuraciones levantinas y esquemáticas en sentido estricto, sino que sería un claro exponente de ese Arte Macroesquemático con el que empezó a pintarse el abrigo. Pero es importante hacer hoy una precisión: no hay que modificar denominaciones, sino simplemente sacar a La Sarga del Arte Lineal Geométrico, precisamente por la presencia de la figura humana y motivos curvilíneos. Permítasenos decir que cuando se hizo nuestra propuesta artística, ciertamente la morfología de los motivos en cuestión no se adecuaba cómodamente al geometrismo de líneas rectas quebradas y secantes con el que se la describía, pero se hizo primar su posición antelefantina en la estratigrafía cromática, posición que se repetía en algunas figuras de otros abrigos pintados. Ha sido necesario esperar a los últimos descubrimientos para interpretar mejor el formalismo de su iconografía y decidir en consecuencia.

La segunda pregunta se refería a la articulación del horizonte artístico prelevantino. Por un lado, tenemos que las plaquetas grabadas y los restos pictóricos de Cocina evidencian un episodio artístico a finales del Epipaleolítico, que se observa también en La Araña y Cantos de La Visera, yacimientos cuya virtualidad en la etapa prelevantina quizá no se agote con lo antedicho. Tal episodio constituye hoy la primera etapa del Arte Levantino para Beltrán, desgajado ya de las figuras naturalistas que pasan a la segunda fase (33). Por otro lado, nos encontramos con el Arte Macroesquemático que no puede encuadrarse en el epipaleolítico Lineal Geométrico por oposición formal, ni tampoco en los tiempos epipaleolíticos porque no existe en la actualidad ningún otro sustrato cultural diferente al geométrico que pudiera sustentarlo. De tal forma, si es posterior a éste pero anterior al Arte Levantino sólo cabía situarlo en la corriente del Neolítico, pero vistas las superposiciones y si conservadoramente no se quería rejuvenecer demasiado al levantino, la opción por un Neolítico antiguo podía resultar plausible. Esta idea estuvo en la cabeza de varios de los investigadores que seguían más de cerca la problemática, de forma naturalmente incierta, abriéndose y cerrándose ante las dudas, temerosamente por el impacto que pondría su explicitación. Y fue Jordá quien más claramente lo dijo: los momentos iniciales de Arte Macroesquemático, que él proponía llamar Arte Contestano, podrían situarse en el Arte Lineal-Geométrico, desarrollándose durante el Neolítico para diluirse tanto en el Arte Esquemático como en el Levantino (34).

(33) BELTRAN MARTINEZ: Op. cit. en la nota 4, en tercer lugar.

(34) F. JORDA CERDA: «El arte prehistórico de la Región Valenciana: Problemas y tendencias», en «Arqueología del País Valenciano: panorama y perspectivas», Universidad de Alicante (1983), Alicante, 1985, pág. 129.

Los hallazgos de las excavaciones de Bernardo Martí en la Cova de L'Or y las revisiones de los materiales encontrados en las antiguas excavaciones, han demostrado que los motivos decorativos en la cerámica de la secuencia neolítica de Or eran también humanos y zoomorfos. En numerosos vasos de cardial típico aparecen impresas a la concha figuras humanas y motivos curvilíneos exactamente iguales a los que se ven en los nuevos abrigos contestanos y en La Sarga. Más arriba, en los estratos correspondientes al final del mundo cardial, en el gozne del Neolítico medio, datados en torno al 4030 B. C. se encontraron los fragmentos de un espléndido vaso que muestra en su panza el desfile de un macho cabrío, de un ciervo y lo que queda del cuarto trasero de un toro. Las figuras ya no son impresas de concha, sino de peine u otro instrumento, como corresponde a la evolución cerámica del yacimiento en estos niveles. Su estilo en modo alguno es esquemático y sus formalismos compositivos en buena medida se explicarían por la limitación de posibilidades técnicas que supone la impresión. Estilo y especies animales apelan inevitablemente a figuras del mejor Arte Levantino (35).

Importa mucho señalar que la estratigrafía de las figuraciones cerámicas de Or encuentra su correlato en la estratigrafía cromática del covacho Ia de La Sarga. De tal modo, las figuras subyacentes a las levantinas, y por extensión las de las mismas características de los otros covachos, tendrían que ser consideradas como pertenecientes en puridad cronológica y cultural al Arte Cardial, denominación que proponemos en lugar de Macroesquemático, una vez desentrañada su raíz cultural, siempre preferible como criterio denominativo a otro de lugar como Arte tipo Sarga o Contestano. Pero las superpuestas figuras levantinas han de datarse en un momento avanzado del proceso de neolitización (a lo que por otros caminos había llegado Beltrán), no sólo por su superposición al Arte Cardial, sino también por referencia a las mencionadas cerámicas recientes de Or.

3.2. De todo ello nos queda que desde finales del VI y a lo largo del V milenio a. C. se produjo la génesis y ulterior afianzamiento de las bases de un largo, brillante y único proceso artístico. Se comenzó con un tímido arte de raíz epipaleolítica que pudo llegar a imbricarse con otro *ex novo*: el Arte Cardial, y se continuó con el Levantino. El estímulo de este último fue la extensión del proceso de neolitización. El fermento correspondió al paulatino avance hacia el interior de las

(35) B. MARTI OLIVER y otros: «La Cova de L'Or (Beniarrés-Alicante)», III, en preparación.

ideas neolíticas, iniciadas con el Neolítico antiguo cardial que esta dotado de su propio arte parietal. Después vinieron las respuestas de los diferentes artes levantinos, relacionables ya con los epipaleolíticos en vías de una aculturación que el registro arqueológico califica de una lenta receptividad en los yacimientos en cueva o abrigo, dedicados preferentemente, pero no exclusivamente, a una genérica caza-recolección (Botiquería y Costalena) o a una caza mayoritaria de cabras (Cocina), pero de una mayor receptividad en los asentamientos de llanura en torno a cuencas endorreicas como las de Villena, quizá debida a una presumible mayor estabilidad del poblamiento en función de los recursos fijos y estacionales, o predecibles —las migraciones de las aves—, que explotaban (36) (quienes así hacían tuvieron que ser los que pintaron a las zancudas de Cantos de La Visera, pertenecieran o no a la tradición cultural epipaleolítica). Pero las respuestas también son relacionables con gentes mucho más asentadas en el proceso de neolitización, como hace algún tiempo indicamos (37). Resulta sugerente que el área cubierta por el Arte Levantino coincida con la expansión tierra adentro del Neolítico cardial, con los territorios ocupados por los epipaleolíticos geométricos aculturados y con la posterior neolitización.

Dicho en otros términos: el Arte Levantino tiene mucho de relato del proceso de neolitización; como mínimo, pues algunos de sus paneles parecen muy recientes. Las escenas de doma y cultivo, referibles a la gandería agrícola o a la domesticación agrícola, no faltan. Pero podría parecer contradictorio que uno de sus temas más importantes, al menos el más abundante, sean las escenas de caza, que abogarían por un ambiente epipaleolítico pleno. Circunscribiéndonos al continente euroasiático, diríamos que un arte de pueblos cazadores y recolectores como el paleolítico no ofrece narraciones de caza en sentido estricto. En el caso del epipaleolítico habría que tener en cuenta su alineamiento frente a la cronología de las grandes etapas de la evolución cultural, y la presencia o no, y cuándo, de ellas. Pero las narraciones de caza no faltan entre las manifestaciones artísticas de los grupos instalados en la vía de la producción; valga el ejemplo de Chatal Hüyük.

(36) F. J. FORTEA PEREZ: «Tipología, habitat y cronología relativa del Estany Gran de Almenara», en Cuadernos de Prehistoria y Arqueología Castellonenses, 2, Castellón, 1975, págs. 22-37.

J. BERNABEU AUBAN: «La evolución del Neolítico en la zona oriental de la Península Ibérica. I, La tradición cultural de las cerámicas impresas», Tesis Doctoral, Facultad de Geografía e Historia de la Universidad, Valencia, 1986. En prensa, pág. 293, con una pertinente referencia a A. TESTART: «Les chasseurs-cueilleurs ou l'origine des inégalités», Mémoire de la Société d'Ethnographie, XXVI, París, 1982.

(37) FORTEA PEREZ: Op. cit. en la nota 5, págs. 252-254.

Parece que la caza era considerada como una actividad prestigiosa y emblemática en esta economía de producción. En el Neolítico de la Península Ibérica siempre se cazó, y algunos yacimientos indican que mucho más en los momentos avanzados que en los iniciales (38). Rizando la argumentación, la expuesta relación de los epipaleolíticos en vías de neolitización con algún Arte Levantino, satisfaría al prejuicio cazador.

Cabría preguntar si existe un único Arte Levantino con singular pauta evolutiva o si, por el contrario, hay varios, confluyendo en una misma región e incluso en un mismo abrigo. Los más complejos abrigos levantinos parecen indicar lo último. Sería necesario regionalizarlo estilísticamente para acotar variantes, porque el arte de Murcia no es el mismo que el de Castellón. Habría que intentar dilucidar cuál es el sustrato arqueológico que lo informa para ver si la variabilidad tiene su correlato en las diferencias o matices estilísticos. Y habría que seguir respondiendo a la pregunta esencial de cuál es el estímulo que hizo aparecer al Arte Levantino y cómo o en qué grado el sustrato arqueológico se relaciona con aquel. Preguntas ambiciosas, pero para las que ya empezamos a tener tímidas y parciales respuestas.

Frente al Arte Paleolítico, que refleja el lento desarrollo de un contenido mitográfico expresado en una larga evolución estilística, ante el que sólo caben preguntas globalizantes y que por ello puede ser mejor entendido en términos evolutivos, el Arte Levantino se presenta como algo más histórico: por medio de él las *etnias* se representan a sí mismas ofreciendo un panorama variado cuyo correlato tiene que estar en el registro arqueológico material, que sabemos residual y parcelario, pero que puesto en relación con su arte, completará sus propias carencias.

Los estudios sobre el Arte Levantino han tenido una constante y una rutina. La constante ha sido considerarlo como algo en sí mismo que, en consecuencia, desarrolló su propio ciclo evolutivo, básico para las hipótesis cronológicas. De tal modo, desde luego cada vez menos a medida que la bibliografía es más reciente, quedó desconectado de su contexto arqueológico. En la actualidad los estudiosos intentan responder en mayor o menor grado a preguntas importantes: su inevitable cronología, aunque con argumentos diferentes a los estilísticos; su interpretación, procurando leer lo representado, tal y como, entre

(38) H.-P. UERPMANN: «Elevage Néolithique en Espagne», en *L'Elevage en Méditerranée occidentale*, París, 1977, págs. 87-94.

otros, realizan Beltrán y aún más Jordá (39); su estímulo formativo y su integración con el sustrato arqueológico.

La rutina es el término Epipaleolítico. Concebido inicialmente como la versión mediterránea del gran arte wurmiense, pasó a ser considerado como una manifestación de los grupos epipaleolíticos tras una brillante argumentación. Después, el péndulo ha ido desplazándose progresivamente, pero el adjetivo epipaleolítico sigue estando presente en muchos autores, bien para calificar a sus primeras fases pictóricas con pleno sentido cronológico y cultural, bien para referirlo a grupos interiores de economía retardada. La precisión entra aquí; el término epipaleolítico debe seguir manteniéndose pero no solo, o con la significación de gentes retardadas, sino unido al de aculturación o, mejor, contacto cultural. Entonces, «epipaleolítico» se minimiza ante «proceso de neolitización», proceso que, en nuestra opinión, abre la virtualidad explicativa, con todas las situaciones y desarrollos diferentes que éste pudo tener.

Noviembre de 1985

(39) F. JORDA CERDA: «Notas para una revisión de la cronología del arte rupestre levantino», en *Zephyrus*, XVII, Salamanca, 1966, págs. 47-76.

F. JORDA CERDA: «Bastones de cavar, layas y arados en el arte rupestre levantino», en *Munibe*, XXIII, San Sebastián, 1971, págs. 241-248.

F. JORDA CERDA: «Las representaciones de danzas en el arte rupestre levantino», en III Congreso Nacional de Arqueología, Porto, 1974, págs. 43-51.

F. JORDA CERDA: «La sociedad en el arte levantino», en *Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 11, Valencia, 1975, págs. 159-184.

F. JORDA CERDA: «¿Restos de un Culto al Toro en el Arte Levantino?», en *Zephyrus*, XXVI-XXVII, Salamanca, 1976, págs. 187-216.

F. JORDA CERDA: «Reflexiones en torno al arte levantino», en *Zephyrus*, XXX-XXXI, Salamanca, 1980, págs. 87-105.



Abrigo de La Sarga (Alcoy. Alicante). Escena del covacho Ib: recolección mediante vareo.



Abrigo de la Sarga (Alcoy. Alicante). Particular de la escena del covacho Ib: árboles, frutos caídos y vara.

MILAGRO GIL-MASCARELL BOSCA
ALONSO RODRIGUEZ DIAZ
(Universidad de Extremadura)

**EL YACIMIENTO CALCOLITICO DE «LOS CORTINALES»,
EN VILAFRANCA DE LOS BARROS (BADAJOZ)**

Cierta distancia en el espacio, que no en el sentimiento, me permite tener una perspectiva especial de todo el entorno cultural que contribuyó a la formación de muchos y de entre ellos a la mía propia. En este marco, Domingo Fletcher se encuentra entre las figuras en las cuales el afecto y el respeto se van acrecentando con el tiempo; a los hombres que así influyeron en nosotros les llamamos simplemente maestros.

M. G.-M. B.

1. SITUACION Y CARACTERISTICAS

El yacimiento de «Los Cortinales», perteneciente al término municipal de Villafranca de los Barros (Badajoz), se encuadra en la actual comarca agrícola de «Tierra de Barros» y ésta a su vez, en la comarca natural delimitada al Norte por el río Guadiana y Sierra Morena, al Sur. Su localización topográfica exacta responde a las coordenadas 38° 32' 55" N/2° 38' 10" W-M, IGC. 829, a escasamente tres kilómetros al Sureste de Villafranca de los Barros, y su existencia fue conocida a partir de la construcción de los depósitos de agua que,

desde hace aproximadamente veinte años, abastecen a la población (fig. 1).

Desde el punto de vista geológico, esta área está definida por la presencia de materiales paleozoicos y algunas zonas de contacto con las acumulaciones miocenas de naturaleza arcilloarenosa, que constituyen la base litológica de los «barros» extremeños, quizá uno de los mejores suelos del secano peninsular. El tipo de suelo predominante es el denominado pardo calizo sobre pizarras, que, como su gran grupo indica, son suelos Ap/(B)/Ca/C. Sobre estos suelos nunca se labra profundo, de tal manera que el horizonte Ap suele tener diez centímetros de espesor, color pardo y estructura grumosa y poliédrica poco desarrollada. El horizonte (B), de color pardo algo más oscuro que el superior, no suele sobrepasar los veinte-veinticinco centímetros de potencia y descansa sobre el horizonte Ca, con potencias muy variables de unos lugares a otros y que incluso puede faltar. Por lo descrito hasta ahora, el suelo puede parecer poco profundo, y, por tanto, de baja calidad agrícola, pero, debajo del horizonte Ca, o si falta, debajo del horizonte (B), siempre hay un horizonte CaC por el buzamiento vertical, o casi vertical, las grietas que existen entre paquete y paquete de pizarras alteradas están rellenas de CO_2Ca , midiendo por lo menos de setenta centímetros a un metro. La mayor extensión de este tipo de suelo se localiza en la parte central de la provincia, entre Los Santos de Maimona y Fuente del Maestre (1).

La morfología que se manifiesta es de suaves lomas, que se remontan tímidamente sobre los 400 metros en que se encuentra ubicada la población. «Los Cortinales» se sitúan aproximadamente en la cota topográfica de los 450 metros, en un área de relativa línea ascendente que culmina dos kilómetros al Sur, en «El Criadero» (496 metros). La pendiente que predomina en todo el término villafranqués es menor al 3 % (llano).

2. LA EXCAVACION Y SU ESTUDIO

Como dijimos anteriormente, el yacimiento arqueológico de «Los Cortinales» fue conocido a partir de la construcción de un gran depósito de agua que dañó una buena parte del asentamiento. Algunos de los materiales aparecidos, encontrados, según el testimonio de quie-

(1) «Explicación del Mapa Provincial de Suelos». Diputación Provincial de Badajoz. Madrid, 1968.

EXTREMADURA

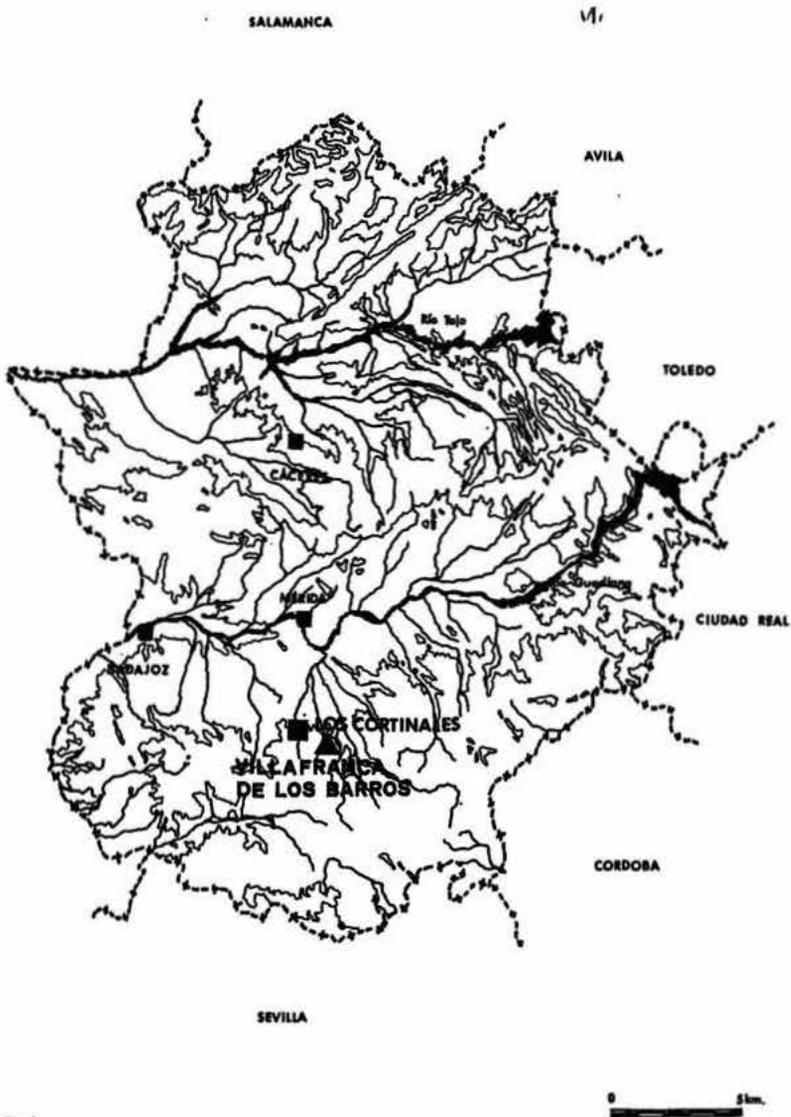
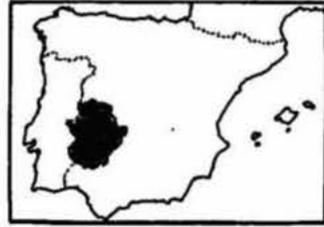


FIG. 1

nes presenciaron el descubrimiento, a un nivel que oscilaba entre los dos y casi tres metros de profundidad, fueron depositados, tras una serie de idas y venidas, en el hoy Colegio Público de Nuestra Señora Santa María de la Coronada, donde se encuentran actualmente expuestos, y fueron estudiados y publicados por uno de nosotros (2).

Ante el interés que presentaban estos hallazgos, creímos conveniente realizar algunos sondeos en aquellas zonas que se habían conservado intactas, en busca de una información arqueológica que nos permitiera determinar la existencia o no de una secuencia estratigráfica y enmarcar «Los Cortinales» en un contexto cultural a escala.

Estas excavaciones se llevaron a cabo en septiembre de 1984, subvencionadas por la Consejería de Educación y Cultura de la Junta de Extremadura y se contó, así mismo, con la colaboración del Excmo. Ayuntamiento de Villafranca de los Barros.

2.1. Estructuras

De una forma genérica, podemos señalar que el tipo de estructuras aparecidas en «Los Cortinales» radica esencialmente en una serie de fosas excavadas en un terreno calizo completamente estéril, de perfiles y plantas bien definidos y diferenciados, con una función muy difícil de precisar aún con los datos que poseemos.

La excavación del corte núm. 1 —sector A— (fig. 2) a partir de la capa I, nos reveló muy pronto el contraste existente entre el color pardo-oscuro de las referidas fosas y el blanquecino de la tierra caliza circundante. Igualmente podíamos comprobar que el material arqueológico se localizaba en estas «manchas» de color oscuro, donde también se advertía la presencia de algunas raíces, prueba evidente de la existencia de materia orgánica.

En estas cuadrículas de dos por dos metros, se delimitaron dos fosas de planta semicircular; una de ellas se localizaba en el lado norte del corte, y la otra en el ángulo sureste del mismo. Los perfiles sur y este, correspondientes a esta última, tras su excavación completa, presentaban en su parte superior un visible estrechamiento respecto a la zona de la base, más ancha y plana (fig. 3). De este modo, se configuraba un perfil de forma globular que, en el corte sur, alcanzaba en la

(2) A. RODRIGUEZ DIAZ: «Los Cortinales, un yacimiento de la Edad del Bronce en Villafranca de los Barros (Badajoz)», Villafranca de los Barros, 1982.

A. RODRIGUEZ DIAZ; «Breve noticia sobre los hallazgos de Los Cortinales. Villafranca de los Barros (Badajoz)», en VII Congreso de Estudios Extremeños, Badajoz-Alcántara-Cáceres, 1982. En prensa.

LOS CORTINALES

5

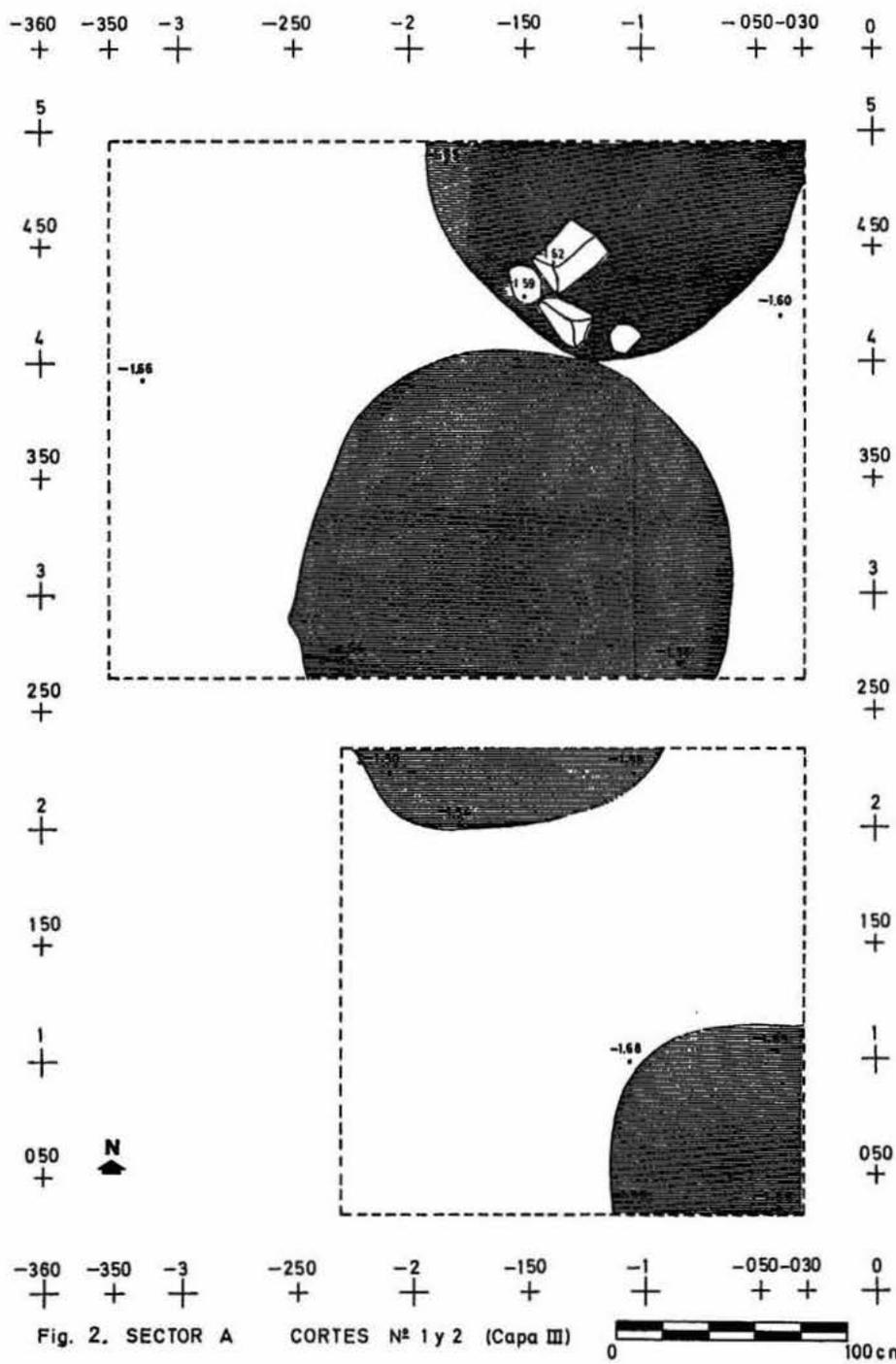
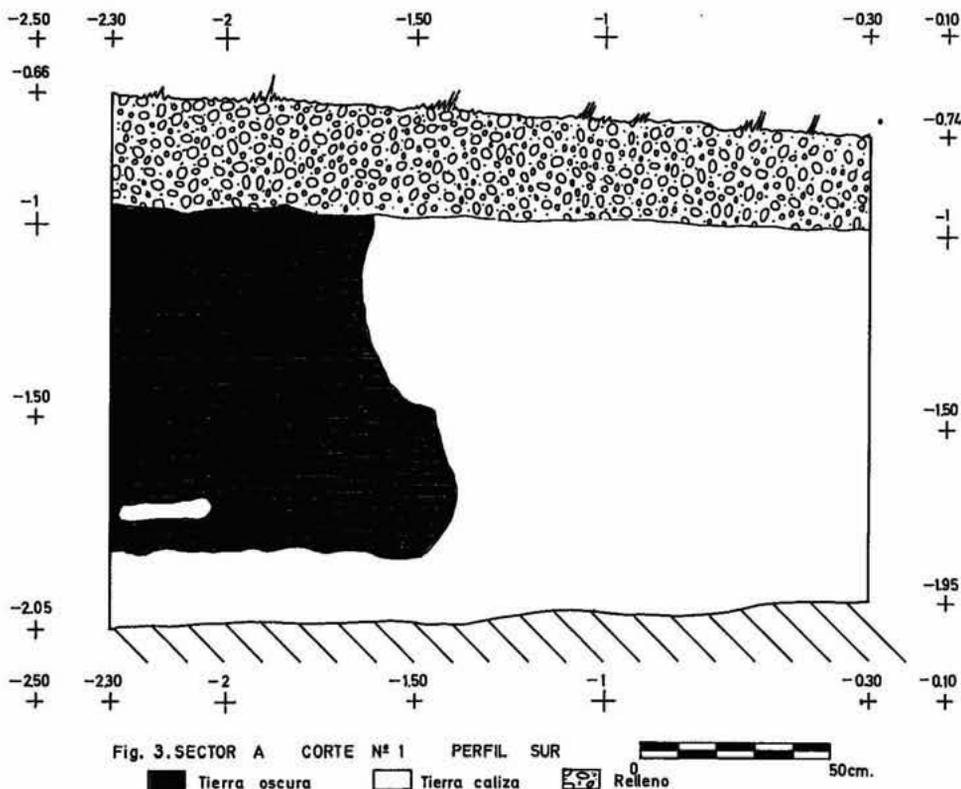


Fig. 2. SECTOR A CORTES N° 1 y 2 (Capa III)

■ Tierra oscura □ Tierra caliza



boca setenta centímetros; en la parte inferior, ochenta; en la zona de mayor estrechamiento, noventa y uno y una altura máxima de noventa. En el lado este del corte, las dimensiones oscilaban en pocos centímetros.

La estructura que se manifestaba en el lado norte de esta cuadrícula tenía proporciones superiores a las de la descrita anteriormente. Para poder comprobar sus verdaderas dimensiones hubo de trazarse un nuevo corte de tres por tres metros con el que se pretendía abarcar su máximo diámetro; sin embargo, no resultó necesaria la excavación total en superficie de esta cuadrícula, que finalmente tuvo unas dimensiones de tres metros en sus lados norte y sur y de 2'25 metros en el este y oeste. Por su parte, la excavación total en profundidad de esta estructura número 2 puso de manifiesto la presencia de una hilada de piedras de distintas dimensiones y amorfas sobre las que se hallaban frecuentes fragmentos cerámicos (fig. 4 y lámina I, A y B). Dicha estructura de piedras tenía un recorrido que ocupaba aproximadamente la

LOS CORTINALES

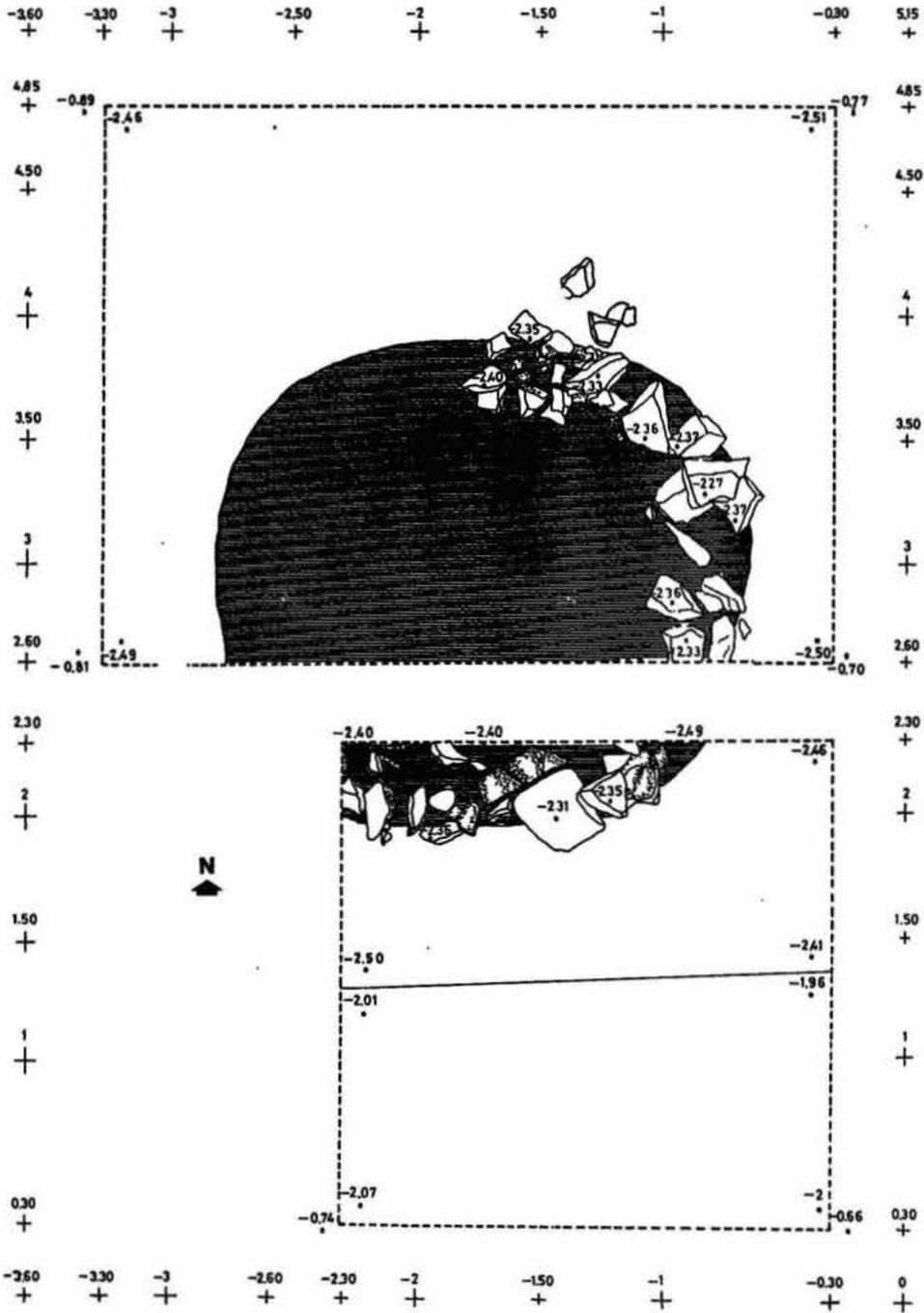
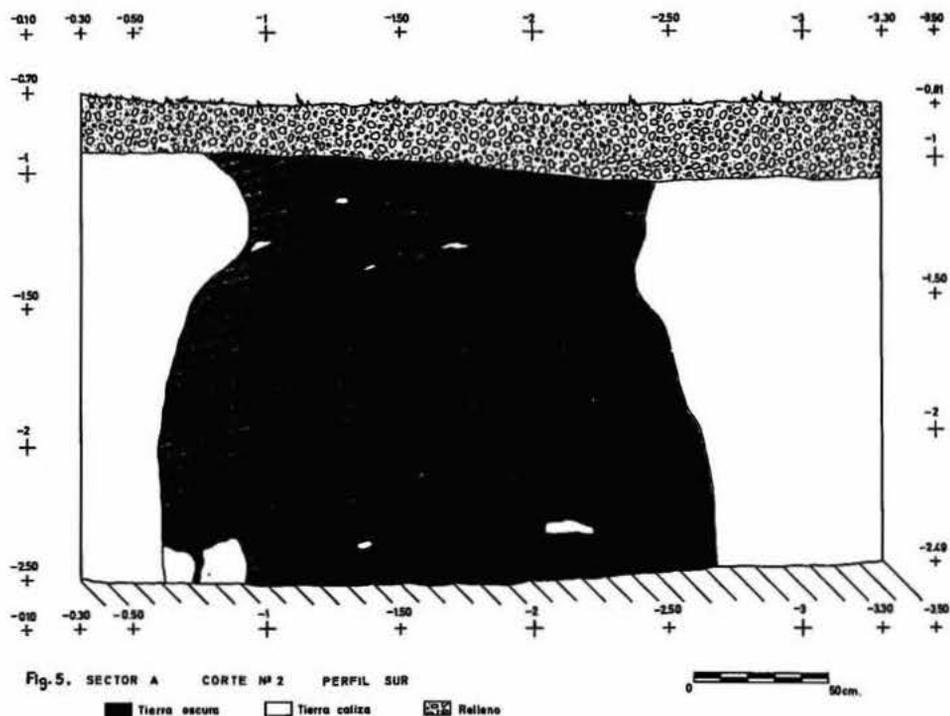


Fig. 4. SECTOR A CORTES N°1 y 2

0 50 cm.



mitad de la forma casi circular que describía esta fosa, la cual tenía su diámetro máximo en la base (2'15 metros), una anchura en la boca de 1'65 metros, que mostraba un ligero estrangulamiento inmediato hacia el interior, que le confería un perfil de gran olla, y una altura máxima real de 1'60 metros —1'75 respecto a la superficie actual— (fig. 5).

En el lado norte de este mismo corte, se localizó la fosa que denominamos número 3, que presentaba, en principio, proporciones y características semejantes a la número 1 (lámina I, C y D). Esta nueva estructura llegó a converger con la número 2 en la excavación de la capa III. El perfil de esta fosa mostraba un suave estrangulamiento en su parte superior, apenas apreciable, que hace que se configure como una estructura de paredes casi verticales. Esta circunstancia se comprueba en las mínimas diferencias existentes entre las dimensiones de la boca (1'56 metros) y de la base (1'53 metros) (fig. 6).

A continuación, sucedió la excavación en el sector C de una nueva cuadrícula de dos por dos metros, donde muy pronto se configuró, ocupando la mitad del corte, una nueva fosa —la número 4—, de planta recta. Para completarla se abrió un nuevo corte, igualmente de

dos por dos metros, junto al lado este del número 3 del que se encontraba separado por un testigo de treinta centímetros de anchura. Su planta, posiblemente rectangular, tiene una orientación noroeste-sureste. A una profundidad media de 1'30 metros apareció, en su lado oeste, un muro constituido por dos hiladas de piedras amorfas, de distintas dimensiones y sin ningún tipo de trabazón entre ellas. Por el contrario, en su parte oriental y a una profundidad un poco mayor, se exhumó un conjunto de adobes de diferentes formas y tamaños, dispuestos arbitrariamente. En algunos de ellos, se observan improntas posiblemente vegetales y animales. Los perfiles norte y sur de esta estructura mostraban una forma convergente, muy semejante a la quilla de un barco. Sus dimensiones, abarcando el testigo que separaba ambos cortes, son de cuatro metros de anchura y entre 1'25 y 1'50 metros de profundidad (fig. 7).

Con carácter de sondeo, fue realizada una nueva cuadrícula de dos por dos metros en el sector B, que nos reveló la presencia de la estructura número 5, de planta no definida aún y perfiles casi verticales e inclinados.

2.1.1. Estudio de las estructuras

El estudio de las estructuras excavadas en general, y en particular las que se corresponden con tumbas o sepulturas en «silos», siguen constituyendo actualmente un tema problemático y discutido, con una larga tradición investigadora y literaria que se remonta al último cuarto del siglo pasado. Ribeiro, Cartailhac, Estacio da Veiga, Leite de Vasconcellos, Bonsor, los hermanos Siret, Bosch Gimpera, Leisner, Almagro Basch, Berdichewsky (3), y más recientemente, Delibes, Palol, Almagro Gorbea, Asquerino Fernández, Martínez Navarrete, Cerdeño y Blasco Bosqued son, entre otros, algunos de los investigadores que, desde hace algo más de un siglo, han tratado de reconstruir el contexto cultural de un horizonte arqueológico muy fragmentado e incompleto, en la mayor parte de las ocasiones.

«Sepulturas», «hoyos de incineración», «silos», «basureros», «fondos de cabaña», «fuegos» o «ceniceros», estas estructuras se localizan prácticamente por toda la Península Ibérica, desde Cataluña

(3) B. BERDICHEWSKY SCHER: «Los enterramientos en cuevas artificiales del Bronce I Hispánico», Biblioteca Praehistorica Hispana, VI, Madrid, 1964.

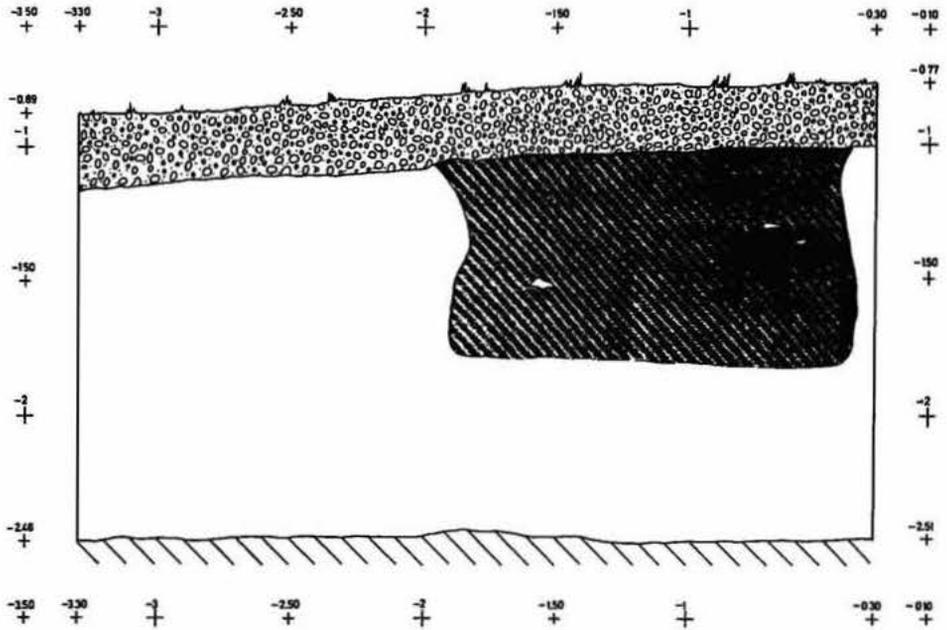
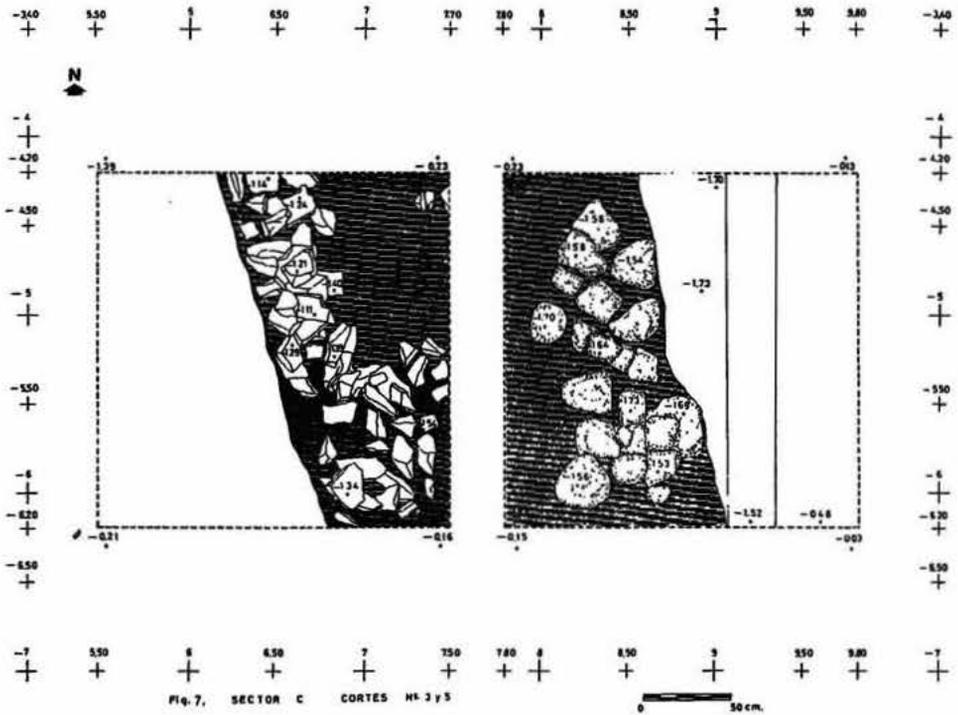


Fig. 6. SECTOR A CORTE Nº 2 PERFIL NORTE

■ Tierra oscura □ Tierra caliza Relleno

0 50 cm



0 50 cm

(4) y zona levantina (5) hasta Portugal (6), pasando por Alava y la Meseta Norte (7), Valle del Manzanares (8), Bajo Guadalquivir (9) y Andalucía Oriental (10). En Extremadura, en la propia provincia de Badajoz, se conoce la existencia de un enterramiento en fosa y varios silos en «La Pijotilla» (Solana de los Barros) (11), junto a algunos «fondos de cabaña» en «El Lobo» (afueras de Badajoz) (12).

La cronología de estas estructuras, a pesar de la frecuente ausencia de materiales típicos que permitan su adscripción cultural, es tan amplia como su dispersión, situándose la mayor parte de los hallazgos entre distintas facies del Neolítico —«Aljoroque» (13), «Campo Real»

(4) M. LLONGUERAS CAMPANA, M.ª A. PETIT MENDIZABAL y R. MARCET BARBE: «Recientes excavaciones en la bobila Madurell (Sant Quirze del Vallés, Barcelona)», Crónica del XV Congreso Nacional de Arqueología (Lugo, 1977), Zaragoza, 1979, págs. 253-264.

(5) E. DEL VAL CATURLA: «El poblado del Bronce I Mediterráneo del Campico de Lébor, Totana (Murcia)», Cuadernos de Historia Primitiva, III, núm. 1, Madrid, 1948, págs. 5-36.

(6) G. BONSOR: «Les colonies agricoles pré-romaines de la Vallée du Bétis», Revue Archéologique, XXXV, París, 1899.

B. BERDICHEWSKY SCHER: Op. cit. en la nota 3.

(7) A. LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE y D. FERNANDEZ MEDRANO: «Necrópolis de hoyos de incineración en Alava», Estudios de Arqueología Alavesa, III, Vitoria, 1968, págs. 45-72.

G. DELIBES DE CASTRO: «El yacimiento de San Cebrián. Contribución al estudio del Bronce Inicial en la Meseta Norte», Boletín del Seminario de Arte y Arqueología, 38, Valladolid, 1972, págs. 489-498.

P. DE PALOL SALELLAS: «Alava y la Meseta Superior durante el Bronce Final y Primer Hierro», Estudios de Arqueología Alavesa, VI, Vitoria, 1974, págs. 91-100.

(8) S. QUERO CASTRO y M.ª DEL C. PRIEGO FERNANDEZ DEL CAMPO: «Noticia sobre el poblado Campaniforme El Ventorro (Madrid)», Zephyrus, XXVI-XXVII, Salamanca, 1976, págs. 321-329.

M. ALMAGRO GORBEA: «Informe sobre las excavaciones en el Ecce Homo, Alcalá de Henares (Madrid)», Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria, 5, Madrid, 1976, págs. 295-300.

M.ª I. MARTINEZ NAVARRETE: «El yacimiento de La Esgaravita (Alcalá de Henares, Madrid) y la cuestión de los llamados fondos de cabaña del Valle del Manzanares», Trabajos de Prehistoria, 36, Madrid, 1979, págs. 83-118.

M.ª D. ASQUERINO FERNANDEZ: «Fondos de cabaña del cerro de La Cervera (Mejorada del Campo, Madrid)», Trabajos de Prehistoria, 36, Madrid, 1979, págs. 119-148.

M.ª D. ASQUERINO FERNANDEZ y V. CABRERA VALDES: «Prospecciones en Mejorada del Campo (Madrid)», Noticiario Arqueológico Hispánico, 9, Madrid, 1980, págs. 131-212.

M.ª L. CERDEÑO SERRANO, A. MENDEZ MADARIAGA, R. CRISTOBAL RODRIGUEZ, F. MORENO y J. FERREIRO: «El yacimiento de la Edad del Bronce de La Torrecilla (Getafe, Madrid)», Noticiario Arqueológico Hispánico, 9, Madrid, 1980, págs. 217-242.

(9) G. BONSOR: Op. cit. en la nota 6.

(10) G. GOSSE: «Aljoroque, estación neolítica inicial de la provincia de Almería», Ampurias, III, Barcelona, 1941, págs. 63-84.

(11) V. HURTADO PEREZ: «El yacimiento de La Pijotilla (Badajoz). Estudio de las relaciones culturales», tesis doctoral, inédita, Sevilla, 1984.

(12) L. MOLINA LEMOS: «El Lobo, un pueblo de época y cultura megalítica (unos cuatro mil años de antigüedad) en las afueras de Badajoz», Revista de Estudios Extremeños, XXXIII, Badajoz, 1977, págs. 537-553.

L. MOLINA LEMOS: «El poblado del Bronce I El Lobo (Badajoz)», Noticiario Arqueológico Hispánico, 9, Madrid, 1980, págs. 91-130.

(13) G. GOSSE: Op. cit. en la nota 10.

(14), etc.— y el Bronce Final e incluso la Primera Edad del Hierro —«La Esgaravita» (15), «El Negralejo» (16), etc.

La ausencia de un análisis sistemático de este tipo de hallazgos, esencialmente desde una perspectiva morfológica y funcional, nos impide en gran medida el estudio de la organización del hábitat en estos poblados y, al mismo tiempo, una aproximación a aspectos socio-económicos y paleoecológicos de los mismos (17). Todo ello se traduce en un excluyente «babelismo» terminológico que, una y otra vez, junto a las limitaciones clásicas y reducidas superficies excavadas —como es nuestro caso—, no nos permite valorar cada una de estas estructuras en su propio contexto funcional y cultural.

Como hemos podido comprobar a través de los sondeos realizados en «Los Cortinales», la totalidad de las estructuras aparecidas en este yacimiento se encuentran excavadas en un suelo de tipo calizo y textura muy compacta. Las estructuras que hemos denominado 1, 2 y 3, sobre las que centraremos mayormente nuestra atención, han sido descubiertas casi en su totalidad y presentan plantas aproximadamente circulares; parte, las números 4 y 5, aún están sin determinar morfológicamente a la espera de futuros trabajos. En ningún caso, han aparecido restos humanos asociados a dichas estructuras.

Las fosas 1 y 2 constituyen por su forma globular, a pesar de sus desiguales proporciones, una de las variantes del tipo I establecido por Berdichewsky (18) en su estudio sobre los enterramientos del Bronce I Hispánico; por su parte, la estructura número 3, más o menos de paredes rectas y poco profunda, según este mismo autor, se asemejaría a las de Rota, si bien algunas de ellas podrían haber sido verdaderas fosas sepulcrales de carácter colectivo. La denominación propiamente de «silos» quedaría reducida sólo a los pozos alargados de forma cilíndrica y también globular (fosas 1 y 2), como los del Algarve y algunos otros.

(14) G. BONSOR: Op. cit. en la nota 6.

G. y V. LEISNER: «Die Megalithgräber der Iberischen Halbinsel. Der Süden». Berlín, 1943.

A. ARRIBAS PALAU y F. MOLINA GONZALEZ: «El poblado de los Castillejos de Las Peñas de los Gitanos (Montefrío, Granada). Campaña de excavaciones de 1971. El corte núm. 1». Cuadernos de la Universidad de Granada. Serie monográfica núm. 3, Granada, 1979.

(15) I. MARTINEZ NAVARRETE: Op. cit. en la nota 8.

(16) M.ª de la C. BLASCO BOSQUED: «Un nuevo yacimiento del Bronce Madrileño: El Negralejo (Rivas-Vaciamadrid, Madrid)», Noticiario Arqueológico Hispánico, 17, Madrid, 1983, págs. 43-150.

(17) I. MARTINEZ NAVARRETE: Op. cit. en la nota 8.

(18) B. BERDICHEWSKY SCHER: Op. cit. en la nota 3.

De igual modo, los paralelismos tipológicos de esta última estructura con las asociadas a un grupo de viviendas circulares aparecidas en el «Campico de Lébor», de Totana (Murcia) (19), los «fondos de cabaña de "El Lobo"» (Badajoz) (20) y Valle del Manzanares (21), no descartan la posibilidad de que se trate de un lugar de habitación. En este sentido, cabría valorar los descubrimientos de adobes, muros de piedra... y otros restos constructivos aparecidos en las estructuras números 4 y 5.

Sin embargo, la particularidad más notable de las tres primeras fosas de planta circular, la representa la hilada de piedras que, a modo de banco corrido sobre el que se encuentran algunos fragmentos cerámicos, se sitúa en la base de la estructura número 2, con un desarrollo aproximado de tres cuartos de circunferencia. La funcionalidad de dicho banco de piedra podría estar relacionada con la deposición de recipientes de almacenamiento, pero, no obstante, habrá que esperar a nuevos trabajos para valorar en un contexto más amplio todos los hallazgos.

Como es el caso de «El Negralejo» (22) y gran parte de los yacimientos de este tipo, las estructuras de «Los Cortinales», pudieron poseer, en un primer momento, distintas finalidades, pero es bastante probable que con el paso del tiempo, debieron ser utilizadas como auténticos «basureros», lo que se deduce por la ausencia de materiales típicos procedentes de esferas de actividad concretas y, principalmente, por la enorme fragmentación de los materiales encontrados (cerámica, esquirlas de hueso, etc.), en su mayoría de desecho.

2.2 *Materiales*

2.2.1. *Cerámica*

Las dudas que planteaban los perfiles carenados y bruñidos con los grandes platos y cuencos de borde engrosado, depositados en el Colegio Público de Nuestra Señora Santa María de la Coronada, en torno a la posible superposición Calcolítico-Bronce se han eliminado al confirmar los recientes trabajos la convivencia de estas formas y la ausencia en el área excavada de toda estratigrafía.

(19) E. DEL VAL CATURLA: Op. cit. en la nota 5.

(20) L. MOLINA LEMOS: Op. cit. en la nota 12.

(21) I. MARTINEZ NAVARRETE: Op. cit. en la nota 8.

M.ª L. CERDEÑO SERRANO y otros: Op. cit. en la nota 8.

(22) M.ª de la C. BLASCO BOSQUED: Op. cit. en la nota 16.

"LOS CORTINALES" VILLAFRANCA DE LOS BARROS (BADAJOZ)

CERÁMICA

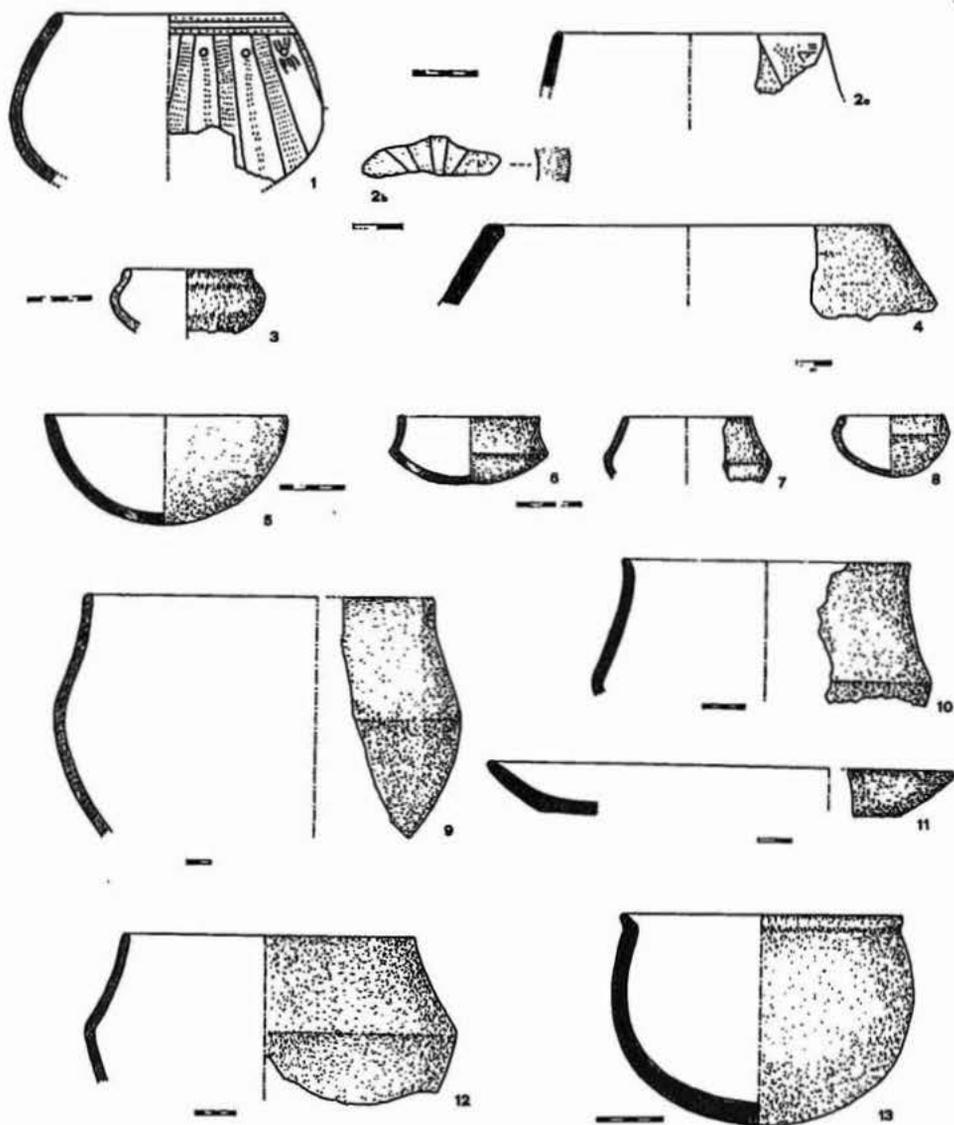


Fig. 8.—Los Cortinales. Cerámica. (Colegio Público N.ª S.ª Santa María de la Coronada.)

La industria cerámica decorada aparecida en «Los Cortinales» radica esencialmente en formas comunes y en una serie de fragmentos atípicos con la única salvedad de dos vasos depositados en el citado Colegio Público. Se trata, por una parte, de un vaso de paredes entrantes, superficie bruñida y con decoración incisa consistente en tres pequeñas bandas horizontales a la altura del borde, estando las de los extremos rellenas de impresiones puntilladas cubiertas de pasta blanca y la del centro lisa; el cuerpo está decorado por bandas verticales rellenas con series alternas de cuatro y dos impresiones igualmente cubiertas de pasta blanca; las series de dos puntos parten de una impresión circular, excepto en una banda lisa, decorada únicamente con motivos esteliformes (fig. 8, 1). Por otra parte, se conserva un fragmento de un vaso de paredes ligeramente inclinadas al interior y con decoración a base de triángulos incisos rellenos de puntillado impreso (fig. 8, 2). Entre los fragmentos atípicos, caben destacar los motivos incisos (fig. 8, 2b).

La industria cerámica lisa es la más abundante. Tipológicamente responde a los dos grandes grupos muy bien definidos y diferenciados por Víctor Hurtado en «La Pijotilla» (23), término municipal de Solana de los Barros (Badajoz). Por un lado, se encuentran las cerámicas comunes de paredes gruesas y medianas, pasta no decantada, cocción irregular y tratamiento superficial alisado, y por otro, unas cerámicas de «paredes finas», perfiles carenados, pasta decantada, cocción reductora y tratamiento superficial bruñido (figs. 10 y 11).

En cuanto a las formas, el mayor porcentaje corresponde a los cuencos de casquete esférico y semiesférico. También son característicos, aunque en menor proporción, los platos de borde engrosado, los cuencos de paredes entrantes, los vasos de perfil en S y los vasos carenados a media altura. Estos últimos se localizan en las capas más inferiores del yacimiento y, entre ellos, resultan de particular interés aquellos cuyo borde rebasa el plano vertical de la carena (figs. 11, 23 y 25), que culturalmente pueden ser considerados paralelos a los del Horizonte Ferradeira (24), y tipológicamente presentan claras diferencias con los vasos más evolucionados de Atalaia (25).

(23) V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

(24) H. SCHUBART: «O Horizonte Ferradeira. Sepulturas do Eneolítico Final no Sudoeste da Península Ibérica», Revista de Guimarães, LXXXI, Guimarães, 1971, págs. 189-215.

H. SCHUBART: «La cultura del Bronce en el sudoeste peninsular. Distribución y definición», Miscelánea Arqueológica, II, Barcelona, 1974, págs. 35-370.

H. SCHUBART: «Die kultur der Bronzezeit im Südwesten der Iberischen Halbinsel», Madrider Forschungen, 9, Berlín, 1975.

(25) H. SCHUBART: «Estratigrafía horizontal de Atalaia. Una contribución a la cronología de la

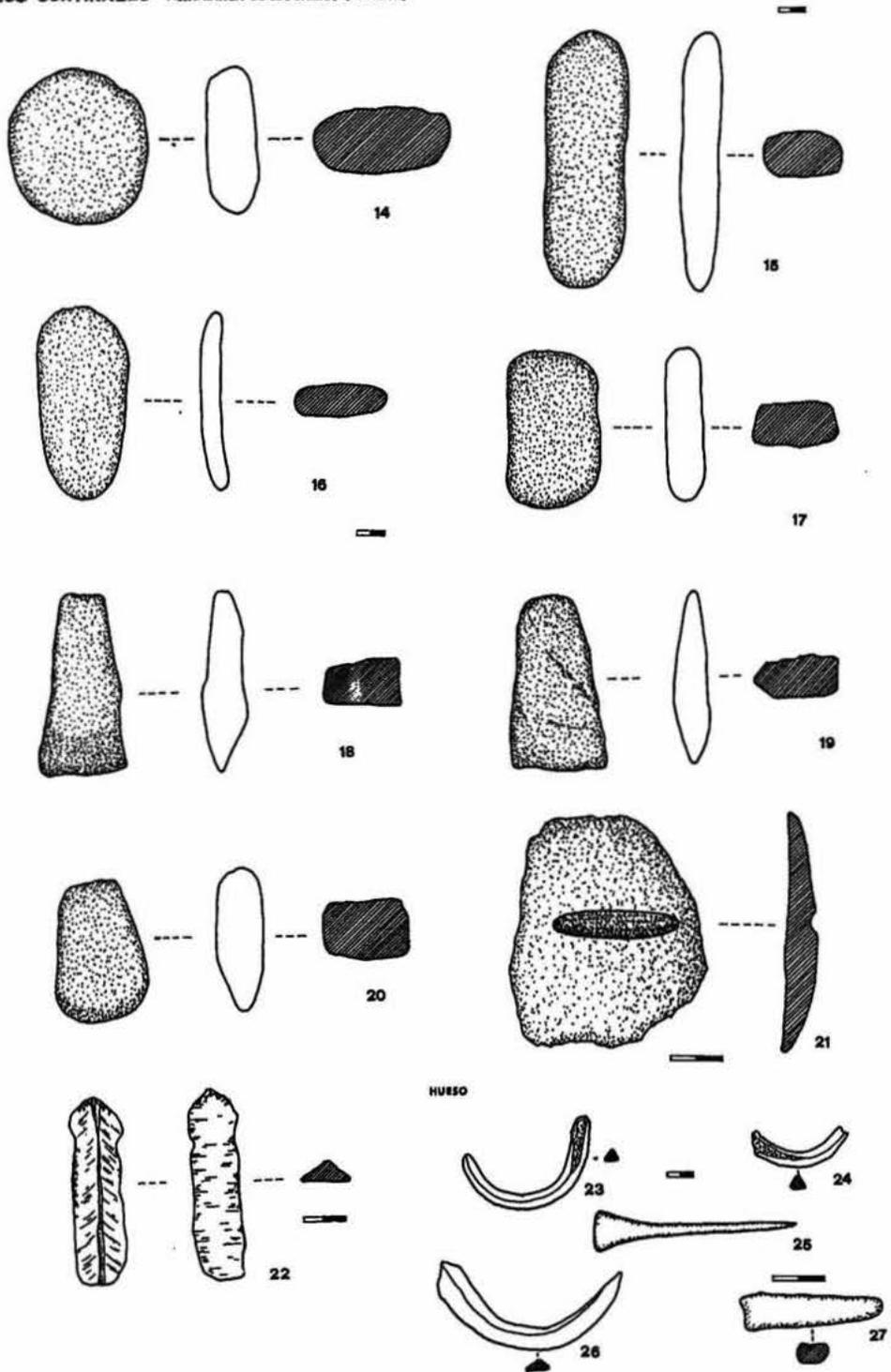


Fig. 9.—Los Cortinales. Piedra y hueso. (Colegio Público N.º S.ª Santa María de la Coronada.)

2.2.2. Industria lítica

La industria lítica tallada únicamente está representada por una lámina de sílex grisáceo con fractura retocada, fuera de contexto (figs. 9, 22), una lasca de sílex oscuro sin retoque ni huellas perceptibles de uso (figs. 10, 16), varias lascas de pizarras y cuarzo lechoso técnicamente idénticas a la anterior y dos puntas de flecha, una de base cóncava y otra, muy deteriorada, con pequeño pedúnculo (figs. 10, 17 y 18).

La industria lítica pulimentada, complemento de la anterior, se remite a la recogida sin ningún rigor en 1974-1975. Esta consta de dos hachas, una de ellas realizada en cuarcita y la otra en piedra de tipo basáltico de color negro con el extremo proximal más estrecho, adoptando una forma casi trapezoidal y sección con tendencia rectangular (fig. 9, 18 y 19), dos piezas de extremo distal plano, obtenido posiblemente por abrasión, con forma trapezoidal, y la otra rectangular y, al parecer, procedentes de la reutilización de hachas y azuelas (fig. 9, 17 y 19) (26), una pieza de ranura transversal, obtenida igualmente por abrasión, con una longitud de 5 centímetros, una anchura de 1 y una profundidad de 1; la forma de la pieza es irregular con tendencia a la oval, y fue realizada en material pizarroso, y mientras que su cara externa es convexa y pulimentada, la interna es plana y rugosa (fig. 9, 21), varios molinos de mano fabricados en piedra granítica, con diversas formas y un tamaño medio de cuarenta centímetros, y, por último, algunas moletas o molederas realizadas en distintos materiales, especialmente cuarcita y granito, con diversas formas de sección oval y un tamaño medio de 14 centímetros (fig. 9, 4 al 16).

Sólo la ampliación de la superficie excavada hasta ahora, podrá aportarnos nuevos datos para una valoración cuantitativa y cualitativa más precisa de la industria lítica de «Los Cortinales», si bien podemos adelantar que tipológicamente se encuentra muy próxima a la aparecida en «La Pijotilla» (27), considerada como un buen exponente de la facies precampaniforme y campaniforme de los complejos calcolíticos de la región.

Edad del Bronce del Sudoeste de la Península Ibérica», Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1969), Zaragoza, 1970, págs. 396-414.

H. SCHUBART: «Acerca de la cerámica del Bronce Tardío en el Sur y Oeste peninsular», Trabajos de Prehistoria, 28, Madrid, 1971, págs. 153-182.

H. SCHUBART: «Die kultur der...», cit. en la nota anterior.

(26) V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

(27) V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

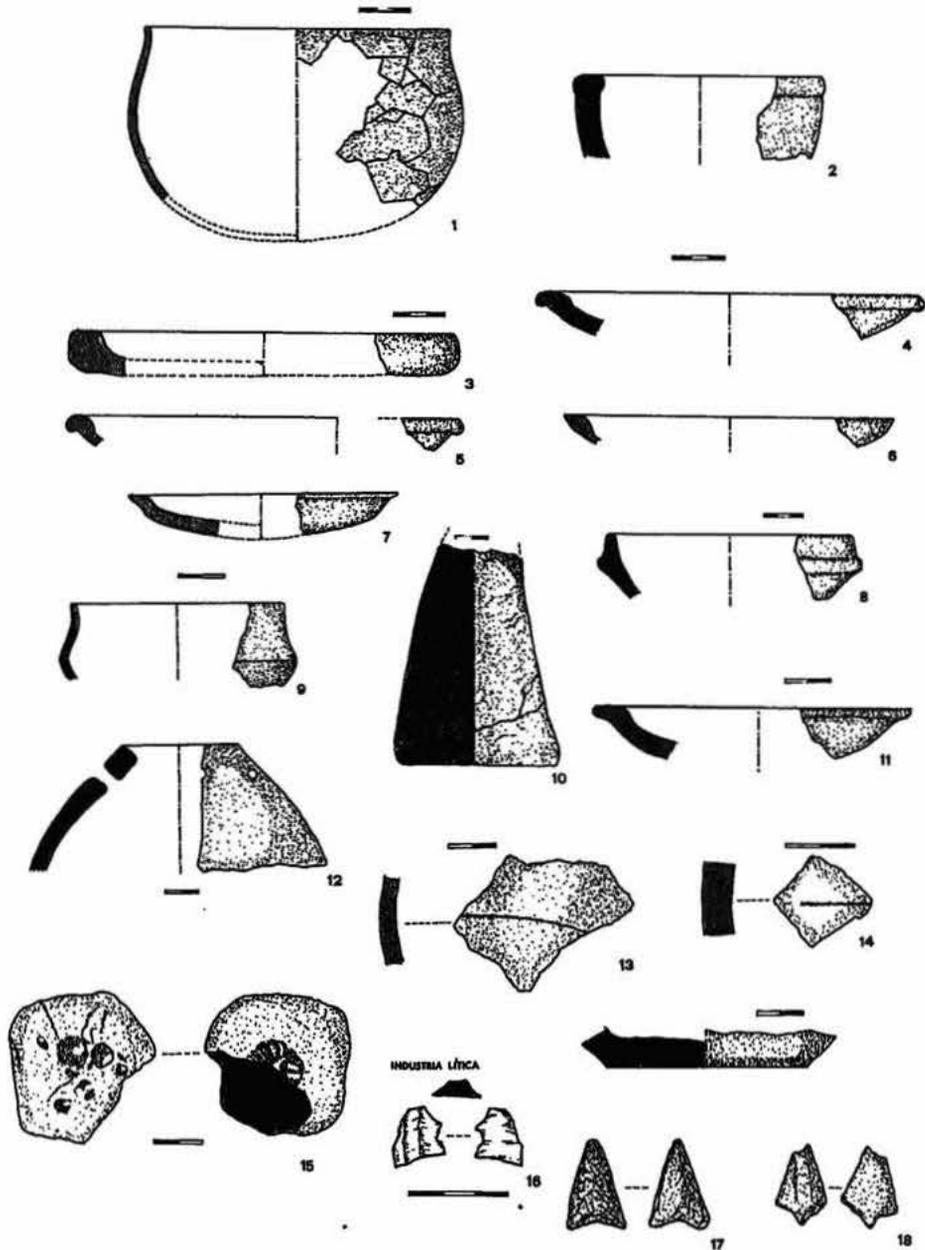


Fig. 10.—Los Cortinales. Sector A, cortes núms. 1 y 2, estructuras 2 y 3 (núms. 10 y 17).

2.2.3. *Industria ósea*

La industria ósea, como en el caso anterior, ha sido muy poco representativa «in situ». En este sentido, prácticamente disponemos de los hallazgos conservados en el mencionado Colegio Público, entre los que destacan varios punzones y una espátula de cabeza triangular con pedúnculo muy alargado (fig. 9, 23 al 27). Existen paralelos de este tipo en «La Pijotilla» y sobre todo en los poblados de la Extremadura portuguesa, que pueden ser considerados en torno a Vilanova de San Pedro II (28).

2.2.4. *Otros objetos*

El fragmento de *morillo* hallado en la estructura número 3 se encuentra tipológicamente en la variedad II, establecida por López Plaza (29), que se distingue por su base ovalada y cuerpo que disminuye progresivamente de espesor hacia el extremo superior, arqueándose ligeramente hacia adelante (fig. 10, 10). La dispersión de estos objetos, conocidos también como «ídolos cuernos», es bastante amplia en la Península Ibérica. Se conocen hallazgos de estas características en la Peña del Bardal, el Teso del Moral, el Alto del Quemado y Muñogalindo, en la Meseta. También se documentan estos objetos en el Este peninsular, en Alicante; pero la mayor concentración de ellos se registra en la Extremadura portuguesa, en poblados como Vila Nova de San Pedro I, Pico Agudo y, más recientemente, en Pedrão, Valencina de la Concepción (Sevilla) y en «Morro de la Mezquitilla» (Málaga) (30).

El horizonte cultural de «Los Cortinales» es algo posterior al de la Extremadura portuguesa y, una vez más, encontramos los paralelos más próximos en la variedad C del tipo XI de los ídolos de «La Pijotilla» (31), si bien el propio Víctor Hurtado muestra algunas reservas para considerarlas como tales.

(28) K. SPINDLER: «Cova de Moura. Die Besiedlung des Atlantischen Küstengebietes Mittelportugals vom Neolithikum bis an das Ende der Bronzezeit», *Madridrer Beiträge*, 7, Mainz am Rhein, 1981.

V. HURTADO PEREZ, op. cit. en la nota 11.

(29) M.ª S. LOPEZ PLAZA: «Morillos y objetos de culto de la Edad del Bronce hallados en Muñogalindo (Avila)», *Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, págs. 499-506.

M.ª S. LOPEZ PLAZA: «Aportación al conocimiento de los poblados eneolíticos del SO de la Meseta Norte Española: la cerámica», *Setúbal Arqueológica*, V, Setúbal, 1979, págs. 67-102.

(30) M.ª S. LOPEZ PLAZA: «Aportación al conocimiento...», cit. en la nota anterior.

(31) V. HURTADO PEREZ: «Los ídolos del Calcolítico en el Occidente peninsular», *Habis*, 9, Sevilla, 1978, págs. 357-364.

V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

2.2.5. Metalurgia

La metalurgia no ha estado representada en esta primera campaña de excavaciones en «Los Cortinales».

3. CONSIDERACIONES FINALES

El trabajo de Doctorado realizado por Víctor Hurtado (32) en el yacimiento de «La Pijotilla» (Solana de los Barros, Badajoz), en el que se establece la tesis sobre la evolución del Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana, nos permite plantear, como hipótesis de trabajo y en base principalmente a la industria cerámica aparecida, que el yacimiento de «Los Cortinales» podría situarse en torno al Calcolítico Pleno-Final de dicha zona (2000-1800 a. C.), con importantes paralelismos tipológicos y culturales en Valencina de la Concepción (Sevilla) (33). Todo ello en un ámbito cultural bien definido, resultante de la fusión y reinterpretación de elementos e influencias procedentes esencialmente del SE y SO peninsular y reflejadas de una forma particular en los ídolos de «La Pijotilla» (34).

Esta facies calcolítica, con probable presencia de Campaniforme y conocimiento de la metalurgia del cobre en «La Pijotilla» y en «Los Cortinales», está ampliamente representada en los poblados de la comarca de Llerena, al sureste de la provincia de Badajoz (35). «Huerta de Dios» (36), «El Pedrosillo» (Llerena), «El Alamillo» (Berglanga), «Cerro Cabril» (Valencia de las Torres), etc., son asentamientos cuya localización está en relación directa con la minería del cobre y oro y su situación topográfica oscila entre lugares llanos y abiertos, pequeñas elevaciones («La Pijotilla» y «Los Cortinales») y zonas altas, estratégicas y dominantes, a pesar de los posibles paralelismos culturales observados entre ellos (37). En este sentido, la variable econó-

(32) V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

(33) D. RUIZ MATA: «Cerámicas del Bronce del poblado de Valencina de la Concepción (Sevilla)», *Madridrer Mitteilungen*, 16, Heidelberg, 1975, págs. 80-110.

(34) V. HURTADO PEREZ: «Los ídolos...», cit. en la nota 31.

V. HURTADO PEREZ: «Los ídolos calcolíticos de La Pijotilla (Badajoz)», *Zephyrus*, XXX-XXXI, Salamanca, 1980, págs. 165-203.

(35) J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES y J. IÑESTA MENA: «Notas sobre los poblados calcolíticos de la comarca de Llerena (Badajoz)», *Homenaje a A. Cánovas Pesini*. Col. Roso de Luna, Badajoz, 1985, págs. 15-24.

(36) J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES: «Dos ídolos sobre hueso largo procedentes de la Huerta de Dios», *Trabajos de Prehistoria*, 40, Madrid, 1983, págs. 293-306.

J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES: «Materiales de superficie del poblado calcolítico de la Huerta de Dios, Casas de Reina, Badajoz», *Revista de Estudios Extremeños*, en prensa.

(37) J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES y J. IÑESTA MENA: Op. cit. en la nota 35.

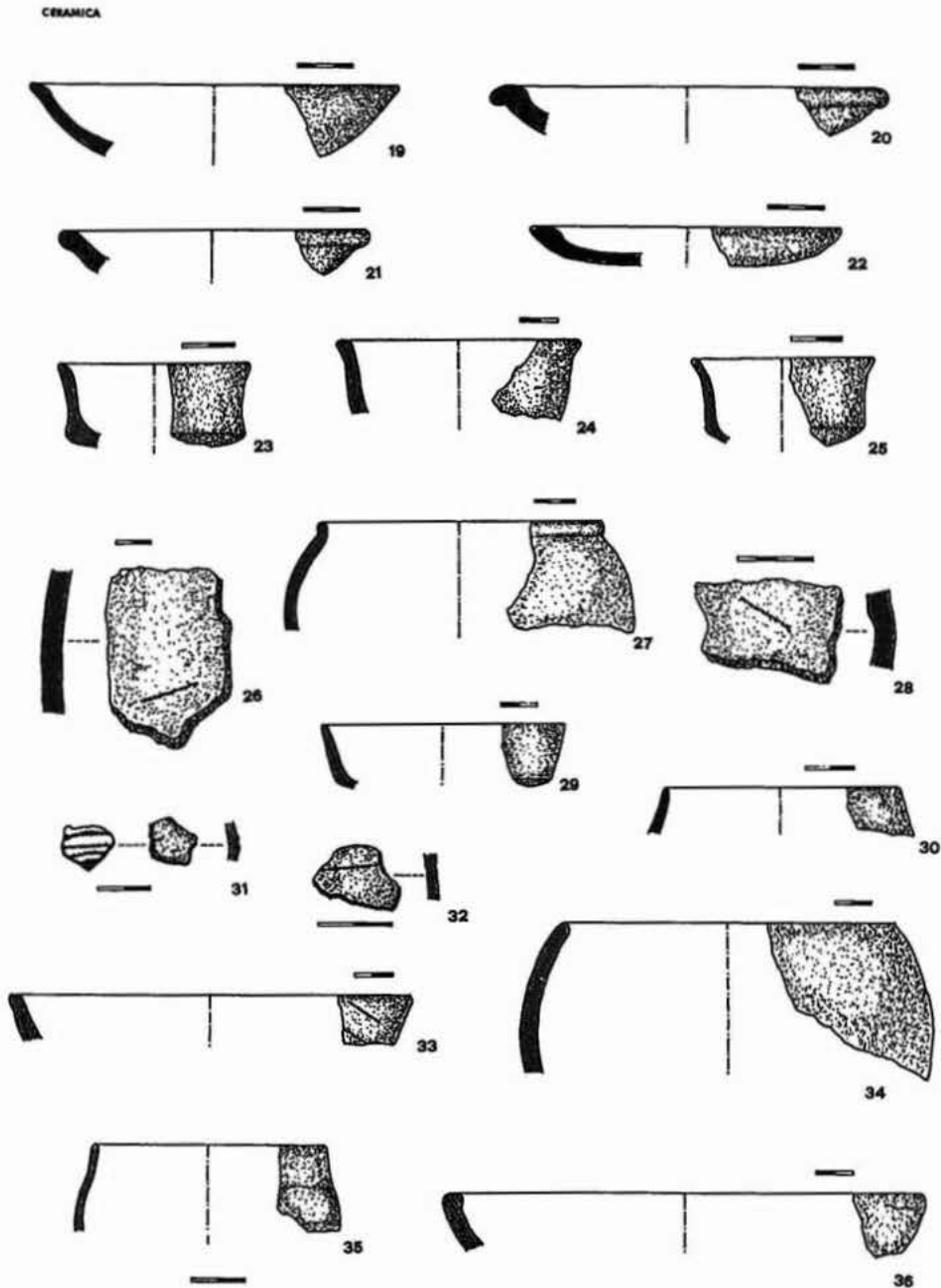


Fig. 11.—Los Cortinales. Sector B, corte núm. 4, estructura 5, y sector C, corte núm. 5, estructura 4 (núms. 33 al 36).

mica en «Los Cortinales» está representada tímidamente por la industria lítica, que apunta particularmente hacia un modo de vida agrícola y una ganadería complementaria, si bien en un futuro próximo podrán valorarse las posibilidades mineralógicas de la zona y su relación con este yacimiento.

En un momento inmediatamente anterior, se sitúa «El Lobo» (Badajoz) (38) y una serie de asentamientos en torno a la propia capital badajocense (39). En un horizonte cultural paralelo a Papaúvas (40), se localizan los niveles inferiores de la Alcazaba, en Badajoz (41) y Araya (42).

La fase final del Calcolítico en la Cuenca Media del Guadiana estaría representada por la última fase de «La Pijotilla» (43), paralela al Horizontes Ferradeira (44) que, a su vez, enlaza con los ajueres de los enterramientos de Colada de Monte Nuevo, de Olivenza (Badajoz) (45), Guadajira (Badajoz) (46) y el enterramiento en cista de «Las Palomas», en Villafranca de los Barros (47), paralelos al Bronce I del SO de Atalaia (48).

(38) L. MOLINA LEMOS: Op. cit. en la nota 12.

(39) J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES y C. DOMINGUEZ DE LA CONCHA: «Yacimientos pre y protohistóricos de Badajoz y sus alrededores», Revista de Estudios Extremeños, XL, III, Badajoz, 1984.

(40) D. RUIZ MATA y J. C. MARTIN DE LA CRUZ: «Noticias preliminares sobre los materiales del yacimiento de Papaúvas (Aljaraque, Huelva)», Cuadernos de Prehistoria y Arqueología, 4, Madrid, 1979, págs. 35-49.

(41) F. VALDES FERNANDEZ: «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz», Revista de Estudios Extremeños, XXXV, Badajoz, 1979, pág. 337 y ss.

F. VALDES FERNANDEZ: «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz», Revista de Estudios Extremeños, XXXVI, Badajoz, 1980, pág. 571 y ss.

(42) J. J. ENRIQUEZ NAVASCUES: «Avance al estudio de los materiales de Araya, Mérida (Badajoz)», Pyrenae, 17-18, Barcelona, 1982, págs. 191-202.

(43) V. HURTADO PEREZ: Op. cit. en la nota 11.

(44) H. SCHUBART: Op. cit. en la nota 24.

(45) H. SCHUBART: «Tumbas megalíticas con enterramientos secundarios de la Edad del Bronce de Colada de Monte Nuevo de Olivenza», Crónica del XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971), Zaragoza, 1973, págs. 175-190.

(46) V. HURTADO PEREZ: «La excavación de la sepultura circular de la Edad del Bronce en Guadajira», Homenaje a A. Cánovas Pesini. Col. Roso de Luna, Badajoz, 1985, págs. 26-36.

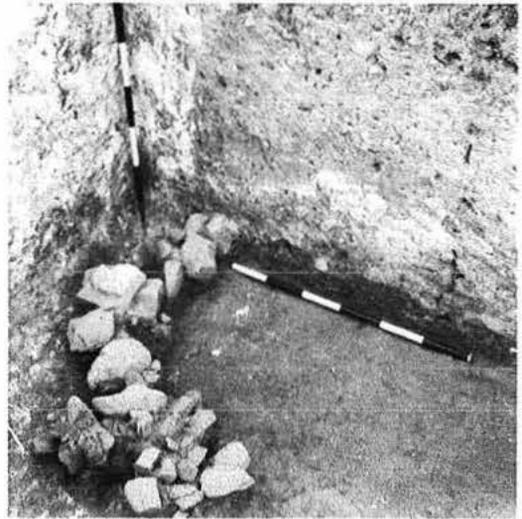
(47) M. GIL-MASCARELL BOSCA y A. RODRIGUEZ DIAZ: «Un enterramiento en cista en Villafranca de los Barros (Badajoz)», en prensa.

(48) H. SCHUBART: «Estratigrafía horizontal...», cit. en la nota 25.

H. SCHUBART: «Die kultur...», cit. en la nota 24.



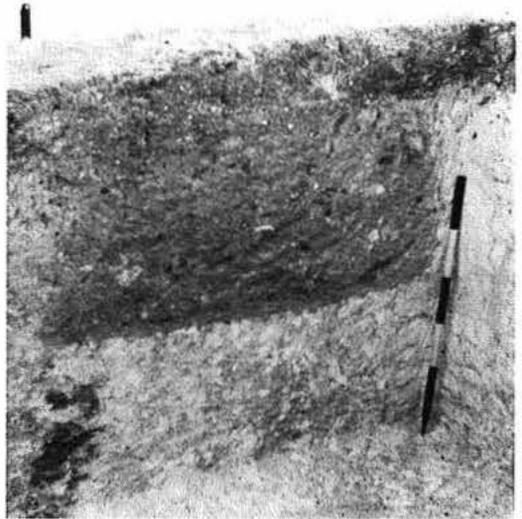
A



B



C



D

Los Cortinales. A y B: Sector A, corte núm. 2, estructura 2. C y D: Sector A, corte núm. 2, estructura 3.

GUILLERMO ROSSELLO BORDOY

(Palma de Mallorca)

**METALURGIA EN EL PRETALAYOTICO
FINAL DE MALLORCA**

En las campañas de excavación realizadas en Hospitalet Vell (Manacor-Mallorca) a lo largo de 1984 fue posible obtener nuevas pruebas de actividad metalúrgica en Mallorca prehistórica (1). Si bien estas pruebas no pueden situarse en un momento cronológicamente exacto, hay indicios suficientes para considerarlos propios del momento de transición entre lo pretalayótico y lo talayótico.

El hallazgo en cuestión consiste en una serie de fragmentos de moldes de fundición aparecidos en el interior de la naveta septentrional de Hospitalet, fuera del conjunto del poblado talayótico. Tales moldes, rotos e incompletos, habían sido reutilizados como simples piedras para la construcción del hogar central de la naveta. Hogar similar al que identificamos en anteriores excavaciones en las navetas de Son Oms y de Canyamel (2).

La aparición de indicios de actividad metalúrgica en Mallorca, por el momento, se concentra en hallazgos realizados en navetas. El pri-

(1) La excavación de las navetas de la zona norte del poblado de Hospitalet se desarrolló a lo largo de una campaña en primavera de 1984 y otra en verano del mismo año. Localizadas dos navetas, muy destruidas y, aparentemente, sin conexión arquitectónica entre ambas (navetas aisladas), el estudio completo está pendiente de la conclusión de la investigación arqueológica prevista para la campaña de 1985.

(2) Las excavaciones de Son Oms y Canyamel salvo ligeras referencias en G. ROSSELLO BORDOY: «La cultura talayótica en Mallorca. Bases para el estudio de sus fases iniciales», 2.ª edición, Palma de Mallorca, 1979, siguen inéditas.

mero fue Can Roig Nou (Felanitx-Mallorca) en 1958 (3), naveta triple donde fue posible localizar dos valvas de fundición incompletas. Ahora la nueva serie completa la información sobre esta actividad.

Los moldes hallados responden a la siguiente descripción:

1. — Valva de arenisca, partida en dos trozos que enlazan. Forma prismática irregular, con cavidad para la fundición de un puñalito de hoja triangular, enmangue trapezoidal y mango recto rematado en disco más o menos oval. La piedra mide 221 mm. de longitud máxima por 71 mm. de ancho y 50 mm. de grueso. Falta un fragmento que correspondería a la punta del puñal. La cavidad destinada a lecho de la pieza fundida mide 173 mm. de longitud y 2 mm. de grueso en la hoja (lámina I, 1).

La piedra es una arenisca rojiza, muy fina, compacta y con un grado de degradación muy acentuado. En el anverso de la pieza conservada no se aprecian canalillos de alimentación. El reverso presenta una estrías en sentido transversal que pudieron servir para ligar las dos valvas del molde. Los canales de alimentación pudieron estar tallados en la valva desaparecida. En la zona de enmangue tres cavidades, profundas entre 7 y 8 mm. para conseguir los agujeros donde engastar los remaches de la empuñadura.

2. — Valva de arenisca, de forma cuadrangular no muy regular, partida en dos fragmentos. Corresponde a un molde para fundir una ajorca circular. Mide la valva 100 mm. por 100 mm. de lado. Grosor máximo 37 mm. El lecho de fundición es circular y mide 75 mm. de diámetro exterior. La ajorca tendría 7 mm. de grueso y la profundidad del surco es de 8 mm. En el centro presenta una cavidad de forma vagamente circular de 20 mm. de diámetro y 6 mm. de profundidad. No se observan canales de alimentación. La cavidad central pudo servir de engaste de ambos elementos. En el reverso no se aprecian indicios de estrías para ligar las dos valvas (lámina I, 2).

Arenisca rojiza de características similares a la anterior, bastante degradada.

3. — Fragmento de valva de arenisca, de forma prismática. Falta algo más de la mitad. La cavidad de fundición corresponde a un hacha plana de filo semilunar y talón recto. Lo conservado corresponde a la parte del talón faltando la parte central y la correspondiente al filo.

(3) G. ROSSELLO BORDOY: «Nuevas aportaciones al estudio de la prehistoria de Felanitx», Felanitx, 1962.

G. ROSSELLO BORDOY: «Últimas aportaciones al conocimiento de la cultura prealayaítica mallorquina», *Atti del VI Congresso Internazionale delle Scienze Preistoriche e Protostoriche* (Roma, 1962), Roma, 1965, vol. II, págs. 415-418.

G. ROSSELLO BORDOY: «Las navetas en Mallorca», *Studi Sardi*, XXIX, 1964-1965, Sassari, 1966, págs. 261-314.

Mide 111 mm. de longitud, 99 mm. de anchura y 62 mm. de grosor. La cavidad mide 28 mm. de anchura en el talón, 66 mm. de longitud, 32 mm. de anchura máxima y 7 mm. de profundidad. Se aprecia el canal de alimentación, semicircular, de 14 mm. de ancho; 21 mm. de largo y una profundidad de 3 mm. (lámina I, 3).

Piedra compacta rojiza en el exterior y muy gris en la parte interna como si hubiera sufrido los efectos del fuego.

4.—Fragmento informe de valva de fundición con cavidad que podría corresponder a un objeto similar al anterior: hacha plana o tal vez escoplo. Lo conservado es insuficiente para definir la pieza que se podía obtener a través de dicho molde. Mide 53 mm. de longitud, 43 mm. de ancho y 54 mm. de grueso. La forma de lo conservado hace suponer que nos encontramos ante un extremo de una valva, pues presenta dos caras planas, bien retocadas (lámina I, 4).

Arenisca de idénticas características a las anteriores. Degradación menos acentuada.

5. — Fragmento central de una valva rectangular de dorso curvado. El lecho preparado para recibir el metal fundido presenta una triple estría, lo cual hace pensar que nos hallamos ante un molde para fundir punzones. Mide 78 mm. de longitud máxima, 78 mm. de anchura y 27 mm. de grueso (lámina I, 5).

Las estrías presentan una anchura uniforme de 6 mm. con una profundidad de 5 mm. La sección del punzón obtenido sería más o menos circular. La longitud de lo conservado al aparecer los cortes del fragmento en diagonal varia: 80, 72 y 67 mm.

Arenisca compacta muy gris y en estado muy precario de conservación.

6. — Dos fragmentos de valvas correspondientes a una pieza similar a la anterior con dos estrías centrales. Mide 52 mm. de longitud, 41 mm. de ancho y 27 mm. de grueso. Las estrías, 7 mm. y 5 mm. de ancho, respectivamente, con una profundidad de 4 mm. (lámina II, 6).

7. — Valva de fundición en tres fragmentos, muy degradada y de difícil análisis, con toda seguridad corresponde a un molde para fundir punzones similares a los números 5 y 6. Mide 104 mm. de longitud, 41 mm. de ancho y 29 mm. de grueso. La cavidad central desintegrada, pudo albergar tres estrías. Mide 90 mm. de largo, 19 mm. de ancho y 5 mm. de profundidad (lámina II, 7).

El resto del ajuar, en vías de estudio, se complementa con un diminuto botón de hueso de 8 mm. de base, 5 mm. de altura y 4 mm. de grueso con perforación en V (lámina II, 8) y una miniatura de cuchillo que corresponde al mismo tipo de puñal, identificado a través del molde número 1. Esta pieza aparece partida en dos pues en el mango

se observa una perforación como si el cuchillito hubiera estado suspendido. El estado de conservación es muy malo. La pieza mide 85 mm. de longitud (lámina II, 9).

La abundante cerámica indígena no ha sido analizada con detalle de momento.

El hallazgo permite plantear una serie de problemas e hipótesis que cotejados con anteriores hallazgos ofrecen nueva luz al momento transicional entre bronce medio y bronce final en la isla de Mallorca.

La naveta mallorquina de habitación, muy diferente estructuralmente a la naveta menorquina de enterramiento, se considera como un momento característico del pretalayótico final que ha tenido una larga perduración a lo largo del talayótico inicial y que en un momento dado, se abandona o se destruye y deja de utilizarse el esquema formal de ábside alargados como prototipo arquitectónico (4). Recordemos que la doble naveta de Son Oms, abandonada en 970 ± 60 antes de la Era sirven de basamento al gran túmulo escalonado (5) y que por lo general todas aquellas navetas existentes en las inmediaciones de un poblado talayótico (Es Rossells, Na Mora, Hospitalet) aparecen en un estado de conservación deplorable como si sus bloques hubieran sido depredados para su reutilización en el poblado (6), mientras que los conjuntos de navetas aislados y alejados de lo talayótico aparecen en un estado de conservación más aceptable (Can Roig Nou, Es Closos de Can Gaià, Canyamel) como si no hubieran sufrido tal depredación.

La diferencia formal entre naveta de enterramiento (por ahora exclusiva de Menorca) y la naveta de habitación (que se ha localizado en ambas islas) es clara (7). La naveta de habitación presenta una amplia cámara con puerta ancha formada por el simple estrechamiento de los muros laterales y la de enterramiento ofrece una planta más complicada: entrada en corredor, vestíbulo con chimenea de acceso a una planta elevada, losa perforada que conduce a la cámara inferior y sobre ésta la cámara elevada.

En el caso de Hospitalet se confirma la experiencia obtenida en Son Oms y Canyamel. Nos hallamos ante unas edificaciones destina-

(4) G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en último lugar de la nota anterior, pág. 272.

G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en la nota 2, págs. 99-102.

(5) G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en la nota 2, págs. 189.

(6) G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en el último lugar de la nota 3, págs. 282-284.

(7) L. PLANTALAMOR MASSANET y A. LOPEZ PONS: «La naveta Occidental de Biniac-Argentina (Alayor, Menorca)», *Noticiario Arqueológico Hispánico*, 15, Madrid, 1983, págs. 359-381. Véase en especial la bibliografía recogida.

das a lugar de habitación con hogar central a base de recinto de fuego cuadrangular formado por tres piedras verticales y parrilla aneja de piedras planas revestidas de barro de forma oval que detectada en Son Oms nos aparece con insistencia en estos lugares indicados. La persistencia del tipo de hogar nos permite afirmar que fue un elemento común a estas construcciones.

Por el momento la presencia de valvas de fundición enlaza la naveta septentrional de Hospitalet con la triple naveta de Can Roig Nou (8) y en las dos obtuvimos el típico botón de hueso con perforación en V, de tamaño reducido, casi diminuto que contrasta con los grandes botones del pretalayótico inicial y medio.

En ambas estaciones arqueológicas las valvas han aparecido incompletas y fragmentadas y nunca ha sido posible detectar restos de escorias, desechos de fundición, indicios de fuego susceptible de permitir la fusión del metal, etc. Esto me inclina a pensar que la valva, rota, fue reutilizada para otros menesteres menos nobles, que en el caso de Hospitalet podríamos asegurar que algunas formaron parte del basamento de piedras de la parrilla, y que los trabajos de fundición no se desarrollaron en el interior de la naveta sino al aire libre.

En el estado actual de nuestros conocimientos no es posible adelantar el resultado de los análisis de carbón de madera encontradas en las inmediaciones del hogar. Dicho análisis nos daría la fecha de abandono del yacimiento, por lo tanto las valvas inutilizadas podrían ser coetáneas o ligeramente anteriores. Por analogía con el resultado de la naveta meridional de Son Oms podríamos situar, de momento y en espera de confirmación, que el abandono de la naveta septentrional de Hospitalet tuvo lugar a inicios del siglo X antes del cambio de Era. Por tanto la cronología de los útiles obtenidos a partir de las valvas identificadas corresponderían a esta época con unas variaciones cronológicas en más y en menos que pueden abarcar unos cincuenta a cien años en ambas direcciones.

Esta hipótesis va bien con la cronología para las hachas planas (9), consideradas siempre como talayóticas, aunque la rudeza de su tra-

(8) G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en último lugar de la nota 3, pág. 280.

A. M. RAURET DALMAU: «La metalurgia del bronce en la Península Ibérica durante la Edad del Hierro», Publicaciones Eventuales, núm. 25 del Instituto de Arqueología y Prehistoria, Barcelona, 1976, pág. 129 y lám. XXIII. Reproduce el molde de puñal triangular de Can Roig Nou pero no lo inventaría. Interesante por recoger otras piezas de fundición mallorquinas y menorquinas correspondientes a otras fases culturales no pretalayóticas.

(9) G. ROSSELLO BORDOY: «Los ajuares metálicos mallorquines como elemento cronológico», Prehistoria y Arqueología de las islas Baleares. VI Symposium de Prehistoria Peninsular (Palma de Mallorca, 1972), Barcelona, 1974, págs. 115-127.

zado bien pudiera permitir situarlas algo antes. Los punzones y el aro no permiten extraer conclusiones pues su pervivencia formal los convierte en materiales fuera de época.

La discusión debe centrarse indudablemente en la valva número 1 correspondiente al puñal de mango alargado con cabeza discoidea, pues se trata de un ejemplar de útil metálico, viejo conocido de la prehistoria mallorquina. La valva de Hospitalet corresponde a una pieza similar a la famosa espada de Lloseta que Almagro definía en 1944 del modo siguiente:

«Espada de bronce, probablemente de un tipo local pues no se conocen de esta forma en la Edad de Bronce, de hoja ancha y delgada, con punta roma y el puño muy largo y curvo; tiene también la hoja unida al pomo por medio de tres clavos de bronce. No se conoce otro ejemplar parecido entre los bronces mallorquines. Mide 0'54 metros de largo por 0'08 metros de anchura máxima» (10).

El ejemplar de Hospitalet salvo el tamaño corresponde exactamente a la descripción de la espada de tipo local y en realidad este aspecto queda perfectamente comprobado pues la valva indicaba que la confección de este tipo de espadas o puñales se realizaba en la isla y correspondía a un tipo de útil suficientemente extendido pues la distancia entre Lloseta y Manacor así lo confirma.

Por el análisis del molde vemos que hoja y puño se fundieron de una sola vez, no hay pues enlace mediante clavos de ambas partes. Las cavidades que se observan en el empuñadura servirían para sujetar una empuñadura (hueso, madera, etc.) desaparecida que diera mayor consistencia y efectividad al uso de la pieza. La rotura del molde de Hospitalet impide saber cómo fue la punta del puñal. La forma de Lloseta, exageradamente roma se puede deber al uso del instrumento y a su desgaste natural. Este es un aspecto que de momento no podemos dilucidar.

Queda por tratar el encuadre cronológico. Las referencias defendidas por Almagro tanto en 1944 como en 1962 no pueden sostenerse hoy. Corresponden además a unas ideas muy en boga en aquel entonces que han quedado, hoy, totalmente invalidadas, sin embargo, es prudente aducirlas, pues si en 1944 se afirmaba que «la fecha de este conjunto cae aproximadamente hacia el 400 antes de Jesucristo» (11),

(10) M. ALMAGRO BASCH: «El hallazgo de la ría de Huelva y el final de la Edad del Bronce en el Occidente de Europa. Las espadas de Mallorca y el problema de la cronología de los talayots de Baleares», Ampurias, II, Barcelona, 1940, págs. 126-128.

M. ALMAGRO BASCH: «Museo Arqueológico de Barcelona. II, los bronces de Lloseta (Mallorca)», Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales, 1944 (Extractos), vol. V, Madrid, 1945, págs. 65-67.

(11) M. ALMAGRO BASCH: «Inventaria Archaeologica. España 6», Madrid, 1962, 2-(1) y 2-(2).

años después rectificaba y envejecía ligeramente el lote presentando unos paralelos plausibles que permitían justificar su encuadre pues indica que para el machete o puñal de tipo local (hoy podríamos definirlo como machete tipo Lloseta por darse en este lugar la primera localización de un útil de este tipo) «no es posible encontrarle paralelos. Su origen lejano estaría en los machetes afalcatados del Bronce final occidental que pasan luego a la época de La Tene» (12).

Finalmente apunta que «lo más apropiado es colocar este conjunto no lejos del 500 a. de J.C., y aun quizá después, pues todos los objetos son creaciones insulares derivadas de tipos de tardío Bronce final Hispano» (13).

Creo que a partir de los hallazgos de Hospitalet y Son Oms, mientras no tengamos acceso al resultado de los análisis de C-14 estas aproximaciones cronológicas no pueden ser tenidas en cuenta y forzosamente hay que envejecer considerablemente dicha cronología, que correspondería a un talayótico inicial de Mallorca perfectamente situable en términos absolutos a fines del segundo milenio e inicios del primero antes del cambio de Era (14).

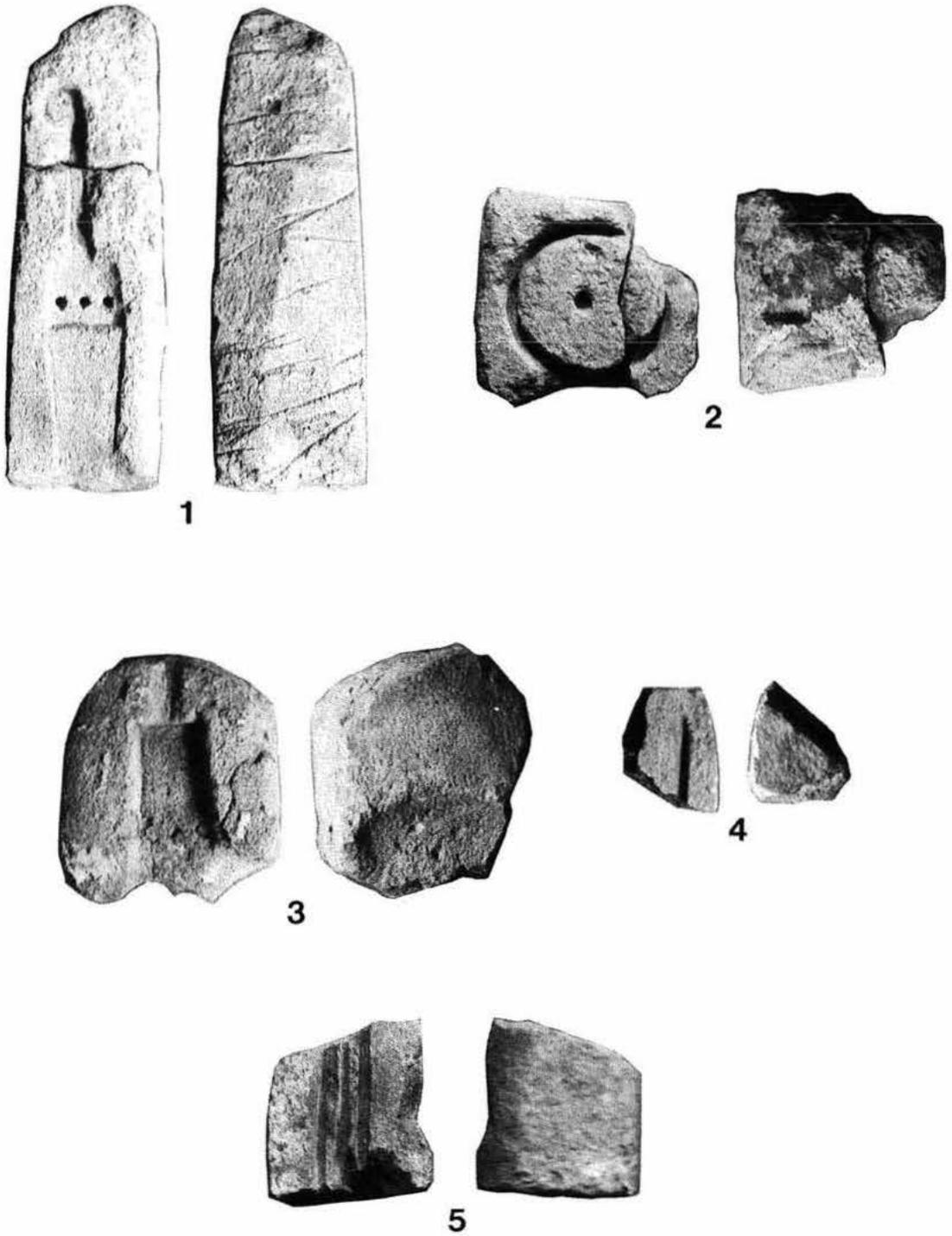
Sirva pues esta breve nota para dar cuenta del hallazgo, confirmar el carácter local de un tipo de útil metálico muy característico conocido ahora a través de una espada, un puñal y un cuchillo (fig. 1) reabrir una discusión antigua y enconada y aportar al homenaje a un querido y admirado compañero que ha dejado su vida profesional activa por imperativos puramente legales, una prueba de nuestra amistad y reconocimiento ante su magisterio.

(12) M. ALMAGRO BASCH: Op. cit. en la nota anterior, 2-(2), nota 2.

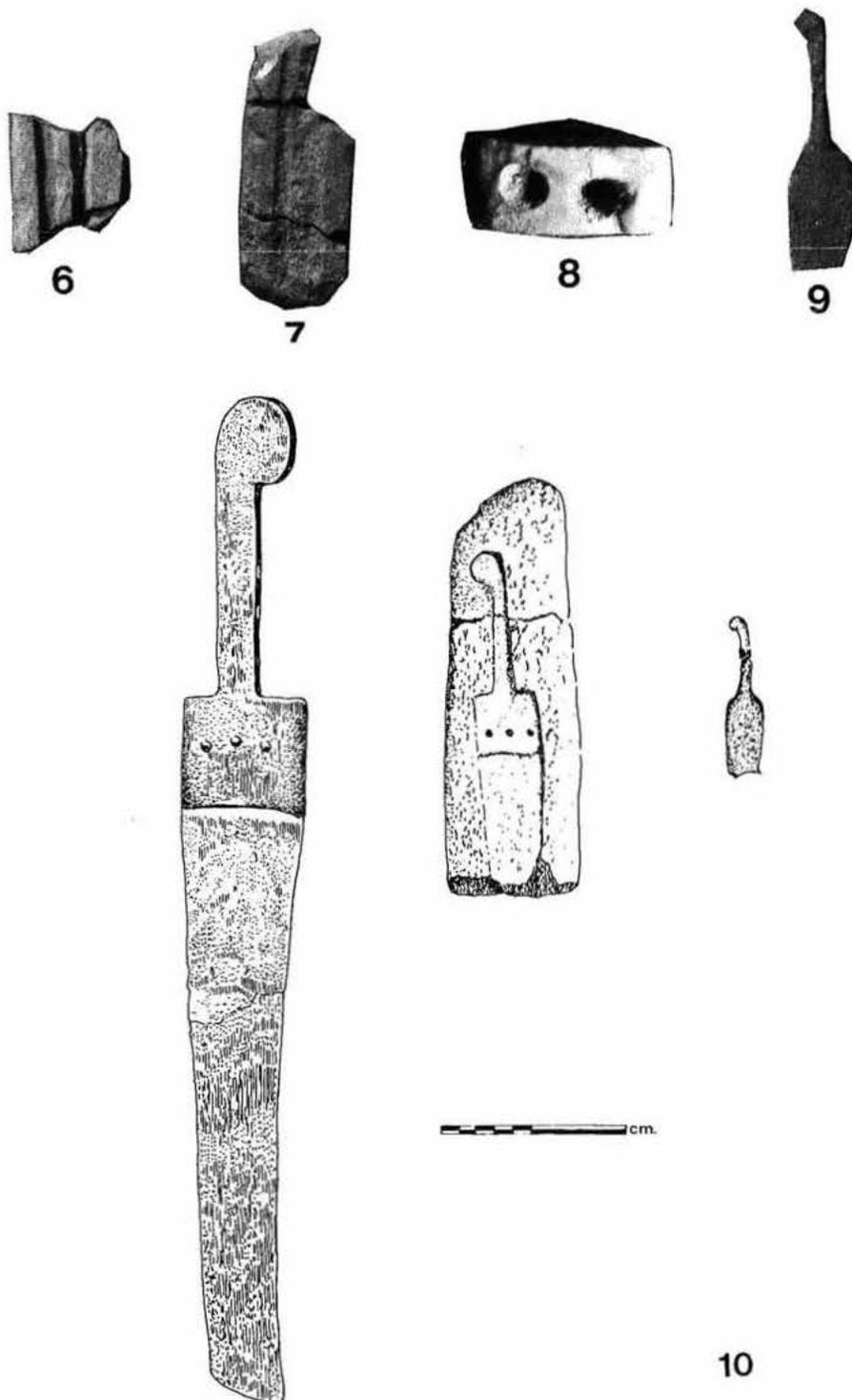
(13) M. ALMAGRO BASCH: Op. cit. en la nota 11, 2-(2), 7. Cronología.

(14) G. ROSSELLO BORDOY: Op. cit. en la nota 2, pág. 189.

Redactado este avance y dentro del programa «Investigación arqueometalúrgica en la Península Ibérica» dirigido por los profesores Fernández Miranda y Delibes ha sido posible obtener el análisis espectrográfico del puñalito del Hospitalet. Por cortesía hacia los directores del programa prefiero que sean ellos los que ofrezcan dicho resultado a los investigadores.



1, Molde de fundición: Cuchillo. Anverso y reverso; 2, Molde de fundición: Ajourca. Anverso y reverso; 3, Molde de fundición: ¿Hacha plana? Anverso y reverso; 4, Molde de fundición: ¿Hacha plana? Anverso y reverso; 5, Molde de fundición: Punzones. Anverso y reverso.



6, Molde de fundición: Punzones; 7, Molde de fundición: Punzones. Anverso y reverso; 8, Botón de hueso de Hospitalet; 9, Cuchillito de bronce de Hospitalet; 10, Espada de Lloseta según Almagro y sus paralelos del Hospitalet. (Dibujos de J. J. Muñoz Servera.)

MANUEL PELLICER CATALAN

(Sevilla)

**ORIGENES DEL URBANISMO Y DE LAS NECROPOLIS
TUMULARES DE INCINERACION DEL VALLE MEDIO
DEL EBRO**

Frente a la clásica y anticuada teoría de la total indoeuropeización, celtización o hallstattización de la Península Ibérica y especialmente del Valle del Ebro en los inicios del I milenio a. C., con los conocimientos arqueológicos de que hoy disponemos, se impone una reacción, poniendo en su justo medio el sentido de la aportación ultrapirenaica y revalorizando el sustrato indígena tan marginado, sin dejar de olvidar, incluso, el influjo orientalizante, que fue decisivo en la formación del hierro hispano. Se ha olvidado la intensidad y fuerza expansiva de la gran cultura del bronce final de la Meseta del bronce valenciano, y la impetuosa corriente semita oriental, fuertemente arraigada en las costas andaluzas desde inicios del siglo VIII a. C. La causa no ha sido otra que el desconocimiento que de estos dos fenómenos se tenía hasta hace muy pocos años.

La escasez de investigaciones planificadas obliga a que las cartas de distribución de elementos, como pueden ser los túmulos, la incineración, el habitat, cerámicas excisas, de boquique, acanaladas, los motivos decorativos, las formas cerámicas, la metalistería, etc., aparezcan con grandes lagunas, que naturalmente, inducen a error.

El problema del bronce final-hierro del nordeste sigue explicado todavía según las teorías de P. Bosch, M. Almagro, J. Martínez Santa

Olalla y un largo etcétera (1). En la protohistoria del nordeste hispano se está siguiendo la misma línea de hace medio siglo, limitándonos a cambiar etiquetas y a modificar las cronologías según la moda reinante en el exterior y basándonos generalmente en algún elemento aislado cerámico o metálico con analogías forzadas y lejanas, sin analizar los contextos. Incomprensiblemente, la última estratigrafía completa, la de la Pedrera de Vallfogona de Balaguer, fue publicada por J. Maluquer hace más de veinte años (2).

El concepto de campos de urnas defendido por W. Kimmig y posteriormente por R. P. Charles (3), en España resulta ambiguo, porque las incineraciones del Segre y del sur del Ebro presentan formas tumulares muy específicas y muy dispares con relación a lo renano y a lo francés (fig. 1: A y B). El concepto celta es más bien lingüístico y sin ningún contenido antes del siglo VI a. C.

P. Bosch prestaba singular atención a la tipología de las plantas de los poblados del Bajo Aragón, teniendo también presentes, pero en segundo término, los materiales cerámicos y metálicos. Desgraciadamente en los años diez y veinte se excavaron demasiados yacimientos por manos inexpertas, que proporcionaron la mayor parte de los elementos revueltos, sin claro contexto y deficientemente publicados, que han servido de materia prima para las periodizaciones y cronologías actuales, sin advertir posibles estratigrafías en los poblados excavados.

Esta aparente ausencia de estratigrafías hizo pensar a P. Bosch en la corta vida de los poblados del Bajo Aragón, que apenas sobrevivirían un siglo, idea ésta actualmente cuestionada por G. Ruiz Zapatero

(1) P. BOSCH GIMPERA: «Les celtes et la civilisation des urnes en Espagne». *Préhistoire*, VIII, Paris, 1941, págs. 121-151.

J. PEREZ DE BARRADAS: «Notas prehistóricas. II. La primera invasión celta en la Meseta Central de España». *Actas y Memorias de la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria*, XIII, Madrid, 1934, págs. 223-228.

M. ALMAGRO BASCH: «La invasión céltica en España», en «Historia de España» dirigida por R. MENENDEZ PIDAL, tomo I, volumen II, Madrid, 1952, págs. 141-240.

J. MARTINEZ SANTA-OLALLA: «Esquema paleontológico de la Península Hispánica». Madrid, 1946.

(2) J. MALUQUER DE MOTES, A. M. MUÑOZ AMILIBIA y F. BLASCO: «Cata estratigráfica en el poblado de La Pedrera, en Vallfogona de Balaguer». *Zephyrus*, X, Salamanca, 1959, págs. 5-79.

(3) W. KIMMIG: «Zur Urnenfelderkultur in Westeuropa». *Festschrift für Peter Goessler*, Stuttgart, 1954, págs. 41-98.

R. P. CHARLES: «Problèmes de chronologie méditerranéenne». *Cahiers Ligures de Préhistoire et Archéologie*, 12, Montpellier, 1963, págs. 181-204.

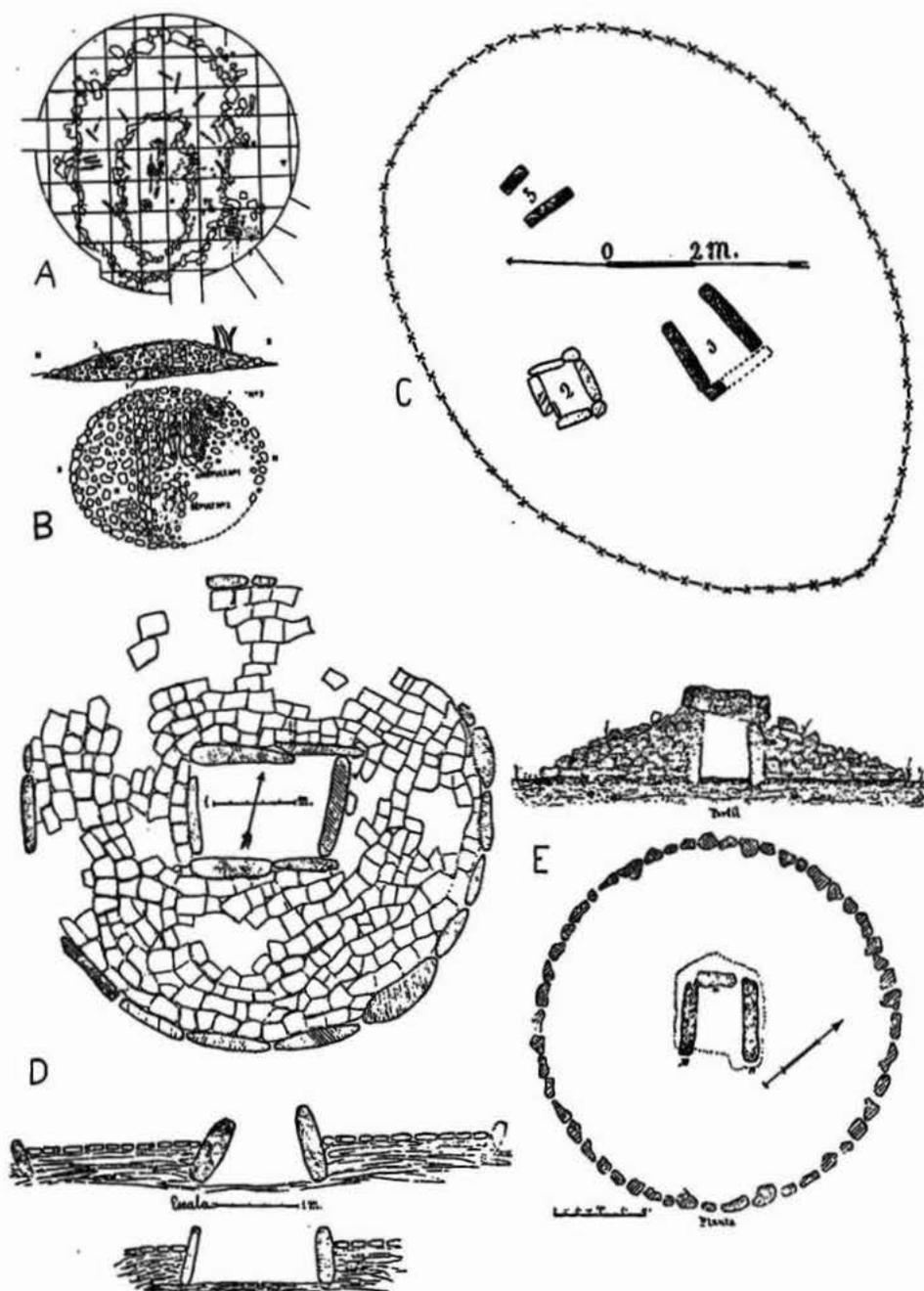


Fig. 1.—Túmulos de inhumación franceses y pirenaicos
 A) Túmulo I de Chaffois (Jura). S. VII-VI. (Según Millotte.)
 B) Túmulo de Plan d'Aups (Provenza). S. VII. (Según Lagrand.)
 C) Túmulo con varias cistas de Coll de Creus (Gabarras). (Tradicción céltica). (Según Serra Vilaró.)
 D) Túmulo con cista central del Bressol de la Mare de Déu (Correa). Bronce reciente. (Según Serra Vilaró.)
 E) Túmulo dolménico del Llagunás (Figols). (Según Serra Vilaró.)

en su estudio sobre el Roquizal del Rullo y por J. Eiroa en el suyo sobre la Loma de los Brunos de Caspe (4), estableciendo fases con una gama cronológica, a nuestro parecer, demasiado amplia y con inicios demasiado arcaicos.

El poblado de Zaforas de Caspe (5), análogo y coetáneo del Cabezo de Monleón (6), apenas sobrepasó el siglo, con abundante cerámica excisa en un contexto homogéneo, fechable en los siglos VIII-VII, no pudiendo enmarcarse en el período II de M. Almagro Gorbea (7), cuya cronología asignada es de hacia el 1000 a. C., con perduraciones en su período V, finalizado en el 600 a. C.

Si contemplamos la topografía del nordeste hispano, observaremos que a las zonas donde estas culturas hallstattizantes están más arraigadas y de las que existe mayor documentación, como el Ampurdán, cuencas del Besós y Llobregat, Bajo Aragón y cuenca del Segre, se penetra por varias vías que convendría analizar.

Cataluña oriental está unida con el Rosellón y Languedoc por los suaves pasos de Cervère y Le Perthus, desde donde fácilmente se llega al Bajo Ebro a través de las zonas relativamente llanas del Ampurdán, Maresma, Panadés y Priorato, y a la cuenca del Segre a través de la depresión central catalana. Otra vía de penetración pirenaica desde el Rosellón es la que por la Cerdeña alcanza el valle del Segre, entendiéndose como tal valle también las cuencas del Noguera, Cinca, Alcanadre y Flumen, prosiguiendo hacia el Ebro y sobrepasándolo por el Bajo Aragón. Paralela a esta vía del alto Segre, está desde los Pirineos franceses, la del Garona por el valle de Arán, para seguir la vía del Noguera Ribagorzana hacia el bajo Segre.

Otra vía opuesta es la del Ebro y de sus afluentes meridionales que conectan con la Meseta, cuya avanzadilla septentrional de la cultura

(4) G. RUIZ ZAPATERO: «El Roquizal del Rullo: Aproximación a la secuencia cultural y cronológica de los campos de urnas del Bajo Aragón». Trabajos de Prehistoria, 36. Madrid, 1979, págs. 247-287.

J. J. EIROA GARCIA: «La Loma de los Brunos y los campos de urnas del Bajo Aragón». Zaragoza, 1982.

(5) M. PELLICER CATALAN: «Zaforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa, en Caspe». Crónica del V Congreso Arqueológico Nacional (Zaragoza, 1957), Zaragoza, 1959, págs. 138-156.

(6) A. BELTRAN MARTINEZ: «El Bronce Final y la Edad del Hierro en el Bajo Aragón», en «Prehistoria del Bajo Aragón», por M. ALMAGRO BASCH, A. BELTRAN MARTINEZ y E. RIPOLL PERELLO, Zaragoza, 1956, págs. 109-159.

A. BELTRAN MARTINEZ: «La indoeuropeización del Valle del Ebro». Primer Symposium de Prehistoria de la Península Ibérica (Pamplona, 1959), Pamplona, 1960, págs. 103-124.

(7) M. ALMAGRO GORBEA: «El Pic dels Corbs de Sagunto y los campos de urnas del NE. de la Península Ibérica». Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 12, Valencia, 1977, págs. 89-144.

de Cogotas I estará en Alava, Rioja y Soria, jugando especial papel los valles del Jalón y del Jiloca, que vencen la barrera del Sistema Ibérico hacia el Ebro medio y Bajo Aragón. Otra vía es la de Levante, que por el sur del Ebro penetra hacia el Bajo Aragón. La intensidad de penetración por estas vías no ha sido uniforme, siendo el sentido doble, con flujos y reflujos, muy especialmente en la vía del Ebro.

En el calcolítico y bronce pleno las vías del Segre por el norte y de los afluentes del sur del Ebro por el sur, contribuyeron a la formación de un arcáico sustrato en el Ebro medio, muy mal conocido, excepto por la fase final de los talleres de sílex que estudió E. Vallespí (8). En el bronce final e inicios del hierro el hallstattizante de los incineradores del Languedoc se deja sentir a través de la vía de la costa catalana y de la depresión central catalana hacia el Segre, confluyendo en el Bajo Aragón con la corriente de la Meseta. En la edad del hierro, a fines del siglo VII a. C. o principios del siglo VI a. C. será la corriente orientalizante de las colonias fenicias meridionales la que penetrará por Levante hacia el Bajo Aragón y hacia Cataluña y, posteriormente, en la segunda mitad del siglo VI a. C. esta corriente semita se verá reforzada por la griega procedente de Ampurias.

Las causas del gran despoblamiento del Ebro medio en el calcolítico y bronce pleno y la densidad de población a partir del bronce final-hierro no están bien estudiadas, pero este fenómeno podría atribuirse a la evolución económica de las poblaciones pastoriles del Prepirineo y Pirineo (Cerdaña, Urgel, Pallars y Solsones) en el norte y del Maestrazgo y de las alturas turolenses por el sur, atraídas, con el cambio de clima del subatlántico, más fresco y húmedo, hacia las tierras bajas del valle del Ebro, hacia las cuencas bajas de los ríos Gállego (desconocido), Segre y afluentes de Huesca, Algás, Matarraña, Guadalope, Martín, Aguas, Huerva y Jalón, de grandes posibilidades agrícolas.

Las cuevas y las chozas deleznable de los pastores de altura se mudan en el valle en poblados con casas rectangulares de zócalos de piedra (fig. 2), que nada tienen que ver con el megarón egeo y cuyo origen tampoco hay que buscarlo en el alto Ebro, en poblados como Oro, Henayo, Berbeia, La Hoya, etc., de casas circulares, ni en el Pirineo, ni

(8) E. J. VALLESPÍ PEREZ: «Bases arqueológicas para el estudio de los talleres de sílex del Bajo Aragón. Hacia una seriación de las industrias líticas postpaleolíticas bajoaragonesas». Caesaraugusta, 13-14, Zaragoza, 1959, págs. 7-20.

E. J. VALLESPÍ PEREZ: «Sobre la problemática del Bronce Final y el asentamiento hallstático en el bajo Aragón. El sustrato indígena recipiario de los inmigrantes». Teruel, 26, Teruel, 1961, págs. 247-259.

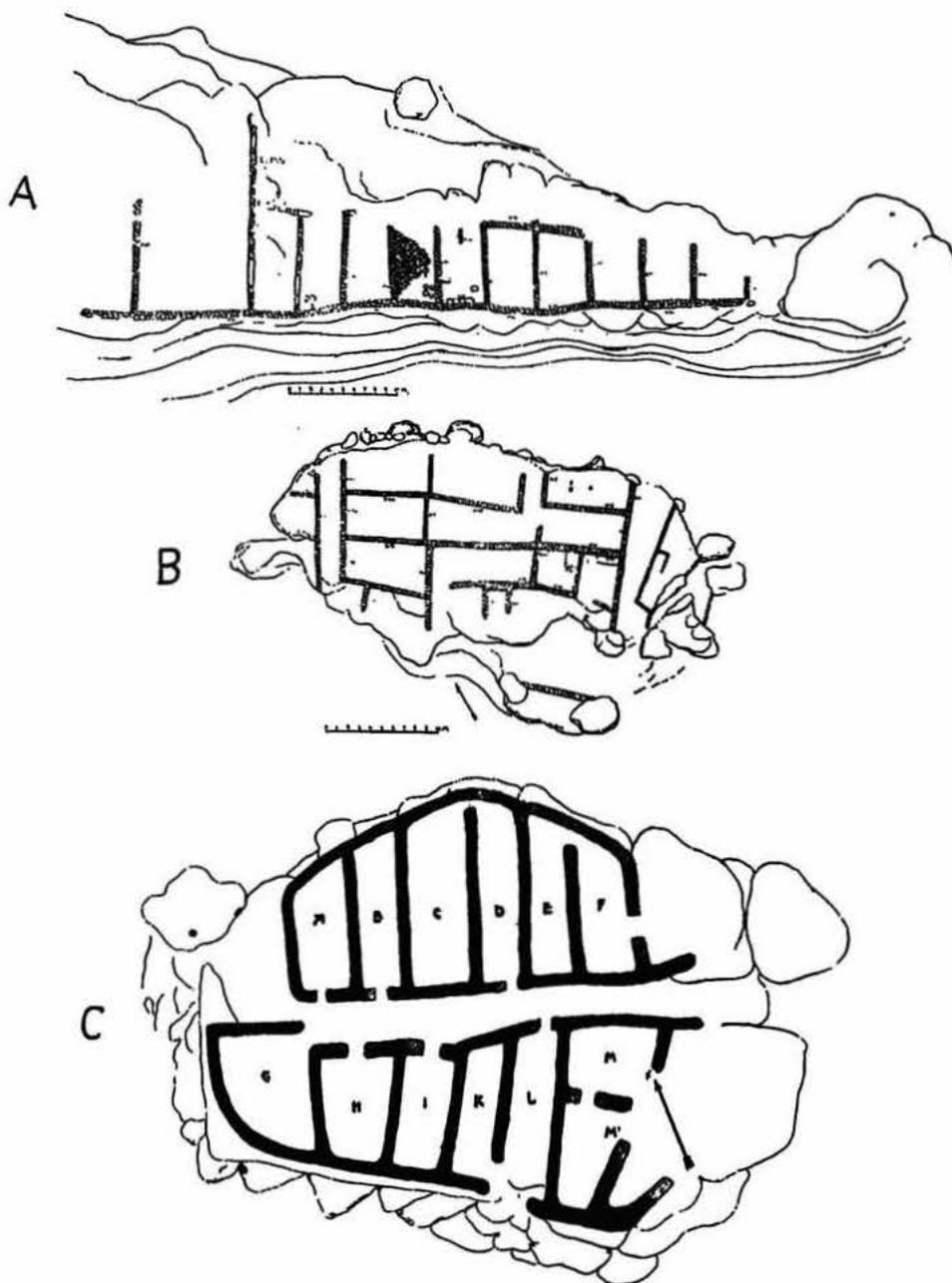


Fig. 2.—Poblados bajoaragoneses del bronce reciente
 A) Las Escodinas Bajas (Mazaleón, Teruel). (Según Bosch.)
 B) Las Escodinas Altas (Mazaleón, Teruel). (Según Bosch.)
 C) La Gessera (Caseres, Tarragona). (Según Bosch.)

en el Languedoc, donde no entra el urbanismo ni la casa rectangular hasta muy tarde, en el mailhaciense I del siglo VII a. C., sino en el bronce valenciano (fig. 3) de viejas raíces en el Argar A del sudeste ibérico. Posiblemente la población calcolítica e, incluso, la del bronce pleno del valle del Ebro, de habitat temporal, disperso y de materiales perecederos, o en abrigo donde no existe la cueva, sería nómada o seminómada pastoril y cazadora, sin que apenas encontremos sus vestigios, si no es en los abrigos pintados, no tanto naturalistas como esquemáticos (Arpán, Lecina, La Fenellosa, etc.) y en el final de los talleres de sílex.

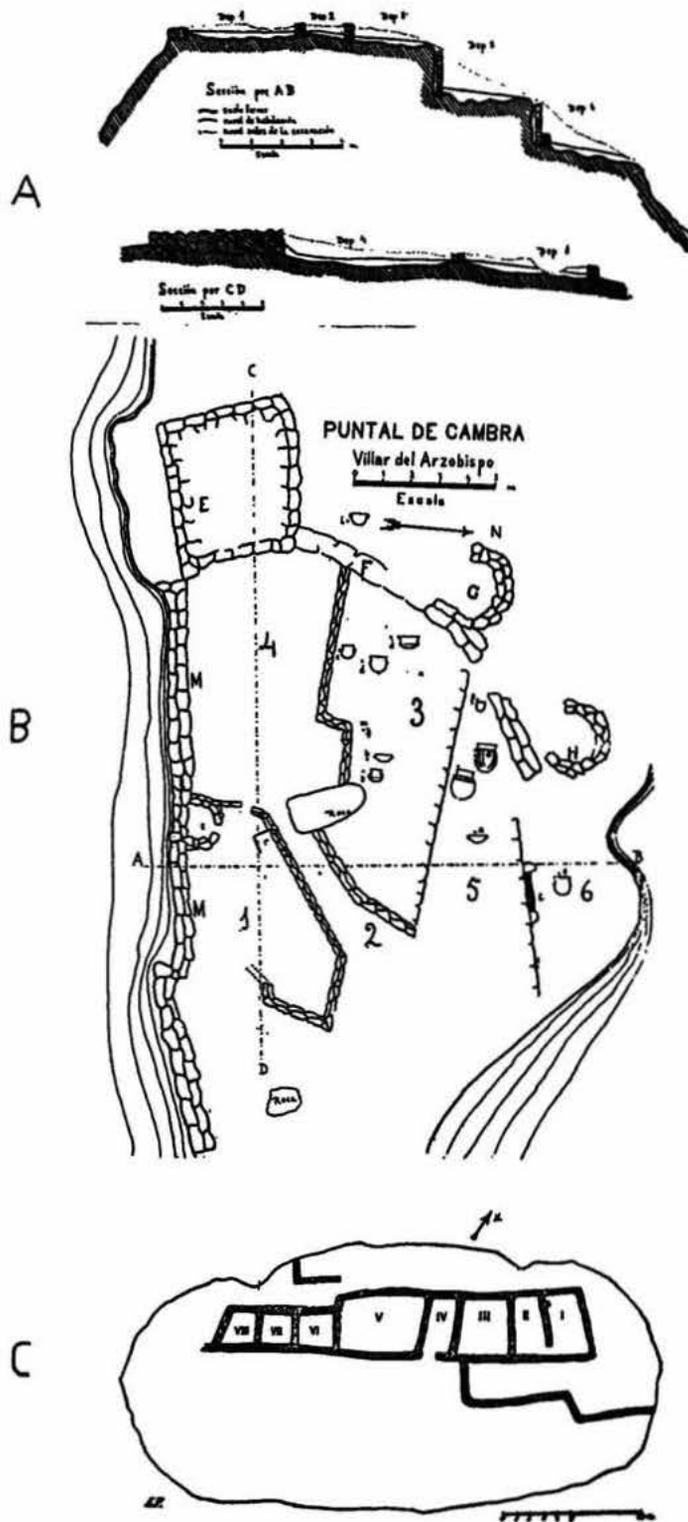
La economía de base eminentemente agrícola de los poblados del bronce final está suficientemente corroborada por la situación de los mismos en puntos elevados, sobre valles o en llano, como el Chermanillo (Huesca), por la abundancia de grandes tinajas decoradas con cordones, por los molinos naviformes y piezas de sílex dentadas para hoz. No parece aceptable la simbiosis, tantas veces defendida, de túmulos-pastoreo por falta de base, aunque se acepte en las garrigas languedocienses. Esta economía cerealística se complementaría con ganadería lanar, con caza (ciervo acanalado en vaso del Cabezo de Monleón), y pesca (anzuelos de hierro en la Loma de los Brunos).

La causa principal del desconcierto y del constante titubeo cronológico de las periodizaciones del bronce final-hierro del nordeste hispano es la escasez de yacimientos estratíficamente estudiados, con que montar un sistema congruente. Efectivamente, la erosión en el valle del Ebro ha sido muy intensa, de tal manera que en muchos poblados aflora la roca en gran parte de su superficie, lo cual no corrobora en absoluto la ausencia de relleno fértil en otros, incomprensiblemente todavía no estudiados.

Hay que agradecer a J. Maluquer que podamos disponer de las dos estratigrafías más aprovechables, el Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra y la Pedrera de Vallfogona de Balaguer (9).

El poblado del Cerro de la Cruz de Cortes de Navarra representa un precioso documento estratigráfico en el valle del Ebro con sus cuatro metros de relleno y sus seis fases sucesivas que van del siglo VIII a. C. al siglo IV a. C. De sus diferentes fases, correspondientes a otros tantos poblados superpuestos, la II b es la mejor conocida y la que marca la cronología entre el 650 a. C. y 550 a. C., según J. Maluquer, pose-

(9) J. MALUQUER DE MOTES: «El yacimiento hallstático de Cortes de Navarra». I, Pamplona, 1954 y II, Pamplona 1958. Véase nota 2.



yéndose escasos datos de las fases inferiores, III a, III b y II a, lo cual dificulta la asignación de la fecha inicial. Sería tarea urgente la excavación y estudio de una zona de estos poblados inferiores de Cortes de Navarra.

Los inicios, en el poblado III a y III b, fechado por su investigador en la segunda mitad del siglo IX y siglo VIII a. C. y destruido por un incendio, indican el asentamiento de una población que seguirá conservadora en su habitat y economía a través de las fases siguientes, con grandes casas rectangulares de adobes.

El poblado II a, no bien conocido y fechado en la primera mitad del siglo VII a. C., fase de transición al hierro, continúa con la tradición del habitat anterior, presentando las casas zócalo de piedras, que sustentan el muro de adobes y apareciendo la muralla, también de adobes, defensiva del poblado.

El poblado II b, fechado desde la mitad del siglo VII a la mitad del siglo VI a. C., final que yo colocaría en este siglo avanzado, también incendiado, se conoce en todos sus detalles con sus murallas, casas rectangulares dotadas de vestíbulo y almacén, bancos, hogares, hornos y muros de adobes estucados y con pintura mural en el interior, representando el mismo ambiente y género de vida que anteriormente.

El poblado I a, fechado entre finales del siglo VI y mediados del siglo V a. C., continúa con el mismo tipo de habitat con la modalidad de enterramientos infantiles bajo las casas y representa la introducción de las primeras cerámicas a torno, que preludian el posthallstattiano y la plena metalurgia del hierro.

El yacimiento de Cortes termina con el poblado I b hacia mediados del siglo IV a. C., cuya necrópolis de incineración se localiza en la Atalaya de Valtierra.

La Pedrera de Vallfogona de Balaguer es fundamental para el estudio del Segre, del Bajo Aragón y de la Baja Cataluña. Con una potencia estratigráfica de más de 5 metros, J. Maluquer distinguió nueve estratos, con una cronología inicial de fines del siglo IX o principios del siglo VIII a. C., como el cerro de la Cruz de Cortes, y un momento final en las postrimerías del siglo III o inicios del siglo II a. C. con la romanización.

De los dos estratos inferiores, el IX y el VIII, no disponemos de datos sobre urbanismo, pero sí, en cambio, del estrato VII, donde se corrobora la presencia de la casa de mampostería y planta rectangular en un contexto análogo al del horizonte anterior con cerámicas acanaladas, pero con la introducción de los vasos con pie, típicos del Languedoc a partir de Mailhac I, lo cual induce a fechar dentro del siglo VII a. C. y más bien en su segunda mitad.

El poblado de Vinarragell de Burriana (10) se caracteriza por su bajo emplazamiento, detalle topográfico, que, al no tenerse en cuenta, ha ocasionado la no localización de otros poblados preibéricos en Cataluña y Levante.

El interés de las estratigrafías de Vinarragell, de 3'50 metros de potencia, comprendiendo 16 niveles, radica en que el horizonte orientalizante, del siglo VII a. C. avanzado, se inmerge en este mundo del bronce final-hierro, débilmente hallstattizante, que ha proporcionado preciosas cronologías, que no dejan de afectar a los esquemas del Ebro y Cataluña, con la introducción de nuevas técnicas constructivas de plantas rectangulares con zócalos de piedra y muros de adobes, cerámicas a torno pintadas, hornos circulares y probablemente el hierro.

A través de la estratigrafía pueden distinguirse en Vinarragell cinco fases u horizontes culturales.

La fase I es del bronce final, de los niveles P-L de los cortes I y II de 1967, III de 1968, niveles H-C del sondeo I y K-I del sondeo II, con una cronología del siglo VIII a. C. según el contexto de cerámicas bruñidas, acanaladas, incisas y excisas de rombos rayados, con formas carenadas y cuencos abiertos y, por otra parte, de cerámicas toscas de cordones con impresiones digitales, siendo el adobe la técnica típica de las construcciones de planta circular.

La fase II corresponde al momento de transición entre el bronce final y el orientalizante, de los niveles K-J del corte I de 1967 y H-G del sondeo II, con un contexto fechable en la primera mitad del siglo VII a. C., en que continúan las cerámicas a mano bruñidas con decoraciones acanaladas e incisas y toscas de cordones, haciendo su débil aparición los útiles de hierro y las cerámicas a torno.

La fase III corresponde al orientalizante de los niveles I'-E de los cortes I de 1967 y II y III de 1968, B del sondeo I y F-E del sondeo II, con una cronología entre mediados del siglo VI a. C., según su contexto, en que prosiguen las cerámicas a mano bruñidas con decoraciones incisas, excisas, pintadas y toscos cordones, siendo cada vez más frecuentes las cerámicas a torno orientalizantes de importación, al parecer, andaluza con formas de ánfora de transporte y grandes jarras pintadas de asas dobles, que fechan con cierta precisión, estando pre-

(10) N. MESADO OLIVER: «Vinarragell (Burriana-Castellón)». Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 46, Valencia, 1974.

sente el hierro y apareciendo las construcciones de zócalo de cantos rodados y muro de adobes, de plantas rectangulares, junto con murallas defensivas.

Ante este rápido bosquejo conviene advertir que en los inicios del poblamiento de Vinarragell, hacia el 800 a. C. (fase I), las construcciones son de adobe y de planta circular, detalle que coincide con el sudeste (Peña Negra de Crevillente, Albolodúy, etc.) (11) y con el sur (Galera, Quemados, Ategua, Carmona, Lebrija, etc.) (12).

Según la distribución de los pocos yacimientos conocidos del II milenio a. C. en las zonas bajas del nordeste, el poblamiento era disperso y verdaderamente escaso, concentrándose la reserva humana y, en consecuencia, la cultura en las zonas altas. En el Pirineo el habitat preferido es la cueva y el enterramiento, en dolmen o en cueva, mientras que en el Sistema Ibérico va apareciendo el habitat al aire libre en defecto de la cueva, que también sirve de enterramiento de inhumación colectiva, como en Levante. Sería imposible entrar en detalles sobre los yacimientos del bronce pleno del Segre, Alcanadre, Cinca, del Bajo Aragón y Tarragona, porque las noticias arqueológicas son muy vagas, siendo un horizonte que necesita una seria investigación.

Un grave problema surge cuando intentamos relacionar los túmulos del Segre y del Bajo Aragón (fig. 4) con los de Aquitania, Languedoc, Provenza y Jura (fig. 1: A y B), supuestamente originarios de aquí, pero las diferencias dimensionales, estructurales, cronológicas y geográficas obligan a reconsiderar la teoría, para dirigir las raíces hacia el megalitismo pirenaico arcaizante, que evoluciona hacia la cista de inhumación individual (fig. 1: C, D y E), posteriormente, de incineración, con anillo de piedras y enlosado, como sucede en los conjuntos

(11) A. GONZALEZ PRATS: «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente (Alicante)». Anejo I de la revista «Lycentvm», Universidad de Alicante, 1983.

C. MARTINEZ y M. C. BOTELLA: «El Peñón de la Reina (Albolodúy, Almería)». Excavaciones Arqueológicas en España, 112, Madrid, 1980.

(12) M. PELLICER CATALAN y W. SCHÜLE: «El Cerro del Real, Galera (Granada)». Excavaciones Arqueológicas en España, 12, Madrid, 1962, y «El Cerro del Real (Galera, Granada). El corte estratigráfico IX». Excavaciones Arqueológicas en España, 52, Madrid, 1966.

J. M.ª LUZON NOGUE y D. RUIZ MATA: «Las raíces de Córdoba. Estratigrafía de la Colina de los Quemados». Córdoba, 1973.

A. BLANCO FRELJEIRO, J. M.ª LUZON NOGUE y D. RUIZ MATA: «Panorama tartésico en Andalucía Occidental». Tartessos y sus problemas. V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular (Jerez de la Frontera, septiembre 1968), Barcelona, 1969, págs. 119-162.

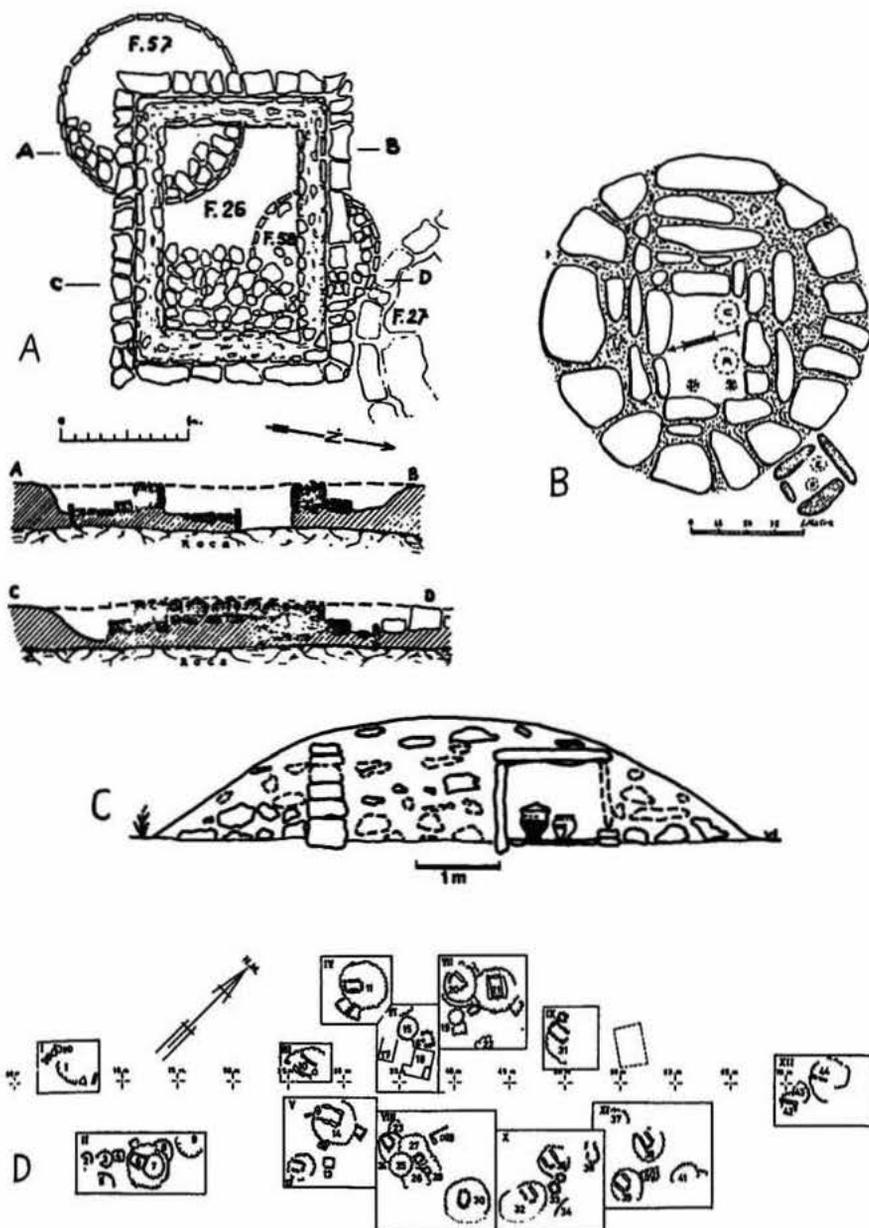


Fig. 4.—Túmulos de incineración del Ebro Medio

- A) Túmulos circulares y rectangulares de los Roques de Sant Formatge. (Serós, Lérida). S. VII-VI. (Según Díez Coronel.)
 B) Túmulo de Mas de Flandi (Calaceite, Teruel). S. VI. (Según Bosch.)
 C) Túmulo de San Cristóbal (Mazaleón, Teruel). S. VI. (Según Tomás.)
 D) Necrópolis tumular del Coll del Moro (Gandesa, Tarragona). S. VII-VI. (Según Berges.)

del valle de Arán (13), sin que se pierdan de vista los núcleos de cistas de inhumación, frecuentemente individuales del bronce medio y final de las comarcas de Pallars, Cerdaña, Urgel y Solsona, de que después hablaremos (14). La inhumación es el rito funerario de sustrato en el nordeste, perviviendo durante el bronce final en las cuevas catalanas y en las zonas occidentales del valle del Ebro, hasta el siglo VI, en que la incineración se generaliza.

Siguiendo viejas y clásicas teorías, *los túmulos* del Segre y del Bajo Aragón se engloban en ese complejo mundo de la cultura de los túmulos de origen centroeuropeo, bronce antiguo de Straubing, que en su expansión alcanzaban Francia, llegando a España, pero esa concepción simplista del hallstatt hispano no resiste un análisis serio de nuestros grupos tumulares, ni siquiera de los del Segre y Bajo Aragón, los más próximos a Francia.

En primer lugar, los túmulos alsacianos de Hagenau (15), con inhumaciones e incineraciones indistintamente, se inician en el bronce medio (1600-1300 a. C.), prosiguiendo en el bronce final I y II a (1200-1000 a. C.). En el bronce final II b desaparecen, para reaparecer en el bronce final III con inhumaciones, a partir del siglo IX a. C. Al sur de Hagenau, el de Doubs, los túmulos de Chaveria (Jura) (16) (fig. 3: A), englobados en el círculo de Borgoña y derivados, al parecer, de los túmulos bávaros, con una cronología entre el 750 y el 600 a. C. y estimados como antecedente de los hispanos, no pueden serlo, porque su estructura de tierra y sus grandes dimensiones de 20 metros de diámetro no guardan analogías con aquellos.

Un caso análogo sucede con los túmulos de las garrigas del Languedoc, constituidos por un montón de piedras con diámetros entre 8 y 15 metros, bajo el que se oculta una incineración o inhumación, con una cronología desde fines del siglo VII hasta fines del siglo VI a. C., de

(13) J. ROVIRA PORT: «La penetració durant el Bronze Final de les influències Nord-pirenènques cap a l'interior de Catalunya i el seu impacte». En «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 69-82.

J. ROVIRA PORT: «El Bronze Final a la vessant Sud del Pirineu Català», en «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 47-56.

L. DIEZ-CORONEL MONTULL: «Una sepultura del Bronze en Viella (Lérida)». Miscelánea Arqueológica, I, Barcelona, 1974, págs. 303-309.

(14) L. PERICOT GARCIA: «Los sepulcros megalíticos catalanes y la cultura pirenaica», 2.ª edición. Barcelona, 1950, págs. 36-51.

(15) C. SCHAEFFER: «Les tertres funéraires préhistoriques dans la forêt d'Hagenau». T. II, «Les tumuli de l'âge du fer». Haguenau, 1930.

(16) D. VUAILLAT: «La nécropole tumulaire de Chavéria (Jura)». Annales Littéraires de l'Université de Besançon, Archéologie, 28, París, 1977, pág. 137.

tal manera que ni por su estructura, ni dimensiones, ni por su cronología pueden considerarse prototipos de los túmulos del nordeste hispano. La forma más común de los túmulos del Segre y del Bajo Aragón (fig. 4), siempre de incineración, consiste en un anillo de piedras clavadas de canto, con un diámetro que oscila entre 2 y 5 metros, con una cista rectangular central o excéntrica, que no llega apenas al metro de lado mayor, estando todo el conjunto cubierto por una capa de tierra y piedras, formando en ocasiones como un enlosado.

Además de los grupos tumulares citados, se conocen otros en Les Causes (departamentos de Aveyron, Lot, Tarn, Cantal y Lozère) y en los Pirineos, tanto franceses (Alto Garona, Ariège), como españoles (valle de Arán), que se inician muy tempranamente, ya en el calcolítico, prosiguiendo en el bronce y perviviendo en zonas retardatarias hasta la época de La Tène. Todos ellos tienen unas características comunes respecto al tamaño, entre 1 y 10 metros de diámetro y respecto a su estructura empedrada, siendo frecuente la cista, derivación de la dolménica. Desde el valle de Arán hacia el oeste, según J. P. Mohen (17), se constata la incineración a partir del bronce final III (siglo IX a. C.). En el valle de Arán los túmulos de Pic de Baqueira, circulares, con cista central y de incineración no pueden ser más tentadores para relacionarlos tanto con el resto de los franceses pirenaicos, como con los españoles del Segre. Lamentablemente de estos túmulos franceses disponemos de escasos datos por sus expoliaciones, excavaciones inexpertas nunca o mal publicadas y por la pobreza de los materiales entregados.

No se pueden olvidar aquí los grupos considerados dolménicos de la vertiente meridional del Pirineo de las comarcas de la Cerdaña, Alto Urgel, Pallars y del Solsonés (fig. 1: C, D y E), estudiados y sintetizados por L. Pericot, del bronce pleno, donde parecen percibirse las raíces de los túmulos del Segre y del Bajo Aragón, si comparamos sus estructuras y dimensiones. En Pallars se conocen una docena, en el Alto Urgel y Cerdaña más de medio centenar y en el Solsonés una cifra aproximada (18).

(17) J. P. MOHEN: «L'âge du fer en Aquitanie». *Memoires de la Société Préhistorique Française*, 14, París, 1980, pág. 112.

M. GOURDON: «Les tumulus de Pla de Beret, Vallée d'Aran (Espagne)», en *Materiaux pour l'Histoire de l'Homme*, París, 1978, págs. 130-131.

(18) L. PERICOT GARCIA: Op. cit. en la nota 14.

J. PADRO PARCERISA: «Consideracions sobre els enterraments de l'Edat del Bronce a la Cerdanya». *Cypsela*, I, Girona, 1976, págs. 91-97.

Aunque existe variedad de estructuras, es un hecho ya constatado por L. Pericot y J. Maluquer (19), el predominio de la cista pequeña, que apenas llega al metro en ciertos ejemplares, como las supuestas derivadas de Pedrós, Roques de Sant Formatge, Cascarujo, Loma de los Brunos y Coll del Moro de Gandesa (20) (fig. 4).

Los túmulos con cista megalíticos tienen un diámetro entre 5 y 11 metros, rodeados de anillo de piedras clavadas, presentando algunos (Bressol de la Mare de Deu de Correá) (fig. 1: D) el enlosado típico de ciertos ejemplares del Ebro. Incluso, como en el Ebro y por pura convergencia, el túmulo dolménico en ocasiones adquiere la planta rectangular (Cal Conill Gros, Cal Pallot, Llorenç, Castellnou de Basella, Serrat dels Moros). El rito general es de inhumación y tendencia individual, por las pequeñas dimensiones de la cista y por los hallazgos antropológicos, que se reducen a uno o dos individuos. El ajuar funerario los sitúa en un horizonte del bronce pleno con pervivencias calcolíticas, debiéndose destacar algún fragmento de campaniforme, cerámica lisa, incisa, tosca de cordones, formas de vasos carenados, asas de apéndice de botón, agujas y pulseras de bronce, cuentas de concha y de esteatita, láminas y otras piezas de sílex.

No deja de ser interesante la larga pervivencia de estas cistas, corroborada por la presencia de cerámicas hallstattizantes en sepulcros como Codonyet de Bergueda o tumba del General en el Solsonés, bordes decorados con impresiones digitales, fechados en el bronce

J. PADRO PARCERISA, J. ABELANET y M. CURA MORERA: «Sepulcros megalíticos de la Cerdanya y del Capcir». *Corpus de Sepulcros Megalíticos de España*, 8, Barcelona, 1975.

M. CURA MORERA, A. M. FERRAN, J. PADRO PARCERISA y J. MALUQUER DE MOTES: «Los sepulcros megalíticos de Cortiuda (Peramola, Alt Urgell)». *Pirineos*, 102, Jaca, 1971, págs. 93-99.

(19) J. MALUQUER DE MOTES: «Las culturas hallstáticas en Cataluña». *Ampurias*, VII-VIII, Barcelona, 1946, págs. 115-184.

(20) J. L. MAYA GONZALEZ: «Las necrópolis tumulares ilerenses», en «Els pobles pre-romans del Pirineu», 2 Col·loqui Internacional d'Arqueologia de Puigcerdà, Puigcerdà, 1978, págs. 83-96.

J. L. MAYA GONZALEZ, L. DIEZ-CORONEL MONTULL y A. PUJOL: «La necrópolis tumular de incineración de Pedrós, Serós (Lérida)». *Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología* (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, págs. 611-622.

R. PITA MERCE y L. DIEZ-CORONEL MONTULL: «La necrópolis de Roques de Sant Formatge en Serós (Lérida)». *Excavaciones Arqueológicas en España*, 59, Madrid, 1968.

J. TOMAS MAIGI: «Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica». *Caesaraugusta*, XIII-XIV, Zaragoza, 1959, págs. 79-127, y *Caesaraugusta*, XV-XVI, Zaragoza, 1960, págs. 41-87.

A. BRUHL: «Excavaciones en el Cabezo del Cascarujo, término de Alcañiz (Teruel)». *Memorias de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades*, 121, Madrid, 1932.

J. J. EIROA GARCÍA: Op. cit. en la nota 4.

M. FERRER MORRÓN: «Necrópolis del Coll del Moro, Gandesa». *Les Excavacions Arqueològiques a Catalunya en els darrers anys, Excavacions Arqueològiques a Catalunya*, 1, Barcelona, 1982, págs. 238-241.

final en el poblado de Sant Feliú de Llo (21), en Cerdaña, asas de apéndice de botón análogas a las del Segre y Bajo Aragón, sin que pueda pasarse por alto la fecha de 660 a. C., de C 14, de la cista de la Fossa del Moro del Coll d'en Bertrán de Cortiuda (Peramola) en el Alto Urgel (22).

Un caso anómalo, por la ausencia de túmulos intermedios, es el grupo tumular de incineración del Corral de Mola (Uncastillo) (23) con anillos concéntricos, empedrados y con interesante ajuar funerario de bronce, fechables en la segunda mitad del siglo VII y principios del siglo VI a. C.

Por sus características singulares, justo sería concluir, primeramente en la autoctonía de los túmulos del Pirineo, en el sentido de ausencia de relación de origen con los grupos renanos, franceses orientales y del Languedoc, y en segundo lugar en su carácter prototípico con respecto a los túmulos del Bajo Segre y Bajo Aragón, que cambiaron el rito de la inhumación por la superposición de la incineración hallstattizante, a la vez que simultáneamente recibían otros elementos culturales de esta corriente.

Frente al panceltismo hispano de los años cuarenta (24), podría abogarse por un autoctonismo, modificado por influencias y corrientes, hallstattizantes primero, y orientalizantes después. Es decir, aquellas teorías que negaban la entidad ibera como pueblo y como cultura, porque la raíz era considerada celta, podría cristalizarse ahora en otra visión más convincente, interpretada por simples fenómenos de aculturación. Existiría un sustrato étnico y cultural, todavía no bien definido, sobre el que incide una corriente hallstattizante del bronce final del Languedoc (hacia el 800 a. C.) mezclada con otros elementos de tradición del bronce medio, y cuando todavía perdura ésta, sobrevienen otras dos, orientalizantes, semita meridional (fines del siglo VII a. C.) y griega ampuritana (mitad del siglo VI a. C.) que, por su superioridad cultural e intensidad abortan a la primera, más arcaica y pobre, creando el fenómeno o cultura ibérica, desde fines del siglo VI a. C. A su vez, desde este momento de finales del siglo VI a. C., el área hispana no mediterránea va celtizándose por intensos aportes, tanto étnicos como culturales, a través del Pirineo occidental, configurán-

(21) P. CAPMAJO: «Le site de Lló». *Cypsela*, 1, Girona, 1976, págs. 83-90.

(22) Véase nota 18.

(23) M. BELTRAN LLORIS: «Teoría del Museo, II. El Museo Provincial de Zaragoza (1974-1978)». *Caesaraugusta*, 45-46, Zaragoza, 1978.

(24) Véase la nota 1.

dose el mundo celtibérico de Cogotas II, la edad del hierro propiamente dicha.

Los campos de urnas se generalizan con gran fuerza expansiva muy tempranamente en el bronce medio centroeuropeo con el nuevo rito funerario de la incineración que se impone en el hallstatt A (1200-1100 a. C.).

En la Península Ibérica este rito, exceptuando algunos ejemplos esporádicos del megalitismo de Andalucía oriental, de los Husos alaveses y, al parecer, de algunas mámoas gallegas, no es normal hasta el hallstattizante por el nordeste y hasta el orientalizante por el sur. Estas dos corrientes incineradoras, ultrapirenaica y oriental, sensiblemente coetáneas, van penetrando hacia la Meseta, hasta generalizarse a partir de mediados del siglo VI a. C. con Cogotas II, cuando ya ha desaparecido en este horizonte la cerámica excisa.

En Navarra y Rioja no arraiga la incineración hasta muy tarde, hacia el final del siglo VI a. C. en adelante (La Atalaya del Valtierra) (25). En Alava el origen de la incineración en cueva está muy confuso por el carácter removido de los estratos de algunas cuevas excavadas (26), iniciándose antes, al parecer en los hoyos de incineración, silos o basureros. La incineración comienza por la corriente languedociense en el Ampurdán y Cataluña oriental con la modalidad de campos de urnas y en el Segre y Bajo Aragón con la de los túmulos, siendo curioso que los túmulos del Segre aparezcan, hasta el presente, sólo al sur de Balaguer y Almenar hasta la desembocadura de este río en el Ebro (Castellet de Mequinenza), con intrusiones por los afluentes orientales, Cinca, Alcanadre, Flumen, hasta los Castellazos de Robles (Huesca) y traspasando el Gállego hasta el Corral de la Mora (Cinco Villas) y, por supuesto, en todo el Bajo Aragón hasta el Coll del Moro de Gandesa (27).

Observando un mapa de distribución de la incineración en el sur de Francia y en el nordeste hispano, da, efectivamente, la sensación de que este rito penetra por el Ampurdán, siguiendo la clásica doble trayectoria de vías naturales, una a través de la depresión central catalana hacia el valle inferior del Segre y otra, paralela y al sur de ella, por

(25) J. MALUQUER DE MOTES y L. VAZQUEZ DE PARGA: «Avance del estudio de la necrópolis de La Atalaya, Cortes de Navarra». Príncipe de Viana, LXV, Pamplona, 1956, págs. 389-454.

(26) A. LLANOS ORTIZ DE LANDALUCE: «El rito de incineración en el País Vasco-Navarro». Crónica del XI Congreso Nacional de Arqueología (Mérida, 1968), Zaragoza, 1970, págs. 349-357.

(27) Véanse las notas 20 y 23.

la costa catalana hacia el bajo Ebro, separadas ambas por los macizos montañosos del Montseny, San Lorenzo, Montserrat, Queralt y Montsant. Remontando el Ebro, penetrará en el Sistema Ibérico y en la Meseta.

Resultan incomprensibles las altas fechas que se aplican a las incineraciones, supuestas más arcaicas del nordeste, como Can Misert de Tarrasa (28), con una cronología de fines del II milenio para sus inicios, siendo así que en el Languedoc occidental, de donde parece originario el rito, comienza éste en la fase Mailhac I (750-650 a. C.), según O. Taffanel (29), de la necrópolis de Le Moulin y Las Fados, coetáneas a Agullana I. Guilaine intenta solucionar el problema haciendo corresponder las primeras incineraciones del Languedoc occidental con el bronce final III A o campos de urnas II de Kimmig (1000-800 a. C.), como si se tratase de pequeños grupos arcaicos y esporádicos de incineradores, que habitan las zonas altas (30). Está constatado que la incineración en Languedoc se generaliza en la fase 3 de Taffanel, bien representada en la necrópolis de Grand Bassin I (650-550 a. C.). Estos datos, corroborados en el Languedoc, obligan necesariamente a ser prudentes en la utilización de las altas cronologías aplicadas a ciertas necrópolis de los campos de urnas hispanos y a rebajar las fechas iniciales, hasta ahora propuestas, al siglo VIII a. C. No hay que olvidar que en Agullana I la fíbula de doble resorte de la tumba 207, aparecida con una urna con decoración incisa de trazo doble geométrica (31), no puede atribuirse de ninguna manera a una fecha anterior a mediados del siglo VII a. C., y el resto de las necrópolis del Ampurdán, como Punta del Pi, Perelada, Camallera, Capsec, Anglés, etc., son coetáneas o posteriores a Agullana I.

Estas consideraciones, basadas en el análisis de contextos de necrópolis, conducen a admitir una fecha dentro del siglo VIII a. C.

(28) P. BOSCH GIMPERA y J. COLOMINAS ROCA: «La necrópolis de Can Misert (Terrassa)». Anuari de l'Institut d'Estudis Catalans, VI, 1915-1920, Barcelona, 1923, págs. 582-586.

S. VILASECA ANGUERA: «Nuevos yacimientos tarraconenses con cerámica acanalada». Reus, 1954.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 7.

(29) O. TAFFANEL: «Le Languedoc au Premier Âge du Fer». Journées d'Études de Sète, Sète, 1975.

(30) J. GUILAINE: «L'Âge du Bronze en Languedoc Occidental, Roussillon, Ariège». Mémoires de la Société Préhistorique Française, 9, Paris, 1972, págs. 314-327.

J. GUILAINE: «L'Âge du Bronze Final III en Languedoc au Premier Âge du Fer». Journées d'Études de Sète, Sète, 1976, págs. 10-26.

(31) P. DE PALOL SALELLAS: «La necrópolis hallstática de Agullana (Gerona)». Bibliotheca Praehistorica Hispana, I, Madrid, 1958.

para los inicios de las necrópolis de incineración en hoyo del Ampurdán y de Cataluña oriental y de los túmulos del Segre y Bajo Aragón, recipiendarios del nuevo rito. Incluso, cabría contemplar si las incineraciones esporádicas del Levante y del sudeste, como los túmulos del horizonte I de Peña Negra de Crevillente, estudiados por A. González Prats (32), así como las cistas y hoyos de incineración almerienses de tipo Querénima, con fíbulas de doble resorte, estudiadas por Siret (33), corresponden a una cronología no anterior al siglo VII a. C., debiéndose cuestionar también si la influencia de la incineración en el sudeste y Levante (Mas de Musols) es de influencia ultrapirenaica o más bien orientalizante.

(32) A. GONZALEZ PRATS: Op. cit en la nota 11.

(33) L. SIRET: «Villaricos y Herrerías. Antigüedades púnicas, romanas, visigóticas y árabes». Memoria de la Real Academia de la Historia, XIV, 1907, Madrid, 1908.

JOSE M.^a BLAZQUEZ MARTINEZ
MARIA PAZ GARCIA-GELABERT PEREZ

(Madrid)

**LA NECROPOLIS DE «EL ESTACAR DE ROBARINAS»,
CASTULO: TIPOLOGIA DE LOS ENTERRAMIENTOS**

Las necrópolis de la Alta Andalucía hasta hace pocos años apenas habían sido estudiadas con el detenimiento que unos monumentos de este tipo requiere, ni puestos en valor los rasgos exhumados. Afortunadamente las tendencias actuales, considerando la enorme importancia que encierran los recintos sepulcrales, tienden a ocuparse detenidamente de los mismos. No sólo se valoran las estructuras y la modalidad de enterramiento, sino que el investigador, durante los trabajos de campo, recoge el mayor número de muestras susceptible de estudio, que posteriormente son analizadas en laboratorio por los correspondientes expertos. De esta forma se recrea el ambiente original en el que se encontraba enmarcada la necrópolis tratada y aún más, medio y forma en que se desarrolló la vida en la época en que la misma funcionaba. El carbón, el polen, las tierras, la cerámica, los metales, la micro/macro fauna, además, obviamente, de los restos óseos humanos, aportan una serie de datos que convergen en el estudio general, componiendo el cuadro, si no de la vida cotidiana de la sociedad que la construyó, sí al menos una aproximación a su organización socioeconómica.

En Castulo las últimas excavaciones efectuadas (1982-1983) lo fueron en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», situada al Oeste de la ciudad, sobre la primera terraza cuaternaria del río Guadalimar,

limitada por la curva de nivel de 200 metros, y a una altura de 20 metros sobre el nivel del río, en una zona amesetada que se eleva hacia el Norte hasta 300 metros. Se llevaron a cabo conforme a una rígida línea de trabajo dirigido hacia dos frentes complementarios: estudio de las estructuras funerarias y análisis ambiental y socioeconómico. Con ello se espera recobrar la información que hasta ahora no ha podido suministrar el poblado referido a la época de esplendor de los oretanos, es decir, los siglos V-IV a. C. Como hemos repetido en numerosas ocasiones, las viviendas aún no se han localizado, pese a los numerosos sondeos efectuados en el área de la ciudad, aunque podemos suponer se ubica, al menos la cimentación, bajo los muros del posterior poblamiento romano. Ello no ha de extrañar si tenemos en cuenta que la sociedad oretana, aún rica, se hallaba en un estado medio de desarrollo, que derivaría lógicamente hacia una sociedad compleja, si la conquista romana no hubiera impedido su normal evolución. Este precario desarrollo implicaba sin duda lugares de habitación construidos con materiales en muchos casos perecederos, al menos paredes y cubiertas. Si a ello añadimos la ocupación intensa de la zona por un número importante de comerciantes, funcionarios y militares romanos, en función de la explotación de las minas de plata, tendremos los factores más importantes que abocaron a la desaparición del poblado prerromano.

Es por ello que las necrópolis que rodean Castulo prácticamente por los cuatro puntos cardinales, la mayoría con una cronología similar, finales del siglo V mediados del IV a. C., son un documento de valor inapreciable para conocer el grado de civilización oretana.

En esta comunicación nos vamos a ceñir a un análisis tipológico de las estructuras funerarias que hallamos en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», aún en fase de excavación, a pesar de haber empleado en la misma cuatro campañas (1). La tipología de enterra-

(1) Las dos primeras campañas, realizadas en 1973 y 1976, se hallan publicadas en:

J. M.ª BLAZQUEZ MARTINEZ y J. REMESAL RODRIGUEZ: «La necrópolis del Estacar de Robarinas», en J. M.ª BLAZQUEZ MARTINEZ: «Castulo, II», Excavaciones Arqueológicas en España, 105, Madrid, 1979, págs. 347-395.

Las campañas de 1982 y 1983 se publicarán en fecha próxima.

Otros estudios sobre la necrópolis citada en:

J. M.ª BLAZQUEZ MARTINEZ y J. REMESAL RODRIGUEZ: «Hallazgos en la necrópolis oretana de Castulo», en Crónica del XIII Congreso Nacional de Arqueología (Huelva, 1973), Zaragoza, 1975, págs. 639-658.

J. M.ª BLAZQUEZ MARTINEZ y M.ª P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «Análisis de los pavimentos de cantos rodados en Castulo (Jaén)», en Revista de Arqueología, año VI, núm. 51, Madrid, 1985, págs. 13-22.

J. M.ª BLAZQUEZ MARTINEZ y M.ª P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «Nueva campaña de excavaciones de la necrópolis del Estacar de Robarinas, Castulo, Linares», en Crónica del XVII

mientos, unida a los datos aportados por las muestras referidas arriba y, su posterior elaboración, creemos podrán completar el cuadro general que ya tenemos esbozado.

Como punto de comparación trataremos asimismo las restantes necrópolis del área, es decir, «Los Patos», «Baños de la Muela», «Molino de Calдона», «Casablanca» y el túmulo de los «Higuerones» (2), todas ellas coetáneas.

Con el resto de las necrópolis, lo mismo de la Alta Andalucía que de otros puntos de la Península relacionados con esta región, como es el SE. y Levante, por el momento no insistiremos en paralelizar más que lo preciso nuestras estructuras, puesto que aún carecemos de la amplitud de perspectiva necesaria para que el establecerlos pueda ser de valor científico.

Durante 1982 y 1983 se excavaron en Robarinas 872 m² en un primer bloque que podríamos denominar núcleo central, al Norte del espacio excavado en las campañas de 1973 y 1976, a más de otros 21 m² a unos 400 metros, aproximadamente, al Este.

La estratigrafía general es muy sencilla:

Estrato I: Suelo de base compuesto de gravas, arenas, limos y especialmente conglomerados sueltos de gruesos cantos silíceos, englobados en un cemento arcilloso muy duro.

Estrato II: Nivel de construcción de la fase arcaica de la necrópolis.

Estrato III: Nivel de construcción de la fase moderna. En algunas

Congreso Nacional de Arqueología (Murcia, 1984), en prensa J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ y M. P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «Estudio de un broche de cinturón de la necrópolis de El Estacar de Robarinas (Castulo, Linares)», Salamanca, 1984.

J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ y M. P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «La necrópolis de El Estacar de Robarinas: Influencias griegas en Castulo», Málaga, 1984.

J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ y M. P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «Consideraciones en torno a los mosaicos de cantos rodados de Castulo (Jaén)», en mesa redonda hispano-francesa sobre mosaicos romanos en España, Madrid, 1985.

J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ y M. P. GARCIA-GELABERT PEREZ: «Estudio de los fragmentos escultóricos hallados en la necrópolis de El Estacar de Robarinas, Castulo», en Archivo Español de Arqueología, núm. 57, Madrid, 1985, en prensa.

(2) La necrópolis de «Los Patos», «Baños de la Muela» y «Casablanca», en:

J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ: «Castulo, I», en Acta Archaeológica Hispana, 8, Madrid, 1975, págs. 41-226.

La del «Molino de Calдона», en:

A. ARRIBAS PALAU y F. MOLINA GONZALEZ: «La necrópolis ibérica del Molino de Calдона (finca Torrubia)», en Oretania, núms. 28-33, Linares, 1968-69.

Y el túmulo de «Los Higuerones», en:

J. R. SANCHEZ MESSEGUER: «Los Higuerones», en J. M. BLAZQUEZ, op. cit. en primer lugar de esta nota, págs. 416-426.

ocasiones estas sepulturas se erigieron sobre las antiguas, deteriorando sus paredes y ajuares.

Estrato IV: Nivel sin significación cultural, compuesto por el material superior de la fase moderna, destruido y revuelto por los agentes exteriores.

Estrato V: Nivel superficial, humus.

La fase más arcaica se asienta sobre un suelo artificial, previamente preparado sobre el estrato de base, compuesto de arcilla rojiza, muy pura, apisonada, que a veces toma una especial dureza, característica indicativa de haber estado sometida a la acción de un fuego. Esta disposición previa a la recepción de los cadáveres, confeccionando un piso artificial es muy común, y puede observarse en necrópolis anteriores, como las de Pozo Moro, Medellín o Setefilla, entre otras —hacia el 500 a. C., mediados siglos VI-V a. C., y fines siglo VII, principios del siglo VI a. C., respectivamente— (3), también en las necrópolis contemporáneas de Castellones de Ceal y Baza (4), y en las tumbas de empedrado tumular de las áreas sepulcrales del SE. y Levante, contemporáneas y posteriores (5). En las ya citadas necrópolis coetáneas de Castulo se da la misma tónica (6).

(3) Véase, para «Pozo Moro»:

M. ALMAGRO GORBEA: «Informe sobre las excavaciones en Pozo Moro, Chinchilla (Albacete)», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*. Prehistoria, 5, Madrid, 1976, págs. 377-383.

M. ALMAGRO GORBEA: «Los relieves mitológicos orientalizantes de Pozo Moro», en *Trabajos de Prehistoria*, 35, Madrid, 1978, págs. 251-278.

M. ALMAGRO GORBEA: «Pozo Moro y la formación de la Cultura Ibérica», en *Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia*, 13, Valencia, 1978, págs. 227-250.

Para las demás necrópolis citadas, véase:

M. ALMAGRO GORBEA: «La necrópolis de Medellín (Badajoz). Aportaciones al estudio de la penetración del influjo orientalizante en Extremadura», en *Noticiario Arqueológico Hispánico*, XVI, Madrid, 1971, págs. 159-202.

M. ALMAGRO GORBEA: «El Bronce Final y el Período Orientalizante en Extremadura», *Bibliotheca Praehistorica Hispana*, XIV, Madrid, 1977.

M. E. AUBET SEMMLER: «La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla», Programa de Investigaciones Protohistóricas dirigido por Juan Maluquer de Motes, II, Barcelona, 1975.

M. E. AUBET SEMMLER: «La necrópolis de Setefilla, en Lora del Río, Sevilla, Túmulo B», en Programa de Investigaciones Protohistóricas dirigido por Juan Maluquer de Motes, III, Barcelona, 1978.

J. MALUQUER DE MOTES y M. E. AUBET SEMMLER: «Andalucía y Extremadura», Barcelona, 1981.

(4) Para Castellones de Ceal y Baza, véase:

C. FERNANDEZ CHICARRO Y DE DIOS: «Prospección arqueológica en los términos de Hinojares y La Guardia», en *Boletín del Instituto de Estudios Giennenses*, 6, Jaén, 1955, págs. 89-99.

F. PRESEDO VELO: «La necrópolis de Baza», en *Excavaciones Arqueológicas en España*, 119, Madrid, 1982.

(5) E. CUADRADO DIAZ: «Las necrópolis peninsulares en la baja época de la cultura ibérica», en *La baja época de la cultura ibérica*, Madrid, 1979, pág. 61.

(6) Véase la bibliografía citada en la nota 2.

La superficie investigada parece representar alrededor de una cuarta parte de la extensión total de la necrópolis, a juzgar por los testigos de enterramientos que mediante prospecciones se han detectado en diversos puntos hacia el Norte, Este y Oeste. Por esta circunstancia es prematuro apuntar hacia una posible ordenación de las sepulturas, hasta que no se posea una más amplia visión de conjunto. Por el estudio del área tratada se puede adelantar que no siguen un patrón definido. Por el momento la articulación de unas con otras se presenta anárquica, no observándose en absoluto una agrupación por tipos que pudiera indicar que unos determinados se asocian, lo que sería testigo de alguna ordenación basada en grupos familiares, oficios o simplemente sexos. Sí, en cambio, se advierte fácilmente una orientación del total de los enterramientos conforme a un eje Este-Oeste.

La posible valla o muro de cerramiento de la necrópolis, si la hubiere, aún no ha sido hallada por las circunstancias arriba señaladas. Únicamente la zona Sur, excavada en 1973 y 1976, sería susceptible de aportar este dato, mas la Memoria correspondiente no alude en absoluto al mismo, lo que implica que hacia este lado o no existía o desapareció al hallarse lindando con los cortados de la terraza. Determinados grupos de tumbas, especialmente las halladas en el cuadro A1 —la extensión excavada se cuadrículó, marcándose sondeos de 3 × 3 metros de lado, cuya denominación se realizó conforme a un sistema de letras y números según eje de coordenadas cartesianas—, se hallan cercadas por un encachado de cantos planos medianos, que parecen definir un recinto privado: uno de ellos, el más significativo contiene cuatro enterramientos, cada uno de los cuales corresponde a un tipo diferente, lo que es señal evidente que un tipo determinado no define un grupo familiar, si presuponemos que el cercado encierra los restos de una sola familia.

El rito de enterramiento documentado es el de la cremación. La única inhumación hallada se refiere a un cadáver colocado en posición fetal, directamente en tierra sin ningún ajuar, al Norte de lo que se interpretó como un túmulo escalonado (7), nada se puede afirmar de este individuo, ni siquiera si corresponde a la misma época.

La cremación no se realizaba al parecer en el mismo lugar del enterramiento, pero sí cercano en *ustrina*. Se ha descubierto un *ustrinum* (lám. 4.1) en la zona NE., preparado como los sepulcros con una capa de arcilla pura de alrededor de 5 centímetros de grosor, extendida

(7) BLAZQUEZ MARTINEZ y REMESAL RODRIGUEZ: Op. cit. en la nota 1, en primer lugar, pág. 365. Hallado en la campaña de 1973.

sobre el suelo virgen, aquí totalmente calcinada. El *ustrinum*, de 2 metros de largo por 1 metro aproximadamente de ancho, orientado al igual que las sepulturas, Este-Oeste, estaba delimitado por un empedrado formado por tres hileras, colocadas de manera desigual, de cantos rodados y aristados, de tamaño medio, trabados con una ligera capa de tierra batida. Anterior a su construcción, siguiendo un rito que desconocemos, se depositaron tres vasos áticos, que como consecuencia de la colocación de la piedra se fracturaron en numerosos fragmentos. No creemos sea este el único *ustrinum* al servicio de la necrópolis, más bien parece estar asociado a aquel grupo de tumbas cercadas por el enchachado de piedra plana, que describimos.

El cadáver era quemado a fuego intenso, suponemos que con su ajuar personal, aunque a veces parte del mismo no presenta huellas de haber estado en la pira, y los restos en ocasiones se tamizaban, lavaban, separaban de las cenizas y colocaban en urnas. Generalmente este tipo de enterramiento no suele presentar más que los restos limpios, hecho que también se observa en numerosas necrópolis, anteriores y contemporáneas (Setefilla, Frigiliana, la Joya, Rachgoun, Medellín, Baza, Castellones, Baños de la Muela, etc.). Creemos posible que la urna se envolviera en un lienzo como parecen probarlo los restos de tejidos adheridos a una vasija hallada en la excavación de 1973 (8), que se repite en otra expuesta en el Museo Provincial de Jaén.

Las cenizas, separadas de los restos óseos, pudieron arrojarse a un pozo practicado para tal fin, de forma circular, no muy regular, descubierto prácticamente en el centro de la zona excavada, de 1'27 metros de profundidad y 0'60 metros de diámetro, tanto las paredes como la base se recubrían con arcilla roja. Contenía una enorme cantidad de ceniza y carbón, muy sueltos. Los restos de carbón indican que el ramaje que prendió la pira pertenecía a alguna especie de *quercus*, aún no determinada claramente, vegetación climax mediterránea. Una vez colmatado el pozo se selló con una serie de lajas planas.

No es esta la forma única de tratar los huesos una vez incinerado el individuo, ya que es común, asimismo, que huesos, cenizas y ajuar se depositen en tierra previa excavación de una ligera cavidad, que se cubre con capa de arcilla. Depositado el producto de la cremación éste se protege con otra capa de arcilla de las mismas características que la primera, es decir, roja, muy pura y de un grosor aproximado de 5 centímetros.

(8) BLAZQUEZ MARTINEZ y REMESAL RODRIGUEZ: Op. cit. en la nota 1, en primer lugar, pág. 368.

La tipología de los enterramientos se ha establecido en base al receptáculo de las incineraciones y a su estructura formal, de la que resultan ocho tipos primarios:

I. Tumba con estructura tumular, circundada por una cenefa de pequeños guijarros, a la que se asocia otra en ángulo.

II. Tumba de las mismas características que las del tipo I, mas sin segunda cenefa asociada.

III. Tumba circular de piedra.

IV. Tumba cuadrangular de piedra.

V. Cista.

VI. Tumba en fosa.

VII. Enterramiento en urna.

VIII. Grandes monumentos.

Tipo I

Los restos incinerados se depositaron en un pequeño hoyo excavado previamente, preparado como indicamos arriba. A continuación se levantó una construcción tumular, que parece tener aproximadamente 0'50 metros de alzado, no se conserva ninguna completa. Se compone de sillares de arenisca amarilla muy deleznable, a veces bien tallados y escuadrados, que alternan con piedra menuda. A ella rodea una cenefa de guijarros (9), de pequeño tamaño, de color blanco o negro, la alternancia de ambos colores, así como la colocación puede formar dibujos geométricos simples, a base de ajedrezados, roleos, rombos, meandros, esvásticas, etc., que recuerdan las grecas de los vasos griegos muy abundantes en la necrópolis. La forma general suele ser cuadrada, de alrededor de 1 metro de lado. Este tipo de enterramiento lleva asociada otra cenefa de las mismas características constructivas y estilísticas que la primera, formando un ángulo con el vértice adyacente a uno de sus lados (lám. 1).

Generalmente este tipo, como el II, han sido violados de antiguo, por lo que es muy difícil hacer el inventario completo del ajuar que pudo acompañar al difunto. La mayoría de los objetos metálicos aquí

(9) BLAZQUEZ MARTINEZ y GARCIA-GELABERT PEREZ: «Análisis de los pavimentos...» y «Consideraciones...», citados en la nota 1.

D. FERNANDEZ GALIANO y J. VALIENTE MATA: «Origen de los pavimentos hispánicos de guijarros», en Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, III, Madrid, 1983, págs. 21-45.

D. FERNANDEZ GALIANO: «New lighth on the origin of floor mosaics», en *The Antiquaries Journal*, 62, Oxford, 1982.

D. FERNANDEZ GALIANO: «Influencias orientales en la musivaria hispánica», en *III Colloquio Internazionale sul mosaico antico*, 1984.

han desaparecido, si es que los hubo, y sólo restan fragmentos más o menos conservados de vasos griegos, de barniz rojo, grises, o comunes pintados.

El espacio circundado por la segunda cenefa nos lleva a pensar en la delimitación de un espacio dedicado a actividades rituales, dependientes de la tumba aneja.

Los vasos griegos ofrecidos como ajuar, *kylikes*, *oionochoai*, *kántharos*, *kratères*, *skyphoi*, documentados en todas las necrópolis de la zona arqueológica de Castulo, así como en Galera, Baza, Castellones de Ceal, y en otros muchos contextos funerarios peninsulares, además de documentar un intenso comercio, pueden ser indicativos de los ritos realizados durante los funerales. Probablemente se elegían vasos con representaciones que obedecían a ritos que se daban en la realidad en los funerales. Los *kylikes* indican que se consumía el vino en los ritos funerarios, al igual que se hacía en los rituales etruscos, como se aprecia en la tumba del Varón en Tarquinia, datada hacia el año 510 a. C. (10). Este ritual del vino explicaría satisfactoriamente la frecuencia con la que aparecen vasos griegos con escenas dionisiacas en las tumbas ibéricas (11). La presencia de pebeteros, señala el uso de aromas en el ritual funerario, que parece ser introducido en Occidente por los fenicios. Entre los semitas, como entre los judíos y griegos, el cadáver era lavado y perfumado y se quemaban aromas al depositarse en la tumba, todo exactamente a como pudo ser entre los oreanos, como se hizo con el rey judío Asa (2 Par. 16, 14): «se le puso en un lado lleno de aromas y perfumes, preparados según el arte de la perfumería y se quemó además en honor suyo una cantidad muy considerable de ellos» (también 2 PLart. 21, 19. Jer. 34, 5).

En Grecia, tanto en el período arcaico como clásico era frecuente sobre la tumba la ofrenda de bebidas y las comidas hechas en ella (*perideipnon*) (12). Estos espacios delimitados por la greca de guijarros bien pudieran haber sido dedicados a alguna de estas actividades. Los depósitos quemados que hemos descubierto, conteniendo cenizas, huesos de animales y tiestos de jarros o cuencos, son probablemente restos de estos banquetes rituales.

(10) M. SPRENGER et alii: «The Etruscan», Nueva York, 1983, láms. 96-97.

M. PALLOTINO: «La peinture étrusque», Ginebra, 1952, págs. 55 y ss.

(11) G. TRIAS DE ARRIBAS: «Cerámicas griegas de la Península Ibérica», Valencia, 1967 y 1968, *passim*.

(12) D. C. KURTZ y J. BOARDMAN: «Greek burial customs», Londres, 1971, págs. 143 y ss.

Este tipo no lo hallamos en ninguna de las necrópolis de los alrededores y corresponde únicamente a la fase arcaica, en la que representa un 5'26 %.

Tipo II

Presenta idénticas características de tamaño, forma y contenido que el tipo I, exceptuando que carece del espacio sagrado que la cenefa en ángulo parece delimitar (láms. 1 y 2.1, 2).

El porcentaje de este tipo es el mayor con respecto a los restantes y se da tanto en la fase arcaica (31'57 %), como en la moderna (53'84 %).

Todas las tumbas fueron violadas de antiguo, sin duda debido a que el alzado del túmulo las haría muy visibles, por lo que únicamente han aportado ajuar cerámico. No obstante, es extraño que ni siquiera se haya podido recoger un fragmento metálico, lo que quizá pudo implicar que en ellas no se depositara armamento, que por lo fragmentado que aparece en otros recintos, bien pudo dejar algún leve indicio. La excepción es un enterramiento, el de mayor envergadura encontrado hasta ahora en la parte de necrópolis tratada, cuyas dimensiones suponen el doble del de los restantes de su mismo tipo. La cenefa que lo circunda dibuja una sucesión continua de triángulos, alternando los compuestos por cantos de color blanco, con los compuestos por cantos de color negro. Del vértice de los ángulos, hacia el exterior, surgen dos volutas, constituidas por dos bandas blancas y la central negra. Este elemento decorativo debió repetirse en las cuatro esquinas, pero a nosotros solamente han llegado dos de los lados que componen un ángulo. El ajuar, fue respetado, sin duda porque estaba descentrado del monumento, hecho que le hizo pasar desapercibido. No sabemos concretamente el «status» social del individuo allí depositado, pero por los datos que aporta el ajuar a él asociado, inferimos que debió tratarse de un guerrero, probablemente un mercenario procedente de las tribus de la Meseta, a juzgar por determinados elementos aparecidos, como una espada de antenas atrofiadas semejante a las del área cultural Miraveche-Monte Bernorio-Cogotas. Junto a ella se encontraba su vaina. La espada presenta una decoración en la cruceta a base de incisiones circulares, que probablemente estuvieron rellenas de hilo de plata. Hay asimismo una amplia serie de objetos diversos de hierro, muy deteriorados, alguno de los cuales pudiera corresponder a los restos de los arreos de un caballo; dos fíbulas anulares de bronce, un arete de oro y un broche de cinturón que pertenece al tipo que Cabré

denomina andaluz (13). La placa activa consiste en un rectángulo embellecido con decoración geométrica a base de volutas y motivos en S, en los que domina una total simetría; en la pasiva la decoración consiste únicamente en una serie de líneas paralelas longitudinales, punzonadas y líneas simples de granete apenas perceptibles (14). El diseño de la placa activa se realizó mediante la técnica de damasquinado con hilo de plata. Este broche ofrece una similitud extraordinaria con uno hallado en un enterramiento post-hallstático de la provincia granadina, al que acompañaba, como en el nuestro, una espada de hierro de antenas atrofiadas, con su correspondiente funda, además de cuatro ejemplares de lanza y una hoz. Los componentes de este ajuar son para Pellicer «un simple pero interesante dato arqueológico explicativo de los complejos movimientos célticos conocidos de manera tan somera a través de las “fontes”» (15). La estructura y decoración es también muy semejante a un broche de Cerro Amarejo, Bonete (Albacete) y a otro de Elche, el primero decorado también con damasquinado (16).

Con respecto a la posible presencia celta en Castulo, no se puede hablar en la mayoría de los casos de conquistas, ni siquiera de una verdadera expansión continuada, sino más bien de filtraciones de bandas, o de la presencia de elementos culturales de los pueblos de la Meseta, debida a mercenarios o al comercio con el Sur y con el Levante Ibérico.

(13) J. CABRE AGUILO: «Broches de cinturón de bronce damasquinados con oro y plata», en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, XIII, Madrid, 1937, pág. 94.

(14) La decoración de la placa activa se halla en dos campos bien delimitados. La más cercana al gancho de sujeción es la que Cabré coloca en el primer grupo: J. CABRE AGUILO: «Decoraciones hispánicas», en *Archivo Español de Arte y de Arqueología*, vol. IV, Madrid, 1928, págs. 97 y ss. La inferior pertenece al segundo grupo de Cabré, loc. cit.

(15) M. PELLICER CATALAN: «Un enterramiento post-hallstático en Granada», en *Crónica del VI Congreso Arqueológico Nacional (Oviedo, 1959)*, Zaragoza, 1961, pág. 156 y fig. 2.2.

(16) CABRE AGUILO: Op. cit. en la nota 14, figs. 1 y 2. Otras placas rectangulares con nielado son las piezas de Despeñaperros, Santa Elena, Jaén e Hinojares, todas en la provincia de Jaén, con una clara tendencia en su decoración a la abstracción, muy propia del arte celta.

C. FERNANDEZ-CHICARRO Y DE DIOS: «Un broche de cinturón de tipología hispánica en la Colección Fernández Lampaya, de Jaén», en *Archivo Español de Arqueología*, vol. XXXI, Madrid, 1958, págs. 181-183.

La placa de Osuna, en:

A. GARCIA BELLIDO: «Iberische Kunst in Spanien», Maguncia, lám. 69.

A. GARCIA BELLIDO: «Historia de España», dirigida por Ramón Menéndez Pidal, I, 3, Madrid, 1954, figs. 472-474.

Uno de estos guerreros lleva sobre cinta de cuero un cinturón de bronce gemelo a los hallados en Palencia y en Lancia (León): véase L. PERICOT GARCIA: «Historia de España, Epocas primitiva y romana», Barcelona, 1942, pág. 337.

La placa de Osuna muestra el mismo motivo decorativo de una placa de Miraveche y del collar de Elviña (La Coruña): J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ: «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente», Salamanca, 1975, pág. 50.

En este caso concreto, más que el producto del comercio con los pueblos situados al Norte de Sierra Morena, parece tratarse de la presencia en tierras de Jaén de mercenarios aislados procedentes de la Meseta, los cuales llegaron a adquirir, mediante las armas un cierto grado de «status» social en la sociedad guerrera castulonense, según parece desprenderse del ajuar de la tumba a que hemos aludido.

Existen en este tipo II, estructuras completamente vacías, que denotan no estamos ante un enterramiento propiamente dicho. Ello nos inclina a aventurar la hipótesis de que estas construcciones sin restos óseos, ni apenas ajuar, se dedicaban a cenotafios, mas de momento su significado real se nos escapa.

En la necrópolis de «Baños de la Muela» las cenefas de guijarros rodean encachados cuadrangulares en un caso y circulares en los dos restantes, en el primero la base de la tumba se recubrió con un lecho de cantos rodados (17).

Tipo III

Solamente se documenta en la fase antigua con un 15'78 % sobre el total (láms. 1 y 4.2).

Previo un somero excavado de la roca y recubrimiento como es usual con una capa de arcilla se depositan los restos humanos y las ofrendas, todo ello calcinado, en un confuso desorden. Se cerraba el espacio con un círculo de piedras medianas, no muy regular, de dos o tres hiladas, trabadas con tierra batida.

Al contrario de los tipos I y II en éste se suele encontrar el ajuar completo, por la sencilla razón de que no han sido violadas. Generalmente los mismos son muy pobres, quizá los antiguos saqueadores conocían este extremo. No se observa en ellos cerámica de importación. En un único caso el ajuar, por su contenido, es indicativo de su pertenencia a un guerrero, consiste en una falcata doblada ritualmente, un *solliferreum*, una lanza de la que se conserva parte de la hoja y el cono de empuñadura, asideros de escudo y un bocado de caballo, además de dos fíbulas anulares y una serie de pequeñas piezas de pizarra, rectangulares, cuadradas y romboidales, con los bordes biselados, y otras de hueso en forma de cuña o circulares. El ajuar cerámico se componía de tres vasos comunes pintados y un cuenco con el pie realzado de barniz rojo.

(17) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, págs. 143, 149 y 186, y figs. 74, 77 y 105.

Ejemplares de este tipo se corresponden con el tipo A de la necrópolis de «Baños de la Muela» (18).

Posiblemente la cubrición tendría carácter tumular, no muy voluminosa, al igual que el tipo IV, variante del III.

Tipo IV

Se halla en la fase arcaica en pequeña proporción (10'52 %) y predomina en segundo lugar en la fase moderna (30'76 %) (lám. 2.1).

Presenta las mismas características del tipo III, excepto que su forma general es cuadrada o rectangular, y al igual que aquél se corresponde con estructuras de la necrópolis de «Baños de la Muela», tipo B (19).

Emeterio Cuadrado (20) considera que «esta clase de enterramientos, heredado de la mezcla de las culturas "de los túmulos" y "de los campos de urnas", que se desarrolla en la Meseta castellana y en el Ebro y llegando al SE. por el camino de la Mancha, y al Cigarralejo por la cuenca alta del Segura, son de una época que variará poco de principios del siglo IV a. C. o finales del V». No es de extrañar pues el hallazgo de este tipo de tumbas en Castulo, relacionado, desde fechas muy altas, tanto con la Meseta como con la zona del SE. y Levante.

En estos dos tipos, como en los anteriores se hallaron abundantes fragmentos de hueso sin quemar, pertenecientes a animales. Las especies halladas más numerosas se refieren a caballo, buey, perro, cerdo, cabra/oveja. Puede tratarse, según se indicó más arriba de restos de los banquetes funerarios, o en el caso del perro y caballo, la ofrenda de los mismos destinados a acompañar al difunto en su camino al mundo de ultratumba.

Tipo V

Los enterramientos en cistas son exclusivamente de la fase arcaica (5'26 %), aunque no hay que descartar la existencia en la posterior y su

(18) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

(19) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

(20) E. CUADRADO DIAZ: «Las tumbas ibéricas de empedrado tumular y la celtización del Sudeste», Crónica del II Congreso Nacional de Arqueología (Madrid, 1951), Zaragoza, 1952, págs. 247-267.

E. CUADRADO DIAZ: «Una interesante tumba ibérica en la necrópolis del Cigarralejo», en Archivo de Prehistoria Levantina, III, Valencia, 1952, 117-132.

E. CUADRADO DIAZ: «Tumbas principescales del Cigarralejo», en Madrider Mitteilungen, 9, Heidelberg, 1968, págs. 148-186.

desaparición debido al intenso grado de deterioro en que ésta se halla. Como quiera que han aparecido violadas —las losas de cubrición fueron rotas y arrojadas lejos—, no se conoce el componente del ajuar. Por lo que se refiere a la construcción, se realizaba con posterioridad al depósito de huesos y cenizas sobre la capa de arcilla previamente preparada. El método es sencillo, primero se cava un hoyo de mayores dimensiones y luego se colocan las lajas verticalmente, las cuales a veces se refuerzan con gruesas piedras al exterior. En el «Estacar de Robarinas» (campana de 1973) se halló una cista cuya función consistía en ser el receptáculo de una urna cineraria (21), hecho que también se destaca en la necrópolis de «Los Patos» (22). También en Robarinas (campana de 1976) (23), apareció una cista que tiene al parecer carácter cenotáfico, pues en ella no existe enterramiento, sino un depósito de objetos: cuentas de ambar, plata y piedra, aros de bronce, caracoles marinos y un alambre de bronce, posiblemente un asa. Cistas violadas hay en la necrópolis de «Baños de la Muela» y «Casa Blanca» (24), ésta dentro de un túmulo. En el interior del túmulo de «Los Higuerones» se documentó asimismo una cista, en el lado Oeste, hecha con grandes lajas de piedra caliza que no contenía nada en el interior (25). Otra cista de «Los Patos» contenía un enterramiento de inhumación, hecho muy extraño en una necrópolis de incineración (26).

Tipo VI

La tumba en fosa simple se presenta en la fase antigua (15'78 %). Hay que distinguirla de las zonas de cenizas mezcladas con huesos de animales y restos de ajuar que suelen ser componentes de ofrendas asociadas a alguna tumba, restos y testigos de ceremonias simultáneas o posteriores al enterramiento, quizás de los mismos o similares ritos a que aludíamos en páginas anteriores. Generalmente estas ofrendas ocupan un espacio reducido de terreno, el de una hoguera de poca envergadura, a veces se hallan delimitadas por un murete compuesto de una sola hilada de piedra. Las ofrendas se documentan tanto en la fase arcaica como en la moderna.

(21) BLAZQUEZ MARTINEZ y REMESAL RODRIGUEZ: Op. cit. en la nota 1, pág. 348.

(22) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, págs. 50 y 51.

(23) BLAZQUEZ MARTINEZ y REMESAL RODRIGUEZ: Op. cit. en la nota 1, págs. 364 y ss., lám. LI, 3-4.

(24) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 128.

(25) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 419.

(26) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 84, fig. 55.

Las fosas destinadas a enterramiento, excavadas en el suelo de base, como el resto de los expuestos, y al igual recubiertas con una capa de arcilla, pueden llegar a tener hasta 1 metro de largo por 0'50 metros de ancho, aunque no adquieren una forma regular. Por consecuencia de su misma estructura y características, no parece que en su momento hubiera algún signo exterior que las distinguiera, como losas horizontales o verticales, o siquiera un montículo coronado por una losa hincada, han sido halladas intactas. Las cenizas, huesos y ajuar, éste completamente calcinado, se hallan mezclados sin orden alguno. El componente del ajuar parece representar a un tipo medio de individuo dentro de los estamentos sociales, que lo mismo puede ser hombre que mujer —hay de ambos sexos—, pero sin una caracterización especial que pueda denotar un oficio o actividad determinada. No existen en estos enterramientos ofrendas cerámicas, pero no por ello están ausentes los objetos no cotidianos, adornos, como son anillos, aretes, pulseras, ciertas cuentas de pasta vítrea, broches de cinturón, fibulas, vidrios, en general se puede decir que todas las piezas de estos ajuares son de pequeñas dimensiones. Si bien no denotan opulencia sí una cierta holgura económica que permite la adquisición de objetos foráneos, que no podían estar al alcance de aquellos que no dispusieran de un excedente en sus productos.

Este tipo se corresponde con el tipo E de la necrópolis de «Baños de la Muela» (27).

Tipo VII

Los enterramientos en urna, tanto en la fase arcaica (15'78 %), como en la moderna (7'69 %), son los más sencillos de la serie expuesta. Ya hemos indicado el tratamiento a que se sometían los huesos antes de introducirlos en la urna. Posteriormente, después de ser tapada con un plato que suele ser de barniz rojo o gris, generalmente cuencos de paredes curvas y pie realzado, se depositaban en tierra, a veces sobre una losa que la aislaba del suelo, otras en un receptáculo, semejante a una cista, como ya vimos en «Los Patos» y en la misma Robarinas. En la última excavación de la necrópolis de Robarinas una urna se halló adosada a una cista, en un pequeño receptáculo compuesto por tres grandes piedras rodadas. En general suelen estar calzadas

(27) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, pág. 125.

con piedra, a veces se recubre toda su superficie con una capa de piedra trabada con barro, en otras solamente se coloca alrededor un círculo que la mantenga en posición vertical.

No hemos observado en ninguno de los enterramientos en urna la presencia de ajuar, sí por el contrario, su asociación a otro tipo de enterramiento, como es el caso indicado arriba o bien asociado a enterramientos de los tipos III y IV (lám. 3.2).

En la mayoría de las necrópolis de la zona el porcentaje de enterramientos en urna es muy pequeño, al igual que ocurre en «El Estacar de Robarinas»; se han hallado en pequeña proporción en «Los Patos» (28), y «Casa Blanca» (29).

Tipo VIII

Los grandes monumentos sepulcrales, aunque en el área últimamente excavada en la necrópolis de «El Estacar de Robarinas», apenas ha aparecido un testigo, del que luego hablaremos, son frecuentes en la zona arqueológica de Castulo, aunque lógicamente, no numerosos. La aparición de la arquitectura monumental y la correspondiente emersión de cultos sacrificiales y funerarios, indican un alto grado de estratificación social y acumulación de riqueza, poder y prestigio en manos de unos individuos seleccionados, que hacían distinguir marcadamente la tumba. Estos solemnes sepulcros para la aristocracia, y jefes que concentraron en sus manos la riqueza y el poder, son el índice más fiable de una sociedad aristocráticamente organizada.

Diversas fuentes literarias señalan en qué estriba la verdadera importancia de la ciudad de Castulo: estaba situada en una zona minera, no lejos de una región que se llamaba, según Estrabon (III, 14, 8), Monte Argentario o Sierra de la Plata (30). Probablemente la misma Baebelo y los pozos abiertos por los cartagineses (NH 33, 96. PO1. 10, 38, 7) y que aún se hallaban en explotación en época de Plinio o de las fuentes utilizadas por el escritor latino para su obra, que son la *formula provinciarum* y el mapa de Agripa, confeccionados ambos con fines fiscales, debieron estar situados en las proximidades de Castulo.

Esta riqueza en plata de la región explica satisfactoriamente algunos hechos indicados por la arqueología y por las fuentes literarias,

(28) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, págs. 41 y ss.

(29) BLAZQUEZ MARTINEZ: Op. cit. en la nota 2, págs. 219 y ss.

(30) Sobre el *Mons Argentarius*, véase R. CONTRERAS DE LA PAZ: «Linares y el Monte de la Plata», en Linares, 36, págs. 45 y ss.

como la importancia y las relaciones comerciales que la ciudad mantuvo ya en el período orientalizante de la Península. La ciudad debió mantener un comercio muy activo en pleno siglo VI a. C., primero con los fenicios que estaban interesados principalmente en obtener plata de Tartessos (Diod. 35, 3) y después con griegos y cartagineses, que venían a Turdetania en busca de plata (Her. I 163; IV, 152). El colapso de Tartessos potenció enormemente la zona de la Alta Andalucía y especialmente la de Castulo, lo que dio lugar a que en los siglos V-IV a. C., se produjera una época de esplendor, que propició el crecimiento de las grandes fortunas.

Estas familias, enriquecidas con el comercio de la plata, son las que erigieron los grandes monumentos sepulcrales. Los restos de uno de ellos encontrados en Robarinas, consisten en dos lienzos en escuadra, compuestos de sillares toscamente labrados, de dimensiones irregulares, aunque en términos generales los de mayor tamaño y envergadura están colocados en las esquinas. En una de ellas, componiendo la misma se halló un fragmento escultórico que reconocimos como la testuz mutilada de un toro, hecho en arenisca de grano fino (láms. 2.2; 3.1) (31). La construcción debió hallarse sometida a un intenso deterioro, ya que se encuentra en el borde de un promontorio muy visible desde numerosos puntos de la vega del Guadalimar, y de ahí que no haya llegado a nosotros más que lo indicado. En la campaña de 1976, en el «Estacar de Robarinas», apareció una construcción, también muy deteriorada, que se interpretó como un túmulo escalonado, junto al que aparecieron abundantes fragmentos escultóricos de bulto redondo, lo que hace suponer que adosado al monumento había un grupo escultórico (32). El mejor conservado hasta el momento es el túmulo de «Los Higueros» (33), consistente en una construcción de planta rectangular. La base está realizada con un muro de dos hileras de piedra, simplemente trabadas entre sí, sin mortero. Apoyadas en las mismas se levantan tres hiladas de adobe dispuestas al exterior en forma escalonada. De la cubierta no se ha conservado resto alguno.

(31) Las grandes tumbas violadas y destrozadas, sin duda estaban adornadas con relieves o esculturas de bulto redondo, que abocadas al vandalismo en el transcurso de las luchas internas de unos pueblos oretanos contra otros o durante las incursiones de las tribus lusitanas o celtíberas, fueron deshechas. Los bloques componentes de cabezas o troncos, fueron posteriormente reutilizados en la fábrica de estructuras sepulcrales, como en el caso de la cabeza del toro, o el cuello de un caballo, también aparecido en las últimas campañas de excavación de «El Estacar de Robarinas», en una tumba de tipo II.

(32) BLAZQUEZ MARTINEZ y REMESAL RODRIGUEZ: Op. cit. en la nota 1, pág. 363.

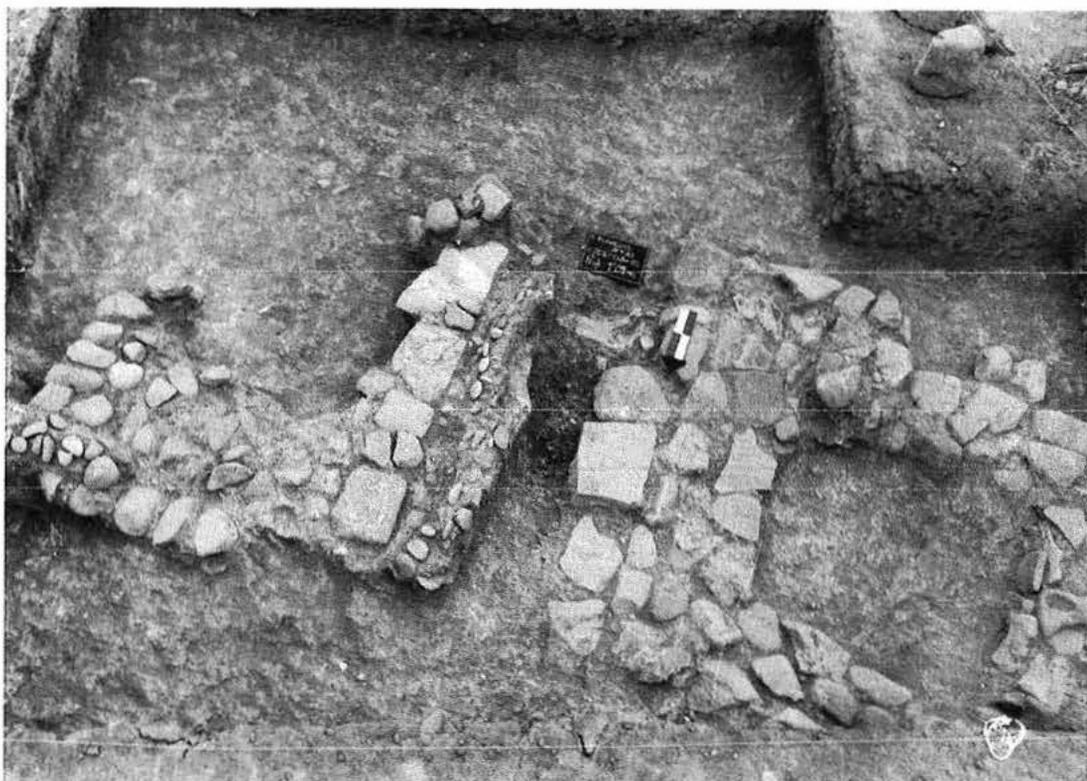
(33) SANCHEZ MESEGUER: Op. cit. en la nota 2, pág. 416 y ss., fig. 180.

Al exterior rodea la estructura sepulcral una greca perfectamente confeccionada a base de guijarrillos de color blanco y negro. Puesto que el túmulo se halló violado no se ha podido obtener la información deseada sobre su contenido.

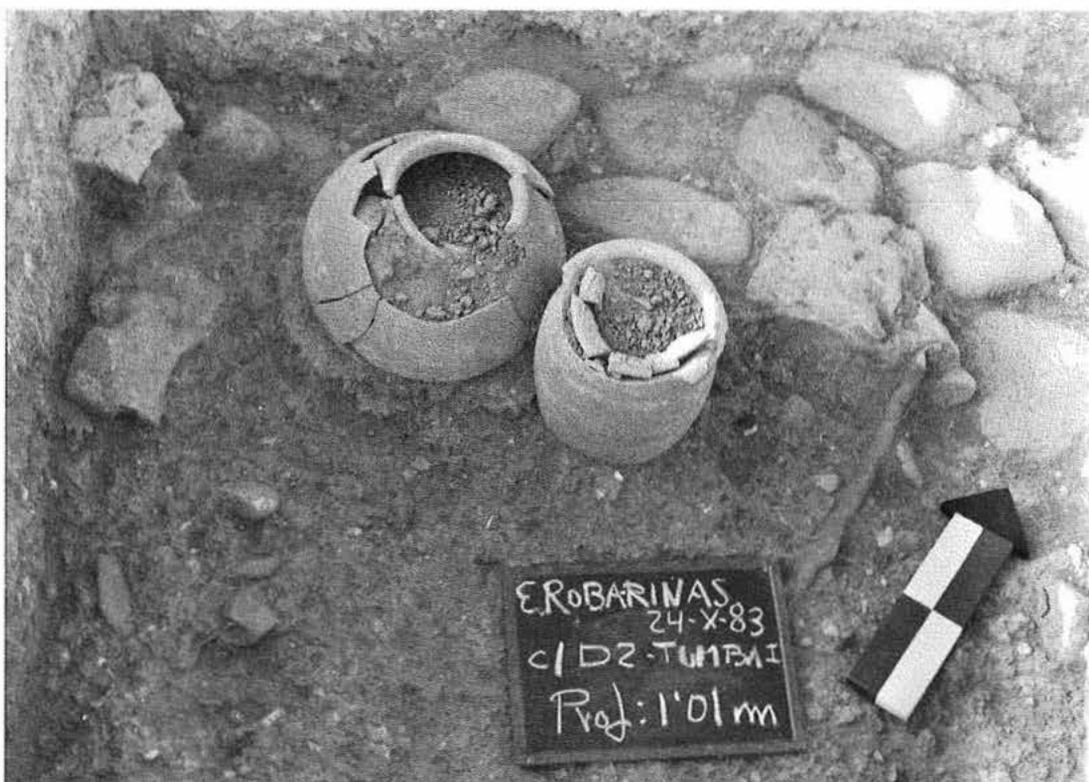
La zona de Castulo, que conoció un enorme florecimiento a partir del siglo V. a. C. y hasta la llegada bárquida, ha de ofrecer aún muestras más señaladas de las grandes construcciones funerarias; esperamos que futuras excavaciones las ofrezcan al conocimiento de todos.



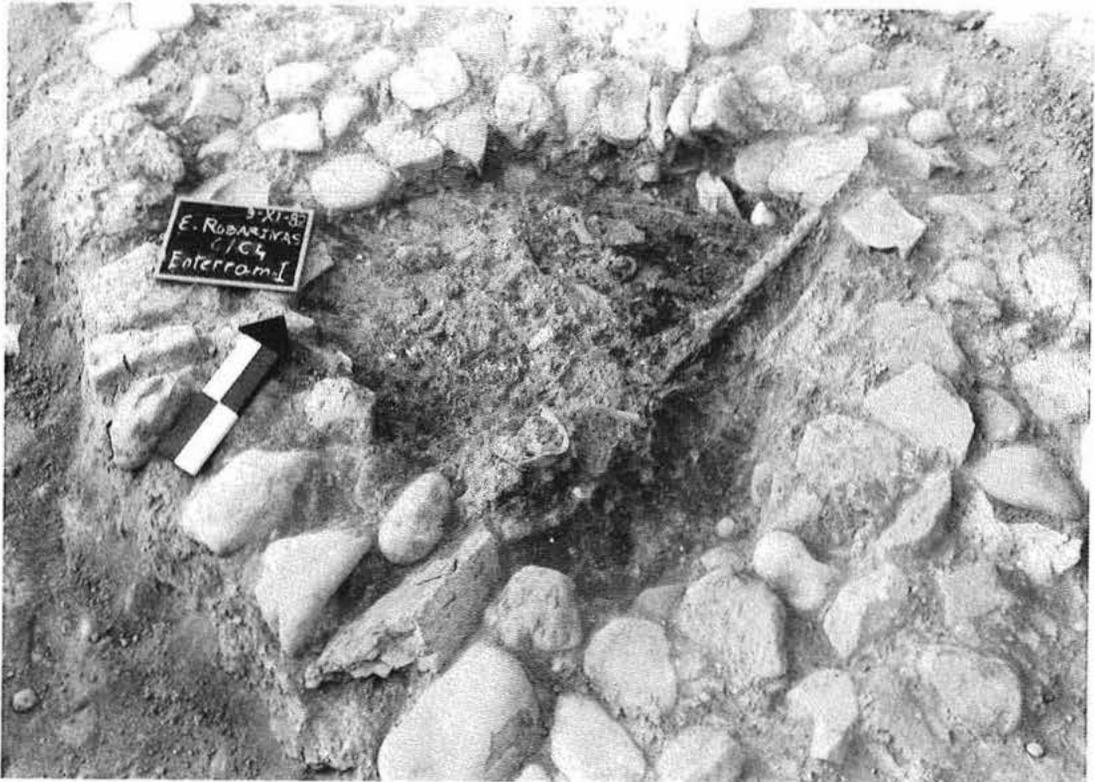
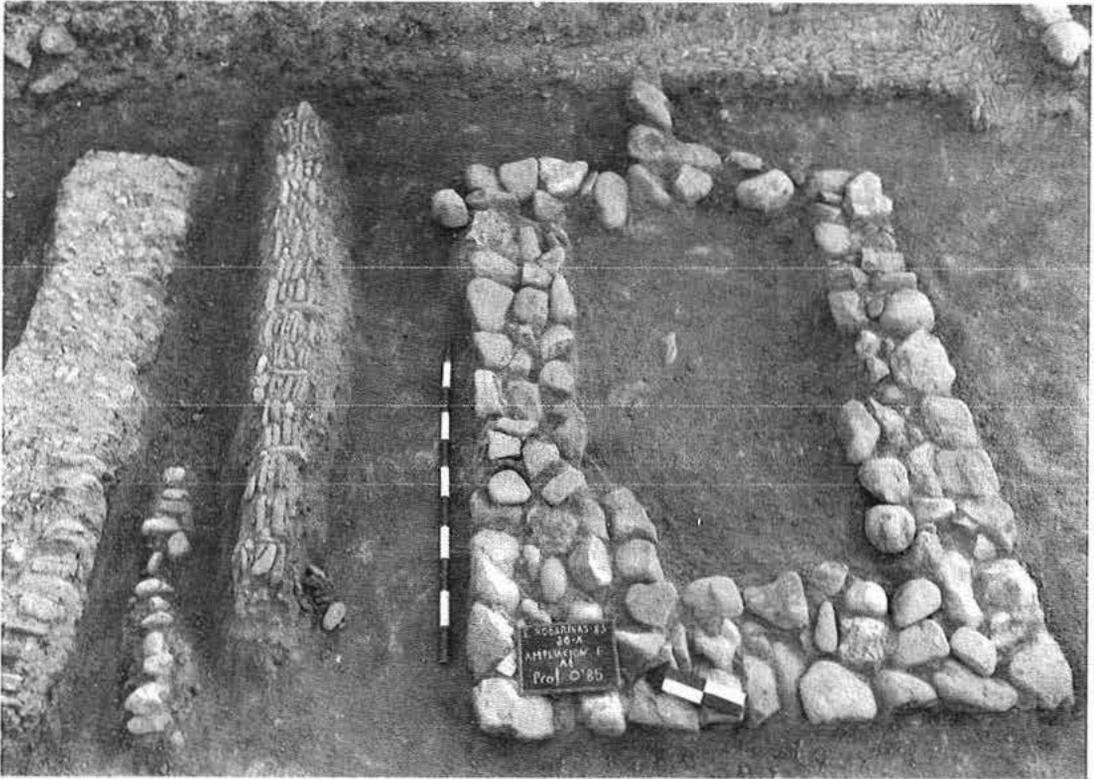
Vista parcial enterramientos tipo I (al fondo y en primer plano). En el centro enterramiento tipo II.



1. Enterramientos tipo II (izquierda), tipo IV (derecha).
2. En primer plano enterramiento tipo II. Al fondo lienzo de un monumento funerario muy deteriorado.



1. Fragmento escultórico reutilizado en la construcción de un monumento funerario (detalle).
2. Enterramiento tipo VII.



1. Cenefas de guijarros, componentes de enterramientos desaparecidos (izquierda).
Ustrinum (derecha).
2. Enterramiento tipo III, en el que se pueden apreciar restos del ajuar metálico quemado, y fragmentos cerámicos.

MARTIN ALMAGRO-GORBEA
(Madrid)

**EL PILAR-ESTELA DE LAS «DAMITAS DE MOGENTE»
(CORRAL DE SAUS, MOGENTE, VALENCIA) ***

La destacada personalidad de Domingo Fletcher en la investigación de la Cultura Ibérica y la amistad con que siempre nos ha honrado nos obliga a sumarnos gustosos a su merecido homenaje. Para ello nos ha parecido adecuado abordar el análisis de un monumento funerario ibérico de singular interés hallado en la rica necrópolis de Corral de Saus durante los largos y fecundos años en que dirigió el Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia (1).

El tema, al que ya hemos hecho alguna referencia por su interés, entra de lleno en nuestras investigaciones actuales pero su elección aquí radica en que este monumento ha sido descubierto y valorado gracias a la ejemplar actividad desarrollada personalmente y desde la institución dirigida por el homenajeado.

El estudio más pormenorizado que aquí vamos a llevar a cabo sólo pretende enriquecer la discusión sobre este singular monumento contribuyendo así al mejor conocimiento de la Cultura Ibérica como nuestra más afectuosa y sincera aportación a este homenaje.

(*) Queremos agradecer a José Aparicio las importantes noticias sobre las excavaciones del yacimiento, de gran utilidad para este trabajo. Este estudio no se hubiera podido llevar a cabo sin el permiso y apoyos recibidos de Domingo Fletcher y Enrique Pla como directores del Museo de Prehistoria de Valencia; conste nuestro concreto agradecimiento.

(1) D. FLETCHER VALLS y E. PLA BALLESTER: «Las esculturas en piedra de "El Corral de Saus" (Mogente)», *Bellas Artes* 74, año V, núm. 36, Madrid, 1974, págs. 38-39.

INTRODUCCION

La importante necrópolis de Corral de Saus se halla situada en el estratégico corredor de Montesa que une la llanura litoral valenciana a la altura de Játiva, la antigua Saitabi, con la zona del Valle del Guadalquivir a través de las tierras altas del Sureste de la Meseta siguiendo la antigua vía de comunicación que podemos denominar como «Vía Heracleia» (2).

Esta necrópolis, situada al pie de la ladera de la Sierra de Enguera cuyas estribaciones cierran al Norte el «Corredor de Montesa», se debe relacionar con el próximo poblado ibérico de «El Castellet» cuya amplia superficie aún no ha sido explorada (3).

El interés del yacimiento lo resalta la tipología y la riqueza de sus tumbas. Aunque en buena parte expoliadas, presentaban la estructura tumular cuadrada, de piedra o de adobe, que en algunos casos alcanzaban más de 3 metros de lado (4) pudiéndose considerar entre las deno-

D. FLETCHER VALLS: «Museo de Prehistoria de la Diputación Provincial de Valencia», Publicaciones del Círculo de Bellas Artes, Valencia, 1974, págs. 163-166.

D. FLETCHER VALLS y E. PLA BALLESTER: «Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)», Revista de la Universidad Complutense, XXVI, núm. 109 (Homenaje a García Bellido, III), Madrid, 1977, págs. 55-62.

E. PLA BALLESTER: «Excavaciones en la necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)», Nota informativa con motivo del Cincuenta aniversario de la fundación del S. I. P., Valencia 1977.

E. PLA BALLESTER: «La necrópolis ibérica de "El Corral de Saus", Mogente (Valencia). 2.ª campaña, 1973», Noticiario Arqueológico Hispánico, Prehistoria, 5, Madrid, 1976, págs. 385-391.

J. APARICIO PEREZ: «Necrópolis ibérica del Corral de Saus, Mogente (Valencia)», en Mogente, Programa Oficial de Fiestas, Mogente, 1976.

J. APARICIO PEREZ: «Las raíces de Mogente. Prehistoria y Protohistoria», Serie Arqueológica núm. 2, Departamento de Historia Antigua, Universidad de Valencia, Valencia, 1977, págs. 21-30.

(2) Sobre esta vía. M. ALMAGRO GORBEA: «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», Madrider Mitteilungen, 24, 1983, Mainz am Rhein, 1984, pág. 182.

J. G. MOROTE BARBERA: «El trazado de la Vía Augusta desde Tarracone a Carthagine Spartaria. Una aproximación a su estudio», Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 14, 1979, Valencia, 1980, pág. 152 y s.

(3) APARICIO PEREZ, Op. cit. en la nota 1, en último lugar, págs. 30-31.

J. MONTESINOS MARTINEZ: «Arqueología ibérica a la comarca de la Costera (a mode d'Introducció exploratoria)», en La Bastida de les Alcuses. 50 aniversari declarí Monument Històric-Artístic Nacional (1931-1981), Moixent, 1982, pág. 78.

(4) Vid. supra notas 1 y 3. Los tipos C y D de Aparicio (Op. cit. en la nota 1, en último lugar, pág. 22), los consideramos como tumbas de túmulo normal de adobe. El A y el B, equivalen al mismo tipo de «túmulo principesco».

minadas sepulturas «tumulares principescas» (5), y siendo en todo caso perfectamente parangonables a la tipología de las necrópolis ibéricas del Sureste (6).

Pero el rasgo tal vez más característico es la aparición de un amplio conjunto de restos arquitectónicos y escultóricos (7). Estos superan la veintena de fragmentos y algunos alcanzan indudable calidad por lo que constituyen el conjunto más septentrional y uno de los más importantes conocidos hasta ahora de arquitectura funeraria ibérica (8). Por último conviene destacar cómo todos estos restos de monumentos aparecían reutilizados, después de destruidos, en tumbas fechadas a partir del siglo IV a. C. si bien la necrópolis parece haber perdurado hasta el siglo I. a. C. (9).

Entre los hallazgos de esta necrópolis descubierta a partir de 1971 (10), destaca una sepultura cuadrangular de las denominadas de «tipo principesco» cuyo ajuar es difícil reconstruir por haber sido violada. Medía 3'42 metros de lado y estaba conservada hasta 68 centímetros de altura, estando formada por 3 escalones contruídos por sillares claramente reutilizados de monumentos anteriormente desaparecidos (11). Por el lugar de aparición y por su tipología debemos considerar que todos estos restos arquitectónicos y escultóricos pertenecieron a uno o varios monumentos funerarios ibéricos.

Entre estos sillares de monumentos arquitectónicos, seguramente funerarios por su lugar de aparición, destacan por su interés dos decorados con sendas figuras femeninas que por su calidad escultórica y su

(5) M. ALMAGRO GORBEA: «El "paisaje" de las necrópolis ibéricas y su interpretación socio-cultural», *Rivista di Studi Liguri*, XLVI, 1978. Omaggio Nino Lamboglia, II, Bordighera, 1983, págs. 203-204.

M. ALMAGRO GORBEA: «Arquitectura y Sociedad en la Cultura Ibérica», en *Architecture et société de l'archaïsme grec à fin de la République romaine. Actes du colloque de Rome (2-4 décembre 1980)*, Collection de l'École Française de Rome, núm. 66, Roma, 1983, pág. 393.

M. ALMAGRO GORBEA: «Paisaje y sociedad en las necrópolis ibéricas», *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza, 1983, pág. 727.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, pág. 276.

(6) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 5.

(7) Vid Op. cit. en las notas 1 y 3. especialmente FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER, «Restos escultóricos...».

(8) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 5.

(9) APARICIO PEREZ: Op. cit. en la nota 1, en especial la pág. 30 de la mencionada en último lugar.

(10) Op. cit. en la nota 1 y «La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1973», Valencia, 1975, págs. 109-111; «La labor del Servicio de ... año 1974», Valencia, 1976, págs. 119-121; «La labor del Servicio de ... año 1975», Valencia, 1976, págs. 48-49; «La labor del Servicio de ... año 1976» Valencia 1977, págs. 79 y 80; «La labor del Servicio de ... año 1977», Valencia, 1978, págs. 25-27, y «La labor del Servicio de ... año 1979», Valencia, 1980, págs 106 y 107.

(11) APARICIO PEREZ: Op. cit. en último lugar de la nota 1, pág. 22.

gracia fueron denominadas las «Damitas de Mogente». Estos dos sillares, que hemos denominado Corral de Saus 1 a y 1 b, pronto fueron objeto de estudio preferentemente por su mayor interés (12).

En esta ocasión pretendemos profundizar en su significado tipológico y cultural y discutir su posible reconstrucción. Por ello se relacionan con otros restos arquitectónicos hallados en el yacimiento, a fin de lograr una visión de conjunto que permita una mejor comprensión del monumento originario, de su significado y del de toda la necrópolis.

Corral de Saus 1 a — 1 b — 1 c. — Fragmentos de una nacela de gola decorada con figuras femeninas (fig. 1).

Hallados reutilizados en el gran túmulo escalonado junto con otros numerosos restos arquitectónicos y escultóricos.

Dimensiones:

Fragmento a: Altura, 36 centímetros; longitud, 64 centímetros; grosor, 57 centímetros.

Fragmento b: Altura, 26 centímetros; longitud, 60 centímetros; grosor 47 centímetros.

Fragmento c: Altura, 11 centímetros; longitud, 25 centímetros; grosor, 18 centímetros.

Los fragmentos a y b se conservan en el Museo de Prehistoria de Valencia. El fragmento c se conserva en el Museo Histórico-Artístico de Mogente (13).

Descripción: Estos fragmentos de piedra arenisca calcárea corresponden a una gola de filete liso y con la nacela ocupada en cada lado por una figura femenina en muy alto relieve. Estas figuras ofrecen larga túnica de manga corta, cuello redondo y se adornan con largas trenzas longitudinales acabadas en sendas anillas, collar circular, con

(12) FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1, segundo lugar, págs. 164-165.

FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1, en primer lugar.

PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 (La necrópolis ibérica...), págs. 733-734.

J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ: «Las raíces clásicas de la Cultura Ibérica. Estado de la cuestión. Últimas aportaciones», Archivo Español de Arqueología, 52, Madrid, 1979, pág. 158, fig. 20.

M. ALMAGRO GORBEA: «Pilares-estelas ibéricas», Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, III, págs. 8-9.

(13) J. APARICIO PEREZ: «Guía breve de la Bastida de les Alcuses y del Museo Histórico-Artístico de Mogente (Valencia)», Valencia, 1978, págs. 8-9.

Este fragmento nos atrevemos a identificarlo como del mismo sillar por las características de fino acabado, por conservar parte de la cara del agujero central y por ofrecer un ángulo triédrico que sólo se puede interpretar como el arranque desde la base de una arista con dos caras curvas de la nacela. No hemos podido comprobar si la rotura ajusta la de algunos de los sillares 1 a y 1 b conservados en Valencia.

colgante central en el sillar 1 b y brazaletes en el antebrazo de 6 espiras en el sillar 1 a. Las figuras aparecen longitudinalmente dispuestas con el brazo izquierdo a lo largo del cuerpo, mientras que el derecho se levanta casi en cruz para pasar por debajo de las piernas de la figura situada en la cara próxima. En cada mano sostienen un objeto redondeado, con un botón central cuya interpretación más verosímil es la de una granada. Los cinturones y las trenzas ofrecen policromía en color rojo y otros lugares conservan restos de color amarillo (14). Las superficies vistas están finalmente pulimentadas.

Las caras superiores de los fragmentos ofrecen claras líneas incisas que se pueden interpretar como marcas de trazado para el asiento de los sillares superiores. La cara inferior no se conserva en ninguno de los fragmentos con figuras pero sí en el fragmento c que parece corresponder a un ángulo de la misma.

El interior ofrece restos de una perforación vertical de forma cilíndrica que ocupa el centro aproximado de la pieza y que al parecer la atravesaba de parte a parte. Su superficie está simplemente abujardada lo que supone una cierta tosquedad en la realización ya que corresponde a una parte no vista. Las dimensiones de las piezas, la correspondencia de las líneas de trazado y la falta de juntas hacen suponer que los tres fragmentos pertenecen a un único sillar lo que explica perfectamente la ausencia en ellos de mortajas para grapas.

Estudio e interpretación

La interpretación de esta pieza como gola parece evidente (15) lo que permitiría rectificar la interpretación como base de un elemento piramidal apuntada previamente (16).

Dicha interpretación previa no aprecia la curvatura de la nacela sino que al considerar que las caras eran simplemente oblicuas respecto a la superficie horizontal de la base, dedujeron una disposición troncopiramidal de las mismas. Sin embargo, en dicha reconstrucción sí se ha planteado acertadamente la disposición teórica de las figuras, enlazando los brazos derechos cruzados por debajo de las piernas de la figura adyacente y acercándose la mano a la del brazo izquierdo ten-

(14) FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («Restos escultóricos...»).
PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («La necrópolis ...»), pág. 734.

(15) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12.
M. ALMAGRO GORBEA: «El monumento de Alcoy. Aportación preliminar a la arquitectura funeraria ibérica», *Trabajos de Prehistoria*, 39, Madrid, 1982, pág. 188.

(16) FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1.

dido a lo largo del cuerpo. Esta disposición queda además demostrada por su similitud con la de los monumentos de Coimbra del Barranco Ancho (17) y El Prado (18), en Jumilla. También la estructura de la gola del monumento de Alcoy, que ofrece igualmente figuras femeninas en la nacela, viene a confirmar esta interpretación (19).

La disposición de las figuras permiten deducir la longitud total de cada lado que debió ser muy aproximada a los 100 centímetros, tal vez en torno a los 97'5 centímetros ó 104, lo que equivaldría 15 ó 16 veces la altura del filete.

Dada la disposición simétrica en todos los lados, la anchura sería igual a la longitud, resultando una planta cuadrada, lo que pudiera ser la norma en estos monumentos.

Una confirmación indirecta de las dimensiones y disposición de esta pieza se deduce de las líneas de trazado de la cara superior del fragmento *a*: dos de ellas aparecen a 48'5 centímetros de la arista del lado adyacente. Si suponemos que las líneas a 50'5 y 48'5 centímetros marcarían aproximadamente el centro de la pieza, en especial la de 50'5 centímetros que continúa en el fragmento *b*; la longitud resultante oscila entre 97 y 101 centímetros, lo que se adecúa perfectamente con las dimensiones que se deducen de la reconstrucción de las figuras de la nacela, teniendo en cuenta su disposición.

La altura de la gola no se conoce con exactitud por no haber podido encajar el fragmento *c* con la cara inferior de los fragmentos *a* y *b*; la única probabilidad es deducirla de la longitud de la nacela, de su vuelo y de la altura del filete de 6'5 centímetros de desarrollo. La altura del filete, en las golas ibéricas conocidas (20), varía entre 1/5 y 1/3 de la nacela, lo que supondría en este caso entre 19'5 y 32'5 centímetros de altura para la nacela. Como el fragmento *a* tiene 24'5 centímetros de altura conservada de la nacela, podemos considerar su altura entre dicha medida y 32'5 centímetros como máximo. La longitud de la gola poco sirve para deducir dimensiones pues el vuelo de las nacelas ibéricas conocidas varía entre 1/1 y 1/18 de la longitud de la base de la gola y la altura de la nacela entre 1/2 y 1/12 de la misma. La relación entre altura de nacela y vuelo no es conocido con exactitud, ya

(17) A. M. MUÑOZ AMILIBIA: «Cipo funerario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho», *El Picacho*, 4, Jumilla, 1981, págs. 7-8.

A. M. MUÑOZ AMILIBIA: «Cipo funerario ibérico decorado con esculturas», *Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982)*, Zaragoza, 1983, págs. 741-750.

(18) P. A. LILLO CARPIO: «La estela ibérica hallada en El Prado», *El Picacho*, Jumilla, 1983, págs. 12-13.

(19) M. ALMAGRO GORBEA: *Op. cit.*, en la nota 15.

(20) M. ALMAGRO GORBEA: *Op. cit.*, en la nota 2, págs. 248-249.

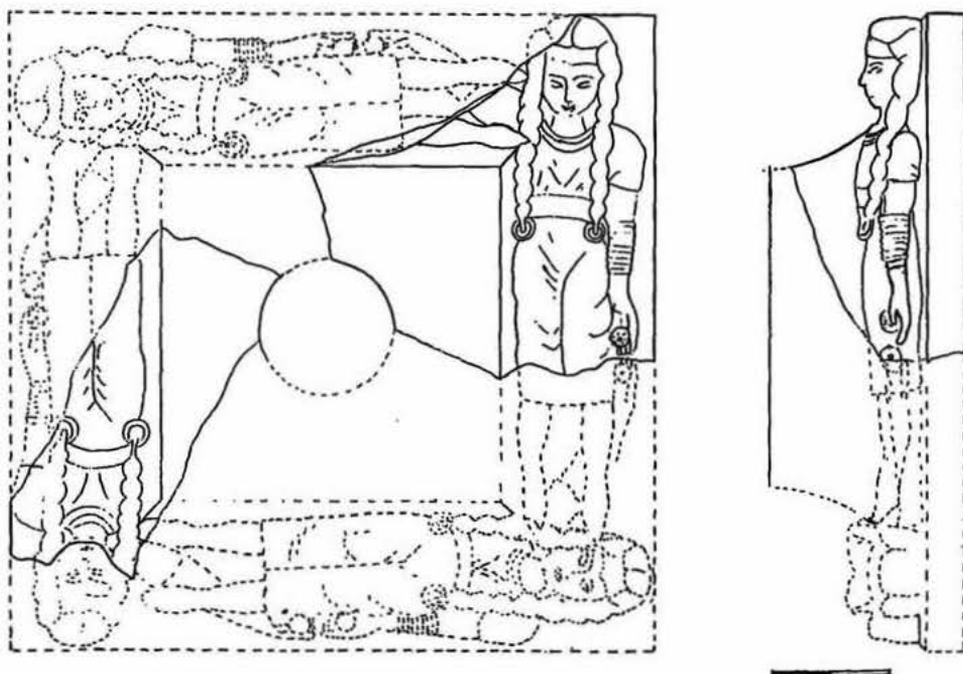


Fig. 1.—Sillar de gola decorado con figuras femeninas

que falta la base de la gola, la verticalidad de la nacela en la parte inferior pero muy próximo al original, que por tanto podemos considerar entre más de 24'5 y de ningún modo más de 30 centímetros pudiéndose considerar los 26 centímetros como cifra muy cercana a la original, ya que coincide con 4 veces la altura del filete. La proporción entre la altura y el vuelo de la nacela en las golas ibéricas conocidas varía entre 1/1 y 1/2 del vuelo, salvo en el caso de Pozo Moro que ofrece una altura de más de 4 veces el vuelo. Como la altura no puede ser inferior a los 24'5 centímetros conservados, la proporción de 1/1 parece aproximarse bastante a la original y se confirmaría por la verticalidad de la nacela en el extremo inferior de la parte conservada. Con estas proporciones el radio de la nacela sería aproximadamente igual a su altura, lo que parece lógico y confirma indirectamente las dimensiones calculadas. En resumen, una altura próxima a los 26 centímetros de altura de la nacela que equivaldría a 32'5 centímetros de altura de la gola sin el baquetón, que por las razones que se indican más adelante, pudiera ser el sillar CS-2 que se describe a continuación, cuya altura es de 20 cm. = 3 veces la altura del filete.

Por lo tanto las dimensiones teóricas de este sillar de gola serían: longitud 97'5 a 104 cm.; id. base = ca. 97'5—(vuelo nacelas = 2 x 26 cm.) = ca. 52 cm.; altura = ca. 32'5 cm. (altura filete = 6'5 cm. + altura nacela ca. 26 cm.).

Corral de Saus 2. — Fragmento de baquetón de gola decorado con doble fila de ovas (fig. 2).

Hallado formando una de las esquinas del gran túmulo escalonado (21).

Dimensiones: Altura, 20 centímetros; longitud, 56 centímetros; grosor, 31 centímetros.

Se conserva en el Museo de Prehistoria de Valencia.

Descripción: Fragmento de sillar de esquina de piedra arenisca calcárea decorado con doble fila de ovas separadas por un ancho filete vertical. Las ovas superiores están invertidas y ofrecen ranura central y moldura exterior entre dos acanaladuras dejando entre ellas unas flechas triangulares, una de las cuales ocupa la arista de esquina. Las ovas inferiores son semicirculares, globulosas y también delimitadas por moldura entre acanaladuras que las separan de flechas estrechas. La parte vista está cuidadosamente pulida.

La cara superior, bien alisada pero con huellas de escoplo, ofrece claras líneas de trazado para la colocación de los sillares superpuestos. Una, al borde de los lados, corre a 11 centímetros de éste y en el lado menor se trazó mal y se rectificó exactamente. Otra línea perpendicular al lado mayor, corresponde aproximadamente al eje del sillar. El centro del sillar ofrece un agujero circular de unos 15 centímetros de diámetro. La cara inferior ofrece un abujardado fino pero se halla muy mal conservada. No hay señales de cara interior pues toda esta moldura debió labrarse en un sillar de una sola pieza.

Análisis e interpretación: La reconstrucción de esta pieza se puede abordar gracias a la calidad y regularidad de su decoración, a la existencia de líneas de trazado y a la cavidad central.

La cavidad central tiene su centro entre 30 y 35 centímetros de los bordes conservados, lo que daría una anchura total entre 60 y 70 centímetros. Las líneas de trazado aparecen unas a 11 centímetros de los bordes, y otra, perpendicular al lado mayor, a 35'5 centímetros del mismo, lo que supondría una longitud total de 67 centímetros si se

(21) FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («Restos escultóricos...») pág. 58.

consideraba como situada en el eje del sillar, como aproximadamente ocurre en la nacela Corral de Saus 1.

Sin embargo, la decoración ofrece un ritmo regular de ovas de 12 centímetros de largo arriba y 9 centímetros abajo coincidiendo los ejes de la 3.^a superior y de la 4.^a inferior, lo que permite considerar este punto como centro de simetría del lado de la pieza y reconstruir simétricamente el resto de dicho lado, lo que da una medida de longitud total de 72 centímetros, con seis ovas arriba y ocho abajo.

Dicha reconstrucción permite calcular la anchura de la gola situada sobre el baquetón, ya que coincidiría con las líneas de trazado situadas a 11 centímetros de cada borde, lo que supone $72 - (2 \times 11) = 50$ cm. Esta medida coincide prácticamente con el ancho de la base de la nacela decorada con figuras femeninas de Corral de Saus 1 a y 1 b, ca. 52 cm., lo que permite suponer la correspondencia de ambas piezas al mismo monumento, pues la altura de esta pieza, 20 centímetros, equivaldría a 1:5 de la longitud de la nacela.

Esta reconstrucción permite calcular una longitud total de ca. 72 cm. = 11 palmos de ca. 6'5 cm. La altura es de 20 cm. = ca. 3 palmos y la base del baquetón podría calcularse en torno a los 67 centímetros, esto es, ca. 10 palmos, aunque el mal estado de conservación de la cara inferior impide precisar esta medida.

Reconstrucción del monumento: El análisis realizado de estos dos sillares de Corral de Saus permite interpretarlos respectivamente uno, como una nacela con su filete, y el otro, como el correspondiente baquetón pertenecientes a una misma gola de un monumento cuyas características y reconstrucción pueden, por tanto, llegar a ser precisadas con bastante aproximación (fig. 3).

Esta gola tendría una longitud total de ca. 97'5 cm., que sería igual a su anchura por ser de forma cuadrada; la altura sería igual a la del sillar del filete y la nacela (ca. 32'5 cm.) más la del baquetón (= 20 cms.), lo que supone ca. 52'5 cm, aproximadamente igual a la base de la nacela. Por último, la longitud y anchura de la base sería en torno a ca. 67 cm.

Las dimensiones de esta gola evidencian que corresponde a un pilar-estela (22), monumentos funerarios de pequeña dimensión, y no a un monumento torriforme (23). Las medidas conservadas parecen

(22) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12.

(23) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, págs. 229-230.

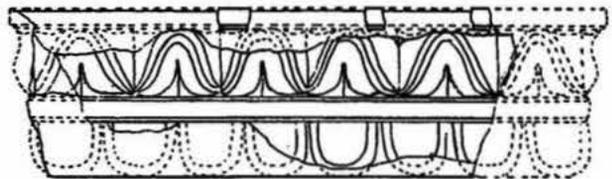
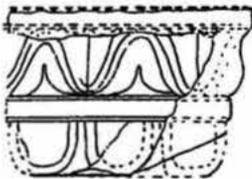
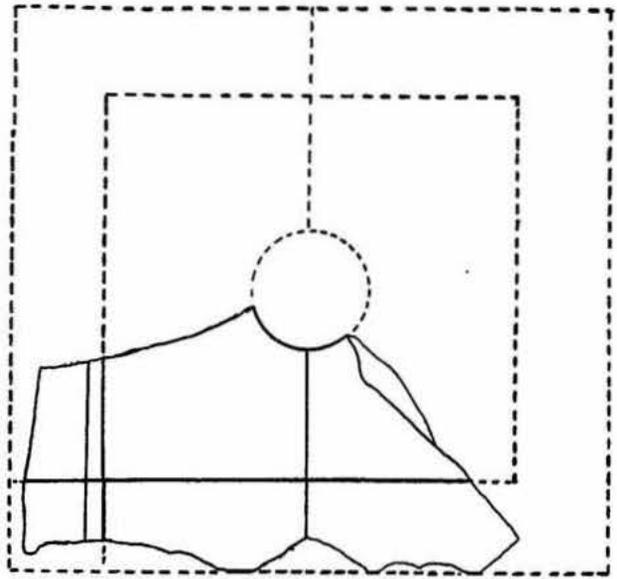
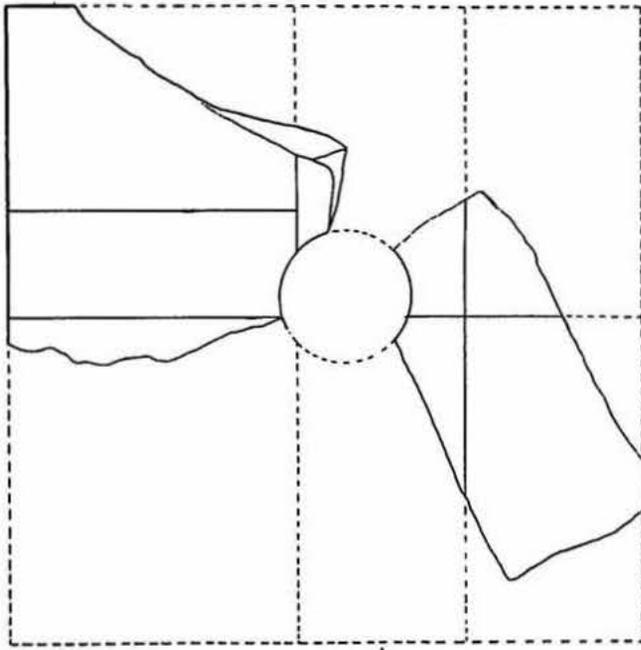


Fig. 2.—Baquetón decorado con ovas del pilar-estela de las Damitas de Mogente

indicar que su trazado refleja la existencia de proporciones entre las diversas partes, basadas en una unidad de medida que podría considerarse un palmo de ca. 6'5 cm.

Las proporciones así calculadas, aunque sólo lo puedan ser de forma aproximada, serían:

Altura filete	1 palmo =	6'5 cm.
Altura nacela	4 palmos =	26 cm.
Altura baquetón	3 palmos =	20 cm.
Altura total	8 palmos =	52'5 cm.
Longitud total	15 palmos =	97'5 cm.
	(o mejor 16 =	104 cm.)
Vuelo nacela	4 palmos =	26 cm.
Longitud base nacela	8 palmos =	52 cm.
Longitud base baquetón	10 palmos =	67 cm.

Es de destacar las proporciones que parecen observarse. El filete = $1/4$ de la nacela = $1/8$ altura = $1/12$ de la longitud total. Los vuelos de la nacela = base nacela = altura total = $1/2$ longitud total. La base del baquetón = $2/3$ de la longitud total, etc. También la medida de un palmo de 6'5 centímetros puede relacionarse con la de otros monumentos ibéricos, confirmando la existencia, lógica por otra parte, de medidas y proporciones en su construcción (24).

También es característico el agujero cilíndrico interior que ofrecen ambos sillares y que conocemos igualmente en otros restos de monumentos de Corral de Saus (25), Coimbra del Barranco Ancho (26), El Prado (27), El Cigarralejo (28) y Coy (29). Su funcionalidad parece clara pues estaría destinado a pasar un gran pernio o pivote, segura-

(24) Sobre estos aspectos metrológicos en la arquitectura ibérica, ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 15, pág. 175 y ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 211.

Más concretamente, M. ALMAGRO GORBEA: «El pilar-estela ibérico de Coy (Murcia)», Homenaje a Samuel de los Santos, Albacete, en prensa, y M. ALMAGRO GORBEA y R. RAMOS FERNANDEZ: «El pilar-estela de Monforte del Cid (Alicante)», *Lucentum*, 4, Alicante, en prensa.

(25) Vid. supra nota 1, aunque este importante detalle técnico e interpretativo no siempre se ha señalado. Así, aparece en tres de los sillares conservados *in situ* en el yacimiento por estar reutilizados formando parte del túmulo, lo que evidencia que se trata de partes de pilares de estos monumentos.

(26) MUÑOZ AMILIBIA: Op. cit. en la nota 17.

(27) LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

(28) E. CUADRADO DIAZ: «Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo», *Trabajos de Prehistoria*, 41, Madrid, 1984, pág. 256, fig. 2. lám. V, 1 y fig. 1-10.

(29) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 24, en prensa.

mente de madera, reforzada en todo caso con yeso (30), que aseguraría la estabilidad de los diversos sillares que formaban estos complejos monumentos. Otro elemento, también muchas veces inobservado, son las líneas de trazado que permiten conocer la disposición de los sillares superpuestos y su retranqueo sobre los inferiores (31).

Con todos estos datos parece posible proceder a la reconstrucción hipotética del monumento.

La gola estaría formada por el sillar del filete y la nacela sobrepuesto al sillar del baquetón, siguiendo las líneas del trazado de éste. La gola se debió rematar con una escultura zoomorfa, como conocemos por otros monumentos similares, no existiendo plena seguridad en la identificación del animal correspondiente.

El monumento de Coimbra del Barranco Ancho, el más próximo a este de Corral de Saus, ofrecía al parecer un toro (32), y aunque restos escultóricos de uno de estos animales han aparecido en Corral de Saus (33), parecería más lógico suponer que fuera una bella figura de sirena (34) por la proximidad estilística que ofrece con las figuras femeninas de la gola. Sus restos han aparecido reutilizados en un túmulo próximo (35) lo que no contradice el que éste fuera el animal que rematase el monumento.

Este animal estaría dispuesto sobre un pedestal que iría sobre la gola, como evidencian las líneas de trazado situadas en la cara superior de la misma. Si las líneas perpendiculares señalan, como es lógico, las

(30) El empleo de yeso, seguramente completamentando piezas de madera para la unión de sillares, está documentado en Pozo Moro (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 209), en el Cerro de los Santos (material inédito en el Museo Arqueológico Nacional), Coimbra de Barranco Ancho (MUÑOZ AMILIBIA, Op. cit. en la nota 17, en segundo lugar, págs. 743-746) y en La Alcudia de Elche (material conservado en el Museo de La Alcudia).

(31) Este detalle técnico, ya señalado en Pozo Moro (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 191), lo tenemos documentado en otros muchos monumentos ibéricos desde Corral de Saus a Baza, evidenciando que se trata de una técnica muy generalizada en la Arquitectura Ibérica (Op. cit. antes, págs. 210-211).

(32) MUÑOZ AMILIBIA: Op. cit. en la nota 17, en segundo lugar, pág. 742.

T. CHAPA BRUNET: «La escultura ibérica zoomorfa», Madrid, 1985, pág. 57.

(33) PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («La necrópolis ibérica...»), pág. 733.

(34) FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («Las esculturas...»), pág. 39.

FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1 («Museo de...»), pág. 163.

FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1 («Restos escultóricos...»), págs. 59-60, fig. 4.

PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («La necrópolis...»), pág. 733, fig. 3.

APARICIO PEREZ: Op. cit. en la nota 1, en último lugar, pág. 23, lám. 9.

CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 32, pág. 36.

(35) FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1 («Restos escultóricos...»), pág. 60.

PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («La necrópolis...»), págs. 732-733.

dimensiones de los sillares que lo formaban, estos sillares serían al menos cuatro y probablemente seis, si existía simetría axial en su disposición.

Por debajo del baquetón estaría el pilar propiamente dicho. Su anchura, a juzgar por la de la base del baquetón, sería de 67 centímetros pero su altura total no es posible calcularla con tanta certeza, aunque en todo caso debió ser la suficiente para que las figuras de la nacela se pudieran ver desde abajo sin dificultad. Esta disposición de las «damitas» que se corresponde a su teórica situación de remate de estos pilares estela (36), parece mejor que la de suponerse colocadas para ser vistas desde arriba como base de monumento. Esta última hipótesis se ha conjeturado en la reconstrucción previamente dada para éste (37) y para algún otro de estos monumentos como el de Coimbra del Barranco Ancho (38) o el de El Prado (39), pero esta solución resulta en todo caso menos fundamentada y en contradicción con la forma de gola de la moldura, bien documentada en la Cultura Ibérica (40) y utilizada con figuras femeninas en el monumento torriforme de Alcoy (41), así como por la existencia de líneas de trazado que lógicamente sólo pueden corresponder a la cara superior.

El monumento de El Prado conserva, al parecer, el pilar originario, roto en dos pedazos, con una altura total superior a los 225 centímetros (42). Pero esta altura tal vez sea excesiva para el de Corral de Saus. El llamado «cipo» de Coimbra del Barranco Ancho, que es en realidad uno de estos pilares magníficamente decorado con escenas en relieve, sólo mide unos 90 centímetros (43), lo que aproxima esta pieza a otros sillares de Corral de Saus de estructura y dimensiones semejantes, y cuya funcionalidad debió ser idéntica a la del cipo de Coimbra como confirma incluso la decoración escultórica de algún caso (44) y la frecuente, casi regular existencia de las perforaciones circulares en

(36) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12, pág. 14.

(37) FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1.

(38) MUÑOZ AMLIBIA: Op. cit. en la nota 17.

(39) LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

(40) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, págs. 248-249.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15, págs. 188-189.

(41) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15, págs. 163-164, figs. 1 y 2.

(42) LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

(43) MUÑOZ AMLIBIA: Op. cit. en la nota 17, en segundo lugar, pág. 743, da una altura de 90 cms. aunque según nuestras medidas personales tiene 93'5 cms.

(44) Como la pieza prácticamente inédita conservada *in situ* que denominados Corral de Saus 17, o como el pilar decorado con una figura de caballo (APARICIO PEREZ, Op. cit. en la nota 1, en último lugar, pág. 23, lám. 5) muy próximo por tanto en este detalle al de Coimbra del Barranco Ancho y otro fragmento de pilar con relieve de un guerrero del Museo de Mogente.

el centro de sus caras superior e inferior para los pernios de sujeción (45). Salvo que se suponga que estos pilares fueran compuestos de dos o más piezas o tambores ensamblados entre sí ocupando la parte decorada tal vez la parte superior, a modo de friso como ocurre en algunos paralelos mediterráneos (46).

Por ello, la altura del sillar del pilar se puede conjeturar en torno a los 150 a 200 centímetros. Con estos datos cabría incluso atribuir a este monumento uno de los sillares dejados «in situ» en el yacimiento, pues sus dimensiones coinciden aproximadamente con las de la gola que aquí estudiamos (47). En todo caso, aunque no existe certeza en esta atribución, sí que es evidente la utilidad de dicho sillar para la reconstrucción museística de este importante monumento.

Más incierto queda el problema de la base del monumento. En varias ocasiones hemos conjeturado una base escalonada (48). Esta hipótesis estaría avalada por la precedente tradición de la base escalonada de Pozo Moro (49) y por la existencia de monumentos tumuliformes cuadrados escalonados en el mundo ibérico del Sureste (50) y en sus paralelos en el ámbito griego (51). Además tanto en Corral de Saus

(45) Vid. supra, notas 25 a 29.

(46) Como en los pilares licios o en algunas estelas griegas arcaicas que ofrecen decorada sólo la parte superior: C. DELTOUR-LEVIE: «Les piliers funéraires de Lycie», Louvain, 1982, figs. 92, 139, 144, etc., y G. M. A. RICHTER: «The Archaic Gravestones of Attica», London, 1981, fig. 68.

(47) Vid. supra, nota 44. Se trata de una base de 100 cms. de ancho, prácticamente idéntica a la anchura de la gola, con una parte central escalonada de 75 cms. que se podría considerar la base del pilar ya que en la parte superior pudo alcanzar los 67 cms. teóricos que tiene la base del baquetón con una disminución aproximada de un palmo en su altura. Lo hemos denominado Corral de Saus 18.

(48) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12, pág. 14.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 5.

M. ALMAGRO GORBEA y M.^a L. CRUZ PEREZ: «Los monumentos funerarios ibéricos de Los Nietos (Murcia)», Saguntum. Papeles del Laboratorio de Arqueología de Valencia, 16. Valencia, 1981, págs. 137-148, figs. 5 y 6.

(49) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, págs. 191-192.

(50) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 5.

E. CUADRADO DIAZ: «Las tumbas tumulares de Las Cortes», Miscelánea Arqueológica. XXV aniversario de los Cursos Internacionales de Prehistoria y Arqueología en Ampurias (1947-1971), I, Barcelona, 1974, págs. 251-262.

M. ALMAGRO GORBEA: «Los campos de túmulos de Pajaroncillo (Cuenca). Aportación al estudio de los túmulos de la Península Ibérica», Excavaciones Arqueológicas en España, 83, Madrid, 1973, págs. 112 y 122.

E. CUADRADO DIAZ: «Tumbas de adobe en El Cigarralejo», Actas del XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, 1983, págs. 719-723.

(51) D. D. KURTZ y L. BOARDMAN: «Greek Burial Customs», London, 1971, figs. 20, 22 d, 24 a, 85 b, etc.

W. RIEZLER: «Weissgrundige Attische Lekyten», München, 1914, láms. 16-25, etc.

J. D. BEAZLEY: «Attic White Lekytoi», London, 1938.

(52) como en Coimbra del Barranco Ancho (53) parece que en la reutilización de elementos arquitectónicos en dicho tipo de túmulos, existe la manifiesta intención de imitar las formas de los monumentos en piedra, al menos en lo referente a las formas escalonadas.

En todo caso, también se puede valorar un sillar escalonado «in situ» en Corral de Saus (54) que debe interpretarse como la mitad de la base escalonada sobre lo que se apoyaría uno de estos pilares-estela ibéricos, pues conserva en el centro un encaje de sección cuadrada para incrustar el pernio de sujeción del pilar sobreestante. Esta pieza de gran interés, se puede además comparar con la estructura conservada en algunas sepulturas tumulares cuadradas de la necrópolis ibero-helénica de Las Corts, en Ampurias (55), en cuyo centro parece observarse el mismo tipo de encaje preparado para asegurar la sustentación de la estela que sin duda alguna los remataba, lo que supone una importante paralelo funcional y una prueba de las interrelaciones que también en este campo de las estructuras funerarias se observa entre la Cultura Ibérica y el mundo griego colonial.

En resumen, la reconstrucción total del monumento que se propone como resultado del análisis de los elementos conservados y de la reconstrucción teórica de los que faltan basándose en los paralelos conocidos permite asegurar que se trataba de un pilar cuadrado, apoyado sobre una base escalonada y rematado por una rica gola sobre la que iría dispuesto sobre un pedestal el animal que coronaba el monumento. Aunque las dimensiones de este pilar-estela son relativamente modestos en comparación con otros monumentos torriformes ibéricos, el análisis general de sus componentes evidencia la clara sensación de haberse logrado la monumentalidad intencionadamente buscada por esos monumentos, resaltada además por los elementos ideológicos y estilísticos que ofrecía, e incluso, por la forma y el tamaño muy adecuados a la impresión que se intentaba suscitar, como confirman las

(52) PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 1 («La necrópolis...»), fig. 1.

APARICIO PEREZ: Op. cit. en la nota 1, en último lugar, lám. 2.

(53) MUÑOZ AMILIBIA: Op. cit. en la nota 17.

(54) Vid. supra nota 47. Estaba reutilizado en el lado Oeste del túmulo funerario. Provisionalmente lo hemos denominado como Corral de Saus 18.

(55) M. ALMAGRO BASCH: «Las necrópolis de Ampurias», I, Barcelona, 1953, pág. 256, fig. 217.

dimensiones teóricas calculadas que se indican a continuación (fig. 3):

Altura del animal de remate con su pedestal	ca. 50-100 cm.
Gola	52 cm.
Pilar	ca. 150-200 cm.
Base escalonada	ca. 50 cm.
Altura total	ca. 300-400 cm.

Paralelos, estilo y cronología

El monumento funerario de las «Damitas de Mogente» se debe considerar un ejemplo representativo de los pilares estela-ibéricos por sus dimensiones y por su forma y elementos constituyentes.

Dentro del creciente número de pilares-estela ibéricos actualmente identificados, las características de su gola, decorada con las figuras denominadas «Damitas de Mogente», permite incluirlo en un reducido grupo de pilares-estela caracterizado por tener figuras en la gola. Este grupo lo consideraríamos un nuevo tipo de pilar-estela ibérico que denominaríamos tipo «Corral de Saus» por ser este ejemplar el que actualmente se puede considerar como el primero identificado de la serie. De este modo quedan resaltadas sus características tipológicas que permiten su diferenciación de otros tipos ya definidos como los de «Coy» o «Monforte del Cid» (56), por señalar aquellos actualmente mejor conocidos.

Los pilares-estela de tipo «Corral de Saus» que hasta ahora han podido ser identificados son los siguientes:

Corral de Saus: 1 ejemplar, aquí estudiado.

Coimbra del Barranco Ancho: 1 ejemplar (57).

El Prado: 1 ejemplar (58).

El Cigarralejo: 2 ejemplares o más, muy fragmentados (59).

Cabecico del Tesoro: 1 ejemplar, representado por un fragmento muy incompleto (60).

(56) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, págs. 253-257.

ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en las notas 12, 14, 48, etc.

ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 24, en prensa.

ALMAGRO GORBEA y RAMOS FERNANDEZ: Op. cit. en la nota 24, en prensa.

(57) MUÑOZ AMILIBIA: Op. cit. en la nota 17.

(58) LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

(59) CUADRADO DIAZ: Op. cit. en la nota 28, págs. 263-264, fragmentos 1 a 5. Según observación personal, corresponden a un mínimo de dos monumentos a juzgar por la diferente moldura de los filetes de 8 y 10 cms. de altura. Agradecemos a Emeterio Cuadrado la hospitalidad y ayuda dadas para el análisis de estos fragmentos.

(60) G. NIETO GALLO: «La necrópolis hispánica del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)», Actas de III Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Murcia, 1947), Zaragoza, 1948, pág. 179, lám. 133.

De estos pilares-estela, el de Coimbra del Barranco Ancho ofrece las golas decoradas con figuras masculinas, al parecer yacentes, lo que hizo suponer que la posición de este sillar correspondía a un plinto más que a un remate en gola de un pilar-estela (61), pero su semejanza en estructura y disposición con los monumentos de tipo «Corral de Saus» obligan a suponer que todos ellos, según se deduce de las mejor conservadas, eran de una tipología muy similar. Por este motivo se pueden interpretar los fragmentos, muy mal conservados, hallados en la necrópolis de El Cigarralejo y Cabecico del Tesoro, cuya identificación con este tipo de pilar-estela parece suficientemente segura. Con ello se precisa una dispersión de estos pilares-estela muy concentrada en el triángulo de Mula-Murcia-Jumilla con el ejemplar extremo de Corral de Saus en el Corredor de Montesa que permite suponer una dispersión originaria algo mayor. Este reducido grupo de pilares-estela tipo «Corral de Saus» es seguro, por tanto, que se ampliará en el futuro con nuevos hallazgos, lo que permitiría explicar mejor el origen de la gola del monumento torriforme de Alcoy (62), decorado igualmente con figuras femeninas en la gola, evidentemente inspiradas en la de estos pilares-estela para las que constituye el más próximo paralelo y un indicio de su mayor difusión.

Estas golas decoradas con figuras en alto relieve resultan un elemento muy peculiar y que por ahora debe considerarse plenamente ibérico. La gola resulta un elemento característico de la arquitectura ibérica cada vez mejor documentado (63) y cuyo origen egipcio (64) a través del mundo fenicio está suficientemente demostrado (65). Pero la decoración de la gola con figuras humanas es una característica de las golas ibéricas que plantea cierta dificultad para la explicación de sus orígenes pues no se conocen ejemplos fuera del ámbito ibérico.

Ya se ha señalado (66) cómo este elemento recuerda la organización del dintel del templo de Prinias (67), decorado con figuras feme-

(61) MUÑOZ AMILIBIA: Op. cit. en la nota 17, segunda, pág. 742.

(62) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15.

(63) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 5, en segundo lugar, págs. 408-410.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15, págs. 188-190.

M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, págs. 248-263.

(64) G. JEQUIER: «Manuel d'Archéologie Egyptienne, I. Les éléments de l'architecture», Paris, 1924, pág. 74.

J. VANDIER: «Manuel d'Archéologie Egyptienne, II, 2», Paris, 1954.

(65) P. WAGNER: «Der Ägyptisch Einfluss auf die phönizische Architektur». Bonn, 1980.

(66) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15, pág. 261 y s.

(67) I. PERNIER: «Templi archaici sulla Patela de Prinias». Ann. Scuola Archeol. di Atena, 1, 1914, pág. 19 y fig. 45.

ninas contrapuestas en disposición longitudinal, semejante por tanto a los de las golas ibéricas. El claro carácter orientalizante de este templo griego tan arcaico hace pensar en que sigue prototipos de la arquitectura oriental, tal vez vigas de madera esculpidas que decoraran los techos, dinteles de puertas y tal vez las golas dispuestas sobre éstas. Lo que sí se documenta en la arquitectura fenicia es la existencia de golas y dinteles decorados con urei (68) y discos alados (69), siguiendo la tradición egipcia (70) que influyó en este punto, también en la aqueménida (71) y púnica (72).

Por tanto, a través de la arquitectura fenicia pudo llegar esta idea a la arquitectura ibérica que la utilizó y desarrolló con personalidad propia, de forma paralela a los influjos que la arquitectura fenicia ejerció, durante el Período Orientalizante, en la arquitectura arcaica griega y etrusca.

En este sentido también conviene tener presente como en la Arquitectura etrusca del Período Orientalizante, al configurarse ésta en el siglo VII a. C. adoptando elementos técnicos como las cubiertas de terracota, asimila en su decoración una tradición de frisos decorativos con figuras dispuestas bajo una moldura de sima con lengüetas (73) cuyo perfil transparenta su procedencia de las golas con baquetón de la arquitectura oriental, probablemente fenicia. Estas simas con perfil de gola de terracota, en su desarrollo ulterior, llegan a ofrecer figuras en alto relieve como sucede en algunos tímpanos de templos (74), y en algún caso, como en Arezzo, ya en el siglo V a. C., las figuras ocupan la gola (75) convirtiéndose de hecho en elementos decorativos de la misma (76).

(68) E. RENAN: «Mission de Phénicie», Paris, 1864, lám. 9.

WAGNER, Op. cit. en la nota 65, láms. 15, 17, 3, 36, 38, 1, etc.

(69) WAGNER: Op. cit. en la nota 65, láms. 2, 5, 10, 16, 17, etc.

(70) Vid. Op. cit. en la nota 64.

N. DE. G. DAVIES: «The Rock Tombs of El Amarna», II, 1904, lám. 32 y otras.

(71) D. STRONACH: «Pasagardae», Oxford, 1978.

(72) A. LEZINE: «Architecture Punique», Tunis, 1962, pág. 38 y s.

(73) F. RAKOB: «Numidische Königsarchitektur in Nordafrika». H. G. HORN y C. B. RÜGER London, 1921.

A. ANDREN: «Osservazioni sulle terracotte architettoniche etrusco-italiche», Op. Rom. VIII, 1, Lund, 1971.

(74) A. MINTO: «Problemi sulla decorazione coroplastica nell'architettura del templo etrusco», Studi Etruschi, 27, Firenze, 1953, pág. 9 y s., figs. 23-31.

A. BOETHIUS y J. B. WARDS-PERKINS: «Etruscan and Roman Architecture», Harmondsworth, 1970, fig. 24.

(75) G. MAETZKE: «Terracotte architettoniche scoperte ad Arezzo», Boll. d'Arte, 34, 1949, pág. 251.

(76) R. BIANCHI BANDINELLI: «Etruschi e italici prima del dominio di Roma», Roma, 1973, fig. 255.

Por ello esta tendencia a las golas decoradas con figuras humanas puede evidenciar un desarrollo o en todo caso una idea de la arquitectura orientalizante arraigada en el Mediterráneo Occidental, que perduró en la Península Ibérica y tal vez en Etruria, aquí en todo caso asimilada a los frisos de terracota corridos, pero que no se documenta en el ámbito estrictamente púnico (77), al menos en la época helenística bien documentada por los monumentos nómadas (78), tal vez por haber desaparecido pronto o por no haberse llegado a utilizar.

También es muy peculiar la disposición del baquetón que se caracteriza por las ovas invertidas con ranura central y por la superposición de dos filas de ovas. Las ovas invertidas con ranura central no son excepcionales en la arquitectura ibérica (79). Este mismo tipo de ovas, también invertidas, pero más toscas, aparece en el sillar Corral de Saus 7 (80), interpretable como resto de otro baquetón semejante del mismo taller pero de factura mucho más descuidada por ser una imitación de la pieza aquí estudiada. Ovas con ranura central pero en disposición normal son las que presenta el filete de la gola del pilar-estela de Monforte del Cid cuya calidad evidencia que se trata de un monumento con claros influjos helénicos (81).

La fila de ovas inferior, en posición normal, es bastante más frecuente pues se conoce en Corral de Saus 6 (82), Monforte del Cid (83), Alcudia 10 (84) y El Molar (85) a los que se podría añadir otros casos en que este elemento decorativo se asocia a contarios (86) por lo que resulta ya algo diferente de este caso y más próximo a la arquitectura jonia de la que razonablemente se ha considerado derivada

(77) LEZINE: Op. cit. en la nota 72.

(78) F. RAKOB: «Numidische Königsarchitektur in Nordafrika». H. G. HORN y C. B. RÜGER (Ed.) «Die Numider», Bonn, 1979. págs. 119-171.

(79) Podemos señalar los casos de Alcudia 7 (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 252); Cabecico del Tesoro (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. antes, lám. 34 b); El Cigarralejo (CUADRADO DIAZ, Op. cit. en la nota 28, lám. 274, 5); etc.

(80) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, pág. 253, nota 485.
FLETCHER VALLS y PLA BALLESTER: Op. cit. en la nota 2, («Restos escultóricos...»), pág. 58, fig. 6.

(81) M. ALMAGRO GORBEA y RAMOS FERNANDEZ: Op. cit. en la nota 24.

(82) APARCIO PEREZ: Op. cit. en la nota 1, en último lugar, pág. 23.

(83) Vid. supra, nota 81.

(84) Conservado en el Museo de La Alcudia, lo consideramos prácticamente inédito. M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 255.

(85) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, pág. 256.

(86) Como en Los Nietos (M. ALMAGRO GORBEA y CRUZ PEREZ, Op. cit. en la nota 48, figs. 3 y 4) o en el Llano de la Consolación (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 252).

(87). Incluso en algún caso las ovas se decoran con elementos pseudo-vegetales (88) siguiendo un claro estímulo del gusto ibérico.

La disposición de la doble fila de ovas sí que es singular pues sólo se conoce un paralelo en la arquitectura ibérica, es el monumento de El Prado (89), de Jumilla, de características tipológicas y estilísticas muy próximas al de Corral de Saus. Este hecho permite pensar que puede tratarse de la iberización de una decoración arquitectónica de gusto barroquizante cuyo origen parece rastrear en ciertas bases decoradas neohititas (90) cuya temática ofrece un desarrollo ocasional en el ámbito griego arcaico del Asia Menor (91) de donde acabaron pasando a los cimacios clásicos (92).

Muy interesante es el análisis del origen de esta moldura de ovas del monumento. En primer lugar, este detalle evidencia cómo Corral de Saus constituye una réplica del monumento de El Prado, dada la igual función e idéntico esquema decorativo de ambos y la mejor calidad que ofrece El Prado. Esta dependencia estilística de Corral de Saus respecto a El Prado plantearía, por tanto, el problema de una posible posterioridad teórica.

La concepción del pilar con ovas en su parte superior, como ofrece con toda seguridad El Prado, hace pensar en los pilares de algunas estelas áticas de tipo I c rematadas por lengüetas de concepción muy próxima a las ovas de estos elementos (93). Estas estelas, fechadas hacia el tercer cuarto del siglo VI a. C., evidencian cómo el prototipo orientalizador de estas estelas (94) comienza a ofrecer una elaboración plenamente griega caracterizada por volutas y lengüetas que sustituyen la gola puramente orientalizador de los tipos I a y I b, correspondientes a la primera mitad del siglo VI a. C. (95).

(87) A. GARCIA BELLIDO: «Arte Ibérico» en «Historia de España» dirigida por R. MENENDEZ PIDAL, I, 3, Madrid, 1954, págs. 437-438.

(88) Como en Alcudia 1 y 2 (M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, pág. 250, fig. 12, lám. 34 a) o Cabecico del Tesoro 2 (ALMAGRO GORBEA, Op. cit. antes, pág. 257).

(89) LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

(90) E. AKURGAL: «Orient et Occident», Paris, 1969, pág. 80 y s. y figs. 30-45.

(91) B. WESENBERG: «Kapitelle und Basen» (Beihefte Bonner Jhr. 32), Dusseldorf, 1971, lám. 1525.

A. AKURGAL: «Alt-Smyrna I», Ankara, 1983, págs. 79-99 y figs. 53-88.

(92) L. T. SHOE: «Profiles of Greek Mouldings», Cambridge, Mass. 1936.

G. GRUBEN: «Naxos und Paros I», AA. 1982, pág. 174 y s. figs. 18, 27, 30, etc.

G. GRUBEN: «Der Burgtempel A von Paros», AA. 1982, pág. 202 y s., fig. 16.

(93) RICHTER, Op. cit. en la nota 46, núms. 37, 42 y 44, figs. 103 y 123.

(94) RICHTER: Op. cit. en la nota 46, pág. 27.

(95) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12, págs. 15 y s.

Otro elemento característico es la superposición de franjas de ovas. Una fila de ovas infrapuestas a un cimacio jónico con ovas invertidas ofrece Corral de Saus; El Prado, a esos dos elementos, se infra-pone un contario y otra fila de ovas que aparecen labrados en la parte superior del pilar.

Esta superposición de molduras decorativas es característica de la arquitectura jonia, donde se aplica para adornar cornisas de edificios monumentales, siendo particularmente evidente en los capiteles de antas jónicas (96) y en alguna otra ocasión (97) y cuyos prototipos se forman a lo largo del siglo VI a. C. (98) si bien la composición citada de los ejemplares ibéricos no permiten una comparación concreta con ninguna escuela ni ejemplar determinado.

Más significativa parece ser la asociación de las ovas partidas cuyo perfil y estructura tan próximo queda al origen del cimacio lesbico. En estos destaca el detalle, relativamente poco frecuente, de la ranura central en lugar del resalte que suele ser más característico (99). Este detalle se conoce en el ámbito de la arquitectura eolio-focense (100) de donde debió llegar a la Sicilia Oriental (101) donde también aparece debiéndose explicar su origen como un claro influjo focense (102).

En Sicilia, la evolución de estos elementos ofrece una tendencia a pasar el astrágalo de la parte superior a la inferior de las hojas tras la época arcaica, (103) y en cuanto a la forma de éstas se tiende a formas cada vez más sinuosas y con el elemento intermedio más desarrollado, lo que hace suponer que los ejemplares ibéricos derivan de un tipo todavía arcaico. Este hecho y su forma estrechamente asociada a la de la ova jónica, no permite pensar que esta moldura ibérica proceda

(96) SHOE, not. cit. en la nota 92, págs. 174-175, láms. 5 y 7.

P. COUPEL y P. DEMARGNE: «Fouilles de Xantos, III. Le Monument des Néréides. L'Architecture», Paris, 1969, págs. 111 y s.

(97) GRUBEN: Op. cit. en la nota 92.

(98) WESENBARG: Op. cit. en la nota 91.

AKURGAL: Op. cit. en la nota 91.

(99) C. WEIKERT: «Das lesbische Kymation», Leipzig, 1913.

J. GAUZERT: «Zur Entwicklung lesbischer Kymationformen», Jd. I, 98, 1983, pág. 123 y s.

(100) L. KJELLBERG: «Die architektonischen Terrakotten. Larisa am Hermos II», Stockholm, 1940, láms. 50 y 53.

R. MARTIN: «L'Architecture archaïque de Tasos et l'Anatolie». Mélanges Mansel, I, Ankara, 1974, págs. 456 y s.

(101) G. VALLET y F. VILLARD: «Megara Hyblaea 4. Le temple du IV s.». Paris, 1966, págs. 55 y s. láms. 92 y 94.

(102) MARTIN: Op. cit. en la nota 100, pág. 461.

(103) E. LANGLOTZ: «Die Kunst der Westgriechen», München, 1963, pág. 87, lám. 129.

directamente de los paralelos arcaicos magnogrecos y menos de los posteriores que perduran hasta época de Hieron II pues éstos ofrecen una clara línea evolutiva diferente (104).

Por ello cabe suponer como más lógico la derivación de este elemento ibérico de tradición arcaica vinculada lógicamente al ámbito eolio-jónico que representa Focea y que en estos elementos ofrecería uno de los testimonios de su influjo en el ámbito arquitectónico paralelo al ya bien documentado y aceptado en el ámbito escultórico (105). Estos influjos ya documentados en el Mediterráneo Occidental en Massalia y Sicilia (106), se ven ahora atestiguados y demostrados en la arquitectura monumental funeraria ibérica. Su cronología, por tanto, podría colocarse en relación con el momento de máxima expansión del influjo focense en Occidente a partir de mediados del siglo VI a. C. (107), si bien este elemento creó tradición y perduró en el ámbito ibérico hasta fechas mucho más avanzadas siguiendo sus propias partes evolutivas.

Mayor interés si cabe presenta el análisis estilístico de las figuras de este monumento.

Las figuras de las «Damitas de Mogente» dentro de su gran personalidad y de su original disposición, se pueden relacionar por su estilo con algunas de las piezas más notables del Arte Ibérico. En primer lugar, hay que señalar su semejanza formal y del tocado con una cabeza procedente de la necrópolis de El Cigarralejo (108) que por ser, al parecer, exenta, no parece corresponder a la gola de uno de estos monumentos de tipo «Corral de Saus», pero que ofrece un estilo aún más vivo y directo. Más difícil es la comparación con otros fragmentos de figuras femeninas de gola, como las de el Cigarralejo, El Prado o Cabecico del Tesoro (109), por desgracia todas muy incompletas para examinarlas en conjunto, si bien destacan detalles iconográficos, como las manos alargadas a lo largo del cuerpo y sujetando símbolos funera-

(104) VALLET y VILLARD: Op. cit. en la nota 101, págs. 56-57.

(105) E. LANGLOTZ: «Die kulturelle und künstlerische Hellenisierung der Küsten des Mittelmeeres durch die Stadt Phokaia», Köln, 1966.

MARIN: Op. cit. en la nota 100, pág. 461.

(106) LANGLOTZ: Op. cit. nota anterior.

VALLET y VILLARD: Op. cit. en la nota 101.

(107) M. ALMAGRO GORBEA: «La "colonización" focense en la Península Ibérica. Estado actual de la cuestión», Par-Pas. 104-107, 1982, pág. 432 y s.

(108) CUADRADO DIAZ: Op. cit. en la nota 28, lám. 17, 1-3.

(109) CUADRADO DIAZ: Op. cit. en la nota 28, láms. 14 y 15.

LILLO CARPIO: Op. cit. en la nota 18.

NIETO GALLO: Op. cit. en la nota 60, lám. 133.

rios como palomas o granadas, las largas trenzas colgantes circulares, cinturones, etc., que evidencian su correspondencia a un mismo esquema iconográfico (110). Entre otras esculturas en piedra ibéricas, se aproxima a las figuras de esfinge arcaicas, como las de Haches (111), que ofrece ciertas semejanzas por su peinado de dos trenzas, sus rasgos arcaicos, y la cierta tosquedad en el tratado de las pupilas. Las esfinges de Agost son ya de superior calidad (112). Lo mismo cabe decir respecto a la cabeza de Koré o esfinge procedente de Alicante (113) cuyas ondas del pelo pueden ser un eco de los grandes rizos de estas figuras, pero cuyo estilo es mucho más fino, indicando un taller de mejor calidad y más evolucionado.

Dentro de este marco estilístico, la falta de otras esculturas humanas en piedra directamente comparables a estas figuras de Corral de Saus, puede suplirse por una serie de exvotos ibéricos de bronce que tanto desde el punto de vista del vestido y del tocado como del estilístico denotan una estrecha relación, hasta ahora nunca señalada (114). Esta serie de exvotos de bronce fue considerada «subdedálica» por Nicolini (115), denominación que se debe considerar con gran prudencia para no crear equívocos. Se caracteriza por figuras de hombres y mujeres de aspecto muy arcaico. Las figuras femeninas llevan túnica larga, que sólo deja ver los pies, con un fuerte y ancho cinturón, un señalado escote rectangular, y mangas cortas y ofrecen los cabellos recogidos en dos largas y gruesas trenzas. A las coincidencias señaladas se pueden añadir otros detalles como la concepción frontal de las figuras, el duro tratamiento de los rasgos faciales, las cortas mangas, los cinturones muy marcados, los rizos u ondulaciones del pelo sobre la frente e, incluso, los extremos abultados de las trenzas que recuerdan los anillos que aparecen en Corral de Saus, etc., (116). Por ello la

(110) M. ALMAGRO GORBEA: «Plañideras en la iconografía ibérica», Homenaje a Sáenz de Buruaga, Badajoz, 1982, págs. 274 y s.

(111) T. CHAPA BRUNET: «La esfinge en la plástica ibérica», Trabajos de Prehistoria, 37, Madrid, 1980, pág. 318 y lám. 5.

(112) T. CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota anterior, pág. 314 y lám. 3, 1 y 2.

(113) A. GARCIA BELLIDO: «Una cabeza ibérica, arcaica, del estilo de las korai atticas», Archivo Español de Arte y Arqueología, XI, Madrid, 1935, págs. 165-178.

A. BLANCO FRELJEIRO: «Die Klassischen Wurzeln der iberischen Kunst», Madrider Mitteilungen, 1, Heidelberg, 1960, pág. 112 y lám. 21.

E. LLOBREGAT CONESA: «Contestania ibérica», Alicante, 1972, pág. 146 y lám. 4.

(114) G. NICOLINI: «Bronces ibéricos», Barcelona, 1977, págs. 46 y 47.

F. ALVAREZ OSSORIO: «Catálogo de los exvotos de bronce ibéricos del Museo Arqueológico Nacional», Madrid, 1941, láms. 1, 2-5 y 2, 1-2.

(115) G. NICOLINI: «Quelques aspects du problème des origines de la toreutique ibérique», Ampurias, 38-40, Barcelona, 1978, págs. 478-180.

(116) Op. cit. en la nota 114.

NICOLINI: Op. cit. en la nota 115, figs. 18 y 19.

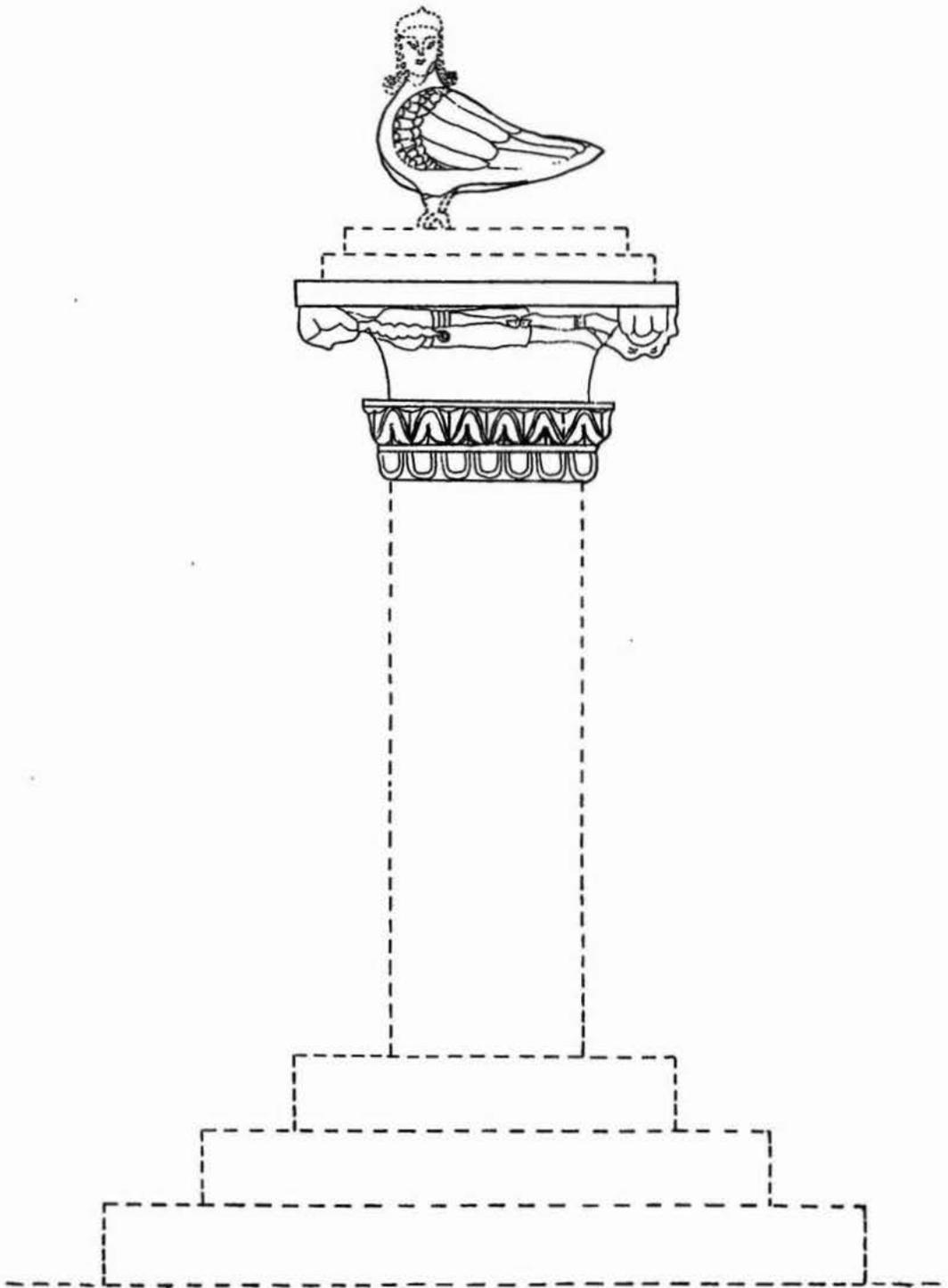


Fig. 3.—Reconstrucción teórica del pilar-estela de las Damitas de Mogente

aparente relación de las figuras de Corral de Saus con esta serie de exvotos ibéricos parece un dato importante para su origen y cronología.

La citada serie de exvotos de bronce ha sido considerada por Nacolini como de influjo dedálico y fechada en la primera mitad del siglo VI a. C. (117). Aunque no parece aceptable una relación con la escultura dedálica, sí que es evidente que dichos exvotos ofrecen elementos estilísticos evidentemente anteriores a los exvotos ibéricos con influjos más evolucionados de la plástica arcaica greco-oriental (118) cuya fecha se debe situar hacia la segunda mitad del siglo VI a. C. avanzado. En consecuencia, este tipo de exvotos paralelizable con Corral de Saus debió originarse en fecha anterior, en torno a la mitad de dicho siglo, tal vez en relación con los primeros influjos artísticos griegos que se extienden desde las costas de la Península Ibérica (119) y anteriores a la aparición de las primeras figuras de exvotos con diadema (120) que suponen una primera introducción de la moda de vestir jonia que caracterizan los exvotos del arcaísmo final (121), si bien estas figuras aún mantienen detalles más antiguos como el ancho y marcado cinturón orientalizante, por lo que no se deben fechar lejos de mediados del siglo VI a. C.

De este modo la evolución estilística parece confirmarse en la de la moda de vestir (122). La indumentaria de las «Damitas de Mogente» es claramente diferente de la habitual de las damas ibéricas de la región contestana (123), bien documentada a partir del segundo cuarto del siglo V. a. C. en que se debe colocar la Dama de Elche (124)

(117) NICOLINI: Op. cit. en la nota 115, pág. 480.

(118) E. KUKAHN: «Unas relaciones especiales entre el arte oriental griego y el Occidente», Simposio Internacional de Colonizaciones (Barcelona, 1971), Barcelona, 1974, págs. 121 y s.

E. KUKAHN: «Zur Frühphase der Iberischen Bronzen», *Madrider Mitteilungen*, 8, Heidelberg, 1967, págs. 162 y s.

(119) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 107, págs. 433 y s.

(120) NICOLINI: Op. cit. en la nota 115, pág. 481, fig. 24.

(121) ALVAREZ OSSORIO: Op. cit. en la nota 114, láms. 3, 4; 5, 1-6; 6, 4-5 y 8.

KUKAHN: Op. cit. en la nota 118, pág. 65, fig. 26 c.

NICOLINI: Op. cit. en la nota 115, págs. 480 y 481, figs. 24 y 26.

(122) Vid. supra. nota 118.

(123) Sobre este interesante aspecto de la Cultura Ibérica, S. HENNING: «Le vêtement, la coiffure et la parure des statues féminines ibériques en pierre à l'âge du fer», Liège, 1971 (texto xerocopiado).

BANDERA ROMERO, M.ª L.: «El atuendo femenino ibérico, I», *Habis*, 8, Sevilla, 1977, págs. 253-297.

BANDERA ROMERO, M.ª L.: «El atuendo femenino ibérico, II», *Habis*, 9, Sevilla, 1978, págs. 401-440.

LLOBREGAT CONESA: Op. cit. en la nota 113, pág. 200.

(124) E. KUKAHN: «Busto femenino de terracota de origen rodio en el ajuar de una tumba ibérica», *Archivo Español de Arqueología*, XXX, Madrid, 1957, págs. 3-15.

y cuyos precedentes se deben considerar algunos exvotos ibéricos fechables a partir de finales del siglo VI a. C (125). Esta diferencia sólo puede explicarse por su anterioridad como confirma el destacado papel del cinturón ancho y señalado (126) o el detalle del colgante circular que ofrece la figura del fragmento menor (127), o incluso el peinado de gruesos rizos y largas trenzas, características del alto arcaísmo griego (128).

En este mismo sentido, los fuertes plegados de los paños que ofrecen estas esculturas de Corral de Saus frente a sus paralelos de bronce no debe extrañar, pues pueden explicarse por el mayor tamaño de la escultura y, en todo caso, ofrecen una rigidez y simetría que contrasta con el tratamiento de los paños del arcaísmo final que incluso perdura en las estilizaciones de aspecto arcaizante tan características de la escultura ibérica posterior.

El origen del estilo de estas figuras no es fácil de precisar. Ofrecen una mezcla de elementos orientalizantes, como el cinturón y los colgantes circulares, con otros de sabor griego arcaico, como el peinado, los pliegues de la túnica o el tratamiento de los rasgos de la cara. Por ello tal vez lo más prudente sería considerarlas como reflejo de los influjos de la plástica greco-oriental anterior al arcaísmo final cuyos reflejos, bien atestiguados en otras obras de bronce y piedra del Arte Ibérico, no parecen apreciarse en el modelo de estas figuras, que debe en consecuencia ser anterior.

Esta hipótesis convendría perfectamente a la asociación de las «Damitas de Mogente» a un elemento tan orientalizante como la gola, asociación extraña en la plástica griega y que se explicaría por ser una creación ibérica que debió alcanzar gran éxito, como evidencia que hayan llegado hasta hoy un número relativamente elevado de pilares-estela de tipo Corral de Saus, esto es, con figuras en la gola, alcanzando su influjo a monumentos torrifformes posteriores, como el de Alcoy, último eco de esta creación.

(125) E. KUKAHN: Op. cit. en la nota 118, en segundo lugar.

(126) J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ: «Cinturones sagrados en la Península Ibérica», Homenaje al profesor Martín Almagro, II, Madrid, 1983, págs. 411-420.

Para su difusión en la Iberia orientalizante, M. ALMAGRO GORBEA, Op. cit. en la nota 2, págs. 223 y 224. y

A. GONZALEZ PRATS: «Estudio arqueológico del poblamiento antiguo de la Sierra de Crevillente», Alicante, 1983, págs. 173 y s.

(127) J. M. BLAZQUEZ MARTINEZ: «Tartessos y los orígenes de la colonización fenicia en Occidente», 2.ª ed., Salamanca, 1975, láms. LIV, LXXXIX, B; CXXV-CXXVII, etc.

A. GONZALEZ PRATS: «El tesoro de tipo orientalizante de la Sierra de Crevillente», Ampurias, 38-40, Barcelona, 1978, pág. 355 y figs. 3 y 6.

(128) Vid supra. notas 111, 114 y 115.

Esta hipótesis permitiría, desde el punto de vista estilístico, considerar a estas piezas como una genuina representación de una etapa inicial del Arte Ibérico caracterizada por un fuerte sincretismo de elementos orientales de origen fenicio y los primeros influjos plásticos greco-orientales, estructurados con plena madurez y perfecto desarrollo de la actividad creadora ibérica.

Dentro de esta hipótesis de trabajo es obligado replantear la cronología de esta pieza. La inexistencia de elementos del arcaísmo reciente obligan a una fecha teóricamente anterior al final del siglo VI a. C. Los plegados que se advierten en el vestido de las figuras pudieran ser el resultado de las mayores posibilidades que ofrece la escultura en piedra sobre los exvotos de bronce que constituyen sus más próximos paralelos o, incluso, se podrían interpretar como un influjo inicial del arcaísmo final. Pero en uno y otro caso, parece que los argumentos existentes para fechar la creación de esculturas obliga a situarla antes del último cuarto del siglo VI a. C., tal vez hacia el segundo tercio del mismo por fijar una cronología, aunque esta sea a modo de hipótesis que sólo futuros hallazgos y nuevos estudios permitirán precisar.

Esta precisión cronológica exige ser contestada con los también inciertos datos que se puede obtener para los restantes monumentos que forman este tipo de pilar-estela.

En El Cigarralejo y Cabecico del Tesoro, sólo se puede valorar el contexto de reutilización de las piezas en tumbas del siglo IV a. C., lo que constituye sólo un término ante quem insuficientemente preciso.

El monumento de Coimbra del Barranco Ancho, a parte de sus contextos arqueológicos que corresponde a una fecha semejante, ofrece figuras de guerrero que aunque muy mutiladas, se caracterizan por su calzón corto, camisa ajustada y ancho y señalado cinturón. Esta moda de vestir se inicia en el Período Orientalizante, como evidencia Pozo Moro (129), y perdura entre los exvotos ibéricos de bronce que a menudo ofrecen características semejantes (130), pudiéndose fechar desde el siglo VI a. C. y a lo largo del V a. C. hasta desaparecer tal vez ya en el IV a. C. (131).

El monumento de Coimbra de Barranco Ancho estuvo rematado, tal vez, por una figura de toro en pie con los pliegues del cuello bien señalados por líneas paralelas y un buen tratamiento plástico de los volúmenes característicos que ofrecen otros toros ibéricos (132) como

(129) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, lám. 23, etc.

(130) ALVAREZ OSSORIO: Op. cit. en la nota 114, láms. 38 y s.

(131) NICOLINI: Op. cit. en la nota 114, págs. 50, 88, 96, 98, 100, etc.

(132) T. CHAPA BRUNET: «La escultura zoomorfa ibérica en piedra», (Tesis Doctoral) Universidad Complutense, 2 vols. Madrid, 1980.

el toro de Monforte del Cid que refleja un claro influjo de la plástica zoomorfa griega del Arcaísmo Final fechable en torno al 500 a. C. (133). Por ello, la cronología de este monumento, no parece que en principio se deba rebajar más allá del siglo V. a. C. y aún se debería precisar en la segunda mitad del siglo IV a. C. si al mismo monumento correspondiese el pilar o cipo con figuras (134), lo que no tiene que darse por demostrado.

El monumento de El Prado ofrece cuatro figuras femeninas de mayor movimiento que las de Corral de Saus. Una de ellas ofrece además una túnica con pliegues verticales semejante a la de una de las figuras del monumento de Alcoy (135) y otra el ancho cinturón reforzado con una cinta externa que vemos en los guerreros del heroon de Obulco (136) y en un exvoto de Despeñaperros (137) de estilo muy próximo al citado conjunto escultórico, fechable como él hacia el segundo cuarto del siglo V. a. C.

El movimiento de las figuras de El Prado, con las piernas bien diferenciadas y el cuerpo curvado podría ir bien en la cronología citada, aunque su mal estado de conservación no permite mayor precisión estilística. En todo caso, es necesario mantener la reserva que supone la mejor calidad escultórica de El Prado y tal vez de El Cigarralejo respecto a Corral de Saus, dato especialmente evidente en los baquetones de ovas y que hace muy delicada la labor de comparación y seriación de todos los monumentos de este tipo, pues el mayor arcaísmo aparente de Corral de Saus podría explicarse mejor como obra de un artesano de taller periférico o de menor pericia escultórica, en todo caso derivada del prototipo de El Prado, tal vez ya dentro del siglo V. a. C.

A una fecha posterior, de pleno siglo IV a. C., se debe atribuir el monumento de Alcoy (138). En este caso ya no se trata de la gola de un pilar-estela sino de una sepultura torriforme, pero su interés estriba en evidenciar la ulterior evolución de este elemento decorativo que podría considerarse como la última derivación del prototipo arcaico orientalizante.

(133) M. ALMAGRO GORBEA y RAMOS FERNANDEZ: Op. cit. en la nota 24.

(134) R. OLMOS ROMERA: «El entorno pónico y la Península Ibérica», *Archeología*, 1985, en prensa.

(135) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15, figs. 1 a 3.

(136) J. GONZALEZ NAVARRETE y A. BLANCO FREIJEIRO: «Las esculturas de Porcuna (Jaén)», en A. GARCIA BELLIDO: «Arte Ibérico en España», Madrid, 1980, págs. 73-78.

(137) ALVAREZ OSSORIO: Op. cit. en la nota 114, núm. 2377.

NICOLINE: Op. cit. en la nota 131, págs. 168 y 169.

(138) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 15.

Un origen y cronología no alejada de la propuesta pero de pleno siglo VI a. C. se debe atribuir a la figura de sirena (139), si bien la pertenencia de esta escultura al monumento no sea del todo seguro. Ya Fletcher (140) apuntó acertadamente la rareza de esta representación mitológica en la Península Ibérica y su carácter exótico en el ámbito ibérico. Al paralelo de bronce de Rafal del Toro, en Menorca (141), hay que añadir otra pieza de bronce procedente de las Necrópolis de Ampurias (142) y varias representaciones vasculares (143) que indican que estas figuras mitológicas, fechables dentro de mundo arcaico de pleno siglo VI a. C., eran conocidas por los iberos, tal vez desde el período orientalizante.

La sirena de Corral de Saus ofrece un tratamiento volumétrico de las formas y una estilización del plumaje así como la factura de los detalles que recuerda particularmente a productos de claro influjo greco-arcaicos. La anterioridad de la sirena de Corral de Saus a las esfinges de Agost (144) fechables hacia fines del siglo VI a. C., aparece evidente, así como a otras figuras aún posteriores, como las del Llano de la Consolación o Villacarrillo (145) lo que confirmaría una cronología no posterior a mediados del siglo VI a. C. para esta figura.

En esa fecha posterior, tal vez los monumentos funerarios ibéricos tenderían a sustituir las sirenas por la esfinge, animal que parece hacerse más habitual en el mundo griego arcaico probablemente con parecida función y significado ideológico, de animal apotropaico, defensor de la sepultura y conductor de los muertos (146). Así esta preferencia por la esfinge podría interpretarse como una prueba más de la creciente helenización cultural, esto es, de la creciente personalidad de la cultura ibérica a los modos y cambios ideológicos en el ámbito colonial.

Más problemática, por último, es la atribución a este monumento de las «Damitas de Mogente» de una bella cabeza decorada con un alto polos o corona que pudiera ser una cabeza de esfinge (147) y que

(139) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 132, pág. 961 y s.

CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 32, págs. 228 y s.

(140) FLETCHER VALLS: Op. cit. en la nota 1.

(141) A. GARCIA BELLIDO: «Hispania Graeca», Barcelona, 1948, lám. 29.

(142) KUKAHN: Op. cit. en la nota 118, en primer lugar, págs. 123 y 124.

(143) M. ALMAGRO BASCH: «Ampurias», Barcelona, 1951, fig. 56.

G. TRIAS DE ARRIBAS: «Cerámicas griegas de la Península Ibérica», Valencia, 1968, láms. 1, 1.; 23; 41, 2; 47, 1; etc.

(144) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 111, pág. 329.

(145) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 111, pág. 330.

(146) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 32, págs. 221 y s.

(147) APARICIO PEREZ: Op. cit. en la nota 1, en último lugar, láms. 10 y 12.

ha sido relacionada con esta sirena (148) e incluso se ha utilizado para las reconstrucciones de este monumento (149). Las dificultades de esta atribución son en parte iconográficas, ya que no es frecuente la existencia de polos en las sirenas (150), y estilísticas, pues parece más detallista que las figuras de las «damitas» y de tratamiento más anguloso que el cuerpo de sirena citado. Sin embargo ninguno de estos motivos es suficiente para su exclusión, quedando únicamente su posible pertenencia al monumento mucho más incierta.

CONCLUSIONES

El monumento de las «Damitas de Mogente», procedente de la necrópolis de Corral de Saus, constituye sin duda alguna uno de los restos arquitectónicos más importantes proporcionado por ese rico yacimiento.

Su análisis pormenorizado permite su reconstrucción como un rico pilar-estela ibérico por lo que supone una importante aportación al conocimiento actual de la arquitectura funeraria ibérica dados los elementos técnicos, metrológicos, estilísticos e iconográficos que ofrece. Especialmente permite identificar una serie de pilares-estela que hemos denominado «tipo Corral de Saus» caracterizados por ofrecer la nacela decorada con figuras y que se extendió desde Murcia hasta el Corredor de Montesa aunque aún es prematuro interpretar si se trata de obras de un mismo taller o, más probablemente, de un modelo imitado y difundido por su éxito iconográfico y suntuario.

El análisis de sus elementos estilísticos e iconográficos parece indicar que se trata de una creación ibérica explicable por unos influjos estilísticos greco-orientales sobre un substrato aún próximo al ambiente orientalizante. La determinación de su cronología plantea evidentes dificultades. La hipótesis más lógica sería la de que representa una de las más antiguas creaciones de la etapa inicial del Arte Ibérico, caracterizada por el sincretismo de elementos orientalizantes revitalizados por la introducción de la plástica greco-oriental que debería fecharse hacia mediados del siglo VI a. C. pero la lograda aceptación del tipo de monumento y su evidente continuidad dificulta la asignación de una fecha precisa a este monumento en concreto.

(148) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 32, pág. 233.

(149) M. ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 2, fig. 16.

ALMAGRO GORBEA: Op. cit. en la nota 12, fig. 1.

(150) CHAPA BRUNET: Op. cit. en la nota 32, pág. 233, aunque puede considerarse como polos el arranque de la palmeta de la figura de sirena procedente de Esparta (W. LAMB: «Excavations at Sparta», A. B. S. A. 28, 1927, lám. 9, 11, y KUKAHN, Op. cit. en la nota 118, fig. 11 c.

ANA MARIA MUÑOZ AMILIBIA
(Murcia)

**LA ESCULTURA FUNERARIA DE LA NECROPOLIS DE
COIMBRA DEL BARRANCO ANCHO (JUMILLA, MURCIA) ***

El lugar preeminente que sin duda ocupa Domingo Fletcher en la investigación del mundo ibérico, justificaría sin duda la elección del tema en este homenaje que le tributamos. Pero es también un hecho concreto, el paralelismo entre determinados elementos escultóricos de la necrópolis del Corral de Saus de Mogente y los de la necrópolis jumillana, lo que me ha movido a traer aquí este tema, con el deseo de dar a conocer el conjunto de esculturas de esta necrópolis, como anticipo a la publicación de la memoria de excavaciones y a futuras interpretaciones siempre abiertas.

En estos últimos años el conocimiento de la escultura ibérica funeraria se ha visto enriquecido con descubrimientos insospechados, que han contribuido a reafirmar la categoría de la escultura ibérica dentro de la plástica del occidente prerromano. Es evidente que nada tiene que envidiar, e incluso las supera en muchos casos, a las producciones itálicas, etruscas, e incluso grecoitálicas. El porqué se produce este rico fenómeno artístico en nuestro mundo ibérico y no por ejemplo en el galo, abierto también tempranamente al influjo colonizador, es una cuestión sólo explicable en la raíz del propio pueblo ibérico y en su vieja tradición cultural, que lo hizo capaz de una gran creatividad artís-

(*) La autora agradece al Dr. Don Pedro Lillo Carpio los dibujos de cada una de las piezas.

tica paralela a otros logros no menos importantes, como es el de una escritura propia.

La investigación de la plástica ibérica procedente de necrópolis, ha avanzado mucho estos últimos años, no sólo por nuevos descubrimientos, sino también por trabajos de síntesis dedicados a la escultura animalística (1) o el estudio de su función y disposición en los monumentos funerarios (2), con precisiones cronológicas fundamentadas en datos de tipo arqueológico y no simplemente estilístico como parecía obligado en muchos casos.

En realidad el planteamiento del estudio arqueológico y no puramente estilístico de la escultura en piedra ibérica se inició con el descubrimiento de fragmentos escultóricos reutilizados en sepulturas ibéricas, que, lógicamente, son anteriores a éstas. En los años cuarenta, Sánchez Jiménez, en Hoya de Santa Ana; Nieto Gallo, en el Cabecico del Tesoro; Cuadrado, en el Cigarralejo, plantean la fecha *ante quem* para la escultura ibérica reutilizada en necrópolis. Casi al mismo tiempo, Ramos Folqués hace un planteamiento semejante, esta vez nada menos que en La Alcudia de Elche, sede de la famosa Dama, cuya cronología estaba en plena oscilación descendente. Sus argumentos arqueológicos sin embargo no merecieron la debida atención (3), y todavía actualmente el espejismo del Mediterráneo oriental y el mundo clásico griego sigue latente, a pesar de la llamada de atención de varios autores y muy particularmente de Enrique Llobregat (4): «La evidencia arqueológica nos obliga a postular una indigenidad, una autoctoneidad para el arte ibérico... comparar la escultura ibérica con la escultura ibérica o con otras manifestaciones del arte peninsular coetáneo. A lo sumo con fenómenos periféricos del área clásica, como sucede con lo etrusco... La escultura ibérica está basada en una voluntad de estilo, aunque haya una elaboración vieja de las corrientes griegas arcaicas, etruscas o fenicias.»

Efectivamente, el mundo ibérico creó una escultura propia en rocas calizo-areniscas locales elegidas cuidadosamente, mostrando una téc-

(1) T. CHAPA BRUNET: «La escultura zoomorfa ibérica en piedra». Dos volúmenes. Universidad Complutense. Madrid, 1980.

T. CHAPA BRUNET: «La escultura ibérica zoomorfa». Dirección General de Bellas Artes, Madrid, 1985.

(2) M. ALMAGRO GORBEA: «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura ibérica», en *Madrider Mitteilungen*, 24, págs. 177-293 y 34 láms. Mainz am Rhein, 1983.

(3) A. RAMOS FOLQUES: «Sobre escultura y cerámica ilicitanas». Estudios Ibéricos 3 del Instituto de Estudios Ibéricos y Etnología Valenciana. Valencia, 1955.

(4) E. A. LLOBREGAT CONESA: «Contestania Ibérica». Instituto de Estudios Alicantinos. Alicante, 1972, págs. 160-164.

nica de talla y modelado verdaderamente notables, sobre todo en determinadas «escuelas» que algún día podremos precisar mejor, y que denotan una larga experiencia y no un simple mimetismo, y al decir una larga experiencia no me refiero a un largo período cronológico; bastan cincuenta años o menos para plasmar una creación artística dentro de un estilo surgido en unas determinadas circunstancias de tipo social. Por ello es muy difícil y sin duda inútil, pretender explicarla simplemente como un reflejo de influencias artísticas externas. Estas influencias en todo caso, como ocurrió con otros pueblos del Mediterráneo occidental, produjeron una evolución interna en todos los órdenes de su vida, abiertos de forma más o menos permeable a los logros de otras culturas con las que estaban en contacto, pero sólo un mejor conocimiento del pueblo ibérico, a través de todas las manifestaciones de su propia creatividad, podrá acercarnos a una mejor comprensión de su producción artística, alguno de cuyos aspectos como el de la pintura parietal, apenas nos es conocido.

Siguiendo esta línea, al presentar el conjunto de Jumilla, me voy a plantear una serie de cuestiones de orden cronológico y cultural en función de los datos arqueológicos aportados por la excavación y por el estudio de los propios restos escultóricos.

En enero de 1982, con motivo del XVI Congreso Nacional de Arqueología, dimos a conocer el hallazgo del cipo decorado con esculturas, encontrado en las excavaciones de la necrópolis en julio de 1981, con simples referencias a las otras piezas (5). Un avance del descubrimiento se dio en la revista «Picacho» de Jumilla y en el X Congreso Internacional de CPP celebrado en Méjico en 1981 (6), pero son noticias parciales que justifican el que aproveche esta oportunidad para completarlas en espera de la publicación de los trabajos realizados hasta ahora en el yacimiento. Además, las campañas de excavación de 1982 y 1983 permiten encuadrar mejor el conjunto de las esculturas y relacionarlas cronológicamente con el desarrollo de la necrópolis desde el segundo cuarto del siglo IV, durante todo el siglo III a comienzos del II, ya que aparecieron desplazadas del monumento o monumentos funerarios que decoraban inicialmente.

(5) A. M. MUÑOZ AMILIBIA: «Cipo funerario ibérico decorado con esculturas». Crónica del XVI Congreso Nacional de Arqueología (Murcia-Cartagena, 1982), Zaragoza, 1983, págs. 741-748, 2 láms.

(6) A. M. MUÑOZ AMILIBIA: «Cipo funerario ibérico de Coimbra del Barranco Ancho», en «El Picacho», revista de Información local y cultural, núm. 4, Jumilla, septiembre de 1981.

A. M. MUÑOZ AMILIBIA: «Cipo funerario ibérico decorado con esculturas», en Actas del X Congreso de la Unión Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas (México, 1981), México, 1982, págs. 304-305.

El cipo apareció tumbado, apoyado sobre una de sus caras, justo sobre el borde de un gran empedrado tumular, acompañado de un fragmento de capitel decorado y de cuatro fragmentos de un toro: grupa, cuerpo, cuello y morro, este último debajo del cipo. Bastante desplazado de este conjunto de hallazgos, a un metro y medio de distancia, apareció un gran plinto decorado con guerreros tumbados, muy deteriorado (láms. VI, 1 y VII, 1 y 2). La localización de los hallazgos escultóricos se hizo por tanto en dos puntos de la necrópolis, en uno el cipo con los citados fragmentos de toro y capitel juntos y al parecer en relación con un gran empedrado tumular y en otro, el plinto colocado en posición vertical y no apoyado en su base, entre una serie de piedras sin relación con las sepulturas 1 y 2 que quedaban por debajo. Todos los fragmentos aparecieron desplazados de su lugar originario, pero sin haber sido reutilizados propiamente en la construcción de otras sepulturas, como ocurre en necrópolis semejantes. No parece por tanto posible pensar, en el caso de Coimbra, en una destrucción sistemática de los monumentos funerarios con esculturas y su aprovechamiento posterior como simple material de construcción, con desprecio a su primitiva finalidad. Más bien todo induce a pensar en un deterioro natural de los monumentos, que corresponderían al momento más antiguo y rico de la necrópolis, hacia mediados del siglo IV, y su abandono en las fases sucesivas de utilización del cementerio —segunda mitad del siglo IV a fines del III o comienzos del II a. C.—, cuando ya al parecer ha cambiado la situación económica y social en cuyo contexto se produjeron. De momento se ha excavado totalmente el gran túmulo empedrado, rodeado de un zócalo de piedra, conservado en parte, de unos seis metros de lado. Este fue bastante destruido con incineraciones practicadas rompiendo el empedrado que originariamente debía de cubrirlo totalmente; se trata de *loculi* fechados en el siglo IV, pero también pequeñas incineraciones en urna protegidas por piedras, que parecen poder fecharse ya en el siglo III e incluso alguna a comienzos del siglo II. En 1984 se ha excavado otra sepultura de tipo escalonado de mediados del siglo IV, que dejaba un espacio libre entre ella y el empedrado tumular en que se apoyaba el cipo. Este espacio fue siendo ocupado sucesivamente por sepulturas con encachado de piedras, en general con urna, fechables en el siglo III. La fuerte pendiente natural del área de necrópolis, debió de plantear un problema de arrastre que obligó a acondicionar el lugar para garantizar la conservación de las sepulturas que no contaban con protección suficiente como en el caso del túmulo empedrado o la sepultura escalonada bien construida. Esto hizo que se rellenara el espacio primitivamente libre colocando líneas de empedrado de forma de tendencia triangular para la retención de la

tierra, pero que no forman parte de sepulturas concretas. El plinto de los guerreros tumbados apareció junto a una de estas estructuras de piedra. Es difícil saber si rodó por la pendiente y quedó detenido allí, o si fue colocado intencionalmente. Por su posición parece más probable la primera hipótesis.

En cuanto al cipo y el resto de las esculturas que le acompañaban, da la sensación de que fueron colocadas con cuidado, seguramente después de que cayera del lugar en que primitivamente estuvo emplazado y los fragmentos de toro y capitel sirvieron para protegerlo. Lo que ya es más difícil es relacionar el cipo con una sepultura concreta. A título de hipótesis me inclino a pensar en la sepultura 22, una de las más ricas de las excavadas en el empedrado tumular. Se trata de un *loculus* excavado en la tierra, forrado de arcilla endurecida amarillenta rojiza que lo cubría totalmente sin protección de piedras. Es de forma ovalada de 1'25 metros de longitud por 0'80 de anchura y presenta en su lado oeste una especie de rebanco con dos pequeños nichos de 0'60 y 0'30 metros de profundidad respectivamente. Estaba relleno de abundantes cenizas acompañadas del ajuar muy deteriorado por el fuego y en el fondo gran cantidad de restos de madera carbonizada, algunos conservando aún su estructura, lo que parece indicar que sirvió de *bustum* la misma sepultura. Entre el ajuar destacamos restos de armas, entre ellas un soliferrum, una punta de lanza, una cabeza de falcata en forma de caballo, fragmentos de manilla de escudo y una espuela; abundantes restos de adorno: un botón de plata decorado, dos pendientes de oro anulares ligeramente amocillados, discos de bronce con decoración nielada y punzones de hueso decorados y lisos. Entre la cerámica, un plato de barniz rojo del tipo A de Cuadrado muy quemado e incompleto, con agujeros de suspensión, y dos platos de cerámica ática de barniz negro también muy deteriorados, fechables en el segundo cuarto del siglo IV.

El cipo: Hemos denominado así al elemento principal del conjunto, de forma prismática algo irregular por sus dimensiones: unos 0'93 metros de altura por 0'47 y 0'56 en la base y 0'44 y 0'47 en su parte alta. Tanto la base como la parte alta son planas y disponen de una perforación circular; son cuadrangulares, con dos lados algo mayores que corresponden a dos caras del cipo ligeramente más anchas, las de dos jinetes; de todas formas, las medidas no pueden ser muy precisas por el estado de conservación de la pieza.

Aparece decorado en sus cuatro caras laterales con temas en alto-relieve, sobre cuya descripción pormenorizada ya tratamos en otro

lugar (7). Es difícil determinar el orden de las escenas representadas, que creemos guardan una relación entre sí, posiblemente con un sentido narrativo unitario, pero de momento empezaremos por la cara que representa una escena con dos figuras, una sedente y otra de tamaño ligeramente menor, de pie, apoyada sobre su pierna derecha y con la izquierda ligeramente levantada como en actitud de avanzar algo estereotipada, muy semejante a la de la figura varonil del relieve funerario de La Albufereta, tan próximo estilísticamente en muchos aspectos a los relieves del cipo de Jumilla (8). La escena en sí es difícil de interpretar. ¿Se trata de la despedida de un difunto o difunta sedente de un ser querido, o de la acogida del difunto por una divinidad entronizada? Ni siquiera se puede asegurar el sexo de la figura sedente ya que dado su estado de conservación no se perciben bien detalles significativos de la indumentaria. En la cabeza sólo se ve el detalle de los mechones de pelo sobre la frente, a modo de flequillo, pero no si llevaba velo que la cubriera al menos en parte, como parecería lógico en una representación femenina. En todo caso, si se tratara de una figura masculina descubierta, parece lógico que hubiera quedado más rastro de la oreja que normalmente suele ser muy prominente y en este caso no se advierte (lám. I, 1).

El paralelismo más próximo en el arte ibérico nos lo ofrece la representación pintada en la cista de piedra procedente de la sepultura núm. 76 de la necrópolis de Tútugi (Galera, Granada). También allí aparece una figura de aspecto femenino sentada en un taburete de tijera semejante al del relieve funerario de Jumilla, y enfrente, de pie, otra figura femenina en actitud oferente. Al parecer la escena se completaba con una figura arrodillada entre ambas (9). Aunque en el caso de Galera se ha solido interpretar la figura sedente como una divinidad, la verdad es que es difícil determinarlo y el estado de conservación de la pieza tampoco permite muchas conjeturas, aunque no hay que olvidar la realidad de una divinidad femenina entronizada en el

(7) MUÑOZ AMILIBIA: loc. cit. en la nota 5.

(8) M. TARRADELL MATEU: «Arte Ibérico». Editorial Polígrafa, Barcelona, 1968, figs. 99 y 100.

LLOBREGAT CONESA: Op. cit. en la nota 4, pág. 150, lám. VII.

(9) J. CABRE AGUILO y F. DE MOTOS: «La necrópolis ibérica de Tútugi (Galera, provincia de Granada)». Memoria núm. 25 de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, Madrid, 1920, págs. 39-41.

J. CABRE AGUILO: «La necrópolis de Tútugi. Objetos exóticos o de influencia oriental en las necrópolis turdetanas», en el Boletín de la Sociedad Española de Excursiones, tomo XXVIII, Madrid, IV trimestre de 1920, págs. 41-44, lám. 7, 1-3.

mundo funerario ibérico, tal como parece deducirse en el caso de la Dama de Baza. En la escena del cipo, el muchacho parece «avanzar» hacia la figura sentada, que le acoge tiernamente apoyándole su mano derecha sobre la cabeza y quizás cogiendo con su mano izquierda la del mismo lado del joven, que se enlazarían apoyándose sobre las rodillas de la figura sentada. El joven lleva una túnica corta, sujeta por un ancho cinturón con hebilla, y manga corta, que dejan al descubierto los muslos y dos brazaletes en el brazo derecho en cuya mano porta un objeto difícil de identificar, pero que podría ser una pequeña falcata o puñal. La cabeza presenta un peinado con flequillo y cuatro hileras de mechones de pelo superpuestas, le cubren totalmente la nuca. La oreja, muy grande, lleva un pendiente en el lóbulo. Por encima del regazo de la figura sentada, a 54 centímetros de la base y a 20 y 18 centímetros respectivamente de las caras laterales, casi en el centro, se abre una perforación cuadrangular de 9'5 centímetros de profundidad y 4'3 y 4 centímetros de ancho, por 4'5 y 3'8 centímetros de lado. Como veremos, este tipo de perforación se da en todas las caras del cipo.

La representación de la cara siguiente, un jinete con bastón, báculo o cetro terminado en T, es la mejor conservada por haber quedado sobre el suelo y por tanto protegida de la intemperie que tanto afectó a las restantes (lám. I, 2). Enseguida destaca el porte solemne del jinete que avanza hacia la izquierda con el caballo al paso. Aunque quizás resulte algo desproporcionado, sobre todo por el tamaño de la cabeza un poco grande en relación al cuerpo, el tratamiento del altorrelieve denota una gran maestría y cuidado en la ejecución. Su cabeza, como en todas las demás figuras, aparece en ligero escorzo; es de cara ancha y redonda, con pómulos destacados, ojos grandes almendrados profundamente incisos, con párpados y arcos superciliares bien marcados. Los labios, carnosos, aparecen justamente dibujados, lo mismo que la barbilla redondeada, recordando la expresión seria y solemne de la Dama de Elche. La nariz es recta, corta y algo ancha. La oreja como es habitual en la plástica ibérica (cabezas varoniles del Cerro de los Santos y del relieve de La Albufereta), es de gran tamaño, con las líneas del pabellón auditivo muy marcadas, y un gran lóbulo del que pende un pendiente amorcillado. El peinado muestra el cabello dividido por raya central que deja la frente despejada con amplia entrada, quizás tonsurada, cayendo los mechones de pelo ondulados hasta la oreja y cubriendo por detrás la nuca.

Va vestido con túnica de manga corta, que deja ver un brazaletes sobre el codo y dos en la muñeca; el escote es en pico con un dobléz. Por encima lleva un manto terciado, que deja al descubierto parte del

lado izquierdo y se sujeta sobre el hombro derecho. La túnica debe de ser larga y sus pliegues se confunden con los del manto, dejando al descubierto el pie al parecer calzado. La mano izquierda, de largos y estilizados dedos, sujeta las riendas, mientras que la derecha, también magníficamente tratada, con las uñas bien dibujadas, sujeta un bastón terminado en un travesaño transversal, curvado hacia arriba, que parece apoyarse en la cadera. El caballo, robusto, con cabeza pequeña muy erguida y larga cola que, aunque rota, llega hasta el suelo, está esculpido con una gran perfección en todos sus detalles anatómicos. Va ricamente enjaezado. La montura consiste en una simple manta o cobertura plegada, en la que se aprecian tres dobleces, sujeta por un ancho pretal liso y sin duda por una cincha que no se advierte, quizás tapada por el mismo jinete. Las bridas están compuestas por cabezada con testera decorada con discos o botones, frontalera que se une a la testera con un botón de mayor tamaño, y un falso ahogadero que con la testera sujeta el guardanuca trapezoidal. El bocado es de filete con alas curvas y suspensión triangular, que se une a la testera por una pieza en forma de roseta. La rienda es sencilla y ancha, y partiendo del filete pasa por encima de otra a modo de trencilla que sale de la parte alta de la testera, como falsa rienda o quizás simple adorno de la crin trenzada. Las crines del caballo quedan bien dibujadas en líneas onduladas que parten del guardanuca y ahogadero y se sujetan con una ancha collera decorada con discos o botones, pendiendo de ella una gruesa bola o cascabel. Una fuerte gamarra que parece partir del filete con doble bifurcación, ya que no se advierte muserola, se afianza en el pretal y, pasando entre los brazos del caballo, enlazaría con la cincha. Estos ricos arneses «de parada» reproducen en gran parte los ya conocidos en la plástica ibérica, bien estudiados por Cuadrado en *El Cigarralejo* (10), presentando además gamarra como en las mejores figuritas de bronce del Santuario de La Luz, cuya cronología propuesta como tardía —entre la segunda mitad del siglo III y los comienzos del II— no tiene argumentos suficientes (11).

(10) E. CUADRADO DIAZ: «Arreos de montar ibéricos, de los ex-votos del Santuario del Cigarralejo», *Crónica del IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español* (Elche, 1948), Cartagena, 1949, págs. 267-287.

E. CUADRADO DIAZ: «Excavaciones en el Santuario ibérico del Cigarralejo (Mula, Murcia)», *Informes y Memorias de la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas*, núm. 21, Madrid, 1950.

E. CUADRADO DIAZ: «Ex-votos equinos del Santuario ibérico del Cigarralejo (Murcia)», en *Atti del Primo Congresso Internazionale di Preistoria e Protostoria Mediterranea*, Firenze, 1952, págs. 430-431.

(11) M. JORGE ARAGONESES: «La cabezada y la gamarra de la montura ibérica, según un bronce inédito del Santuario de la Luz (Murcia)», *Anales de la Universidad de Murcia, Filosofía y Letras*, vol. XXVI, núm. 1, curso 1967-68, Murcia, 1969, págs. 169-176, con 3 figs.

El caballo se apoya en el suelo con las patas del lado izquierdo, mientras levanta las dos derechas, aparentemente marchando al paso, pero en realidad está parado ya que estas últimas se apoyan, la delantera sobre una cabeza humana y la trasera sobre un ave. Parece posible adivinar un sentido de dominio o sumisión sobre estos dos elementos por parte del caballo y por tanto de su jinete, pero es más difícil precisar su significado o simbolismo. El tema de las «cabezas cortadas» ha sido repetidamente estudiado, dándosele en unos casos la interpretación de cabeza-trofeo y en otros un sentido funerario. En realidad en la plástica ibérica en piedra se repite el tema del animal devorador, sobre todo león, sujetando con su garra una cabeza humana, en general en piezas escultóricas consideradas tardías. La asociación caballo-cabeza humana en cambio, aparece en fíbulas del área celtibérica que Maluquer pone en relación con el rito de las cabezas trofeo (12). El sentido de victoria o dominio del enemigo vencido, simbolizado en la exhibición de sus miembros cercenados, era una práctica bárbara no exclusiva de los pueblos célticos europeos. En la toma y saqueo de Selinunte el 409, en donde los mercenarios ibéricos jugaron al parecer un importante papel, según relata Diodoro (XIII, 57, 3), los púnicos, siguiendo sus costumbres tradicionales, mutilaban las extremidades de los cadáveres, llevando racimos de manos cortadas pendientes de la cintura y otros, cabezas cortadas ensartadas en las puntas de sus lanzas y jabalinas. En nuestro caso, la cabeza humana, de facciones abultadas y gruesas, muy tosca, aparece materialmente aplastada por el casco del caballo, pero es difícil afirmar si se trata de la imagen de un enemigo vencido o de algún simbolismo funerario. Lo mismo podemos decir del ave, al parecer una rapaz, que el caballo humilla con su pata derecha. ¿Podría simbolizar el pueblo enemigo al que se ha vencido, o bien tener un significado funerario?

Bajo el vientre del caballo, detrás del pie del jinete, a 27 centímetros de la base y a 25 de los lados, se practicó un agujero cuadrangular de 4'5 centímetros por 5 centímetros de lado y 9 centímetros de profundidad, semejante al de la cara anteriormente descrita, pero que aún conserva un tapón de yeso que lo obtura totalmente.

La cara siguiente, mucho peor conservada, representa otro jinete semejante al anterior en su porte e indumentaria (lám. II, 2). Lleva idéntico peinado aunque el flequillo le tapa la frente que no aparece tonsurada

(12) J. MALUQUER DE MOTES NICOLAU: «Los pueblos de la España céltica», en «Historia de España» dirigida por Ramón Menéndez Pidal, tomo I, 3. Madrid, 1954, pág. 115.

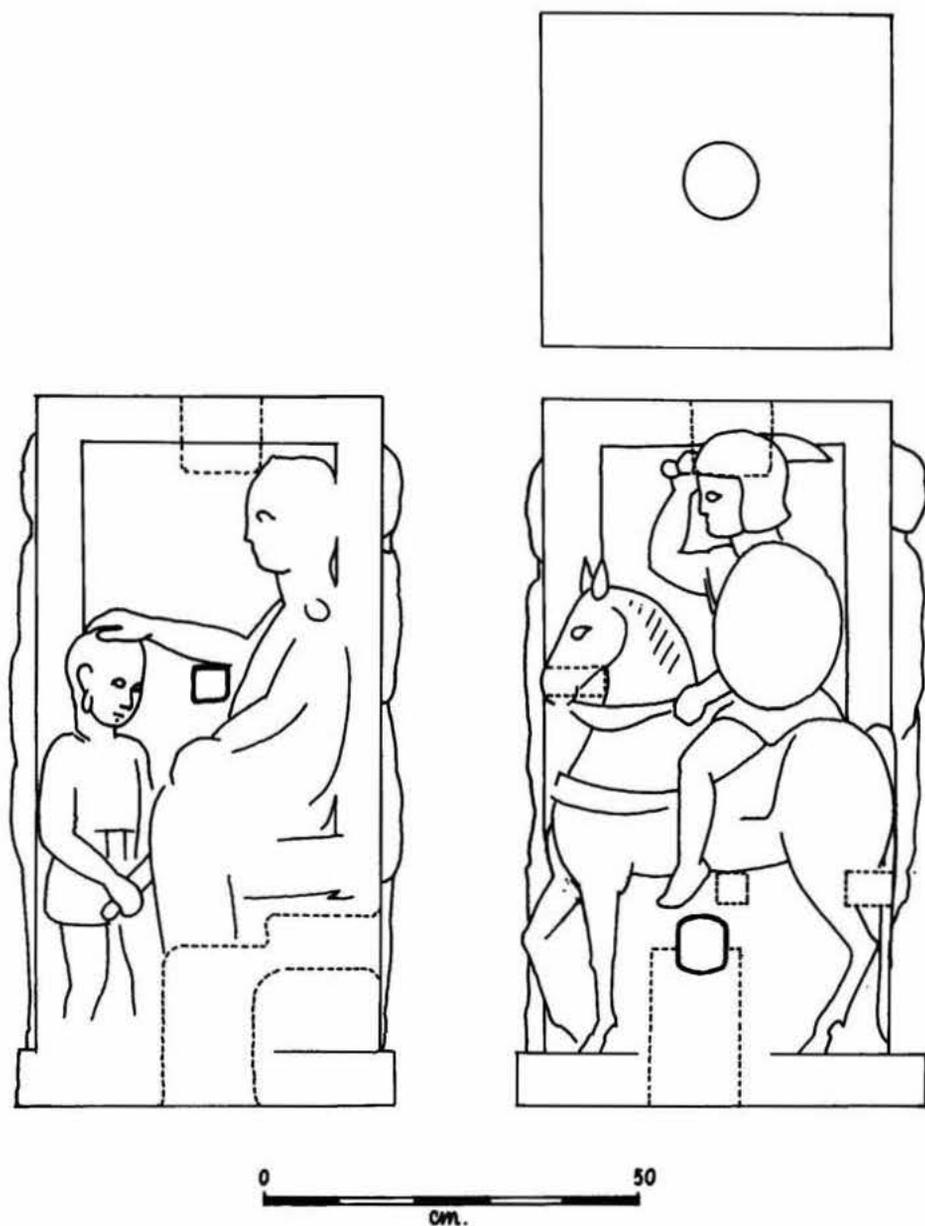


Fig. 1.—El cipo con el detalle de las perforaciones que en el jinete armado comunica con el interior y la base.

como en el otro. La cara es también ancha y redonda y la oreja grande con pendiente. Ha perdido el objeto que llevaba en la mano derecha, sujetando las riendas con la izquierda. El caballo es también semejante en todo lo que puede observarse pues sus patas delanteras están muy perdidas. Los arreos y montura repiten los anteriores, excepto en el pretal que aquí aparece decorado con botones discoidales. El casco de la pata trasera derecha se apoya sobre un animalillo que parece un conejo, mientras que la delantera está rota, quedando las dos de la izquierda apoyadas en el suelo como en el jinete anterior. Aunque al conejo se le ha solido dar también un significado funerario, de nuevo la actitud del jinete pisándolo, podría dar lugar a otras interpretaciones. Como en el caso anterior, la representación ofrece un aire solemne y estático. También aquí hay una perforación cuadrangular bajo el vientre del caballo, a 30 centímetros del suelo, pero por delante del pie del jinete, a 17 y 22'5 centímetros de los lados. Es de tamaño algo menor que las antes mencionadas, 4 por 3'5 centímetros de lado y 6 centímetros de profundidad, y tampoco conserva tapón de yeso si es que lo tuvo.

Finalmente, la cuarta cara, representa también un jinete en muy mal estado de conservación por ser la que estaba en superficie (lám. III). Esto es especialmente lamentable porque ofrece particularidades que lo diferencian bastante de los dos anteriores y quizás habría servido para una más correcta interpretación del conjunto. El caballo es semejante a los anteriores así como su enjaezado en lo que puede verse, pero sólo conserva gran parte de las patas del lado izquierdo, en las que parece apoyarse, habiéndose perdido totalmente las del lado derecho, sin que sepamos por tanto si se apoyaban en algún animal u otra representación.

La cabeza de este jinete es también de cara ancha y redonda y parece ir cubierta con un casco que le cubría las orejas y la nuca hasta el cuello. El vestido es diferente del de los anteriores pues lleva cubierto todo el hombro izquierdo al parecer con un manto o capa corta que le cubre casi todo el brazo, llegándole por debajo de la cintura. Por delante del pecho se advierten restos de una doble correa o tirante que sujetaría la capa y por encima de ésta, una tira decorada con círculos que parece sujetar un objeto que lleva sobre la espalda y que podría identificarse como un escudo. La mano izquierda sujeta las riendas, mientras que la derecha se levanta hacia la parte superior de la cabeza. Esta actitud que en un primer momento interpretamos como el clásico signo de duelo o lamentación, podría ser más bien la de ataque con un arma que levanta por encima de la cabeza, quizás una falcata cuya punta sobresale por detrás del casco y que inicialmente

pensamos podría ser una cimera del mismo (13). De los tres jinetes sería éste el único armado, típicamente ibérico, con sagum atado por delante del pecho, escudo sujeto a la espalda por una correa y la falcata en la mano derecha levantada, en actitud de ataque, por encima de la cabeza, cubierta por un casco seguramente de cuero. Podrían señalarse paralelos muy próximos precisamente en alguna de las figurillas de bronce del Santuario de La Luz.

Pero este lado del cipo ofrece además otra singularidad que merece destacarse. Se trata de la perforación cuadrangular situada debajo del caballo, a 18 centímetros de la base y a 22 y 20 centímetros de los lados. Su tamaño es bastante mayor que el de las otras, 7'5 por 6'5 centímetros, pero sobre todo con una mayor profundidad, 25 centímetros, penetrando en el interior del cipo para comunicar con una perforación cilíndrica, de unos 12 centímetros de diámetro, que llega hasta la base del mismo, donde aún conserva un tapón de yeso (fig. 1 y lám. VI, 2). El hecho de que sólo la perforación de esta cara esté comunicada con la oquedad del interior del cipo hasta su base, permite darles una interpretación funcional concreta en relación con la sepultura de que formaba parte. Podría tratarse de una abertura destinada a introducir libaciones dentro de la tumba subyacente de acuerdo con un posible ritual funerario, pero teniendo en cuenta el precedente que nos ofrece la Dama de Baza como auténtica urna cineraria, parece más probable que fuera esta también la función del cipo. En la Dama de Baza, en la parte derecha del trono, entre el brazo y el travesaño inferior, entre las dos patas, existe un hueco de 17 centímetros de ancho por 16 de alto y 22 centímetros de profundidad, que desciende hacia abajo unos 30 centímetros. Este hueco, en el que se encontraron restos de la incineración, tenía otra salida por la parte posterior del trono que fue cegada con una capa de yeso, quedando así abierta sólo por el costado (14). Aunque en el cipo las dimensiones del hueco son menores, diez centímetros menos en el agujero de entrada, éste profundiza en el interior 25 centímetros, hasta tocar el final de la perforación que parte de la base en forma de cilindro de unos 12 centímetros de diámetro, espacio que parece suficiente para contener los restos de una incineración. Al procederse a la restauración y colocación de la pieza en el Museo de Jumilla, se advirtió la presencia del tapón de yeso en la base, que, por

(13) MUÑOZ AMILIBIA: op. cit. en la nota 5, pág. 747.

(14) F. J. PRESEDO VELO: «La Dama de Baza», en *Trabajos de Prehistoria*, vol. 30, Madrid, 1973, pág. 190.

F. J. PRESEDO VELO: «La necrópolis de Baza», *Excavaciones Arqueológicas en España*, núm. 119. Madrid, 1982, pág. 214.

tener un agujero en el centro, se pensó serviría simplemente para fijar el cipo, lo mismo que la perforación circular de la parte alta del mismo serviría para encajar otra pieza de remate (15). De todas formas, parece evidente que la comunicación que existe entre la cara del jinete armado y el interior, la diferencia de las otras en las que la perforación alcanza como máximo 9'5 centímetros de profundidad, sin llegar a enlazar con la hoquedad central.

Resumiendo todos los datos recogidos hasta ahora, se pueden plantear una serie de posibilidades: El cipo pudo no ser simplemente el elemento decorativo de una tumba, sino también la propia urna de incineración. La decoración en relieve parece tener un sentido narrativo muy concreto, referido a un difunto o a toda una familia. El principal problema lo plantea el saber si la figura masculina de las cuatro caras representa al mismo individuo en distintas etapas de su vida: en la madurez, con el cetro dominando a los seres representados por la cabeza y el águila, en otra etapa también aplastando el símbolo del conejo, como guerrero en pleno combate o heroizado y, finalmente, acogido por la divinidad de ultratumba. O bien diferentes personajes representados en cada una de las caras, con la particularidad de que el guerrero-jinete pudiera ser el difunto cuya representación comunicaba con la incineración o con la propia tumba. De ser ésta la número 22 ya mencionada, su ajuar estaría muy de acuerdo con los detalles de la representación, armas y adornos. En las otras caras, la perforación sólo iniciada podía haber sido hecha en espera de que un nuevo enterramiento justificara su profundización hasta el centro del cipo, cosa que no se produjo.

Fragmento con decoración vegetal: Es de forma troncopiramidal, conservándose un ángulo, aproximadamente una cuarta parte del total, cuyas dimensiones pueden deducirse a partir del tema decorativo conservado en una de sus caras, que va centrado por una granada, de las que parten tallos vegetales terminados en caulículos en espiral, y en un caso en una cabeza de serpiente o monstruo de cuya boca salen rayos (fig. 2 y lám. IV). En el otro lado se conserva una parte de la decoración vegetal con gruesos tallos, ribeteados por un filete, formando espiral, que van a parar a un motivo central desaparecido. La pieza debió de medir 72 centímetros de lado en su parte más ancha y 52 en la menor, cuidadosamente alisada y con una línea incisa a 3'5 centímetros de los lados del borde y paralela a ellos. Esto hace pensar, lo mismo que la posición de la cabeza de la serpiente o monstruo, que la cara menor iría vista y

(15) MUÑOZ AMILIBIA: op. cit. en la nota 5.

la mayor apoyada en algún otro elemento. La altura total es de 21'5 centímetros, estando distribuida su decoración por un listel liso horizontal, de 4 centímetros, seguido de la franja decorada que termina con una franja lisa en su cúspide. La técnica de talla es en dos planos que destacan los motivos decorativos en el superior, contrastando con el perfil recortado en el interior, siguiendo la tradición de talla en madera, tan típica de estos elementos ornamentales ibéricos. De momento he renunciado a buscar paralelos a los temas, dada su gran originalidad, fenómeno que se da en otros casos de la Alta Andalucía y Sureste, en los que podemos decir que no hay temas repetidos, si exceptuamos algunos clásicos como los de ovas. La riqueza interpretativa de los temas, vegetales o pseudovegetales, es una muestra más de la personalidad artística de sus ejecutores, que se refleja también en otras manifestaciones del arte ibérico como la cerámica o el trabajo del metal. Este fragmento de cornisa, por su forma y perfil, aunque no por el tratamiento decorativo, recuerda mucho uno de los hallados en

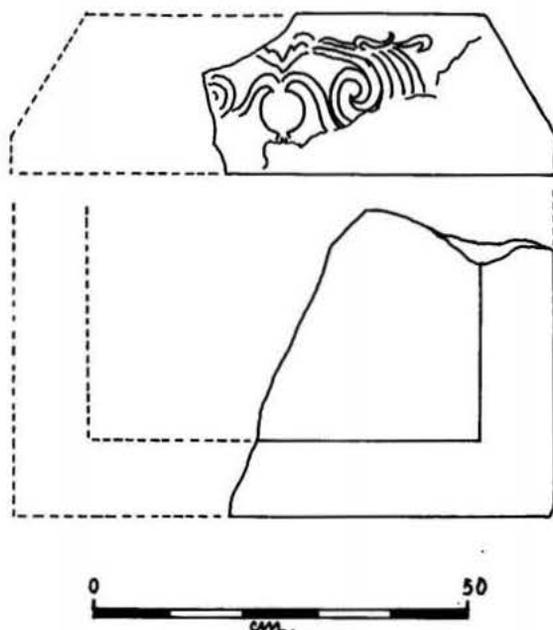


Fig. 2.—Fragmento con decoración vegetal.

Corral de Saus con motivos vegetales muy estilizados (16). Por sus dimensiones, sobre todo si consideramos su punto de apoyo en la cara mayor, es demasiado grande para pensar que rematara directamente el cipo. Dado su estado fragmentario, no se advierte ningún elemento para ajustarlo a otra pieza.

Escultura representando un toro: Como hemos visto, apareció fragmentada en cuatro trozos: cuartos traseros, cuerpo, cuello y morro. Falta un buen trozo de la cabeza, la correspondiente a la cara y parte de la testuz (fig. 3 y lám. V, 1). La figura completa era de considerables dimensiones, entre 1'20 y 1'30 m. de longitud. Tiene las patas rotas pero puede advertirse que su posición era erguida. La altura máxima conservada de la parte delantera a la testuz, es de 62 centímetros. Su modelado es

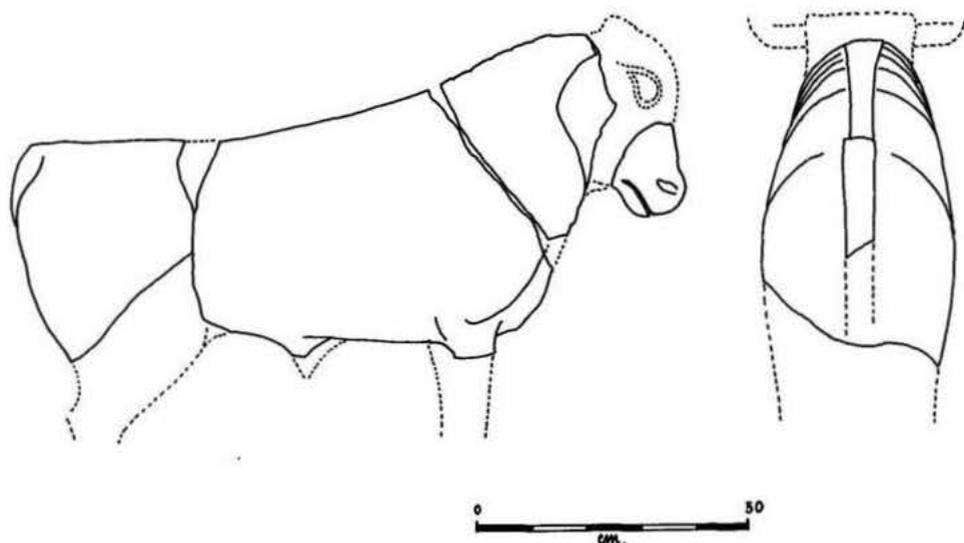


Fig. 3.—Reconstrucción de la figura de toro.

(16) D. FLETCHER VALLS: «La necrópolis ibérica del Corral de Saus (Mogente, Valencia)», Nota informativa con motivo del Cincuenta aniversario de la Fundación del Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia, 1977.

D. FLETCHER VALLS y E. PLA BALLESTER: «Restos escultóricos de la necrópolis ibérica de Corral de Saus (Mogente, Valencia)», en Homenaje a García y Bellido, III, Revista de la Universidad Complutense, vol. XXVI, núm. 109, Madrid, 1977, págs. 55-62.

J. APARICIO PEREZ: «Las raíces de Mogente. Prehistoria y Protohistoria». Departamento de Historia Antigua de la Universidad de Valencia. Valencia, 1977, lám. VI.

ALMAGRO GORBEA: op. cit. en la nota 2, págs. 283-293.

voluminoso con tendencia a planos geométricos, especialmente en la parte de la grupa, donde la cola rota, de sección rectangular de 6 centímetros de ancho, iría a meterse entre las nalgas, presentando un fuerte biselado, lo mismo que en el espinazo indicado por una franja lisa de 8 centímetros de anchura. La grupa, de tendencia circular, mide por su parte posterior 35 centímetros de alto por 33 de ancho y en el costado 38 centímetros de altura hasta el arranque de la pata que está rota. El cuerpo, casi cilíndrico, mide 34 centímetros de altura conservando parte de los órganos genitales, y en la zona delantera el arranque de la pata y la papada que enlaza con el cuello. Este presenta la indicación de los pliegues en forma de líneas onduladas paralelas, que cubren todo el cuello hasta la papada, como es habitual en otros toros ibéricos de piedra, como los de Cabezo Lucero, Balones, Tossal de la Cala, Arjona, Cerro de Alcalá, Espejo, Montemayor y Osuna (17).

El fragmento del morro, que seguramente pertenecía al mismo animal, tiene su extremo muy redondeado con la boca señalada por una incisión muy profunda que separa los labios y los orificios nasales muy grandes y profundamente marcados con un reborde en relieve, recordando los ollares de un équido.

En conjunto la escultura ofrece una representación de carácter realista dentro del esquema más generalizado en los toros ibéricos: posición erguida, morro redondeado, con orificios nasales visibles desde el frente, cuello con pliegues paralelos, cola entre las ancas y sexo indicado, pudiéndose encuadrar dentro del grupo A establecido por Teresa Chapa (18). La pieza más próxima a la de Jumilla, tanto por sus dimensiones como por su tratamiento general, es el cuerpo de un toro procedente de Caudete que se conserva en el Museo de Albacete (19), y al que parece corresponder un plinto de 74 centímetros de longitud, 14 de altura y 38 de ancho. En el caso de Jumilla, es difícil precisar el lugar donde iría colocada la escultura, pero teniendo en cuenta su posición estante sobre las patas, se podría calcular la separación de éstas en unos 70 centímetros y por tanto las dimensiones del punto que le serviría de apoyo tendría que ser como mínimo de unos 74 centímetros de longitud, por tanto muy próximas a la que nos da el citado plinto de Caudete.

(17) CHAPA BRUNET: op. cit. en la nota 1, en primer lugar, núms. de catálogo A-7, 10, 13 y 44; J-3 y 19, Co-12 y 14 y Se-18.

(18) CHAPA BRUNET: op. cit. en la nota 1, en segundo lugar, págs. 151-153.

(19) CHAPA BRUNET: op. cit. en la nota 1, en primer lugar, págs. 285-287, fig. 4, 43, lám. XXXIII.

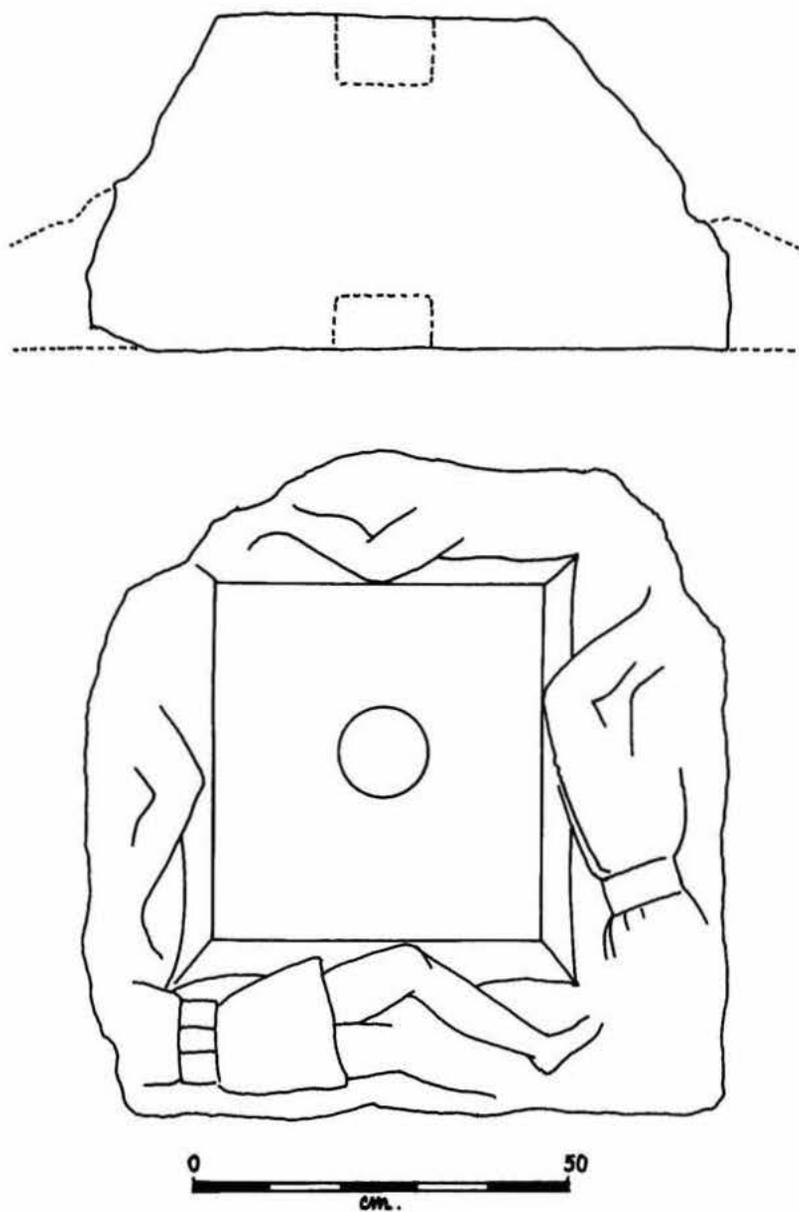


Fig. 4.—Fragmento con guerreros tumbados.

Fragmento decorado con guerreros tumbados: Como ya vimos, apareció a cierta distancia de las piezas enumeradas anteriormente. Su gran interés radica en que es de estructura semejante a la de la pieza de las «Damitas» de Corral de Saus, incluso en la posición tumbada de las figuras, elementos que se repiten de nuevo en una de las piezas recientemente aparecidas en las excavaciones de los profesores Lillo Carpio y Walker en el yacimiento de El Prado de Jumilla, que presenta figuras femeninas tumbadas (fig. 4 y lám. V, 2).

Se trata de un gran bloque de piedra caliza arenisca blanda, como la del resto de las esculturas estudiadas hasta ahora. Es de forma troncopiramidal, midiendo en la cara mayor, muy deteriorada, unos 85-90 centímetros de lado. Es precisamente en esta parte más ancha de la pieza, donde se desarrolla la decoración escultórica, en torno a un cuadrado menor, que sobresale de las esculturas, de 45 por 48 centímetros de lado; este cuadrado se destaca de la parte esculpida mediante un perfil ligeramente cóncavo en los ángulos. En su centro aparece una perforación circular de 13 centímetros de diámetro por 7 de profundidad. En la cara opuesta también presenta una perforación semejante, lo que indica que la pieza iría ensamblada a otros dos elementos en su base y coronación. El espesor o altura total sería de unos 40 centímetros, ya que por el mal estado de conservación ni siquiera las medidas que damos pueden ser muy precisas.

Aunque actualmente sólo se conserva parte de dos figuras de guerreros tumbados, todo parece indicar que éstas se repetirían simétricamente en los otros dos lados muy deteriorados. Del guerrero mejor conservado se puede apreciar la parte inferior del torso hasta la cintura, ceñida con ancho cinturón (3'5 centímetros) atado con un gran broche de 6 centímetros de ancho típicamente ibérico. La túnica, corta, deja al descubierto los muslos que se elevan hasta tocar con la rodilla del izquierdo el borde del cuadro superior, quedando así las piernas ligeramente flexionadas para tocar con los pies la base. Por faltar la parte superior del torso y la cabeza, es difícil precisar la posición de ésta, que seguramente quedaría algo caída, junto a los pies de la figura inmediatamente anterior. En la figura siguiente sólo puede percibirse el torso, el ancho cinturón y las piernas dobladas hacia arriba por la rodilla, en idéntica posición que la anterior, con cuyos pies enlazaría sin taparlos, pues aparecen bien visibles. Hay que pensar que el ángulo de la pieza sería bastante más saliente para dar cabida a la cabeza, seguramente ladeada.

La mala conservación de la pieza no permite hacer demasiadas anotaciones de tipo estilístico, pero es indudable la elegancia en el ritmo repetitivo de la posición de las figuras, que, con la flexión de las

piernas por las rodillas, se aleja de la rigidez que pudiera presentar una figura totalmente tumbada con las piernas rectas. Sin embargo, la flexión aporta a las piernas una cierta laxitud y reposo, que bien pudiera interpretarse como la de un guerrero muerto. El tratamiento de estas figuras recuerda mucho el del guerrerito de pie en la escena del cipo, lo que hace pensar que las dos piezas formaran parte de un mismo monumento.

El problema principal que se plantea es el de precisar la posición de los guerreros tumbados en relación al cipo. Anteriormente (20) había considerado esta pieza como un plinto, tanto por su volumen y consiguiente peso, como por la posición de las figuras que parecen estar esculpidas para ser vistas desde arriba. Además, las dos perforaciones citadas permiten deducir que iría unida a dos piezas, teóricamente un basamento y el cipo. El que sirviera de basamento al cipo presentaba el inconveniente de que la base de éste (47 por 56 centímetros) es algo mayor que el cuadrado superior del plinto sobre el que debería apoyarse (44 por 45 centímetros), teniendo que sobresalir de él unos centímetros. Las perforaciones circulares de ensamblaje en cambio, son muy semejantes con 12 y 13 centímetros de diámetro.

Las reconstrucciones de pilares-estela ibéricos efectuadas por Martín Almagro (21) obliga a pensar en si esta pieza pudiera haber servido de cornisa en vez de plinto. Las dimensiones algo menores del cipo en su parte alta (44 por 47 centímetros) encajarían mejor con el cuadrado en torno al cual se distribuyen los guerreros tumbados, que en este caso se verían desde abajo en una posición un tanto forzada, con las rodillas dobladas hacia el suelo. Habría que interpretar su flexión como un esfuerzo para sostener el peso que teóricamente soportaban, con la espalda y la cabeza o brazos totalmente perdidos. La pieza además tendría que soportar algún otro elemento arquitectónico en su superficie mayor, de unos 85-90 centímetros de lado como mínimo, lo que aumentaría aún más el enorme peso descargado sobre el cipo. Por esta razón, principalmente, parece un poco difícil aceptar la sugerente reconstrucción de Martín Almagro, que, como él mismo indica «resultaría un elemento muy peculiar, que por ahora se debe considerar genuinamente ibérico» (22). Efectivamente, son muy raras las muestras de relieves en piedra dispuestos horizontalmente en alto,

(20) MUÑOZ AMILIBIA: op. cit. en la nota 5, pág. 742.

(21) ALMAGRO BASCH: op. cit. en la nota 2, págs. 253 a 263.

(22) ALMAGRO BASCH: op. cit. en la nota 2, pág. 261.

para ser vistos desde abajo, como en la discutible reconstrucción del dintel de uno de los templos de Prinias en el Museo de Heraklion (23). Incluso la famosa gran lámpara de aceite de Cortona, de 45 centímetros diámetro, con su decoración de silenos y sirenas dispuesta para ser vista desde abajo, es una pieza excepcional (24).

Aunque la función de esta pieza quede aún en el aire, su posible relación con alguno de los tres fragmentos arquitectónicos no decorados, aparecidos también en la necrópolis, o con otros posibles hallazgos que aún pueden producirse, quizás permitan una reconstrucción más segura en el futuro.

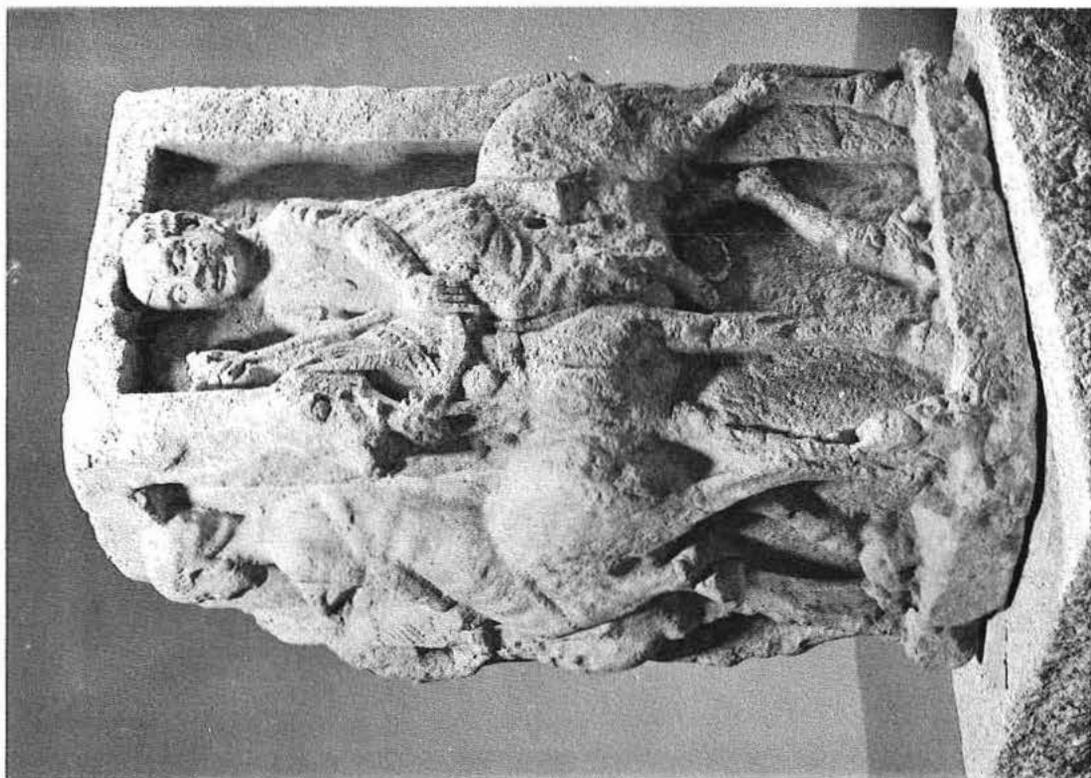
De momento prefiero limitarme a aportar la base documental, que se completará próximamente con la publicación de los hallazgos de El Prado de Jumilla, que, unidos a los del Córral de Saus, han abierto nuevas perspectivas para el conocimiento de la escultura monumental ibérica del Sureste. La posibilidad de que el propio cipo sirviera de urna cineraria es un dato más a tener en cuenta en futuros hallazgos, en relación con el ritual funerario ibérico.

(23) J. BOARDMANN: «Greek sculpture. The Archaic Period». London, 1978, fig. 32, 1-4.

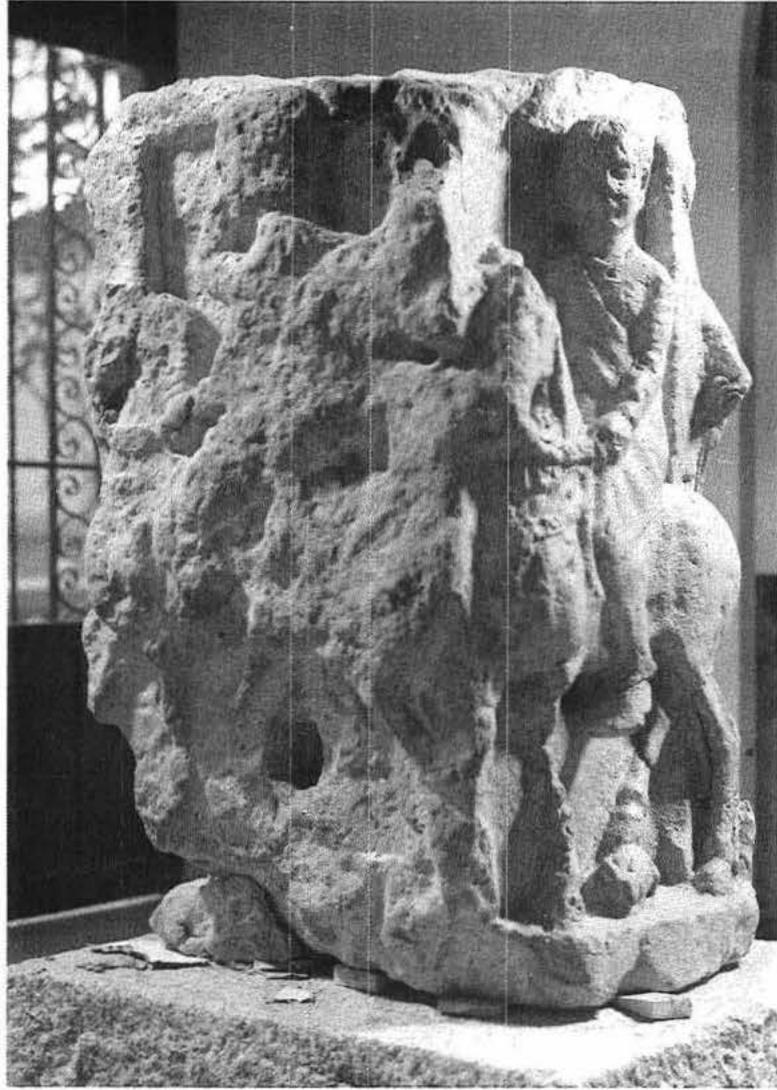
(24) R. BIANCHI BANDINELLI y A. GIULIANO: «Los etruscos y la Italia anterior a Roma». Aguilar, Madrid, 1974, pág. 201 y figs. 235 y 236.



Escena con dos figuras y jinete con cetro. (Foto Luis Canicio. Jumilla.)



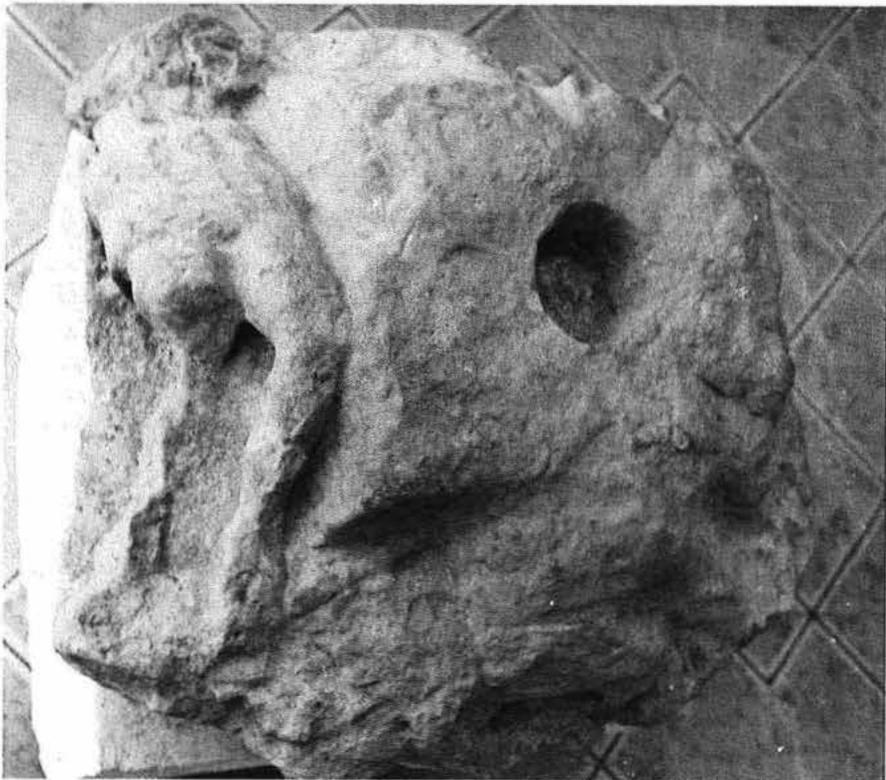
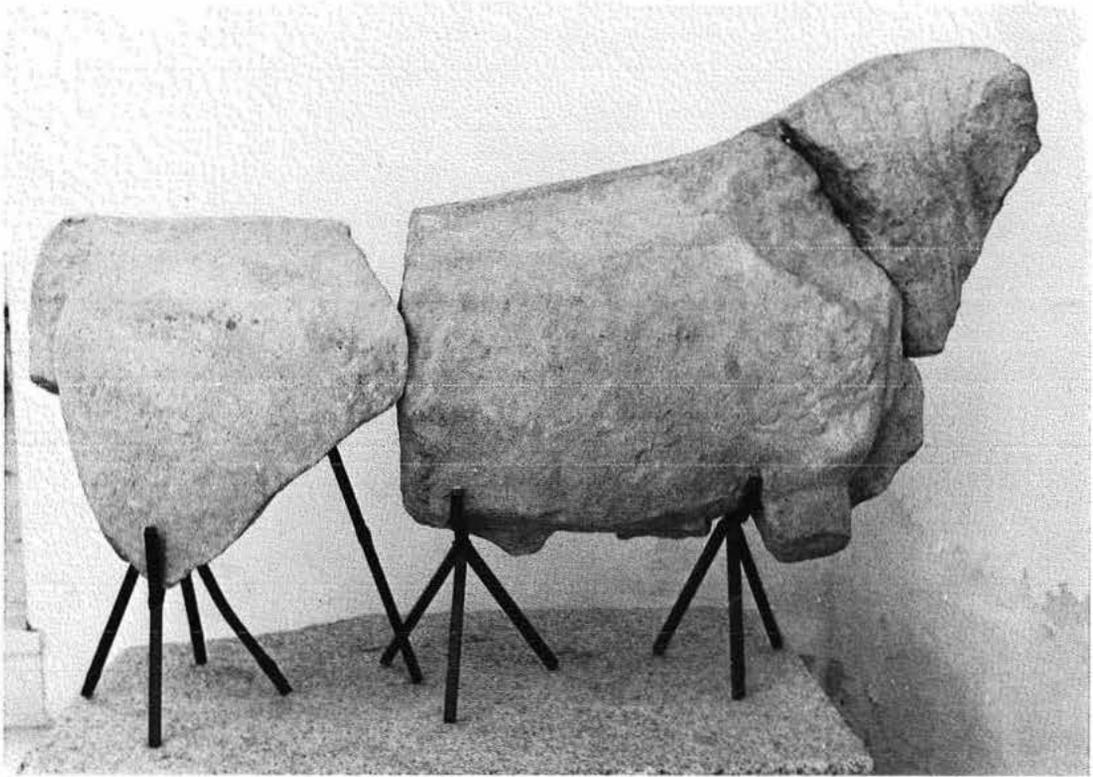
Dos jinetes. (Foto Luis Canicio. Jumilla.)



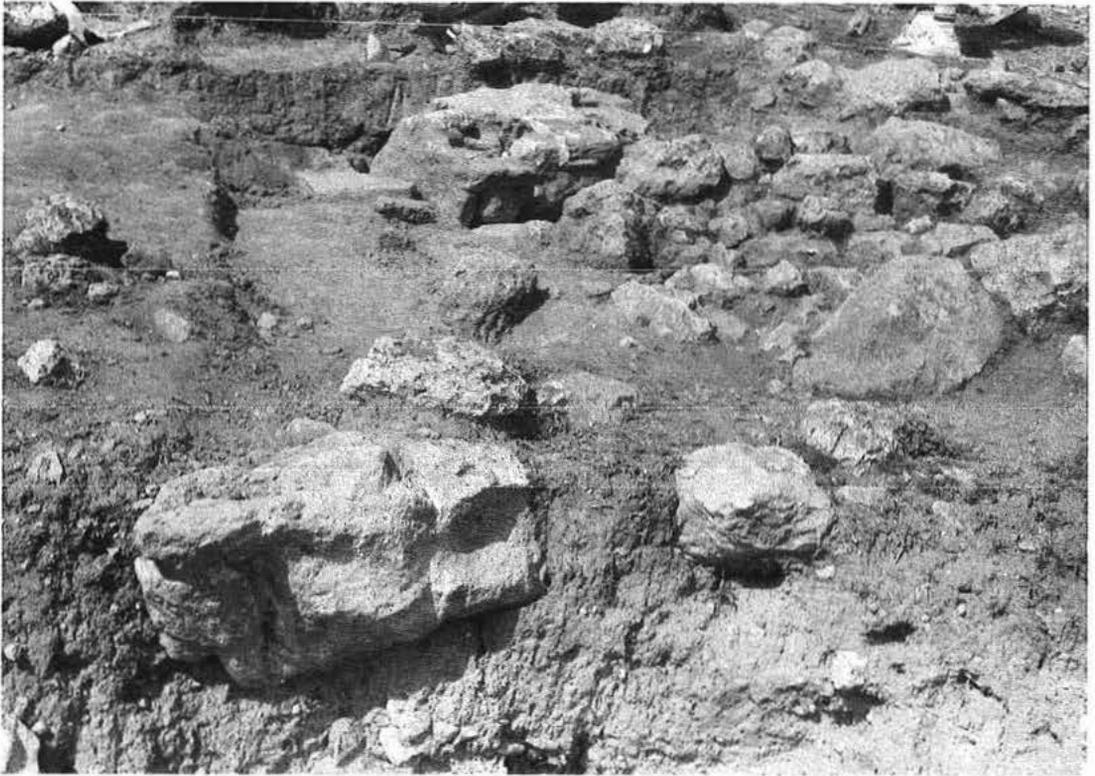
Jinete armado. (Foto Luis Canicio. Jumilla.)



Fragmento arquitectónico con decoración vegetal.



Toro y fragmento decorado con guerreros tumbados. (Foto Luis Canicio. Jumilla.)



Posición del cipo al fondo y en primer término el fragmento de los guerreros tumbados.
Abajo: Detalle de la parte inferior del cipo con la perforación y el tapón de yeso.



Arriba: El cipo en posición en la necrópolis, junto al empedrado tumular. Debajo: Detalle con la situación de los fragmentos de toro.

JUAN MALUQUER DE MOTES
(Barcelona)

**UN CASCO IBERICO
PROBABLEMENTE DE LA NECROPOLIS DE GALERA
(GRANADA) EN EL INSTITUTO DE ARQUEOLOGIA
DE LA UNIVERSIDAD DE BARCELONA**

En 1959 cuando llegué a Barcelona procedente de la Cátedra de Arqueología de la Universidad de Salamanca, encontré diversos cajones de materiales arqueológicos reunidos allí para realizar un Museo didáctico. Diversas circunstancias que no hacen al caso han impedido durante estos años la organización del Museo, sin embargo, algunos de los materiales existentes fueron revisados y reparados y, entre ellos figura un casco de bronce que se hallaba doblado en cuatro partes, sin indicación de procedencia.

El casco había perdido el temple en la incineración del cadáver y había sido doblado dos veces sobre sí mismo, como si se tratara de una simple cuartilla. Por tratarse de un material conocido del mundo ibérico, aunque no demasiado abundante, intentamos ver si se podía desdoblarse y devolverle su primitiva forma. Durante meses con un martillo de madera fui desdoblándolo el casco hasta conseguir primero la mitad del mismo y, luego, con una paciencia infinita desdoblándolo en lo posible. Llegó un momento en que ya no nos atrevimos a hacer más, temiendo la rotura de la plancha de bronce. Empezó entonces la búsqueda de soluciones para acabar de desdoblándolo y devolverle su forma primitiva. La solución la encontró nuestro amigo Francisco Rosella, restaurador de nuestro laboratorio por aquel entonces. Rosella conocía un caldedero de cobre que hacía verdaderas maravilla con las pie-

zas. Dicho caldedero, cuyo nombre desconocemos, había trabajado ya en alguna pieza para el Museo Arqueológico de Barcelona. En pocos días nos devolvió el casco en la forma presente y sin que apareciera más que una única rotura en el punto donde la chapa había sido doblada cuatro veces, pero que no afectaba a ninguno de los bordes.

En conjunto se trata por consiguiente de un casco de bronce, como los cascos ibéricos bien conocidos, que ha perdido sus paragnátides, a pesar que tiene los puntos de enlace para ellas.

En la parte alta tiene un botón en el que iría un penacho, y es en general igual a los picos de varios casos ibéricos de la necrópolis de Galera ya publicados en la revista «Zephyrus», por José M.^a Blázquez (1).

En la parte inferior aparece un sogado oblicuo, en una zona que avanza en forma llana en relación a las paredes del casco. Junto a esta zona de puntuación oblicua aparece una línea troquelada de circunferencias pequeñas que constituye el único sistema de decoración de todo el casco.

Se trata de un casco relativamente grande, que pertenecería por lo tanto a un guerrero de gran constitución. Sin embargo, no damos las medidas por suponer que con su arreglo se habría deformado y quizás las medidas aparecieran algo mayores que en su momento original. De hecho se le puede considerar un casco absolutamente normal, con las paragnates perdidas.

La pieza no llevaba ninguna otra indicación que un fragmento de pasta vítrea en forma de alabastrón, que supusimos debía de pertenecer al mismo enterramiento. No había indicación alguna de material que pudiera pertenecer a la misma sepultura y, por lo tanto, resultaba difícil de establecer su lugar de origen.

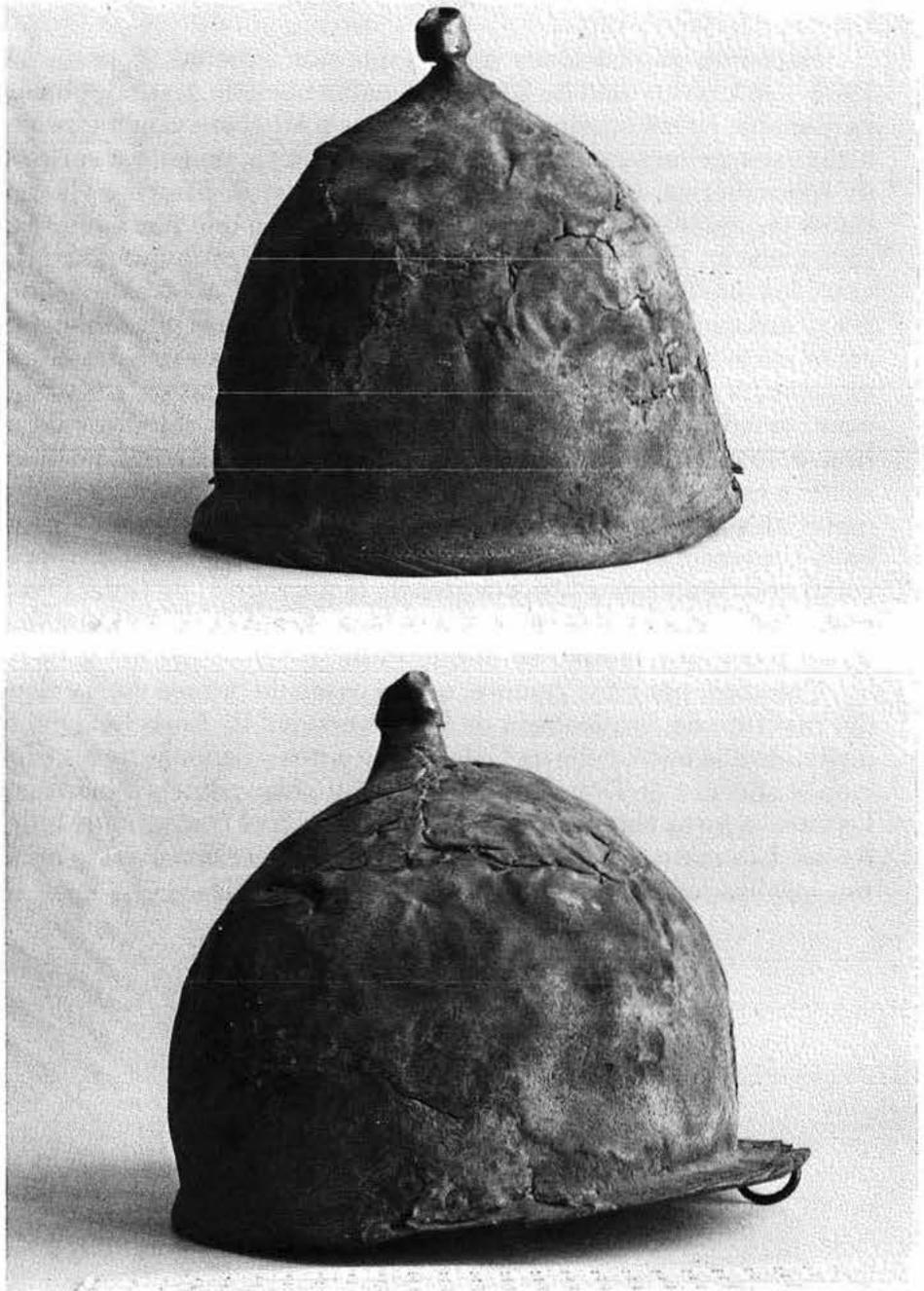
Ya de entrada, nos pareció raro que pudiera pertenecer a alguna necrópolis catalana. Ciertamente se utilizaron cascos entre algunas tribus ibéricas, y una de las pruebas más claras es el casco de la necrópolis de La Pedrera en Vallfogona de Balaguer, que se halla en el Museo de Lérida (2). Se trata de un casco análogo, pero ya de hierro, que fue hallado en una sepultura con falcata característica de fines del siglo IV o comienzos del siglo III a. C. El casco de la Universidad de Barcelona es evidentemente algo más antiguo, pero de fecha no lejana.

(1) J. M.^a BLÁZQUEZ MARTINEZ: «Cascos inéditos, itálicos, griegos y romanos en el Museo Arqueológico Nacional», *Zephyrus*, VIII, págs. 146-156, Salamanca, 1957.

(2) M. PLENS: «La necrópolis ibérica de La Pedrera i Termens (La Noguera)», Barcelona, 1986. Tesis de Licenciatura sin publicar.

Haciendo inquisiciones resultó que por aquellas fechas —1957, 1958— la Universidad de Barcelona había iniciado gestiones en el Sur de España, en las provincias de Granada y Albacete, con miras a organizar excavaciones, para las que buscaba un yacimiento a ser posible de época ibérica. A Andalucía fue enviado Ricardo Martín a visitar distintos yacimientos con ánimo de encontrar uno que fuera interesante para excavar. Suponemos que ya entonces existirían esos materiales, entre los que figura el casco, en los fondos de la Cátedra de Arqueología y, suponemos también que por esta misma causa pensaban organizarse excavaciones. La Cátedra de Arqueología se hallaba entonces vacantes por jubilación de su titular, Don José Amorós. Luis Pericot, como catedrático más antiguo, se hizo cargo de la cátedra y de nombrar a los distintos suplentes hasta que dicha cátedra no hubiera salido a concurso de traslado y se hubiera resuelto. Evidentemente los materiales referidos que traían el casco doblado debieron de ingresar en la Universidad en este momento. Es por ello que los consideramos como unos materiales procedentes de la necrópolis de Galera en Granada, que debieron llegar a Barcelona. Ignoramos completamente quién y con qué motivo se adquirieron.

Creemos, por consiguiente, que el casco de bronce de la colección del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona debe ser atribuido a la necrópolis de Galera, que antes y después de las excavaciones oficiales de Don Juan Cabré facilitó otros muchos materiales a los excavadores clandestinos, que engrosaron el comercio de antigüedades. Los materiales de referencia debieron venderse antes que fueran localizados por los intermediarios interesados.



Casco de bronce de la necrópolis de Galera (Granada). Colección didáctica del Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona.

ENRIC SANMARTI GREGO *
(Barcelona)

**NOTAS ACERCA DE UN BOVIDO IBERICO EN PIEDRA
DEL MUSEO ARQUEOLOGICO DE BARCELONA**

INTRODUCCION

El año 1971, por donación de don Juan Baldrich, ingresó en el Museo Arqueológico de Barcelona una escultura animalística ibérica en piedra que fue catalogada con el número 25.357 del inventario general del Museo. Dicha pieza, para la que se adujo una supuesta procedencia granadina, permaneció expuesta en el vestíbulo de aquella institución museística sin que fuera objeto de publicación científica alguna. Hoy, ante la oportunidad de poder participar en el tan merecido homenaje de admiración y afecto que la comunidad arqueológica hispana tributa a Don Domingo Fletcher Valls, hemos creído que valía la pena darla a conocer, tanto más cuanto que esta escultura pertenece a uno de los períodos de nuestra protohistoria al que el homenajeado ha dedicado muchos de sus mejores afanes científicos.

ESTUDIO

Descripción

Se trata de una escultura en piedra caliza, decapitada, labrada en bulto redondo, que representa con harta fidelidad, a un bóvido echado y visto por su costado derecho (lám. I). Este animal debía girar seguramente la cabeza un tanto hacia la derecha, según parece demostrar la

(*) Agradecemos a la Srta. María Antonia Grau la realización de los dibujos que ilustran la fig. 1.

dirección que lleva lo que de su cuello se conserva (lám. II, A y B).

Si los detalles de su lado derecho están observados con realismo, no ocurre lo mismo con la parte central de su costado opuesto, donde la anatomía del animal adopta una forma plana, verticalizada, hecho éste que claramente contrasta con los extremos de este mismo lado, donde el animal muestra las rotundidades que le son propias (fig. 3 B).

Si fijamos nuestra atención en el costado derecho, observaremos que el animal está recostado sobre su pata posterior izquierda de la que se advierte la presencia de la pezuña por debajo del muslo derecho (fig. 3 A). Contrariamente, por su parte delantera el bóvido descansa sobre ambas patas, que aparecen dobladas (lám. II, A).

Visto por delante se advierte que el escultor conservó, en parte y a modo de plinto, una porción inferior del bloque de piedra en el que fue tallada la imagen, dicha porción continúa por debajo del vientre del animal, aunque únicamente en lo que a su mitad derecha se refiere (lám. II, A). Por el lado izquierdo se percibe su ausencia, hecho éste que resta estabilidad a la escultura. En efecto resulta necesario resaltar que este bóvido no se asienta completamente sobre una base plana, sino que todo él se inclina hacia su costado izquierdo, motivo por el cual se ha debido exponer la pieza apoyándola sobre una cuña, pues, de otro modo, perdería estabilidad y, con poco esfuerzo, vencería fácilmente hacia aquel lado (lám. II, B y III, B).

Los detalles anatómicos, aunque someros, están bien tratados y no faltan observaciones si se quiere simples, aunque logradas, de elementos característicos cuales pueden ser los órganos genitales; el pelaje de las zonas próximas a las pezuñas; el carácter bífido de éstas, o bien las protuberancias de los huesos de la grupa que se hacen aparentes precisamente cuando el animal adopta la posición echada. La cola, por su parte, presenta en su tramo final un trenzado de su pelo, en forma de ocho, repitiendo un esquema bien conocido en la escultura animalística ibérica. Asimismo, en su arranque, la cola en cuestión presenta unas acanaladuras en forma de U invertida (lám. I).

Por último, cabe señalar que sobre el lomo, a la altura de la cruz, el animal posee una especie de depresión ovalada, poco profunda de cuya funcionalidad tendremos ocasión de hablar más adelante. Hay que hacer notar que esta depresión tiene su eje mayor orientado en el sentido de la profundidad de la escultura lo cual, como veremos, permite dar una explicación plausible a su funcionalidad (lám. I).

En líneas generales esta representación escultórica podemos decir que está plenamente conseguida desde el punto de vista de la fidelidad a un original. Efectivamente, es quizá en la plasmación de animales reales, sobre todo équidos y bóvidos, que el artista ibérico obtuvo

sus mejores resultados al no verse obligado a tener que traducir a una realidad concreta algo que no conocía de primera mano, caso de los leones, y de la que únicamente tenía un conocimiento puramente conceptual y abstracto.

La sucesión de planos lisos y curvos, desde la cabeza a los cuartos traseros, se consigue en esta escultura de una forma sabia en la que la utilización de la luz juega un papel de primer orden. Compárese sino con el esquematismo e, incluso, irrealidad de tanta y tanta escultura ibérica —recordemos el toro de Osuna o la buena serie de leones hallados en diversos yacimientos jiennenses y cordobeses (1)— para comprender hasta qué punto nuestro bóvido se acerca a la realidad que el escultor pretendió recrear.

Paralelos y cronología

Desgraciadamente no podemos aducir paralelos demasiado claros que desde el punto de vista de la realización permitan establecer ajustadas comparaciones estilísticas. Sólo en el bóvido echado de El Molar creemos encontrar rasgos que nos recuerdan a nuestro ejemplar, entre los que destaca, por su excepcionalidad, el de tener también una depresión en el centro del lomo. Pero dejando de lado esta característica, vemos en el toro alicantino un aire vagamente familiar que, creemos nosotros, permite imaginar que ambos ejemplares no están demasiado alejados el uno del otro ni en el espacio ni en el tiempo (2).

En principio, nosotros nos permitimos dudar un tanto acerca de un origen granadino para este pieza, pues a esta provincia corresponde buena parte del territorio bastetano, en el cual, según ha demostrado M. Almagro-Gorbea, predominan las cámaras funerarias con notable ausencia de escultura zoomorfa sepulcral en piedra (3). Por su aspecto

(1) Véase en última instancia los recientemente publicados de Baena (Córdoba) en F. CHAVES TRISTAN: «Nuevas esculturas de leones en la zona de Baena (Córdoba)», en Homenaje a Conchita Fernández Chicarro, directora del Museo Arqueológico de Sevilla, Madrid, 1982, págs. 227-247, que vienen a añadirse a los ya clásicos de la misma localidad o de Nueva Carteya, entre otros.

(2) E. A. JLOBREGAT CONESA: «Contestania ibérica», Alicante, 1972, lám. IX, arriba. Este autor da en su libro la vista lateral derecha de la pieza; para el conocimiento de su lado opuesto, véase la nota 6.

(3) M. ALMAGRO GORBEA: «Tumbas de cámara y cajas funerarias ibéricas. Su interpretación socio-cultural y la delimitación del área cultural ibérica de los bastetanos», en Homenaje a Conchita Fernández Chicarro, directora del Museo Arqueológico de Sevilla, Madrid, 1982, págs. 249-257. Hemos de recordar también que en la provincia de Granada no ha aparecido, por ahora, ni una sola esfinge en piedra si exceptuamos, claro está, a la Dama de Galera; para esta cuestión véase T. CHAPA BRUNET: «Las esfinges en la plástica ibérica», en Trabajos de Prehistoria, 37, Madrid, 1980, págs. 309-344.

y su labra pensamos que esta escultura tiene que proceder de algún yacimiento ibérico ubicado en el sudeste peninsular, en las actuales provincias de Alicante o Murcia, muy probablemente.

En cuanto a su cronología estamos completamente faltos de cualquier indicación de dónde y en qué contexto apareció esta escultura. Sin embargo, tras la enseñanza de Pozo Moro, no cabe la menor duda para proponer una cronología alta que situaríamos en el siglo V a. J. C.

Dimensiones

La escultura de bóvido que nos ocupa, labrada a partir de un bloque de piedra caliza, relativamente blanda, de color beige, tiene una anchura máxima de 103 centímetros; una altura máxima de 58'5 centímetros y una profundidad máxima, en los cuartos traseros, de 39 centímetros. La depresión ovalada del lomo, por su parte, mide 7 milímetros de profundidad y su eje mayor mide, a su vez, 105 centímetros.

Estado de conservación

Si exceptuamos la pérdida de la cabeza, así como los rotos y desconchados de la pata anterior izquierda, del muslo posterior derecho y de ciertos puntos de la cola, podemos considerar que esta pieza ha llegado hasta nosotros en condiciones de conservación más que aceptables. Si tenemos en cuenta el hecho de que, por lo general, toda la escultura ibérica, tanto la animalística como la antropomorfa, sufrió, ya en la misma antigüedad, un proceso de deterioro muy acusado, la mayoría de las veces intencional (4). En este sentido, cabe señalar que la escultura presenta en la parte izquierda del cuello una ancha y profunda ranura, aparentemente intencionada, que quizá sea producto del proceso llevado a cabo para conseguir la separación de la cabeza del resto del cuerpo del animal (lám. II, B).

(4) M. ALMAGRO GORBEA: «Pozo Moro. El monumento orientalizante, su contexto socio-cultural y sus paralelos en la arquitectura funeraria ibérica», en *Madridrer Mitteilungen*, 24, 1983, Mainz am Rhein, 1984, pág. 267. Este autor opina que las destrucciones se evidencian a partir de fines del siglo IV; sin embargo, creemos que hay razones sobradas para poder pensar en una mayor antigüedad, tal como lo demuestra el reaprovechamiento de fragmentos escultóricos en tumbas de encachado tumular bien fechadas por importaciones áticas de barniz negro en el curso de la primera mitad del siglo IV a. de C., cual ocurre en la necrópolis de El Cigarralejo o en la de Cabezo Lucero, para citar solamente estos dos; véase E. CUADRADO DIAZ: «El mundo ibérico. Problemas de cronología y de las influencias culturales externas», en *Primer Symposium de Prehistoria Peninsular* (Pamplona, 1959), Pamplona, 1960, pág. 225, y A. JODIN, E. LLOBREGAT CONESA, P. ROUILLARD y J. UROZ SAEZ: «Fouille du site ibérique de Cabezo Lucero (Guardamar del Segura, Alicante). Première campagne, 1980», en *Mélanges de la Casa de Velázquez*, XVII, París, 1981, págs. 528-529.

Interpretación

Hemos de confesar que nuestra primera impresión al iniciar el estudio de la pieza que nos ocupa fue la de considerarla una escultura-sillar de ángulo de un momento funerario turriforme, movidos por el hecho de constatar que la escultura tenía liso el costado izquierdo. Sin embargo, pronto caímos en la cuenta de que esta interpretación no era plenamente correcta ni satisfactoria pues un examen atento del animal revela que en modo alguno fue tallado pensando en asignarle una función arquitectónica de sostén de sillares en un monumento, sino que, antes bien, el carácter liso de su costado izquierdo daba a entender que por dicho lado la escultura debió de ir tan sólo adosada a algo que, por otra parte, permitía ver lateralmente la parte anterior y el cuarto trasero izquierdo. Así pues, de haber funcionado como sillar de ángulo, la escultura jamás hubiese permitido ver al espectador, cuando menos, su extremo posterior interno del cuerpo, pues éste habría quedado oculto en el interior de la estructura de la torre funeraria, tal como vemos que ocurre con los leones del monumento sepulcral de Pozo Moro (5).

Ante esta evidencia había pues que tratar de dar otro tipo de explicación a la funcionalidad de la escultura que nos ocupa, lo cual ciertamente, no se presenta nada fácil. Es ahora y aquí cuando entra en juego la valoración que hay que asignar a la depresión ovalada que se halla situada sobre el lomo del animal, ya que es sin duda esta huella la que de forma hipotética ayudará a dar con la clave del enigma.

Descartada por nuestra parte la posibilidad de que la escultura del Museo Arqueológico de Barcelona hubiese pertenecido a un monumento funerario turriforme, pensamos que, en cambio, este animal, emparejado con un homólogo que se situaría a la izquierda, sirvió para flanquear la figura de una dama sedente, la cual sostendría algún objeto de culto —pátera, gobelete o tulipa, etc.— adoptando una postura que la obligaría a separar los brazos del tronco de manera que su codo derecho se apoyaría y quedaría fijado en la depresión circular situada sobre el lomo del animal (fig. 1, A y B). Esta hipótesis, que a primera vista podría parecer gratuita, se apoya en el hecho constatable de la visibilidad de los extremos del animal por su costado izquierdo, de forma que, contra la parte central del mismo, se apoyaría

(5) ALMAGRO GORBEA: op. cit. en la nota anterior, láms. 16 a 18. Nos referimos exclusivamente a esta obra por ser la suma y compendio de la abundante literatura salida de la pluma de este autor. Su elenco completo en la misma obra, pág. 178, nota 2.



Fig. 1.—Reconstrucción del bóvido ibérico del Museo Arqueológico de Barcelona.

el lateral del tronco de la dama sedente, el cual, asimismo, sostendría al bóvido evitando su tendencia a inclinarse; así como también en el resultado de la prueba experimental que hemos realizado procediendo a sentar a una persona de pequeña estatura en el lugar de situación teórico de la dama. En efecto, colocada una persona de esa guisa, llevando a cabo la acción de sostener una pátera en sus manos, hemos comprobado que su codo derecho iba a coincidir exactamente con la depresión situada sobre el lomo del animal, lo que para nosotros sirve para otorgar visos de verosimilitud a la hipótesis que aquí estamos formulando como ya ha sido dicho, una huella de este mismo tipo y situación la conocemos en la representación de un bóvido echado procedente de El Molar a coincidir exactamente con la depresión situada sobre el lomo del animal, lo que en nuestra opinión sirve para otorgar visos de verosimilitud a la suposición que aquí estamos formulando. Por otro lado, el hecho de que el eje mayor de la depresión esté orientado de tal forma que en ella pueda encajar cómodamente un codo, apunta también hacia la verosimilitud de nuestra propuesta. Con todo, somos conscientes de que hasta que la arqueología no aporte pruebas concluyentes que confirmen la existencia en la escultura funeraria ibérica de asociaciones de animales —en este caso bóvidos—, a damas sedentes, siempre planeará la duda acerca de la bondad de nuestra hipótesis. De todos modos, creemos que es válido ponerla habida cuenta de que se formula en base a unos supuestos lógicos que la hacen aceptablemente plausible.

Ya fuera del ámbito propio al monumento que nos ocupa, cabe aducir también las pruebas relativamente utilizables y paralelizables que aportan el Toro de El Molar y la Bicha de Balazote.

Sobre el primero hemos de decir, partiendo de la no muy buena fotografía publicada en su día por A. García y Bellido (6), que por su costado derecho parece tener la parte anterior plana, así como su parte central, quedando sólo bien esculpida la correspondiente a su cuarto trasero. Hipotéticamente, y a falta de visión directa, diremos que quizá pudo funcionar del mismo modo que suponemos lo hizo el bóvido de Barcelona.

En cuanto a la Bicha de Balazote cabe decir que está también claramente dotada de una depresión circular sobre su lomo, quizá más pequeña que la que se encuentra en nuestro ejemplar. En cuanto a su funcionalidad, las opiniones varían según los autores, pues, de un lado,

(6) A. GARCIA BELLIDO: «Arte ibérico», en «Historia de España», dirigida por R. MENENDEZ PIDAL, tomo I, vol. III, Madrid, 1963, pág. 591, fig. 528.

A. García y Bellido, su primer editor serio, opinaba en 1931 que la Bicha no tuvo un rol de sillar, sino que debió estar «más o menos arriada a una pared» (7), según este mismo autor, el hecho de que la Bicha tenga la pata anterior derecha casi acabada así como su cuarto trasero esbozado impediría su atribución a un sillar. Más recientemente, Martín Almagro Gorbea ha incluido a la Bicha de Balazote en la lista de esculturas-sillares de ángulo pertenecientes a probables monumentos funerarios turriformes (8). Por nuestra parte pensamos que no queda del todo clara su función como sillar y que tal vez tuviese razón García y Bellido, al no considerarla como tal, tanto más cuanto que nos da la sensación de que las marcas que aparecen sobre su lado derecho no parecen ser tanto las huellas de talla, sino que más bien parecen el resultado de una acción violenta destinada a arrancar la pieza de algo a lo que se hallaba íntimamente unida por haber sido labrada al unísono con la parte supuestamente desaparecida. En este sentido llama poderosamente la atención la presencia de un surco oblicuo, al parecer profundo, situado en la parte anterior de la, digamos, cara oculta de la pieza, el cual recuerda en gran manera al que en el animal del Museo de Barcelona cruza oblicuamente su cuello por encima de la papada. Uno y otro podrían ser la huella dejada por un escoplo de sección circular utilizado para, en uno y otro caso, mutilar las piezas.

Nosotros, con la mayor prudencia, avanzamos la posibilidad de que la Bicha de Balazote hubiese podido desempeñar un papel iconográfico semejante al que suponemos para el bóvido de Barcelona, aunque pensamos también que tanto la Bicha cuanto el toro de El Molar pueden ser objeto de interpretaciones distintas a ésta y que habrá que esperar a que el azar y la necesidad nos doten en el futuro de los elementos de juicio complementarios porque por ahora nos faltan.

CONCLUSIONES

De haber sido las cosas según nuestro hipotético modo de ver, resultaría que, en el ámbito de la plástica animalística ibérica de uso

(7) A. GARCIA BELLIDO: «La Bicha de Balazote», en *Archivo Español de Arte y Arqueología*, VII, Madrid, 1931, págs. 249-270.

Más recientemente ha tratado de esta pieza T. CHAPA BRUNET: «El toro androcéfalo de Balazote. Nueva puesta a punto de su problemática», en *Al-Basit*, VII, 10, Albacete, 1981, págs. 145-157, para la que este animal cumplió una función arquitectónica, quizá en la puerta de una tumba.

(8) ALMAGRO GORBEA: op. cit. en la nota 4, pág. 232.

M. ALMAGRO GORBEA: «La iberización de las zonas orientales de la Meseta», en *Ampurias*, 38-40, Barcelona, 1979, pág. 124.

funerario, habría que tomar en cuenta la posible existencia de animales echados flanqueadores de damas sedentes, lo que nos llevaría a establecer un nuevo grupo de esculturas labradas con esta precisa finalidad funcional, y que habría que distinguir de las esculturas utilizadas con finalidades apotropaicas y arquitectónico estructurales en los monumentos funerarios turriformes.

Efectivamente, M. Almagro Gorbea ha tenido el mérito y el acierto de establecer por vez primera la tipología de los monumentos funerarios ibéricos en relación con la escultura animalística en piedra. Así, dejando a un lado los sepulcros tumulares y de cámara, ambos desprovistos de escultura, ha podido determinar la existencia de monumentos turriformes tipo Pozo Moro, dotados de animales protectores en las esquinas, así como de monumentos en forma de pilares-estela provistos de figuras animales —y tal vez jinetes— en su cima (9). De esta forma, todo el cúmulo de materiales atesorados hasta ahora, conservados en museos y colecciones, comienza a encontrar un adecuado ordenamiento lógico. Sin embargo, hay que tener presente que, muy probablemente, a medida que la escultura animalística ibérica vaya siendo estudiada a la luz de estas importantes aportaciones de M. Almagro-Gorbea, paulatinamente irán estableciéndose matizaciones que abrirán nuevas vías a la interpretación de la funcionalidad de aquélla. Nosotros queremos creer que con el estudio del documento que hoy nos ocupa aquí hemos aportado nuestro grano de arena en el sentido de abrir una nueva vía de discusión y debate en este campo tan viejo, pero al mismo tiempo tan novedoso, del estudio de la plástica ibérica.

NOTA COMPLEMENTARIA

Acabado de redactar este trabajo y a punto de ser librado al editor, ha llegado a nuestra manos el libro de Teresa Chapa Brunet dedicado al estudio de la plástica ibérica de tema zoomorfo (10). En dicha obra, la autora trata de la escultura que motiva estas páginas, para la que se propone un origen andaluz, situado concretamente en la localidad de Santaella (Córdoba). Los motivos que mueven a la autora a fijar este origen con tanta precisión se basan en el conocimiento de otra escultura de bóvido hallada en aquella localidad andaluza hace un cuarto de

(9) M. ALMAGRO GORBEA: «Pilares estelas ibéricos», en Homenaje al profesor Martín Almagro Basch, III, Madrid, 1983, págs. 7-20.

(10) T. CHAPA BRUNET: «La escultura ibérica zoomorfa», Madrid, 1985, págs. 103, 153 y 160.

siglo y que hoy se conserva en el Museo Arqueológico de Córdoba. Para Teresa Chapa, la semejanza formal entre ambas postula hacia un origen común. Asimismo, estos dos bóvidos pueden encuadrarse, siempre según esta autora, en un Subgrupo A1, el cual muestra rasgos que son típicos de su Grupo B. Este último tiene un área de dispersión centrada en el Sudeste peninsular, mientras que el Grupo A y el Subgrupo A1 son más propios del territorio andaluz vertebrado por el río Guadalquivir.

Por lo que a nosotros respecta, sin dejar de tomar muy en cuenta las observaciones de una tan buena conocedora de la escultura ibérica, y precisamente por el hecho de que el Grupo A también se encuentra presente en el Sudeste, pensamos que no es posible descartar para la escultura del Museo Arqueológico de Barcelona un origen valenciano o murciano, habida cuenta, en primer lugar, de la transhumancia de los artistas, y, en segundo lugar, por la presencia de depresiones en el lomo de los animales sólo en la zona alicantina —caso del Toro del Molar—, o albaceteña —caso de la Bicha de Balazote, hecho éste que no dejar de ser, creemos nosotros, bastante significativo.

En cuanto a la funcionalidad de la escultura de Barcelona, la autora, que nada dice de la existencia de la depresión dorsal, piensa que ésta, así como la del Museo Arqueológico de Córdoba, debían de flanquear un monumento funerario, actuando así de la misma forma que los leones ibéricos que adoptan su misma postura. Para Teresa Chapa estos bóvidos debieron ir adosados a una pared sin llegar a formar parte de la misma.

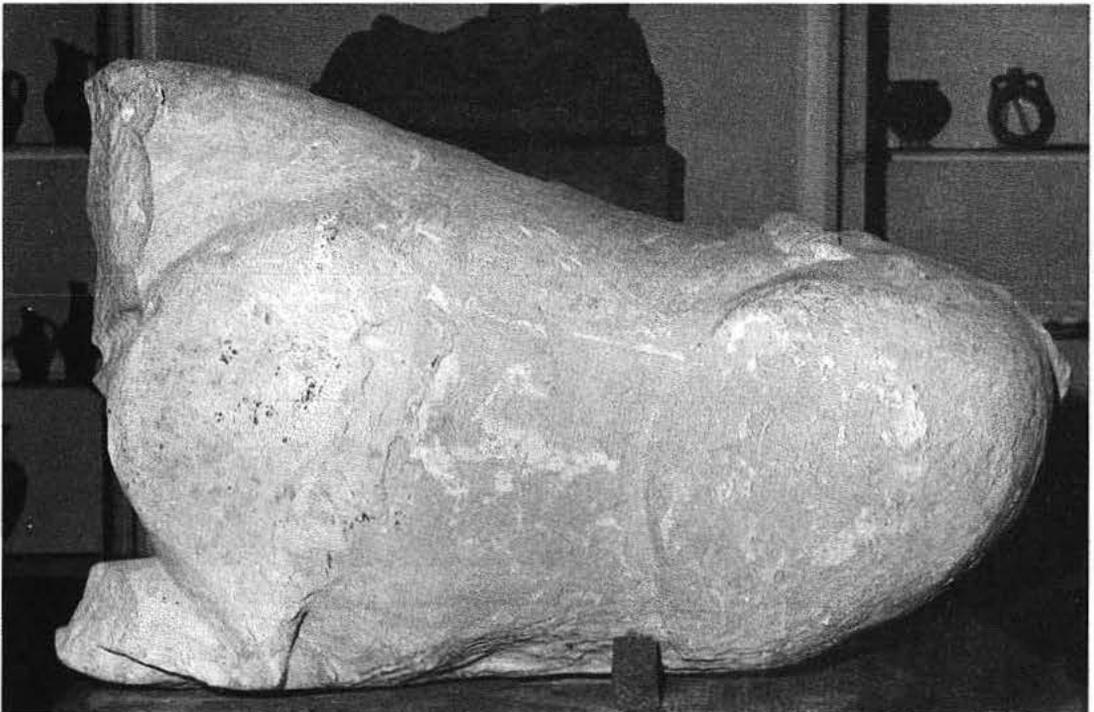
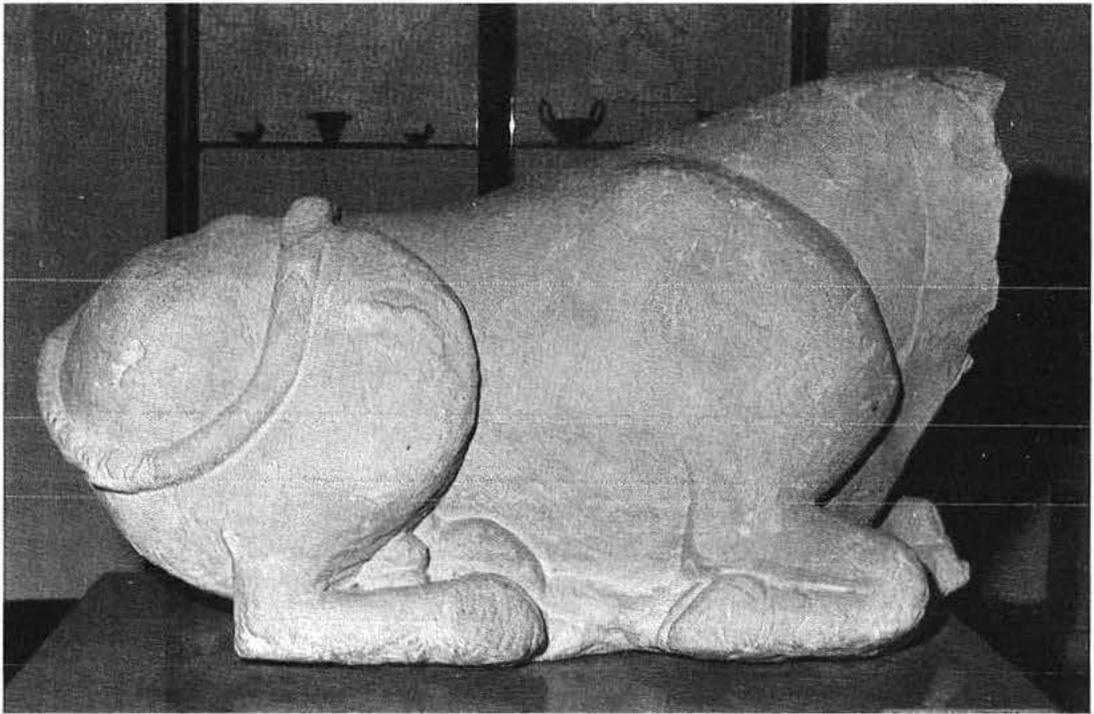
Finalmente, por lo que a la cronología de esta escultura hace referencia, la autora propone para su labra un período que cabría situar en los siglos V y IV a. de J. C.



Vista general del bóvido ibérico en piedra del Museo Arqueológico de Barcelona.



A y B. Vista en escorzo de los costados derecho e izquierdo del bóvido ibérico del Museo Arqueológico de Barcelona.



A y B. Vistas laterales derecha e izquierda del bóvido ibérico del Museo Arqueológico de Barcelona.

EMETERIO CUADRADO DIAZ

(Madrid)

TRES BUSTOS IBERICOS

En nuestra campaña de excavaciones de 1954, en la necrópolis de El Cigarralejo, encontramos en nuestro recuadro 10-F un conjunto de restos escultóricos, entre los que se encontraba la pieza núm. 1 del inventario de escultura antropomorfa del citado yacimiento, publicado en «Trabajos de Prehistoria», del Instituto Español del mismo nombre (1).

La citada pieza consistía en un plinto plano con una moldura en S superpuesta que servía de base a un busto humano, voluminoso, a partir de la parte inferior del pecho, cubierto con los pliegues de una túnica o manto, sobre el que resalta la muñeca y mano derechas de un brazo. La muñeca se cubre con la manga del traje o un conjunto de cuatro brazaletes, y la mano, sujeta por el cuello un ave que parece ser una paloma. El cuerpo de esta ave presenta los extremos de los dedos de la mano izquierda, que ha desaparecido, y que ayudaba, sin duda alguna a sujetar la paloma (lám. I, 1).

Se trata por tanto del busto de un oferente, tal vez una dama, que presenta una paloma a la misma diosa que se veneraba en el santuario inmediato, y que suponemos una «pothnia hyppon», de la que tantas veces hemos hablado (2). La pieza resultaba anómala, si teníamos en

(1) E. CUADRADO DIAZ: «Restos monumentales funerarios de El Cigarralejo». Trabajos de Prehistoria, vol. 41, Madrid, 1985.

(2) E. CUADRADO DIAZ: «La diosa ibérica de los caballos». Congresos Internacionales de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas. Actas de la IV Sesión (Madrid, 1954). Zaragoza, 1956, págs. 797-810.

cuenta la extendida opinión entre los investigadores del mundo ibérico, de que los escultores de esta cultura, no labraban bustos. Sin embargo, otra pieza conocida, se había considerado como capitel de pilar, siendo así que se trataba de un busto análogo al nuestro. Nos referimos a la del Cabecico del Tesoro, expuesta en el Museo Arqueológico de Murcia y publicada por Gratiniano Nieto (3).

La pieza murciana está constituida por un plinto plano sobre la que se asienta un friso de ovas, y sobre él los restos de una mano derecha —perteneciente a un busto— que sujeta un ave por la parte del buche, de forma que quedan muy claros los cuatro dedos extendidos alrededor de la paloma mientras el pulgar la abraza por detrás. Restos de otra mano parecen cogerla por las patas. La paloma carece de cabeza, pero están bien talladas las alas y la cola (lám. I, 3).

La disposición de los elementos conservados atestiguan que se trata de un busto análogo al nuestro, y con un mismo significado de devoto oferente. Estos dos ejemplares demuestran, que al menos en las tribus del SE., la labra de bustos era normal.

Aún se sigue diciendo el busto de la «Dama de Elche», y es precisamente este caso el que no está labrado como busto, a nuestro modo de ver. Desde que se comprobó que la «Dama de Baza» se había utilizado como urna cineraria, al socavar bajo su trono un hueco que contenía las cenizas del difunto a quien pertenecía la tumba en que fue hallada, puede darse por seguro, que también la «Dama de Elche» se utilizó con el mismo fin, labrándose en su espalda un hueco que debió contener las cenizas de un difunto, aunque no se observó este interesante dato por los que encontraron esta tumba.

El aspecto del «busto» de Elche, nos hace suponer que en un principio la dama era de cuerpo entero, tal vez del tipo de la «gran dama oferente» del Cerro de los Santos, más bien que del de una dama sedente. El borde de la base de la pieza presenta las huellas de una división de la escultura, tal vez realizada a cincel, pero sobre lo que no podemos definirnos, porque no conocemos de visu la superficie del corte (4). Las dimensiones del hueco son 18 centímetros de diámetro por 16 de fondo. García y Bellido se inclinó por la hipótesis de Hübner, que supone la sujeción en él, de la cabeza de una gafa para sujetar la

(3) G. NIETO GALLO: «Noticia de las excavaciones realizadas en la necrópolis del Cabecico del Tesoro, Verdolay (Murcia)». Boletín de Trabajos del Seminario de Arte y Arqueología, tomo VI, fasc. XXII a XXIV, Valladolid, 1939-1940, págs. 137-160.

(4) A. GARCÍA Y BELLIDO: «La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reingresadas en España en 1941». Madrid, 1943, nota de la pág. 23.

pieza a la pared posterior. Nosotros no estimamos verosímil esta opinión y nos inclinamos por la de considerar el hueco como urna cineraria, y seguramente se labró a la vez que se cortó la figura para aprovechar tan sólo la parte superior. Reconocemos que el espacio disponible para colocar las cenizas es muy pequeño, pero todo depende de la intensidad de la incineración del cadáver o de que sólo se recogiera del «ustrinum» parte de los restos de la hoguera, para colocarlos en el hueco de la figura.

También del Cigarralejo es otra pieza, igualmente un busto, con plinto análogo al del núm. 1 del inventario, en este caso con el núm. 2, en que la figura humana conserva el brazo izquierdo a partir del codo, y aunque muy erosionado parece coger con la mano un objeto o animal, como el núm. 1. Este trozo de busto parecía completar a aquél, pero la fractura no permite el encaje de las dos partes, por lo que consideramos es otro ejemplar.

La pieza pertenecía a la T 130 situada en el recuadro 11-C (lám. I.2).

¿En qué se emplearon estos tres bustos ibéricos? Tengamos en cuenta que las tres esculturas se encontraron en necrópolis del SE., en las que sobre todo en el Cigarralejo, los hallazgos escultóricos han sido numerosos, y los consideramos como elementos de monumentos funerarios de tipo griego, denominados por Almagro-Gorbea pilares-estelas. Creemos que en los tres casos, estos bustos se colocaron sobre un pilar con capitel, situado sobre la tumba, tal vez la dama piadosa portadora de la ofrenda de una paloma, para comparecer ante la divinidad en la otra vida. Esta divinidad pudo ser la de los caballos del santuario inmediato u otra de tipo funerario, pues en la necrópolis del Cigarralejo, son frecuentes palomas cerámicas encontradas dentro de las tumbas. Parece pues, que la paloma era un ave especialmente grata a la divinidad. Estas palomas cerámicas son en la mayoría de los casos «askos» ibéricos con un orificio para echar un líquido y otro para la salida de las libaciones que debían tener un carácter funerario dentro de un complejo ritual religioso.

PURIFICACION ATRIAN JORDAN

(Museo Provincial de Teruel)

CERAMICA IBERICA DE IMITACION ROMANA EN LA CARIDAD (CAMINREAL-TERUEL)

En el mes de febrero de 1977 el Ayuntamiento de Caminreal notificó al Museo Provincial de Teruel que, al realizar una plantación de árboles en un campo colindante con la Ermita de la Virgen de las Cuevas, aparecían restos humanos. Visitado el lugar pudimos constatar que se trataba de una interesante necrópolis altomedieval que conservaba un buen número de enterramientos, bien conservados, en sepulturas de lajas de piedra con la cabecera recortada y encajada.

Durante los trabajos de excavación de esta necrópolis conocimos la existencia de un lugar próximo denominado como «Partida de la Caridad» donde el propietario, al roturar su campo, había destruido «un muro de grandes dimensiones» que obstaculizaba las faenas agrícolas y cuyos grandes sillares todavía permanecían orillados en la propia finca.

Se trataba, en realidad, de un asentamiento ibérico del que solamente, en aquella zona, quedó intacta una pequeña parte en el extremo Norte. El lugar puede localizarse en la hoja núm. 491 del mapa 1:50.000 entre las coordenadas 2°21'00" longitud Este y 40°50'32" latitud Norte y quedó registrado en la Carta Arqueológica con el núm. 227 (1).

(1) P. ATRIAN JORDAN, C. ESCRICHE JAIME, J. VICENTE REDON y A. I. HERCE SAN MIGUEL: «Carta Arqueológica de España. Teruel», Teruel, 1980, pág. 135.

En la primavera del año 1984 y ante el inminente peligro de desaparición de estos restos que hemos señalado en el extremo Norte de la Partida de la Caridad, el equipo del Museo de Teruel realizó una primera campaña de excavaciones en lo que se denominó Sector 1, dejando al descubierto restos, no muy determinados, de una gran construcción posiblemente de carácter público. La localización de un mosaico de «opus signinum» en el suelo de una acequia que regaba la finca contigua a donde se realizaban los trabajos, motivó una excavación de urgencia en el Sector denominado 2 dando como resultado el descubrimiento de restos de dos viviendas del mayor interés arqueológico, teniendo en cuenta su situación geográfica en una zona de gran riqueza agrícola que se extiende casi paralela al río Jiloca.

En la primera prospección realizada por nosotros, en 1977, en la finca de la Caridad pudimos recoger abundantes restos arqueológicos, principalmente cerámica tanto propiamente ibérica como romana de importación. El propietario del terreno, don José Rubio Malo, nos entregó una vasija completa recogida por él durante las faenas agrícolas, donación que agradecemos y de la que deseamos quede constancia en este breve estudio.

CERAMICA IBERICA

1.—Fragmento de la parte superior de un kalathos de borde muy plano.

2.—Parte superior de una ollita de cerámica gris, muy tamizada y de buena factura, cuerpo globular, asa lateral y borde almendrado hacia el interior. Medida: 5 centímetros diámetro boca, 6'5 centímetros diámetro máximo y 3'5 centímetros altura conservada.

3.—Parte superior de una olla de cerámica común, borde vuelto y engrosado, asa lateral, pasta de buena factura de tonalidad siena. Medidas: 11 centímetros diámetro boca.

4.—Fragmento del borde de una gran urna, con reborde, y decoración de líneas horizontales.

5.—Fragmento de un tazón con la decoración muy perdida.

6.—Base de un thymiaterion decorado exteriormente con grupos de líneas horizontales en tono rojizo, e, interiormente, con motivos de pequeños trazos verticales alternando con otros en forma de ocho. Medidas: 9'5 centímetros diámetro por 4 centímetros altura conservada.

7.—Varios fragmentos, posiblemente de la misma vasija, decorados con motivos florales estilizados en tonos marrones-rojizo.

CERAMICA IMPORTADA

1.—Fragmento de la parte superior de una olla de cerámica común, tipo 1 de Vegas (2). Pasta de corte gris de buena factura, cuerpo globular y borde vuelto.

2.—Fragmento de un mortero de cerámica común tipo 7 de Vegas (3). Pasta con abundante desgrasante y tonalidad grisácea. Conserva parte del pie y del borde. Medidas: 5 centímetros altura.

3.—Fragmento de una patera de Campaniense A, forma 5 de Lamboglia con un grafito ibérico de muy mala factura que podría interpretarse como el signo *BU* (4).

4.—Fragmento del fondo de una patera Campaniense B con decoración de ruedecilla.

5.—Fragmento del pie de una patera Campaniense C, forma 1 de Lamboglia (5).

6.—Fragmento indeterminado del fondo de una patera Campaniense C, con el grafito ibérico *DI*.

CERAMICA IBERICA DE IMITACION ROMANA

Además de estos fragmentos reseñados recogimos tres piezas, objeto de este breve estudio, de cerámica ibérica de imitación de las cerámicas romanas caso bastante frecuente a lo largo del siglo I a. C. dado que, con la introducción de la cerámica romana y sus nuevas formas y diseños, cambia la moda y cada vez son más frecuentes las imitaciones de estas cerámicas importadas, con lo que las cerámicas ibéricas comienzan su decadencia. Las piezas a las que hacemos referencia son las siguientes:

1.—Fragmento de la parte superior de una jarra de cuello largo y asa lateral. Cerámica arenosa de corte pastoso y tonalidad blanquecina. Borde en bastoncillo al exterior y biselado al interior. Moldura en el arranque del cuello y señales del torno en la parte interior. Medidas: 4 centímetros diámetro boca, 6'5 centímetros en el arranque del cuello y 7'5 centímetros altura conservada (6) (fig. 1 y lám. I, 1).

(2) M. VEGAS: «Cerámica común romana del Mediterráneo Occidental», Barcelona, 1973, pág. 12.

(3) VEGAS: op. cit. en la nota anterior, pág. 29.

(4) N. LAMBOGLIA: «Per una classificazione preliminare della ceramica campana», Bordighera, 1952, pág. 31.

(5) LAMBOGLIA: op. cit. en la nota anterior, pág. 157.

(6) VEGAS: op. cit. en la nota 2, pág. 91, tipo 38.

M. BELTRAN LLORIS: «Cerámica romana. Tipología y clasificación», Zaragoza, 1978, lám. LXVI, núms. 837-839.

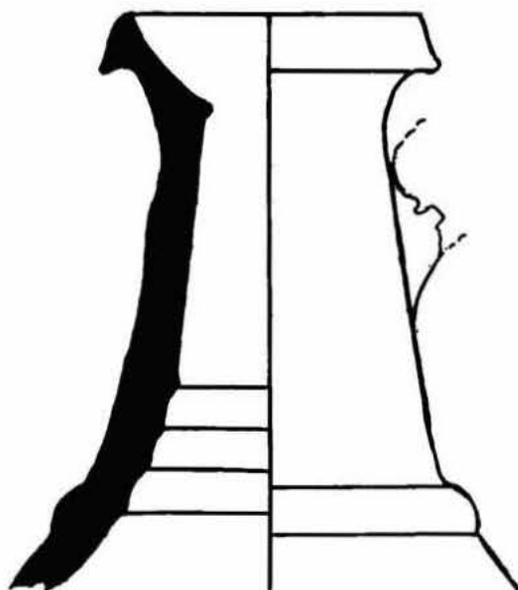


Fig. 1



2.—Copa imitación de la forma 18 de la Campaniense C (7). Pieza de barro muy rojo, depurado y de corte limpio. Presenta la carena muy marcada y el borde muy amplio y muy vuelto, pie de anillo con el interior umbilicado. En el cuerpo, y bajo el borde, presenta dos grafitos con sigos ibéricos idénticos *DO DO*. Medidas: 10'5 centímetros diámetro máximo en la boca, 4 centímetros diámetro del pie y 4'7 centímetros altura.

Esta forma fue muy copiada y difundida y no es infrecuente hallarla en yacimientos ibéricos a lo largo del siglo I a. C. como ocurre en la Alcudia de Elche, en el Cabezo de Alcalá de Azaila, en el Cabezo del Palomar de Oliete (8), y en otros muchos pertenecientes a esta cultura. (fig. 2 y lám. I, 2).

3.—Vasija de cuerpo globular, pie de anillo poco profundo remarcado con molduras, fondo umbilicado, asa lateral simple —sin

(7) LAMBOGLIA: op. cit. en la nota 4, pág. 160.

(8) A. RAMOS FOLQUES: «La Alcudia de Elche», Elche, 1983.

M. BELTRAN LLORIS: «Arqueología e Historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)», Monografías Arqueológicas XIX, Zaragoza, 1976, fig. 54, núm. 1.021.

A. BELTRAN MARTINEZ: «Los hallazgos ibéricos de "El Palomar", de Oliete (Teruel), y la Colección Orensanz, de Zaragoza», Caesaraugusta, 11-12, Zaragoza, 1958, fig. 26.

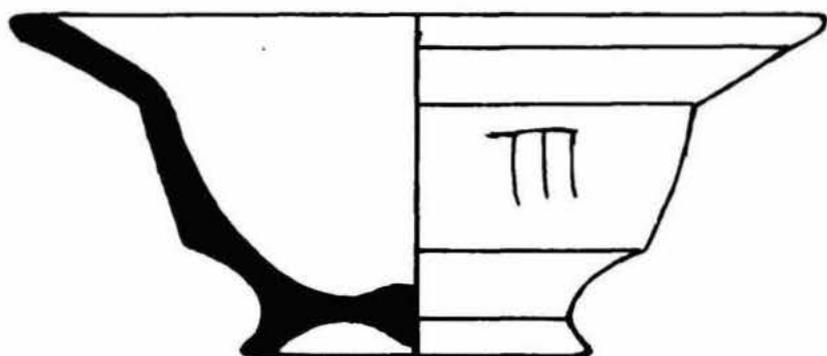
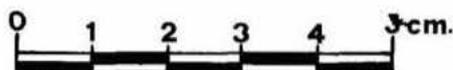


Fig. 2



refuerzo— que arranca del centro del cuello y muere al comienzo del cuerpo. Este se halla separado del cuello, muy exvasado, por dos molduras terminadas en arista. El borde en doble bisel al exterior y en forma de embudo por el interior. La pieza presenta dos particularidades: llevar añadido un pitorro vertedor sobre la parte superior del cuerpo, que forma con el asa un ángulo, aproximado de 90 grados, y la segunda poseer un rallo o colador justo en la unión del cuerpo con el cuello. El conjunto fue, indudablemente trabajado en dos partes, primeramente el cuerpo y después el cuello con su borde uniéndose ambas piezas por la zona del rallo donde practicaron los agujeros de dentro a fuera. La pieza presenta en su conjunto alguna tosquedad en su factura y son bien visibles las huellas del torno. La pasta con la que fue hecha es de barro muy decantado lo que da una buena textura presentando distintas coloraciones que van desde el gris claro al siena rojizo. Apareció completa, a excepción del pitorro, muy bien conservada siendo sus medidas: 8 centímetros boca, 9'5 centímetros diámetro base, 13'3 centímetros diámetro máximo y 16 centímetros altura (fig. 3 y lám. I, 3).

Así como para las dos primeras piezas reseñadas no es difícil encontrar paralelos por tratarse de imitaciones relativamente frecuentes en la cerámica ibérica para esta jarra, cantarillo de un asa o botijo, no parece tan factible. Sus más remotos precedentes habría que buscarlos en las cerámicas helenísticas donde encontramos una pieza con

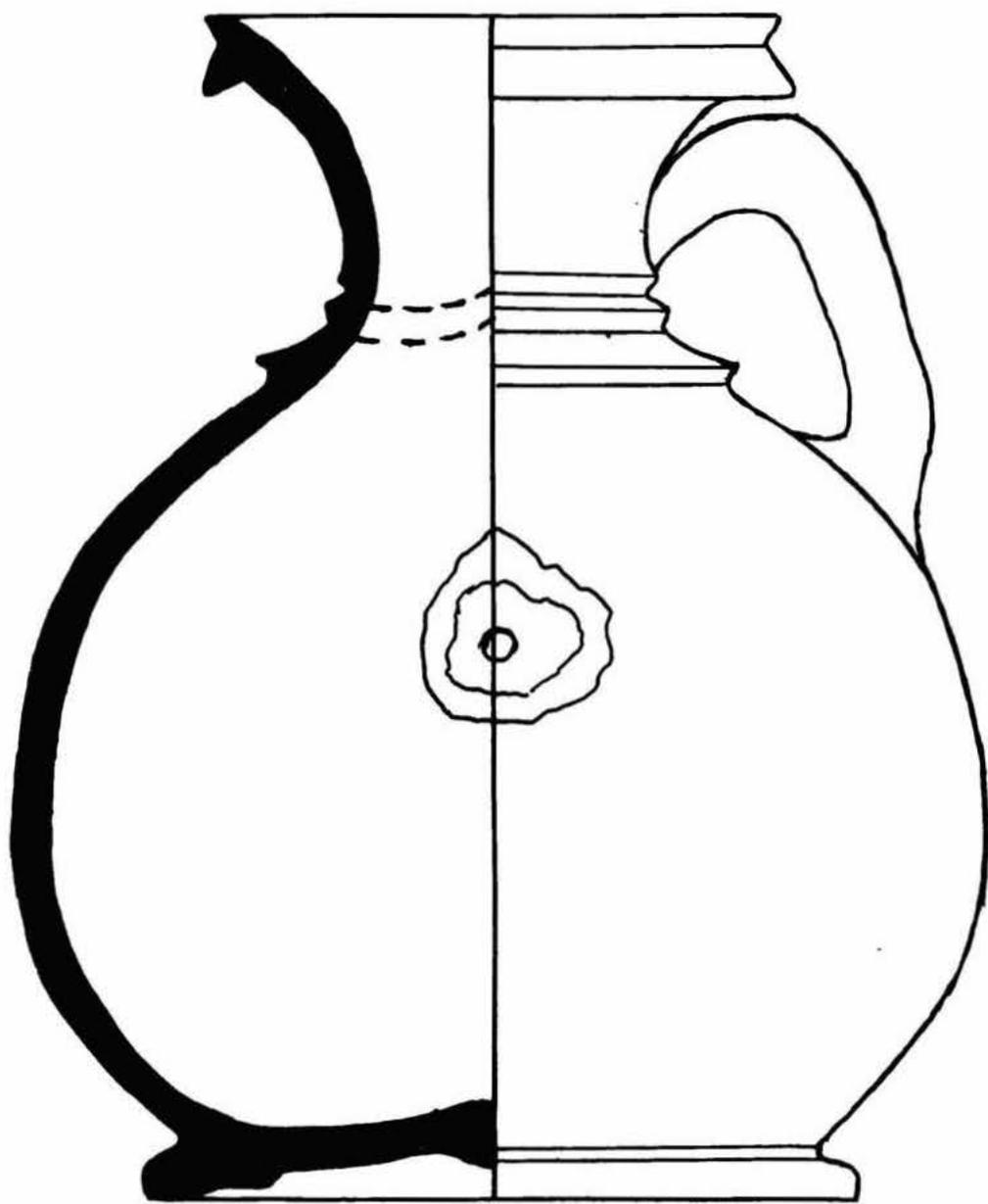


Fig. 3



la que podría establecerse un paralelo aunque en este caso el asa y el pitorro vertedor no forman ángulo recto, como en la nuestra, sino que están enfrentados a ambos lados del cuerpo, pero sí posee molduras en el cuello y rallo (9). En la cerámica protocampaniense y Campaniense son frecuentes las jarritas con o sin asa lateral pero con pitorro vertedor aunque carecen de rallo (10).

Pero, donde realmente pueden encontrarse paralelos más directos es en la producción de vasos de este tipo dentro de la cerámica llamada de paredes finas, especialmente en el número 610 recogido por Mayet (11). Esta forma continúa imitándose en la terra sigillata clara como puede verse en la forma 126 de Hayes y en Beltrán Lloris (12).

Dentro de la cerámica propiamente ibérica no nos ha sido posible paralelizarlo con ninguna otra pieza conocida sino es, aunque remotamente en cuanto a su factura y galbo, sí próximo en cuanto a su funcionalidad, más que con una jarra procedente del Tossal de les Tenalles en Sidamunt (Lérida) que se conserva en el Museo Arqueológico de Barcelona (13), ya que la otra pieza conocida, provista de vertedor y rallo, es en realidad un «guttus», procedente del Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia), imitación de la forma 45 de la Campaniense A (14).

En cuanto a la finalidad de estos jarritos, cantarillos de un asa o botijos —que de cualquiera de estas formas pueden denominarse— con o sin colador, no está todavía bien definida por los estudiosos de las cerámicas antiguas. La denominación de biberones la pensamos más adecuada para los pequeños recipientes como los de época púnica, procedentes de Ibiza, se conservan (15), a los cuales recuerda (especialmente el núm. 1) la pieza hallada en el Castelillo de Alloza (Teruel) (16), o a los procedentes de Aquitania, todos ellos carentes de

(9) Ph. BRUNEAU: En «Céramiques hélienistiques et romaines», del Centre de Recherches d'Histoire Ancienne, vol. 36, París, 1980, fig. 3.

(10) LAMBOGLIA: op. cit. en la nota 4, pág. 192, forma 44 B.

E. SANMARTI GREGO: «La cerámica campaniense de Emporion y Rhode», Monografies Emporitanes, IV, Barcelona, 1978, láms. 16 y 24.

J.-P. MOREL: «Céramique à vernis noir du Forum romain et du Palatin», París, 1965, lám. 7, núms. 80 y 81, forma A 99.

J.-P. MOREL: «Céramique Campanienne: Les formes», Roma, 1981, lám. 191.

(11) F. MAYET: «Les céramiques à parois fines dans la Péninsule Ibérique», París, 1975, lám. LXXIII.

(12) J. W. HAYES: «Late roman pottery», Londres, 1972, pág. 177.

BELTRAN LLORIS: op. cit. en la nota 6, lám. XLIV, pág. 546.

(13) L. PERICOT GARCIA: «La cerámica ibérica», Barcelona, 1979, pág. 201.

(14) J. M. GARCIA CANO: «Cerámicas griegas de la región de Murcia», Murcia, 1982, lám. 8.

PERICOT GARCIA: op. cit. en la nota anterior, pág. 19.

(15) A. RODERO RIAZA: «Colección de cerámica púnica de Ibiza en el Museo Arqueológico Nacional», Madrid, 1980, pág. 20, lám. 11.

(16) P. ATRIAN JORDAN: «Excavaciones en el poblado ibérico El Castelillo (Alloza, Teruel). Cuarta y quinta campañas», Teruel, 36, Teruel, 1966, pág. 168, fig. 13 y lám. VI.

colador (17). Tampoco nos parece acertada su utilización para decorar los pequeños vasos a la barbotina ya que la espesura de la pasta obstruiría constantemente la salida del pitorro, ni como receptáculos para preparar infusiones dado que el agua no se retendría en el cuello el tiempo suficiente para obtenerlas (18).

Por nuestra parte pensamos que serían utilizados, simplemente, para contener líquidos y en sustitución de vasos y copas, tal como todavía es frecuente en nuestro tiempo donde en algunas comunidades rurales continúan torneándose piezas similares con asa lateral, pitorro vertedor y colador en el comienzo del cuello. Sirva de ejemplo los «rajos o rалlos» de Uncastillo y Sos del Rey Católico en la provincia de Zaragoza o el «rallo» y «botija de rallo» en Calanda y Huesa del Común en la de Teruel. La finalidad del «rallo» o colador o rejilla no es sino la de impedir la entrada en el interior de la vasija de sustancias o animalillos que pudieran estropear el líquido allí puesto, agua o vino dependiendo del tamaño de la pieza. En ocasiones, las piezas más pequeñas, es factible que se utilizaran —y se utilizan todavía— para dar alimento a los enfermos.

Respecto a la cronología de estas piezas, en su amplia gama de variantes, hemos constatado que es sumamente amplia ya que se encuentran entre las cerámicas griegas, romanas, púnicas, ibéricas, y cerámicas locales alcanzado hasta nuestros días. Más concretamente, la pieza que aquí hemos estudiado como imitación de la cerámica romana dentro del período ibérico puede fecharse en el siglo I a. C., cronología que, por otra parte, coincide con el ambiente arqueológico del resto de los materiales de las zonas excavadas.

Al dar a conocer esta curiosa pieza hemos pensado que colaboramos, aunque sea modestamente, al mejor conocimiento de lo que fue la cerámica ibérica y a concretar mejor la influencia que la importación de cerámicas romanas ejerció en la misma.

(17) M. H. y J. SANTROT: «Céramiques communes gallo-romaines d'Aquitanie», París, 1979, pág. 189, tipo 16, forma 442.

(18) MAYET: op. cit. en la nota 11, pág. 112.



1.—Cuello de jarra. 2.—Copa. 3.—Vasija con «rallo» y pitorro.

JÜRGEN UNTERMANN
(Köln)

REPERTORIO ANTROPONIMICO IBERICO

1. Al presentar una nueva lista de antropónimos ibéricos continuamos las investigaciones cuyos principios teóricos hemos expuesto en ocasión del 2.º coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica, celebrado hace nueve años en Tübingen. Vamos a completar aquel primer ensayo con un resumen provisional que se basa en las fuentes actualmente disponibles, incluso los testimonios que nos sirvieron de fundamento y de punto de arranque en nuestro trabajo de 1976.

2. Desde luego, el estado presente de nuestros conocimientos de la gramática y del léxico ibéricos no admite resultados definitivos: es inevitable un fuerte subjetivismo que se refiere a la recogida del material tanto como a la interpretación morfológica de los mismos nombres; aunque el marco limitado de esta contribución no permitirá abordar exhaustivamente los innumerables problemas, me he esforzado en hacer visibles las condiciones más importantes según las cuales he reunido y ordenado el léxico onomástico que se encuentra en la lista del § 24: en los capítulos de la introducción explicaré varios puntos de vista generales, y en las notas que acompañan la lista principal se discutirán problemas particulares de los antropónimos en cuestión.

3. Partimos de la hipótesis —por lo demás aceptada por todos— de que la forma normal de un nombre personal ibérico es el nombre compuesto de dos elementos autónomos, capaces de entrar en combinaciones variadísimas, como lo conocemos en los sistemas antropológicos griego, germánico, gálico, hebreo y muchos más. Tales

nombres compuestos constituyen la gran mayoría de nuestro material —las muy contadas excepciones se discutirán en el § 23. Aparecen en la lista ordenados según sus componentes, es decir, cada nombre compuesto aparece dos veces, —bajo su primero y bajo su segundo componente que vienen provistos cada uno por un número corriente que corresponde a su lugar alfabético en la totalidad de los componentes atestiguados, así que cada antropónimo compuesto viene identificado por los dos números de sus componentes.

4. Sería útil —pero no realizable dentro de esta contribución— completar el repertorio de los nombres por una lista de las denominaciones («Benennungen») atestiguadas, en particular de las denominaciones bimembres que identifican a una persona por su nombre individual propio y por el de su padre como lo vemos en el bronce de Ascoli. También en los textos ibéricos, tales denominaciones aparecen en cantidad considerable y a veces sirven de argumento adicional para determinar una secuencia como nombre de persona. Hay que recordar, además, el fenómeno de que se encuentran muchas denominaciones en las cuales el nombre del hijo repite un componente del nombre del padre: p. e., los hermanos **Sosinaden** y **Sosimilus**, hijos de **Sosinasae** en la turma **Salluitana**, **Illurtibas Bilustibas**, **Beles Umarbeles** y otros pares en la misma unidad militar, **baisetés iltutás** en la estela de Sinarcas, **Teitabas Turibas** en el bronce de Contrebia y otros ejemplos más. A veces este fenómeno puede ser utilizado para decisiones de la interpretación o de la enmienda de nuestras fuentes (v. núm. 16-125¹, núm. 27-14, núm. 32-54, núm. 54-18, núm. 102-frg.).

El contenido de la lista principal (§ 24).

5. El núcleo de la lista es la columna 4 en la que aparecen todos los componentes onomásticos que hemos recogido. Por motivo de la mayor comparabilidad doy todos los testimonios en «ortografía ibérica» añadiendo un asterisco cuando el nombre en cuestión aparece en escrituras griega o latina y suministrando los informes necesarios por medio de las notas respectivas. Las componentes se dan —siempre con sus variantes (§ 12-19)— en orden alfabético según la ortografía ibérica, y cada una (incluso las variantes) tiene su número que figura en la columna 1. En las columnas 3 y 5 se pone el primer o el segundo componente respectivamente que está combinado con el segmento de la columna 4: el número de este componente adicional aparece en la columna 2.

Quedan pocos casos que no se integren en este sistema: para nombres no compuestos que no llevan sufijo (ejemplo único: **Beles 25**,

v. abajo § 23) el segundo número se reemplaza por «Ø», para nombres sufijados (§ 23) por «suf», y en los pocos testimonios de nombres fragmentados que he acogido en la lista, que pone «frg» en lugar del número correspondiente. Dentro de las columnas 3 a 5 se añaden —cuando existe— los elementos intercalados (v. § 20-22) y el sufijo **-in** que caracterizan los nombres de mujeres.

6. Las columnas siguientes, 6 y 7, informan sobre la procedencia del testimonio, citando la publicación y el lugar de hallazgo o la unidad tribal que se menciona en el bronce de Ascoli o en otras inscripciones latinas; todas las referencias y abreviaturas se explican en el apéndice. Cuando mi texto no coincide con el de las publicaciones citadas, mis lecturas se fundan en la autopsia de los monumentos epigráficos.

7. Las letras de la columna 8 indican el valor del testimonio. A se atribuye a formas que deben ser consideradas como antropónimos sin ninguna duda, obedeciendo a las condiciones siguientes:

1. nombres que aparecen en inscripciones latinas;
2. nombres de magistrados sobre monedas;
3. secuencias de tres o cuatro sílabas que son inscripción única sobre cerámica o sobre piedra, seguidas por **-mī**, **-ar-mī** o **-en-mī**;
4. palabras del plomo de Palamós a las cuales sigue la palabra **-batir**;
5. muy contadas condiciones más para las cuales se da la motivación en las notas respectivas.

8. La letra **B** califica los testimonios que por su estructura no contradicen para ser clasificados como antropónimos, y para los cuales hay buenos argumentos contextuales que apoyan una tal clasificación sin excluir definitivamente otras interpretaciones:

1. inscripciones sobre cerámica, de tres o cuatro sílabas sin sufijo o con sufijos distintos de los mencionados bajo **A 3**;
2. palabras que aparecen sobre piedras sepulcrales al lado del formulario conocido de tales inscripciones;
3. palabras de tres o cuatro sílabas que aparecen sobre los plomos «pequeños». (C. O. 1, C. O. 2, G. 1. 5 y G. 1. 6.), siempre al lado de cifras y a veces provistas de los sufijos **-(i)ka** o **-e**;
4. palabras de la misma estructura que constituyen la última línea de un texto largo (sobre plomo) dando la sensación de ser la «firma» de una autoridad que ha hecho escribir el texto en cuestión;
5. las palabras de la cara **A** del plomo de Enguera que parece dar una lista de antropónimos;
6. otros casos particulares que se explican en las notas.

9. La categoría **C** la constituyen palabras que son compuestos de dos componentes que pertenecen cada una al repertorio de los compo-

nentes onomásticos definido por los testimonios que pertenecen a los grupos A o B de nuestra clasificación, sin que el contexto hable en favor de que se trate de un antropónimo. La gran mayoría de los testimonios calificados por C se encuentra en los grandes textos sobre el plomo y sobre cerámica pintada de Liria. A veces vienen acompañados por ciertos sufijos —*-ka, -te, -ai, -u* y otros— que por cierto no tienen ningún valor autónomo como argumento para la semántica de las palabras en cuestión.

10. En la columna 9 se remite a las notas: la N dice que la nota se cita por la secuencia de números al inicio del mismo renglón, la n significa que la nota se encuentra bajo los mismos números en orden inverso.

11. La última columna menciona los sufijos pertinentes que se encuentran junto con los nombres citados.

Las variantes

12. Al registrar los componetes onomásticos ibéricos como entradas del léxico de esta lengua, inevitablemente se plantea el problema de las variaciones: ¿qué diferencias corresponden a distintas entidades del léxico? ¿cuáles son las que sirven para variar una tal entidad, sea en función morfológica sea para adaptarla en su contexto fonético? Hay que abordar la cuestión a tres niveles distintos, siempre teniendo presente que todas respuestas están condenadas a ser provisionales y a veces arbitrarias hasta que no sepamos más sobre la gramática de la lengua ibérica.

13. Seguramente hay un nivel de variaciones puramente gráficas, (p. e., 5-113, 7-114, 25-30, 50-114, 95-114). Con tales fenómenos se (33), la omisión facultativa de las letras *n, s* y *r* delante de oclusivas, sobre todo en la ortografía arcaica de Ullastret, Pontós y Palamós (p. e. 5-113, 7-114, 25-30, 50-114, 95-114). Con tales fenómenos se relacionan las numerosas dudas que surgen por la trasposición de palabras indígenas a la escritura latina, y que se manifiesta en el cambio entre *e* e *i*, entre letras para oclusivas sordas con otras para oclusivas sonoras. Es bien conocido la correspondencia entre el grupo *-lt-* ibérico y la *ll* doble en la ortografía latina, y me parece muy probable la identificación, debida a J. Vallejo, de la secuencia ibérica *m̄bar* con *Umar* en inscripciones latinas. Hay que mencionar, además, las abreviaturas gráficas por falta de espacio (p. e. 20-33, 63-74, 99-109).

14. En un segundo nivel hay que tratar los reflejos de procedimientos fonéticos. Contamos con ciertas asimilaciones, p. e. de *r* a *l* (36-72, 72-85) de *e* a *a* [(p. e., 20-26, 24-114, 25-18)] tenemos *esker* en

lugar de *isker* cuando el componente anterior termina en *-un* (56-4, 56-54), y las soluciones distintas que se observan para el nexa *-n+b-*: en la escritura ibérica a menudo aparece *nb* (p.e. 8-22, 8-25, 36-96, 38-15), a veces sólo *b* (14-25, 14-27, 25-54, 125-30, 125-32), en la ortografía latina casi siempre (excepto 76-25) se escribe *m* en lugar de *nb*. Observamos fenómenos de contracción de vocales (p. e. 54-18, 46-89, 57-127) y la omisión de una *i* (16-89, 50-85, 56-105). Podríamos añadir, aquí, los casos donde una sílaba desaparece por haplogía (1-11, 8-74, 20-60, 48-96).

15. El tercer nivel viene constituido por las variaciones morfológicas que son —mucho más que los niveles anteriores— expuestas a dudas y a decisiones mal fundadas. Se ofrecen dos criterios de valor muy desigual que prometen una base para agrupar distintas formas como variantes de una entidad léxica.

16. El primer criterio sería la distribución de ciertas formas entre las dos posiciones en el nombre compuesto, -p. e.: *aun* (16), *betan* (28) y *iaun* (49) aparecen en el segundo lugar de compuestos mientras que *auí*, *betar* y *iaur* funcionan como miembros iniciales; en cambio, *aií* (3) e *istar* (57) ocupan la segunda posición mientras que *ain* e *istan* son atestiguados como primeros componentes. Pero abundan los casos donde no se observa una tal distribución, y por lo demás, por la escasez de nuestro material resulta muy provisional toda conclusión de esta índole.

17. Mejor aplicable pero de ninguna manera más fidedigno es el criterio de la recurrencia, es decir, el hecho de que varias oposiciones de tipo formal vuelven a aparecer en varios pares de formas. En los cuadros que siguen he reunido tales ejemplos para motivar las agrupaciones que se encontrarán en la lista principal. Pero hay que tener presente que ninguno de estos cotejos puede servir de prueba definitiva para una variación morfológica y que mis cuadros están muy lejos de ser exhaustivos: hay muchas posibilidades más que merecen ser consideradas en este conjunto y que pueden ganar o perder crédito con el aumento de nuestro *corpus* de inscripciones ibéricas y latinas.

18. 1. cambio entre *n* y *r* (y vocal).

3	ain	aií
16	aun	auí
28	betan	betar (cp. 29 betés , 30 betin)
46	eten	eter ete
49	iaun	iauí
54	iltun	iltur iltu

57	istan	istar
60	kaltun	kaltur
88	seken	seken(sekel: v. núm. 88-frg)
con cambio adicional de vocal		
43	elan	eleń

2. cambio entre vocal y r.

8	an	anar
18	baise	baiser
19	bala	balar
20	balke	balkar
51	ike	iker
59	kaku	kakeń
62	kertu	kertar
99	talsku	talskar
127	urke	urkar

3. cambio entre vocal y s.

50	ibe(i)	ibe(i)s
67	końi	końis
72	lako	lakos(cp. 71 lakeń)
115	tiki	tikis(cp. 114 tikir)
119	turi	turi(i)s

4. cambio entre s y r (y vocal).

7	alos	alor	alo(v. núm. 7-114)
11	ańkis	ańker	ańki
31	bikis	bikir	biki
62	kitas	kitar	

5. cambio entre a y e/i.

20	balka	balke(cp. núm. 20-60)
56	iskar	isker
67	końa	końi
79	nas	nes(cp. núm. 79-83¹)
112	tibań	tibeń
113	tikan	tiken

6. cambio entre e/i y o/u.

45	ekes	ekoś
55	inte	intu
90	sike	siko
91	sine	sino
118	tueiti	tuitu

7. cambio entre in y un.

83	ortin	ortun
96	sosin	sosun

19. Una situación particular se da con respecto a **beles**: esta forma aparece en 21 testimonios, una vez sola (25-Ø, 7 veces en el primer lugar, 13 veces en el segundo lugar de un nombre compuesto; en segundo lugar se encuentran, además, 6 ejemplos de la forma abreviada **bels** (en escritura ibérica con **s**, no **ś** como **beles**); y en fin, tenemos, también en segunda posición, una variante aumentada por **-er**, **belser** (25-87).

Segmentos intercalados

20. La inscripción sobre plomo recientemente hallada en la comarca de Enguera muestra dos variantes de un nombre compuesto que se diferencian por un elemento **-ke-** que aparece entre los dos componentes del antropónimo: **oto-iltir** y **oto-ke-iltir** (84-53); y en el mismo documento encontramos el nombre **tueiti-ke-iltun** (118-54) que muestra los elementos onomásticos **tueiti-** (variante de **tuitu**: v. arriba § 18) e **iltun** más el segmento **ke** entre ellos.

21. Aunque no conocemos la función de este segmento, su existencia nos anima a buscar una interpretación parecida con respecto a otros antropónimos compuestos. Son, primero, unos complejos con cinco sílabas, **aiunibaiser** (4-18) **tasbarikibas** (98-63) y **tuituiboren** (118-39), cuyas terceras sílabas presentan una **i** que no pertenece ni al primer componente ni al segundo. La misma vocal **i** se ve en tres antropónimos cuyos primeros miembros sólo tienen una sílaba: **ain-i-beles** (3-25), **basi-i-balkar** (21-20) y **san-i-belser** (87-25). No me parece desviado suponer que la **i** sirve de «elemento separador» («Bindevo-kal») con la finalidad de facilitar ciertas secuencias fonéticas: tal vez no es casual que en cinco de los seis nombres, el segundo componente empiece por **b**, y que en tres casos el primer miembro termina en **n** que suele asimilarse a **b** (v. arriba § 14).

22. Algo diferente es el caso de **balkesbaiser** (20-18) y **selkisiltun** (89-54): **balkes** y **selkis** son los únicos testimonios con la **s** final

frente a 13 testimonios de **balke** y de 7 de **selki**. Este hecho induce a la hipótesis de que esta **s** sea también un elemento intercalado opcional que no sirva para variar los elementos onomásticos si no funciona como fonema separador en el procedimiento de la composición.

Nombres «cortos» («Kurznamen»)

23. Igual que en otros sistemas antroponímicos que se basan en nombres compuestos, la antroponimia ibérica utiliza al lado de nombres bimembres («Vollnamen») otros tantos que sólo constan de un componente (único ejemplo indudable: **Beles 25-Ø**), o en un componente aumentado por un sufijo, tal vez de valor hipocorístico. Desde luego, tales nombres sólo se identifican en contextos inequívocos (nuestro tipo A) y por eso, no es extraño que todos los ejemplos indudables vengan del repertorio de la **turma Salluitana**: son **Biurno** que se integra perfectamente en el léxico onomástico ibérico, y otros siete más que no contradicen a una tal interpretación aunque el análisis propuesto, aquí abajo, no es el único posible. Parece que hay tres tipos de sufijos:

1. con oclusiva dental: **Agerdo** (5)
Burdo (39)
Elandus (43)
***Tarbantu** (104)
2. con oclusiva velar: **Austinco** (17)
3. sufijo con nasal: **Biurno** (36)
Gurtarno (70)
Turinnus (119)

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
1	11		abaf	(af)kis	C.4.1	Palamós	A	N	-batir
	114		abaf	tikef	B.7.37	Pech Maho	C		
	127	ofkei	abaf		F.9.6	Orleyl	C	n	
2	127	ufkañ	ailur		F.21.1	Enguera	B		
3	25		*ain-i	beleñ	II 3621	Játiva	A	n	
	25	beleñ	aif		F.7.1	Solaig	C	N	
4	56		aiun	eskeñ	E.1.308	Azaila	B	n	
	18		aiun-i	baiser	F.11.1	Sagunto	B	N	
5	31		aker	bikir	C.2.8	Ullastret	C	N	
	79		*akir	nes	T.Sall	Segiensis	A		
	112		akir	tibañ	C.4.1	Paiamós	A		-batir
	113		*aki	tikem	C.2.9	Ullastret	B	N	
	suf		aker	to	TSall	Segiensis	A	N	
6	79		*albe	nes	TSall	Sucons.	A	N	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
7	27		alof	befi	C.4.2	Palamós	C		
	54		alof	iltun	D.10.1	Fraga	B	n	
	115		alof	tikis	E.2.1	Lécera	B		
	117		aluf	tileis	C.3.1	Pontós	C		
	83		alos	órtin	B.1.254	Ensérune	A		-ar-mi
	112		alos	tibaś	B.1.35	Ensérune	B		
	112		alos	tibaś	B.1.274	Ensérune	B		
	114		alo	tikef	C.3.1	Pontós	C	N	-ei
8	22		an	baśto[B.1.164	Ensérune	B	n	
	25		an	bels	B.1.40	Ensérune	B		
	99		an	talskar	C.18.5	Tarragona	B		
	58	kaisur	anar		C.0.1	prov. Tarr.	B	N	-ika
	74	* lusb(an)	anar		T.Sall	Segiensis	A	N	
9	79		* afa	nes	T Sall	Segiensis	A		
10	56		arbi	(i)śkaf	E.3.4	Oliete	B	N	
	56		* arbi	(i)śkaf	TSall	Segiensis	A		
	58		arbi		F.13.2	Liria	C		-tan
11	39		afke	bof	C.17.2	Els Monjos	B		
	50		afki	(i)beś	F.13.15	Liria	C		
	96		afki	sosin	F.20.2	Yátova	C		-ka
	96		afki	sosin	F.20.3	Yátova	C		
	112		afki	tibaś	B.1.14	Ensérune	B		-ar
	114		afki	tikef	F.6.1	Castellón	C		ai-kas
	1	ab(af)	afkis		C.4.1	Palamós	A	n	-batir
	53	iltir	afker		A.6	Ampurias	A		
	72	latu	afkis		C.4.1	Palamós	A		-batir
12	61		afs	kefe	B.1.31	Ensérune	B		
	68		ars	kofo	F.11.25	Sagunto	C		-ite
13	96	* sosin	asai		TSall	Segiensis	A		
14	25		atan(n)	bels	A.6	Ampurias	A	N	
	27		Ata(n)	bef	F.9.7	Orleyl	C	n	-ai
	56		* atan	(i)skef	TSall	Begensis	A		
15	24		atin	belaur	C.18.5	Tarragona	B		
	25		* atin	bels	TSall	Enneg.	A	N	
	25		* atin	bels	TSall	Libensis	A	n	
	33		atin	bin	B.1.16	Ensérune	B		
	33		atin	bin	B.7.36	Pech Maho	C		
	38		atin	bonés	C.4.1	Palamós	A		-batirs
	40		atin	boś	B.7.37	Pech Maho	C		
	39		atin	buf	B.7.34	Pech Maho	C		-ikei
	61		atin	kefe	B.7.34	Pech Maho	C		
	63		* atin	kibaś	TSall	Salluit.	A		
	18	* bais(e)	atin		L.33.44	Hispanus	A	N	
	20	balke	atin		F.11.3	Sagunto	B		
	20	balke	atin		F.11.11	Sagunto	B		-e
	20	balke	atin		F.11.12	Sagunto	B		-ta-e
	20	* balki	atin		TSall	Illuers.	A		

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	51	ike	atin		C.11.1	Rubí	B		
	53	iltir	atin		A.100	Obulco	A		
	54	iltur	atin		E.1.1	Azaila	A		
	56	isker	atin		A.100	Obulco	A		
	75	*nalbe	aten		TSall	Segiensis	A		
	78	neřse	atin		F.11.11	řagunto	B		
	85	sakař	atin		F.17.2	Los Villares	B	N	-te
	96	*sosi	aten		TSall	Segiensis	A		
	101	tane	atin		II 3790	Lřia	A	N	
	120	*turkir	atin		II 2970	Sofuentes	A		
	122	*uise	atin		II 4450	Tarragona	A		
	127	ufke	atin		E.6.3	Alt. Chacon	B		
16	33		auf	bim	C.4.1	Palamós	A		-batir
	125		auf	unin	C.10.1	St.* Perpet	B	N	-ki-ka
	22	*bastok	aun-in		II 6144	Tarrasa	A	N	
	125	unin	aun-in		II 3302	Castulo	A	N	
	89	řelk(i)	aun		TSall	Jucensis	A	N	
17	suf		*austin	Ko	TSall	Salluit.	A	N	
18	15		*bais(e)	atin	L.33.44	Hispanus	A	n	
	32		baise	bilos	C.1.5	Ampurias	C		
	54		baise	(i)ltum	F.20.1	Yátova	C	n	-u-te
	54		baise	(i)ltun	F.20.3	Yátova	C	N	-ka,-te
	56		*bais(e)	iskeř	II 3221	Oretanus	A	N	
	80		baise	nios	C.0.2	prov. Tarr.	B		-ka
	106		baise	tař	F.14.1	Sinarcas	B		
	4	aiun-i	baiser		F.11.1	řagunto	B	N	-te
	20	balke-s	baiser		C.5.1	Mont Palau	B	n	
	25	belař	baiser		D.10.1	Fraga	B		
	101	*tane(k)	baiser		II 5840	Puebla d. C.	A	N	
	frg	* es	baiser		TSall	ucensis	A	N	
19	62		bala	kertař	E.1.65	Azaila	B		
	121	torton	balaf		C.20.1	Penya d. M.	C		
20	60		balka	kaltuř	A.33	řagunto	A	N	
	60		balka	(ka)ltur	A.33	řagunto	A	N	
	15		balke	atin	F.11.3	řagunto	B		
	15		balke	atin	F.11.11	řagunto	B		-e
	15		balke	atin	F.11.12	řagunto	B		-ta-e
	15		*balki	atin	TSall	Illuers.	B		
	18		balke-s	baiser	C.5.1	Mont Palau	B	N	
	33		*balki	bil(os)	T.Sall	Illuers	A	n	
	36		balke	biuř	F.6.1	Castellón	C		-ai-es
	56		balke	(i)skar	B.1.60	Ensérune	B		
	72		balke	lakoř	F.7.1	El Solaig	C		
	72		balke	laku	F.7.1	El Solaig	C		
	80		balke	nios	F.20.2	Yátova	B		-ka
	106		balke	tař	F.20.2	Yátova	B	N	
	125		balke	uni	F.13.18	Lřia	C		
	21	bas-i	balkar		F.14.1	Sinarcas	C	N	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	32	bilos	balkar		E.1.372	Azaila	B		-ka-is
21	20		bas-i	balkar	F.17.1	Sinarcas	C	N	
	50		bas	ibeś	G.1.5	Alcoy	B		-ka
	53		*bas	iltir	G.1.1	Alcoy	C	n	
	105		baś	taftin	E.1.308	Azaila	B		-e
	25	beleś	baś		B.7.34	Pech Maho	C		
	32	bilos	baś		C.4.1	Palamós	B		-ka-te
	43	elef	baś		B.9.1	Elne	B		
	53	iltif	baś		C.2.11	Ullastret	B		
	110	*teita	baś		BContr.	Allavon.	A		
	119	*turi	baś		BContr.	Allavon.	A		
	127	urke	bas[F.13.3	Liria	C	N	
22	16		bastok	aun-in	II 6144	Tarragona	A	N	
	65		basto(k)	kitaś	F.4.1	Coves d. V.	B		
	65		*basto(k)	kitas	TSall	Libensis	A		
	8	an	baśto[B.1.164	Ensérune	B	N	
23	53		bekon	iltif	F.13.17	Liria	C		
	54		bekon	iltun	F.21.1	Enguera	B	N	
	64		bekon	kine	F.20.1	Yátova	C		
	114		bakon	tekeś	C.4.1	Palamós	C	N	
	frg]bekon		F.11.4	Sagunto	B	N	-e
24	15	atin	belauf		C.18.5	Tarragona	B		
	69	kuleś	belauf		F.20.1	Yátova	C		-te
	71	lakeś	belauf		D.4.1	Sorba	B		
	114	tikirs	belauf		C.4.2	Palamós	A	N	-ar-mi
25	Ø		*beleś		TSall	Enneg.	A	N	
	3		beleś	aiś	F.7.1	El Solaig	C	n	
	18		belas	baiser	D.10.1	Fraga	B	N	
	21		beleś	baś	B.7.34	Pech Maho	C		
	30		beleś	beti(n)	C.4.1	Palamós	A	n	-batir
	34		beleś	biś	F.9.3	Orleyl	C		
	79		*beleś	nes	TSall	Sucons.	A	N	
	86		beleś	(s)akin	F.9.7	Orleyl	C	n	-e-ai
	103		beleś	tar	F.7.1	El Solaig	C		
	3	*ain-i	beleś		II 3621	Játiva	A	N	
	45	*esto	beleś		TSall	Salluit.	A	N	
	49	*iaur	beleś		HAE.496	Guisona	A		
	52	ikoś	beleś		A.33	Sagunto	A		
	54	iltu(n)	beleś		E.8.1	Iglesuela	B		
	55	inte	bele[ś		F.11.7	Sagunto	B		
	55	*inti	beleś		L.22.21	Ilerdens.	A		
	56	iskeś	beleś		A.6	Ampurias	A		
	76	*neitin	beleś		II 6144	Tarrasa	A		
	83	*ortun	beleś		TSall	Enneg.	A		
	121	*turtun	beleś		TSall	Begensis	A	N	
	123	ulti	beleś		C.1.10	Ampurias	B		
	124	*m̄baś	beleś		TSall	Enneg.	A	N	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	8	an	bels		B.1.40	Ensérune	B	N	
	14	ata(n)	bels		A.6	Ampurias	A	n	
	15	* atin	bels		TSall	Enneg.	A	n	
	15	* atin	bels		TSall	Libensis	A	n	
	20	* bena	bels		TSall	Segiensis	A		
	31	biki	bels		C.2.23	Ullastret	B		
	87	* san-i	belser		TSall	Salluit	A	n	
26	25		* bena	bels	TSall	Segiensis	A		
27	7	alof	befi		C.4.2	Palamós	C		
	14	ata(n)	bef		C.4.2	Palamós	C		
	48		bef(i)	ian	F.11.10	Sagunto	B		
	124		befei	mbar	F.13.6	Liria	C		
	108	taška	bef		D.11.3	Sosés	C	n	
28	114		betar	tiker	F.11.3	Sagunto	B	N	
	85	sakař	betan		E.9.1	Benasal	A		
29	66		beteš	kon	C.2.22	Ullastret	B	n	
30	25	beleš	beti(n)		C.4.1	Palamós	A	N	-batir
	36	biuř	betin		C.2.17	Ullastret	B		
	85	sakař	betin		B.7.31	Pech Maho	B		
	91	sine	betin		F.6.1	Castellón	C		
	125	uni	betin		B.1.22	Ensérune	B		
31	25		biki	bels	C.2.23	Ullastret	B		
	53		biki	(i)ltiř	C.2.3	Ullastret	C	n	-s-te
	72		biki	lako	B.1.13	Ensérune	B		
	5	aker	bikir		C.2.8	Ullastret	C		
	53	iltiř	bikis		F.5.1	Cabanes	B		-en
32	20		bilos	balkar	E.1.372	Azaila	B		-ka-is
	21		bilos	baš	C.4.1	Palamós	B		-ka-te
	33		bilos	bim	C.4.1	Palamós	A		-batir
	33		bilos	bin	B.7.36	Pech Maho	C		
	38		bilos	boneš	C.4.1	Palamós	A		-batir
	40		bilos	bos	B.1.64	Ensérune	B		-te
	54		* bi(l)os	iltun	G.1.3	Alcoy	C	N	
	61		bilos	kefe	D.12.2	Binéfar	C		
	61		* bilos	K eře	G.1.3	Alcoy	C		
	114		bilos	tekeř	F.17.4	Los Villares	C		
	112		bilos	tibaš	B.7.34	Pech Maho	C		
	112		bilos	tibaš	B.7.35	Pech Maho	C		
	112		* bilus	tibaš	TRall	Salluit.	A		
	113		bilos	tiken	C.11.12	Rubí	B	N	-ar
	115		bil o s	tikis	F.7.35	Pech Maho	C		
	18	baise	bilos		C.1.5	Ampurias	C		
	20	* balki	bil(os)		TSall	Illuers.	A	N	
	46	eten	bilos		F.17.1	Los Villares	C		
	62	* kertu	belus		L.28.20	Castulo	A	N	
	67	* kofi	bilos(s)		L.35.22	Licabrum	A	N	
	96	* sosin	bilós		II 3295	Castulo	A	N	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	96	* sosin	bilus		TSall	Segiensis	A	N	
	96	* sosun	bilos		S.9.358	Denia	A	N	
	99	talsku	bilos		B.1.29	Ensérune	B		
	125	uni(n)	belj		C.2.5	Ullastret	C	N	
33	15	atin	bin		B.1.16	Ensérune	B		
	15	atin	bin		B.7.36	Pech Maho	C		
	16	auf	bim		C.4.1	Palamós	A		-batir
	32	bilos	bim		C.4.1	Palamós	A		-batir
	32	bilos	bin		C.7.36	Pech Maho	C		
	48	ian	bin		F.11.4	Sagunto	B		
	56	ij skef	bin		B.1.14	Ensérune	A	N	-ar-mi
	114	tikirs	bin		B.7.34	Pech Maho	C		
	114	tikirs	bin		B.7.36	Pech Maho	C		
34	25	beleś	bif		F.9.3	Orleyl	C		
	112	tibaś	bir		C.2.21	Ullastret	B		
35	63		bitu	kibaś	B.1.63	Ensérune	B		
	64		betu	kine	F.17.2	Los Villares	C	N	-te
	53		bitu		F.13.2	Liria	C		
36	30		biuf	betin	C.2.17	Ullastret	B		
	38		biuf	boneś	C.2.3	Ullastret	C		
	39		biuf	bof	B.1.3	Ensérune	B		
	61		biuf	kefe	C.1.9	Ampurias	B		-(e)n
	72		biuf(f)	lakos	A.33	Sagunto	A	N	
	suf		* biuf	no	TSall	Segiensis	A	N	
	100		biuf	tan	B.1.322	Ensérune	B		
	101		biuf	tanek	E.1.322	Azaila	B	n	-e
	111		biuf	tetel	E.1.375	Azaila	B		
	111		biuf	tetel	E.1.376	Azaila	B		
	112		biuf	tibeś	C.2.4	Ullastret	C	n	
	115		biuf	tiki	F.9.3	Orleyl	C		
	20	balke	biuf		F.6.1	Castellón	C		-ai-es
	57	* istan	biuf		S.9.329	Linares	A	N	
	96	sosin	biuf		F.6.1	Castellón	C		-u
	119	tufś	biuf		C.1.12	Ampurias	B		-ar
37	93	śitu	bolai		A.100	Obulco	A		
	118	tuitu	bolai		A.100	Obulco	A		
38	15	atin	boneś		C.4.1	Palamós	A		-batir
	32	bilos	boneś		C.4.1	Palamós	A		-batir
	36	biuf	boneś		C.2.3	Ullastret	C		
	90	sike	boneś		G.1.6	Alcoy	B		-ka
39	suf		* bur	to	TSall	Enneg.	A		
	11	afke	bof		C.17.2	Els Monjos	B		
	15	atin	buť		B.7.34	Pech Maho	C		-ikei
	36	biuf	boť		B.1.3	Ensérune	B		
	51	eike	boť		E.3.1	Oliete	A	N	-en-mi
	69	kuleś	buť		B.7.35	Pech Maho	C		-ka
	89	selki	boť		B.7.34	Pech Maho	C		

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	118	tuitu-i	boren		A.100	Obulco	A	N	
40	15	atin	boś		B.7.37	Pech Maho	C		
	32	bilos	bos		B.1.64	Ensérune	B		-te
41	112		boutin	tibaś	C.21.1	Tivisa	C		
	58	kaisur	boutin		F.13.2	Líria	C		-en
42	82		ekoś	onar	E.1.322	Azaila	B	n	
	44	* en()	ekeś		TSall	Segiensis	A	N	
43	21		elef	baś	B.9.1	Elne	B		
	suf		* elan	to-	TSall	Segiensis	A	n	
44	86		* ena	sakin	TSall	Ilerdens.	A	N	
	116		ena	tilar	C.1.5	Ampurias	C	N	
	42		* en()	ekes	TSall	Segiensis	A	n	
45	25		* esto	beleś	TSall	Salluit.	A	n	
46	32		eten	bilos	F.17.1	Los Villares	C		
	55		eter	intu	F.11.10	Sagunto	B		
	90		ete	śike	E.1.124	Azaila	A		-mī
	89	selki	(e)tef		B.1.24	Ensérune	B		-ar
47	53	iltir	eur		A.100	Obulco	A		
48	33		ian	bin	F.11.4	Sagunto	B		
	27	beś(i)	ian		F.11.10	Sagunto	B		
	96	sosi(n)	(i)an		C.7.4	Mataró	B	N	
49	25		* iaur	beleś	HAE.496	Guisona	A		
	60	* kultur	iaun-in		II 3350	Jódar	A		
	94	* soket	iaun-in		S.8.239	Castulo	A	N	
50	95		ibeś	(ś)or	B.1.25	Ensérune	B		
	114		ij bei(s)	tiket	C.4.1	Palamós	A	N	-batir
	11	afk(i)	ibeś		F.13.15	Líria	C		
	21	bas	ibeś		G.1.5	Alcoy	C		-ka
	86	* sakar	(i)beś		G.13.1	Cigarralejo	C	N	
	95	sor	ibeis		F.21.1	Enguera	B		
51	15		ike	atin	C.11.1	Rubí	B		
	39		eike	boś	E.3.1	Oliete	A	N	-en-mī
52	25		ikoś	beleś	A.33	Sagunto	A		
	56		ikoś	iskeś	F.21.1	Enguera	B		
	106		ikoś	taś	A.35	Játiva	A		
	106		ikoś	tas	F.20.3	Yátova	C		-te
	112		ikoś	tibaś	B.1.269	Ensérune	B		
	59	kakeś	ikoś		F.2.4	San Mateo	A		-mī
	104	tafban	ikoś		F.2.2	Canet l. R.	A		-mī
53	11		iltif	afker	A.6	Ampurias	A		
	15		iltir	atin	A.100	Obulco	A		
	21		iltif	baś	C.2.11	Ullastret	A		
	31		iltif	bikis	F.5.2	Cabanes	B		-en
	35		iltif	bitu	F.132	Líria	C		
	47		iltif	eur	A.100	Obulco	A		
	114		iltif	tikeś	B.7.35	Pech Maho	C		
	114		* ijltir	tikeśf	G.9.1	Campello	B	N	-en

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	21	* bas	iltif		G.1.1	Alcoy	C	N	
	23	bekon	iltif		F.13.17	Liria	C		
	31	bik(i)	iltif		C.2.3	Ullastret	C	N	-s-te
	71	* lakef	iltif		II 4625	Bastitan.	A	N	
	79	* nes	iltif		TSall	Ilerdens.	A	N	
	84	oto	iltif		F.21.1	Enguera	B	N	
	119	tufés	iltif		B.7.35	Pech Maho	B	N	
	119	tufés	iltif		B.7.36	Pech Maho	C		
54	15		iltur	atin	E.1.1	Azaila	A		
	25		iltu(n)	beleś	E.8.1	Iglesuela	B		
	56		iltun	eśker	E.6.3	Alto Chacon	B		
	106		iltu	taś	F.14.1	Sinarcas	B		
	112		+iltur	tibaś	TSall	Salluit.	A		
	7	alof	iltun		D.10.1	Fraga	B	N	
	18	baise	(i)ltun		F.20.1	Yátova	C	N	-u-te
	18	baise	(i)ltun		F.20.3	Yátova	C	n	-ka,-e
	23	bekon	iltun		F.21.1	Enguera	B	n	
	32	* bi(l)os	iltun		G.1.3	Alcoy	C	n	
	56	iske	iltun		F.21.1	Enguera	B	n	
	77	nefe	iltun		F.11.6	Sagunto	B	n	
	89	selki-s	iltun		F.21.1	Enguera	B		
	118	tueiti-ke	iltun		F.21.1	Enguera	B	n	
	124	* m̄bař	iltun		TSall	Libensis	A	n	
	125	(un)i	iltun		C.0.2	prov. Tarrag.	B		
	127	urka	iltu		A.100	Obulco	A		
	127	* urka	ilt(u)		II 1087	Alc. d. Río	A	N	
55	25		inte	beleś	F.11.7	Sagunto	B		
	25		* inti	beleś	L.22.21	Ilerdens.	A		
	46	eter	intu		F.11.10	Sagunto	B		
56	15		isker	atin	A.100	Obulco	A		
	25		iskef	beleś	A.6	Ampurias	A		
	33		ijskef	bin	B.1.14	Ensérune	A	n	-ar-m̄i
	54		iske	iltun	F.21.1	Enguera	B	N	
	4	aiun	eśkeř		E.1.308	Azaila	B	N	
	10	arb(i)	iśkař		E.3.4	Oliete	B		
	10	* arb(i)	iśkař		TSall	Segiensis	A		
	14	atan	(i)skeř		TSall	Begensis	A		
	18	* bais(e)	iskeř		II 3271	Oretanus	A	n	
	20	balke	(i)skar		B.1.60	Ensérune	B		
	52	ikoř	iskeř		F.21.1	Enguera	B		
	54	iltun	eśker		E.6.3	Alto Chacon	B	N	
	85	sakař	iskeř		F.13.2	Liria	C		
	85	* sakař	iskeř		G.1.1	Alcoy	A	N	-ar-m̄i
	85	* sakař	iskeř		A.97	Castulo	A	n	
	89	selk(i)	iskeř		F.21.1	Enguera	B		
	101	* tanek	iskeř		II 3794	Otobesan.	A	N	
	105	tařtin	(i)skeř		G.8.2	Benidorm	B		
	127	ufke	(i)skeř		G.1.4	Alcoy	C		

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
57	36		* istan	biur	S.9.329	Castulo	A	n	
	127	* ufke	(i)star		II 2067	Ilurcon.	A	N	
58	8		kaisur	anáf	C.0.1	Prov. Tarrag.	B		-ika
	10		kaisur	arbi	F.13.2	Líria	C		-tan
	41		kaisur	boutin	F.13.2	Líria	C		-en
59	52		kakef	ikof	F.2.4	San Mateo	A		-mi
	96		* kaku	susin	TSall	Bagarens.	A		
60	49		* kultur	iaun-in	II 3350	Jódar	A		
	20	balka	kaltur		A.33	Sagunto	A	n	
	20	bal(ka)	kaltur		A.33	Sagunto	A	n	
	101	* tane(k)	Kaltun		II 4040	Borriol	A	N	
61	12	ařs	kefe		B.1.31	Ensérune	B		
	15	atin	kefe		B.7.34	Pech Maho	C		
	32	bilos	kefe		D.12.2	Binéfar	C		
	32	* bilos	ke[f]e		G.1.3	Alcoy	C		
	36	biur	kefe		C.1.9	Ampurias	B		-en
	69	kuleř	keré		B.7.34	Pech Maho	C		
	69	kuleř	kefe		B.7.35	Pech Maho	C		
	127	ufke	kefe		F.6.1	Castellón	C	N	-fe
62	32		* kertu	belus	L.28.20	Castulo	A	N	
	19	bala	kertař		E.1.65	Azaila	B		
63	65		kibas	kitar	G.1.6	Alcoy	C	N	
	15	* atin	kibař		TSall	Salluit.	A		
	35	bitu	kibař		B.1.63	Ensérune	B		
	74	* lusban	kib(ař)		TSall	Segiensis	A	N	
	107	tasbar-i	kibař		E.1.337	Azaila	B		
	124	* mbar	kibař		TSall	Segiensis	A	N	
64	23	bekon	kine		F.20.1	Yátova	C		
	35	betu	kine		F.17.2	Los Villares	C	n	-te
65	22	basto(k)	kitař		F.4.1	Coves d. V.	B		
	22	* basto(k)	kitas		T.Sall	Libensis	A	N	
	63	kibas	kitar		G.1.6	Alcoy	C	n	
66	29	beteř	kon		C.2.22	Ullastret	B	N	
	109	tautin	kon		E.4.4	Alloza	C	N	
67	92		kořa	siř	C.0.1	prov. Tarr.	B	n	-en
	32		* kofi	bil(o)s	L.35.22	Licabrum	A		
	109	tautin	kofs		F.20.2	Yátova	C		
	126	unti	koriř		B.1.133	Ensérune	A	N	-ar-mi
68	51		koro	iker	C.2.5	Ullastret	C		
	115		* koro	tiki	C.1.9	Ampurias	B	N	-mi
	12	ars	kofo		F.11.25	Sagunto	B		-ite
69	24		kuleř	balaur	F.20.1	Yátova	C		-te
	39		kuleř	buř	B.7.35	Pech Maho	C		
	61		kuleř	kefe	B.7.34	Pech Maho	C		
	61		kuleř	kefe	B.7.35	Pech Maho	C		
	92		kuleř	(s)iř	B.7.35	Pech Maho	C		-ike
	95		kuleř	(ř)uri	D.7.1	Sidamunt	B	n	-a

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	114		kuleś	tiker	B.7.37	Pech Maho	C		
	117		kuleś	tileis	G.8.1	Benidorm	B		
70	suf		* kurtar	no	TSall	Segiensis	A	N	
71	24		lakef	belaur	D.4.1	Sorba	B		
	53		* laker	iltif	II 4625	Bastitan.	A	n	
72	11		laku	afkis	C.4.1	Palamós	A		-batir
	88		laku	seken	F.7.2	S. Antonio	C		
	106		* laku	taś	G.13.1	Cigarralejo	C	N	
	20	balke	lakoś		F.7.1	El Solaig	C	N	
	20	balke	laku		F.7.1	El Solaig	C		
	31	biki	lako		B.1.13	Ensérune	B		
	36	biu(f)	lakoś		A.33	Sagunto	A	n	
	85	saka(r)	laku		G.1.6	Alcoy	B	N	-ka
	95	śor	laku		F.20.2	Yátova	C	N	-mi
73	114		leis	tikef	B.7.17	Pech Maho	A	N	ar-mi
	frg		leis	ke[F.11.2	Sagunto	B	N	
74	8		* lusban	(an)ar	TSall	Segiensis	A	n	
	63		* lusban	kib(as)	TSall	Segiensis	A	n	
75	15		* nalbe	aten	TSall	Segiensis	A		
	96		nalbe	sosin	C.1.6	Ampurias	C	N	
76	25		* neitin	beleś	II 6144	Tarrasa	A		
77	54		nefe	iltun	F.11.6	Sagunto	B	N	
78	15		nefse	atin	F.11.11	Sagunto	B		
	15		nefse	atin	F.11.12	Sagunto	B		
	83		nefse	ortin	C.0.1	prov. Tarr.	B		-ika
	113		nefse	tikan	F.15.1	Peña d. M.	C		
79	53		* nes	iltif	TSall	Ilerdens.	A	n	
	5	* akir	nes		TSall	Segiensis	A		
	6	* albe()	nes		TSall	Sucons.	A	n	
	9	* afa	nes		TSall	Segiensis	A		
	25	* beleś	nes		TSall	Sucons.	A	n	
	83	* orten	nas		TSall	Salluit.	A	N	
	83	* oftun	nes		Gorr. 249	Muez	A	N	
80	18	baise	nios		C.0.2	prov. Tarr.	B		-ka
	20	balke	nios		F.20.2	Yátova	C		-ka
	88	seke(n)	nios		F.9.5	Orleyl	C		-u
	89	selki	nios		F.9.7	Orleyl	C		-tai
81	114		olor	tikirs	F.11.10	Sagunto	B	N	
82	42	ekoś	onar		E.1.322	Azaila	B	N	
83	25		* oftun	beleś	TSall	Enneg.	A		
	79		* orten	nas	TSall	Salluit	A	n	
	79		* oftun	nes	Gorr. 249	Muez	A	n	
	90		ortin	seiki	C.10.1	S. Perpet.	B	n	-ka
	7	alos	ortin		B.1.254	Ensérune	B		
	78	nefse	ortin		C.0.1	prov. Tarr.	B		-ika
	frg]koś	ortin		F.2.1	Canet l. R.	B		
84	53		oto	iltif	F.21.1	Enguera	B	n	
85	15		sakať	atin	F.17.2	Los Villares	B	n	-te

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	28		sakař	betan	E.9.1	Benasal	B		-m̄i
	30		sakař	betin	B.7.31	Pech Maho	C		
	50		* sakař	(i)beś	G.13.1	Cigarralejo	C	n	
	56		sakař	iskeř	F.13.2	Liria	C		
	56		* sakař	iskeř	G.1.1	Alcoy	A	n	-ar-m̄i
	56		* sakař	iskeř	A.97	Castulo	A	N	
	72		sakař(f)	laku	G.1.6	Alcoy	B	n	-ka
	114	tikir	sakař		C.1.2	Ampurias	C		
86	25	beleś	(s)akin		F.9.7	Orleyl	C	N	-e-ai
	44	* ena	sakin		TSall	Ilerdens.	A	n	
87	25		* san-i	belser	TSall	Salluit.	A	N	
	125	uni	san		B.1.27	Ensérune	A		-m̄i
88	80		seke(n)	nius	F.9.5	Orleyl	C		-u
	72	laku	seken		F.7.2	San Antonio	C		
	108	* taska	sekeř		II 2067	Iurcon.	A	n	
	frg	* ir	sekel		TSall	Jucensis	A	N	
89	16		* s elk(i)	aun	TSall	Jucensis	A	n	
	39		selki	boř	B.7.34	Pech Maho	C		
	46		selki	(e) teř	B.1.24	Ensérune	B		
	54		selki-s	iltun	F.21.1	Enguera	B	N	
	56		selki	(i)sker	F.21.1	Enguera	B		
	80		selki	nius	F.9.7	Orleyl	C		-tai
	86		selki	sosin	F.20.1	Yátova	C		-kas
	112		se lki	tibaś	C.3.1	Pontós	C		
	frg		selki	ti	C.2.20	Ullastret	B		
90	38		sike	boneś	G.1.6	Alcoy	B		-ka
	125		sike	unin	F.11.6	Sagunto	B		
	125		siko	unin	C.1.6	Ampurias	C		
	46	ete	śike		E.1.124	Azaila	B		-m̄i
	83	ořtin	seiki		C.10.1	S. Perpet.	B	N	-ika
91	30		sine	betin	F.6.1	Castellón	C		
	114	tikir(s)	seni		F.11.10	Sagunto	B	N	
	114	* tikir(s)	sino		TSall	Salluit.	A	n	
92	67	kořa	siř		C.0.1	prov. Tarr.	B	N	-en
	69	kuleś	(s)ir		B.7.35	Pech Maho	C		-ike
93	37		śitu	bolai	A.100	Obulco	A		
94	49		* soker	iaun-in	S.8.239	Castulo	A	n	
95	50		sor	ibeis	F.21.1	Enguera	B		
	72		śor	laku	F.20.2	Yátova	C	n	-m̄i
	114		sor	tike(r)	C.4.1	Palamós	A	n	-batir
	50	ibe(ś)	śor		B.1.25	Ensérune	B		-en
	69	kule(ś)	śuri		D.7.1	Sidamunt	B	N	-a
96	13		* sosin	asai	TSall	Segiensis	A		
	15		* sosin	aten	TSall	Segiensis	A		
	32		* sosin	bilos	II 3295	Castulo	A	n	
	32		* sosin	bilus	TSall	Segiensis	A	n	
	32		* sosun	bilos	S.9.358	Denia	A	n	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
	36		sosin	biuf	F.6.1	Castellón	C		-u
	48		sosi(n)	(i)an	C.7.4	Mataró	B		
	98		sosin	tekef	F.2.3	Canet l. R.	B		
	11	afki	sosin		F.20.2	Yátova	C		-ka
	11	afki	sosin		F.20.3	Yátova	C		
	59	* kaku	susin		TSall	Bagarens.	A		
	75	nalbe	sosin		C.1.6	Ampurias	C		
	89	selki	sosin		F.20.1	Yátova	C		-kas
97	105		* suise	taften	TSall	Ilerdens.	A		
	frg		suise	[D.11.2	Sosés	B		
98	96	sosin	takef		F.2.3	Canet l. R.	B		
99	frg		talsko]	F.11.14	Sagunto	B		
	32		talsku	bilos	B.1.29	Ensérune	B		
	8	an	talskar		C.18.5	Tarragona	B		
	109	* tautin	tals(kar)		T.Sall	Sucons.	A	N	
100	36	biuf	tan		B.1.322	Ensérune	B		
101	15		* tanek	atin	II 3796	Liria	A	n	
	18		* tane(k)	baiser	II 5840	Puebla d. C.	A	n	
	56		* tanek	iskef	II 3794	Otobesan.	A	n	
	60		* tane(k)	kaltun	II 4040	Borriol	A	n	
	36	biuf	tanek		E.1.322	Azaila	B	N	-e
102	frg]in	taneés		C.10.1.	S. Perpet.	B	N	
	frg]s	taneés		C.10.1	S. Perpet.	B		
103	25	beleés	tar		F.7.1	El Solaig	C		
	123	ulti	tar		F.20.3	Yátova	C		
	127	* ufki	tar		TSall	Segiensis	A		
104	52		tafban	ikoř	F.2.2	Canet l. R.	B		
	suf		* tafban	tu	TSall	Libensis	A	N	
	109	tautin	tarban		F.20.3	Yátova	C		
105	56		taftin	(i)skef	G.8.2	Benidorm	B		
	21	bas	taftin		E.1.308	Azaila	B		-e
	97	* suise	taften		TSall	Ilerdens.	A		
106	frg		taś	ki[B.1.134	Ensérune	B	N	
	18	baise	taś		F.14.1	Sinarcas	B		
	20	balke	taś		F.20.2	Yátova	B	n	
	52	ikoř	taś		A.35	Játiva	A		
	52	ikoř	taś		F.20.3	Yátova	C		-te
	54	iltu	taś		F.14.1	Sinarcas	B		
	72	* laku	taś		G.13.1	Cigarralejo	C	n	
107	63		tasbar-i	kibaś	E.1.337	Azaila	B	N	
108	27		taśka	beř	D.11.1	Sosés	C	N	
	88		* taska	seker	II 2067	Ilurcon.	A	n	
109	66		tautin	kon	E.4.4	Alloza	C		
	67		tautin	kořs	F.20.2	Yátova	C		
	99		* tautin	tals	TSall	Sucons.	A	n	
	104		tautin	tarban	F.20.3	Yátova	C		
110	21		* teita	baś	BContr.	Allavon.	A		

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
111	36	biuf	tetel		E.1.375	Azaila	B		
	36	biuf	tetel		E.1.376	Azaila	B		
	127	*urka	tetel		II 2967	Muruzabal	A	N	
112	34		tibaś	bir	C.2.21	Ullastret	B		
	5	akir	tibaś		C.4.1	Palamós	A		-batir
	7	alos	tibaś		B.1.35	Ensérune	B		
	7	alos	tibaś		B.1.274	Ensérune	B		
	11	afki	tibaś		B.1.14	Ensérune	B		
	32	bilos	tibaś		B.7.34	Pech Maho	C		
	32	bilos	tibaś		B.7.35	Pech Maho	C		
	32	*bilus	tibaś		TSall.	Salluit.	A		
	36	biuf	tibeś		C.2.4	Ullastret	C	N	
	41	boutin	tibaś		C.21.1	Tivisa	C		
	52	ikof	tibaś		B.1.269	Ensérune	B		
	54	*iltur	tibaś		TSall	Salluit.	A		
	89	se lki	tibaś		C.3.1	Pontós	C		
	127	urke	tibaś		C.21.1	Tivisa	C	N	
113	32	bilos	tiken		C.11.12	Rubí	B		-ar
	78	nefse	tikan		F.15.1	Peña d. M.	C		
114	24		tikífs	balaur	C.4.2	Palamós	A		-ar-mi
	33		tikirs	bin	B.7.34	Pech Maho	C		
	33		tikirs	bin	B.7.36	Pech Maho	C		
	85		tikir(s)	sakaf	C.1.2	Ampurias	C		
	91		tikir(s)	seni	F.11.10	Sagunto	B	n	
	91		*tikir(s)	sino	TSall	Salluit.	A	N	
	114		tikiť	tekeť	C.2.10	Ullastret	B	N	
	1	abaf	tikeť		B.7.37	Pech Maho	C		
	7	alo	tiker		C.3.1	Pontós	C		-ei
	11	afki	tiker		F.6.1	Castellón	C		:ai-kas
	23	bakon	teker		C.4.1.	Palamós	C		
	28	betar	tiker		F.11.3	Sagunto	B		
	32	bilos	tekeť		F.17.4	Los Villares	C		
	50	i bei(s)	tike(r)		C.4.1.	Palamós	A	n	-batir
	53	iltf	tikeť		B.7.35	Pech Maho	C		
	53	*i ltif	tike[r		G.9.1	Campello	B	n	-en
	69	kuleś	tiker		B.7.37	Pech Maho	C		
	73	leis	tiker		B.7.17	Pech Maho	A	n	-ar-mi
	81	olor	tikirs		F.11.10	Sagunto	B	n	
	95	sor	tike(r)		C.4.1	Palamós	A	N	-batir
	114	tikir	teker		C.2.10	Ullastret	B	n	
	123	ulti	tekeť		F.6.1	Castellón	C		-ai-ka-se
	frg	ri	tikeť		B.7.32	Pech Maho	B		
115	7	alof	tikis		E.2.1.	Lécera	B		
	32	bil[ol]	tikis		B.7.35	Pech Maho	C		
	36	biuf	tiki		F.9.3	Orleil	C		
	68	*koro	tiki		C.1.9	Ampurias	B	n	-mi
116	44	ena	tilar		C.1.5	Ampurias	C	n	

1	2	3	4	5	6	7	8	9	10
117	7	alur	tileis		C.3.1	Pontós	C		
	69	kuleś	tileis		G.8.1	Benidorm	B		
118	37		tuitu	bolai	A.100	Obulco	A		
	39		tuitu-i	boren	A.100	Obulco	A		
	54		tueiti-keiltun		F.21.1	Enguera	B	N	
119	21		* turi	baś	BContr.	Allavon.	A		
	36		tufś	biuf	C.1.12	Ampurias	B	n	-ar
	53		tufś	iltif	B.7.35	Pech Maho	C		
	53		tufś	iltif	B.7.36	Pech Maho	C		
	suf		* turis	no-	TSall	Enneg.	A	N	
120	15		* turkir	atin	II 2970	Sofuentes	A		
121	19		torton	balaś	C.20.1	Penya d. M.	C	N	
	25		* turtun	beleś	TSall	Begensis	A	n	
122	15		* uiser	atin	II 4450	Tarragona	A	N	
123	25		ulti	beleś	C.1.10	Ampurias	B		
	103		ulti	tar	F.20.3	Yátova	C		
	114		ulti	tekeś	F.6.1	Castellón	C		
124	25		* m̄baś	beleś	TSall	Enneg.	A	N	
	54		m̄baś	iltun	TSall	Libensis	A	n	
	63		* m̄baś	kibaś	TSall	Segiensis	A	n	
	27	befei	m̄baś		F.13.6	Líria	C		
125	16		* unin	aun-in	II 3302	Castulo	A	n	
	30		uni(n)	betin	B.1.22	Ensérune	B	N	
	32		uni(n)	belo{	C.2.5	Ullastret	C	N	
	54		uni	(i)ltun	C.0.2	prov. Tarr.	B		
	87		uni	san	B.1.27	Ensérune	A		-m̄i
	16	auf	unin		C.10.1	S. Perpet.	B	n	-ki-ka
	20	balke	unij		F.13.18	Líria	C		
	90	sike	unin		F.11.6	Sagunto	B		
	90	siko	unin		C.1.6	Ampurias	C		
126	67		unti	koriś	B.1.333	Ensérune	A	n	-ar-m̄i
127	1		ofkei	abaś	F.9.6	Orleyl	C	N	
	2		ufkaś	ailur	F.21.1	Enguera	B		
	15		ufke	atin	E.6.3	Alto Chacon	B		
	21		urke	bas{	F.13.3	Líria	C		
	54		urka	iltu	A.100	Obulco	A		
	54		* urka	iltu	II 1087	Alc. d. Río	A	n	
	56		ufke	(i)skef	G.1.4	Alcoy	C		
	57		* urke	(i)star	II 2067	Ilurcon	A	n	
	61		ufke	kefe	F.6.1	Castellón	C	n	-re
	103		* ufki	tar	TSall	Segiensis	A		
	111		* urka	tetel	II 2967	Muruzábal	A	n	
	112		ufke	tibaś	C.21.1	Tivisa	C	n	

NOTAS

- 1-11 Primera letra mal conservada pero muy probablemente una **a**. La sílaba **aí** se da sólo una vez (haplología v. § 14).
- 3-25². **aif** podría ser variante de **ain** (v. § 18 cuadro 1); la palabra **iltursaif** F.9.7 (Orleyl) parece sugerir la existencia de un segmento **-saif**, pero no hay argumentos en favor de que **iltursaif** sea un antropónimo.
- 4-18 Para la **i** «intercalada», v. § 21.
- 5-31 V. núms. 86-25, sobre un posible elemento **akin**.
- 5-113 La omisión gráfica de **r** (v. § 13) es más verosímil que una variante morfológica.
- 5-suf V. § 23; también posible contracción haplológica, (v. § 14) de **aker-kerto** (62).
- 6-79 **Albennes**; la **n** geminada hace pensar en un fonema asimilado al final del primer componente.
- 7-114 La omisión gráfica de **r** o de **s**, (v. § 13 y núms. 5-113) es más verosímil que una variante morfológica.
- 8-58 V. núms. 82-42, sobre **onar**.
- 8-74 **Luspanar**: omisión haplológica de una sílaba (§ 14); **p** en lugar de **b** detrás de **s** como en 18-frg.
- 10-56¹. **afbískaf** la transcripción más verosímil de un dibujo de F. Fita publicado por Gómez-Moreno.
- 14-25 Por **b** en lugar de **nb**, v. § 14.
- 15-25¹. **Adimels**; para **m** en lugar de **nb**, v. § 14.
- 15-25². **Adimeis**, parece error del grabador por **Adimels** (v. el nombre anterior).
- 15-18 **Baesadine** abl.
- 15-85 Los dos lados del plomo empiezan por un antropónimo con el sufijo **-te** seguido por la palabra **iustif**: cara A **sakařatinte**: **i**., cara B **betukinete**: **i**. (35-64).
- 15-101 **Tannegadinia**, cognomen femenino con sufijo latino.
- 16-125¹ La secuencia de los morfos **-ki-ka** no se explica bien: tal vez imitación errónea del segundo nombre de la misma denominación, **ortinseiki-ka** (90-83) donde la sílaba **ki** pertenece al antropónimo. La palabra **auruni** vuelve a aparecer en los plomos de Castellón y de Orleyl VII, donde aparentemente no es antropónimo.
- 16-22 **Bastogaunini**, dativo de un cognomen femenino, con el sufijo ibérico **-in** de nombre de mujeres y con la terminación latina **-i-**. V. además núms. 16-89 y núm. 22-16.
- 16-125². **Uninaunin** en un contexto poco claro; al parecer cognomen femenino.
- 16-89 **Jelgaun**; no está excluido un análisis **Jel-gaun**; contando con un elemento **kaun** que podría verse también en 16-22; v. núm. 22-16.
- 17-suf **Austinco**; menos verosímil el análisis **aus-** (variante de **auf** 16?) **-tinco** (sin otro testimonio).
- 18-54². Dos testimonios, una vez con **-ka**, otra vez con **-e**.
- 18-56 **Baesisceris**, genitivo de un nombre individual masculino.
- 18-4 La inscripción de **aiunibaiseate**; parece error en lugar de **-baiserte**.
- 18-101 **Tannepaeseri**, dativo de un cognomen masculino; **p** en vez de **b** se debe tal vez a una asimilación **-g-b-**.
- 18-frg **Jespaiser**; ¿**p** en vez de **b** detrás de **s**? Cp. núms. 8-74.
- 20-60¹ Testimonio único de **balka-**: ¿asimilación de la **e** a la vocal del segundo componente?
- 20-60² **balkaltur** es una variante «haplológica» (v. § 14) del nombre anterior que parece en otra emisión de la misma ceca de Sagunto.
- 20-18 Para la **s** (¿elemento intercalado?) cp. 89-54 y § 22.
- 20-106 «Firma» al final del texto, (v. § 8).

- 20-21 La última línea de la inscripción da **m̄ibasibalkar̄m̄baf̄m̄**: dado que **balkar** está bien atestiguado como segundo miembro del compuesto por el nombre 20-32, prefiero tomar **basibalkar** como antropónimo y **m̄baf̄** como constituyente del formulario sepulcral; pero no está excluido que **balkar̄m̄baf̄** sea el nombre de persona y **basi** una palabra apelativa. Cp. además núms. 21-20.
- 21-20 Para la *i* intercalada, v. § 21; cp. también núms. 20-21.
- 21-127 No se excluye una complementación a **ufkebas̄[tok-** (22); **-bas̄** como segundo componente suele escribirse con *s̄*.
- 22-16 **Bastogaunini** (cp. núms. 16-22); cuando el segundo componente es **kaun**, (v. núms. 16-89), el primer componente puede ser **basto**.
- 22-8 También posible **an-bas̄** (21) al que sigue una palabra que empieza por *to-*; los demás testimonios de **bastok-** muestran *s*.
- 23-54 La inscripción de **bekoiiltun**, seguramente por error del grabador.
- 23-114 *a* en lugar de *e* como en **balaur̄** (24-114), también de Palamós.
- 23-frag Parece ser el segundo nombre (nombre del padre) del difunto.
- 24-114 Cp. núms. 23-114.
- 25 \emptyset **Beles**, hijo de **Umarbeles**: v. § 23.
- 25-18 Testimonio único de **belas̄-**: ¿asimilación de la *e* a la vocal del segundo componente?
- 25-79 **Belennes**, con asimilación de *s* a *n*; cp. núm. 119-suf.
- 25-32. **Aenibeli**, dativo, con la flexión del tipo latino en **-es, -is**; para la *i* intercalada, v. § 21.
- 25-45 **Estopeles**; con *p* en lugar de *b*: tal vez la forma original del primer componente sea **estok-** (cp. núms. 18-101) cuya estructura sería parecida a la de **bastok-** (cp. núms. 22-16).
- 25-121 **Turtumelis**, con *m* por *nb* y con una terminación que se debe tal vez a un malentendido del redactor romano.
- 25-124 **Umarbeles**; v. § 13.
- 27-14 La inscripción muestra la secuencia **atabefai : an̄m̄befai** que podría ser interpretado como dos antropónimos que forman la denominación de una persona: para **an̄m̄bef** se ofrecen dos análisis, o sea **an-bef** (8-27) con una *m̄* enigmática, o sea **an-m̄baf** (8-124) con *e* en lugar de *a* en el segundo componente.
- 28-114 Delante el morfo *is* sin separación por puntos.
- 30-35 Omisión gráfica de *n*: v. § 13.
- 32-54 La inscripción da **βιλοξγ[η]ρη : βιολξιλδου :** (32-61²), que forman la denominación de una persona (nombre individual y nombre del padre): me parece muy verosímil que **βιολξ** sea un error del grabador en lugar de **βιολξ**, y no el testimonio (único) de un elemento onomástico **bios**.
- 32-113 Según la lectura que da Maluquer.
- 32-20². **Balcibil**, evidentemente una abreviatura gráfica por falta de espacio.
- 32-62 **Cerdubelus**, nominativo de un nombre masculino.
- 32-67 **Corribilonem nobilem regulum**, con la flexión del tipo latino en **-o, onis**.
- 32-96¹. **Sosimilos**, nominativo de un cognomen masculino.
- 32-96². **Sosimilus**, dos veces en la TSall: **Segiensis** y **[u]censis**.
- 32-96³. **Sosumilos**
- 32-125 Con *e* en lugar de *i* como en 32-62: v. además núms. 125-32.
- 33-56 En B.1.43 se encuentra, al parecer, el mismo nombre, sólo con el sufijo **-ar**.
- 35-64 V. núms. 15-85
- 36-72 Asimilación de *r* a *l* como en 72-85.
- 36-suf. V. § 23.
- 36-57 **Istamiuris**, genitivo de un cognomen masculino; *m* puede ser el producto fonético de un nexa de *n* y *b*: § 14.

- 39-51 No es imposible leer *taf* (103) en vez de *bof*. El segmento *-en* que sigue a *bof* puede ser sufijo, pero también es posible que pertenezca al elemento onomástico: v. núms. 39-118. V., además, núms. 51-39.
- 39-118 Por la vocal intercalada i v. § 21. Dado que antropónimos que aparecen en leyendas monetales nunca llevan sufijos, hay que registrar, aquí, *boren* como elemento onomástico que puede ser una variante de *bof*.
- 42-44 **Enneges**; análisis muy arbitrario que se basa sólo en la existencia —tampoco indudable— de un elemento *ekoś* (42-82) y en la posibilidad de que *en* sea una variante de *ena* (44); v. además núms. 91-114¹.
- 43-suf **Elandus**; v. § 23.
- 44-86 O sea *enas*: cp. núms. 79-83 y núms. 86-25.
- 44-116 ¿«Firma» al final del texto? V. § 8.
- 48-96 ¿Omisión de la *n* por error del grabador o como resultado de una haplogía?
- 49-94 **Socedelaunin**, nombre femenino; *ei* en lugar de *i* parece corresponder a la ortografía latina que pone *ei* por una *i* larga.
- 50-114 Omisión gráfica de *s* y de *f* delante de oclusivas: § 13.
- 50-85 $\xi\alpha\kappa\alpha\rho\beta\eta\zeta$ con omisión de la *i*; no se puede excluir que el segundo componente sea *-beś* que podría ser una variante de *baś* (21): cp. *tibeś* (112-36) al lado de *tibaś*.
- 51-39 *ei* puede ser variante gráfica de *i*: cp. núms. 90-83, núm. 127-1. V., además, núms. 39-51.
- 53-21 $\beta\alpha\zeta\iota\rho\tau\epsilon\rho$ con cambio de *l* a *r* por asimilación (o por error del grabador); también hay que contar con la posibilidad de que se trate de la palabra apelativa *basif* seguida por un morfo *-tif*.
- 53-31² La *s* entre *iltif* y el sufijo *-te* queda sin aclarar.
- 53-71 **Lacerillis** genetivo de un nombre individual, que puede ser la forma latinizada de un ***Laceriller**.
- 53-79 **Nesille**; tal vez abreviado de ***Nesiller**.
- 53-84 En la misma inscripción hay *otokeiltif* con el segmento intercalado *ke*: § 20.
- 53-114²] $\lambda\delta\iota\rho\tau\epsilon\gamma\eta$ [] $\eta\nu$, al parecer completa al final.
- 53-119² «Firma» al final del texto: § 8.
- 54-7 En el texto de la inscripción, hoy desaparecida, se da *-alofiltui*, evidentemente un error o del grabador o de lectura.
- 54-18¹ Aparece junto con *anbošiltun-u* que también puede ser un antropónimo.
- 54-124 **Umarillun**; v. § 13.
- 54-123² **Urchall**, nombre individual, tal vez abreviado, que se combina con dos antropónimos meridionales. **Attita** y **Chilasurgun**.
- 56-54¹ Testimonio único sin la *f* final: ¿error del grabador o variante morfológica?
- 56-4 Aquí y en 56-54² la secuencia *-un* del primer componente parece haber causado el cambio de *i* a *e*.
- 56-54² V. núms. 56-4.
- 56-85² $\xi\alpha\kappa\alpha\rho\tau\epsilon\lambda\eta\eta\zeta$ / $\alpha\rho\nu\alpha\iota$ escrito en sentido transversal sobre la cara A del plomo: parece ser la firma de una autoridad. Es muy verosímil que $\nu\alpha\iota$ sea la representación gráfica de la partícula posesiva *mī* en escritura griega; (cp. núms. 68-115).
- 56-101 **Tannegisceris**, genetivo de un nombre individual.
- 57-127 **Urcestar**, nominativo de un nombre individual.
- 60-101 **Tannegaldunis**, genetivo de un nombre individual.
- 61-127 ¿Sufijo *-fe* o variante *kefe* y sufijo *-e*?
- 62-32 V. los núms. 5-suf y núms. 32-62.
- 63-65 Muy mal legible pero bastante fidedigno según autopsia.
- 63-74 **Luspangib**; abreviado por falta de espacio.
- 63-124 **Umargibas**, v. § 13.

- 66-29 A la **n** sigue **kilij** sin ser separado por una interpunción; prefiero considerar sólo **kon** como elemento onomástico porque encuentra un apoyo en los nombres meridionales **Conipp**. A. 100 (Obulco) y **Conil**. A. 103 (Salacia). v. también, núms. 66-109.
- 66-109 Sigue otro signo que está deteriorado por la fragmentación; puede ser **kl** (cp. núms. 66-29) o **m̄** lo que permitiría completar la partícula posesiva **-m̄l**.
- 67-126 Dado que **unti** no tiene otro testimonio y que **koriś** no coincide perfectamente con los segmentos citados bajo el número 67, sigue siendo discutible la posibilidad de que se trate de un antropónimo gálico: v. **MLH**. II ad tit.
- 68-115 γοροτιγί-**vai** al lado de 36-61 (en letra ibérica); por **vai** = **m̄i** v. núms. 56-85².
- 70-suf V. § 23; también se podría pensar en un análisis como nombre compuesto **kur-** (variante de 67 o 68) **-tarno**, pero éste segundo elemento no encuentra otros testimonios.
- 72-106 λαρυτας ; en el complejo que sigue, : *ηρηξ , tal vez se pueda aislar el sufijo **-ke**.
- 72-85 V. núms. 36-72.
- 72-89 A pesar del sufijo **m̄l** no se pueda probar por el contexto que se trate de un antropónimo.
- 73-114 En la inscripción sobre plomo B. 7. 35 se encuentra la secuencia **bilosleistikē** que admite dos análisis, **bilos** (antropónimo sin sufijo) y **leistikē**, o **bilosleis** (antropónimo compuesto) y **tikeē** (nombre sin sufijo o sustantivo apelativo).
- 73-frg Primera palabra de una inscripción sepulcral.
- 75-96 Poco legible; tal vez **nabaē** en lugar de **nalbe**.
- 77-54 En un fragmento de la estela que está perdido; no se puede excluir que haya de completar **nef[s]e** (= 78).
- 79-83¹ **Ordennas**; en lugar de **nas** (variante de **nes**; v. § 18 cuadro 5) como segundo componente, también se podría pensar en **enas** (variante de **ena** 44), es decir en **orten-enas** con omisión haploógica (v. § 14) de una sílaba.
- 79-83² **Ordunetsi**, genitivo de un nombre individual, con ortografía «aquitana» de la sibilante.
- 81-114 ¿Variante de **alor** (7) con asimilación de **a** a **o**?
- 82-42 ¿Variante de **anar** (8) con asimilación de la **a** a la última vocal del primer componente?
- 85-56³ **Sacaliscer** con cambio de **r** a **l** por disimilación (cp. núms. 88-frg.).
- 86-25 Aquí y en 86-44 se puede contar también con un elemento **akin** (¿variante de **akir**, 5? para **enas** en lugar de **ena** v. núms. 79-83¹).
- 87-25 Para la **i** intercalada v. § 21.
- 88-108 **Tascasaceris**, genitivo de un nombre individual masculino.
- 88-frg. **l** en lugar de **r** se debe tal vez a una disimilación frente a la **r** del primer componente (cp. núms. 85-56³).
- 89-54 Para la **s** (¿elemento intercalado?) cap. 20-18 y § 22: en lugar de la **s** también puede leerse una **m̄**.
- 90-83 Para **ei** en lugar de **i** v. núms. 51-39; para el sufijo v. núms. 16-125¹.
- 91-114¹ También es posible el análisis **tikirs-eni** cuyo segundo componente podría ser una variante de **ena** (44).
- 92-87 ¿Sufijo **en** o elemento onomástico **siren**? Cp. **Sisiren** A. 100 (Obulco) que parece pertenecer al repertorio onomástico meridional.
- 95-69 No se identifican claramente los sufijos: **ni-a**, **ni-ja** tienen buenos testimonios en la morfología ibérica.
- 99-109 **Tautindals**, abreviado por falta de espacio.
- 101-36 **-ke** puede ser **-k** +sufijo **e** o representación gráfica de una oclusiva al final de la palabra.
- 102-frg Las dos palabras están al inicio de una inscripción sepulcral: indudablemente se trata de la denominación del difunto por su nombre individual y por el de su padre que tienen en común el segundo componente (v. § 4).
- 104-suf La inscripción de **Tabbantu**, evidentemente error del grabador. Para el sufijo v. § 23.
- 106-frg Tal vez **taś-kibaś** (63), **taś-kine** (64), o **taś-kitaf** (65).
- 107-63 V. § 21.

- 108-27 Tal vez al final de la inscripción circular de la fusayola.
- 111-127 **Urchatetelli**, genitivo de un nombre individual con aspiración «aquítana» de la c.
- 112-36 Ejemplo único de **tibesé** en lugar de **tibaś**; cp. núms. 50-85 y § 18 cuadro 5.
- 112-127 La tercera letra —una **ke** indudable— se distingue claramente por su forma de la penúltima, la que por tanto tiene que ser una **ba** en forma «quebrada».
- 114-91² La inscripción de **Tersinno** que puede entenderse o como error por **Torsinno** (¿tor variante de **tur**, 119?) o —más verosímil abreviatura interna de **Tecersinno** o de **Ticer-sinno**.
- 114-114 Caso único en que, al parecer, un nombre compuesto consta de dos elementos que son variantes del mismo lexema; delante de este complejo está una **o**.
- 114-95 Omisión gráfica de la **r** delante de oclusiva: v. § 13.
- 118-54 Para el elemento intercalado v. § 20. Para **ei** en lugar de **i** v. núms. 51-39.
- 119-suf **Turinnus**, forma latinizada de un sufijo nasal; cp. § 23, para la asimilación v. núms. 25-79.
- 121-19 **torton** y **turtun** (121-25) hablan en favor de una forma original **tortun** de la que se derivan por distintas asimilaciones de las vocales; parece existir, además, una variante **tortín**, que aparece en un contexto indeterminable en C. 2. 5. (Ullastret).
- 122-15 **VISERADIN**, con un diptongo **ui** como en **suise** (97) y **tuitu** (118); una consonante **v** no existe en ibérico.
- 124-25 Para la identidad muy probable de **m̄baś** con la grafía latina **Umar** v. § 13.
- 125-30 La **b** puede cubrir el resultado de una asimilación de **n** a **b**: v. § 14.
- 125-32 V. núms. 125-30.
- 127-1 Un cambio entre **o** y **u** delante de **r** también en **alor** (7), **bor** (39), **sor** (95); por la secuencia **ei** en lugar de **e** o **i**, v. núms. 51-39.

Apéndice: Clave de las citas de la columna 6 de la lista principal

Textos latinos:

- II = Corpus Inscriptionum Latinarum. II.
- BContr. = Bronce de Contrebia: G. Fatás. *Tabula Contrebiensis* (= *Contrebia Belaisca*. 2). Zaragoza 1980.
- Gorr. = J. Gorrochategui. *Onomástica indígena de Aquitania*. Bilbao 1984.
- HAE. = *Hispania antiqua epigraphica*. Madrid.
- L. = T. Livius, *Ab urbe condita*.
- S. = *Ephemeris epigraphica*. Berlín.
- TSall. = CIL. I² 709 (El «bronce de Ascoli»).

Textos en lengua ibérica:

Se citan por letras y cifras que corresponden a la numeración de los Monumenta Linguarum Hispanicarum.

- A. = vol. I, Wiesbaden 1975.
- B. = vol. II, Wiesbaden 1980, salvo B. 7, 34-37.

Los demás textos se publicarán en los suplementos al vol. II y en el vol. III. Cito, aquí, las publicaciones anteriores. Se usan las siguientes abreviaturas:

- GM. + cifras arábigas = Gómez-Moreno. Suplemento de epigrafía ibérica. En: *Misceláneas I*, Madrid 1949.
- GM. + cifras romanas = Gómez-Moreno, *La escritura bástulo-turdetana*. Madrid 1962.
- Ll. = E. Llobregat. *Contestania ibérica*. Alicante 1972; se citan los números.

- M. = J. Maluquer. Epigrafía prelatina de la península ibérica. Barcelona 1968; se citan los números.
- MLL = E. Hübner. Monumenta Linguae Ibericae. Berlín 1893.
- B.7.34-37 plomo Pech-Maho (Sigean) Y. Solier, Rev. Arch. de Narbonnaise 12 (1979) 55-123
- C.O.1.2 plomo proced., desconocida J.Untermann, Acta Numismática 1 (en prensa) prov. de Tarragona
- C.1.5 plomo Ampurias GM.118
- C.1.9 cerámica Ampurias GM.6
- C.1.10 cerámica Ampurias GM.8
- C.1.12 cerámica Ampurias GM.7
- C.2.3 plomo Ullastret M.226
- C.2.4 plomo Ullastret J. Maluquer, Pyrenae 1 (1965) 124-127
- C.2.5 plomo Ullastret M-224
- C.2.8 cerámica Ullastret M.107
- C.2.10 cerámica Ullastret inédito
- C.2.11 cerámica Ullastret inédito
- C.2.17 cerámica Ullastret M.14
- C.2.20 cerámica Ullastret inédito
- C.2.21 cerámica Ullastret M.28
- C.2.22 cerámica Ullastret M.13
- C.2.23 cerámica Ullastret inédito
- C.3.1 óstracon Pontós J. Maluquer, Pyrenae 12 (1976) 183-189
- C.4.1 plomo Palamós F. Riuró, Cypsela 4 (1982) 123-131
- C.4.2 fusayola Palamós Prescott, Cypsela 3 (1980) 147-152
- C.5.1 cerámica Mont Palau (Pineda) inédito
- C.7.4 cerámica Mataró MLL.II
- C.10.1 estela S. Perpetua de la Moguda (Barcelona) GM.15
- C.11.1 cerámica Rubí M.69
- C.11.12 cerámica Rubí M.283
- C.17.2 cerámica Els Monjos (Villafranca del P.) M.205
- C.18.5 estela Tarragona MLL.VI
- C.20.1 plomo Penya del Moro (S. Just Desvern) J. Barberá-E. Sanmartí, Excavació al poblat de la P. d.M., Barcelona 1982, 29-30. 118.
- C.21.1 plata Tivisa GM.26
- D.4.1 cerámica Sorba GM.16
- D.7.1 cerámica Sidamunt GM.20
- D.10.1 estela Fraga GM.23
- D.11.2 cerámica Sosés R. Pita Mercé, Ilerda 18 (1954) 211

D.11.3	fusayola	Sosés	R. Pita Mercé, Ilerda 17 (1954) 104
D.12.2	estela	Binéfar	A. Beltrán, XI. Congr. Arqu. Nac. 1968, Zaragoza 1970, 518-522
E.1.1	cerámica	Azaila	GM.31
E.1.65	cerámica	Azaila	GM.38 c
E.1.124	cerámica	Azaila	GM.38 a
E.1.308	cerámica	Azaila	GM.32 a
E.1.322	cerámica	Azaila	GM.32 b
E.1.337	cerámica	Azaila	GM.32 c
E.1.372	peso	Azaila	GM.33
E.1.376	peso	Azaila	J. Cabré, Corpus Vasorum Hispanorum. Azaila. Madrid 1944, lám. 20-192
E.2.1	cerámica	Lécera	GM.39
E.4.4	cerámica	Alloza	M.174
E.3.1	cerámica	Oliete	P. Atrián, Teruel 39 (1968) 118
E.3.4	cerámica	Oliete	GM. Suplemento P. 298
E.6.3	punzón de hueso	Alto Chacón (Teruel)	P. Atrián-J. Untermann, Teruel 67 (1982) 55-60
E.8.1	estela	Iglesuela del Cid	GM.40
E.9.1	estela	Benasal	GM.41
F.2.1-3	estelas	Canet lo Roig	D. Fletcher-V. Giner, Bol. Soc. Castell. 50 (1974) 138-156
F.2.4	estela	S. Mateo	V. Meseguer-D. Fletcher, Bol. Soc. Castell. 57 (1982) 203-209
F.4.1	estela	Coves de Vinromá	D. Fletcher, APL.13 (1972) 107
F.5.1	estela	Cabanes	GM.42
F.6.1	plomo	Castellón	GM.43
F.7.1	plomo	El Solaig (Bechí)	M.228
F.7.2	bronce	S. Antonio (Bechí)	D. Fletcher, Zephyrus 18 (1962) 79-85
F.9.3	plomo	Orleyl (Vall d'Uxó)	D. Fletcher, AEArqu. 40 (1967) 51-59
F.9.5-7	plomo	Orleyl (Vall d'Uxó)	D. Fletcher en Lázaro-Mesado-Aranegui-Fletcher, Materiales de la necrópolis ibérica de Orleyl. Valencia 1981, 63-131
F.11.1	estela	Sagunto	GM.44
F.11.2	estela	Sagunto	GM.49
F.11.3	estela	Sagunto	GM.47
F.11.4	estela	Sagunto	GM.50
F.11.6	estela	Sagunto	GM.45
F.11.7	estela	Sagunto	Lluca
F.11.10	estela	Sagunto	MLI.XXV
F.11.11	estela	Sagunto	MLI.XXVIII
F.11.12	estela	Sagunto	MLI.XXIX
F.11.14	estela	Sagunto	MLI.XXIV
F.11.25	plomo	Sagunto	D. Fletcher, Arse 18 (1983) 346-348

F.13.2	plomo	Liria	GM.74
F.13.3	cerámica	Liria	GM.53
F.13.6	cerámica	Liria	GM.119
F.13.15	cerámica	Liria	GM.72
F.13.17	cerámica	Liria	D. Fletcher, Inscripciones ibéricas del museo de prehistoria de Valencia. Valencia 1953, no. 62
F.13.18	cerámica	Liria	GM.58
F.13.34	cerámica	Liria	Fletcher, l. c. no 4
F.14.1	estela	Sinarcas	GM.76
F.15.1	punzón de hueso	Peña de las Majadas (El Toro)	I. Sarrión Montañana, APL. 15 (1978) 182-188
F.17.1	plomo	Los Villares	D. Fletcher, APL. 15 (1978) 201-208
F.17.2	plomo	Los Villares	D. Fletcher, Dep. de Historia Antigua. Ser. Arqu. 6. Valencia 1979
F.17.4	plomo	Los Villares	D. Fletcher, APL. 15 (1978) 199-201
F.20.1-3	plomo	Yátova	D. Fletcher. Los plomos ibéricos de Yátova. Valencia 1980
F.21.1	plomo	Enguera	D. Fletcher, Arse 19 (1984) 404-414
G.1.1	plomo	Alcoy	GM.LXII
G.1.3	plomo	Alcoy	M.237
G.1.4	plomo	Alcoy	M.229
G.1.5	plomo	Alcoy	Ll.10
G.1.6	plomo	Alcoy	Ll.11
G.8.1	cerámica	Benidorm	Ll.20
G.8.2	cerámica	Benidorm	Ll.26
G.9.1	cerámica	Campello (Alicante)	Ll.27
G.13.1	plomo	El Cigarralejo (Mula)	GM. LXI

Nota bibliográfica

No me parecía ni oportuno ni necesario cargar este esbozo provisional del «corpus» de elementos onomásticos ibéricos con una bibliografía exhaustiva: se encontrará, por lo demás, en el Léxico de las inscripciones ibéricas de Jaime Siles, que va salir dentro de poco en Salamanca. Sólo quiero recordar que todo lo que acabo de exponer sobre el sistema antroponímico de los iberos se basa en los estudios fundamentales que debemos a M. Gómez-Moreno (1925, 1949), M. Palomar Lapesa (1960) y M.^a L. Albertos Firmat (1966), a los cuales hay que añadir el importante resumen que dio A. Tovar en 1977. En tiempo recentísimo, ha aparecido la obra de J. Gorrochategui (1984) quien trata la onomástica aquitana como «background» y corpus estrechamente entroncado con la antroponimia ibérica.

En fin, son los comentarios que D. Fletcher Valls dedicó a los textos ibéricos valencianos, que atribuyen observaciones de valor inestimable para nuestros conocimientos sobre nombres personales.

M.^a L. ALBERTOS FIRMAT. «La onomástica personal primitiva de Hispania. Tarraconense y Bética». Salamanca 1966, en particular: pp. 259-275.

M. GOMEZ-MORENO. «Sobre los íberos: el bronce de Ascoli». En: *Miscelaneas. I*. Madrid 1949, 233-256 (reedición complementada de una contribución al tomo III del Homenaje a don Ramón Menéndez Pidal, de 1925).

J. GORROCHATEGUI CHURRUCA. «Onomástica indígena de Aquitania». Bilbao 1984.

M. PALOMAR LAPESA. «Antroponimia prerromana». En: M. Alvar y otros (edd.), *Enciclopedia lingüística hispana. I*. (Madrid 1960) 347-387, en particular: pp. 368-387.

A. TOVAR. «Les noms iberiques». En: *L'onomastique latine, Colloque international du C. N. R. S.*, no . 564, París 1977, 281-292, en particular: pp. 284. sg.

HENRI GUITER

(Perpignan)

SOBRE ALGUNAS INSCRIPCIONES IBERICAS

El V Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos se celebró en Pamplona por septiembre de 1966. Ya conocíamos Pamplona desde bastantes años: en cambio nuestro colega y amigo René Lafon venía allí por primera vez. Le preguntamos si quería leer una inscripción ibérica bastante larga, y, después de su contestación no sólo afirmativa sino también entusiasta, le condujimos a la Columna de los Fueros, delante de la Diputación de Navarra. Se sabe que aquella columna presenta tres textos, el primero en castellano, el segundo en vascuence escrito con caracteres ibéricos. El tercer texto detenía nuestro interés; pero se leía con cierta dificultad porque el redactor había querido sacar un alfabeto del silabario ibérico.

René Lafon concluía que este texto representaba una doble estafa moral, porque daba a los caracteres valores que no eran los suyos, y también, decía él, porque los caracteres ibéricos no habían servido nunca para notar el vascuence. La primera crítica era objetiva e incontestable; a la segunda faltaba la posibilidad de una demostración. El mismo René Lafon había escrito (1): «Poseemos, gracias a las inscripciones en caracteres ibéricos o griegos, y a los apellidos que figuran en las inscripciones latinas, o son citados por autores griegos y latinos,

(1) R. LAFON: «Noms de lieu et noms de personnes basques et ibères: état actuel des problèmes», *Revue Internationale d'Onomastique*, Paris, 1965, pág. 81.

aproximadamente un millar de palabras de esa lengua (ibérica). Una cuarentena de ellas se parecen a palabras vascas. Pero sólo cinco o seis podrían ser verdaderamente relacionadas...» A lo menos esas «cinco o seis» son palabras vascas notadas con caracteres ibéricos. Quizá quería decir Lafon que inscripciones ibéricas no se encontraban en el País Vasco actual; eso es otra cuestión.

Nosotros habíamos visto la cosa de otro modo. Escribíamos (2): «Aquellas poblaciones no conocían la escritura. Palabras vascas no aparecen sino a medida que nacen contactos con recién venidos detentores de silabario o alfabeto. Con el silabario ibérico leemos la inscripción famosa *gudua deistea*, "la guerra, la llamada", del vaso de Liria, cerca de Valencia (3). Algunos siglos más tarde, el alfabeto latino permite a las inscripciones aquitanas la revelación de unas cuantas palabras, *cison* "hombre", *sembe* "hijo", *berri* "nuevo", etc., casi idénticas a sus correspondientes vascas actuales (4). Algunos siglos más tarde, el ogam irlandés será aprovechado en los grabados de los vascos de Escocia» (5).

Claro está que las palabras vascas de las inscripciones de Aquitania tienen un volumen muy reducido en el conjunto de los escritos latinos; lo mismo puede decirse de los monumentos de Escocia con respecto a la producción orgánica irlandesa. Pues, por poco que sea, podemos esperar que algo de vascuence salga a la luz entre las numerosas inscripciones ibéricas, y con tanta más probabilidad cuanto más largo fue el contacto de lenguas por la costa levantina.

Vamos a ver si algunos plomos pueden interpretarse por el vascuence; escogemos textos breves en publicaciones recientes.

Texto Orlely I (6).

Pensamos que el texto tiene que leerse bustrófedon, empezando por la derecha las líneas impares y por la izquierda las líneas pares.

bir: «dos». El numeral vasco *bi* posee un genitivo en *-ren* y un dativo en *-ri* (*biren*, *biri*), exactamente como los números siguientes *iru(r)* «tres» (*iruren*, *iruri*) o *lau(r)* «cuatro» (*lauren*, *lauri*). Presenta

(2) H. GUTTER: «Anciens recours au basque dans les littératures romanes», *Revue de Linguistique Romane*, Paris, 1977, (44), pág. 61.

(3) P. BELTRAN VILLAGRASA, en «La labor del Servicio de Investigación Prehistórica y su Museo en el pasado año 1934», Valencia, 1935, pág. 62.

(4) J. SCAZE: «Inscriptions antiques des Pyrénées». Toulouse, 1982.

(5) H. GUTTER: «La langue del Pictes», *Boletín de la Real Sociedad Vascongada de los Amigos del País*, año XXIV, cuadernos 3.º y 4.º, San Sebastián, 1968, págs. 281-321.

(6) D. FLETCHER VALLS: «Nuevas inscripciones ibéricas de la región valenciana», *Archivo de Prehistoria Levantina*, XIII, Valencia, 1972, pág. 109.

pues una *r* final caduca, cuyo mantenimiento se podía esperar delante de vocal, más especialmente *i*.

ildarr: «ciudadano». Vasco moderno *irritar*. La forma antigua de *iri* era *ili*. El sufijo *-tar/dar* significa «natural de». El escriba había notado primero dos *r* suaves, y añadiendo después una *rr* fuerte.

urri: «escaso, miserable». El trozo de signo a la izquierda podría ser de *ba* o de *u*. La *i* más baja parece añadida después de la *rr*.

errtz: «orilla, borde». Mod. *ertz*.

abarr: «ramaje, rama». Mod. *abar* con *r* fuerte.

iatan: «ya». Por el mal estado del plomo el escriba esparció los signos.

arban: «de leña». Mod. *arba* «leña». La *n* final indica un genitivo (o un inesivo).

sali(r): «pago, importe». Mod. *sari*. No conocemos el papel exacto de la *r* final. La *l* intervocálica había de dar *r* en vasco moderno.

biderr: «vez». Mod. *bider*. La *rr* final, primero escrita sobre una rotura del plomo, fue reproducida más abajo.

-te: sufijo que indica época, temporada.

bide: «camino, medio». Mod. *bide*.

gabe: «sin, desprovisto». Mod. *gabe*.

-an: sufijo significando «en el, en la, en lo».

an: «allí». Mod. *an*.

dan: «que es», *da* «es» seguido de *n* relativo.

bal: «haces, fajos».

eus: variante de *eutsi* «asir, agarrar».

indake: «dará»; de *inda*, flexión de conjugación de un verbo cuyo infinitivo está en desuso, y *-ke*, elemento de conjugación que se aglutina inmediatamente después del núcleo verbal e indica el futuro. Lee-mos el primer signo (a la derecha) de la última línea *i* (y no *n*) después de mirar atentamente la foto correspondiente. La *n* aislada más abajo (donde había sitio) puede colmar un olvido entre *i* y *da*.

orr[e]: «enebro».

Proponemos pues la traducción siguiente (intentando conservar el orden de los sintagmas):

«A dos ciudadanos pobres, ya en el ramaje de la orilla, al momento de pagar la leña siendo cortos de medios, se ase el haz que está allí; se dará enebro.»

Texto Orlelyl II (7).

Leemos de la izquierda a la derecha las dos líneas de este plomo.

gan: «arriba». Variante de *gain*, frecuente en toponimia pirenaica.

guti: «poco».

zai: «raíz». Variante de *zain*.

bokal(e): «portillo del cauce del molino, desembocadura».

au: «este».

bakan: «rara vez».

alkarr: «mutuamente, entre sí».

-z: sufijo que denota manera, modo y vale como la preposición castellana «por, de, a» o la terminación adverbial «-mente». Habríamos tenido propensión a leer *s* el signo que encontramos aquí. Pero *s* no funciona como sufijo, y las confusiones de sibilantes resultan frecuentes (8).

ideke: «igualará». La secuencia *nd-* inicial de palabra es muy improbable. En la foto nos parece que la *n* podría ser una *i*, aunque el trazo suplementario es mucho menos profundo. Mod. *ide* «igual». Los trazos finales en la rotura podrían corresponder a *ke*, indicación de futuro.

El conjunto presenta un aspecto de proverbio;

«Por arriba, pocas raíces; rara vez este acceso será intercambiable».

Texto Orlelyl II (9).

Esta inscripción parece más clara leyéndose de la derecha a la izquierda.

uki: «tacto, tocar, aludir».

ate: «puerta».

izki: «un poquito, pretexto, esperanza». Aquí también creemos que hay que leer *i* (y no *n*) el primer signo, no sólo porque da una secuencia consonántica más natural, sino también porque la foto parece indicar una *i* en aquel sitio bastante estropeado del plomo.

zelu: «cielo». Mod. *zeru* con rotacismo de la *l*. La opinión corriente es que vasco *zeru* es tomado del latín *caelu*, cuando el diptongo *ae* se había reducido a *e* breve (princ. siglo I), la *u* breve todavía no había pasado a *o*, ni la *e* breve al diptongo *ie* (fin. siglo III). Pero en aquel

(7) FLETCHER VALLS, op. cit. en la nota anterior, pág. 113.

(8) J. SILES RUIZ: «Über die sibilanten in Iberischer Schrift», Actas del II Coloquio sobre Lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica (Tübingen, 1976), Salamanca, 1979, págs. 81-99.

(9) FLETCHER VALLS, op. cit. en la nota 6, pág. 114.

entonces la *c* seguida de vocal anterior se había palatalizado sin llegar al estado muy tardío de *z*. Cuando el vascuence tomó del romance el latín *caepulla* (esp. *cebolla*, fr. *ciboule*) fue bajo la forma *tipula*; la *p* todavía no se había sonorizado (fin. siglo IV), la *u* no había pasado a *o* (fin. siglo III), y la *c* (+*e*) estaba al grado *ty* de su evolución: *K/ky/ty/ts/dz/z*. Pues, un préstamo contemporáneo, como el de *caelu*, hubiera dado un vacuence **tiru*, y no *zeru*. La hipótesis de una etimología latina no puede convenir.

Notemos de otra parte que el latín *caelu* no pertenece al fondo indo-europeo de la lengua: «En breve, sólo tenemos hipótesis inciertas. Ningún nombre semejante del “cielo” es conocido...» (10). *Caelu* tiene que ser palabra substrática, probablemente del mismo substrato emparentado con el vasco, que evidenciamos en otra ocasión (11). Es posible que *caelu* y *zeru* tengan un origen común, muy lejano, y que se haya producido entre este y oeste una escisión del tipo *centum/satem*.

uka: negación, variante de *uko*.

Las tres acepciones posible de *izki* nos permiten considerar tres traducciones, todas con aspecto de proverbio.

«La esperanza llega a la puerta; al cielo, no». La esperanza que uno puede tener en el pensamiento no pasa de su puerta; el cielo la desconoce.

«El pretexto llega a la puerta; al cielo, no». Uno puede engañarnos con una mentira; no engaña a Dios.

«Toca tu puerta un poquito; el cielo, no». Intenta hacer las cosas a tu abasto; las imposibles, no.

Texto Monravana I (12).

Esta inscripción se lee en un fragmento de borde de Kalathos. El material de cerámica deja suponer que estaba destinado a contener vino y no trigo.

irrita: «la salida».

dun: «que tiene». El antecedente del relativo es la palabra que le sigue.

bati: «a uno».

(10) A. ERNOUT et A. MEILLET: «Dictionnaire étymologique de la langue latine», Paris, 1967, pág. 84.

(11) H. GUTTER: «Une catégorie de mots substratiques dans le vocabulaire latin», Actas del V Congreso Internacional de Lingüística Mediterránea, Madrid, 1977, pág. 635.

(12) FLETCHER VALLS, op. cit. en la nota 6, pág. 117.

Lo que sigue no se puede discernir. La traducción es muy fácil:

«A uno que tiene la salida...» Verosimilmente se dedicaba el contenido del vaso a uno que tuviese un buen despacho...

Texto Serreta V (13).

La inscripción se lee en una planchuela de plomo.

bazi: «palidez».

bez: «por abajo». Sufijo de la palabra precedente.

gaba: «la noche».

«Por abajo de la palidez, la noche». Cuando la luz del día se vuelve más pálida, entra la noche.

Texto A Pico de las Ajos I (14).

Leemos la inscripción de izquierda a derecha.

lan: «trabajo».

igoka: «subiendo». Verbo *igo* «subir» y sufijo modal *-ka* que denota acción y se traduce por un gerundio.

gugaz: «con nosotros». Pronombre *gu* «nosotros» y sufijo *-gaz*, relativo de nombres animados que significa «con». A decir verdad, una rotura del plomo deja sólo el trazo inicial de *ga* y los dos trazos finales de *z*. Pero el sitio que hay en la rotura parece conveniente para los dos signos.

atun: «hábito, manera de obrar».

e(i)din: «coger». Pensamos que esta palabra tiene que leerse *edin*, forma que se repite dos veces más en el texto mismo.

datuten: «que le consultan». Si el verbo *itun* (o *itundu*) «consultar» tuvo una conjugación sintética, su tercera persona plural con régimen de tercera persona singular, habría de ser *datute* al indicativo presente. El sufijo *-n* es un elemento de conjugación que pone en relación el verbo conjugado con el que sigue, en este caso unas letras numerales (?).

gaur: «hoy». En vasco mod. la *r* final es fuerte, pero las confusiones de *r* son frecuentes en los textos ibéricos.

bai: «sí». El último signo podría ser una *n*, pero una rotura del plomo no permite precisar. Optamos por la *i*. Siguen letras numerales.

(13) FLETCHER VALLS, op. cit. en la nota, 6, pág. 119.

(14) D. FLETCHER VALLS: «Los plomos ibéricos de Yátova (Valencia)», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 66, Valencia, 1980, pág. 10.

ator: «ven». Antes del signo *to*, en la parte estropeada del plomo, hay sitio para otro signo; los trazos de una *a* hubieran facilitado la pérdida de materia. Como lo notamos en el caso de *gaur*, también es fuerte la *r* del radical *tor*.

edin: «coger». Siguen letras numerales.

bale: «si viniera». *Ba* es un prefijo que denota el modo supositivo; *l* representa en este modo la tercera persona; *e* es el radical del verbo *jen* «venir».

[*e*]*le*: «ganado». Es posible que el *le* inicial se apoye en la *e* de la palabra precedente.

laur: «cuatro».

edin: «coger». Siguen letras numerales.

sali: «pago, importe». Mod. *sari*.

uda: «verano».

ibar: «vega». No vemos otro signo entre la palabra precedente y ésta.

txerrki: «carne de cerdo». El sufijo *-ki* con nombres de animales significa «carne»; aquí parece añadido a *txerri* «cerdo».

gutxi: «poco». El rombo del primer signo presenta algo dentro, y tendría así el valor de *gu*.

ata: «ganso».

atorr: «ven». Los dos trazos verticales de izquierda quizá pertenecen a un signo *to*. Antes de la rotura del plomo podía tener sitio una *a*.

giderrka: «sin mango grande». El primer signo podría leerse *i*, si no fuera atravesado por el trazo central; *gider* (con *r* fuerte) significa «mango grande». Sufijado a un nombre, *-ka* es privativo. Sigue una letra numeral (?).

gu: «nosotros».

eli: «enfermo». Mod. *eri*.

leke: «vendría». La sílaba *le* es la misma que encontramos más arriba, con *l* de tercera persona de condicional, *e* radical de *jen* «venir»; *-ke* es sufijo de futuro. No vemos motivo de considerar *ke* como uno de los numerales que siguen.

El sentido de este texto, interrumpido seis veces por signos que podrían ser letras numerales, se presenta así:

«Subiendo con nosotros se coge el hábito de trabajar. Que le consultan... Hoy sí... Ven a coger... Si viniera, (hay que) coger cuatro cabezas de ganado... En la vega el verano es provechoso por la carne de cerdo, poco por los gansos. Ven sin aperos... (Si fuéramos) nosotros enfermos, vendría...».

Esta larga inscripción, referida a actividades agrícolas, parece for-

mada de partes independientes. La primera parte está encuadrada entre líneas rectas, y llega hasta «ganado» de la traducción. La segunda parte es la frase siguiente hasta «gansos». La tercera parte, escrita con signos más grandes, se limita a «Ven sin aperos...» Y la parte final va escrita con signos más pequeños.

Texto B Pico de los Ajos I (15).

Es una sola línea escrita en sentido inverso en el borde superior del mismo plomo que lleva el texto precedente.

laurr: «corto». Mod. *laur* con *r* fuerte se distingue de *laur* «cuatro» con *r* suave.

berton: «aquí mismo, en seguida».

-te: sufijo que indica época, temporada.

arrts: «comienzo de la noche».

[lau]rr: «corto». Falta un trozo de la lámina. La palabra terminada por *rr* podría ser *laurr* repetido.

edin(e): «coger». La *n* añadida por arriba podría ser una corrección de la *e*.

Nos parece, una vez más, una especie de proverbio:

«(A quién) el instante presente (parece) corto, la noche llega pronto».

Texto D Pico de las Ajos I (16).

De los textos sobrepuestos aquí, nos interesamos a la parte cuyo desglose figura en la página 30. De la lectura general, corresponde al final de la línea 3, al comienzo de la línea 6 y a la línea 9.

ba: «si».

itze: «clavo».

-ki: sufijo que denota materia, fragmento. Mirando la foto correspondiente, nos parece que se trata de *ki*, y no de *l*.

dunkagu: «lo golpeamos». Indicativo presente, con paciente de tercera persona singular y agente de primera persona plural, del verbo *junkatu* «golpear».

guri: «a nosotros». El segundo signo bien podría ser una *a*, pero la lectura *r* suave conviene más para el sentido.

degun: «que tenemos». Formado de *degu* «lo tenemos», más *n* relativo cuyo antecedente le sigue.

atzarr: «vigilancia, atención». Mod. *atzar-eman* «estar alerta», *atzarri* «atento, vigilante».

(15) FLETCHER VALLS, op. cit. en la nota anterior, pág. 17.

(16) FLETCHER VALLS, op. cit. en las dos notas anteriores, pág. 30.

ungi: «bien, beneficio».

El sentido de esta primera fase, que parece proverbio, es muy claro:

«Si golpeamos algún clavo, la vigilancia que tenemos nos será benéfica».

ul: «falto, desprovisto»; *uldu* «despojar».

dida(r): «me lo ha, me lo tiene».

ebatsi(r): «robar, hurtar».

«Quien me lo ha quitado, me lo ha robado». El papel de la *r* final podría ser el de substantivar la forma verbal precedente; pero no hay nada semejante en vasco moderno.

eki: «sol». El segundo signo puede ser *n* o *ki*.

bedigu: «que sea a nosotros». El último signo nos parece *gu* más que *rr*.

abeguni: «intervalo». Mod. *abegune*.

duerrgu: «lo enturbiamos, lo manchamos». Presente del verbo *uhertu* «enturbiar, manchar». El primer signo nos parece *du* más que *u*.

«Deseamos el sol; pronto lo ocultamos». No estamos nunca satisfechos de lo que habíamos deseado y alcanzado. O bien, cuando alcanzamos cierta felicidad, nosotros mismos la destruimos.

Así, el texto desglosado de la página 30 consta de tres breves proverbios.

Texto A Pico de los Ajos III (17).

Este texto es bastante difícil, quizá porque faltan algunos finales de líneas.

berr: «nuevamente». Mod. *berri* «nuevo». La forma apocopada *berr* se encuentra en *berrogei* «nuevamente veinte» o sea «cuarenta».

dekerr-ari-gu: «nos ocupamos en examinar». Del verbo *ikertu* «reconocer, examinar, podemos esperar una forma sintética *dekerrgu* «lo examinamos»; *ari* añade el sentido de «ocuparse en».

galia: «el trigo». Mod. *garia*, con la var. fonética *gal* en compuestos, cuando la *l* no es intervocálica. Leemos *a*, en vez de *r*, el signo final.

bidar-z-te: «al momento que». Mod. *bidar* «vez»; sufijo *z* «por»; sufijo *te* que indica época, temporada.

di[gu]: «nos lo ha». La sílaba *di* puede empezar una forma de la fle-

(17) FLETCHER VALLS, op. cit. en las notas anteriores, pág. 68.

xión objetivo-receptiva en presente de indicativo. El sentido convida a añadir *gu* (perdido con la parte rota del plomo).

laurr: «breve».

berton: «aquí mismo, en seguida».

ar[i]: «ocupar-se en». La misma secuencia *laurr berton ari* se encuentra más abajo con una *i* final, que añadimos aquí.

li...: podría ser una primera sílaba de condicional, tercera persona singular transitiva (cf. *lituke, liguke,...*) o intransitiva (cf. *liteke, litzake,...*). No podemos decidir.

geldi: «quieto, lento».

belez-ka: «escogiendo». Mod. *berezi* «separar, elegir»; *ka*, sufijo modal que denota acción y se traduce por un gerundio.

guti: «poco».

dugu: «lo tenemos».

zu: «vosotros». Entonces debía de tener valor del plural. Quizás alocutivo de la forma verbal precedente.

bazi(r): «palidez, pálido» (?). La *r* final hace dificultad. ¿Sería una *a*, y tendríamos una forma determinada?

derru[xan]: «que lo escupa», del verbo *erruxatu* «escupir». La inicial *d* supone una forma verbal, y hay pocos verbos que tengan *-rru-* en su radical.

bale: «si viniera». Prefijo *ba* que denota el modo supositivo; *l* indica una tercera persona; *e* es radical del verbo *jen* «venir».

laurr: «breve».

berton: «aquí mismo, en seguida».

ari: «ocupar-se en, ocupación».

guti: «poco».

dugu: «lo tenemos».

begi: «hágalo». Imperativo tercera persona de *egin*. El examen de la foto más bien que una *s* nos parece enseñar *be* y *gi*.

orla: «de ese modo».

guti: «poco». El segundo signo parece *ti*.

itun: «consejar, arreglar». El segundo signo parece *tu* más que *u*.

eri: «especie, clase».

[*e*] *berte(r)*: «hacia el mediodía».

geldi: «quieto, lento».

belez-ka: «escogiendo». Visto poco más arriba.

[*l*] *an*: «trabajo».

ater: «sereno, tiempo seco». Mod. *ateri*.

-ter: «estar a punto de».

balelau: «si lo pudiera traer». Tercera persona del supositivo del potencial condicionado del verbo *eraugi* «traer».

[*da*]*igu*: «lo hacemos, lo damos». Tercera persona del presente de indicativo de un verbo de núcleo *i* que significa «dar, hacer». Restituimos el signo inicial más probable *da*.

galtz(e): «pérdida, daño».

otz: «frío».

erea: «el anverso». Leemos *a* el último signo.

ligurki(r): «esperaría, aguardaría». Condicional de mod. *eguriki* «esperar, aguardar». Al final de línea aparecen, *l*, *i* y *gu*. El final acostumbrado de condicional es *ke*.

galia: «el trigo». Mod. *garia*.

Intentamos construir el discurso:

«Nuevamente nos ocupamos en examinar el trigo en el momento en que aquí mismo lo encontramos corto. Escogiendo un poco, (os) tenemos quietud... Pálido (??). Que escupa, si viniera. Aquí mismo tenemos poca ocupación. Hágalo poco, de ese modo arreglado para la especie, hacia el mediodía. Escogiendo la quietud, si el trabajo pudiera traerse a punto de tiempo seco, lo hacemos. Al contrario, con frío, un daño aguardaría el trigo».

Nos contentaremos provisionalmente con los nueve textos escogidos. Bastan para demostrar que el vascuence interviene en algunas de las inscripciones escritas con signos ibéricos. Todas las traducciones de palabras que damos, figuran en el diccionario de Azkue (18).

Tomamos en cuenta las modificaciones fonéticas ocurridas en la historia de la lengua. La sonorización de las oclusivas sordas iniciales de palabras no hace problema, puesto que el silabario ibérico no introduce la oposición de sonorización. El hecho más notable es el rotacismo de la *l* sencilla intervocálica: *ili/iri*, *sali/sari*, *zelu/zeru*, *eli/eri*, *gali/gari*, *elaugi/eraugi*. Pero, si las *l* intervocálicas antiguas son representadas por *r*, todas las *r* modernas no representan *l* antiguas.

Encontramos bastantes formas verbales sintéticas: *ideke*, *datuten*, *ator*, *leke*, *dunkagu*, *duergu*, *dekeru*, *derruxan*, *bale*, *begi*, *balelau*, *daigu*, *ligurki*; es natural que, en el curso de la vida de una lengua, formas auxiliadas tiendan a suplir formas sintéticas. El vasco moderno sólo tiene una decena de verbos conjugados sintéticamente; eran más numerosos en el siglo XVI. Los auxiliares modernos tienen su valor significativo lleno: *dan*, *dun*, *degun*, *dida*, *bedigu*, *digu*, *dugu*. (El

(18) R. M. DE AZKUE: «Diccionario vasco-español-francés». Reedición, Bilbao, 1969.

indoeuropeo no tenía las formaciones en *-bam*, *-bo* del latín; y el latín no tenía los futuros y condicionales en *-e*, *ía* del romance, aún menos las formas compuestas o perifrásticas).

A veces el verbo se presenta bajo su forma de supino o de radical: *eus*, *uki*, *edin*, *ul*, *ebatsi*, *ari*, *itun*. También los substantivos a menudo se encuentran bajo la forma indeterminada. Eso se entiende en el estilo de proverbios: vasc. mod. *geiegi baño aski obe* «que demasiado suficiente mejor». Pero puede ser debido al uso del vascuence por un escriba que no dominaba perfectamente la lengua, porque no era su lengua natural.

En el conjunto estudiado notamos ocho proverbios y tres narraciones campesinas, historias sencillas de leña, ganado o trigo. No diremos que todo siempre resulta muy claro, más que más con las roturas del plomo; pero parece difícil no reconocer que se trata de textos antiguos en vascuence.

ALBERTO BALIL ILLANA
(Valladolid)

TESSERAE LUSORIAE DE AMPURIAS

Este grupo de fichas de juego del que tratamos no es inédito (1) pero, hasta ahora, no habían sido asociadas con su función específica.

Con la posible excepción de un ejemplar (2) todas ellas presentan la forma descrita, hace casi un siglo, por Hülsen:

«... tessere in forma di bastoncino con una specie de maniglia cilindrica. Somigliano assai alle gladiatorie, ma sono molto più piatte, di modo che nei latti corti non rimane posto per la scrittura e le lettere sono incise soltanto sulla faccia e sul rovescio. La maniglia in quasi tutti gli esemplari è perforata nel senso della lunghezza» (3).

Hülsen en su trabajo, aún básico, enumeraba ochenta y cuatro piezas de este tipo, aparte las circulares con figura en el anverso e inscripción griega en el reverso, con noventa y ocho ejemplares (4).

(1) M. ALMAGRO BASCH: «Inscripciones ampuritanas griegas, ibéricas y latinas», Monografías Ampuritanas, II, Barcelona, 1952, págs. 177-180, núms. 130-136.

(2) ALMAGRO BASCH, op. cit. en la nota anterior, núm. 131; probablemente la extremidad está rota y fue substituída mediante una perforación.

(3) Chr. HÜLSEN, Deutsches Archäologisches Institut, Mitteilungen. Römische Abteilung, XI, 1896, pág. 228.

(4) HÜLSEN, op. cit. en la nota anterior, págs. 227 y ss. Entre la bibliografía anterior, hay que señalar: A. BLANCHET, Real-Encyclopädie der Altertumswissenschaft (citada en adelante por las siglas RE), s. 3.ª, XIII, 1889, págs. 225 y ss.; XIV, 1889, págs. 64 y ss. y 243 y ss.; H. GRILLOT, Melanges d'Archéologie et d'Histoire, École Française de Rome, XIV, 1896, págs. 299 y ss.

Sin duda, la serie es mucho más numerosa, por cuanto Hülsen tuvo en cuenta sólo las piezas de segura, o probable, procedencia italiana, excepto tres ejemplares griegos procedentes de Esmirna y Beyruth. Deonnà dio a conocer ocho, una anepígrafa de Delos (5); Piccottini, Vettters y Egger, otras, análogas en la forma pero no en el texto, de Magdalensberg (6).

Con respecto a la Península Ibérica, aparte las de Ampurias, hay que prescindir de *CIL*, II, 4936,2 (de Italia), conozco una, distinta, de Sagunto (*CIL*, II, 6246) y otra de Bilbilis (7), pero no deben ser escasas.

En lo que se refiere a los lugares de hallazgo generalmente se desconocen. En el caso de Delos proceden de casas, calles o plazas; en Ampurias sólo se conoce el hallazgo de una en un corte estratigráfico a extramuros de la ciudad romana (8). Finalmente un notable grupo fue hallado en Perusa, formando parte del ajuar de una tumba de inhumación (9).

Cuando se estudian estas piezas en conjunto, como hiciera Hülsen, se observa que en unos pocos casos no aparece el numeral en el reverso de ellas y sólo una expresión en el anverso, que en algunos la misma expresión puede corresponder a un numeral distinto. Las expresiones injuriosas, como advirtió Gamurrini, van unidas a los numerales más bajos, mientras las más halagüeñas corresponden a numerales altos (10).

(5) Delos, W. DEONNÀ: «Le mobilier délien», 1938, págs. 335 y s. (= Exploration Archéologique de Délos, XIV).

(6) Magdalensberg, H. PICCOTTINI: «Aufstieg und Niedergang des Römische Welt», II (Principat), 1977, pág. 292, lám. XVI. Con más detalle: H. VETTERS: «Carinthia» I, 1954, págs. 3 y ss. que no me han sido accesibles. Sorprende ver en ellas nombres personales como *Mandatus*, *Acastus*, *L. Stalacius*, *L. F. Secundus* y, en todos los sentidos la invocación *Bono Pompo* (...)

(7) Inédita. Debo su conocimiento al Dr. Martín Bueno. Hallada en el teatro, sin numeral, en anverso *Acutus*.

(8) ALMAGRO BASCH, op. cit. en la nota 1, núm. 130.

(9) HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, pág. 228, basado en E. BRIZIO, *Notizie degli Scavi di Antichità, Regia Accademia dei Lincei, Roma, 1887, pág. 396* (cfr. *CIL* XI, 6728, 5 y ss.). Esta serie de Perusa, que alcanza hasta el número XL es una de las más completas. Hay que anotar que aparecieron asociadas con una serie de fichas de piedra y pasta vítrea; estas últimas eran 816, de color azul turquesa, amarillo y blanco. Algunas de las fichas de piedra tenían inscripciones (cfr. HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, pág. 229). Mi impresión personal es que este ajuar contenía, cuando menos, piezas de dos juegos distintos. Por ahora este hallazgo es el único en el cual tales *tesserae* no pueden considerarse piezas perdidas, sea en el interior de una casa, sea en una vía pública.

(10) HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, pág. 238 y s.

Poniendo al día el material reunido por Hülsen tendríamos las siguientes relaciones entre numerales y apelativos (11):

I	<i>nugator; nugo</i> (A)
II	<i>fur</i>
III	<i>moice</i>
IIII	<i>ebriose, vapiro, gulo</i>
V	
VI	<i>cunulinge, mula</i>
VII	<i>vinaidus, ficose, patice</i>
VIII	<i>patice, cunilinge</i>
VIIII	<i>vappa</i>
X	<i>cunnio, tube</i> (A)
XI	<i>trico, gaudesne, nugator, lupa</i>
XII	<i>verecund(e), fulco, felix</i> (D)
XIII	<i>vix rides</i>
XIIII	<i>moraris, vinose, arpax</i> (D)... (A)
XV	<i>argute</i>
XVI	<i>lupa</i>
XVII	<i>pernix, fatue</i>
XVIII	<i>avidus</i> (D)
XVIIII	<i>arpax, vinose</i> (D)
XX	<i>gumia, benignus, pul</i> (D)
XXI	<i>gumia, audax</i>
XXII	<i>impudes</i>
XXIII	<i>moece, malest</i>
XXIIII	<i>fortunat(e)</i>
XXV	<i>facete</i>
XXX	<i>amator, benigne</i>
...	
XL	<i>felix</i>
...	
XX	cl... (A)

Esta lista permite observar la variedad, incluso con novedades con respecto a la amplia serie de Hülsen, de nombres y subrayar cómo algunos pueden utilizarse con distintos numerales (12). La correlación

(11) HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, pág. 233 y s., añadiendo los de Delos (D) y Ampurias (A), que no aparecían en aquella. Respecto a las piezas de Ampurias no es novedad: núm. 130 (FORTUNATE / XXIIII), núm. 131 (AMATOR / numeral borrado, quizás XXX), sí el núm. 132 (TUBE / X), núm. 133 (NUGO / I, pero no *nugator*), núm. 134 es dudoso (... / XXIIII), no lo es tampoco el núm. 135 (AUDAX / XXI), no es susceptible de desarrollo o reconstrucción el núm. 136 (CL... / XX...). La serie ampuritana es, por consiguiente, más variada que la de Delos.

(12) HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, pág. 234 y ss.

I-XXV, XXX, XL, sigue manteniéndose. Ninguna relación puede deducirse ahora; el resultado de Hülsen sigue siendo válido, con las mal llamadas «tesserae theatrales» (13) y que Hülsen relaciona con el *ludus duodecim scriptorium* (14).

El grupo de *tesserae* aquí estudiadas no corresponde a un juego de tablero, tampoco creo que la presencia en algunas del nexa AL junto al numeral indique que se tratara de un juego con dos series de fichas, pues sobre ochenta y cuatro *tesserae* reunidas por Hülsen sólo aparece en diez, en ninguna de las ocho de Délos, pese a su variedad de orígenes. Por ello excluyo también que el juego fuera una variante de nuestras «loterías» de cartones con sus numerales y sus alusiones, al modo aún en uso en Italia o España (15). Sin embargo, tampoco es aceptable la vinculación con los «War games» antiguos, tipo *ludus Troiae*, *ludus latruncularum* (16), sus versiones modernas, en ocasiones de origen antiguo, como el «juego del asalto», el «juego del molino», ni aquellos de fichas y dados, chaquete, «black gammon», etc. (17) o incluso el de «tres en raya» (18).

Propiamente estas piezas no son *tesserae* en su sentido estricto (19), independientemente del material utilizado. Tampoco son entendidas como *sortes* propiamente dichas, en cuanto no hay un significado religioso y su propósito era puramente recreativo (20). La relación con las *sortes* debe buscarse exclusivamente en el factor azar, la extracción, probablemente de una bolsa, de estas piezas, cuyo remate permitiría conservarlas ensartadas, pero también ser utilizado como agarradera. Vencería aquel jugador que extrajera, entre dos o más, mayor número de puntos y las invocaciones darían, a su vez, un aspecto un tanto jocoso, no exento de zafiedad para nuestros usos, al

(13) HÜLSEN, op. cit. en la misma nota, págs. 238 y ss.

(14) HÜLSEN, op. cit. en dicha nota, págs. 238 y ss.

(15) Para la sigla AL, HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, págs. 236 y ss. La interpretación como fichas de lotería, con numeral y sobrenombre, en G. F. GAMURRINI, *Notizie degli Scavi di Antichità*, Regia Accademia dei Lincei, Roma, 1887, pág. 369, aunque señala la posibilidad de que se utilizaran como naipes.

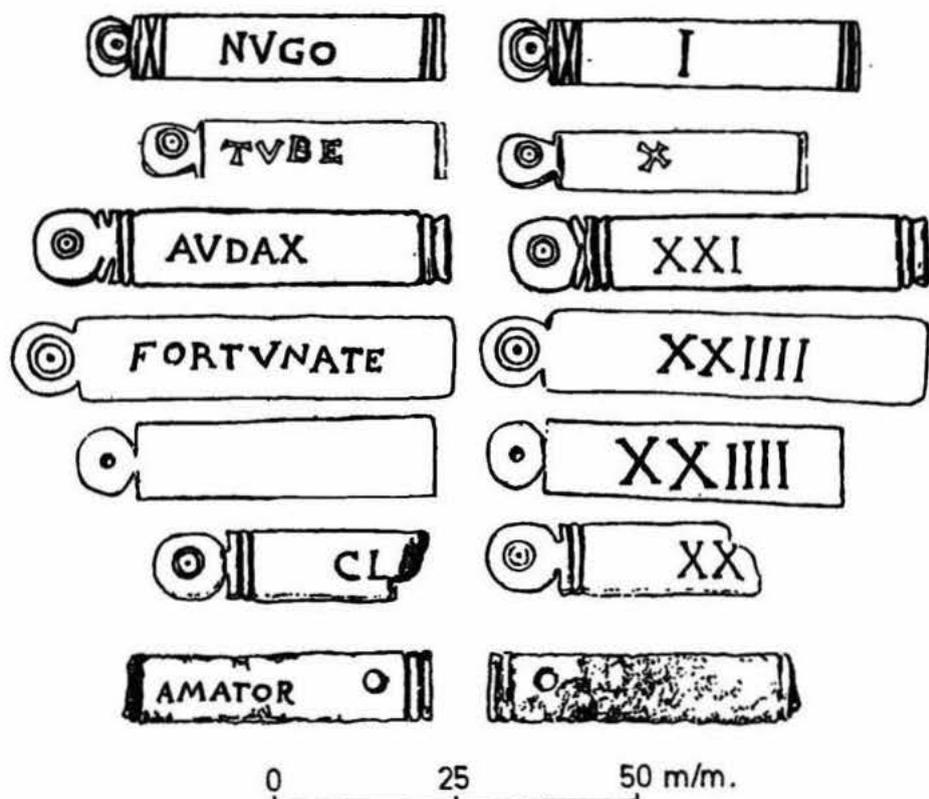
(16) HÜLSEN, op. cit. en la nota 3, págs. 236 y s., reinterpretando a J. BECQ DE FOUCQUIERES: «Les jeux des anciens» 1873², pág. 497. Esta opinión puede excluirse como ha señalado ya G. ELMER: «Lusoria, tabula», en RE, s. v.

(17) Sostienen aún su identificación con los *latrunculi*, G. LAFAYE, *Dictionnaire de Ch. DAREMBERG y E. SAGLIO*, s. v. «tessera» tomo V, pág. 128, DEONNÁ, op. cit. en la nota 5, pág. 335. Lafaye se inclina aún con su posible relación con la lotería pero, en tal caso ¿cómo relacionar dos nombres distintos con el mismo numeral? Téngase en cuenta, además, que las citadas asociaciones se basan, en parte (p. e. en el núm. 22), en números árabes sin tener cabida en los numerales romanos.

(18) M. ALLENDESALAZAR: «Coleccionismo de soldados», 1978, págs. 179 y ss.

(19) Cfr. K. RIEGLING: «Tesserae», RE, s. v.

(20) Cfr. G. ELMER «Sortes», RE, s. v.



Tesserae de Ampurias (según M. Almagro)

juego. El azar combinaría no sólo los puntos sino una serie de apelativos (21), pero con una cierta alternancia entre los injuriosos y los de buen augurio. La puntuación máxima, con el total de las fichas, es 399, lo cual supone la imposibilidad de un empate entre dos jugadores, sí cabe entre tres, pero no entre números sucesivos excepto siete, lo cual supone ya una cifra elevada para un juego «de mesa». Tres fichas, las XXV, XXX y XL, podrían dar una gran ventaja inicial. Las veinte primeras fichas daban un total de 214 puntos y la diferencia es mayor si se tiene en cuenta las comprendidas entre 1 y 10 y 11 y 20. Las mayo-

(21) Recuérdese el estribillo de la canción infantil inglesa, «soldier, taylor, sailor, spion...».

res probabilidades correspondían a estas dos series disminuyendo ya con 21 y 25. Al mismo tiempo disminuyen las frecuencias de las expresiones injuriosas y aumentan las lisonjeras o, simplemente, las de buen augurio. El azar se reduciría a la insaculación puesto que es poco probable que se atribuyera al jugador la ficha cuyo numeral correspondía al punto extraído mediante dados. Con nuestros dados serían necesarios, o bien siete o seis con puntuaciones en blanco para poder alcanzar el punto XL. El mundo romano usaba, junto al dado hexagonal, otros más complejos como el *teetotum* (22) o dodecaedros, como el conocido de Ampurias (23) o incluso de veinte lados (24), pero son ejemplares bastante raros para poder asociarlos a un juego que no fuera, simplemente, de dados.

(22) Cfr. ELMER, op. cit. en la nota 16, col. 2024. No pudieron ser utilizados como dados los llamados «dodecaedros mágicos». Cfr. S. BOUCHER: «Recherches sur les bronzes figurés de Gaule pré-romaine et romaine», 1976, págs. 212 y s.

(23) CIL II, 6246. G. LAFAYE, op. cit. en la nota 17, pág. 127 y ELMER, op. cit. en la nota 16, cit. 2024.

(24) LAFAYE, op. cit. en la nota 17, loc. cit. y ELMER, op. cit. en la nota 16, 2025 y ss.

GERARDO PEREIRA MENAUT

(Santiago de Compostela)

**VALENTINI VETERANI ET VETERES.
UNA NOTA**

DOMENICO ● FLETCHER
MAGISTRO ● OPTIMO

El problema histórico planteado por la existencia, en la colonia romana de Valentia, de un doble cuerpo de ciudadanos, los *Valentini Veterani* y los *Valentini Veteres*, ha suscitado hasta el momento muy poca discusión, probablemente debido a la escasez de fuentes y de paralelos. Sin embargo, se trata de algo importante para la historia de la ciudad, pues en ello está implicado el origen de los primitivos pobladores de Valencia, que, como se sabe, pudieron ser lusitanos derrotados o bien otros; la investigación no ha llegado a una solución definitiva.

La cuestión básica es quiénes eran unos y otros —los *Veterani* y los *Veteres*— y en particular si hubo dos asentamientos de población distintos, siendo los segundos los primeros y según toda probabilidad los iniciales. Curiosamente, los investigadores aceptan generalmente que hubo dos asentamientos de población, pero no siempre se pone ello en relación con la existencia, evidenciada en las inscripciones romanas, de las dos clases de Valentini. Para una introducción más documentada al problema, con las referencias bibliográficas pertinentes, remito

al lector a la de mi publicación de las Inscripciones Romanas de Valentia (1).

Así las cosas, se puede decir que seguimos ignorándolo todo o casi todo sobre la naturaleza de la primitiva población de Valentia, sobre si hubo o no hubo dos asentamientos diferentes de población, sobre quiénes y qué eran las dos clases de Valentini mencionados en las inscripciones y sobre el funcionamiento de la ciudad. El único punto claro es que había dos *ordines* municipales, que a veces decretaban independientemente y a veces como un solo cuerpo —lo muestran las inscripciones con las fórmulas *decretum decurionum Veteranorum* y *uterque ordo Valentiorum decrevit*—, magistraturas únicas (*IIvir, aedilis* de todos los Valentini). Sobre todo ello, esta nota pretende solamente ofrecer algún paralelo que puede aportar cierta luz, no para resolver problemas, sino más bien para vivificar lo que en el presente momento, y en la medida en que estoy informado, es una *dead line* para la investigación.

Dice Cicerón en Verr. II, 2, 123 s.s.:

Agrigentini de senatu cooptando Scipionis leges antiquas habent, in quibus et illa eadem sancta sunt et hoc amplius: cum Agrigentorum duo genera sint, unum veterum, alterum colonorum quos T. Manlius praetor ex senatus consulto de oppidis Siculorum deduxit Agrigentum, cautum est in Scipionis legibus ne plures essent in senatu ex colonorum numero quam ex vetere Agrigentorum. (...) Nam cum esset ex veterum numero quidam senator demortuus, et cum ex utroque genere par numerus reliquus esset, veterem cooptari necesse erat legibus, ut is amplior numerus esset. (...) Idem fecit Heracleae. Nam eo quoque colonos P. Rupilius deduxit, legesque similes de cooptando senatu et de numero veterum ac novorum dedit.

Del texto se deduce:

1. En un momento determinado, sin duda la 2.^a Guerra Púnica, la ciudad de Akragas (= Agrigentum) recibe un nuevo aporte de ciudadanos, que son los *coloni*, mientras que los anteriores son los *veteres*. Lo mismo sucedió en Heraclea, pero aquí se llaman *novis* y *veteres* respectivamente. No hay duda que la forma de llamarlos solamente es la más genérica, la más cómoda, pero sin más implicaciones.

2. Los miembros del senado de Agrigentum quedan divididos en dos clases, la de los *veteres* y la de los *coloni*. El número de senadores de los *veteres* ha de ser siempre superior, al menos en uno, al de los *coloni*. Hay, pues, senadores o decuriones de los *veteres* y decuriones

(1) G. PEREIRA MENAUT: «Inscripciones romanas de Valentia», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia, núm. 64, Valencia, 1979.

de los *coloni*, es decir, *decuriones Agrigentorum veterum* y *decuriones Agrigentorum colonorum*. Pero de ello no se deduce que haya dos curias o senados, pues de ser así no tendría sentido que la ley establezca esa mayoría del número de *decuriones A. veterum*, que sólo se explica si se pretende que, al tomar decisiones *juntos*, éstos tengan una ligera pero mayor posibilidad de ganar en las votaciones. Si sólo hay una curia, es obvio que sólo hay una magistratura (si bien colegiada, en su caso). Además, sería imposible que hubiese dos magistraturas superiores con la misma *iuris dictio* para gobernar una sola ciudad. Tómese como ejemplo la confederación de las cuatro colonias en torno a Cirta, en Africa, donde las magistraturas también son únicas, a pesar de tratarse de cuatro colonias, cuatro núcleos urbanos diferentes.

Sin embargo, el hecho de que cada clase (*genus*, en Cic.) de ciudadanos de Agrigentum tenga su propio orden decurional, quiere decir que habrían de actuar distintamente, no representando intereses distintos —tal idea sería un mal empleo de conceptos actuales—, sino teniendo distintas esferas en la aplicación de su *iuris-dictio*: bajo la autoridad del magistrado los decuriones de los *coloni* decidirían sobre, por ejemplo, un caso de *tutela* de un huérfano de los *coloni*, etc. Para otro tipo de cuestiones, las cosas serían quizá distintas, y desgraciadamente sólo podemos hacer tímidas conjeturas, sin llegar a saber nada con seguridad. Es pensable, sin embargo, que el ejemplo de la tutela pueda ser extrapolado con cierta fiabilidad: a tenor de lo que conocemos en las leyes municipales, se puede decir que la separación de los dos *ordines* decurionales no afectaría a las cosas de la *respublica*; sí, en cambio, a las del *populus*, que está dividido. Todo ello tiene preciosas implicaciones que la investigación debería intentar conocer. Si ello no es así, en fin, lo que pretende garantizar la ley de Escipión carecería de todo sentido, y ello es impensable.

El lector familiarizado con el caso de Valentia comprenderá inmediatamente la estrecha similitud que éste presenta con el de Agrigentum o quizá Heraclea en Sicilia. Pero éstos no son el único paralelo. Gracias al conocido trabajo de Leo Teutsch conocemos bastante bien los numerosos paralelos africanos, que se dan en ciudades donde o bien hubo un segundo asentamiento de ciudadanos o por diversas razones se mantuvo una separación, dentro del *populus* (sin que ambas partes tengan necesariamente el mismo estatuto), que se transluce en la curia. La epigrafía muestra abundantes y curiosos testimonios de un funcionamiento semejante al de Valentia, en la forma *decreto ordinis et colonorum* (CIL VIII 18587), *pagus Mercurialis veteranorum Medelitanorum* (CIL VIII 885), *ex decreto utriusque ordinis*

(igual que en Valentia, CIL VIII 26121) y un largo etcétera. Algo semejante se da también en la *civitas et colonia Treverorum*, que conocemos mejor gracias a H. Wolff.

Si todos estos paralelos son elocuentes, y utilizando también otras informaciones que poseemos para Valentia, podemos establecer las siguientes hipótesis que, como queda dicho, solamente pretenden animar una línea de investigación poco asistida por la documentación.

1. La ciudad romana de Valentia fue fundada con soldados licenciados de los ejércitos que lucharon *contra* Viriato. Es lícita esta traducción del *sub Viriatho* de Livio, como ya ha sido señalado en repetidas ocasiones, y sólo así se explica que algunos años después de la fundación se emita moneda firmada por magistrados monetales cuyos nombres son de la más pura cepa itálica (información que debo a Alberto Ribera), y también que pronto obtenga el estatuto de colonia. Estos primitivos ciudadanos deben ser los *valentini veteres*.

2. En algún momento de la vida de la ciudad, ésta recibió un nuevo aporte de ciudadanos, seguramente soldados licenciados de las legiones, que son los *Valentini veterani*. No sabemos por qué se dio este segundo asentamiento. Las razones pueden ser muy variadas. Para asegurar la fidelidad (Agrigentum, que había hecho defección), porque el territorio era muy grande (Augusta Emérita), o porque la ciudad había quedado en absoluta debilidad estructural, que será quizá el caso de Valentia si es cierto que hubo una riada y la ciudad fue seriamente dañada, como parecen indicar la arqueología con su estrato de lodo y la epigrafía con la inscripción monumental del siglo I d. C. donde aparece la palabra CLADES, que significa desastre, calamidad, siniestro, y que debió formar parte de un edificio público levantado después del desastre, que allí se menciona. El asentamiento de los *veterani* debe haber tenido lugar, pues, en el siglo I d. C. y pueden haber sido licenciados de cualquier cuerpo de ejército, estacionado o no en Hispania. Las inscripciones también avalan esa datación.

3. Los *veteres* y los *veterani* no se mezclaron del todo, sino que tuvieron, cada uno de ellos, una parte determinada del número total de «concejales» de la ciudad. Unas veces actuaban juntos, otras por separado. Es decir, había ámbitos de la vida de la ciudad en los que sus jurisdicciones coincidían, otros en los que no coincidían. No sabemos de qué parte de la doble comunidad de ciudadanos se reclutaban los «alcaldes». Quizá de las dos. Las inscripciones, en todo caso, solamente nos permiten conocer magistrados que habían sido «concejales» de los *veterani*. Pero a uno de ellos, los honores fúnebres le fueron decretados *ab universo ordine Valentinorum*, por todos los Valentini sin distinción.

GÉZA ALFÖLDY
(Heidelberg)

M. CORNELIUS NIGRINUS FILIUS, UN «HIJO PERDIDO»

La lápida romana más importante de Liria y una de las lápidas antiguas más interesantes del País Valenciano es el monumento epigráfico que describe la carrera del gran senador M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus— lápida que he podido estudiar y publicar junto con H. Halfmann, gracias al apoyo de don Domingo Fletcher Valls, quien tantas veces ha ofrecido su ayuda para mis estudios epigráficos y a quien quisiera expresar mi agradecimiento con esta pequeña contribución a su homenaje. Desde la publicación de la lápida del «general de Domitiano y rival de Trajano» en el año 1973 (1), la personalidad y el *cursus honorum* del senador obtuvieron en las investigaciones epigráficas e históricas mucha atención y suscitaron tam-

(1) G. ALFÖLDY y H. HALFMANN: «El edetano M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus, general de Domitiano y rival de Trajano», Serie de Trabajos Varios del Servicio de Investigación Prehistórica, núm. 44, Valencia, 1973. Versión alemana: G. ALFÖLDY y H. HALFMANN: «M. Cornelius Nigrinus Curiatius, General Domitians und Rivale Trajans», Chiron, 3, München, 1973, págs. 331-373. Véase también: G. ALFÖLDY; en L. MARTI FERRANDO: «Lápidas romanas de Liria», Archivo de Prehistoria Levantina, XIII, Valencia, 1972, págs. 187-189, y H. HALFMANN: «M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus, General Domitians und Rivale Trajans», en Akten des VI. Internationalen Kongresses für Griechische und Lateinische Epigraphik München 1972», München, 1973, págs. 449 y ss.

Agradezco la revisión del texto castellano del presente artículo a la profesora doctora A. CANTO Y GREGORIO y a la señorita C. PUERTA (Madrid).

bién varias contribuciones a la discusión (2), tanto con ideas constructivas y estimulantes como con algunas teorías y observaciones equivocadas, hasta el error de que Liria sea una ciudad de la provincia Baetica (3). Sin embargo, a pesar de algunas divergencias de opinión al fechar el último puesto en el *cursum honorum* del senador (4), los especialistas están de acuerdo en que M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus fue uno de los senadores más influyentes de la época flavia, con un papel histórico extraordinario.

(2) Véase AEp 1973, 283; R. SYME, en Akten des VI Internationalen Kongresses für Griechische und Lateinische Epigraphik München 1972, München, 1973, pág. 451; R. SYME: «The March of Mucianus», *Antichthon*, 11, 1977, págs. 78 y ss. especialmente las págs. 83 y ss.; R. SYME: «Roman Papers III», Oxford, 1984, págs. 998 y ss., en especial la pág. 1.004; R. SYME: «The Enigmatic Sospes», *Journal of Roman Studies*, 67, London, 1977, págs. 38 y ss., especialmente la pág. 41; R. SYME: «Roman Papers» III, Oxford, 1984, págs. 1043 y ss., especialmente la pág. 1049; R. SYME: «Governors Dying in Syria», *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 41, Bonn, 1981, págs. 125 y ss., en especial las págs. 136 y ss.; R. SYME: «Roman Papers», III, Oxford, 1984, págs. 1376 y ss., especialmente las págs. 1386 y ss.; R. SYME: «Hadrianic Governors of Syria», en *Romanitas Christianitas. Untersuchungen zur Geschichte und Literatur der Römischen Kaiserzeit*, J. Straub... gevidmet, Berlin-New York, 1982, págs. 230 y ss. en especial la pág. 231; R. SYME: «Clues to Testamentary Adoption», en *Epigrafía e ordine senatorio*, I, tituli 4, 1982, págs. 397 y ss. especialmente las 400 y 402; R. SYME: «Spaniards at Tivoli», *Ancient Society*, 13/14, 1982/83, págs. 241 y ss., en especial las 255 y ss.; R. SYME: «Antistius Rusticus. A Consul from Corduba», *Historia*, 32, 1983, págs. 359 y ss. en especial las 363, 364 y 367; R. SYME: «Domitian: The Last Years», *Chiron*, 13, München, 1983, págs. 121 y ss. especialmente las 142 y ss.; R. SYME: «Spanisch Pomponii. A Study in Nomenclature», *Gerion*, 1, Madrid, 1983, págs. 249-266, en especial las págs. 253 y 257; J. DEVREKER, Akten des VI. Internationalen Kongresses für Griechische und Lateinische Epigraphik München 1972, München, 1973, págs. 451; J. DEVREKER: «L'adlectio in senatum de Vespasien», *Latomus*, 39, Bruxelles, 1980, págs. 70 y ss., en especial las págs. 73 y 81; W. ECK: «M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus», en *RE Supplementum XIV*, 1974, págs. 107 y ss.; W. ECK: «Beförderungskriterien innerhalb der senatorischen Laufbahn, dargestellt an der Zeit von 69 bis 138 n. Chr.», en *ANRW*, II, 1, Berlin-New York, 1974, págs. 158 y ss., en especial las págs. 166, 187, 215 y 224; W. ECK: «Jahres- und Provinzialfasten der senatorischen Statthalter von 69/70 bis 138/139», *Chiron*, 12, München, 1982, págs. 281 y ss., especialmente las págs. 304, 310 y 324; B. E. THOMASSON: «Senatores procuratoresque Romani», Göteborg, 1975, págs. 32 y ss.; B. E. THOMASSON: «Laterculi Praesidium», I, Göteborg, 1984, págs. 35, 125, 130, 148, 308 y s.; G. W. HOUSTON: «Vespasian's Adlection of Men in senatum», *American Journal of Philology*, 98, Baltimore, 1977, págs. 35 y ss., especialmente las págs. 39, 42 y 53; H.-G. PFLAUM: «Les Fastes de la Province de Narbonnaise», *XXX Supplement de «Gallia»*, Paris, 1978, pág. 17; Zs. VISY: «Der Beginn der Donau-Kriege des Domitian», *Acta Archaeologica Hungaricae*, 30, Budapest, págs. 37-60, en especial la pág. 42; B. W. JONES: «Domitian and the Senatorial Order: A Prosopographical Study of Domitian's Relationship with the Senate» Philadelphia, 1979, pág. 102, núm. 87; G. ALFÖLDY, *AJAH*, 4, 1979, pág. 183, núm. 38; T. D. BARNES: «Curiatius Maternus», *Hermes*, 109, Wiesbaden, 1981, págs. 382 y ss.; P. LE ROUX: «Les sénateurs originaires de la province d'Hispania citerior au Haut-Empire romain», en *Epigrafía e ordine senatorio*, II, Tituli 5, 1982, págs. 439 y ss., especialmente la pág. 457.

(3) AEp. 1973, 283; T. D. BARNES, op. cit. en la nota anterior («Curiatius Maternus»), págs. 382.

(4) Contra estas opiniones, véase G. ALFÖLDY, op. cit. en la nota anterior (*AJAH*, 4), pág. 183, núm. 38, y ahora sobre todo, R. SYME op. cit. en la nota anterior («Governors dying in Syria»), pág. 142; R. SYME: «Roman Papers», III, Oxford, 1984, pág. 1391: «... No place or reason remains for an ephemeral governorship of Cornelius Nigrinus in 89 and 90. After doubts and hesitation, the man of Liria may maintain and reinforce the role assigned during the crisis of the year 97».

A pesar de esta importancia de la personalidad del senador procedente de Liria, su familia es muy poco conocida. Con certeza, sabemos que los *Cornelii* eran la *gens* más importante de Liria (5), y no cabe duda de que el gran hijo de esta ciudad estaba relacionado con Curiatius Maternus, el héroe en el *Dialogus de oratoribus* de Tácito, y con otro senador de la época flavia y trajanea, L. Sertinius Quintilianus Acilius Strabo C. Curiatius Maternus Clodius Nummus, *consul* en el año 144 (6). Hasta ahora, eso era prácticamente todo lo que se conocía de la familia. Sin embargo, una inscripción de Liria nos permite saber algo más.

Esta inscripción tiene una historia extraña. Teóricamente ya se conocía desde hace más de dos siglos: en su libro «A los edetanos o hijos de Liria», publicado en Valencia en el año 1759, José Ríos, historiador de Liria, anotó que en el año 1758 en dicha ciudad, junto al Convento de los Trinitarios, se había encontrado una lápida romana con el texto M CORNELIO / M F GAL / NIGRINO / FILIO (7). Pero después esta lápida desapareció y fue completamente desconocida para E. Hübner al recoger los epígrafes de la Península Ibérica en el *Corpus Inscriptionum Latinarum*. Aparte de la publicación del texto según la lectura de Ríos, en un artículo sobre la epigrafía romana de Liria escrito por Luis Martí Ferrando, meritorio cronista de dicha ciudad, y aparte de una noticia breve sobre este texto a base de la obra de Martí en nuestro citado trabajo dedicado a M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus (8), la inscripción de M. Cornelius Nigrinus filius seguía siendo prácticamente desconocida para la epigrafía romana hasta los últimos tiempos. Sin embargo, en el año 1980, la lápida publicada por Ríos —o bien, si se quiere, otra lápida con el mismo texto— apareció en Liria de nuevo, en la partida de Mura, junto a lo que fuera Posada del Remedio, al cimentar un nuevo edificio. Esta noticia la agradecemos a Luis Martí Ferrando, quien ha publicado el texto en una revista local y ha procurado que la lápida se colocase en Liria en el Cerrillo de la Sangre, en el sitio donde estuvo el antiguo castillo de dicha ciudad, en un pequeño parque, junto con otra lápida recientemente encontrada que atestigua a otro Cornelius que murió en un *bellum Mauricum*

(5) ALFÖLDY y HALFMANN, op. cit. en la nota 1 (Chiron, 3), pág. 345; G. ALFÖLDY, Chiron, 15, München, 1985.

(6) Curiatius Maternus: Conf. infra, notas 21 y 22; L. Sertinius Quintilianus: PIR² A 83.

(7) MARTÍ FERRANDO, op. cit. en la nota 1, pág. 181, núm. XXXVIII.

(8) ALFÖLDY y HALFMANN, op. cit. en la nota 1, págs. 13 y 22 (Serie de Trabajos Varios) y págs. 338 y 345 (Chiron). Cfr. también W. ECK: RE Suppl. XIV, 1974, pág. 108.

(9). Fue otra vez más Domingo Fletcher Valls— a quien agradezco la posibilidad de estudiar estas dos lápidas— quien me comunicó, con ocasión de un encuentro en la primavera de 1983, su existencia, lo cual me impulsó a dirigirme inmediatamente a Liria, donde investigué ambas lápidas junto con el doctor Wolfgang Kuhoff (10). Tanto más grande fue mi irritación cuando, en ocasión de una nueva visita a Liria durante la primavera de 1985, he llegado a saber que la lápida de M. Cornelius Nigrinus filius después de 1983 ha sido robada; como su tamaño era más pequeño que el de la lápida que atestigua el *bellum Mauricum*, los malhechores dejaron esta segunda lápida en su lugar (lo que esperamos también para el futuro) y robaron el monumento que pesaba menos. Como única documentación completa de este monumento perdido quedan, al menos hasta que la lápida quizás aparezca algún día por tercera vez, la descripción y la fotografía publicadas en el presente artículo.

Se trata de un bloque de piedra caliza gris, cuya cara posterior ha sido cortada, evidentemente para una reutilización de la piedra. El campo epigráfico está encuadrado por molduras triples cuyos restos aparecen también en las caras laterales. La altura es de 62 cms.; la anchura, de 53 cms.; y el grosor, incompleto en el estado actual, de 20 cms. Los cuatro renglones del texto, con letras cuya altura disminuye desde 5 cms. en el renglón primero hasta 4 cms. en el último (y con una O de 2'5 cms. al final del renglón primero), se encuentran entre líneas auxiliares. Evidentemente el bloque servía como pedestal de una estatua: su tipo corresponde claramente al más frecuente para los pedestales del *Conventus Tarraconensis*, que, en varios casos, tenían también una base y un coronamiento producidos separadamente, los cuales en otras ocasiones, sin embargo, pudieron servir para mantener una estatua también en su forma sencilla, sin base y coronamiento (11). Lo que sorprende es solamente el menor tamaño del pedestal de M. Cornelius

(9) L. MARTI FERRANDO: «Nuevas aportaciones arqueológicas», en *Fira i festes de Sant Miquel, Liria, 1982*, tres páginas sin numerar. Sobre la inscripción que menciona el *bellum Mauricum*, véase ahora G. ALFÖLDY: «Bellum Mauricum», *Chiron*, 15, München, 1985.

(10) Pude ver la lápida el día 22 de marzo de 1983. Mucho agradezco la amable ayuda que me prestó don Luis Martí Ferrando y su familia, e igualmente agradezco al doctor Wolfgang Kuhoff, a quien se debe la foto de la pieza.

(11) Sobre este tipo de pedestales véase G. ALFÖLDY: «Bildprogramme in den römischen Städten des *Conventus Tarraconensis*. Das Zeugnis der Statuenpostamente», *Homenaje a García Bellido*, IV, *Revista de la Universidad Complutense*, XVIII, Madrid, 1979, págs. 177 y ss., cfr. G. ALFÖLDY: «Römische Statuen in Venetia et Histria. Epigraphische Quellen», *Abhandlung der Heidelberger Akademie der Wissenschaften, Philologisch-Historische Klasse, Jahrgang 1984*, 3 Abhand, Heidelberg, 1984, especialmente las págs. 26 y ss.; en contra, J. BONNEVILLE: «Le support monumental des inscriptions: terminologie et analyse», en «*Epigraphie hispanique. Problèmes de méthode et d'édition*», Paris, 1984, págs. 117 y ss., en especial la pág. 135; véase ahora G. ALFÖLDY, en *Germania*, 63, Mainz am Rhein, 1985.

Nigrinus filius: en contraste a este pedestal, con una cara anterior de 62 por 53 cms. y un grosor original seguramente no mayor de 40 ó 50 cms., el tamaño normal de los pedestales de este tipo es de unos 90 por 60 por 55 cms. (12).

El texto se lee como ya lo hiciera José Ríos (véase también lám. I):

M(arco)·Cornelio
M(arci)·f(ilio)·Gal(eria tribu)
Nigrino
f(ilio)

La inscripción verdaderamente «lapidaria» no dice más que el monumento —entonces una estatua con su pedestal llevando la inscripción— fue dedicado a Marcus Cornelius Nigrinus «hijo», hijo de Marcus, inscrito en la tribu Galeria. Aparte del hecho de que conocemos en Liria a M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus, la coincidencia del lugar del hallazgo y de la tribu demuestra que el Nigrinus «hijo» era ciudadano de Liria (13). Que el dedicante no se mencione, se explica por la razón de que para el «público», es decir para aquellos que pudieron ver la estatua, la identidad del dedicante no tenía duda. Esto indica que la estatua fue puesta o bien por un miembro de la familia en una área propia, por ejemplo en la casa o quizás en un monumento sepulcral de la familia, o bien por la comunidad de los ciudadanos de Liria (o por el *ordo decurionum* como representante de la comunidad) en un sitio público, por ejemplo en el foro de la ciudad (14).

¿Quién fue M. Cornelius Nigrinus filius? A primera vista se podría pensar que no fue otra persona que el gran senador de Liria: la nomenclatura semejante, en ambos casos con los elementos básicos M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus, puede conducir a esta conclusión (15). Sin embargo, aparte del hecho de que en la nomenclatura de M. Cornelius Nigrinus filius falta el nombre Curiatius Maternus y que en su inscripción no aparece ningún cargo del *cursus honorum*, es el uso de la pala-

(12) ALFÖLDY, op. cit. en la nota 11 (Homenaje a García Bellido), pág. 185.

(13) Sobre la *Galeria tribus* de los ciudadanos de Liria véase ALFÖLDY y HALFMANN, op. cit. en la nota 1, pág. 8 de Serie de Trabajos Varios y pág. 334 de Chirón 3. Ahora G. ALFÖLDY, op. cit. en la nota 9.

(14) Para dedicciones semejantes cfr. ALFÖLDY, op. cit. en la nota 11, págs. 203 y s. del Homenaje a García Bellido y pág. 53 de «Römische Statuen...».

(15) ALFÖLDY y HALFMANN, op. cit. en la nota 1, pág. 22 de la Serie de Trabajos Varios y pág. 345 de Chirón, 3, a favor de esta opinión. Cfr., sin embargo, B. E. THOMASSON, «Senatores procuratoresque...» cit. en la nota 2, pág. 33.

bra *filius* en la inscripción en honor de este M. Cornelius Nigrinus el que impide su identificación con M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus, quien en los textos epigráficos —y ya conocemos tres textos de Liria con su nomenclatura completa nunca aparece con la denominación *filius*. El uso de esta palabra en el mismo contexto como en nuestra inscripción —es decir, su uso fuera de la nomenclatura propia con la filiación indicada por la abreviatura *M(arci) f(filius)*, más precisamente en adición a la nomenclatura propia— se explica por una razón muy clara: en tales casos la palabra *filius* servía para distinguir al portador de un nombre de su padre homónimo (16). Por eso, M. Cornelius Nigrinus *filius* era hijo de otro M. Cornelius Nigrinus, y lo más probable es que el padre de éste M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus no fuera otro el homónimo bien conocido, es decir el gran general y político M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus Curiatius Maternus. Tanto la tipología del pedestal del *filius* como la paleografía de su inscripción permiten la datación de su lápida aproximadamente en la época flavia (17), datación que es necesaria si reconocemos al *filius* como hijo del senador que nació probablemente cerca del año 40 y fue *cónsul* en el año 83 (18).

Considerando al senador M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus como padre de M. Cornelius Nigrinus *filius*, es probable que el *filius* recibiese su estatua en un momento en que su padre todavía no llevaba el nombre Curiatius Maternus y se llamaba solamente M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus: Así se explicaría más adecuadamente que el hijo, para distinguirlo del padre, en su inscripción fue mencionado como M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus, el *filius*. En cualquier caso, el gran senador se llamaba originalmente M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus y obtuvo el nombre Curiatius Maternus con posterioridad, sea gracias a la adopción por un Curiatius Maternus (19), sea porque su madre venía de la familia de los Curiatii Materni y además posible-

(16) Cfr. la opinión de E. GROAG en torno a la inscripción C. I. L., V, 2819 = I. L. S. 980 de Patavium, donde aparece M. Arruntius M. f. Ter. Aquila *filius*: «Additur *filius*, ut distinguatur a patre etiam tum superstite», PIR² A 1139. Cfr. G. ALFÖLDY: «Senatoren aus Norditalien», en *Epigraphie e ordine senatorio*, II, Tituli 5, 1982, págs. 309 y ss. en especial la pág. 324 (un caso semejante) y 398 (M. Arruntius Aquila *filius*). Véase también A. GROAG, RE II A 2, 1921, pág. 1718 (otro caso semejante).

(17) La gran mayoría de los pedestales del Conventus Tarraconensis pertenece a la época de los Flavios y Antoninos; véase ALFÖLDY, Homenaje a García Bellido cit. en la nota 11, págs. 230 y ss.

(18) ALFÖLDY y HALFMANN, op. cit. en la nota 1: págs. 28, 32 y ss. y 52 del Trabajo Vario núm. 44, y págs. 348, 353 y ss. y 367 de Chiron, 3.

(19) Según la hipótesis propuesta en ALFÖLDY-HALFMANN, págs. 21 y ss. del Trabajo Vario, núm. 44 y pág. 345 de Chiron, 3.

mente era hermana de Curiatius Maternus, interlocutor principal en el *Dialogus de oratoribus* (20). Exactamente ahora, con respecto a la inscripción tratada aquí, que atestigua en Liria un M. Cornelius Nigrinus sin el nombre Curiatius Maternus, se puede decir con toda la certeza lo que ya anteriormente era evidente: el nombre original y principal del senador de Liria fue M. Cornelius Nigrinus y no Curiatius Maternus. Esto contradice la opinión de T. D. Barnes, según el cual el senador de Liria no fue otra persona que Curiatius Maternus, el orador en el *Dialogus de oratoribus* y al mismo tiempo el sofista Maternus asesinado por Domitiano (21) —opinión que fracasa ya por dificultades cronológicas (22), sin hablar de la improbabilidad de la hipótesis de que el senador de Liria, que fue el héroe de las guerras de Domitiano contra los dacios y recibió las condecoraciones militares más altas de este emperador, pudiera ser su enemigo.

Por desgracia, no sabemos con exactitud cuándo M. Cornelius Nigrinus Cuariatius Maternus amplió su nomenclatura; sin embargo, se puede suponer que el cambio de su nombre no tuvo lugar en los últimos años de su vida, sino anteriormente. Si eso es verdad, y si el *filius* fue honrado con una estatua en un momento en el que su padre se llamaba todavía del mismo modo que él, simplemente M. Cornelius M. f. Gal. Nigrinus, se puede concluir que el hijo en este momento era todavía muy joven, apenas un adulto. Con certeza, un argumento más válido para esta opinión es el hecho de que en su inscripción no se mencionen cargos de un *cursus honorum*, aunque el hijo de un senador normalmente seguía la carrera senatorial, empezándola con el vingintivirado, lo más tardar a una edad cercana a los veinte años (23). Además, tenemos como argumento irrefutable que M. Cornelius Nigrinus *filius* recibió su estatua aún antes de obtener la *toga virilis* a una edad próxima a los quince años, el tamaño de su pedestal: este pedestal, como ya se ha mencionado, es considerablemente más pequeño que los pedestales «normales», para estatuas de adultos. Este pedestal estaba destinado claramente a llevar la estatua de un niño.

¿Por qué razón recibió un niño una estatua con inscripción en su base? Normalmente, los hijos de la aristocracia romana no fueron hon-

(20) Según R. SYME, «Governors Dying in Syria» cit. en la nota 2, pág. 137; R. SYME, «Roman Papers» III, pág. 1387 y Tituli 4, Oxford, 1982, pág. 402. Sin embargo, Sir RONALD SYME, explicando la nomenclatura del senador, ha propuesto también otras ideas: véase la bibliografía mencionada en la nota 2.

(21) BARNES, op. cit. en la nota 2, págs. 382 y ss.

(22) ECK, op. cit. en la nota 2 (Chiron, 12) pág. 324, núm. 172.

(23) Cfr. ultimamente A. R. BIRLEY: «The *Fasti* of Roman Britain», Oxford, 1981, págs. 4 y ss.

rados de tal modo en su infancia. Las ocasiones usuales para poner estatuas a los miembros de esta aristocracia eran el recibir un cargo superior, la finalización de un *cursus honorum* con mucho éxito, la aceptación del patronato sobre una comunidad urbana, méritos en favor de los dedicantes, etc. (24) —todo ello, efectos y calidades propias de los adultos. La razón principal para honrar a los niños con monumentos como estatuas e inscripciones era distinta: su sentido era inmortalizar a aquellos hijos de aristócratas que luego no pudieron ofrecer motivos «normales» para recibir monumentos honoríficos por sus éxitos y méritos propios porque murieron a una edad temprana, siendo aún niños (25). También en el caso aquí tratado podemos suponer que M. Cornelius Nigrinus filius recibió su monumento en Liria por el motivo de que murió —como hijo de un padre famoso— a una edad muy joven. Su estatua, con la inscripción en el pedestal, estaba situada o bien en un monumento sepulcral, o en la casa de la familia, o, más probablemente, en el foro del municipio de Liria, cuyos ciudadanos sabían muy bien a qué familia de prestigio perteneció este niño.

La conclusión es que M. Cornelius Nigrinus Curiatius Maternus, el gran senador, general y aspirante al máximo poder en el Estado Romano, tenía un hijo al cual perdió cuando todavía era un niño. Como consecuencia de la muerte temprana de este hijo, el senador murió, según parece, sin descendientes, como tantos otros senadores durante la historia del Imperio Romano (26). Así, la familia liriense de los Cornelii Nigrini que gracias al gran senador alcanzó tanto prestigio y poder, desapareció con la muerte del mismo. L. Cornelius Potitus, otro ciudadano de Liria, que en el siglo II, con gran probabilidad en el año 171, falleció como *primus pilus* en una guerra contra los Moros, debió proceder o bien de una rama lateral de la *gens* de los Cornelii de Liria o bien de libertos de los Cornelii Nigrini (27).

(24) Cfr. ALFÖLDY, Homenaje a García Bellido, cit. en la nota 11, 212; ALFÖLDY, «Römische Statuen...», cit. en la nota 11, págs. 63 y ss. Respecto a la representación de la aristocracia senatorial por monumentos, cfr. W. ECK: «Senatorial Self-Representation: Developments in the Augustan Period», en *Cesar Augustus, Seven Aspects*, Oxford, 1984, págs. 129 y ss.

(25) Cfr. G. ALFÖLDY: «Individualität und Kollektivnorm in der Epigraphik des römischen Senatorenstandes», en *Epigraphia e ordine senatorio*, I, Tituli 4, 1982, págs. 37 y ss., en especial la pág. 39; ECK, op. cit. en la nota anterior, pág. 52.

(26) Cfr. G. ALFÖLDY: «Konsulat und Senatorenstand unter den Antoninen. Prosopographische Untersuchungen zur senatorischen Führungsschicht», Bonn, 1977, págs. 84 y ss.; con una visión diferente, K. HOPKINS: «Death and Renewal. Sociological Studies in Roman History», 2, Cambridge, 1983, especialmente las págs. 120 y ss. y 141 y ss.

(27) G. ALFÖLDY: «Bellum Mauricum», *Chiron*, 15, München, 1985.



ANA MARIA VICENT ZARAGOZA
(Córdoba)

**RETRATO DE IULIA AUGUSTA EN EL MUSEO
ARQUEOLOGICO PROVINCIAL DE CORDOBA**

1. ENVIO

Con sumo gusto acudo a la cita del amigo Pla Ballester, actual director del SIP, para testimoniar nuestro afecto y admiración hacia su antecesor don Domingo Fletcher Valls, pues a este ilustre arqueólogo valenciano me unen fuertes lazos de amistad desde mi juventud ya que él precisamente me dio en la Universidad de Valencia las primeras clases de prehistoria con las que me inicié por esos intrincados vericuetos de la arqueología. Esa amistad, ya por sí sola, justificaría mi participación en el presente libro de homenaje, pero no son únicamente estos mis motivos. Aparte de las múltiples atenciones que conmigo siempre ha tenido y tiene, deseo manifestar también mi gran admiración hacia la ingente labor del arqueólogo y del filólogo, que rebasa los límites del mundo ibérico, en el que tantísimo destaca, para antes y después de esa época adentrarse también por otras culturas, con frecuencia incluso fuera de la región valenciana.

Mi contribución en honor del ilustre estudioso forma parte de unas investigaciones que voy preparando desde hace un tiempo en torno a unas series de piezas homogéneas entre las cuales se encuentran los retratos de época romana conservados en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba. Dentro de esos retratos he escogido uno que di a

conocer muy someramente en el año 1971 junto con otras piezas de un conjunto de hallazgos que divulgó entonces sin un estudio extenso.

He escogido para esta ocasión el que creo corresponde al más antiguo retrato romano femenino fechable que se conserva en el Museo que dirijo.

2. DATOS GENERALES

La pieza ingresó en el Museo Arqueológico de Córdoba el 2 de junio de 1968 por entrega, a instancias mías, del arquitecto don Rafael de la Hoz Arderius. Se registró con el número 24.558. Fue encontrada en el solar situado en la esquina de las calles Angel de Saavedra y Rodríguez Sánchez de la ciudad de Córdoba. Vid. figura plano.

La cabeza es de mármol blanco de grano fino, con cuello que termina en forma más o menos cónica para insertar en el cuerpo de una estatua que debe suponerse entera es decir no un busto. La altura total, contando el cuello y su apéndice inferior, es de 36'2 centímetros; desde el punto más alto de la cabeza hasta el arranque de la barbilla el cráneo alcanza una altura de 22 centímetros. Estas últimas medidas corresponden a un retrato de tamaño natural.

Su estado de conservación es deficiente, por desgracia. Se hallan ahora rotos, por golpe ya viejo, parte de la zona baja de la nariz, un sector del peinado sobre el lado derecho de la frente, el globo del ojo derecho y parte del globo del ojo izquierdo. La superficie original ha saltado en finas capitas en muchas zonas del retrato, aunque queda intacta en algunos lugares de la cara, del peinado y del cuello. Además tiene puntos oscuros al parecer producidos por minúsculos hongos. A juzgar por las zonas en donde la superficie original se halla intacta, el terminado poseía un buen pulimento.

Para apreciar la calidad estética de la pieza hay que atender al estado original en que la dejó el escultor antiguo, operación que nosotros ahora podemos realizar observando las superficies intactas y otras esculturas bien conservadas. Practicando esta operación reconstructiva que referimos se puede afirmar que la pieza era de muy buena calidad.

3. IDENTIFICACION

El aspecto general de esta cabeza hace pensar no en una representación genérica de divinidad femenina o de algún concepto abstracto simbólico sino en un retrato personal. Los ojos, de aspecto bovino, están muy abiertos; la boca es pequeña y de labios finos; el mentón tiene un aspecto triangular. El peinado posee en su parte delantera,

con raya central, una especie de corona de guedejas onduladas, que desde la frente y sienas se dirigen hacia las orejas y, después de ellas, en forma de tira enrollada van al moño; en la bóveda craneal el peinado ofrece largas y finas estrías de pelo que se dirigen también hacia la nuca; el final de todo el cabello se recoge en una serie de pequeñas trenzas que forman un moño sobre la nuca. El citado cabello que cubre gran parte del cráneo parece, hacia su zona baja, entrecruzarse como si formara una redecilla.

Este tipo de peinado se encuentra en retratos femeninos de la primera mitad del siglo primero de nuestra era. Los rasgos faciales corresponden a los que vemos en los retratos de la emperatriz Livia Drusilla (57 a. d. C. a 29 d. de C.), esposa de Octavio Augusto primer emperador romano. Así, como Livia, la di a conocer en 1971 (1), identificación aceptada por todos los estudiosos que posteriormente se han referido a este retrato. En efecto, su perfil es el típico de esta emperatriz y también el óvalo del rostro, la frente, ojos, nariz, boca, mentón, etc.; igualmente el peinado coincide con alguno de los que llevó Livia.

4. PEINADOS DE LIVIA

La evolución del peinado en los estudios iconográficos de personajes femeninos romanos es de gran interés para fechar un retrato lo mejor posible. En el caso de Livia, desde su primer ilustrador Bernoulli en 1882 hasta hoy se ha avanzado grandemente en el estudio de tal evolución, aunque en el detalle queden todavía puntos oscuros. En líneas generales los diversos tipos de peinados de la emperatriz Livia se pueden dividir en dos grandes clases. La primera se caracteriza, entre otros detalles, por un tupé o copete levantado sobre el centro de la frente y por una trenza sagital desde el tupé al moño nual. La segunda no presenta tupé ni trenza y ofrece, en cambio, raya mediana de la que parten a cada lado los mechones ondulados que forman la corona frontal. En ambas clases estas ondas descienden hacia la nuca donde se recogen en un moño. La primera clase, que es de aspecto más itálico, se subdivide en una serie de grupos o tipos que ahora no

(1) A. M. VICENT ZARAGOZA: «Situación de los últimos hallazgos romanos en Córdoba», Crónica del XII Congreso Nacional de Arqueología (Jaén, 1971), Zaragoza, 1973, págs. 674-680.

comentaremos por no interesar al retrato de Córdoba directamente, y además por no existir unanimidad entre los estudiosos (2).

La segunda clase recoge algunos elementos de la primera pero lo peculiar, como ya he señalado, es la crencha o raya mediana en el centro de la frente lo cual, junto con otras características de estilo, dan a esta serie de retratos un aire clasicizante de raíz helénica. Los más antiguos retratos de Livia pertenecen a la primera clase, recuerdan al llamado peinado de Octavia (hermana de Augusto), y fueron usados por la emperatriz hasta la muerte de Augusto en el 14 d. C., e incluso posiblemente durante los primeros años de su viudez. La segunda clase de retratos, a la que pertenece el de Córdoba, se documenta con seguridad en el 22/23 d. C. bajo Tiberio, momento en que aparecen unos conocidos dupondios con su imagen idealizada y los letreros *Salus Augusta, Pietas, Iustitia*; en el primero la cabeza va descubierta, en el segundo va cubierta y con diadema y en el tercero con diadema y descubierta (3).

5. EL PEINADO HELENIZANTE Y SUS ELEMENTOS GRIEGOS

Nuestro retrato, al carecer del protuberante tupé o *nodus* sobre la frente y de trenza sagital, nos lleva hacia el segundo de los citados grupos es decir el helenizante. En este grupo helenizante se encuentran ciertos elementos que se hallaban también en los peinados de tipo itálico observables igualmente en la pieza del Museo de Córdoba. Así los cabellos agrupados en pequeños mechones formando finas y largas estrías sobre el cráneo se ven prácticamente en todos los retratos de tipo itálico y en numerosas monedas, especialmente de la parte oriental del Imperio que lo reflejan (4); también la distinción entre el pelo del cráneo y la corona de mechones ondulados que enmarca parte del

(2) Entre los de los últimos años señalemos: L. FABRINI, s. v. «Livia Drusila», E. A. A., IV, 663-667, con tres tipos (a, b, c), según el aspecto más o menos juvenil de la emperatriz en los retratos. Indica V. POULSEN: «Les portraits romains, I», Copenhague, 1973, págs. 65-69, cuatro tipos cronológicos (A, B, C, D). Insistiendo especialmente en monedas, sobre todo de la parte oriental, W. H. GROSS: «Julia Augusta», Göttingen, 1962, trata de establecer unas bases cronológicas para estos y otros retratos de Livia, que en buena parte y más resumidamente, añadiendo otras observaciones, ordenan K. FÜRST y P. ZANKER: «Katalog der römischen Porträts in der Capitulischen Museen...», III, Mainz, 1983, número 1, p. 1 y 2 (y notas) en cuatro grupos principales tipo-cronológicos (Villa Albani-Bonn, Glypt. Ny Carlsberg 616, Glypt. Ny Carlsberg 615, Marbury Hall).

(3) J. J. BERNOULLI: «Römische Ikonographie», II, 1, Berlin y Stuttgart, 1886 (reimpresión de 1969), lám. XXXII, núms. 11, 12 y 13; H. COHEN: «Description historique des monnaies frappées sous l'Empire romain», Paris, 1888 (reimpresión), Livia 1-5; RIC, *Tib.* 22, 24; RIC, 1 (revisión edición de 1984) *Tib.* Rome 43, 46, 47; cfr. M. GRANT: «Roman Imperial Money», Edinburgh, 1954, págs. 149 y ss.; BMC 98, 79, 82.

(4) Cfr. GRANT, op. cit. en la nota anterior, lám. 3, *passim*.

rostro e igualmente el moño se encontraban en el peinado de tipo itálico propio de época tardorepublicana y de los comienzos del Imperio incluso después de Augusto.

La novedad representada por los dupondios del 23/24 consiste en eliminar el tupé frontal y la trenza sagital acentuando las ondas que desde el centro de la frente enmarcan el rostro y juntan sus mechones en el moño tradicional de la nuca. El nuevo rostro femenino posee por su peinado un carácter más griego. En los peinados con la cabeza de *Salus Augusta* las estrías sobre el cráneo se sustituyen por ondas paralelas; en cambio, el cabello estriado permanece en la representación de *Iustitia*. El retrato de Córdoba reflejaría, por tanto el tipo *Iustitia* pero sin el atributo de la diadema, elemento accesorio en relación al peinado aunque de interés en la simbología iconográfica.

No sin intención la iconografía de Iulia Augusta (Livia) en esos dupondios y en otras esculturas recoge en el peinado elementos que aisladamente al principio y luego reunidos se han ido formando en la larga tradición iconográfica griega, como señalaremos brevemente a continuación. La diferenciación entre la parte delantera del peinado y el cabello sobre el cráneo en la escultura griega viene desde lejos con ejemplos esporádicos en el siglo VII a. C. (5) que aumentan en el último cuarto del siglo VI (6) y se difunden desde el V en adelante; la disposición del pelo en ondas con raya central coronando el arco superior del rostro empieza en el siglo V a. C., sigue en el IV y continúa después, usándose especialmente para divinidades femeninas (a veces también Apolo) aunque no falta en otros personajes femeninos (algunos documentados en estelas). Este marco frontal de ondas aparece combinado con el aludido cabello estriado sobre el cráneo ya en pleno clasicismo griego del siglo V a. de C.

Entre griegos se observan desde el siglo V a. de C. grupos de mechones detrás de la cabeza reuniendo enrollada la larga cabellera en posición baja hacia la nuca, especie de moño, como un rollo (a veces recubierto con una cofia, tipo diosa sentada tarentina de Berlín, «Safo», etc.); a esta especie de moño se añade, también en esa época, en ocasiones, otro menor más alto (que aparece más en pinturas de vasos que en esculturas). A lo largo del siglo IV los casi moños se pro-

(5) Por ejemplo, un pequeño bronce de Olimpia en el Museo Arqueológico de Atenas, 6519: H.-V. HERRMANN: «Olympia. Heiligtum und Mettampfstätte», München, 1972, 96 y ss., lám. 29; cabecita de marfil del museo de Esparta, 15.360; E. L. MARANGOU: «Lakonische Elfenbein», Tübingen, 1969, núm. 18, fig. 30.

(6) G. M. A. RICHTER: «Kouroi», 3.ª ed., Londres, 1970, ss. 138, 162, 190, 191; G. M. A. RICHTER: «Korai», Londres, 1968, núm. 36 y 122.

digán en las representaciones de deidades femeninas (y Apolo), pero no dan la impresión de constituir moños formados por un ovillo de trenzas; el moño de ovillo de trenzas es, en cambio, muy corriente en las figuritas de terracota con el «peinado de melón».

Esos elementos de los peinados griegos, especialmente los de los siglos V y IV a. C., son los modelos de los retratos femeninos helenizantes de Livia y otros personajes, lo cual se halla en perfecta consonancia con la renovación del arte áulico de Augusto en sentido neoclásico griego e incluso neóatico. La nueva moda artística se basaba también en la ideología general de relacionar la historia de Roma con la de Grecia y especialmente la de los orígenes de la dinastía Julio-Claudia fundada por Augusto. Todo esto es muy sabido y bien estudiado (7). Es muy comprensible que en la iconografía de Livia (Iulia Augusta) se aprecien los indicados caracteres formales helenizantes dada su posición de madre de la nueva dinastía, con toda la carga político-ideológica que esto suponía.

Es preciso observar, por otra parte, que retratos helenizantes como el de *Iulia Augusta* se usaron en esta época también para divinidades e incluso figuraciones simbólicas femeninas (8), pues se trata de un peinado no reservado exclusivamente a la emperatriz.

6. POSIBLES MOTIVO Y FECHA DEL CAMBIO DE PEINADO

Se podría discutir también qué motivo induciría a Iulia Augusta para abandonar su tradicional peinado y cambiarlo por el más helenizante en una edad bastante avanzada de su vida. En realidad la pregunta debería referirse más bien al cambio del peinado en sus retratos representados en estatuas, monedas, camafeos, etc. a partir del reinado de Tiberio y en obras póstumas.

Para indagar la ocasión y cronología del cambio al nuevo peinado (que es el del retrato de Córdoba) tal vez sea útil fijarse en que la mayoría de los retratos de Livia-Iulia Augusta con el peinado heleni-

(7) J. GAGE: «Divus Augustus, l'idée dynastique chez les empereurs Julio-Claudiens», en *Revue Archéologique*, Paris, 1931, págs. 11 y ss.; A. SADURSKA: «La politique dynastique d'Auguste et l'art de son temps», *Études et Travaux*, IV, Varsovia, 1969, págs. 93-106; B. ANDREAE: «L'Art de l'ancienne Rome», Paris, 1973, capítulos «Le siècle d'Auguste» y «La maison imperiale Juili-Claudienne», págs. 101 y ss.

(8) Por ejemplo, las dos cabezas de esfinge del Fitzwilliam Museum que, con otras nueve copias conocidas, proceden de un original ático quizá de hacia 460-450 a. C., tipo popularizado por copias romanas de época Julio Claudia; cfr. L. BUDE y R. NICHOLLS: «Catalogue of the Greek and Roman Sculpture of the Fitzwilliam Museum Cambridge», Cambridge, 1964, núms. 40 y 41, núms. 20-22, lám. 10.

zante llevan atributos varios como diadema, *tutulus*, corona vegetal; a veces se toca con uno solo de estos atributos y otras los atributos son dobles. En ningún peinado del otro tipo hemos visto tales atributos. Resulta lógico, pues, pensar que el cambio de peinado va unido a la adopción de esos atributos.

La diadema era propia de divinidades y a partir de Livia también de las damas de la familia imperial que recibieron el título de *Augusta*. La diadema, en teoría, podría suponer una cierta asimilación de Livia a divinidades femeninas como Ceres (Demeter), Iuno (Hera), Venus (Afrodita), Fortuna (Tyche) y otras (9) o a virtudes personificadas (10), etc. Para la fecha de la adopción de la diadema por Livia la única referencia segura es su aparición en el tipo *Iustitia* y en el velado de *Pietas* de los mencionados dupondios del 22/23 d. C.; algún investigador relaciona la diadema únicamente, al parecer, con la divinización póstuma de Livia por su nieto Claudio en el año 41 d. C., aunque debemos observar que la Livia procedente de Paestum, conservada en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, poseía diadema, escultura que se fecha entre el 22/23/24 d. C. (11), es decir bajo el reinado de Tiberio, viviendo todavía la emperatriz viuda, y que la Livia de la basílica de Velleia también posee diadema y se data, por inscripciones, entre el 38 y el 41, bajo Claudio (12); si se aceptan estas fechas la adopción de la diadema es desde luego anterior a su divinización por Claudio y también lo es, por tanto, el peinado de tipo helenizante en estas representaciones con dicho atributo.

El *tutulus* es propio en Livia de su carácter de sacerdotisa del culto de Augusto divinizado, divinización que tuvo lugar el 17 de septiembre del año 14 de la era, lo cual orienta la cronología de los retratos con

(9) Cfr. H. W. RITTER: «Diadem und Königsherrschaft», München-Berlin, 1965. En monedas con Livia: V. H. GROSS, o. c. en la nota 2, págs. 43 y ss. y figuras en varias láminas. Para una monedas de Hispalia, vid. F. CHAVES TRISTAN: «Livia como Venus en la amonedación de Colonia Romula», Acta Numismática, VIII, Barcelona, 1978, págs. 89-96. Como Ceres, sentada, en el «Gran Camafeo de Francia».

(10) Para Livia-Pietas, vid. A. MARCOS POUS: «Retrato de Iulia Augusta, de arte local hispanobético, en el Museo Arqueológico de Córdoba», Corduba Archaeologica, 10, Córdoba, 1980-81, págs. 38-40 (con bibliografía).

(11) A. GARCÍA Y BELLIDO: «La Livia y el Tiberio de Paestum en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid», Archivo Español de Arqueología, XIX, Madrid, 1946, págs. 145-148; A. GARCÍA Y BELLIDO: «Retratos romanos del Museo Arqueológico Nacional de Madrid», Revista de Archivos, Bibliotecas y Museos, LIV, Madrid, 1948, págs. 450-455; GROSS, op. cit. en la nota 2, págs. 114 y ss.

(12) GROSS, o. c. en la nota 2, págs. 112 y ss., láms. 23.1 y 24; C. SALETTI: «Il ciclo statuario della basilica di Velleia», Milan, 1968.

esa cinta (13), como los de Leningrado y Copenhague (14), pero resulta difícil dar una fecha concreta a los retratos en que aparece. La corona de espigas y flores de algunos retratos de Livia, que a veces llevan además el *tutulus*, cuando poseen este último atributo son también posteriores al 14; las espigas son atributo específico de Ceres (Demeter), divinidad a la que fue asimilada Livia, ya en época de Tiberio, según el testimonio de muchas monedas, algunas con peinados de tipo anterior al helenizante (15).

De estas observaciones se desprende en líneas generales que los mencionados atributos aparecen en época de Tiberio (14-37) y desde luego se hallan ya, la diadema por lo menos, en el 22/23 y el *tutulus* a partir del 14. Siempre, como hemos dicho, los atributos van sobre el peinado helenizante. Así, pudiera interpretarse que el cambio de un peinado a otro por Livia (del tradicional en ella al helenizante) se fecharía tal vez a partir del 14. d. de. C.

En este tiempo, muerte de Augusto y divinización casi inmediata, Livia al ser adoptada en la *gens Iulia* por testamento de Augusto cambió su nombre por el de Iulia Augusta y, además (ya lo hemos antes indicado), asumió el cargo de sacerdotisa de su marido divinizado. El título de *Augusta* implicaba un cierto carácter sacro del que también participaría, además, como esposa del *divus*.

Las circunstancias histórico-político-religiosas señaladas probablemente condujeran a la adopción de la diadema por Livia, como símbolo de su nueva dignidad, lo cual llevaba consigo el cambio a un nuevo peinado inspirado en el de las divinidades femeninas (muchas de ellas precisamente con diadema) pues además es difícil, desde el punto de vista estético, imaginar una diadema sobre un peinado con tupé en la frente.

Así, pues, como hipótesis, el peinado que aparece en el retrato de Iulia Augusta del Museo Arqueológica de Córdoba podría fecharse a partir del 14 de nuestra era.

Pero tal vez en los retratos, el nuevo peinado de la emperatriz no sustituiría por completo al anterior. Sabemos que en algunas monedas

(13) A. RUMPF: «Antonia Augusta», Berlin, 1941, pág. 31.

(14) POULSEN, op. cit. en la nota 2, núm. 36 y pág. 72.

(15) Vid. GROSS, op. cit. en la nota 2 y POULSEN, op. cit. en la misma nota. Corona de espigas y frutos en la mano, como Ceres, lleva la Livia (Iulia Augusta) del «Gran Camafeo de Francia», de fecha discutida (L. F. van ZWET: «Women's Hairdress and the Grand Camée de France», Bulletin... Antieke Beschaving, XXIX, 1954, págs. 52-56, lo data hacia el 20 de C.; Z. KISS: «L'iconographie des princes julio-claudiennes au temps d'Auguste et Tibère», Varsovia, 1938, págs. 132 y ss. propone la fecha del 23 de C., pero de ejecución muy al comienzo de Calígula, en el 37 d. C., págs. 134 y 136).

fechables continúan en tiempos tiberianos retratos de Livia con tupé. Bastantes estudiosos datan bajo Tiberio retratos de Livia con el peinado tradicional.

En la rebúsqueda iconográfica que hemos efectuado (incompleta por no disponer en Córdoba de una extensa bibliografía) no hallamos paralelos próximos a este retrato cordobés en relación con su peinado helenizante sin atributos. El pelo liso del cráneo se observa en muchos retratos no velados del peinado helenizante, pero casi siempre con las estrías más acentuadas. Las mayores diferencias se notan en las ondas de la parte delantera del peinado que descienden por los lados hacia la nuca; normalmente, en la mayoría de los casos, esas ondas están bastante más marcadas que en el retrato de Córdoba.

7. CRONOLOGIA PROBABLE DEL RETRATO CORDOBES

A primera vista se diría que el peinado de este retrato cordobés pertenece más bien al tipo tradicional que al helenizante debido a las mencionadas atenuaciones de las ondas frontales y a la impresión general de la pieza. Pero, a pesar del desconchado situado casi en el centro de la frente se puede afirmar con toda seguridad que en el lugar del desconchado no hubo originariamente tupé. La rotura frontal del peinado se halla algo desplazada hacia la izquierda del espectador y en lo que queda casi intacto hacia la derecha debería verse forzosamente algo del tupé, cosa que no ocurre. Además el límite entre el tupé y la frente forma siempre en todos los retratos del peinado tradicional una línea neta casi horizontal ligeramente combada en el centro; en el retrato del Museo Arqueológico de Córdoba, en cambio, el límite entre peinado y frente forma una línea sinuosa, correspondiente a ondas, con vértice central hacia arriba marcando la raya central de separación de las ondas que desde ese punto arrancan para dirigirse a uno y otro lado, detalle que descarta el peinado tradicional y lo caracteriza como helenizante.

Sin embargo, si se comparan las series de retratos de peinado tradicional con las que llevan el peinado helenizante (menos numerosa esta que aquella), se saca la impresión de que el retrato del Museo Arqueológico de Córdoba, a pesar de la carencia de trenza sagital y de tupé, se halla más próximo formalmente de algunos ejemplos con peinado tradicional que de la mayoría de los retratos de la serie con peinado helenizante (tipo *Salus* u otros). Esta observación, tal vez subjetiva debido al mal estado de la pieza, permitiría afirmar que el retrato en estudio pudiera ser anterior al 22/23 y posterior al 14 de la era, fecha esta última en la que, según hemos indicado poco antes,

Livia Drusilla cambió su nombre por Iulia Augusta y probablemente adoptó el peinado de las divinidades femeninas helénicas. Un detalle bastante arcaizante lo constituye la tira de cabellos enrollados que continúan a partir de la oreja, las ondas frontales transformadas hasta su unión con el moño nugal; aunque esto se aprecie en los dupondios tipo *Salus* y *Iustitia*, los retratos de tipo helenizante eliminan ese enrollado o enroscado, presente, en cambio, en bastantes peinados (de Livia y otras damas) de carácter tradicional, como la supuesta Atia, madre de Augusto, de época augustea (16), también la Octavia, de Fulda, fallecida en el 11 a. de C. (17), la Livia con tupé del Museo Británico, número 1990 (18), una dama de hacia el 10 a. de C. del Museo Capitolino (19), o los retratos de dos jóvenes del sepulcro de los Licinios, ahora en Copenhague con el peinado antiguo de Livia (20), o una dama (procedente de Itálica) en una colección de Palma de Mallorca, datable, según su editor, a finales de Augusto o comienzos de Tiberio (21).

Por lo dicho juzgamos posible, como hipótesis, que este retrato cordobés de Iulia Augusta pudiera fecharse entre el 14/15 y el 22/23 d. C. Si se confirmara tal suposición nos hallaríamos probablemente ante uno de los más antiguos retratos de Iulia Augusta (no ya Livia) conocidos. Aunque también hay que tener en cuenta que una cosa es la fecha de un prototipo y otra la época de su ejecución y por tanto no se puede absolutamente excluir una datación posterior.

8. PRESTIGIO DE IULIA AUGUSTA EN LA BETICA

Hemos fechado hipotéticamente este retrato cordobés de Iulia Augusta en un momento en que la emperatriz tenía una edad entre los 70 y los 80 años. Como se habrá observado los rasgos no son los propios de una persona de esa edad. Ahora bien, el rejuvenecimiento en los retratos de los rasgos faciales es una normal y curiosa característica

(16) J. FREL: «Roman Portraits in the Getty Museum», 1981, núm. 13, pág. 27; J. FREL, en J. CHAMAY, J. FREL y J.-L. MAIER, «Le monde des Césars», Ginebra, 1982, págs. 64-67, láms. 8, 8a, etc.

(17) V. von HEINTZE: «Die antiken Porträts in Schloss Fasanerie bei Fulda», Mainz, 1968, núm. 13, pág. 19, láms. 20, 21 y 110a.

(18) GROSS, op. cit. en la nota 2, lám. 17.

(19) P. ZANKER, en FITTSCHEN y ZANKER, op. cit. en la nota 2, núm. 49, pág. 42, láms. 63.3 y 63.4.

(20) POULSEN, op. cit. en la nota 2, núm. 69, lám. CXIX y núm. 70, lám. CXXI.

(21) A. GARCIA Y BELLIDO: «Dos retratos femeninos de Itálica en una colección particular de Palma de Mallorca», Archivo Español de Arqueología, XXII, Madrid, 1949, págs. 335-346, figs. 2 y 3.

de la mayoría de los retratos masculinos y femeninos de la iconografía romana de esta época y también de alguna otra. Como ya he señalado son figuraciones que servían a la propaganda político-religiosa de la dinastía y por ello se suprimen los naturales estragos que el tiempo produce en el rostro de los humanos. También pudo haber en este fenómeno motivos de vanagloria o razones clasicizantes de tipo estético muy propias de las mujeres a los que no escapaban tampoco los varones. Los soberanos y sus familias debían aparecer ante sus súbditos como eternamente jóvenes, fuertes y bellos.

En época de Tiberio (14-37 d. de C.) Livia, o mejor Iulia Augusta, gozaría de gran prestigio por su doble carácter de sacerdotisa del culto de su marido Augusto, fallecido, y por su condición de madre del emperador reinante. Estos méritos eran suficientes para erigir retratos en esa época. También, dentro de esos años, el 22 fue especialmente propicio pues Livia tuvo una grave enfermedad; su hijo el emperador Tiberio ordenó preces públicas, Livia sanó, se mandó erigir en Roma un gran monumento en honor a Livia como *Pietas*. En Hispania todo esto tuvo su repercusión y se debieron levantar monumentos a Livia de los que tenemos documentado años después uno en Zaragoza. Livia falleció el año 29 sin ser divinizada por su hijo Tiberio a quien sucedió Calígula nieto de Livia el año 37. En el 41 sube al trono Claudio, otro nieto de Livia, quien divinizó enseguida a su abuela que desde ese momento era oficialmente *diva*; también esta ocasión sería favorable para fechar quizás otros retratos de Livia.

Nosotros pensamos, en hipótesis, que el modelo del retrato de Livia del Museo Arqueológico de Córdoba pudiera fecharse entre el 14/15 y el 22/23 d. de C., sin excluir una ejecución más tardía. En un trabajo reciente, A. Marcos Pous ha escrito unas páginas acerca de la que él califica «excepcional posición de Iulia Augusta (es decir, Livia) en la Bética bajo Tiberio», aportando testimonios epigráficos, numismáticos, escultóricos y de fuentes escritas antiguas acerca de ello. No hay que olvidar que una delegación de cordobeses acudió el año 25 a Roma para solicitar del Senado la erección en Córdoba de un templo dedicado a Tiberio y Livia. El estudioso citado habla de que por esos años existía en la Bética un «clima de exaltación» respecto a Livia (22). Me parece que estas circunstancias pueden justificar mi idea de que el retrato de Livia que ahora estudiamos pueda situarse en la

(22) MARCOS POUS, op. cit. en la nota 10, cap. VII, «Iulia Augusta en la Bética», págs. 35-37.

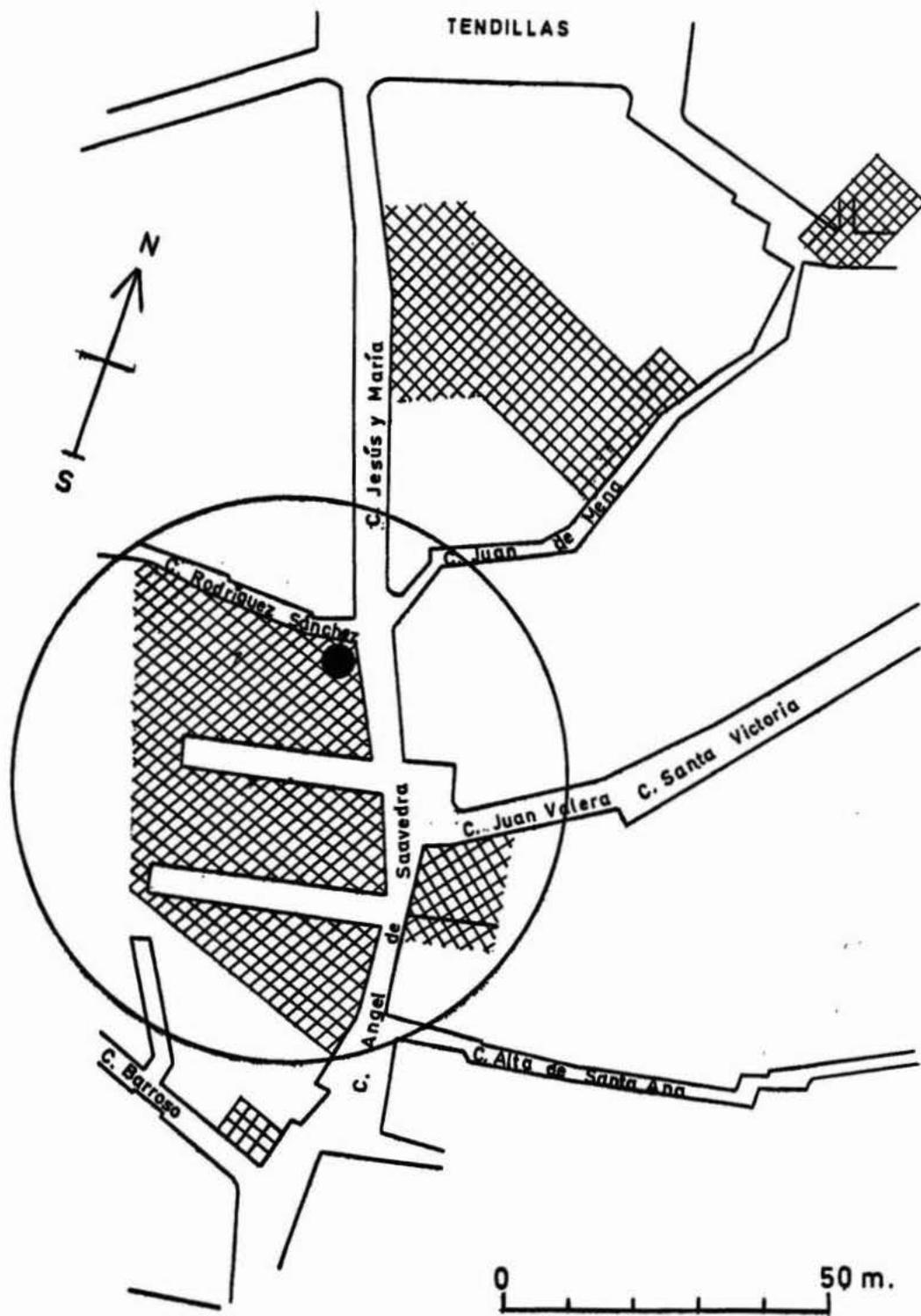


Fig. 1.—CORDOBA, sector del vicus hispanus, con su parte central dentro del círculo, y en él el punto negro indicando el lugar del hallazgo del retablo de Livia. Las zonas rayadas corresponden a solares donde ha intervenido el Museo Arqueológico de Córdoba.

época de Tiberio y encuadrarse históricamente en ese ambiente político-religioso de la propaganda dinástica de la familia julio-claudia.

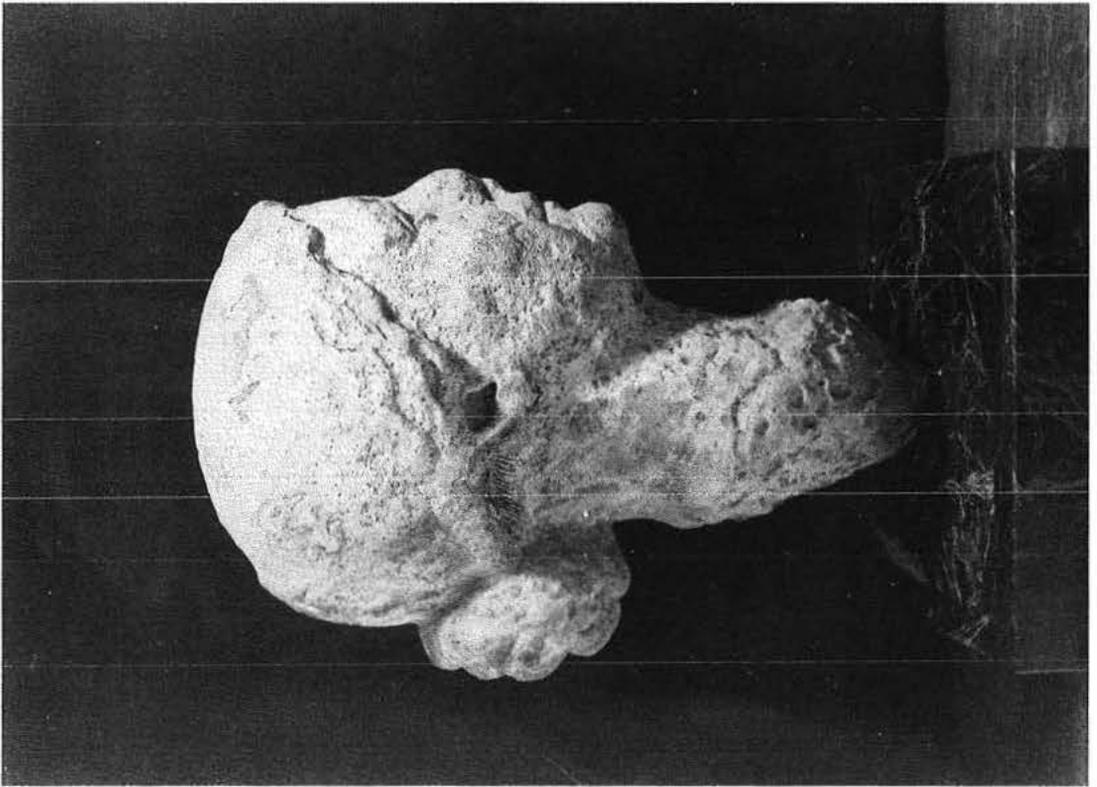
9. EL LUGAR DE HALLAZGO POSIBLE CENTRO OFICIAL

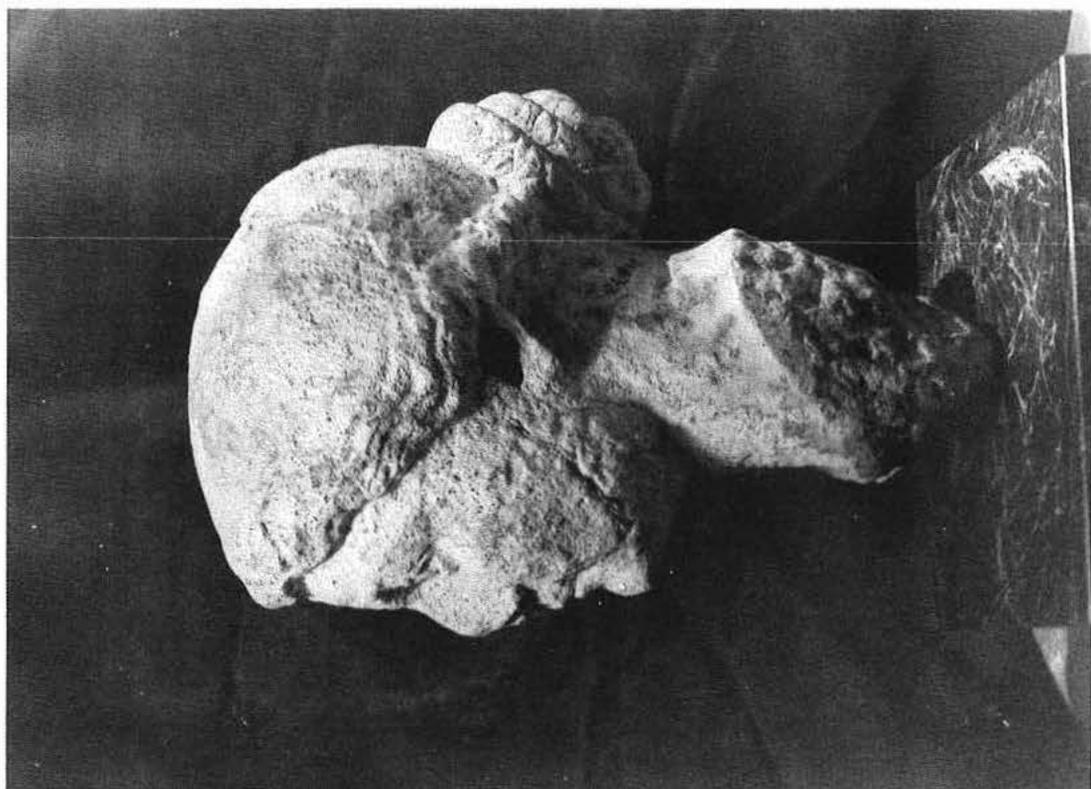
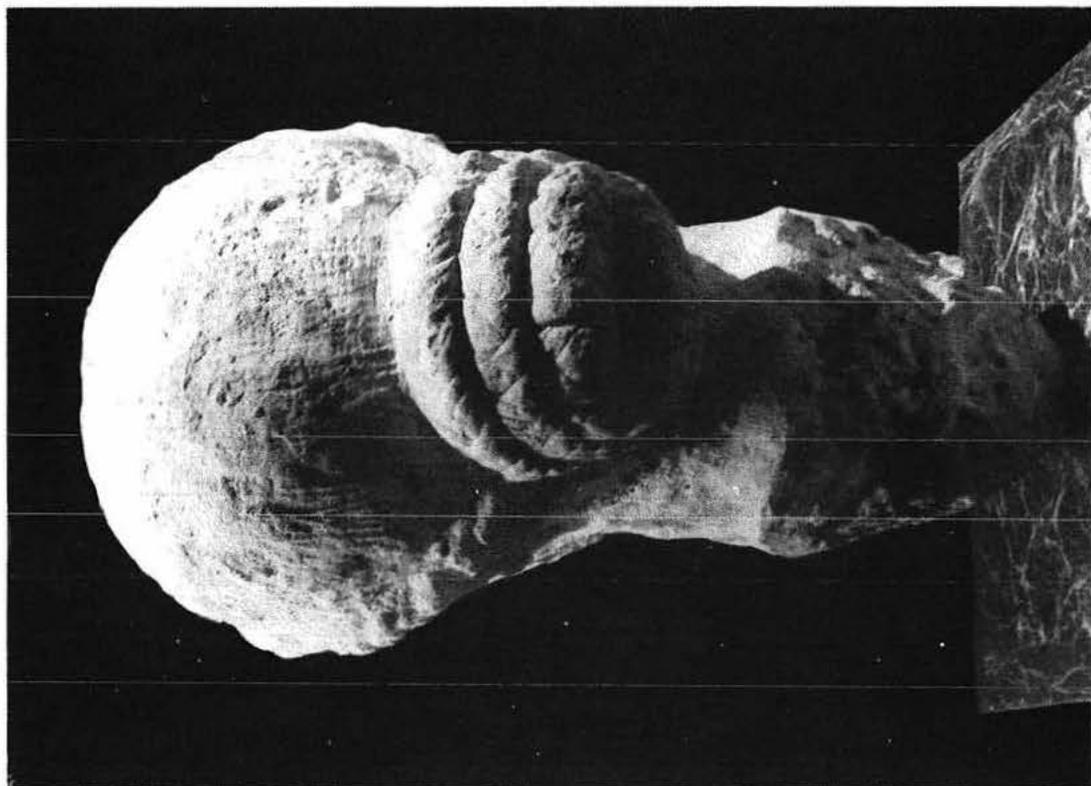
El lugar del hallazgo del retrato de Iulia-Augusta creo que puede proporcionarnos también algunos datos que interesan. Se descubrió en la esquina de las calles Angel de Saavedra y Rodríguez Sánchez. Esta zona pertenecía al *vicus*, o barrio, «de los hispanos», nombre de un barrio antiguo de la Córdoba romana que aparece en una inscripción que publiqué años atrás junto con otra que nos daba el nombre antiguo de un segundo barrio cordobés, el *vicus forensis* (23). El centro del barrio hispano, por lo que sabemos a través de nuestras investigaciones personales de la topografía de la antigua Córdoba, se hallaba precisamente en los terrenos próximos a donde se encontró nuestro retrato. Grandes elementos arquitectónicos se descubrieron allí en el siglo pasado y otros más por los años sesenta, que conseguí recuperar para el Museo, como común patrimonio del pueblo, donde se hallan expuestos. Esa zona ha producido también inscripciones de magistrados (expuestas en el Museo y por mí publicadas) y diversas esculturas, algunas publicadas y otras en estudio. Lástima que la destrucción del yacimiento realizada con máquinas no permitiera hace unos veinte años practicar aquí una excavación sistemática y estudiar *in situ* los restos de estructuras que allí pudieron aparecer. Sin embargo las piezas muebles que poseemos nos permiten deducir que por aquí se hallaba el centro del barrio llamado de los hispanos, lugar con edificios y monumentos públicos tal vez en torno a un foro distinto del Foro de la provincia Bética (que hemos excavado y documentado, como es sabido, en otro barrio de la Córdoba romana) (24). Teniendo en cuenta las aludidas circunstancias del hallazgo este retrato de Livia, que en nuestro caso es mejor calificar de Iulia Augusta, adquiere un más justo significado por su situación topográfica dentro de la Colonia Patricia.

(23) VICENT ZARAGOZA, op. cit. en la nota 1, págs. 672 y ss.

(24) A. MARCOS POUS y A. M. VICENT ZARAGOZA: «Investigación, técnicas y problemas de las excavaciones en solares de la ciudad de Córdoba y algunos resultados topográficos generales», en «Arqueología de las ciudades modernas superpuestas a las antiguas (Zaragoza, 1983)», Madrid, 1985, págs. 231-252, especialmente la pág. 241, núm. 15, la fig. 1 y la pág. 249.







ALEJANDRO MARCOS POUS
(Córdoba)

INSCRIPCION CORDOBESA DE UN AQUILIFER

1. Hallada en 1971, en la calle de la Hoguera, Córdoba, durante las obras de un conocido restaurante, lugar bastante próximo a la Mezquita-Catedral. Ingresó en el Museo Arqueológico registrándose con el número 27.725. En el mismo lugar se conserva otra inscripción hallada en igual ocasión, y ya publicada (1).

2. La inscripción está incisa en la cara anterior de una losa apaisada, de mármol blanco con grano fino, de 62'5 cm. de ancho, 44 de altura (« 2 x 1'5 pies romanos) y 6 de grueso. Falta parte de la esquina inferior derecha, con rotura que no parece antigua. Los cantos superior e inferior se hallan ahora algo pulidos; los cantos laterales presentan un rebaje vertical. El reverso tiene una superficie lisa con dos cazoletas circulares, de distinto diámetro, que sirvieron para el apoyo y giro del espigón del quicial en dos épocas distintas.

3. Un marco, de sencillas molduras, limita el campo epigráfico. Las zonas izquierda y derecha de la superficie de la losa se hallan actualmente rebajadas de arriba a abajo incluyendo las molduras late-

* — Para cuestiones de Derecho Romano y sobre el ejército en Hispania me he basado en las excelentes obras:

A. D'ORS PEREZ PEIX: «Derecho privado romano», 3.ª edición, Pamplona, 1977.

J. M. ROLDAN HERVAS: «Hispania y el ejército romano», Salamanca, 1974.

P. LE ROUX: «L'armée romaine et l'organisation des provinces ibériques d'August à l'invasion de 409», Paris, 1982.

(1) J. MELLADO y J. M. VILA: «Una inscripción romana hallada en Córdoba», *Habis*, 3, Sevilla, 1972, págs. 321-324, lám. XX.

rales y algunas letras. La moldura inferior horizontal falta también ahora quedando aquí la superficie a la misma profundidad que la del campo. Toda la pieza se halla alisada, incluso en las molduras y zonas rebajadas, lo cual indica que la losa se reutilizó, posiblemente como pavimento, después de sufrir los aludidos rebajes.

Parece que en la primera utilización fue quicialera, en dos fases cronológicas. Luego se recortó la losa para convertirla en título sepulcral. Después, en tiempos medievales o modernos se reutilizó como pavimento. De notarse que por lo general, en otros casos, el uso como quicio es posterior a la función epigráfica.

4. El texto se distribuye en nueve líneas, en un campo epigráfico de 49 por 31'5 cm. Debido a los citados rebajes y al alisado, algunas letras de comienzo y final de línea están perdidas o se distinguen poco. El texto dice así:

M·SEPTICIVS·C·F·PAP
 A·QVILIFER·SIBI·ET·M·SAB[NA]E
 CONTVBERNALI·SVAE·ET·M·SEP[TICI]O
 M·LIBERTO·MARTIALI·FILIO·NATVRALI·[ANN]X
 ET·MENSVM·VII
 H·S·S·S·V·T·L
 POST·EORVM·OBITVM
 HOC·MONIMENTVM·HERED[EM]
 NON·SEQVETVR

M(arcus) Septicius C(ai) filius), Pap(iria),/ aquilifer, sibi et Sabinae/, contubernali suae, et M(arco) Septicio/ M(arci) liberto Martiali, filio naturali, ann(or)um X/ et mensum VII/. H(ic) s(iti) s(unt), s(it) v(obis) t(erra) l(evis)/ Post eorum obitum hoc monimentum heredem non sequetur.

5. Una línea incisa vertical, casi en el centro, y otra horizontal casi a media altura, dividen el texto en cuartos; otras dos líneas verticales dividen los cuartos inferiores. Tales líneas serían de alguna utilidad para la *ordinatio* del texto.

La altura de las letras varía en los sucesivos renglones, disminuyendo de l.1 a l.4; luego aumenta en l.6 para disminuir algo a continuación; alturas medias: l.1, 38/39 mm.; l.2, 26/27 mm.; l.3, 20 mm.; línea 4, 15 mm.; l.5, 17/17 mm.; l.6, 31 mm.; l.7, 25 mm.; l.8, 15/17 mm.; l.9, 16/21 mm. La T rebasa un poquito la caja por arriba en l.1 y 4, bastante más en l.5 y 8 y escasamente en l.9; también la S de l.9 es más alta. En l. 4.5 y 8.9 se diría que actuó la mano de otro lapicida menos cuidadoso.

Las letras poseen proporción cuadrada de buena época imperial romana, menos en la línea 1, de proporción más alta y estrecha por el deseo de destacar, en un espacio no muy largo y en letras lo más grande posible, el nombre del comitente con su condición de ciudadano romano.

Los signos de interpunción son regulares, colocados en su lugar lógico y a media altura; no se ven entre las dos primeras y dos últimas letras de línea 6. En las tres primeras líneas tiene forma de punto de tres picos; a partir del final de l.3 algunos son de forma angular; en línea 9 adquiere el aspecto de un caprichoso grafismo.

6. La longitud de cada renglón es variable. El *ordinator* partió el texto en dos grandes secciones: r.1-5 y r.6-9, con una línea horizontal de la que quedan los citados restos. Dentro de cada sección repartió el texto de manera que la primera contuviera los datos personales. El texto general se ordena en torno al eje central, señalado con una fina línea vertical, de forma que cada renglón tenga un número aproximado de caracteres a uno y otro lado del eje; digo aproximado, ya que no se cumplió con rigor el propósito, y, además, tampoco el eje vertical se halla en el centro exacto. Parece que el *ordinator* o los lapicidas no trabajaron con gran rigor.

a. Omitiendo la línea 6 (abreviaturas de fórmulas) los renglones más largos corresponden a la primera parte del texto, menos su remate en l.5. Aunque a simple vista, en la fotografía y en el dibujo, se aprecien las diferencias de longitud, añado unos datos numéricos:

Línea	mm.	Índice 1	Núm. de orden
1	465	95'87	1.º
6	457	94'22	2.º
3	455	93'81	3.º
4	455	93'81	4.º
2	450	92'78	5.º
7	415	85'56	6.º
8	411	84'74	7.º
9	270	55'67	8.º
5	245	50'51	9.º

El *índice* lo he calculado multiplicando por 100 la longitud que ocupan los caracteres incisos y dividiendo el resultado por la longitud (o anchura) del campo epigráfico (485 mm.). Los datos numéricos confirman la impresión visual: salvo la línea 6, los renglones de mayor longitud son los que contienen los nombres personales.

b. He deseado conocer también el espaciamento de letras y caracteres por renglones, recurriendo al cálculo de la lognitud de 10 espacios (que llamo módulo) y a un *índice 2*, que es el resultado, o cociente, de dividir el *índice 1* por el número total de espacios de caracteres del renglón (casi siempre varios signos de interpunción se toman por un sólo carácter):

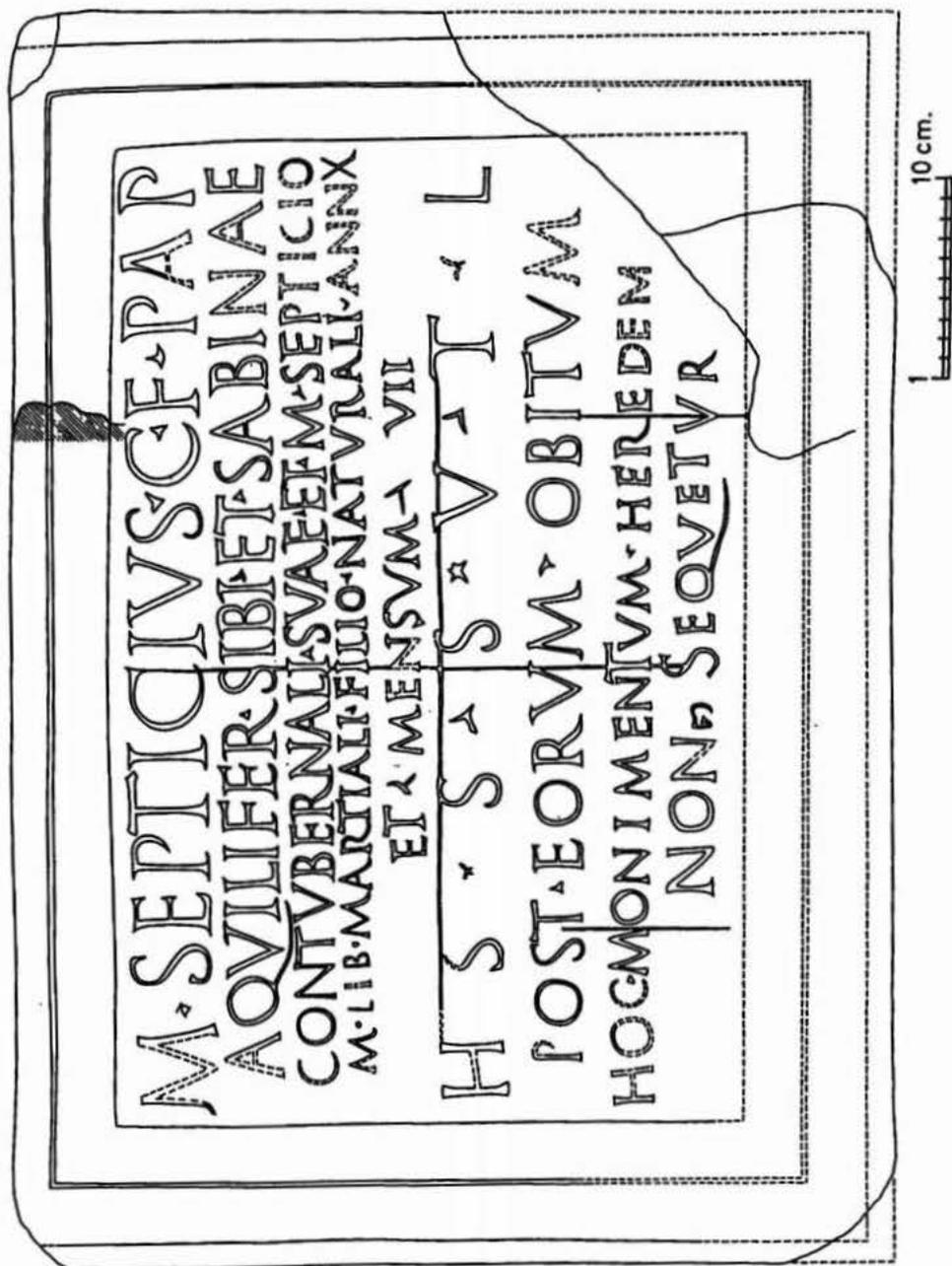
Módulo de 10 caracteres

<i>Línea</i>	<i>mm.</i>	<i>Núm. de orden</i>	<i>Índice 2</i>
6	350	1.º	7'85
1	290	2.º	5'99
7	270	3.º	5'34
9	225	4.º	4'63
8	200	5.º	4'23
2	195	6.º	4'03
5	190	7.º	3'60
3	175	8.º	3'47
4	150	9.º	3'12

Se observa que módulo e índice, en le presente caso, coinciden, que es lo normal. A excepción de las líneas 1 y 6, se deduce la diferencia de espaciamento entre la primera parte del texto y la segunda: la primera (líneas 2, 3, 4, 5) en los últimos puestos de la serie, con letras más apretadas, y la segunda (líneas 7, 8, 9) con mayor holgura de letras.

c. Quisiera comparar, en un cuadro de conjunto, diversos datos numéricos, reducidos al número de orden de los renglones, referidos a la altura de letras, índice 1 de longitud de renglones e índice 2 de espaciamento de letras. Pretendo observar si existen relaciones lógicas entre todos estos datos:

<i>Línea</i>	<i>a. Orden de longitud de renglones según índice 1</i>	<i>b. Orden de espaciamento según índice 2</i>		<i>c. Orden por altura de letras</i>
		<i>Decreciente</i>	<i>Creciente</i>	
1	1.º	2.º	8.º	1.º
2	5.º	6.º	4.º	3.º
3	3.º	8.º	2.º	5.º
4	4.º	9.º	1.º	9.º
5	9.º	7.º	3.º	7.º
6	2.º	1.º	9.º	2.º
7	6.º	3.º	7.º	4.º
8	7.º	5.º	5.º	8.º
9	8.º	4.º	6.º	6.º



Se nota, comparando las respectivas columnas, que en esta inscripción no existe completa correlación entre los distintos datos numéricos de cada renglón. Pero queda claro la primacía dada a la línea 1 y la línea 6, una en razón del propio contenido del texto, que se quiso resaltar, y otra debido a razones estético-formales de composición tipográfica. Para las líneas 2, 3 y 4 se aprecia en todas las columnas una progresión (o regresión) parecida: cada renglón se acorta un poco, a la vez que las letras se espacian menos y disminuye la altura de la letra. La línea 5 se acorta (y centra) por causas compositivas tipográficas estético-formales, con letra baja (aunque menos que en el renglón anterior) y algo más espaciada, pero no mucho a pesar del espacio disponible, para no contrastar demasiado con los últimos renglones ya incisos de la primera parte del texto. En la segunda parte del texto (líneas 6, 7, 8, 9) la longitud de renglones se acorta sucesivamente pero la regresión no posee paralelismo en las columnas *b* y *c*, ya que la última línea (línea 9) tiene letras menos bajas y algo más espaciadas que en el renglón anterior (línea 8), fenómeno idéntico al que ocurría con el último renglón de la primera parte del texto (cfr. línea 5 con línea 4) y que deberá atribuirse más al lapicida que al *ordinator*.

7. El *ordinator* preparó una composición tipográfica bastante excelente, pero el lapicida no estuvo a la misma altura. Las líneas rectas de ejes verticales no están bien calculadas y por ello no dividen el campo en porciones iguales, con lo cual carecen de utilidad y, en efecto, parece que no se las tuvo en cuenta. Las letras mejor cuidadas pertenecen a las líneas 1, 2, 3, 6 y parte de la 7; compárense como prueba (aparte del efecto general), por ejemplo, el trazado de B, R y V de las líneas indicadas con las del resto. Se diría que la atención inicial del lapicida, con el consiguiente cuidado de la letra, disminuye hacia la mitad de cada una de las dos secciones del texto, o bien, que a partir de ese momento y lugar otro operario, menos hábil, continuó el trabajo de incisión; debido al cansancio, con su menor atención, o debido a una segunda mano, no se cierran ya los bucles de B y R (contra lo que ocurría en los comienzos de cada parte del texto), la V se incurva un poco y la mayoría de las T sobrepasan la caja por arriba. (A propósito de B, R, etc. deseo hacer una observación marginal: estas diferencias paleográficas no obedecen a épocas diversas como en ocasiones se ha señalado).

La línea 5 salió descentrada al cansado lapicida o a su sustituto (o posible segunda mano), no sólo respecto al mal centrado eje vertical; quizá grabó después el numeral. También descentrada se halla la línea 8 del mismo lapicida inhábil, con la curiosa peculiaridad aquí de que el

texto de ese renglón se halla bien distribuido respecto de los mal calculados tres ejes verticales, como se comprueba contando las letras, que forman grupos de 4-6-6-4, para conseguir una simetría; la existencia de esos ejes podría explicarse, tal vez, por el deseo de no incurrir en el error de la línea 5, pero volvió a fallar al no advertir la equivocada situación de los ejes. Probablemente se le volvió a recriminar al distraído lapicida, quien ya centró, por fin, la última línea exactamente, pero quizá de mala gana y nervioso a juzgar por la diversidad de altura y proporción de las letras, desbarajustadas, y por el extraño grafismo como signo de interpunción.

8. El contenido del texto, se puede agrupar en dos secciones, correspondientes a las mismas de su presentación externa, ya analizada, separadas por la línea horizontal mencionada. La primera comprende indicaciones referidas a las tres personas que cita el texto, aunque la idea principal que en él se desarrolla se centra más en la sepultura que en las personas. Resumidamente dice así: «Marcos Septicio, aquilífero (erigió esta sepultura), para sí mismo, para su mujer Sabina y para su hijo M. Septicio Marcial de 10 años y 7 meses». La segunda sección empieza con usuales fórmulas funerarias y concluye con la expresión de otra fórmula, no rara, respecto a la transmisión de la propiedad y uso de la tumba.

Resulta evidente que el texto se incidió al fallecer el hijo, viviendo todavía los padres. De las fórmulas de la segunda parte se deduce también que los padres pensaban ser sepultados en esa misma tumba a su fallecimiento y que, de momento, no tenían otro hijo, ni quizás lo esperaban ya, tal vez por la edad (no indicada) de la madre. No se dejó espacio para incluir, en un futuro, datos acerca del fallecimiento de los padres, ni se pretendió.

9. El gentilicio del padre (y del hijo) *Septicius* (2) resulta francamente raro en Hispania, quizás único; por lo menos, no lo encuentro en los índices del CIL II ni en los de J. Vives. Entre las personas con ese antropónimo destaca *Septicius Clarus*, también militar, con buena hoja de servicios, amigo del emperador, que llegó a prefecto del pretorio bajo Adriano, aunque luego cayó en desgracia (3). Derivado de ese nomen es el cognomen *Septicianus*, asimismo poco frecuente y documentado casi sólo en Italia (4). El radical *sept-* puede estar en relación

(2) No me ha sido asequible en Córdoba la obra de W. SCHULZE: «Zur Geschichte lateinischer Eigennamen», 2.^a edición, Berlín, 1933.

(3) Hist. Aug., «Hadr.» 9, 5; 11, 3, y 15, 2.

(4) I. KAJANTO: «The Latin Cognomina», Helsinki, 1962, pág. 155.

con el número siete, que es lo corriente, pero existe también el adjetivo *septicus* (de origen griego, raro en latín, del que difícilmente se formarían nombres personales, dado su significado) y *septiciana*, aplicado a cierta libra de peso romana (probablemente, derivado de las *saepta* o *septa* romanas).

Marcus Septicius, el *aquilifer*, era ciudadano romano, a pesar de no consignar los *tria nomina*, ya que la ausencia de cognomen es propia de la época de Augusto prolongándose bastante bajo Tiberio, Calígula y Claudio, con una serie de ejemplos en inscripciones legionarias (5). Se asegura su condición de ciudadano por la mención de la tribu, *Papiria*. La posesión de la ciudadanía indica que no militaba en unidades de *auxilia* sino en una legión, a menos que estuviera ya licenciado, situación que no consta en la lápida. El nomen *Septicius* parece orientarnos hacia Italia como patria suya o tal vez de sus antepasados biológicos o legales. Igualmente podría señalar el mismo origen la tribu, pero no se descarta Hispania por la inscripción en la *Papiria* de ciudadanos (muchos de ellos milites) preferentemente en *Emérita* (6) y algo menos documentados en *Astigi* (*Ecija*), ambas colonias augusteas.

La esposa tiene aquí un solo nombre, *Sabina*, que es un cognomen de origen étnico, itálico, pero muy difundido también en otras regiones del mundo romano (Hispania incluida), más entre libres que entre esclavos y libertos (7). Sobre su condición de *contubernalis* trato más adelante.

El cognomen *Martialis*, hijo del *aquilífero*, no es nada raro en Hispania, aunque su mayor presencia se documenta en el Norte de Africa (casi la mitad de los registrados en todo el mundo romano), referido a personas de condición libre y menos del 10 % a esclavos y libertos (8). Al ser hijo natural (condición expresada en la lápida) su cognomen podría, hipotéticamente, corresponder a algún antropónimo de la madre; pero como libertos de su padre (dato también consignado en el texto) debe llevar los antropónimos de su patrono; en tal caso conoceríamos así también el cognomen del padre (*Martialis*), nombre muy a propósito para un soldado y para un hijo de soldado que solía también alistarse en la legión. Luego veremos cómo además el hijo natural era esclavo de su padre.

(5) G. FORNI: «Il reclutamento delle legioni da Augusto a Diocleziano», Milano-Roma, 1953, págs. 60 y ss. (citado por LE ROUX, op. cit. al principio).

(6) G. FORNI: «La tribù Papiria di Augusta Emerita», en *Augusta Emerita. Actas del Simposio Internacional conmemorativo del Bimilenario de Mérida* (10-20 noviembre de 1975), Madrid, 1976, págs. 33-42.

(7) KAJANTO, op. cit. en la nota 4, págs. 20, 30, 51 y 186.

(8) KAJANTO, op. cit. en la nota, 4, pág. 212; cfr. págs. 18, 20, 30, 54, 55 y 76.

10. Los caracteres paleográficos son propios del primer siglo del Imperio. La cola de la Q extendiéndose bajo las dos letra siguientes se ve ya en época de Claudio. La ausencia de la fórmula D·M (o D·M·S) y el encabezamiento con los antropónimos en nominativo constituyen norma hasta los Flavios (69 ss. d. de C.). El no consignar el cognomen nos llevaría a la época augustea, pero este uso puede prolongarse a veces hasta Claudio (41-54). Si bien la fórmula H·S·E· (aquí H·S·S·) ya se halla en la primera mitad del siglo I d. de C., el añadido S·T·T·L (aquí S·V·T·L) se documenta desde el segundo tercio del mismo siglo (aproximadamente desde el 30 al 60 en adelante). Las indicaciones abreviadas acerca de disposiciones testamentarias (aquí con otra fórmula no abreviada) empiezan en la segunda mitad del siglo I de la Era (9). Combinando, pues, los expresados criterios cronológicos, el epígrafe del *aquilifer* sería anterior a los Flavios y al gobierno de Nerón (54-68), tal vez entre el 30 y el 50; tomando como fechas finales el comienzo del uso de las siglas S·V·T·L (10), desde el 30 d. C. aproximadamente, la aparición de Q con cola larga, que nos lleva a Claudio (41-54), las indicaciones testamentarias (desde ± 50) y la carencia de cognomen (hasta Claudio en algún caso), tendríamos una fecha en torno al 50, algo antes o poco después.

11. Como *aquilifer* sería M. Septicio un soldado escogido (11) ascendido probablemente desde la tropa hasta un cargo equivalente a oficial o suboficial distinguido (12). El águila, como bien se sabe, era la principal enseña de la legión (13), conservada religiosamente en una capilla del campamento (precedente de nuestra «sala de banderas») recibía una especie de culto, celebrándose anualmente un *dies natalis*

(9) Útiles criterios cronológicos (en parte de FORNI, op. cit. en la nota 5), en LE ROUX, op. cit. al principio, págs. 24-28.

(10) Pero un veterano de la *leg. XX* con *h.s.e.t.t.l.*, se data por FORNI, (op. cit. en la nota 6, pág. 36) y por LE ROUX (op. cit. al principio, pág. 80), remitiendo a RE, XII, 1976, en época augustea; había unidades de esta legión, por lo menos en el 6 d. C., en el Illyricum.

(11) Una idea de un *aquilifer* llevando el asta rematada por el águila puede darnos la conocida estela del Römisch-Germanisches Zentralmuseum, de Maguncia, representando el *aquilifer* de la legión XIV, con sus condecoraciones, escudo, etc., reproducida en muchas publicaciones.

(12) Su graduación militar es discutida, cfr. J. HARMAND: «L'armée et le soldat à Rome de 107 à 50 avant notre ère», Paris, 1967, págs. 345 y ss.

(13) A. VON DOMASZEWSKI: «Die Fahnen im römischen Heere», Abhandl. d. Archäol.-Epigraph. Seminars d. Univ. Wien, Viena, 1885 (reimpreso, con otros trabajos, en «Aufsätze zur römischen Heerergeschichte», Darmstadt, 1972); S. REINACH, s. v. *signa militaria*, en CH. DAREMBERG y E. SAGLIO: «Dictionnaire des Antiquités Grecques et Romaines», Paris, 1877-1919, IV, 1.ª parte, págs. 1309-1334; R. CAGNAT y V. CHAPOT: «Manuel d'Archéologie Romaine», 2, Paris, 1920, págs. 343 y ss. y figs. 456 y ss.; y M. MARIN: «Instituciones militares romanas», Madrid, 1956, págs. 380-383.

aquilae (14). Se conocen en Hispania algunas inscripciones de portadores de enseñas militares (*signifer*, *vexilifer*, *aquilifer*) o de imágenes imperiales (*imaginifer*) en legiones y *auxilia* (15), pero hasta ahora teníamos la mención de un solo *aquilifer*, de la legión II, fechable en la primera mitad del siglo I. d. C. (16).

Llama la atención el hecho, singularísimo, de que al grado de *aquilifer* no siga en la inscripción cordobesa la mención a la unidad militar a la que pertenecía, dato normal y casi obligado en las inscripciones de legionarios (incluso veteranos) y soldados de *auxilia*.

Los legionarios mientras estuvieran en servicio activo no tenían acceso al *conubium*, es decir, no podían *ducere uxorem*, casarse con efectos legales, como si no poseyeran la ciudadanía romana o como si casaran con esclava o peregrina. Sin embargo algunos contraían matrimonio no conforme a derecho (*matrimonium iniustum*) y la esposa no era propiamente *uxor* o *coniux* sino *contubernalis* (17), aunque a veces en inscripciones se la cite como *coniux* o *uxor*. Por esta razón aparece aquí Sabina como *contubernalis*. El matrimonio ilegítimo no producía los efectos jurídicos del legítimo y, así, el hijo tampoco es legítimo como bien indica el epígrafe que publicamos. La esposa, Sabina, podía haber nacido libre o ser liberta o esclava; su condición social en el caso de ser libre no impedía su situación de *contubernalis* al casar con un legionario en activo; por los indicios que aduzco luego me parece que sería esclava.

12. ¿Qué hacía el *aquilifer* Septicio en Córdoba y a qué legión pertenecía? Para responder a esta pregunta el mayor inconveniente procede de la falta de datos (tan normales y frecuentes en las inscripciones de miembros del ejército) acerca de la unidad militar, años de servicio, recompensas, etc. que siguen a la mención del grado. En este sentido el texto del epígrafe es anormal, pero ha de tenerse en cuenta que no se trata del epitafio del *aquilifer* sino del de su hijo, o mejor, de la futura sepultura familiar construida en la ocasión del óbito del hijo, lo cual atenúa la anormalidad de la carencia de más circunstancias del curriculum del legionario. Pero explicado lo anterior la pregunta permanece.

(14) Mencionado en algunas inscripciones de Villalís: C.I.L., II, 2552; C.I.L., II, 2554; ROLDAN HERVAS, inscripción núm. 460; LE ROUX, inscripción núm. 247.

(15) ROLDAN HERVAS, op. cit. en la nota al principio, *passim*; LE ROUX, op. cit. en la misma nota, *passim*.

(16) C.I.L., II, 26b; ROLDAN HERVAS, inscripción núm. 501; LE ROUX, inscripción núm. 49.

(17) Algo así como «compañera de tienda»; *contubernalis* es también el legionario que vive con otros en la misma tienda. Vid. E. RUGGIERO: «Dizionario epigr. di antich. rom.» s. v.; HARMAND, op. cit. en la nota 12, págs. 383-386.

Córdoba era cabeza de una provincia senatorial pacífica, inerte, sin especiales problemas internos y externos de seguridad que reclamaran la presencia del ejército; la mayor parte del ejército romano en Hispania estuvo, desde Augusto, en el Norte. Por otra parte había en Córdoba, se suele repetir, unidades de las legiones II y X. En las monedas augusteas cordobesas con enseñas militares aparece en el asta central un águila (mirando hacia la izquierda) como aludiendo a una sola legión (18); pero en algunas raras piezas se indican a cada lado del pie del asta del águila los citados numerales legionarios o a veces V y X. En una moneda cordobesa, que he visto, de Claudio (¿falsa?) con águila a la derecha, aparecen los número X y XII, o mejor, X[I] y XII; pero la XI (*Claudia*) se hallaba en Dalmacia hasta el 70 d. C.; parece impensable la restitución X[V] (*Apollinaris*) que antes de pasar a Oriente estuvo en el Danubio (*Carnuntum*) hasta Nerón, ni la X[X] (*Valeria Victrix*) en Hispania por lo menos entre 26 y 19 a. de C. y ya en el Illyricum por lo menos en el 6 d. de C. Si no fuera por una corrosión del metal en la moneda tendríamos X, la X *Gemina*, la cesariana de Munda, luego en el Norte de Hispania, bajo Augusto y hasta Nerón, momento en que es destinada a *Carnuntum* en el 63, para regresar en el 68 a Hispania, casi desguarnecida entonces, bajando pronto a la Bética por si era necesario defenderla en el 69 del procurador de las Mauritánias (partidario de Otón), y destinada fuera de Hispania en el 70, al Rhin. Pero la época de la guerra civil (68-70) en que la X *Gemina* se hallaba en la Bética no es la de Claudio a la que corresponde la rara moneda y nuestro epígrafe. La XII (*Fulminata*) consta en Capadocia pero no en Hispania (19).

Quizás fuerzas estacionadas en la Bética participaran en la aneión y pacificación de Mauritania Tingitana, bajo Calígula y Claudio (20), entre el 40 y el 50 d. C. o el 40 y el 44. Si de la Península, con centro en la Bética, se enviaron a Mauritania occidental algunas tropas éstas podrían pertenecer a la VI *Victrix* o a la X *Gemina*, que entonces se hallaban en Hispania ciertamente (aunque en el Norte), pero de esa participación no hay seguridad y menos de su presencia en la Bética, en esa circunstancia, de las legiones mencionadas en la moneda cordobesa de Claudio bastante dudosa. Sabemos con certeza, en cambio,

(18) Según F. CHAVES TRISTAN: «La Córdoba hispano-romana y sus monedas», Sevilla, 1977, pág. 96, esos signos militares no se referirían a ninguna legión concreta: serían «un homenaje a tantas legiones como desfilaron por la ciudad».

(19) Me baso en J. M. ROLDAN HERVAS y P. LE ROUX, op. cit. en la nota del principio, para los destinos y fechas de las legiones citadas.

(20) *Dio Cas.* LIX, 25 y 9.5; *Suet.* «Calig.» IV, 2.

que la Bética fue encargada de abastecer de trigo a las unidades militares que combatían en Mauritania en época de Claudio (21). Una inscripción de Volubilis documenta la presencia allí de un soldado de la legión *X Gemina*, estacionada en Hispania, y puede fecharse en tiempos de Claudio, como algunos prefieren, o en el 69, como otros pretenden (22). Se interprete todo esto de una u otra manera, es cierto que también en las provincias senatoriales, como la Bética, inermes, podían residir algunas unidades militares (23) con distintas misiones de paz o de alarma frente a otras provincias, etc. Dentro de la Bética pudo Córdoba jugar un cierto papel respecto a esas unidades, por lo menos se sabe que en el siglo siguiente se hallaba en Córdoba un alto mando de las fuerzas navales del Estrecho (24). En teoría, por tanto, el *aquilifer* M. Septicio podía pertenecer a alguna de las unidades con misión en Córdoba.

Pero lo dicho es válido en el supuesto de que nuestro *aquilifer* se hallara en servicio activo. La situación de activo parece deducirse del hecho que sólo al término de su servicio militar, al adquirir la condición de veterano, podía el legionario licenciado legalizar su matrimonio, convirtiendo el *contubernium* en *matrimonium iustum*. El que su mujer figure todavía como *contubernalis* en el epígrafe parece indicar que el aquilífero no se había aún licenciado.

13. Por otra parte cabe tal vez otra solución. Podría pensarse que M. Septicio tomara por mujer una esclava, Sabina, que sería precisamente esclava suya (25). En tal caso, el hijo de ambos, como fruto de la unión de hombre libre con esclava, sigue la condición de la madre, es decir, nace esclavo. Como *dominus* de la madre esclava este soldado es también *dominus* de su hijo. Así el *aquilifer* resultaba dueño y padre de su hijo esclavo. En la inscripción del Museo de Córdoba aparece como padre y patrono, lo cual indicaría que el hijo fue durante un tiempo esclavo de su padre quien luego lo libertó. Esto, explica, creo, que el hijo en el texto del epígrafe curiosamente sea, respecto a su padre, hijo natural a la vez que liberto suyo.

En esta hipótesis mientras Sabina permanecería en su condición de esclava, no podía dejar de seguir siendo contubernial de M. Septi-

(21) *Dio Cas.* LX, 24.5.

(22) Vid. LE ROUX, op. cit. en la nota del principio, pág. 97 y notas 91 a 94; ROLDAN HERVAS, op. cit. en la nota del principio, pág. 207.

(23) E. RITTERLING: «Military forces in the senatorial provinces», *J. Rom. Stud.*, XVII, 1927, págs. 28-32 (citado por LE ROUX, op. cit. en la nota del principio, pág. 93, núm. 73).

(24) C.I.L., II. 2224; LE ROUX, op. cit. en la nota del principio, pág. 157.

(25) Los legionarios podían tener esclavos a su servicio, según documentan algunas inscripciones.

cordobés, o por cualquier otra causa que se nos escapa. Sabina continuaría en su condición de esclava (por raro que actualmente nos parezca), situación quizá ventajosa para M. Septicio. Como otros veteranos en diversas ciudades podía aspirar en la vida civil a un cargo en la administración provincial o municipal en la capital de la Bética. Por el gentilicio, él o un antepasado suyo procedía de Italia. Por su inscripción en la tribu Papiria, él o un antepasado suyo se había establecido en el territorio de Mérida (o en el de *Astigi*).

Como hipótesis más verosímil me inclino a pensar que un *Septicius* fue reclutado como legionario en Italia, para participar en la guerra civil, con César, y luego en las operaciones en el N. O. peninsular en época augustea y ya como veterano se estableció en *Augusta Emerita* cambiando su tribu por la Papiria, como está documentado en otros muchos casos análogos, hacia el año 25 a. C., fecha de la fundación de la colonia; veterano en torno a los 40 años, reclutado hacia los 19-21 años, pudo haber nacido en Italia en torno al 65 a. de C. El reclutamiento de itálicos para las guerras de España era notable. Probablemente perteneció a la legión *X Gemina*. Un hijo suyo, otro Septicio, *Caius Septicius*, siguió la profesión militar de su padre (hecho frecuentísimo y bien conocido) en la misma legión X; nacido hacia 28-25 a. C., reclutado entre el 8 y el 5 a. C. y veterano en 12-15 d. C. Un hijo, probablemente no el primogénito el de nuestro epígrafe, *Marcus Septicius*, nació hacia el cambio de era o pocos años después (1 a 5 d. C.), alistado en 19-25 d. C., veterano hacia el 40 ó 45 d. C., lo cual concuerda con la datación propuesta para la inscripción.

Según las monedas veteranos preferentemente de las legiones V y X poblaron Mérida en su fundación. La V se va de Hispania hacia el 15 a. C., por ello me inclino por la X como legión en que sirvieron los tres Septicios. El *Marcus Septicius*, ya veterano, establecido en *Colonia Patricia*, pudo ser *aquilifer* de la legión *X Gemina*.

Al término del presente trabajo sólo queda por señalar que, aparte de los datos descriptivos, cuestiones sobre los caracteres externos y la *ordinatio*, hemos ido proponiendo hipótesis tras hipótesis, discutiéndolas, rechazando y aceptando, para quedarnos con las que nos parecen más probables. Quiero decir con ello que, ante la falta de datos seguros, nos hemos apoyado en elementos laterales, indirectos, produciendo las hipótesis que nos parecen más verosímiles, dentro de nuestra poca experiencia en asuntos militares romanos.

cio, aunque éste ya no se hallara en servicio activo. Ahora, a nuestra mentalidad actual, nos parece lógico y humano que libertara a su esposa y esclava lo más pronto posible, pero ciertamente la liberación no tuvo lugar antes del nacimiento del hijo de ambos. Si Sabina era ya liberta al incidirse la inscripción (condición no expresada en la lápida) el *aquilifer* se hallaba todavía en servicio activo, pues hasta que no se licenciara no podía legalizar su matrimonio. Pero si Sabina continuaba siendo esclava, el *aquilifer* podía, teóricamente, tanto estar en activo como ser ya veterano.

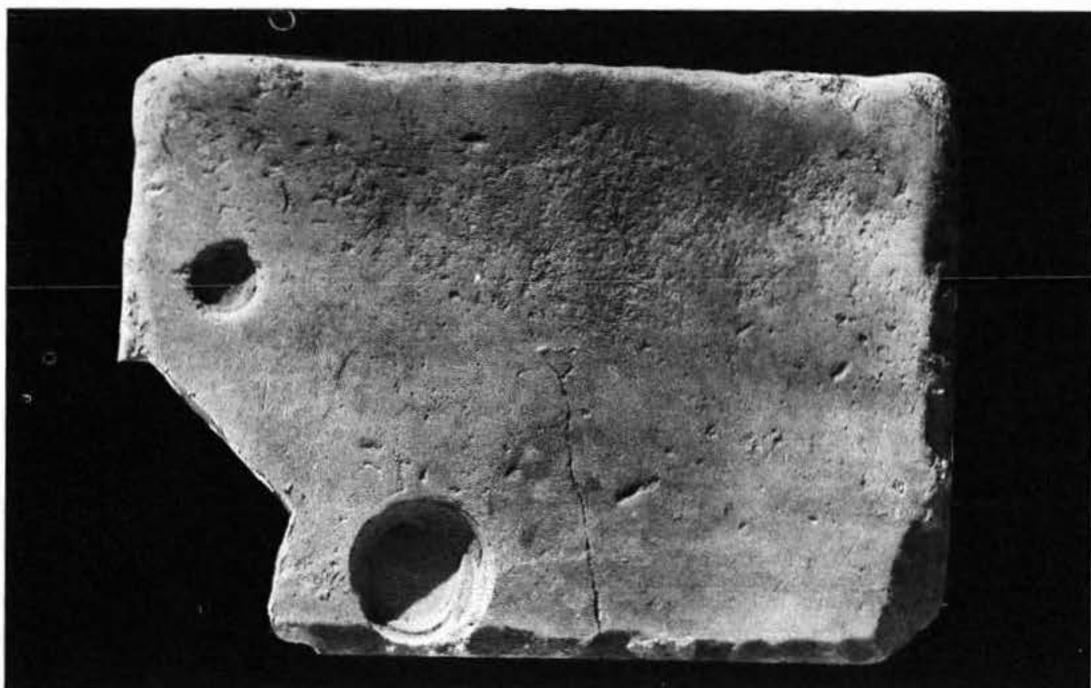
Las incertidumbres respecto a la carrera militar de M. Septicio y a la condición de Sabina proceden de la, en apariencia, anormalidad del texto de la inscripción, que en otros referidos a militares nos proporcionan regularmente información acerca del *origo*, unidad de pertenencia, grado y situación, años de servicio, recompensas, etc. Pero la aparente anormalidad no es tanta si atendemos a que no nos hallamos ante el epitafio de un legionario o de su mujer sino ante el de su hijo (a quien se caracteriza suficientemente) y ante el título de una tumba para sepultarse luego en ella la familia, según antes hemos ya recordado.

14. Tal vez por otro camino es posible obtener alguna luz. Así, a favor de la situación de veterano del *aquilifer* cabe una reflexión sobre el hecho (indicado en el epígrafe y ya observado) que construyera para sí y su familia una sepultura en Córdoba. Esto sugiere que en sus cálculos para el futuro pensaba no moverse de Córdoba y terminar aquí sus días. Si estuviera M. Septicio en activo sería el *aquilífero* de una legión con cabeza permanente en Córdoba, en campamento fijo con su capilla para las insignias legionarias, etc., pues se trataría del portador de la enseña principal de una entera legión, no de la enseña de una unidad menor. Carecemos de cualquier dato acerca del asentamiento permanente en Córdoba de una legión en tiempos julio-claudios, al contrario. Lo dicho antes acerca de las posibles legiones, o unidades de ellas, que pudieran haber pasado por Córdoba ocasionalmente no favorece la idea de la existencia aquí de un asentamiento permanente de alguna legión que estaba por el Norte peninsular. Pudiera pensarse en una misión permanente de M. Septicio en la capital de la Bética (como otros casos conocidos, p. e., en Tarraco), pero parece raro que se confiara permanentemente al *aquilifer* en activo de una legión. En resumen la estancia permanente en Córdoba de M. Septicio resulta de difícil justificación si este legionario se hallaba en activo.

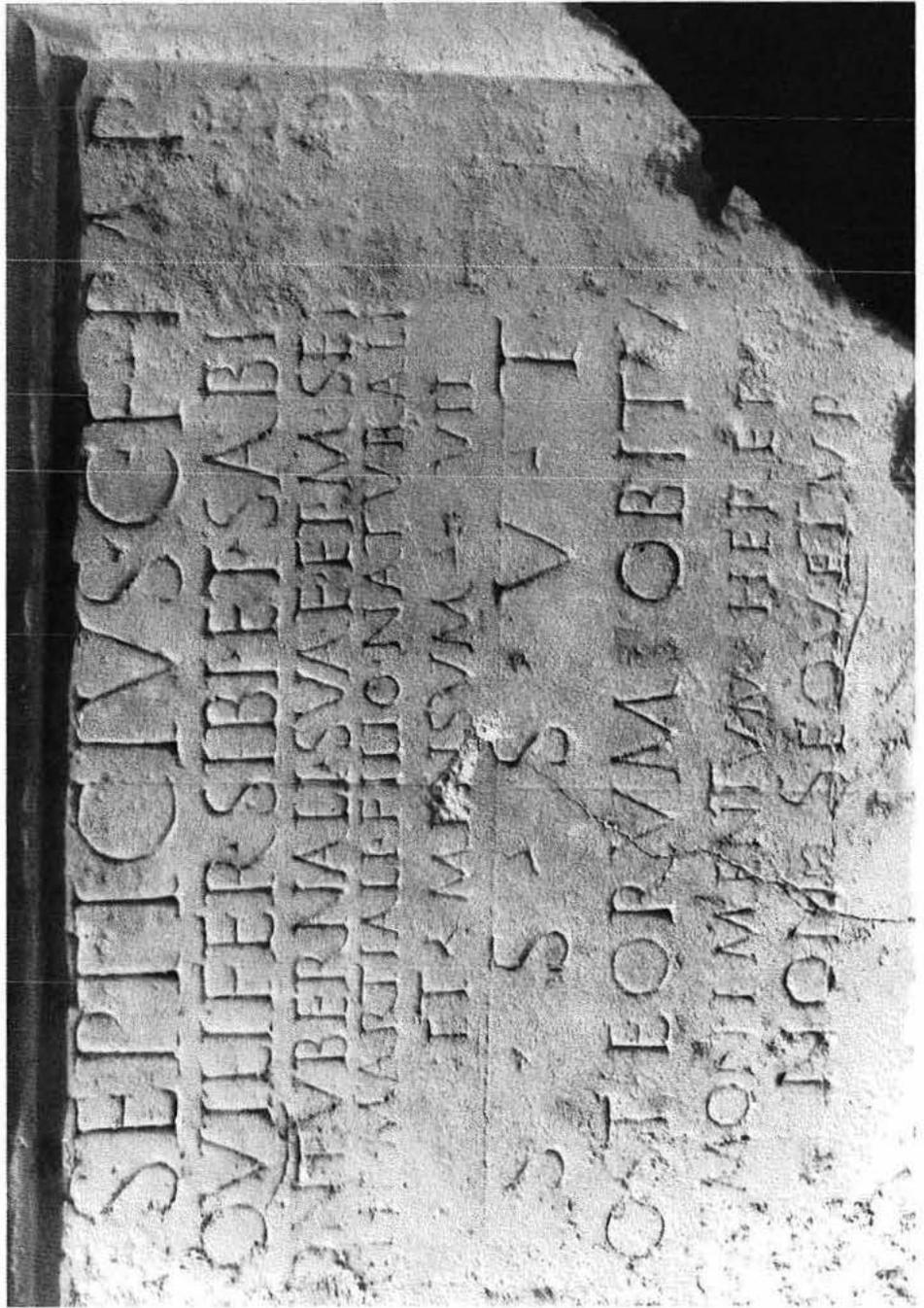
Lo más probable es que el *aquilifer* M. Septicio fuera un veterano que a su licenciamiento se estableciera en Córdoba, por haber servido un tiempo en esta capital (y haberle gustado), por ser Sabina de origen



Inscripción romana de mármol blanco.



Reverso de la inscripción romana.



PEDRO DE PALOL SALELLAS
(Barcelona)

**UNA CANTIMPLORA DE BRONCE CON ESMALTES
DEL MUSEO
DE PREHISTORIA DE VALENCIA**

Hace ya varios años, vimos en las colecciones del Servicio de Investigación Prehistórica de la Diputación de Valencia un fragmento, espléndido, de una cantimplora de bronce decorada con esmaltes en amarillo, verde y azul. La pieza despertó nuestro interés, de forma que solicitamos al entonces director del SIP, el doctor Domingo Fletcher, autorización y documentación para publicar este excepcional ejemplar. Queremos, ahora, actualizar nuestro trabajo y ofrecerlo, en homenaje al doctor Fletcher que tanta y tan excelente labor realizó al frente de esta ejemplar institución que ha sido —y es— el SIP de la Excma. Diputación de Valencia.

El bronce procede del término municipal de Bèlgida, Valencia, sin contexto arqueológico alguno conocido. Se trata, pues, de un hallazgo casual, de recuperación, sin otras noticias, lo cual es de lamentar dadas las peculiaridades de excepcionalidad de la pieza (1).

(1) Esta pieza ingresó en el Museo de Prehistoria del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excma. Diputación de Valencia en 1952, junto con otros materiales donados por el que fue colaborador del mismo don Mariano Jornet Perales y no llevaba indicación de procedencia alguna, aunque por ser la colección de objetos de Bèlgida, es casi seguro su origen de algún punto de este término municipal. Quiero agradecer la autorización y los datos para la publicación de este trabajo al Servicio de Investigación Prehistórica y a sus directores don Domingo Fletcher Valls y don Enrique Pla Ballester.

Constituye parte de una cantimplora de bronce, de la que se conserva la gran faja plana que une las placas circulares de la estructura tronco-cilíndrica de la forma de cantimplora. Se conserva el hueco para verter el líquido del interior del recipiente, centrado —como es normal— a las anillas de sujeción del asa. Esta, de forma en Ω omega, está unida a estas anillas fijas a la pieza por otra anilla circular: forma así una asa perfectamente movable y articulada (fig. 1 y láms. I y II).

Desgraciadamente no tenemos la parte opuesta de esta faja circular; no sabemos, por tanto, si pudo tener pequeños puntos de apoyo —en caso de no tener colgado el recipiente—. Y, sobre todo, lamentamos la desaparición de las dos grandes placas circulares que formaban las dos paredes de este recipiente tronco-cilíndrico. Y lo lamentamos, sobre todo, por ser el lugar donde con mayor riqueza habría existido la decoración del mismo.

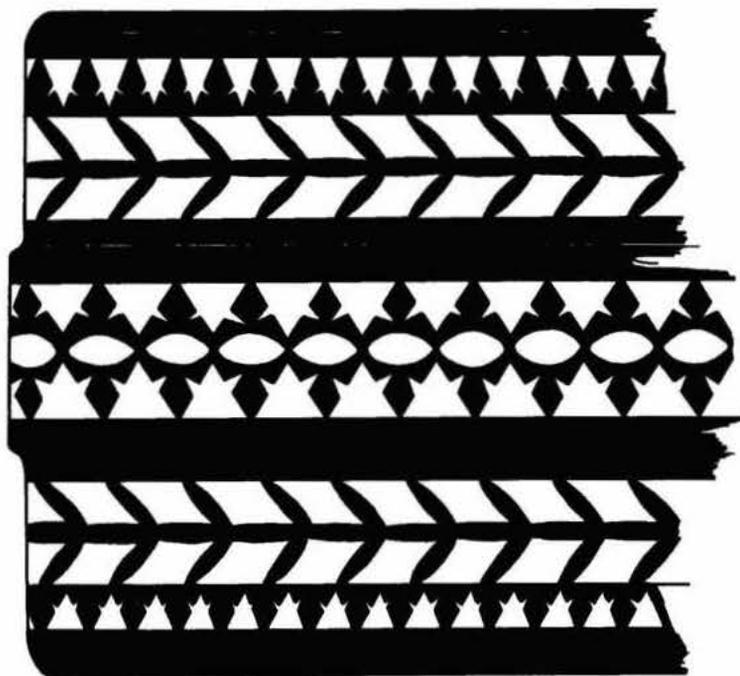


Fig. 1.—Dibujo de la decoración del bronce de Bélgida.

Las dimensiones actuales son:

4 mm. de grueso de la placa de metal.

345 mm. de longitud de lo que de la pieza queda.

En una restitución total se trataría de una cantimplora de:
16'5 cm. de diámetro aproximado.

8'5 cm. de separación del apoyo del asa.

6'1 cm. de anchura de la faja conservada.

El interés excepcional del ejemplar estriba, no sólo en su forma y funcionalidad, sino —sobre todo— en su decoración en esmaltes sobre bronce, en técnica de *Kerbschnitt* o *Champlevé*, es decir, hueco en el bronce relleno de pasta vítrea, en colores.

Constituye, todavía, un tipo de decoración sobre el que no disponemos de estudios. Falta para nuestra Hispania romana un *corpus* de bronces con esmaltes. Bien es verdad que ejemplares de la entidad y tamaño de la cantimplora de Bèlgida son raros, incluso fuera de España, mientras son más frecuentes pequeñas fíbulas, placas de cinturón, anillos y demás objetos de ajuar personal; tampoco tenemos excesiva bibliografía internacional sobre el tema.

La gran placa circular que constituye lo poco conservado de la cantimplora se decora con fajas paralelas con temas en esmalte. Se disponen simétricamente, a partir de una central, que corre en la zona donde están soldadas las anillas del asa. Esta faja central —la más compleja— está flanqueada a cada lado por otra faja con temas de espiga y, en los extremos de la placa, otra faja con triángulos, con tendencia a hojas vegetales con un simple estrangulamiento en su mitad de forma que recuerda esquemas florales triangulares.

La gran faja central está separada de sus dos laterales mediante dos cordones lisos paralelos, lo mismo del extremo de la total decoración, de manera que podemos decir se organiza en tres zonas —separadas por estos listeles o cordones—, una central y dos laterales. Éstas constituidas por dos contiguas aunque diferenciadas. Esta distribución responde probablemente a la necesidad de separar una anilla central de soporte al asa más que a una distribución ornamental, como veremos en otros ejemplares, por ejemplo, en Pingente.

La decoración se estructura así:

La faja central está constituida por una serie seguida de perfil más o menos ovoide-plano, con los bordes exteriores con esquema ligeramente floral, con dos temas de tendencia triangular, a ambos lados, dejando el espacio del medio ocupado por un tema romboidal que une el óvalo —por su centro externo— con el borde de la faja. Se trata, pues, de un tema repetido con motivo floral. El interior del óvalo, con esmalte en azul, contrasta con el fondo de la faja que se decora en verde. A los dos lados de esta faja, después de cordones lisos, hay un tema de espiga, muy simple, que recuerda elementos en *terra sigillata* —como veremos—. Las hojas de la espiga son estrechas y bastante separadas, saliendo del tallo central, en el mismo punto en ambos

esmaltes y que —probablemente— es el mejor paralelo a la famosa y conocida cantimplora de Pingüente (Istria), hoy en el *Kunsthistorisches Museum* de Viena (2) (láms. III y IV).

Ejemplos de cantimploras parecidas los tenemos —incluso en tamaño más reducido, 75 mm.— desde el llamado «ungüentario» de la necrópolis de Mérida (calle Furnier), junto a un cipo dedicado a C. Valerius Soldus (3); o bien una «bulla» (50 mm.) de Magdeburg-Fermetsleben (4) decorada con círculos impresos y triángulos a la manera de Bélgica. Prescindimos de las versiones en TS, tanto Gálica como Hispánica (forma 13), con las diferencias normales de sujeción: asas fijas a los lados del gollete, saliente.

El recipiente es de uso común, incluso en tiempos tardíos, no plenamente imperial, como el famoso «gourde» de Concevreux (Aisne) (5), con una de sus caras plana y una inscripción cristiana. Una investigación minuciosa podría informarnos claramente sobre el origen y evolución del objeto, lo cual no nos proponemos en este momento.

Pero nos interesa, ahora, centrar el problema de la pieza de Valencia con la famosa cantimplora de Pingüente (Istria), ya que probablemente se trata del único paralelo para la misma, según nos escribió, hace años, el profesor Rudolf Noll de museo de Viena (6). Desgraciadamente hemos buscado inútilmente un anunciado trabajo del profesor Petrikovitz de Bonn (7), por lo que debemos valernos de la bibliografía asequible.

Ante todo, el problema de paralelismos con la pieza de Istria, Pingüente, parece claro, aunque no dispongamos de las dos grandes placas discoidales de la cantimplora, que en Pingüente están muy bellamente decoradas, mientras que la faja que los une es más rica y

(2) (Inv. Nr. VI 1197), publicado por primera vez en 1883 por E. V. SACKEN, en *Jahrbuch des Kais. Kunstsammlungen*, I, págs. 41 y ss. Un año después también lo publicó DE LINAS, en *Gazette Archéologique*, 3, 1884, págs. 143 y ss. A. RIEGL: «Spätromische Kunstindustrie», Viena, 1901 (traducción italiana de B. FORLATT TAMARO: «Industria artística tardorromana», Florencia, 1953, págs. 325 y ss., con abundante bibliografía (pág. 332). Agradecemos las fotografías del Museo de Viena al profesor Rudolf Noll. Otras noticias bibliográficas en SCHULZ-ZAHN: «Das Fürstengrab von Hassleben», en *Römisch-Germanische Forschungen*, 7, 1933, pág. 87.

(3) «Museo Arqueológico de Mérida», en *Memorias de los Museos Arqueológicos Provinciales*, 1942, Madrid, 1943, pág. 149, lám. XLV, 2.

(4) H. KIES: «Baggerfunde der Jahre 1974/75 von Magdeburg-Fermersleben», *Ausgrabungen und Funde*, 21, Berlin, 1976, pág. 237, fig. 1.

(5) J. PILLOY: «La gourde de Concevreux (Aisne)», en *Bulletin Archéologique*, 1903, págs. 460 y ss.

(6) «Eine Parallele zu unserer emailierten Flasche von P. kenne ich nicht, das spanische Grafment ist die erste» (Carta de fecha 21 de junio de 1960).

(7) Conocemos el propósito del profesor Petrikovitz de un «kleines Buch» en la serie «Novaesium Studien» que no conocemos, sobre un conjunto de vasos de esta categoría (1965?).

variada en decoración en la pieza de Bèlgida. Incluso, desde el estricto punto de vista ornamental, no creemos procedan de un mismo obrador o de obradores cercanos, a pesar de ciertas semejanzas concretas.

En primer lugar, desde un punto de vista de la forma, el ejemplar de Pinguente es más ancho que la pieza de Bèlgida, y menos rico en su estructura. Así la propia asa en Pinguente es en plancha de perfil recortado, placa terminada —en sus anillas extremas— en un botón plano. La pieza de Bèlgida tiene tendencia amorcillada en el arco extremo soldado a la pieza. También es distinta la manera de inserir el gollete, troncocónico en Bèlgida y cilíndrico con anillos circulares en Pinguente.

Por el contrario, la estructura del armazón de la cantimplora es idéntico, lo que distribuye de forma semejante la decoración de la faja anular: un elemento central —saliente en Pinguente y enmarcado por dos cordoncitos en Bèlgida— de soporte de las anillas del asa. A partir de este elemento, la decoración en ambas piezas se distribuye simétricamente en dos fajas a ambos lados.

La decoración de esta gran pieza anular tiene pocas semejanzas. Menos rica en Pinguente, donde se distribuyen únicamente cuadrados y triángulos puramente geométricos, sin propósito alguno de estilización vegetal, ya bien desarrollados en los discos de la cantimplora. El botón de cierre del vertedor con un tema también en triángulos en distribución radial normal con el esquema del vertedero cilíndrico quizás pueda paralelizarse a la base del mismo en Bèlgida. A pesar de ello el paralelismo es importante y es real.

Dos importantes problemas aparecen para el ejemplar valenciano al desconocer totalmente su entorno arqueológico: son naturalmente la cronología del objeto y el origen de su taller. De nuevo debemos valernos del paralelismo bien cercano de Pinguente.

La cantimplora de Istria apareció en un conjunto de objetos de cronología diversa. Las publicaciones antiguas son de 1883 y 1884 (8). Según Riegl (9) se halló una moneda de Adriano, lo que hace imposible colocar el ejemplar antes de la mitad del siglo II d. J. C. Las noticias que amablemente nos comunicó el profesor Noll señalan monedas de Antonino Pio y sitúan la pieza desde la mitad e incluso hacia finales del siglo II. Riegl la utilizó para su valoración del Bajo Imperio en su importante obra citada. Además del carácter estilístico dentro de la cultura de La Tène, sigue preocupando no sólo en los trabajos clásicos

(8) Véase nota 2.

(9) RIEGL, op. cit. en la nota 2, pág. 332, habla de una moneda de Adriano.

de Françoise Henry (10), sobre todo, a través de las estilizaciones vegetales del gran disco, señalándose —para ésta y para otras piezas— claras semejanzas con elementos ornamentales precisamente del siglo II, en los talleres de sigillata centro europeos (11).

De seguir, por tanto, esta pauta cronológica, deberíamos colocar el ejemplar de Bèlgida no antes de finales del siglo II d. J. C. Queda esta posibilidad simplemente como una pura hipótesis de trabajo; quizás susceptible de confirmación si comparamos ciertos elementos con pequeñas fibulas o placas —dos de ellas en Clunia, hallazgos casuales inéditos— en ambientes evidentemente anteriores al Bajo Imperio.

La procedencia de taller del ejemplar es muy dudosa. Creemos que sería preciso filiarlo a algunos de los centros renanos de fabricación de estos esmaltes, ya señalados por Henry (12), aunque en su estudio de los talleres británico-galos le quedaban totalmente fuera de contexto piezas tan importantes como la misma pieza de Pingente. El trabajo de Henry, en cierta manera ya tradicional, valora básicamente los núcleos británicos vinculados estrechamente a la toréutica de La Tène (13).

Hay algún elemento que nos permite una cierta aproximación a los ejemplares conocidos. Quizás para la pieza de Bèlgida, interesa el friso de hojas horizontales en espiga. Henry publica un cubilete de Benevento, hoy en el Museo Británico de Londres. La comparación de sus elementos ornamentales —entre ellos el friso de hojas horizontales en espiga— le lleva a vincularlo a las fábricas de TS de Lezoux, precisamente en su primer período del tercer cuarto del siglo I (14) y piensa en un taller gálico para la pieza. Es evidente la conexión del tema de Bèlgida con el de Benevento, pero el esquema plástico y la técnica son totalmente diferentes. No creo ninguna posibilidad de vinculación, ni de taller, ni de cronología.

A la vez el tema de espiga aparece más claro y parecido en una pequeña placa de cinturón de Brought (Westmoreland) (15) del

(10) F. HENRY: «Émailleurs d'Occident». en *Préhistoire*, II-1, Paris, 1953, págs. 65 y ss. Sobre Pingente, págs. 141-143. No excluye un origen «oriental».

(11) HENRY, op. cit. en la nota anterior, pág. 108, fig. 25, por ejemplo.

(12) HENRY, op. cit. en la nota 10, pág. 146.

(13) Probablemente esta característica de estilo sea uno de los rasgos diferenciales con la pieza valenciana.

(14) HENRY, op. cit. en la nota 10, pág. 108, fig. 23.1 Se trata de una pieza mucho más «clásica» y antigua que las piezas de Pingente o de Bèlgida; su decoración es todavía más correcta y naturalista, a la manera de la TS gálica.

(15) HENRY, op. cit. en la nota 10, pág. 114, fig. 27, 2 y 3.



Fragmento de la cantimplora de Bélgica.

Museo Británico de Londres, igualmente en otras menores de Cheshers (Chorthumberland), quizás de un taller del Sur de Inglaterra de cronología posterior al 122, fecha adrianea de la creación de la famosa muralla en la Gran Bretaña; pero tampoco es suficiente este ejemplar para pensar en origen y cronología del ejemplar de Bélgica.

En todo caso, y de forma provisional, nos atreveríamos a fechar hacia finales del siglo II d. J. C. el ejemplar valenciano y pensar en un origen mejor renano que inglés, dadas las conexiones existentes entre ambos centros de fabricación, y, sin lugar a dudas, vincular la pieza al gusto de los militares romanos por el color brillante, lo que puede propiciar —sin dudas— la aparición de obradores semejantes en lugares, al parecer, distantes como las Islas Británicas —con tan fuerte tradición de La Tène— o centroeuropeos no desvinculados, además, de influjos orientales como ya señaló también Henry.

Prospecciones en Bèlgida podrán, quizás, proporcionarnos el horizonte arqueológico-histórico que falta a este excepcional ejemplar. Mientras que un inventario y estudios de *todos* los bronce con esmaltes aparecidos en Hispania podrían ayudarnos a filiar el origen de uno de los más importantes y bellos ejemplares de esta técnica. Sirva este avance y esta sugerencia para promover el estudio de un tipo de objetos olvidados en nuestra arqueología.



Parte superior de la cantimplora de Pingente. (Foto, Museo de Viena.)



Lateral de la cantimplora de Pinguente. (Foto, Museo de Viena.)

INDICES
POR
HELENA BONET ROSADO
Y
ENRIQUE PLA BALLESTER

INDICE DE LUGARES

- Abauntz, cueva (Arraiz, Navarra): 69 y 70.
Abri Dufour (Francia): 74; ——— Pages (Francia): 74.
Adra, municipio (Almería): 35.
Africa: 71, 75, 77, 339, 374, 377 y 378; ——— del Norte: 71, 75, 77, 374, 377 y 378.
Agost, municipio (Alacant): 221 y 227.
Agrigento (Sicilia, Italia): 338 a 340.
Agrigentum, hoy Agrigento (Sicilia, Italia): Véase «Agrigento».
Aguas, río (Teruel): 161.
Agudo, Pico (Torres Vedras, Estremadura, Portugal): Véase «Pico Agudo».
Aguila, Peña del (Muñogalindo, Avila): Véase «Peña del Aguila».
Aguilar de Campóo, municipio (Palencia): 185.
Agullana, municipio (Girona): 174.
Ahumado, covacho (El Mortero, Alacón, Teruel): 105 y 106.
Aisne, departamento (Francia): 387.
Ain, departamento (Francia): 72 y 73.
Aitana, sierra (Alacant): 91 y 115.
Akragas (Sicilia, Italia): Véase «Agrigentum».
Alacant, municipio (Alacant): 36, 81 y 82.
Alacant, provincia: 11, 36, 40, 41, 81 a 83, 86, 87, 89 a 92, 94, 95, 97 a 122, 141, 164, 167, 175, 186, 188, 211, 214, 215, 217, 218, 221, 223, 226, 227, 230, 234, 235, 244, 263, 264, 267, 268, 270, 273, 282, 299 a 309, 317 y 324.
Alacón, municipio (Teruel): 105 a 107, 114.
Alagón, municipio (Zaragoza): 37 y 42.
Alamillo, El (Berlanga, Badajoz): 142.
Alava, provincia: 133, 161 y 173.
Albacete, ciudad (Albacete): 244.
Albacete provincia: 45, 81 a 83, 86 a 89, 94, 108, 180, 186, 205, 210, 212, 217, 221, 225, 227, 230, 235, 244, 259, 264, 265, 267 a 270 y 276.
Albalate del Arzobispo (Teruel): 95 y 96.
Albarracín, municipio (Teruel): 83, 86, 87, 105 y 108 a 111.
Alboloduy, municipio (Almería): 167.
Albufera, lago de la (Valencia): 32.
Albufereta, necrópolis de La (Alacant): 234 y 235.
Alcacer do Sal (Estremadura, Portugal): 313.

Alcaine, municipio (Teruel): 111.
 Alcalá, cerro de (Mancha Real, Jaén): Véase «Cerro de Alcalá; —————; Cabez de (Azai-
 la, Teruel): Véase «Cabez de Alcalá»; ————— de Henares, municipio (Madrid): 134;
 ————— de Xivert, municipio (Castelló): 8 y 10.
 Alcanadre, río (Huesca): 160, 167 y 173.
 Alcañiz, municipio (Teruel): 83, 87 y 171.
 Alcazaba, La (Badajoz): 144.
 Alcoi, municipio (Alacant): 36, 40, 41, 83, 87, 89, 90, 92, 94, 97 a 122, 164, 204, 211, 215, 225,
 226, 299 a 306, 309 y 317 y 324.
 Alcoy, municipio (Alacant): Véase «Alcoi».
 Alcúdia, La (Elx, Alacant): 210, 217, 218, 230 y 282.
 Aldeaquemada, municipio (Jaén): 89.
 Alemania: 169, 289, 341, 355, 375 y 387.
 Alentejo, región (Portugal): 66 y 69; ————— Bajo, provincia (Portugal): 38, 66 y 69.
 Algarve, provincia (Portugal): 36, 39, 134, 137 y 144.
 Algás, río (Zaragoza): 161.
 Alicante: Véase «Alacant».
 Aljaraque, municipio (Huelva): 144.
 Aljoroque (Antas, Almería): 133.
 Almenar, municipio (Lleida): 173.
 Almería, provincia: 35 a 37, 39 a 41, 112, 163, 167 y 175.
 Alpera, municipio (Albacete): 87, 89, 94 y 110.
 Alt Urgell, comarca (Lleida): 161, 169, 170 y 172.
 Alta Andalucía: 177, 179, 192 y 242.
 Altamira, cueva de (Santillana del Mar, Cantabria): 66 y 69.
 Alto Chacón (Teruel): 298, 303, 309 y 316; ————— Garona, departamento (Francia): 170.
 Allavon, hoy Alagón (Zaragoza): 299.
 Alloza, municipio (Teruel): 285, 304, 307 y 316.
 Amarejo, cerro del (Boneta, Albacete): 186.
 Ampla de Montgó, cueva (Xàbia, Alacant): 104 y 112.
 Ampurdán, comarca (Girona): Véase «Empordá».
 Ampurias (La Escala, Girona): Véase «Empúries».
 Anatolia (Turquía): 118.
 Andalucía: 38, 133, 173, 177, 179, 192 y 242; ————— Occidental: 38; ————— Oriental:
 38, 133 y 173.
 Andilla, municipio (Valencia): 9.
 Anglés, municipio (Girona): 174.
 Antas, municipio (Almería): 40, 122 y 163.
 Aquitania, comarca (Francia): 42, 167, 285, 314 y 320.
 Aragón, Bajo: Véase «Bajo Aragón».
 Arán, valle de (Lleida): 160, 169 y 170.
 Araña, cueva de la (Bicorp, Valencia): 83, 87 a 90, 101, 114 y 116.
 Arañas del Carabasi, Las (Santa Pola, Alacant): 82.
 Araya (Mérida, Badajoz): 144.
 Archena, municipio (Murcia), 5 y 40.
 Ares del Maestre, municipio (Castelló): 87 y 111.
 Arezzo (Toscana, Italia): 216 y 248.
 Argar El (Antas, Almería): 40, 112 y 163.
 Argelia: 75 y 182.
 Argentario, monte (Linares, Jaén): Véase «Monte Argentario».
 Ariège, departamento (Francia): 72 a 74, 76, 83 y 170.
 Arjona, municipio (Jaén): 244.
 Arpán, cueva (Colungo, Huesca): 86 y 163.
 Arudy (Francia): 74.
 Arraiz (Navarra): 69 y 70.
 Ascoli (Italia): 290, 291 y 314.

Asia: 43, 48, 77, 218 y 220; ————— Menor: 43, 218 y 220.
 Astigi, hoy Ecija (Sevilla): 374, 380.
 Asturias, Principado de: 49 a 51, 53, 54, 66, 69, 72 y 84.
 Atalaya, La (Valtierra, Navarra): 137, 144, 165 y 173.
 Ategua (Teba la Vieja, Córdoba): 167.
 Atenas: 355.
 Aude, departamento (Francia): 34, 36, 37, 41, 165, 174, 296, 297, 299 a 306, 308 y 315.
 Augusta Emérita, hoy Mérida (Badajoz): Véase «Emérita Augusta».
 Austria: 332, 377 y 387.
 Aveyron, departamento (Francia): 84, 104 y 170.
 Avila, provincia: 141, 161, 173 y 185.
 Ayna, municipio (Albacete): 86.
 Azaila, municipio (Teruel): 37, 40, 242, 282, 296, 298 a 308 y 316.
 Azambuja (Estremadura, Portugal): 141.
 Azogue, Prado del (Aldeaquemada, Jaén): 89.
 Azules, cueva de los (Cangas de Onís, Asturias): 72.
 Badajoz, ciudad: 133.
 Badajoz, provincia: 123 a 145, 180, 182, 340, 380 y 387.
 Badisco, Porto (Otranto, Italia): Véase «Porto Badisco».
 Baena, municipio (Córdoba): 263.
 Baixo Alemtejo, provincia (Portugal): 38.
 Bajo Alentejo (Portugal): Véase «Baixo Alemtejo»; ————— Aragón, comarca (Teruel):
 40, 158, 160, 161, 165, 167, 169, 170, 172, 173 y 175; ————— Guadalquivir, comarca
 (Andalucía): 133; ————— Rim, departamento (Francia): 169.
 Balaguer, municipio (Lleida): 158, 163, 165, 173 y 258.
 Balazote, municipio (Albacete): 267, 268 y 270.
 Balsa de Calicanto, Abrigo de la (Bicorp, Valencia): 92 y 93.
 Baleares: 40, 45, 147 a 155 y 360.
 Baños de la Muela, necrópolis de los (Castulo, Linares, Jaén): 179, 182 y 187 a 190.
 Baqueira, Pic de (Baqueira-Beret, Lleida): 170.
 Baqueira-Beret, municipio (Lleida): 170.
 Barcelona, ciudad: 258, 261 a 273, 285 y 383.
 Barcelona, provincia: 36, 104, 159, 160, 171, 173, 174, 257, 258, 261 a 273, 285, 297 a 302, 306
 a 309, 315 y 316.
 Barig, municipio (Valencia): Véase «Barx».
 Bardal, Peña del (Diego Alvaro, Avila): Véase «Peña del Bardal».
 Barranc de Benialf (Vall d'Alcalá, Alacant): 92 y 115; ————— de la Gasulla (Ares del Maestre,
 Castelló): Véase «Gasulla, barranc de la»; ————— de l'Infern (Fleix, Vall de
 Laguar, Alacant): 92; ————— de Malafí (Castell de Castells, Alacant): 92.
 Barros, comarca de Tierra de (Badajoz): Véase «Tierra de Barros».
 Barx, municipio (Valencia): 94.
 Bastida de les Alcuses, La (Moixent, Valencia): 8 y 11.
 Bastetania: 41 y 305.
 Basses Pyrénées, departamento (Francia): 55 y 56.
 Baza, municipio (Granada): 180, 182, 184, 210, 235, 240 y 276.
 Beceite, municipio (Teruel): 163.
 Bechí, municipio (Castelló): Véase «Betxí».
 Bélgida, municipio (Valencia): 383 a 393.
 Benaoján, municipio (Málaga): 5.
 Benasal, municipio (Castelló): 300, 306 y 316.
 Benevento (Campania, Italia): 390.
 Benialf (Vall de Gallinera, Alacant): 92 y 115.
 Beniarrés, municipio (Alacant): 83, 86, 90, 94, 112, 113 y 117.
 Benicadell, sierra (Alacant-Valencia): 91 y 115.
 Benidorm, municipio (Alacant): 244, 303, 305, 307, 309 y 315.
 Benimassot, municipio (Alacant): 92.

Berbeia (Alto Ebro); 161.
 Berguedà, comarca (Barcelona): 171.
 Berlanga, municipio (Badajoz): 142.
 Berlín: 11 y 355.
 Bernorio, monte (Aguilar de Campóo, Palencia): Véase «Monte Bernorio».
 Berroberia (Navarra): 76.
 Besnate (Varese, Italia): 75 y 78.
 Besós, río (Barcelona): 160.
 Betica: 37, 342, 360, 361, 363 y 377 a 380.
 Betxí, municipio (Castelló): 8, 296, 298, 299, 305, 307 y 316.
 Beyruth (Líbano): 332.
 Bicorp, municipio (Valencia): 81, 83, 87, 89 a 91, 93, 94, 101, 114 y 116.
 Biflilis, hoy Calatayud (Zaragoza): 332.
 Binéfar, municipio (Huesca): 304 y 316.
 Blanquefort-sur-Briolance (Lot-et-Garonne, Francia): 83 y 87.
 Bogarra, municipio (Albacete): 221.
 Bonete, municipio (Albacete): 186.
 Bonn (Alemania): 387.
 Bordighera (Liguria, Italia): 7.
 Borgoña, comarca (Francia): 169.
 Borie del Rey (Blanquefort-sur-Briolance, Lot-et-Garonne, Francia): 83 y 87.
 Borriana, municipio (Castelló): 116 y 167.
 Borriol, municipio (Castelló): 82, 304 y 307.
 Botiquería dels Moros (Mazaleón, Teruel): 118.
 Botorrita, municipio (Zaragoza): 41, 42, 290 y 314.
 Bressol de la Mare de Deu (Correá, Barcelona): 159 y 171.
 Brought (Westmoreland, Inglaterra): 390.
 Buñol, municipio (Valencia): 30.
 Burgos, provincia: 185 y 389.
 Burriana, municipio (Castelló): Véase «Borriana».
 Cabanes, municipio (Castelló): 36, 300, 302 y 316.
 Cabecico del Tesoro (Verdolay, Murcia): 214, 217, 218, 220, 225, 230, 275, 278 y 285.
 Cabeza, cerro de la (Valenciana de la Concepción, Sevilla): 106.
 Cabezo de Alcalá (Azaila, Teruel): 282; ————— del Cascarujo (Alcañiz, Teruel): 171;
 ————— Lucero (Rojales, Alacant): 244 y 264; ————— de Monleón (Caspe,
 Zaragoza): 160 y 163; ————— del Palomar (Oliete, Teruel): 282 ————— del Tío
 Pío (Archena, Murcia): 5.
 Cabril, cerro (Valencia de la Torre, Badajoz): Véase «Cerro Cabril».
 Cádiz, provincia: 134.
 Cal Conill Gros: 171.
 Cal Pallot: 171.
 Calabria, región (Italia): 74.
 Calaceite, municipio (Teruel): 168, 305 y 306.
 Calanda, municipio (Teruel): 286.
 Calapatá (Cretas, Teruel): 83 y 87.
 Calatayud, municipio (Zaragoza): 332.
 Caldoná, Molino de (Linares, Jaén): Véase «Molino de Caldoná».
 Calle Furnier (Mérida, Badajoz): 387.
 Camallera, municipio (Girona): 174.
 Camargo, municipio (Cantabria): 66 y 69.
 Camas, municipio (Sevilla): 38.
 Cambra, Puntal de (Villar del Arzobispo, Valencia): 164.
 Cambridge (Inglaterra): 356.
 Caminreal, municipio (Teruel): 279 a 287.
 Campania, región (Italia): 390.

Campello, municipio (Alacant): 302, 308 y 317.
 Campico de Lébor (Totana, Murcia): 135.
 Campo Real (Carmona, Sevilla): 133.
 Can Missert (Terrassa, Barcelona): 174.
 Can Roig Nou (Felanitx, Mallorca): 148, 150 y 151.
 Candamo, municipio (Asturias): 69.
 Canet lo Roig, municipio (Castelló): 302, 305, 307 y 316.
 Cangas de Onís, municipio (Asturias): 72.
 Cantabria: 35, 51, 66, 69 y 72.
 Cantal, departamento (Francia): 170.
 Cantos de la Visera (Yecla, Murcia): 83, 87, 89, 90, 95, 114, 116 y 118.
 Canyamel (Capdepera, Mallorca): 147 y 150.
 Cañada de Marco, La (Alcañiz, Teruel): 111.
 Capadocia (Turquía): 377.
 Capdepera, municipio (Mallorca): 147 y 150.
 Capri (Italia): 72.
 Capsec, municipio (Girona): 174.
 Carabast, Las Arañas del (Santa Pola, Alacant): Véase «Arañas del Carabast».
 Carambolo, cerro del (Camasa, Sevilla): 38.
 Cardeñosa, municipio (Ávila): 161, 173 y 185.
 Caridad, partida de la (Caminreal, Teruel): 279 a 287.
 Carmona, municipio (Sevilla): 133 y 167.
 Carnuntum (Austria): 377.
 Cartagena, municipio (Murcia): 82.
 Cartagena, cueva de La Moleta de (San Carlos de la Rápita, Tarragona): Véase «Moleta de Cartagena, La».
 Casa Blanca, necrópolis de (Linares, Jaén): Véase «Casablanca».
 Casablanca, necrópolis de (Linares, Jaén): 179, 189 y 191.
 Casares, cueva de los (Ribas de Saelices, Guadalajara): 52, 53 y 85.
 Casas de Reina, municipio (Badajoz): 142.
 Cascarujo, Cabezo del (Alcañiz, Teruel): 171.
 Caspe, municipio (Zaragoza): 160, 163 y 171.
 Casseres, municipio (Tarragona): 162.
 Castellillo, El (Alloza, Teruel): 285.
 Castell de Castells, municipio (Alacant): 85, 91 y 92.
 Castellar, Ereta del (Vilafranca, Castelló): Véase «Ereta del Castellar».
 Castellazo, El (Robles, Huesca): 173.
 Castellet, El (Moixent, Valencia): 200.
 Castellet, Els (Mequinenza, Zaragoza): 173.
 Castellnou de Bassella, municipio (Lleida): 171.
 Castellnovo, municipio (Castelló): 5 y 8.
 Castelló, provincia: 5, 8, 10, 46, 82, 87, 95, 111, 118, 161, 166, 167, 175, 296 a 310, 316, 317, 320 y 322.
 Castellón, provincia: Véase «Castelló».
 Castellones de Ceal (Hinojares, Jaén): 180, 182 y 184.
 Castiltierra (Segovia): 5.
 Castillarejo de los Moros (Andilla, Valencia): 9.
 Castulo (Linares, Jaén): 36, 177 a 197, 298, 300, 302 a 304, 306 y 309.
 Catalunya: 41, 94, 131, 160, 161, 165, 166 y 173 a 175.
 Cataluya: Véase «Catalunya».
 Catedral de Valencia: 10.
 Caudete, municipio (Albacete): 244; ————— de las Fuentes, municipio (Valencia): 298, 300, 301 y 317.
 Causes, macizo de Les (Francia): 170.
 Ceal, Los Castellones de (Hinojares, Jaén): Véase «Castellones de Ceal».
 Cehégn, municipio (Murcia): 82 y 95.

Ceja de Piezarrodilla (Tormón, Teruel); 89.
 Cerdanya, comarca de La (Lleida): 160, 161, 169, 170 y 172.
 Cerdaña, comarca de La (Lleida): Véase «Cerdanya».
 Cerdeña (Italia): 58.
 Cerrada de Eudoviges (Alacón, Teruel): Véase «Eudiviges, Cerrada de».
 Cerro de Alcalá (Mancha Real, Jaén): 244; ————— del Almarejo (Bonete, Albacete): Véase «Amarejo, Cerro del»; ————— Cabril (Valencia de las Torres, Badajoz): 142; ————— de la Cruz (Cortes, Navarra): 163 y 165; ————— de los Santos (Montealegre del Castillo, Albacete): 43, 210, 235 y 276.
 Cervère, Paso de (España-Francia): 160.
 Cieza, municipio (Murcia): 83.
 Cigarralejo, necrópolis de El (Mula, Murcia): 40, 188, 209, 214, 215, 217, 220, 225, 226, 230, 236, 274, 275 a 278, 302, 305, 307 y 317.
 Cinca, río (Huesca): 160, 167 y 173.
 Cinco Villas, comarca de las (Zaragoza): 173.
 Cingle de la Mola Remigia (La Gasulla, Ares del Maestre, Castelló): 110.
 Cinto de la Ventana (Dos Aguas, Valencia): 90.
 Cirta (Africa): 339.
 Ciudad Real, provincia: 226.
 Civil, cueva del (Valltorta, Castelló): 93.
 Closos de Can Gaià, Es (Felanitx, Mallorca): Véase «Es Closos de Can Gaià».
 Chunia (Peñalba de Castro, Burgos): 389.
 Cocentaina, municipio (Alacant): 81, 83, 86, 87, 91, 94, 95, 98 y 115.
 Cocina, cueva de la (Dos Aguas, Valencia): 59 a 79, 83, 85, 86, 91, 94, 97, 98, 114 a 116 y 118.
 Codonyet de Berguedà (Barcelona): 171.
 Cogotas, Las (Cardeñosa, Avila): 161, 173 y 185.
 Cogul, municipio (Lleida): 36 y 111.
 Coimbra de Barranco Ancho (Jumilla, Murcia): 204, 209 a 211, 213 a 215, 225 y 229 a 255.
 Colada de Monte Nuevo (Olivenza, Badajoz): 148.
 Colina de los Quemados (Córdoba): Véase «Quemados, colina de los».
 Columna de los Fueros (Pamplona, Navarra): 319.
 Colungo, municipio (Huesca): 86 y 163.
 Coll d'en Bertrán, Fossa del Moro del (Cortiuda, Peramola, Lleida): 172; ————— de Creus (Gabarra, Lleida): 159; ————— del Moro (Gandesa, Tarragona): 168, 171 y 173.
 Concevreux (Aisne, Francia): 387.
 Conchas, cueva de las: 82.
 Conill Gros, Cal: 171.
 Contestania: 40, 41, 117 y 223.
 Contrebia Belaisca (Botorríta, Zaragoza): 42, 290 y 314.
 Convento de los Trinitarios (Llíria, Valencia): 343.
 Conventus Tarraconensis: 344 y 346.
 Copenhaguen (Dinamarca): 358 y 360.
 Córdoba, ciudad: 251 a 367 y 382.
 Córdoba, provincia: 167, 244, 263, 269, 251 a 367 y 382.
 Cornisa Cantábrica: 72.
 Corral de Mora (Uncastillo, Zaragoza): 172; ————— de la Mora (Cinco Villas, Zaragoza): 173; ————— de Saus, necrópolis del (Moixent, Valencia): 199 a 229, 243, 246 y 248.
 Correá, municipio (Barcelona): 159 y 171.
 Cortes, municipio (Navarra): 163 y 165.
 Cortijo de las Sombras (Frigiliana, Málaga): 182.
 Cortinales, Los (Villafranca de los Barros, Badajoz): 125 a 145.
 Cortiuda (Peramola, Lleida): 172.
 Cortona (Arezzo, Toscana, Italia): 248.
 Corts, necrópolis de les (Empúries, La Escala, Girona): 213.

Coruña, La: Véase «La Coruña».
 Cosenza (Calabria, Italia): 74.
 Costalena (Maella, Zaragoza): 117.
 Cova Fosca (Vall d'Ebo, Alacant): 86 y 91; — Fosca (Vall Torta, Castellón): 94; ————— Ne-
 gra (Xàtiva, Valencia): 9; ————— de l'Or (Beniarrés, Alacant): 83, 86, 90, 94, 112, 113
 y 117; ————— del Parpalló (Gandía, Valencia): 62, 64, 69, 70, 75, 86 y 94; —————
 de les Rates Penades (Ròtova, Valencia): 9; ————— del Tossal de la Roca (Vall d'Al-
 calà, Alacant): 94.
 Coves Rojes (Benimassot, Alacant): 92; ————— de Vinromà, municipio (Castelló): 299, 304
 y 316.
 Coy (Lorca, Murcia): 209 y 214.
 Cretas, municipio (Teruel): 83 y 87.
 Creus, Coll de (Gabarra, Lleida): 159.
 Crevillent, municipio (Alacant): 166 y 175.
 Crevillente, municipio (Alacant): Véase «Crevillent».
 Criadero, El (Villafranca de los Barros, Badajoz): 124.
 Cruz, cerro de la (Cortes, Navarra): 163 y 165.
 Cuelgamures, municipio (Zamora): 141.
 Cuenca, provincia: 83.
 Cueto de la Mina (Posada, Llanera, Asturias): 69.
 Cueva del Mal Paso (Castellnovo, Castelló): 5 y 8.
 Chaffois (Jura, Francia): 159.
 Chaparros, los (Albalate del Arzobispo, Teruel): 95 y 96.
 Charco del Agua Amarga, Val del (Alcañiz, Teruel): 83 y 87.
 Charente, departamento (Francia): 74 y 76.
 Chatal Hüyük (Anatolia, Turquía): 118.
 Chavéria (Jura, Francia): 169.
 Chermanillo (Huesca): 163.
 Chesters (Chorthumberland, Inglaterra): 390.
 Chinchilla del Monte Aragón, municipio (Albacete): 180, 205, 210, 212, 225, 264, 265 y 269.
 Chipre: 34.
 Chiva, municipio (Valencia): 9.
 Chorthumberland (Inglaterra): 390.
 Dalmacia (Yugoslavia): 377.
 Danubio, río: 36 y 377.
 Delos (Grecia): 332 a 334.
 Dénia, municipio (Alacant): 301 y 306.
 Despeñaperros, desfiladero (Ciudad Real-Jaén): 226.
 Deva, municipio (Guipúzcoa): 58.
 Diego Alvaro, municipio (Ávila): 141.
 Dios, Huerta de (Casas de Reina, Badajoz): Véase «Huerta de Dios».
 Dinamarca: 358 y 360.
 Doña Clotilde, covacho (Albarracín, Teruel): 105 y 107 a 111.
 Dordoña, departamento (Francia): 71, 73 y 74.
 Dos Aguas, municipio (Valencia): 59 a 79, 83, 85 a 87, 90 a 92, 94, 97, 98, 108, 114 a 116 y 118.
 Doubs, departamento (Francia): 169.
 Dufour, abrigo (Francia): 74.
 Ebro, río: 35, 36, 85, 173, 174 y 188; ————— Valle Medio del: 157 a 175; ————— Bajo,
 comarca: 160.
 Ecija, municipio (Sevilla): 374 y 380.
 Edetania: 41.
 Egadi (Sicilia, Italia): 74.
 Egea de los Caballeros, municipio (Zaragoza): 37, 41 y 42.
 Egeo, mar: 113.
 Eivissa: 40, 45 y 285.

Elche, municipio (Alacant): véase «Elx».
 El-Mekta (Sáhara, Marruecos): 75 y 78.
 Elne (Perpiñán, Pirineos Orientales, Francia): 299 y 302.
 Elvillar, municipio (Alava): 173.
 Elx, municipio (Alacant): 40, 186, 217, 218, 223, 230, 235, 276 y 282.
 Emérta Augusta, hoy Mérida (Badajoz): 340, 374 y 380.
 Empordà, comarca (Girona): 160 y 173 a 175.
 Emporion: Véase «Empúries».
 Empúries (La Escala, Girona): 37, 161, 172, 213, 227, 297 a 309, 315 y 331 a 336.
 Enguera, municipio (Valencia): 291, 295, 296, 299, 302, 303, 305, 306, 309 y 317.
 Ensérune (Nissan, Hérault, Francia): 37, 40, 41 y 297 a 309.
 Ereta del Castellar (Vilafranca, Castelló): 9; ————— del Pedregal (Navarrés, Valencia): 9.
 Ermita de la Virgen de las Cuevas (Caminreal, Teruel): 279.
 Es Closos de Can Gaià (Felanitx, Mallorca): 150.
 Es Rossells (Felanitx Mallorca): 150.
 Escala, La, municipio (Girona): 37, 161, 172, 213, 227, 297 a 309, 315 y 331 a 336.
 Escobedo (Camargo, Cantabria): 66 y 69.
 Escocia (Gran Bretaña): 320.
 Escodines Altos (Mazaleón, Teruel): 162; ————— Baixos (Mazaleón, Teruel): 162.
 Escoural, cueva (Evora, Alto Alemtejo, Portugal): 66 y 69.
 Esgaravita, La (Alcalá de Henares, Madrid): 134.
 Esmirna (Turquía): 332.
 Esparta (Grecia): 228 y 355.
 Espejo, municipio (Córdoba): 244.
 Estacar de Robarinas, necrópolis de El (Castulo, Linares, Jaén): 177 a 197.
 Estremadura, región (Portugal): 112, 141 y 313.
 Etruria (Italia): 217.
 Eudoviges, cerrada de (Alacón, Teruel): 114.
 Evora (Alto Alemtejo, Portugal): 66 y 69.
 Extremadura: 123 a 145.
 Eyzies, Les (Dordoña, Francia): 74.
 Fabara, municipio (Zaragoza): 160.
 Fados, Las (Perpieux, Aude, Francia): 174.
 Falset, municipio (Tarragona): 85 y 94.
 Faro (Algave, Portugal): 137 y 144.
 Felanitx, municipio (Mallorca): 148, 150 y 151.
 Felci, Grotta delle (Capri, Italia): 72.
 Fenellosa, La (Beceite, Teruel): 163.
 Ferradeira (Faro; Algarve, Portugal): 137 y 144.
 Fígols, municipio (Barcelona): 159.
 Filador, cueva del (Margalef, Tarragona): 75, 85 y 94.
 Flandi, Mas de (Calaceite, Teruel): 168.
 Fleix (Vall de Laguar, Alacant): 92.
 Flumen, río (Huesca): 160 y 173.
 Focea (Asia Menor): 220.
 Foies, necrópolis de Les (Manuel, Valencia): 9.
 Fontibre (Hermandad de Campóo Suso, Cantabria): 35.
 Fosca, Cova (Vall d'Ebo, Alacant): Véase «Cova Fosca».
 Fossa del Moro del Coll d'en Bertrán (Cortiuda, Peramola, Lleida): 172.
 Fossaret de la Catedral, El (Valencia): 10.
 Fraga, municipio (Huesca): 297 a 299, 303 y 315.
 Francia: 34, 36, 37, 40 a 42, 55, 56, 64, 71 a 74, 76, 83 a 85, 88, 94, 103, 104, 159 a 161, 165, 167, 169, 170, 172 a 174, 220, 285, 296 a 309, 314, 315, 319, 320, 387 y 390.
 Frare, cueva del (Matadepera, Barcelona): 104.
 Frigiliana, municipio (Málaga): 182.

- Fuente del Maestre, municipio (Badajoz); 124; ————— del Trucho (Colungo, Huesca).
86 y 163.
- Gabarra, municipio (Lleida): 159.
- Galera, municipio (Granada): 40, 167, 184, 234, 257 a 260 y 263.
- Gállego, río (Huesca-Zaragoza): 161 y 173.
- Gandesa, municipio (Tarragona): 168, 171 y 173.
- Gandía, municipio (Valencia): 62, 64, 69, 70, 75, 86, 94 y 112.
- Garcel, El (Antas, Almería): 112.
- Gard, departamento (Francia): 104.
- Garona, río (España-Francia): 160.
- Gasulla, barranc de la (Ares del Maestre, Castelló): 85 y 111.
- Gay, abrigo (Poncin, Ain, Francia): 72 y 73.
- Georgia (Rusia): 32 y 33.
- Gerona, provincia: Véase «Girona».
- Gessera, La (Casseres, Tarragona): 162.
- Gibraltar, estrecho de: 37 y 378.
- Gineses, abrigo de los (Bicorp, Valencia): 92.
- Girona, provincia: 36, 37, 160, 161, 172 a 174, 213, 227, 291, 292, 296 a 309, 311, 314, 315 y 331 a 336.
- Gourdan (Francia): 74.
- Grajos, barranco de los (Cieza, Murcia): 83.
- Gran Bassin (Mailhac, Aude, Francia): 174.
- Gran Bretaña: 320 y 390; ————— del Puntal (Valltorta, Castelló): 95.
- Granada, provincia: 36, 37, 40, 167, 180, 182, 184, 186, 210, 234, 235, 240, 257 a 360, 263 y 276.
- Graves (Leóbard, Francia): 84.
- Grecia: 184, 215, 228, 248, 332 a 334, 355 y 356.
- Grotta delle Felci (Capri, Italia): 72; ————— di Levanzo (Egadi, Sicilia, Italia): 74;
————— della Madonna (Praia a Mare, Cosenza, Italia): 74; ————— dell'Orso
(Villa Contucci, Sarteano, Siena, Italia): 72; ————— delle Prazziche (Novaglie,
Lecce, Italia): 72.
- Guadajira, municipio (Badajoz): 144.
- Guadalajara, provincia: 52, 53 y 86.
- Guadalimar, río (Jaén): 177 y 192.
- Guadalope, río (Teruel-Zaragoza): 161.
- Guadalquivir, río: 39 y 270; ————— valle del: 200.
- Guadiana, río: 123, 125, 142 y 144.
- Guipúzcoa, provincia: 58.
- Guisona, municipio (Lleida): 299 y 302.
- Haches (Bogarra, Albacete): 221.
- Hagenau (Bajo Rin, Francia): Véase «Hagenau».
- Hagenau (Bajo Rin, Francia): 169.
- Haute Garonne, departamento (Francia): 55 y 56.
- Heidelberg (Alemania): 341.
- Henayo (Alto Ebro): 161.
- Heraclea (Magna Grecia, Italia): 338.
- Heracleia, vía: 200.
- Heraklion (Grecia): 248.
- Hérault, departamento (Francia): 297 a 309.
- Hermandad de Campó Suso, municipio (Cantabria): 35.
- Herrerías, cueva de las (Llanes, Asturias): 66 y 69.
- Hiberus, río: Véase «Tinto».
- Higuera, La (Isla Plana, Cartagena, Murcia): 82.
- Higuerones, túmulo de Los (Castulo, Linares, Jaén): 179 y 189.
- Hinojares, municipio (Jaén): 180, 182, 184 y 192.
- Hispalis, hoy Sevilla.

Hispania: 34, 36, 340, 361, 373, 374, 376 a 378, 380, 385 y 391.
 Hornos de la Peña, cueva (San Felices de Buelna, Cantabria): 51.
 Hospitalet Vell (Manacor, Mallorca): 147, 150 a 153 y 155.
 Hoya, La (Alto Ebro): 161.
 Hoya de Santa Ana (Tobarra, Albacete): 230.
 Hoz, cueva de La (Santa María del Espino, Guadalajara): 86.
 Huelva, provincia: 37, 144 y 182.
 Huerta de Dios (Casas de Reina, Badajoz): 142.
 Huerto Raso, covacho (Lecina, Huesca): 75 y 78.
 Huerva, río (Teruel-Zaragoza): 161.
 Huesa del Común, municipio (Teruel): 286.
 Huesca, provincia: 41, 42, 75, 78, 86, 92, 94, 95, 160, 161, 163, 167, 173, 297, 298 a 300, 303, 304, 307, 315 y 316.
 Husos, Los (Elvillar, Alava): 173.
 Iberia: 36.
 Iberia caucásica (Rusia): 32.
 Ibiza: véase: «Eivissa».
 Iglesias, municipio (Teruel): 299, 303 y 316.
 Iliberis (Granada): 36.
 Inglaterra (Gran Bretaña): 356, 360 y 390.
 Isla Plana (Cartagena, Murcia): 82.
 Istria (Yugoslavia): 385, 387, 388, 390, 392 y 393.
 Italia: 33, 34, 58, 71, 72, 74, 75, 78, 82, 87, 95, 184, 216, 217, 219, 220, 237, 248, 290, 291, 314, 332, 334, 338 a 340, 346, 357, 360, 361, 373, 374, 380 y 390.
 Itálica (Santiponce, Sevilla): 360.
 Itziar (Deva, Guipúzcoa): 58.
 Jaén, ciudad: 182.
 Jaén, provincia: 36, 37, 40, 89, 177 a 197, 218, 226, 227, 244, 263, 298, 300 a 304, 306, 309 y 313.
 Jalón, río (Soria-Zaragoza): 161.
 Játiva, municipio (Valencia): Véase «Xàtiva».
 Jávea, municipio (Alacant): Véase «Xàbia».
 Jiloca, río (Teruel-Zaragoza): 161.
 Jódar, municipio (Jaén): 302 y 304.
 Joquera, La (Borriol, Castelló): 82.
 Joya, necrópolis de La (Huelva): 182.
 Júcar, río: 41.
 Jumilla, municipio (Murcia): 204, 209 a 211, 213 a 215, 218 a 220, 225, 226 y 229 a 255.
 Jura, departamento (Francia): 159, 167 y 169.
 Khanguel el-Muhaâd (Sáhara, Marruecos): 75 y 78.
 Köln (Alemania): 289.
 Labarte, abrigo (Huesca): 92.
 Ladera del Castillo, covacha de la (Chiva, Valencia): 9.
 Lagozza di Besnate (Besnate, Italia): 75 y 78.
 Languedoc, región (Francia): 41, 160, 161, 163, 165, 167, 169, 172 y 174.
 Larzac (Francia), 103.
 Lazio, región (Italia): 184.
 Lébor, Campico de (Totana, Murcia): Véase «Campico de Lébor».
 Lebríja, municipio (Sevilla): 167.
 Lecce (Apulia, Italia): 72, 82, 87 y 95.
 Lécera, municipio (Zaragoza): 297, 308 y 316.
 Lecina, municipio (Huesca): 75, 78 y 163.
 Leningrado (Rusia): 358.
 Léobard (Francia): 84.
 Lérida, provincia: Véase «Lleida».

Levante español: 94, 166, 175, 179, 186 y 188.
 Levanzo, gruta de (Egadi, Sicilia, Italia): Véase «Grotta di Levanzo».
 Lezoux (Puy-de-Dôme, Francia): 390.
 Líbano. 332.
 Libia: 44.
 Linares, municipio (Jaén): 36, 177 a 197, 298, 300 a 304, 306 y 309.
 Liria, municipio (Valencia): Véase «Lliria».
 Lisboa (Portugal): 11.
 Lobo, El (Badajoz): 133, 135 y 144.
 Loma de los Brunos (Caspé, Zaragoza): 160, 163 y 171.
 Londres (Inglaterra): 360 y 390.
 Lora del Río, municipio (Sevilla): 180 y 182.
 Lorca, municipio (Murcia): 209 y 214.
 Lot, departamento (Francia): 64, 83, 85 y 170.
 Lot-et-Garonne, departamento (Francia): 84 y 88.
 Lozère, departamento (Francia): 170.
 Luz, Santuario de la (Murcia): Véase «Santuario de la Luz».
 Llagunàs (Figols, Barcelona): 159.
 Llanera, municipio (Asturias): 69.
 Llanes, municipio (Asturias): 66 y 69.
 Llano de la Consolación (Montealegre del Castillo, Albacete): 217 y 227.
 Lleida, provincia: 36, 37, 41, 82, 111, 158 a 161, 163, 165, 168 a 173, 175, 258, 285, 299, 300, 302, 304, 306, 307 y 315.
 Llerena, municipio (Badajoz): 142.
 Lliria, municipio (Valencia): 4, 8, 9, 31, 36, 37, 40, 45, 292, 297 a 304, 306, 307, 309, 317, 320, 323 y 341 a 348.
 Llobregat, río (Barcelona): 160.
 Llorenç, municipio (Tarragona): 171.
 Lloseta, municipio (Mallorca): 152, 153 y 155.
 Madeleine, La (Tursac, Dordoña, Francia): 73 y 74.
 Madrid, ciudad: 4, 10, 11, 29, 177, 199, 275, 341 y 357.
 Madrid, provincia: 134 y 135.
 Maella, municipio (Zaragoza): 118.
 Maestrat, comarca (Castelló): 161.
 Maestrazgo, comarca (Castelló): Véase «Maestrat».
 Magdalensberg (Austria): 332.
 Magdeburg-Fermersleben (Alemania): 387.
 Magna Grecia (Italia): 338.
 Magreb (Marruecos): 75.
 Maguncia (Alemania): 375.
 Mailhac (Aude, Francia): 165 y 174.
 Majadas, Peña de las (El Toro, Castelló): Véase «Peña de las Majadas».
 Mal Paso, cueva y torre (Castellnovo, Castelló): 5 y 8.
 Málaga, provincia: 5, 106, 141, 182 y 377.
 Malladetes, cova de les (Barx, Valencia): 94.
 Mallaetes, cova de les (Barx, Valencia): Véase «Malladetes».
 Mallorca, provincia: 147 a 155.
 Manacor, municipio (Mallorca): 147, 151 a 153 y 155.
 Mancha, La, región: 188.
 Mancha Real, municipio (Jaén): 244.
 Manuel, municipio (Valencia): 9.
 Manzaneda, municipio (Asturias): 53 y 54.
 Maresme, comarca (Barcelona): 160.
 Margalef, municipio (Tarragona): 75, 84, 85 y 94.
 Mariola, sierra (Alacant): 91 y 115.

Marruecos: 48, 75, 78, 377 y 378.
 Marsoulas (Haute Garonne, Francia): 53 y 56.
 Martín, río (Teruel-Zaragoza): 161.
 Mas d'Azil (Ariège, Francia): 72 a 74 y 76; ————— de Flandi (Calaceite, Teruel): 168;
 ————— de Manent (Alcoi, Alacant): 164; ————— de Menente (Alcoi, Alacant):
 Véase «Mas de Manent» ————— dels Mussols (Castelló): 175.
 Massalia, hoy Marsella (Francia): 220.
 Matadepera, municipio (Barcelona): 104.
 Mataró, municipio (Barcelona): 302, 307 y 315.
 Matarraña, río (Teruel-Zaragoza): 161.
 Mauritania (Africa del Norte): 377 y 378; ————— Tingitana (Marruecos): 377.
 Mazaleón, municipio (Teruel): 118, 162 y 168.
 Mazarrón, municipio (Murcia): 95.
 Medellín, municipio (Badajoz): 180 y 182.
 Mediterráneo: 35 a 37, 46, 61, 71, 103, 110, 217, 220, 230 y 231; ————— Occidental: 61,
 71, 217, 220 y 231 ————— Oriental: 230.
 Méjico: 231.
 Meknés (Marruecos): 378.
 Menente, Mas de (Alcoi, Alacant): Véase «Mas de Manent».
 Menorca (Baleares): 150 y 227.
 Mequinenza, municipio (Zaragoza): 173.
 Mérida, municipio (Badajoz): 125, 144, 380 y 387.
 Meseta Castellana: 133, 141, 157, 160, 161, 173, 174, 185, 187 y 200.
 Mezquitilla, Morro de la (Torre del Mar, Málaga): Véase «Morro de la Mezquitilla».
 Millares, Los (Santa Fe de Mondújar, Almería): 111.
 Millau (Aveyron, Francia): 84 y 104.
 Minateda (Albacete): 83.
 Miraveche, municipio (Burgos): 185.
 Mogente, municipio (Valencia): Véase «Moixent».
 Moixent, municipio (Valencia): 8, 11, 199 a 229, 243, 246 y 248.
 Mola Remigia, Cingle de la (Ares del Mestre, Castelló): Véase «Cingle de la Mola Remigia».
 Molar, necrópolis de El (San Fulgencio, Alacant): 217, 263, 267, 268 y 270.
 Moleta de Cartagena, cueva de la (San Carlos de la Rápita, Tarragona): 85.
 Molino de Calzona, necrópolis de El (Castulo, Linares, Jaén): 179.
 Monforte del Cid, municipio (Alacant): 214, 217 y 225.
 Monjos, Els (Vilafranca del Penadés, Barcelona): 297, 301 y 315.
 Monleón, Cabezo de (Caspé, Zaragoza): 160 y 163.
 Monravana, La (Llíria, Valencia): 323.
 Mons Argentarius: Véase «Monte de la Plata».
 Mont Palau (Pineda, Barcelona): 298 y 315.
 Monte Argentario (Linares, Jaén): Véase «Monte de la Plata»; ————— Bernorio (Aguilar de
 Campó, Palencia): 185; ————— Nuevo, Colada de (Olivenza, Badajoz): Véase
 «Colada de Monte Nuevo»; ————— de la Plata (Linares, Jaén): 191.
 Montealegre del Castillo, municipio (Albacete): 45, 210, 217, 227, 235 y 276.
 Montemayor, municipio (Córdoba): 244.
 Montesa, canal de (Valencia): 200, 215 y 228.
 Montsant, sierra de (Tarragona): 94 y 174.
 Montseny, sierra del (Barcelona-Girona): 174.
 Montserrat, sierra del (Barcelona): 174.
 Montsiá, sierra de (Tarragona): 85.
 Mora, Corral de la (Cinco Villas, Zaragoza): 173.
 Moral, Teso del (Cuelgamures, Zamora): Véase «Teso del Moral».
 Morena, Sierra: Véase «Sierra Morena».
 Moro, Coll del (Gandesa, Tarragona): 168; ————— Fossa del (Cortiuda, Peramola, Lleida):
 Véase «Fossa del Moro del Coll d'en Bertran».
 Moros, Castellarejo de los (Andilla, Valencia): Véase «Castillarejo de los Moros».

Morro de la Mezquitilla (Torre del Mar, Málaga): 141.
 Mortero, El (Alacón, Teruel): 105 a 107.
 Moulin, Le (Francia): 174.
 Muela, necrópolis de los Baños de la (Castulo, Linares, Jaén): Véase «Baños de la Muela».
 Mula, municipio (Murcia): 40, 41, 188, 209, 214, 215, 217, 220, 225, 226, 230, 236, 264, 275 a 278, 302, 305, 307 y 317.
 Munda (Ronda, Málaga): 377.
 Muntanyeta de Cabrera (Vedat, Torrent, Valencia): 9.
 Muñogalindo, municipio (Ávila): 141.
 Mura, partida de (Llíria, Valencia): 343.
 Murat, abrigo (Rocamadour, Lot, Francia): 83 y 84.
 Murcia, provincia: 5, 40, 41, 81 a 83, 85 a 87, 89 a 92, 95, 114, 116, 118, 119, 135, 188, 204, 209 a 215, 217 a 220, 225, 226, 228, 229 a 255, 264, 275 a 278, 285, 302, 305, 307 y 317.
 Muruzabal, municipio (Navarra): 308 y 309.
 Mussols, Mas dels (Castelló): 175.

 Na Mora de Sa Vall (Ses Salines, Mallorca): 150.
 Nao, cabo de la (Alacant): 40 y 41.
 Narbona (Aude, Francia): 36, 37 y 41.
 Navarra: 69, 70, 74, 76, 137, 144, 163, 165, 173, 308, 309 y 319.
 Navarrés, municipio (Valencia): 9.
 Negra, La Peña (Crevillent, Alacant): 167 y 175.
 Negralejo, El (Rivas-Vaciamadrid, Madrid): 134 y 135.
 Nerja, municipio (Málaga): 106.
 Nerpío, municipio (Albacete): 86 y 94.
 New York (Estados Unidos de América): 11.
 Niaux, cueva de (Tarascon-sur-Ariège, Ariège, Francia): 11.
 Nietos, Los (Murcia): 217.
 Niño, cueva del (Ayna, Albacete): 86.
 Nissan (Hérault, Francia): 37, 40, 41 y 297 a 309.
 Noguera, río (Teruel): 160; ————— Ribagorzana, río (Lleida): 160.
 Notario, cueva del (Yeste, Albacete): 82.
 Novaglie (Lecce, Italia): 72.
 Nueva Carteya, municipio (Córdoba): 263.

 Obulco (Porcuna, Jaén): 36, 226, 298, 301 a 303, 306, 309 y 313.
 Oliete, municipio (Teruel): 282, 297, 301 a 303 y 316.
 Olimpia (Grecia): 355.
 Olivanas, Prado de las (Tormón, Teruel): 89.
 Olivenza, municipio (Badajoz): 144.
 Or, Cova de l' (Beniarrés, Alacant): Véase «Cova de l'Or».
 Orán (Argelia): 182.
 Oriente Próximo: 113.
 Orley, Punta de l' (Vall d'Uxó, Castelló): 8, 296, 297, 299, 301, 305, 306, 308 a 310, 316, 320 y 322.
 Oro, El (Alto Ebro): 161.
 Orso, cueva del (Villa Contucci, Sarteano, Italia): Véase «Grotta dell'Orso».
 Osuna, municipio (Sevilla): 38, 186, 244 y 263.
 Otranto (Lecce, Italia): 82, 87 y 95.
 Oviedo (Asturias): 97.

 Paestum (Salerno, Italia): 357.
 Pagés, abrigo (Francia): 74.
 País Vasco: 59 y 320.
 Palamós, municipio (Girona): 291, 292, 296 a 302, 305, 306, 308, 311 y 315.
 Palencia, provincia: 185.
 Palma de Mallorca (Baleares): 147, 150 y 360.
 Palomar, cabeza de El (Oliete, Teruel): 282.

Palomas, Las (Villafranca de los Barros, Badajoz): 144.
 Pallars, comarca del (Lleida): 161, 169 y 170.
 Pallot, Cal: 171.
 Pamplona, ciudad: 319.
 Panadés, comarca (Catalunya): Véase «Penedés».
 Papauvas (Aljaraque, Huelva): 144.
 Parpalló, cueva del (Gandía, Valencia): 62, 64, 69, 70, 75, 86 y 94.
 Patavium (Italia): 346.
 Patos, necrópolis de Los (Castulo, Linares, Jaén): 179 y 189 a 191.
 Peal de Becerro, municipio (Jaén): 40.
 Pech Maho (Sigean, Aude, Francia): 34, 296, 297, 299 a 306, 308 y 309.
 Pedrão (Setúbal, Estremadura, Portugal): 141.
 Pedrera, La (Vallfogona de Balaguer, Lleida): 158, 163, 165 y 258.
 Pedrós (Serós, Lleida): 171.
 Pedrosillo, El (Llerena, Badajoz): 142.
 Pendo, cueva de El (Escobedo, Camargo, Cantabria): 66 y 69.
 Penedés, comarca (Barcelona-Tarragona): 160.
 Península Ibérica: 119, 173, 179, 217, 223, 227, 289, 332, 343 y 377.
 Penya del Moro (Sant Just Desvern, Barcelona): 298 y 315; ————— Negra, La (Crevillent, Alacant): 167 y 175.
 Peña, La (Candamo, Asturias): 69; ————— del Aguila (Muñogalindo, Avila): 141; ————— del Bardal (Diego Alvaro, Avila): 141; ————— de las Majadas (El Toro, Castelló): 305, 308, 309 y 317; ————— Negra, La (Crevillent, Alacant): Véase «Penya Negra, La»; ————— Rubia (Yeste, Albacete): 82.
 Peñalba de Castro (Burgos): 388.
 Peñón de la Reina (Alboloduy, Almería): 167.
 Pepieux (Aude, Francia): 174.
 Peramola, municipio (Lleida): 172.
 Perelada, municipio (Girona): 174.
 Perpiñán (Pyrenées Orientales, Francia): 299, 302 y 319.
 Perthus, Coll de (España-Francia): 160.
 Perugia (Umbria, Italia): Véase «Perusa».
 Perusa (Umbria, Italia): 332.
 Petracos, Pla de (Castell de Castells, Alacant): Véase «Pla de Petracos».
 Pi, Punta del (Port de la Selva, Girona): 174.
 Pic de Baqueira (Baqueira-Beret, Lleida): 170.
 Pico Agudo (Torres Vedras, Estremadura, Portugal): 141; ————— de los Ajos (Yátova, Valencia) 324, 326 y 327.
 Piezarrodilla, Ceja de (Tormón, Teruel): Véase «Ceja de Piezarrodilla».
 Pijotilla, La (Solana de los Barros, Badajoz): 133, 137, 139, 141, 142 y 144.
 Pileta, cueva de la (Benaoján, Málaga): 5.
 Pindal, cueva del (Piniango, Asturias): 49 a 51.
 Pineda, municipio (Barcelona): 298 y 315.
 Pingvente (Istria, Yugoslavia): 385, 387, 388, 390, 392 y 393.
 Piniango (Austria): 49 a 51.
 Pirineos, montes (España-Francia): 40, 71, 72, 74, 160, 167, 170 y 172.
 Pla de Petracos (Castell de Castells, Alacant): 86, 91 y 92.
 Plan d'Aubs (Var, Francia): 159.
 Plata, monte de la (Linares, Jaén): Véase «Monte de Plata».
 Poncin (Ain, Francia): 72 y 73.
 Pontós, municipio (Girona): 292, 297, 306, 308, 309 y 315.
 Porcuna, municipio (Jaén): 36, 37, 226, 298, 301 a 303, 306, 309 y 313.
 Port de la Selva, municipio (Girona): 174.
 Porto Badisco (Otranto, Lecce, Italia): 82, 87 y 95.
 Portugal: 36, 38, 39, 66, 69, 112, 133, 137, 141, 144 y 313.
 Posada (Llanera, Asturias): 69; ————— del Remedio (Llíria, Valencia): 343.

Poujade, La (Millau, Aveyron, Francia): 104.
 Pozo Moro, necrópolis de (Chinchilla de Monte Aragón, Albacete): 180, 205, 210, 212, 225, 264, 265 y 269.
 Prado, El (Jumilla, Murcia): 204, 209, 211, 214, 218 a 220, 225, 246 y 248; ————— del Azogue (Aldeaquemada, Jaén): 89; ————— de las Olivanas (Tormón, Teruel): Véase «Olivanas, Prado de las».
 Praia a Mare (Cosenza, Calabria, Italia): 74.
 Prazziche, cueva de (Novaglie, Lecce, Italia): Véase «Grotta delle Prazziche».
 Prepirineos, comarca: 161.
 Prinias (Grecia): 215 y 248.
 Priorat, comarca (Tarragona): 86 y 160.
 Priorato, comarca (Tarragona): Véase «Priorat».
 Provenza, región (Francia): 159 y 167.
 Puebla de Castro, municipio (Huesca): 298 y 307.
 Punta del Pi (Port de la Selva, Girona): 174.
 Puntal de Cambra (Villar del Arzobispo, Valencia): 164.
 Puy-de-Dôme, departamento (Francia): 190.
 Pyrénées Atlantiques: Véase «Basses Pyrénées»; ————— Orientales, departamento (Francia): 179, 299, 302 y 319.
 Pyrgi (Santa Severa, Italia): 34.
 Quemado, Alto del (Narrillos del Alamo, Avila): Véase «Alto del Quemado».
 Quemados, colina de los (Córdoba): 167.
 Queralt, sierra (Barcelona): 174.
 Querénima (Turre, Almería): 175.
 Racó de Sorellets (Castell de Castells, Alacant): 92.
 Rachgoun, isla (Orán, Argelia): 182.
 Rafael del Toro (Menorca, Baleares): 227.
 Rates Penades, cueva de les (Rótova, Valencia): 9.
 Raymondén-Chancelade (Dordoña, Francia): 74.
 Recambra, cueva de la (Gandía, Valencia): 112.
 Reina, Peñón de la (Alboloduy, Almería): 167.
 Reloj Viejo, calle del (Valencia): 9.
 Remigia, cova (Ares del Maestre, Castelló): 87.
 Remoulins (Gard, Francia): 104.
 Rhin, cuenca del: 377.
 Riba de Saelices, municipio (Guadalajara): 52, 71 y 86.
 Ribagorza (Huesca): 42.
 Riba-roja, municipio (Valencia): 10.
 Richar, cueva (Les Eyzies, Dordoña, Francia): 74.
 Rioja, provincia de La: 161 y 173.
 Riparo Tagliente (Stallavena, Verona, Italia): 70 y 71.
 Rivas-Vaciamadrid, municipio (Madrid): 134 y 135.
 Robarinas, necrópolis de El Estacar de (Castulo, Linares, Jaén): Véase «Estacar de Robarinas, El».
 Roca, cueva del Tossal de la (Vall d'Alcalá, Alacant): 94.
 Rocamadour (Lot, Francia): 84 y 85.
 Rochereil (Francia): 74.
 Ródano, río (Francia): 37.
 Roig Nou, Can (Felanitx, Mallorca): Véase «Can Roig Nou».
 Rojales, municipio (Alacant): 44 y 264.
 Roma: 356, 360 y 361.
 Romaní, partida de El (Sollana, Valencia): 9.
 Ronda, municipio (Málaga): 377.
 Roques de Sant Formatge, Les (Serós, Lleida): 168 y 171.
 Roquízal del Rullo (Fabara, Zaragoza): 160.
 Rosselló, comarca (Francia): 41 y 160.

Rossells, Es (Felanitx, Mallorca): Véase «Es Rossells».
 Rota, municipio (Cádiz): 134.
 Rótova, municipio (Valencia): 9.
 Rubí, municipio (Barcelona): 298, 300, 302, 308 y 315.
 Rusia: 32, 33 y 358.
 Sa Vall, Na Mora de (Ses Salines, Mallorca): Véase «Na Mora de Sa Vall».
 Sagunt, municipio (Valencia): 7, 36, 37, 296 a 311, 316 y 332.
 Sagunto, municipio (Valencia): Véase «Sagunt».
 Saint Michel d'Arudy (Basses Pyrenées, Francia): 55 y 56.
 Saitabi, hoy Xàtiva (Valencia): 200.
 Salacia (Alcacer do Sal, Estremadura, Portugal): 313.
 Salamanca, ciudad: 257.
 Salamanca, provincia: 49, 257 y 317.
 Salerno, provincia (Italia): 357.
 Salpêtrière (Remoulins, Gard, Francia): 104.
 Salluia (Zaragoza): 42.
 San Antonio (Calaceite, Teruel): 305 y 306; ————— Carlos de la Rápita, municipio (Tarragona): 85; ————— Cristóbal (Mazaleón, Teruel): 168; ————— Felices de Buelna, municipio (Cantabria): 51 y 53; ————— Fulgencio, municipio (Alacant): 217, 263, 267, 268 y 270; ————— Lorenzo, sierra: Véase «Sant Llorenç»; ————— Mateo, municipio (Castelló): 302, 304 y 316; ————— Miguel, cerro de (Llíria, Valencia): Véase «Sant Miquel».
 Sant Esteve de les Gralles (Lleida): 82; ————— Feliu de Lló (Pyrénées Orientales, Francia): 172; ————— Formatge, Les Roques de (Serós, Lleida): 168 y 171; ————— Gregori (Falset, Tarragona): 85 y 94; ————— Just Desvern, municipio (Barcelona): 298 y 315; ————— Llorenç, sierra: 174; ————— Miquel, Tossal de (Llíria, Valencia): 4, 8 y 9; ————— Miquel (Sorba, Barcelona): 299, 305 y 315.
 Santa Fe de Mondújar, municipio (Almería): 112; ————— María del Espino, municipio (Guadalajara): 86; ————— Perpetua de la Moguda, municipio (Barcelona): 298, 305 a 307, 309 y 315; ————— Pola, municipio (Alacant): 82; ————— Severa (Italia): 34.
 Santaella, municipio (Córdoba): 269.
 Santander, provincia: Véase «Cantabria».
 Santiago de Compostela, municipio (La Coruña): 337.
 Santillana del Mar, municipio (Cantabria): 66 y 69.
 Santiponce, municipio (Sevilla): 360.
 Santos de Maimona, Los, municipio (Badajoz): 124.
 Santuario de la Luz (Murcia): 236 y 240.
 Sarga, coves de la (Alcoi, Alacant): 83, 87, 89, 90, 92 y 97 a 122.
 Sargel (Larzac, Francia): 103.
 Secano, El (Monforte del Cid, Alacant): 5.
 Segre, río (Lleida): 158, 160, 161, 165, 167, 169, 170, 172, 173 y 175.
 Segura, río (Alacant-Murcia): 188.
 Selinunte (Sicilia, Italia): 237.
 Serós, municipio (Lleida): 168 y 171.
 Serrat dels Moros: 171.
 Serreta, La (Alcoi, Alacant): 324.
 Ses Salines, municipio (Mallorca): 150.
 Setefilla, necrópolis de (Lora del Río, Sevilla): 180 y 182.
 Setubal (Estremadura, Portugal): 141.
 Sevilla, provincia: 38, 106, 133, 141, 142, 157, 167, 180, 182, 244, 263, 360, 374 y 380.
 Sicilia (Italia): 74, 186, 219, 220, 237 y 338 a 340.
 Sidamunt, municipio (Lleida): 285, 304, 306 y 315.
 Siena (Toscana, Italia): 72.

Sierra de Albarracín (Teruel): 83; ————— de Benicadell (Alacant-Valencia): 91 y 115;
 ————— de Enguera (Valencia): 200; ————— de Mariola (Alacant): 91 y 115;
 ————— Morena: 39, 123 y 183; ————— Nevada: 39; ————— de la Plata
 (Linares, Jaén): 191.

Sigean (Aude, Francia): 34, 296, 297, 299 a 306, 308 y 315.
 Sinarcas, municipio (Valencia): 37, 290, 298, 299, 303 y 307.
 Sistema Ibérico, sistema orográfico: 161, 167 y 174.
 Sofuente (Zaragoza): 37, 42, 298 y 309.
 Solaig, El (Betxí, Castelló): 8, 296, 298, 299, 305, 307 y 316.
 Solana de los Barros, municipio (Badajoz): 133, 137, 139, 141, 142 y 144.
 Solivella, necrópolis de la (Alcalá de Xivert, Castelló): 8 y 10.
 Solsona, municipio (Lleida): 169 y 171.
 Solsonés, comarca (Lleida): 161 y 169 a 171.
 Sollana, municipio (Valencia): 9.
 Sombras, cortijo de las (Frigiliana, Málaga): Véase «Cortijo de las Sombras».
 Son Oms (Palma de Mallorca, Baleares): 147, 150, 151 y 153.
 Sorba (Barcelona): 299, 305 y 315.
 Soria, provincia: 161.
 Sos del Rey Católico, municipio (Zaragoza): 286.
 Soses, municipio (Lleida): 300, 307, 315 y 316.
 Stallavena (Verona, Venezia Euganea, Italia): 70 y 71.
 Straubing (Baja Baviera, Alemania): 169.
 Sudeste peninsular: 39, 41, 162, 175, 179, 188, 201, 212, 242 y 270.

Tagliente, Riparo (Stallavena, Verona, Italia): Véase «Riparo Tagliente».
 Tajo, río: 125.
 Tarascon-sur-Ariège (Ariège, Francia): 11.
 Tarn, departamento (Francia): 170.
 Tarquinia Corneto (Tarquinia, Lazio, Italia): 184
 Tarraco, hoy Tarragona: 379.
 Tarraconense, Convento: 344 y 346.
 Tarragona, provincia: 37, 43, 75, 84 a 86, 94, 160, 162, 167, 168, 171, 173, 174, 297 a 299, 302 a
 309 y 315.
 Tarrasa, municipio (Barcelona): Véase «Terrassa».
 Tartessos: 37 y 192.
 Taverna, cova de la (Margalef, Tarragona): 86 y 94.
 Tbilisi (Georgia, Rusia): 32.
 Teba la Vieja (Córdoba): 167.
 Tebesa (Argelia): 75.
 Tenalles, Tossal de les (Sidamunt, Lleida): Véase «Tossal de les Tenalles».
 Teruel, provincia: 37, 40, 83, 86, 87, 89, 95, 96, 105 a 111, 114, 118, 158, 160 a 163, 167, 168, 171,
 279 a 287, 296 a 309 y 316.
 Terrassa, municipio (Barcelona): 174, 298, 299.
 Teso del Moral (Cuelgamures, Zamora): 141.
 Tesoro, Cabecico del (Verdolay, Murcia): Véase «Cabecico del Tesoro».
 Tierra de Barros, comarca (Badajoz): 123.
 Tiflis (Georgia, Rusia): Véase «Tbilisi».
 Tinto, río (Huelva): 37.
 Tío Pío, cabeza del (Archena, Murcia): 5 y 40.
 Tivissa, municipio (Tarragona): 43, 302, 308, 309 y 315.
 Tobarra, municipio (Albacete): 230.
 Tollos, municipio (Alacant): 92.
 Tormón, municipio (Teruel): 89.
 Toro (Castelló): 305, 308, 309 y 317.
 Torre del Mar Paso (Castellnovo, Castelló): 5 y 8 ————— del Mar (Málaga): 141.
 Torrent, municipio (Valencia): 9.

Torrente, municipio (Valencia): Véase «Torrent».
 Torres Vedras (Estremadura, Portugal): 112 y 141.
 Toscana, región (Italia): 216 y 248.
 Tossal de la Cala (Benidorm, Alacant): 244 ————— de la Roca, cueva del (Vall d'Alcalà, Alacant): 94; ————— de Sant Miquel (Llíria, Valencia): 4, 8, 9 ————— de les Tenalles (Sidamunt, Lleida): 285.
 Totana, municipio (Murcia): 135.
 Toya (Peal del Becerro, Jaén): 40.
 Trepadores, abrigo de los (El Mortero, Alacón, Teruel): 105 a 107.
 Tübingen (Alemania): 289.
 Tumba del General (Solsona, Lleida): 171.
 Turdetania: 192.
 Turquía: 118, 332 y 337.
 Turre, municipio (Almería): 175.
 Tursac (Dordoña, Francia): 73 y 74.
 Tútugi (Galera, Granada): 234.
 Tyris, ciudad antigua (Costa de Valencia): 9.
 Ullastret, municipio (Girona): 36, 292, 296, 299 a 304, 306, 308, 309, 314 y 315.
 Umbria, región (Italia): 332.
 Uncastillo, municipio (Zaragoza): 172 y 286.
 Urci (Almería): 36 y 41.
 Urgell, comarca (Lleida): 161, 169, 170 y 172.
 Urtiaga, cueva de (Itziar, Deva, Guipúzcoa): 58.
 Val del Charco del Agua Amarga (Alcañiz, Teruel): 83 y 87.
 Valencia, capital: 4, 5, 6, 29, 35 a 37, 81, 85 y 344.
 Valencia, provincia: 9, 34, 40, 59 a 79, 83, 86, 87, 89 a 95, 97, 98, 101, 112, 114 a 118, 164, 199 a 229, 243, 246, 248, 290, 291, 295 a 317, 320, 323, 324, 326, 327, 337, 341 a 348 y 383 a 393.
 Valencia de las Torres, municipio (Badajoz): 142.
 Valencina de la Concepción, municipio (Sevilla): 106, 141 y 142.
 Valentia, hoy Valencia: 9 y 337 a 340.
 Vall d'Alcalá, municipio (Alacant): 92, 94 y 115; ————— d'Ebo, municipio (Alacant): 86 y 91; ————— de Gallinera, municipio (Alacant): 86 y 91; ————— de Laguar, municipio (Alacant): 92; ————— d'Uxó, municipio (Castelló): 8, 296, 297, 299, 305, 306, 308 a 310, 316, 320 y 322.
 Valladolid: 331.
 Valle del Ebro: 157 a 175; ————— del Manzanares: 133 y 135.
 Vallfogona de Balaguer, municipio (Lleida): 158, 163, 165 y 258.
 Valltorta (Castelló): 95.
 Valtierra, municipio (Navarra): 137, 144, 165 y 173.
 Var, departamento (Francia): 158.
 Vedat, partida (Torrent, Valencia): 9.
 Velleia (Italia): 357.
 Verdelpino, municipio (Cuenca): 83.
 Verdolay, municipio (Murcia): 40, 214, 215, 217, 218, 220, 225, 230, 276, 278 y 285.
 Vero, río (Huesca): 94.
 Verona (Venezia Euganea, Italia): 70 y 71.
 Vieja, cueva de la (Alpera, Albacete): 89.
 Viena: 33, 387, 392 y 393.
 Vila Nova de San Pedro (Azambuja, Estremadura, Portugal): 141.
 Vilafranca, municipio (Castelló): 9; ————— del Penadés, municipio (Barcelona): 297, 301 y 315.
 Villa Contucci (Sarteano, Siena, Italia): 72.
 Villacantal, barranco (Huesca): 86.
 Villacarrillo, municipio (Jaén): 227.

Villafranca de los Barros, municipio (Badajoz): 123 a 145.
Villar del Arzobispo, municipio (Valencia): 164.
Villares, Los (Caudete de las Fuentes, Valencia): 298, 300 a 302, 304, 305, 308 y 317.
Villena, municipio (Alacant): 118.
Villepin (Francia): 74.
Vilhonneour (Charente, Francia): 74 y 76.
Vinarragell, partida (Borriana, Castelló): 166 y 167.
Viña, abrigo de la (Manzaneda, Asturias): 53 y 54.
Virgen de las Cuevas, ermita (Caminreal, Teruel): Véase «Ermita de la Virgen de las Cuevas».
Vitoria: 79.
Volubilis (Meknés, Marruecos): 75 y 78.
Wed Anfaren (Sahara, Marruecos): 75 y 78.
Westmoreland (Inglaterra): 390.
Xàbia, municipio (Alacant): 104 y 112.
Xàtiva, municipio (Valencia): 9, 296, 299, 302 y 307.
Yátova, municipio (Valencia): 30, 34, 297 a 299, 302 a 307, 309, 317, 324, 326 y 327.
Yecla, municipio (Murcia): 83, 87, 89, 90, 94, 95, 114, 116 y 118.
Yeste, municipio (Albacete): 82.
Yugoslavia: 34, 377, 385, 387, 388, 390, 392 y 393.
Zaforas (Caspé, Zaragoza): 160.
Zagreb (Yugoslavia): 34.
Zambujal (Torres Vedras, Estremadura, Portugal): 112.
Zamora, provincia: 141.
Zaragoza, municipio: 81.
Zaragoza, provincia: 37, 41, 42, 81, 118, 160, 161, 163, 171 a 173, 286, 297 a 299, 301, 308, 309, 314, 316, 332 y 361.

INDICE DE PERSONAS Y ENTIDADES

- Abelanet, Jean: 171.
Academia de Viena: 33.
Academia de Ciencias de Tbilisi (Georgia): 2.
Acanfora M.^a O.: 77.
Acuña Hernández, José Daniel: 112.
Adriano, emperador: 373 y 388.
Afrodita, diosa: 357.
Agripa: 191.
Akurgal, Ekrem: 218 y 219.
Albertos Firmat, María Lourdes: 42, 317 y 318.
Alcacer Grau, José: 164.
Alcalde del Río, Hermilio: 49, 51, 66 y 69.
Alfaro Giner, Carmen: 106.
Alföldy, Géza: 341 a 349.
Allendesalazar, Manuel: 334.
Almagro Basch, Martín: 65, 105 a 107, 111, 131, 152, 153, 155, 157, 158, 160, 247, 331, 332 y 335.
Almagro Gorbea, Martín: 131, 133, 160, 174, 180, 190 a 228, 230, 243, 247, 263 a 265, 268, 269 y 277.
Alteirac, André: 72 y 73.
Altube, Severo de: 31.
Alvarez Ossorio, Francisco: 221, 223 a 226.
Amorós Barra, José: 259.
Andreae, Bernard: 356.
Andrén, Arvin: 216.
Annio de Viterbo: 33.
Antonino Pío, emperador: 346, 388.
Aparicio Pérez, José: 61, 62, 75, 91 a 93, 199, 200 a 202, 210, 211, 213, 217, 227 y 243.
Apolo, dios: 355 y 356.
Aranegui Gascó, Carmen: 316.
Argantonio: 40.
Arribas Palau, Antonio: 37, 43, 134 y 179.
Arruntio, Marcos: 346.
Asa, rey judío: 184.
Asquerino Fernández, María Dolores: 91, 131, 133.
Associação dos Arqueologos Portugueses, Lisboa: 11.
Asunción Hernández, Excmo. Sr.: 1.

Atia, madre de Octavio Augusto: 360.
 Atrián Jordán, Purificación: 279 a 287 y 316.
 Aubet Semmler, María Eugenia: 180.
 Augusto, Octavio: 353 a 358, 360, 361, 374 y 377.
 Aura Tortosa, Juan Emilio: 97 a 122.
 Avieno, Rufo Festo, 37, 38 y 40.
 Ayuntamiento de Barcelona: 11; ————— de Valencia: 9 y 10; ————— de Villafranca de los Barros (Badajoz): 126.
 Azkue, Ramón María de: 329.
 Badal García, Ernestina: 104 y 112.
 Bahn, Paul G.: 55 y 57.
 Bähr, Gerhard: 33.
 Baldrich, Juan: 261.
 Balil Illana, Alberto: 331 a 336.
 Balldellou Martínez, Vicente: 92, 94 y 95.
 Ballester Tormo, Isidro: 4, 6, 7, 31 y 32.
 Bandera Romero, María Luisa de la: 223.
 Barandiarán, José Miguel: 58.
 Barandiarán Maestu, Ignacio: 59 a 79 y 114.
 Barberá Farrás, José: 315.
 Barnes, T. D.: 342 y 347.
 Bárquidas, familia de los: 193.
 Bazile-Robert, Eveline: 103.
 Beazley, John Davidson: 212.
 Becq de Fouquières, Jacques: 334.
 Bégouen, Robert: 72 y 73.
 Beltrán Lloris, Miguel: 172, 281, 282 y 285.
 Beltrán Martínez, Antonio: 81 a 96, 97, 98, 101, 102, 106, 108, 110, 114 a 117, 120, 160, 282, 316 y 320.
 Beltrán Villagrasa, Pío: 32.
 Berdichewsky Scher, Bernardo: 131, 133 y 134.
 Berenguer Alonso, Magín: 49.
 Bergés Soriano, Manuel: 168.
 Bernabeu Aubán, Joan: 118.
 Bernoulli, J. J.: 353 y 355.
 Bianchi-Bandinelli, Ranuccio: 216 y 248.
 Birley, A. R.: 347.
 Blanco Freijeiro, Antonio: 167, 221 y 226.
 Blanchet, Adrén: 331.
 Blasco, F.: 158.
 Blasco Bosqued, María de la Concepción: 131, 134 y 135.
 Blázquez Martínez, José María: 177 a 197, 202, 224 y 258.
 Boardman, John: 184, 212 y 248.
 Boethius, Axel: 216.
 Bonneville, Jean-Noël: 344.
 Bonsor, George: 133 y 134.
 Borzatti von Löwenstern, Edoardo: 74.
 Bosch Gimpera, Pere: 38, 81, 86, 131, 157, 158, 162, 168 y 174.
 Botella, Miguel C.: 167.
 Boucher, Stéphanie: 336.
 Bouda, Karl: 46.
 Breuil, Henri: 49, 51, 65, 67, 71, 73, 74, 76, 77, 82, 84, 87 y 111.
 Brizio, Edoardo: 332.
 Bruhl, Adrian: 171.
 Buchner, Giorgio: 74.

Bruneau, P. H.: 285.
 Budde, L.: 356.
 Cabré Aguiló, Juan: 52, 53, 77, 89, 185, 186, 234, 259 y 316.
 Cabrera Valdés, Victorio: 133.
 Cagnat, René: 375.
 Calígula, emperador: 358, 361, 374 y 377.
 Calvo, M. J.: 94 y 95.
 Camps-Fabrer, Henriette: 71, 75 y 78.
 Canto y Gregorio, Alicia: 341.
 Capmajó, P.: 172.
 Cardini, Luigi: 74.
 Caro Baroja, Julio: 31 y 32.
 Cartailhac, Émile: 65 y 131.
 Casado López, María Pilar: 67.
 Centre d'Estudis Contestans, Cointaina: 91, 98 y 115.
 Centro de Cultura Valenciana, Valencia: 6.
 Cerdeño Serrano, María Luisa: 131, 133 y 135.
 Ceres, diosa: 357 y 358.
 César, Julio: 380.
 Cicerón, Marco Tulio: 338 y 339.
 Clarke, David: 111.
 Claro, Septicio, Véase «Septicio, Claro».
 Claudio, emperador: 357, 361.
 Clottes, Jean: 84 y 88.
 Cohen, H.: 355.
 Colegio Público de Nuestra Señora de la Coronada (Villafranca de los Barros, Badajoz): 126, 135 a 138 y 141.
 Colomina Roca, Josep: 174.
 Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, Madrid: 5.
 Comisión Nacional de Defensa del Arte Rupestre: 10; ————— Provincial de Monumentos de Alacant: 11.
 Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, X (Méjico): 231; ————— Internacional de Estudios Pirenaicos, Pamplona: 319; ————— Nacional de Arqueología, XVI (Murcia-Cartagena): 231.
 Congresos Nacionales de Arqueología: 6, 7 y 10.
 Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid: 6, 7 y 11.
 Contreras de la Paz, Rafael: 191.
 Corchón Rodríguez, María de la Soledad: 67.
 Cornaggia Castiglione, Ottavio: 75.
 Cornelia, Gens: 343.
 Cornelio Nigrino, Marcos: 341 a 349.
 Cornelio Nigrino Curiaio Materno, Marcos: 341 a 343 y 345 a 349.
 Cornelio Potito, Lucio: 348.
 Corominas, Joan: 42.
 Coulonges, L.: 84.
 Coupel, Pierre: 219.
 Couraud, Claude, 72 y 73.
 Criniti, N.: 41.
 Cristóbal Rodríguez, Rafael: 133.
 Cruz Pérez, María L.: 212 y 217.
 Cuadrado Díaz, Emeterio: 180, 188, 209, 212, 214, 217, 220, 230, 233, 236 y 275 a 278.
 Cura Morera, Miquel: 171.
 Curiaio Materno: 343, 346 y 347.
 Chamay, Jacques: 230 y 360.
 Chapa Brunet, Teresa: 210, 221, 225, 227, 228, 244, 263 y 268 a 270.
 Chapot, V.: 375.

Charles, Robert P.: 158.
 Chaves Tristán, Francisca: 263, 357 y 377.
 Chollot-Varagnac, Marthe: 65, 67 y 68.
 Dams, Lya R.: 92.
 Daremberg, Ch.: 334 y 375.
 Davies, N. de G.: 216.
 De Linas: 387.
 Deeters, G.: 47.
 Del Val Caturia, Eduardo: 133 y 135.
 Delibes de Castro, Germán: 131, 133 y 153.
 Deltour-Levie, Claudine: 212.
 Demargne, Pierre: 219.
 Demeter, diosa: 357.
 Deonnà, Waldemar: 332 y 334.
 Des Ormeaux, A.-L.: 56, 57 y 58.
 Desbrosse, René: 72 y 73.
 Deutschen Archäologischen Instituts, Berlín: 11.
 Devreker, J.: 342.
 Díez-Coronel Montull, Luis: 168, 169 y 171.
 Diodoro Sículo: 192 y 237.
 Diputación Provincial de Valencia: 1, 6, 7, 11, 29, 31, 32 y 383.
 Dirección General de Bellas Artes, Madrid: 5, 6 y 7.
 Domaszewski, A. von: 375.
 Domiciano, emperador: 341 y 347.
 Domínguez de la Concha, C.: 144.
 Dupré Ollivier, Michèle: 103, 112 y 113.
 Eck, W.: 342, 343, 347 y 348.
 Egger, Rudolf: 332.
 Eiroa García, Jorge Juan: 160 y 171.
 Elmer, Georg: 334 y 336.
 Enriquez Navascués, Juan Javier: 142, 144.
 Ernout, A.: 323.
 Escipión: 338, 339.
 Escriche Jaime, Carmen: 279.
 Estacio da Veiga, S. P. M.: 131.
 Estrabón: 37, 38 y 191.
 Eusebio: 32.
 Fabrini, Laura: 354.
 Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Valencia: 6; ————— de Geografía e Historia de la Universidad de Valencia: 11.
 Farinha dos Santos, Manuel: 66 y 69.
 Fatás Cabeza, Guillermo: 41 y 314.
 Fernández Chicarro y de Dios, Concepción: 180 y 186.
 Fernández Galiano Ruiz, Dimas: 183.
 Fernández de Medrano, Domingo: 133.
 Fernández-Miranda Fernández, Manuel: 153.
 Fernández-Tresguerres Velasco, Juan A.: 72.
 Fernando el Católico, rey: 33.
 Ferrán, Anna María: 171.
 Ferreiro, Javier: 133.
 Ferrer Morrón, Marius: 171.
 Ferrier, Jean: 74.
 Février, James Germain: 44.
 Fita Colomé, Fidel: 310.
 Fittschen, Klaus: 354 y 360.

Fitzwilliam Museum, Cambridge: 356.
 Flavia, dinastía: 346 y 375.
 Fletcher Valls, Domingo: 1, 3 a 32, 48, 59 a 61, 63, 71, 81, 123, 199, 200, 202, 203, 206, 210, 211, 217, 227, 229, 243, 261, 316, 317, 320, 322 a 324, 326, 327, 337, 341, 344, 351 y 383.
 Forlati Tamaro, B.: 387.
 Forni, Giovanni: 374 y 375.
 Fortea Pérez, Francisco Javier: 53, 54, 60, 61, 63, 64, 67, 85, 86, 89, 90, 92 y 97 a 122.
 Fortuna, diosa: 357.
 Frel, J.: 460.
 Fullola Pericot, José María: 94 y 96.
 Gagé, Jean: 356.
 Gailli, René: 84.
 Galeria, tribu: 345.
 Gallart Martí, María Dolores: 113.
 Gamurrini, G. F.: 332 y 334.
 García Bellido, Antonio: 4, 186, 218, 221, 226, 227, 267, 268, 276, 357 y 360.
 García Cano, José Miguel: 285.
 García-Gelabert Pérez, María de la Paz: 177-197.
 Gárgoris: 40.
 Garibay, Esteban de: 33.
 Garric, M.: 84.
 Gauzert, J.: 219.
 Gavel, Henri: 44.
 Gelb, Ignace J.: 39.
 Gil-Mascarell Boscá, Milagro: 123 a 145.
 Gilman Guillén, Antonio: 112.
 Gimboutas, M.: 110.
 Giner Sospedra, Vicente: 360.
 Giuliano, Antonio: 243.
 Gómez Moreno, Manuel: 32 a 34, 43, 48, 310, 314, 317 y 318.
 Gonzalbo París, Luis: 4.
 González Navarrete, Juan: 226.
 González Prats, Alfredo: 167, 175 y 224.
 González Tablas, Francisco Javier: 106.
 Gorostiaga, Juan de: 45.
 Gorrochategui Churruca, J.: 314, 317, 318.
 Gossé, Guillermo: 133.
 Gourdon, Michel: 170.
 Graillot, Jacques: 331.
 Grant, Michael: 355.
 Grau, María Antonia: 261.
 Grau Almero, Elena: 112.
 Graziosi, Paolo: 61, 62, 67, 74, 75, 77 y 78.
 Greenberg: 47.
 Grifoni, Renata: 74.
 Groag, E.: 346.
 Gross, Walter Hato: 354, 357, 358 y 360.
 Gruben, G.: 218 y 219.
 Guilaine, Jean: 174.
 Guiraud, R.: 77.
 Guiter, Henri: 319 a 330.
 Gusi, Francesc: 95.
 Habis: 40.
 Hain, Fritz-Hermann: 106.

- Halfmann, Helmut: 341, 343, 345 y 346.
 Harmand, Jacques: 375 y 376.
 Hayes, J. W.: 285.
 Heintze, Helga von: 360.
 Henning, S.: 223.
 Henry, Françoise: 389 y 390.
 Hera, diosa: 357.
 Herce San Miguel, Ana Isabel: 279.
 Hércules: 37.
 Hernández Pérez, Mauro S.: 91, 92, 98 y 115.
 Herodoro de Heraclea: 37.
 Herodoto: 36 y 37.
 Hervás y Panduro, Lorenzo de: 33.
 Hispanic Society of America, New York: 11.
 Hopkins, K.: 348.
 Horn, Heinz Günter: 216, 217.
 Houston, George W.: 342.
 Hoz Arderius, Rafael de la: 352.
 Hübner, Emil: 32, 33, 276, 315 y 343.
 Hülsen, Christian: 331 a 334.
 Humboldt, Guillermo de: 33 y 34.
 Hurtado Pérez, Victor: 133, 137, 139, 141, 142, 144.
 Institución «Alfonso el Magnánimo», Valencia: 11.
 Institut d'Arqueologia de la Universitat, Barcelona: 257; ————— d'Estudis Valencians, Valencia: 5.
 Instituto de Enseñanza Media Luis Vives, Valencia: 4; ————— Español de Prehistoria, Madrid: 275.
 Iñesta Mena, José: 142.
 Irigaray, José Angel: 31.
 Istituto Internazionale di Studi Liguri, Bordighera: 7.
 Iulia, gens: 358.
 Iulia Augusta: Véase «Livia Drusilla».
 Iuno, diosa: 357.
 Jacobi, J.: 37.
 Jafet: 32.
 Jéquier, G.: 215.
 Jodin, André: 264.
 Jones, B. W.: 342.
 Jordá Cerdá, Francisco: 49 a 58, 65 a 67, 71, 116 y 120.
 Jorge Aragoneses, Manuel: 236.
 Jornet Perales, Mariano: 383.
 Julia-Claudia, dinastía: 356 y 379.
 Junta de Extremadura: 126; ————— Superior de Excavaciones y Exploraciones, Madrid: 10. Madrid: 10.
 Kajanto, L.: 373 y 374.
 Kiess, H.: 387.
 Kimmig, Wolfgang: 158 y 178.
 Kiss, Z.: 358.
 Kjellberg, L.: 219.
 Kraus-Marguet, Isabelle: 103.
 Kühn, Herbert: 77.
 Kuhoff, Wolfgang: 344.
 Kukahn Erich: 223, 224, 227 y 228.
 Kurtz, D. C.: 184 y 212.
 Kunshistorisches Museum, Viena: 387.

Lafaye, Georges: 334 y 336.
 Lafon, René: 46, 319 y 320.
 Lagrand, Charles: 159.
 Lamb, Winifred: 228.
 Lamboglia, Nino: 7, 281, 282 y 285.
 Laming-Emperaire, Annette: 67.
 Langlotz, Ernst: 219 y 220.
 Lantier, Raymond: 77.
 Lázaro Mengod, Abilio: 316.
 Leisner, Georg: 134.
 Leisner, Vera: 131, 134.
 Leite de Vasconcelos, J.: 131.
 Leonardi, Piero: 70 y 71.
 Leroi-Glourhan, André: 67 y 86.
 Le Roux, Patrick: 342, 367 y 374 a 378.
 Lézine, Alexandre: 216 y 217.
 Licinios: 360.
 Lillo Carpio, Pedro A.: 204, 209, 211, 214, 218, 220, 229 y 246.
 Livia Drusilla: 351 a 366.
 Livio, Tito: 314 y 340.
 López García, Pilar: 113.
 López Plaza, María del Socorro: 141.
 López Pons, Antoni: 150.
 Lorblanchet, Michel: 64, 84 y 85.
 Luquet, G. H.: 65 y 67.
 Luzón Nogué, José María: 167.
 Llanos y Ortiz de Landaluce, Armando: 133 y 173.
 Llobregat Conesa, Enrique A.: 221, 223, 230, 234, 264 y 314.
 Llongueras Campañá, Miguel: 133.
 Lluca Ubeda, Emilio: 316.
 Maetzke, Guglielmo: 216.
 Maier, Jean-Louis: 360.
 Maluquer de Motes Nicolau, Joan: 37, 38, 158, 163, 165, 171, 173, 180, 237, 257 a 260, 311 y 315.
 Mallo Viesca, Manuel: 66 y 69.
 Manlio, T.: 338.
 Marcet Barbé, Roger: 133.
 Marcial, Marcos Septicio: Véase «Septicio Marcial, Marcos».
 Marcos Pous, Alejandro: 367 a 382, 357, 361 y 363.
 Marcos Septicio Marcial: Véase «Septicio Marcial, Marcos».
 Marín Peña, M.: 375.
 Martí Ferrando, Luis: 341, 343 y 344.
 Martí Oliver, Bernardo: 97, 113 y 117.
 Martín, R.: 219, 220 y 259.
 Martín Bueno, Manuel: 332.
 Martín de la Cruz, José C.: 144.
 Martínez, Catalina: 167.
 Martínez Andrés, M.: 96.
 Martínez Navarrete, María Isabel: 131, 133 a 135.
 Martínez Santa-Olalla, Julio: 5, 157 y 158.
 Maya González, José Luis: 171.
 Mayet, Françoise: 285.
 Meillet, A.: 323.
 Mellado, Joaquín: 367.
 Méndez Madariaga, Antonio: 133.
 Menéndez Pidal, Ramón: 35, 158, 218 y 238.

- Mesado Oliver, Norberto: 166 y 316.
 Meseguer Folch, Vicente: 94 y 316.
 Michelena, Luis: 34, 43 y 46.
 Millotte, Jacques P.: 159.
 Minto, Antonio: 216.
 Mohen, Jean Pierre: 170.
 Molina González, Fernando: 134 y 179.
 Molina Lemos, Lucio: 133, 135 y 144.
 Montesinos Martínez, Josep: 200.
 Morel, Jean-Paul: 285.
 Moreno, Francisco: 133.
 Morote Barberá, José Guillermo: 200.
 Motos, Federico de: 234.
 Muñoz Amilibia, Ana María: 158, 204, 209 a 211, 213 a 215 y 229 a 255.
 Muñoz Servera, J. J.: 155.
 Musée des Antiquités Nationales, Francia: 68.
 Museo de Albacete: 244; ————— de la Alcudía de Elx: 210 y 217; ————— Arqueológico de Atenas: 355; ————— Arqueológico de Barcelona: 258, 261 a 273 y 285; ————— Arqueológico de Murcia: 276; ————— Arqueológico Nacional, Madrid: 210 y 235; ————— Arqueológico Provincial, Córdoba: 270, 351 a 366 y 367 a 382; ————— Arqueológico Provincial, Jaén: 182; ————— Arqueológico Provincial, Teruel: 279 y 280; ————— de Bellas Artes, Valencia: 10; ————— Bicknell, Bordighera: 7; ————— Británico, Londres: 360 y 390; ————— Capitolino, Roma: 360; ————— del Heraclion: 248; ————— Histórico Artístico, Mogente: 202 y 211; ————— de Lleida: 258; ————— de Prehistoria del Servicio de Investigación Prehistórica de Valencia: 31, 35, 43, 49, 199, 202, 206 y 383 a 393.
 Nerón, emperador: 375 y 377.
 Nicolini, Gérard: 43, 221 y 223 a 226.
 Nicholls, Richard: 356.
 Nieto Gallo, Gratiniano: 214, 220, 230 y 276.
 Nigrino Curiacio Materno, Marcos Cornelio: Véase «Cornelio Nigrino Curiacio Materno, Marcos».
 Nigrino Hijo, Marcos Cornelio: Véase «Cornelio Nigrino, Marcos».
 Noll, Rudolf: 387 y 388.
 Obermaier, Hugo: 4, 72, 77, 82 y 110.
 Octavia Augusta: 354 y 360.
 Olaria, Carmen: 95.
 Olmos Romera, Ricardo: 226.
 Ors Pérez Peix, Alvaro d': 367.
 Ortego Frías, Teógenes: 105, 106 y 107.
 Otón, emperador: 377.
 Padró Parcerisa, Josep: 170 y 171.
 Painaud, A.: 94 y 95.
 Palacio: Véase «Palau».
 Palau de la Batllia, Valencia: 7; ————— de la Generalitat, Valencia: 7; ————— del Temple, Valencia: 7.
 Pales, León: 56.
 Palol Salellas, Pedro de: 131, 133, 174 y 383 a 393.
 Palomar Lapesa, Manuel: 317 y 318.
 Pallottino, Massimo: 184.
 Papiria, tribu: 368, 374 y 380.
 Pardo Ballester, Rafael: 113.
 Pascual Pérez, Vicente: 93 y 113.
 Pellicer Catalán, Manuel: 157 a 175 y 186.
 Pereira Menaut, Gerardo: 337 a 340.
 Pérez de Barradas, José: 158.

Pérez Ripoll, Manuel: 113.
 Pericot García, Luis: 4, 31, 32, 37 a 40, 60, 69, 70, 85, 90, 108, 164, 169 a 171, 186, 259 y 285.
 Pernier, I.: 215.
 Petit Mendizábal, María Angeles: 133.
 Petrikovitz, Dr.: 387.
 Peyrony, Denise: 71.
 Pflaum, Hans Georg: 342.
 Piccottini, Hildegarth: 332.
 Piette, Edouard: 55 a 57.
 Pigorini, Luigi: 57.
 Pilloy, Jules: 387.
 Pinho Monteiro, Jorge: 69.
 Piñón Varela, Fernando: 108 a 110.
 Pisani, V.: 43.
 Pita Mercé, Rodrigo: 171, 315 a 316.
 Pla Ballester, Enrique: 3 a 12, 29, 199, 200, 202, 203, 206, 210, 211, 213, 217, 243, 351 y 383.
 Plantamor Massanet, Luis: 150.
 Plenier, Aleth: 55 y 56.
 Plens, M.: 258.
 Plinio Secundo, Caio: 191.
 Pokorny, J.: 44 y 45.
 Polibio: 36.
 Pompeyo Estrabón, Cneo: 41.
 Pompeyo Magno: 41.
 Ponsell Cortés, Fernando: 164.
 Poulsen, Vagn: 354, 358 y 360.
 Prescott, A. Elisabet: 315.
 Presedo Velo, Francisco: 180 y 240.
 Priego Fernández del Campo, María del Carmen: 133.
 Ptolomeo: 41 y 42.
 Puerta, C.: 341.
 Pujol, Antonio: 171.
 Quero Castro, Salvador: 133.
 Rakob, Friedrich: 216 y 217.
 Ramos Fernández, Rafael: 209, 214 y 217.
 Ramos Folqués, Alejandro: 230 y 282.
 Rauret Dalmau, Ana María: 151.
 Real Academia Española: 1 y 29; ————— de la Historia, Madrid: 11.
 Reinach, Salomón: 375.
 Remesal Rodríguez, José: 178, 181, 182, 189 y 192.
 Renan, E.: 216.
 Renfrew, Colin: 112.
 Rey Pastor, Alfonso: 102.
 Ribeiro, Carlos: 131.
 Ribera Lacomba, Albert: 340.
 Richter, Gisela M. A.: 212, 218, 355 y 357.
 Riegl, A.: 387, 388.
 Riegling, Konrad: 334.
 Riezler, W.: 212.
 Ríos, José: 343 y 345.
 Ripoll Perelló, Eduardo: 83, 104, 108 y 160.
 Ritterling, E.: 378.
 Riuró Llapart, Francisco: 315.
 Robert, Romain: 84.
 Robles Cuenca, Fernando: 113.

Rodero Riaza, Alicia: 285.
 Rodríguez Díaz, Alonso: 123 a 145.
 Rodríguez Otero, V.: 98.
 Roldán Hervás, José Manuel: 367 y 376 a 378.
 Ros, T.: 112.
 Rosella, Francisco: 257.
 Rosenfeld, A.: 67.
 Rosselló Bordoy, Guillermo: 147 a 155.
 Rovira Port, Jordi: 169.
 Roussot, Alain: 74.
 Rouillard, Pierre: 264.
 Rubio Gomis, Federico: 94.
 Rubio Malo, José: 280.
 Rüger, Christoph B.: 216 y 217.
 Ruggiero, E. de: 376.
 Ruiz Mata, Diego: 142, 144 y 167.
 Ruiz Zapatero, Gonzalo: 158 y 160.
 Rumpf, A.: 358.
 Rupilio, P.: 338.
 Sabina: 373, 374, 376 y 378 a 380.
 Sacaze, J.: 320.
 Sacken, E. V.: 387.
 Sadurska, Anna: 356.
 Safo: 355.
 Sagio, Edmond: 334, 375.
 Saletti, Cesare: 357.
 San Jerónimo: 32.
 San Valero Aparisi, Julián: 94.
 Sánchez Jiménez, Joaquín: 230.
 Sánchez Messeguer, José R.: 179 y 192.
 Sanmartí Grego, Enric: 261 a 273, 285 y 315.
 Sarrión Montañana, Inocencio: 317.
 Schaeffer, Claude: 169.
 Schubart, Hermanfrid: 137, 139 y 144.
 Schuchardt, Hugo: 33 y 45.
 Schüle, Wilhelm: 167.
 Schulten, Adolf: 37.
 Schulz, Dr.: 387.
 Schulze, W.: 373.
 Segura Martí, José María: 113.
 Seminario de Historia Primitiva del Hombre, Madrid: 5.
 Septiciano: 373.
 Septicio, Caio: 368 y 380.
 Septicio, Marcos: 368, 373 a 376 y 378 a 380.
 Septicio Claro: 373.
 Septicio Marcial, Marcos: 368, 373 y 374.
 Serra Vilaró, Joan: 159.
 Servicio de Defensa del Patrimonio Artístico Nacional, Madrid: 7 y 10.
 Servicio de Investigación Prehistórica, Valencia: 1, 4 a 12, 29, 31, 32, 60, 89, 97, 199, 351 y 383.
 Shoe, L. T.: 218 y 219.
 Sierra, Lorenzo: 49 y 51.
 Sieveking, Ann: 62 y 111.
 Siles Ruiz, Jaime: 44, 317 y 322.
 Siret, Enrique: 131.
 Siret, Luis, 131 y 175.
 Société Préhistorique de l'Ariège, Tarascon-sur-Ariège: 11.

Solà Solé, José María: 45.
 Solier, Yves: 315.
 Sprindler, Konrad: 141.
 Sprenger, M.: 184.
 Stertinius Quintiliano, Lucio: 343.
 Stronach, D.: 216.
 Suc, Jean-Pierre: 103.
 Syme, Ronald: 342, 347.
 Swadesh, Morris: 46.
 Tácito: 343.
 Taffanel, Odette: 174.
 Tarradell Mateu, Miquel: 234.
 Tassin de Saint Pereuse, Marie: 56.
 Teutsch, Leo: 339.
 Thomasson, Bengt E.: 342 y 345.
 Thornes, John B.: 112.
 Tiberio, emperador: 354, 356 a 361, 363 y 374.
 Tomás Maigi, Joaquín: 168 y 171.
 Tovar Llorente, Antonio: 1, 29 a 48, 317 y 318.
 Trajano, emperador: 341.
 Trías de Arribas, Gloria: 184 y 227.
 Trombetti, A.: 46.
 Túbal: 32.
 Tyche, diosa: 356.
 Ucko, Peter: 67.
 Uerpmann, Hans-Peter: 119.
 Uhlenbeck, C. C.: 45.
 Universidad de Barcelona: 31 y 257; ————— Central, Madrid: 4.
 Universidad de Extremadura: 123; ————— del País Vasco: 59.
 Universidad de Salamanca: 257; ————— de Valencia: 4, 11 y 351.
 Untermann, Jürgen: 289 a 318.
 Uría Riu, Juan: 58.
 Uroz Sáez, José: 264.
 Urquijo e Ibarra, Julio de: 31 y 34.
 Utrilla Miranda, Pilar: 67, 69 y 71.
 Val Caturia, Eduardo Del: Véase «Del Val Caturia, Eduardo».
 Valdés Fernández, Fernando: 144.
 Valerio Flacco, Caio: 42.
 Valerius Soldus, C.: 387.
 Valiente Mata, Jesús: 183.
 Vallejo, José: 292.
 Vallespí Pérez, Enrique José: 161.
 Vallet, Georges: 219 y 220.
 Vandier, J.: 215.
 Varela Gomes, Marios: 69.
 Vázquez de Parga, Luis: 173.
 Vegas, Mercedes: 281.
 Venus, diosa: 357.
 Vernet, Jean-Louis: 103, 110 y 112.
 Vettters, Hans: 332.
 Vicent Zaragoza, Ana María: 351 a 366.
 Vicente Redón, Jaime: 279.
 Vila, José Manuel: 367.
 Vilaseca Anguera, Salvador: 75 y 174.

Villard, François: 219 y 220.
Viñas Vallverdu, R.: 95 y 96.
Viriato: 340.
Visedo Moltó, Camilo: 102.
Visy, Za.: 342.
Vives, José: 373.
Vuillat, Dominique: 169.
Vycichl, Werner: 46.

Wagner, P.: 215 y 216.
Walker, Michael: 246.
Wards Perkins, John B.: 216.
Weickert, Carl: 219.
Wesenberg, B.: 218 y 219.
Wolff, H.: 340.

Zanker, P.: 354 y 360.
Zwet, L. Furné van: 358.

INDICE GENERAL

Introducción.....	1
PLA BALLESTER, Enrique: Domingo Fletcher Valls.....	3
GOBERNA VALENCIA, M. ^a Victoria: Bibliografía de Domingo Fletcher Valls.....	10
TOVAR LLORENTE, Antonio: Estado actual de los estudios ibéricos.....	29
JORDA CERDA, Francisco: Sobre figuras rupestres paleolíticas de posibles caballos domesticados.....	49
BARANDIARAN MAESTU, Ignacio: Algunos temas no figurativos del arte mueble prehistórico (A propósito de las placas grabadas de La Cocina).....	59
BELTRANMARTINEZ, Antonio: La fase «pre-levantina» en el arte prehistórico español....	81
FORTEA PEREZ, Francisco Javier y AURA TORTOSA, Emilio: Una escena de vareo en «La Sarga» (Alcoy). Aportaciones a los problemas del arte levantino.....	97
GIL-MASCARELL BOSCA, Milagro y RODRIGUEZ DIAZ, Alonso: El yacimiento calcolítico de «Los Cortinales», en Villafranca de los Barros (Badajoz).....	123
ROSELLO BORDOY, Guillermo: Metalurgia en el pretalayótico final de Mallorca....	147
PELLICER CATALAN, Manuel: Orígenes del urbanismo y de las necrópolis tumulares de incineración en el Valle Medio del Ebro.....	157
BLAZQUEZ MARTINEZ, José María y GARCIA-GELABERT PEREZ, María Paz: La necrópolis de «El Estacar de Robarinas», Castulo: Tipología de los enterramientos.....	177
ALMAGRO GORBEA, Martín: El pilar-estela de las «Damitas de Mogente» (Corral de Saus, Mogente, Valencia).....	199
MUÑOZ AMILIBIA, Ana María: La escultura funeraria de la necrópolis de Coimbra del Barranco Ancho (Jumilla, Murcia).....	229
MALUQUER DE MOTES NICOLAU, Juan: Un casco ibérico probablemente de la necrópolis de la Galera (Granada) en el Instituto de Arqueología de la Universidad de Barcelona.....	257
SANMARTI GREGO, Enric: Notas acerca de un bóvido ibérico en piedra del Museo Arqueológico de Barcelona.....	261
CUADRADO DIAZ, Emeterio: Tres bustos ibéricos.....	275
ATRIAN JORDAN, Purificación: Cerámica ibérica de imitación romana en La Caridad (Caminreal-Teruel).....	279
UNTERMANN, Jürgen: Repertorio antropomífico ibérico.....	289
GUTTER, Henry: Sobre algunas inscripciones ibéricas.....	319
BALIL ILLANA, Alberto: Tesserae lusoriae de Ampurias.....	331
PEREIRA MENAUT, Gerardo: Valentini Veterani et Veteres. Una nota.....	337
ALFOLDY, Géza: M. Cornelius Nigrinus Filio, un «hijo perdido».....	341
VICENT ZARAGOZA, Ana María: Retrato de Iulia Augusta en el Museo Arqueológico Provincial de Córdoba.....	351
MARCOS POUS, Alejandro: Inscripción cordobesa de un aquilifer.....	367
PALOL SALELLAS, Pedro de: Una cantimplora de bronce con esmaltes del Museo de Prehistoria de Valencia.....	383
BONET ROSADO, Helena y PLA BALLESTER, Enrique. Indices.....	386

Este Servicio de Investigación Prehistórica remite sus publicaciones para establecer y mantener intercambio con los centros científicos y señores investigadores en esta especialidad. Por ello espera ser correspondido con el envío de las publicaciones del receptor, entendiéndose, caso contrario, que no se desea sostener intercambio y suspenderá ulteriores envíos.



Toda la correspondencia dirijase al Director del Servicio de Investigación Prehistórica de la Excma. Diputación Provincial, calle de La Corona, número 36. 46003 Valencia (España).

**LAS OPINIONES VERTIDAS EN LOS TRABAJOS INSERTOS EN ESTE VOLU-
MEN DEBEN ESTIMARSE COMO JUICIOS PERSONALES DE LOS RESPECTI-
VOS AUTORES**

